



NA: 344365

GM/557

LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

A.:53.681



IN VERITATE  
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO CEU  
BIBLIOTECA  
GIL MUNILLA

LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

COLECCIÓN DE

CONFERENCIAS HISTÓRICAS

VOLUMEN DE 1988-89

1988

LIBRERÍA DE DON ESTEBAN GAZ MATEO

LIBRERÍA DE DON ESTEBAN GAZ MATEO

MADRID

ATENEO

CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID

---

# LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

COLECCIÓN DE

CONFERENCIAS HISTÓRICAS

---

*CURSO DE 1885-86*

---

TOMO II

---

1886

LIBRERÍA DE DON ANTONIO SAN MARTÍN

*Puerta del Sol, núm. 6*

---

MADRID



# 12.<sup>a</sup> CONFERENCIA

---

## T E M A

Olózaga.—Origen, ideas y vicisitudes del partido  
progresista.

El Parlamento desde 1840 hasta 1866.

*ORADOR*

DON GUMERSINDO DE AZCÁRATE

---

*Señoras y señores:*

Me ha tocado en suerte en esta série de conferencias históricas dipuestas por la Junta Directiva del Ateneo, una cuyo tema realmente me interesa mucho, pero que al propio tiempo me impone un verdadero temor por la importancia del asunto, por lo ilustre de la persona cuyo nombre figura en dicho tema, el gran Olózaga, y por tratarse de la historia política del partido progresista, cuyo origen, ideas y vicisitudes tengo el deber de exponeros.

No es ciertamente en este caso el nombre que aparece en primer término en el tema, un nuevo pretexto para tratar de lo que envuelve la segunda parte del mismo, sino que, por el contrario, el nombre de Olózaga y el partido progresista son dos cosas tan inseparables, que ni sería posible hacer la historia de Olózaga prescindiendo del partido progresista, ni hacer la historia del partido progresista prescindiendo de Olózaga. Por

esto me he de limitar, por lo que se refiere á la persona de D. Salustiano de Olózaga, á hacer algunas ligeras indicaciones relativas á su caracter, á sus condiciones, á su modo de ser; pues, por lo demás, al trazar la historia del partido progresista desde su origen hasta su extinción, ha de aparecer á cada momento el nombre del ilustre orador, siendo de notar la circunstancia de que casi puede decirse que Olózaga nace á la vida pública cuando empieza á dibujarse, distinguiéndose de los demás elementos políticos, el partido progresista, y que oficialmente muere el partido casi cuando muere para la vida política Olózaga, y aún podría decirse cuando ocurre su muerte natural, en 1873. Si añadís á esto la importancia que ha de tener en la historia política de un país como el nuestro, la vida de un hombre que nace en el año 1805, que da las primeras señales de su amor á la libertad el año de 1820 gritando ¡viva la Constitución! rebelándose contra el fraile del colegio que le mandaba poner de rodillas por este desacato, y que muere el año 1873 cuando la república dominaba en España, ya comprendereis cuán importante ha de ser su vida y la del partido á que va indisolublemente unido su nombre.

A Olózaga le aconteció lo que acontece siempre á las grandes figuras en la historia política de los pueblos; fué muy juzgado, muy censurado, y naturalmente dió origen á juicios muy distintos, pero hay dos cosas que nadie le ha negado: cualidades oratorias admirables y un inmenso talento. Bajo el punto de vista físico, había sido grandemente favorecido por la naturaleza, aunque en los últimos años de su vida aquella primitiva esbeltez había sido un tanto transformada por la obesidad que podeis observar en el retrato que teneis á la vista.

No era ciertamente Olózaga, por más que otra cosa dijeran sus enemigos, extraño á la vida del sentimiento, como lo prueban el hondo efecto que hizo en su corazón la muerte de su hija Elisa, y aquel amor verda-

deramente entrañable que tuvo siempre á su hermano D. José, el cual, como decía uno de nuestros consocios aquí presente y á quien tengo que agradecer una copia del testamento de Olózaga, no fué todo lo estimado que merecía como abogado, como político y como hombre consagrado á las obras de caridad y de beneficencia en términos no conocidos de todo el mundo, pero sí de algunos, sobre todo, desde que una grande é inmensa desgracia vino á perturbar la tranquilidad de aquel espíritu. Pero realmente, en D. Salustiano de Olózaga dominaba la inteligencia, y entre sus facultades intelectuales, más el entendimiento y la reflexión, que la razón y la intención, teniendo por añadidura á su servicio una memoria prodigiosa, merced á lo cual cuando discutía en el Parlamento, nunca tomaba apuntes para rectificar ó para replicar.

Estaba dotado de un valor cívico indudable, como lo demuestra su célebre campaña con motivo de aquella gran infamia de 1843, no sólo porque supo hacerse superior á las asechanzas y amenazas que le obligaban á salir cada día por distinta puerta del Congreso, sino por aquella asombrosa serenidad que no perdió un momento en medio de tan tremendo conflicto. Apenas puede uno darse cuenta leyendo aquellos discursos y aquella enérgica defensa, de cómo ante acusación tan infame supo conservar su tranquilidad de ánimo lo bastante para decir todo lo que tenía que decir combinándolo con una serie de miramientos y de consideraciones verdaderamente inverosímiles dada su situación. Por más que sus enemigos le negaran el valor personal, los pormenores de su encarcelamiento y de su fuga en el año 31, y la manera que tuvo de ponerse á salvo en varias ocasiones en que fué perseguido y hubo de huir al extranjero, demuestra que tampoco le faltaba esa cualidad.

Como pensador Olózaga era un espíritu evidente-

mente inclinado á esto que hoy se llama positivismo, efecto del influjo inmenso que en su educación política tuvo la cultura inglesa. Recuerdo haber visto una carta en que acusaba el recibo á un amigo suyo de un libro de filosofía, y le venía á decir en buenos términos: para mí no hay más filosofía que la de Bentham; era tan inglés en esto como en otras muchas cosas. No teneis más que ver los estudios que publicó Fernández de los Ríos en un tomo que se halla en la biblioteca de este Ateneo, para descubrir á cada momento toques de un sabor tan inglés, que uno cree estar escuchando el tratado de un autor británico. Así, por ejemplo, hablando de la monarquía constitucional, después de definirla en términos que luego os indicaré, concluye diciendo: «Nuestros sabios legisladores de Cádiz, examinando los principios del 89, vieron que no eran patrimonio ni invención de la Francia, y que en el fondo *prescindiendo de generalidades y abstracciones*, estaban en el espíritu de nuestras antiguas leyes fundamentales.»

Y dice en otro de esos discursos hablando de la manifestación aragonesa y de la analogía que había entre ella y el *Habeas corpus* de los ingleses:

«Uno y otro recurso tienen por único objeto el hacer efectiva la libertad civil que en aquellas constituciones se considera como base de la libertad política; uno y otro presentan, en vez de *declaraciones de principios abstractos*, medios prácticos y seguros de impedir que el poder, ni ninguno de sus agentes, pueda prolongar la prisión arbitraria de ningún ciudadano.»

Pues bien; apenas hay un escritor inglés, cualquiera que sea su sentido político, en quien no se vea siempre esta protesta contra las abstracciones y contra los principios generales.

Es verdad que siendo D. Salustiano Olózaga presidente de la sección de ciencias morales y políticas de

este Ateneo, haciendo de uno de los debates el resumen decía:

«Creo que se han confundido, ó *al menos* que no se »ha distinguido siempre, como importaba mucho que »se hiciera, que una cosa es la ciencia en la filosofía del »derecho, ó más bien la sociología ó estudio de todos »los principios que constituyen las sociedades ó los es- »tados, y otra diferente la ciencia del gobierno. La cien- »cia, la filosofía, la organización social, tienen que de- »pende de verdades absolutas; la aplicación de estas »verdades es cuestión de prudencia, de tiempo, de cir- »cunstancias »

¡Ah, señores! Este reconocimiento de las verdades absolutas, esta distinción entre esa esfera puramente racional y filosófica y la que se refiere á la práctica del gobierno eran arrancados á D. Salustiano Olózaga por la circunstancia de que entónces venían á luchar y discutir á este Ateneo, nuevos elementos que procedían de tres distintas procedencias, aunque todas venían á formar la democracia española: de la política, de la filosofía, y de la economía política; y después de un debate sostenido por tales elementos, naturalmente se imponía á Olózaga el reconocimiento de esas verdades absolutas. Pero todo esto no impedía que Olózaga fuera siempre como hombre de ciencia y como político todo un inglés; baste decir que todos los días leía el *Times*, y lo recomendaba con eficacia á sus amigos.

Además de ser presidente de la sección de ciencias morales y políticas del Ateneo, fué Olózaga individuo de la Academia de ciencias morales y políticas y presidente de la Academia de Jurisprudencia y fué también distinguido abogado. Un hecho notable se cita de cuando practicaba la abogacía. Defendía á un pobre albañil que había hurtado dos libras de tocino, y á quien se pedía la aplicación de aquella famosa ley que condenaba á pena de muerte á quien en Madrid hurtase cualquier

cosa. Debieron parecerle al presidente del Tribunal bastante extrañas las consideraciones que explanaba el defensor y le interrumpió diciéndole: «Esas son ideas de este siglo.» «Pues en este siglo vivimos, contestó Olózaga; en este siglo se ha procesado á mi defendido; en este siglo está reunido el tribunal á quien me dirijo; en este siglo se va á juzgar al acusado; á este siglo es preciso acomodarse, porque física y moralmente de este siglo somos, y no podemos pertenecer á otro.»

Pero el hombre de ciencia y el letrado son lo menos tratándose de Olózaga, porque sus extraordinarias condiciones de político eclipsaron las demás. Por otra parte, fué poco el tiempo que ejerció la abogacía; y ni siquiera llegó á ser juez ó magistrado, porque si en cierta ocasión vió el presidente del Consejo de Castilla sus excelentes condiciones le ofreció una vara de alcalde mayor, hubo de recordarle á su improvisado protector que como era de los impurificados en el año de 1823, su título llevaba la nota de que nunca podría ser asesor ni ejercer jurisdicción.

Durante mucho tiempo acarició el pensamiento de organizar una gran sociedad de beneficencia, según he visto en una de sus cartas. Y por cierto que lamento no haber tenido á mi disposición sino durante las últimas veinticuatro horas más de 150 cartas originales, que debo á la bondad de un querido amigo mío, y que apenas he tenido tiempo de leer, cuando de tanta utilidad me hubieran sido. Dice en esa carta:

«Formada la primera asociación, seguiremos luego otras más importantes y llegaremos pronto á mi favorita, la de la protección del talento.»

Era el tema de uno de los trabajos que leyó en la Academia de ciencias morales y políticas la comparación entre la beneficencia de España y la de Inglaterra, y por cierto que lo escribió con ocasión del juicio críti-

co que hizo del precioso libro de D.<sup>a</sup> Concepción Arenal, *Manual del visitador del pobre*.

Pero, según os decía, D. Salustiano Olózaga es antes que todo un político, y dentro de esta esfera no hay que prescindir de que fué gobernador de Madrid, y eso que no es para olvidado el rasgo notable de exigir, al tomar posesión, que la autoridad militar no se mezclara para nada en los asuntos civiles; y de que fué ministro muy poco tiempo, y de que fué nuestro embajador en París, y de que con tal motivo creció no poco su crédito en las Córtes europeas, pudiendo bien decirse que durante el reinado de Isabel II era el único español cuyo nombre traspasaba los Pirineos, y con cuya amistad se honraban personajes notables de todos los países cultos, y acaso más que otro alguno el célebre Cavour. D. Salustiano Olózaga es ante todo el incomparable orador parlamentario. Habrá habido y habrá ó podrá haber en el Parlamento oradores más fáciles, más brillantes; pero el tipo del orador parlamentario español, por nadie ha estado mejor representado que por Olózaga. No era el tipo del orador inglés, muy severo, muy llano, muy discreto, pero un tanto frío, al modo del divino Argüelles, ni tampoco del orador francés, con sus figuras retóricas, su viveza dramática y su forma brillante, condiciones que reunía el conde de Toreno, sino un término medio entre estos dos tipos, como dice acabadamente Fernández de los Ríos, resultando así como una composición de la antigua gravedad española con las exigencias propias del siglo XIX.

Empezaba por tener D. Salustiano Olózaga una voz que, por su timbre lleno y sonoro, era de aquellas que si la hubiera tenido cualquiera persona de menos talento que él le hubiera servido para hacerse oír aún cuando valiera poco lo que dijera. Las especiales dotes de su estilo, la corrección y la claridad brillaban hasta en la conversación familiar, que era por extremo ame-

na. Distinguíase porque nunca llegaba á los extremos; era patético cuando había precisión, pero nunca declamador; era sencillo, pero no caía nunca en la vulgaridad; manejaba de una manera asombrosa la ironía, con la cual producía heridas de que el contrario no podía quejarse. Recuerdo una ocasión en que un dipomático, cuyo nombre no cito porque todavía vive, habló en el Congreso de ciertas confidencias é intimidades que había merecido el conde de Cavour; y de tal suerte trató Olózaga el asunto, que su adversario no se atrevió á insistir. Además tenía Olózaga como complemento de su oratoria el manejo de sus lentes. Esto parecerá raro, y sin embargo recuerdo haber oído á D. Estanislao Figueras referir el caso de un diputado novel que hubo de decir alguna cosa un tanto extraña, y Olózaga, que estaba sentado en frente, no hizo más que coger sus lentes, calzárselos y mirar fijamente al indiscreto orador; el buen hombre tuvo que sentarse sin acabar el discurso. Por cierto que el Sr. Figueras decía que por esta misma razón cuando él había hablado por primera vez en el Parlamento lo había hecho desde un banco que estaba delante del que ocupaba Olózaga para librarse de sus lentes.

Para concluir estas indicaciones respecto de la persona y del modo de ser del hombre, vais á permitir que lea alguna de las cláusulas de su testamento. Está hecho el 24 de Diciembre de 1869, siendo nuestro embajador en París, y empieza así:

«Voy á emprender un viaje muy á disgusto mío, y »por lo que pudiera suceder hago mi testamento en esta »forma. No empiezo por la declaración de la fé, porque »rigiendo la Constitución de 1869 no la considero necesaria; pero si ahora ó en la época de mi muerte se creyese que lo es, doy aquí por declarado todo lo que un español deba creer y declarar.»

Quizá penseis que Olózaga rendía un tributo exajera-

do al concepto de la *soberanía nacional*, dejándose llevar demasiado del común sentir de las gentes; pero en cambio, en otras cosas iba resueltamente contra el sentimiento popular, como sucedió en las corridas de toros que aborrecía, y que censuró enérgicamente más de una vez.

Pero volviendo al testamento, debo consignar que en él, después de hablar de la distribución de sus bienes y designar quiénes habían de ser sus albaceas, dice:

«...Les pido que, de acuerdo con mi sobrina legataria del quinto, den algunas prendas de mi uso, alhajas y medallas á las personas á quienes yo más quiera, aunque solo designo á dos, la condesa de Mina y doña Concepción Arenal que deseo que me sobrevivan.» Dos personas, que, como sabeis, consagraron toda su vida á la caridad y á la beneficencia y á quienes tuvo D. Salustiano Olózaga el profundo afecto que ese recuerdo revela.

Sigue diciendo:

«Siento no dejar alguna cantidad para favorecer la educación moral y política de los españoles; pero ruego á mi sobrina que, de acuerdo con mis testamentarios, disponga con este objeto de todo lo que posea al tiempo de su muerte.

«...Espero morir antes que mi hermano, y ruego á todos los que me hayan querido, que hagan cuanto les sea posible para que no eche de menos el cariñoso consuelo que en mí encontraba. Lloro y no puedo continuar.»

Luego hay esta disposición que importa no pasar en silencio: «Deseo que mi nieto concluya su educación en Inglaterra.» Y termina el testamento con estas palabras: «Si mis enemigos celebran mi muerte, los declaro injustos; porque no solo no he hecho jamás daño á ninguno á sabiendas, sino que he buscado y aprovechado siempre las ocasiones de hacerlos todo el bien posible. Ya que estan difícil al hombre corregir todos sus malos

»instintos, si corrigieran al menos el de la venganza; si  
»practicasen la más sublime lección de la filosofía y de  
»la moral cristiana; si quisieran bien á los que les hacen  
»mal, la humanidad sería feliz. Me moriré deseando la  
»felicidad del género humano, y muy particularmente la  
»de los que con su estimación ó con su cariño me han  
»hecho grata la existencia ó soportables las desgracias.»

Final extraño por un concepto. Este hombre que había vivido consagrado á la libertad y á la patria, no se acuerda ni de la una ni de la otra, y en cambio se acuerda de la humanidad.

Veamos ahora el origen, las ideas y las vicisitudes del partido progresista, cuya historia veo indisolublemente unida al nombre de Olózaga.

Rigurosamente hablando, podría decirse que el origen del partido progresista está en las Cortes inmortales de 1812. Entónces aparece un partido formado por todos cuantos deseaban la desaparición del antiguo régimen, y señaladamente del absolutismo y de la intolerancia religiosa. Aquel partido tenía naturalmente dentro de sí matices como tienen todos los partidos.

Vino luego aquella bárbara reacción de 1814 y el partido se dispersó, pero apenas triunfa temporalmente la libertad en 1820, aparece de nuevo el partido liberal, el partido doceañista. Entónces ya se señala esa distinción de matices, pues habiendo habido una tendencia que se llamó la de los *exaltados*, natural era que surgiera la tendencia de los no exaltados, como así sucedió, recibiendo estos más tarde el nombre de *moderados*.

Pero todavía no se forman los dos partidos, ni se forman siquiera en el año 33 cuando muere Fernando VII y se instaura el sistema constitucional, aún cuando fuera con la timidez con que lo estableció el célebre Estatuto de Martínez de la Rosa. La distinción se dibuja y se señala, para no borrarse ya jamás, en el año de 1836 en que aparece constituido el partido moderado, por en-

tónces con dos elementos, á los cuales había de unirse más tarde por desgracia un tercero. Los dos elementos fueron los que estaban enfrente de los exaltados y que se manifestaban temerosos ó alarmados al ver el camino que llevaba la revolución, y los procedentes del llamado *doctrinarismo* francés. Y entónces, naturalmente, en el mero hecho de determinarse así la formación del partido moderado, el resto del partido liberal, los antiguos exaltados hubieron de constituir el otro partido que desde 1839 se llamó *progresista*, debiéndose por cierto á Olózaga esta denominación mucho más propia que la de exaltado, como es más la de conservador que la de moderado, porque los términos conservador y progresista se refieren al sentido de la política, á la manera en que deben irse realizando los principios que informan la vida de los partidos, mientras que los términos moderado y exaltado sólo implican algo que puede aplicarse á los individuos como tales individuos, pero no como temperamento y como caracter de un partido.

¿Qué ideas eran las que sostenía el partido progresista? Puede decirse que la historia del partido progresista se resume en dos luchas: en un duelo á muerte con el absolutismo hasta vencerlo, y en una lucha igualmente tremenda con el partido moderado para vencerlo también al cabo, aunque con no poco trabajo, á diferencia de la que sostuvo más tarde con la democracia, la cual, más que duelo fué asalto para concluir pronto en un abrazo fraternal.

Enfrente del antiguo régimen, el partido progresista negaba el poder absoluto en los reyes y el influjo dominante de la teocracia. En España, como en toda Europa con la excepción de Inglaterra y de Suecia, la monarquía, que había luchado y vencido á aquellos otros tres poderes con los cuales había compartido la gobernación del Estado en la Edad Media, ó sea la nobleza feudal, la teocracia y el estado llano, libre de la interven-

ción de esos tres elementos, asumió todo el poder y resultó así la monarquía absoluta, legítima, patrimonial y de derecho divino. Es verdad que de esas clases sociales, sobre todo la aristocracia y el clero y en parte el estado llano, porque de él procedían aquellos legistas á los cuales, dice Thierry, debió más la monarquía que á la fuerza de sus ejércitos, eran en un principio enemigas de la monarquía en cuanto les arrebató el poder; pero cuando perdieron toda esperanza de recobrarlo, cuando aparecieron en el horizonte otras aspiraciones, esas clases sociales se unieron á la monarquía para mantener no sus privilegios políticos que habían perdido para siempre, sino sus privilegios sociales, y por eso el antiguo régimen llegó á contar con el apoyo de esos elementos.

Pues bien, el partido progresista afirmó siempre contra el absolutismo la monarquía constitucional, y en cuanto á la teocracia, lo primero que hizo el partido progresista en el año 12 y luego en el año 20, fué suprimir el tribunal llamado sin duda por burla, *Tribunal del oficio Santo*; aplicó las doctrinas regalistas que á la sazón eran las corrientes y que había utilizado durante tres siglos la monarquía, y llevó á cabo entre otras reformas sociales, de que luego hablaré, relacionadas con la iglesia, la extinción de las comunidades religiosas. Por cierto que Olózaga defendió á los frailes cuando aquellas tristes matanzas de Madrid y pidió el castigo de los culpables, si bien siendo él gobernador fué cuando se llevó á cabo su expulsión.

En frente de este absolutismo y de este poder político, el principio saliente, el que dá carácter al partido progresista y en el cual se resumen todas sus aspiraciones, es el de la *soberanía nacional*, entendida, claro está, como en aquellos tiempos se entendía, esto es, considerándola como fuente de derecho y de poder.

Por eso vino luego la democracia á rectificar este

sentido, sosteniendo que la soberanía nacional era fuente de poder, pero no fuente de derecho. Más tarde, el partido progresista aceptó esta rectificación y desde entónces caminaron juntos progresismo y democracia á afirmar este principio, cuya historia en nuestra patria se puede exponer en dos palabras. En 1812 se afirma la soberanía nacional; en 1834, con el Estatuto, se niega; en 1837 se afirma; en 1845 se niega; en 1869 se afirma, y en 1876 se niega.

En prueba de ello, no necesito examinar el texto de la Constitución, ni siquiera recordar que lo dice la Constitución del año 12 en un artículo, la de 1837 en el preámbulo; ni es preciso tampoco atender al modo como funciona la Constitución para de ahí deducir si la informa ó nó ese principio. Basta leer la fórmula de la promulgación de la Constitución. La del año 12, como la del 69, la sancionan y decretan las mismas Córtes; la de 1837 la dan las Córtes; y D.<sup>a</sup> María Cristina, cuya regencia había sido confirmada por aquellas, dice: *«Sabed que las Córtes generales han decretado y sancionado y Nos de conformidad aceptado lo siguiente.»* Aquí ya teneis algo del sentido de la monarquía paccionada, del pacto; pero siempre resulta que la Constitución es decretada y sancionada por las Córtes. Pero viene la de 1845 y dice la reina: *«Hemos venido en unión y de acuerdo con las Córtes en decretar y sancionar la siguiente Constitución,»* é igual fórmula se emplea al promulgar la de 1876, que es la vigente.

Este principio, consignado en la Constitución de 1837, en la redacción de la cual tuvo una gran parte D. Salustiano Olózaga, como secretario que fué de la Comisión, haciéndose notar su influjo, entre otras cosas, en el principio del Senado electivo que hizo triunfar sobre el Senado vitalicio, lo mantuvo siempre enérgicamente el partido progresista, y dentro del partido pocos con la tenacidad, con el tesón y con la lógica

que lo hizo D. Salustiano Olózaga, el cual pedía constantemente, como buen liberal á la inglesa, no sólo la afirmación del principio, sino sus lógicas consecuencias, y por tanto una monarquía representativa, constitucional y parlamentaria.

¿Qué entendían el partido progresista y Olózaga por la monarquía constitucional? Lo vais á oír, según resulta de una carta dirigida al Sr. Fernández de los Ríos el año 64, y que se publicó á la cabeza de esos estudios á que antes me refería. Dice así: «El gobierno representativo ha sido y será por mucho tiempo (¿quién puede calcular su duración)... la transacción única que podía conciliar ideas é intereses tan opuestos, y la base de esta transacción consiste en reconocer á los pueblos emancipados el «don de gobernarse á sí mismos y en la obligación que estos se imponen de conservar la *forma exterior* de la parte más conspicua, más preeminente de los antiguos gobiernos.»

Lo que quería dar á entender con esto Olózaga, es que para dejar á salvo el principio de la soberanía nacional, era preciso que fuera en España el rey, lo que, según dice Macaulay, ha sido en Inglaterra desde 1638, un funcionario del Estado, un servidor como los demás, porque la diferencia entre la monarquía constitucional de la Edad Media y la parlamentaria de nuestros días consiste sencillamente, en que en la primera el rey *comparte* con el país la gobernación del Estado, mientras que en la segunda, el país se gobierna á sí propio, el rey sirve al país como le sirve cualquier otro funcionario, claro está que en la esfera propia de la función que desempeña.

De aquí aquellas protestas constantes contra el falseamiento, contra la adulteración del régimen constitucional, contra la falta de aquella sinceridad, sin la cual realmente no es posible el sistema parlamentario; de aquí las protestas constantes del partido progresista,

hechas en primer término y las más de las veces por D. Salustiano Olózaga, contra todas aquellas cosas que desde muy pronto comenzaron á perturbarla; contra las camarillas, contra el gobierno personal, contra aquello que llamó el insigne Luzuriaga en una frase que se ha hecho célebre, *los obstáculos tradicionales*. Todas estas corruptelas, todos estos abusos comienzan precisamente cuando aparece formado y definido el partido moderado, cuando aparece en la gobernación del Estado la intervención personal de la regente que se niega, por ejemplo, á firmar la separación de ciertos generales; cuando se resuelve una crisis por motivos que no son conocidos ó por intrigas en que toman parte aventureros como aquel célebre italiano Ronchi, cuya trama precisamente puso de manifiesto Olózaga, y se dan casos como el de la caída del gobierno puritano que dió lugar, según nos ha manifestado una persona respetable, á que García Goyena dijera en el Senado, teniendo un papel en la mano: «Antes se pasará sobre mi cadáver que »se me arranque de la mano este papel que yo dejaré á »mis hijos como la mejor ejecutoria de su honra.» Papel que contenía la explicación de aquella crisis misteriosa, y que según mis noticias conservan cuidadosamente los hijos del Sr. Goyena.

Como la reina Cristina llegó á identificarse en cierto modo con el partido moderado, desde cuyo momento desapareció la primera cualidad que debe tener un monarca constitucional que es la imparcialidad, que es no ser rey de partido, resultando así todas estas corruptelas y la mayor parte de estos abusos autorizados y sostenidos por el partido moderado, de aquí la lucha de éste con el progresista, aparte de lo que naturalmente sostentan como representantes respectivos del sentido progresivo y del sentido conservador.

Señores, el partido moderado llevó á cabo una obra en España, que ha sido obra de perdición, porque si nos

remontamos al origen, á la primordial causa de tantos males como han afligido á este desventurado país, tengo para mí, sin temor de pecar de parcial, que la mayor parte de la responsabilidad cae sobre el partido moderado. Para juzgar su sentido, no necesito más que recordaros dos hechos.

Hicieron los progresistas en el año 1837 una Constitución porque era imposible transigir con el Estatuto de Martínez de la Rosa, especie de carta otorgada, que tenía la pretensión, sincera y generosa, pero completamente ilusoria, de enlazar lo actual con la tradición de la Edad Media, tradición que se había roto hacía ya tres siglos; cuando lo único posible y lo exigido por las circunstancias era lo que quería el partido liberal que todavía luchaba unido por la causa de la libertad simbolizada á la sazón por Isabel II; esto es, reanudar la tradición del año 12. Pues bien, hicieron la Constitución del año 37 rectificando la del 12, pero en términos tales que Martínez de la Rosa, una de las figuras más ilustres del partido conservador, declaró en pleno parlamento que aquella Constitución estaba hecha con los principios conservadores, *con los principios de nuestro partido*, dijo.

Ahora, bien, señores, ¿qué decís de un partido que encontrándose con una Constitución hecha por sus adversarios, pero con sus propios principios, que se encuentra así con el *desideratum* de una *base común*, tiene la malhadada idea de hacer una nueva Constitución, la de 1845, destruyendo esa base común que no había de reaparecer ya en todo el reinado de D.<sup>a</sup> Isabel II?

Todo ¿para qué? Para negar el principio de la soberanía nacional, para establecer el Senado vitalicio, para abolir el Jurado en materia de imprenta, para suprimir la milicia nacional, para dejar al arbitrio de la corona la reunión de las Cortes, y para que no tuvieran éstas intervención en el próximo matrimonio de la reina.

Tengo para mí, que si el partido moderado no hubiera cometido esa insigne torpeza, acaso las cosas hubieran marchado en España al modo que han marchado en Italia y en Bélgica. Pero ocurrió otro hecho que confirmó este mismo sentido estrecho, que es la constitución del Senado vitalicio.

¿Sabeis con qué personas se les ocurrió á aquellos ministros constituirlo? Tomando todos los senadores del partido moderado, todos menos uno, que fué el señor Luzuriaga, el cual decía que parecía que habían querido burlarse de él. Constituir una cámara vitalicia en una monarquía constitucional y elegir todos los senadores de un partido, es el colmo de la ceguera, y poner bien de manifiesto el sentido del partido moderado.

Unid á esto, que su conducta en el poder se sintetiza en estas palabras: militarismo, nepotismo, resistencia. El nepotismo fué tal, que dió lugar á que en cierta ocasión Alcalá Galiano recordara al general Narváez que Calígula había hecho senador á su caballo. La política de resistencia de tal modo la exajeró, que obligó á Istúriz á decir á un ministro moderado: «Fusilar no es gobernar,» y á un diputado portugués iberista, á exclamar: «Que aún cuando se les ofreciera la unión ibérica »con la Constitución portuguesa y la dinastía portuguesa »sa no la aceptaría mientras mandasen en España los »moderados;» así como también á que un diputado francés interpelara á Guizot sobre tanto derramamiento de sangre, y éste contestara que España era un país especial por sus instintos feroces.

El partido progresista se encontró también enfrente de la unión liberal, consistiendo su misión entónces en mantener vivo el culto á la libertad y al principio de la soberanía nacional. El período en que rigió los destinos del país la unión liberal fué un período, sí, de paz y de tolerancia, pero de tolerancia de hecho. ¡Ah, señores! Los pueblos no se pueden conformar con la tolerancia

de hecho; necesitan la garantía de la ley y para ciertos derechos la garantía de la Constitución, y sobre todo en nuestra patria, dado el gobierno personal del jefe del Estado, que por fuerza tenía que serlo más ó menos con la Constitución del 45. ¿Por qué? Porque desapareció aquel gobierno, y el ministerio que vino después cambió de conducta, y sin variar de legislación volvieron las cosas al estado en que antes se hallaban.

El partido progresista defendió siempre con valor la *descentralización administrativa*: prueba de ello la famosa ley de ayuntamientos del año 1840, que dió lugar á aquel célebre movimiento que lo arrojó del poder, por si debían nombrarse los alcaldes por el gobierno ó por los pueblos.

En cuanto á la cuestión social, el partido progresista fué el propulsor, en nuestro país, de las dos grandes reformas que constituyen el contenido de esa cuestión social en los tiempos pasados en que tan distinta fué por cierto la cuestión social de la de los tiempos presentes; porque en aquellos el problema social se sintetiza en dos palabras: *désvinculación y desamortización*, que, como están indicándolo la misma complexión de los términos, no eran más que dos negaciones, estando la cuestión reducida á suprimir la vinculación, esto es, las excepciones y la amortización, y á dejar la propiedad toda sujeta al derecho común, lo cual no era un derecho nuevo, sino uno histórico y tradicional, ya el romano ya el germánico.

Tratábase, pues, de una solución negativa, y por lo mismo el objetivo era tan manifiesto que en el seno de la sociedad había, respecto de él, aquella unidad de pensamiento y de acción que demanda la resolución de problemas tales, mientras que en los tiempos presentes es un problema positivo, que pide una solución, un derecho nuevo y de aquí las dificultades, no ya de resolverlo, sino hasta de plantearlo.

A veces esta obra del partido progresista no se juzga con la imparcialidad con que todo el que expone los hechos históricos debe hacerlo. No hablo de la vinculación, que no hay apenas nadie que la defienda ó lamente su desaparición; pero no sucede lo propio con la desamortización, así la eclesiástica como la civil. Es muy cómodo tener dos criterios cuando se trata de juzgar hechos históricos que afectan á ciertas instituciones. Unas veces se toman en cuenta las circunstancias históricas, á fin de suavizarlos y atenuarlos; y otras se les juzga con un criterio absoluto, sin tener en cuenta para nada esas circunstancias históricas.

Y una de dos: ó se toma el segundo criterio para todos, ó el primero también para todos. Cuando yo oigo decir que la desamortización fué un robo y un despojo, etc., digo: pues si con este mismo criterio se juzgaran hechos análogos de la historia, ¿no comprenden los que eso dicen cuál sería la consecuencia, si lo aplicáramos por ejemplo á la expropiación de los judíos, de los herejes, de los paganos, desde Constantino hasta la terminación del imperio romano, ó la de aquella parte de la propiedad de los sajones que se tomaron los normandos, distribuyéndola entre el rey, los señores y los obispos? ¿Qué diríamos de aquellas expropiaciones de que fueron víctimas en España los moriscos, los judíos y hasta los mismos indios de América? Claro está que la desamortización con el criterio que se hizo al comienzo de esta época, implica la negación de la propiedad cooperativa, y en este sentido, bajo el punto de vista de los principios no puede aprobarse el que la informó. Pero, señor, no tenemos más que atender á la discusión que mantuvo en la constituyente Mirabeau con el abate Mauvy, pues ambos están conformes en que la propiedad nace y procede de la ley, así como también que las personas sociales deben su existencia al Estado y por lo tanto quien las autoriza puede suprimirlas.

Tanto es así que la discusión recafa sobre hechos históricos, sobre los antecedentes, pero no sobre principios generales. Luis XIV, cuando decía á su hijo que todo lo que tenían los franceses era suyo, tuvo buen cuidado de decir que lo mismo lo que tenían los seglares que lo que tenían los clérigos.

Por tanto, claro está que al resolver este problema, que problema era y solución pedía, se hacía con arreglo á los principios de entónces, y no es posible juzgarlo con los que hoy se van abriendo camino, no para negar el sentido individualista de la revolución, sino para completarlo; con más razón quizás se puede criticar la desamortización de la propiedad de las corporaciones civiles, singularmente de los pueblos, en la cual tengo para mí que se ha ido más allá de los justos límites.

El partido progresista fué un partido que apeló con frecuencia á los medios de fuerza, un partido revolucionario; lo cual trae á la memoria el punto de los *pronunciamientos* que nos ha dado una triste celebridad en Europa y respecto del cual estamos conformes todos. Pero, ¿es culpable de esto el partido progresista? Yo creo que esto de los pronunciamientos y de la facilidad de acudir á los medios de fuerza, se explica por la situación que se creó al país en general y al partido liberal en particular del año 14 al 20 y del 23 al 33, porque entónces apelaron á este medio, Mina, Porlier, Lacy, el Empecinado, etc., etc., y todos aquellos movimientos, dadas las condiciones de aquella organización del Estado, de aquel despotismo bárbaro y cruel, eran perfectamente lícitos. Así, después de establecida la monarquía constitucional, quedó esta tradición que iba unida á nombres gloriosos inscritos en lápidas en el Congreso, y esto, junto con que no es fácil que un pueblo se desprenda de los hábitos y prejuicios que engendraron el absolutismo durante tres siglos, y que llevan con-

sigo la consecuencia de no atender ni mirar más que al poder para ejercerlo, ya en provecho propio, ya en daño de los demás, ha podido, junto con otras circunstancias nacidas de la primera época constitucional, dar lugar á ese hecho que, repito, no debe ciertamente echarse en cara como si fuera obra del partido progresista, porque, señores, bien sabéis que en esta materia todos tienen el tejado de vidrio, absolutamente todos.

Por cierto que Olózaga tenía acerca de esto un punto de vista que he tenido ocasión de ver con toda claridad en una de esas cartas á que antes me he referido.

Olózaga estaba el año 1866 emigrado, como tantos otros progresistas y demócratas, y mantenía un punto de vista sobre el cual llamo vuestra atención. De un lado, en cuanto al ideal, en cuanto al objetivo á que se encaminaban el progresismo y la democracia, no titubeaba, mientras que quizás vacilaban otros emigrados y andaban en transacciones para, si en España se hacía esta ó la otra modificación, renunciar al retraimiento y entrar en las vías pacíficas; y vacilaban otros respecto al alcance que debía tener el movimiento que desde entónces se preparaba. Olózaga no transigía con nada ni por nada; y en cuanto al objetivo, era el que de antiguo, muy de antiguo él venía persiguiendo, el destronamiento de los Borbones. Pero al propio tiempo que éste era su objetivo invariable, dice en una de estas cartas, escrita el 8 de Setiembre de 1866, poco después de haber tenido lugar aquel movimiento que todos conocéis: «Todo lo que pueda impedir nuevas sagradas, será un bien muy grande para la nación y más especialmente para nuestro partido. Los que no pensamos más que en la dignidad y en su porvenir nos estamos quietos.» Y es que Olózaga perseguía lo que al fin se realizó, porque de otra carta resulta que

fué el que puso más empeño en que se llegara á una inteligencia con el elemento unionista para llevar á cabo la que luego fué revolución de Setiembre.

Finalmente, el partido progresista, como os decía antes, luchó también con la democracia; lucha de que son expresión dos célebres folletos sobre la fórmula del progreso, el uno de D. Emilio Castelar y el otro de D. Cárlos Rubio; ambos á la sazón verdadera encarnación el primero de la democracia, y el segundo del progresismo. Olózaga que, claro está, no veía con buenos ojos la aparición y el desarrollo de la democracia, trató de romper con ella en 1863. Luego se personifica en dos ilustres personajes, en Olózaga y en Rivero, del cual nada os he decir porque está á cargo el hacerlo de mi querido amigo D. Gabriel Rodríguez; sólo si diré como señal del distinto caracter y temperamento de estos dos ilustres políticos, que si no recuerdo mal, el que fué ministro de la Gobernación durante los cinco años de la unión liberal, el Sr. Posada Herrera, decía: «Yo »estoy tranquilo mientras piden la palabra los progresistas, aunque sea Olózaga, porque sobre poco más ó menos ya sé por donde me han de venir; pero confieso con »sinceridad que cuando pide la palabra Rivero me echo »á temblar, porque nunca sé por donde saldrá.»

Pues esto indica la posición de la democracia respecto del partido progresista, y es que aquella traía á la vida nuevos ideales, nuevos principios y nuevas doctrinas.

Este es el partido progresista á cuya suerte corrió unida la de Olózaga y del cual fué jefe por mucho tiempo. Habiendo habido dudas y vacilaciones entre si lo debía ser él ó el general Espartero, Olózaga se conquistó esa jefatura, más bien que por las simpatías que él despertara en el corazón de las masas progresistas, devotas del duque de la Victoria, porque se imponía por su inmenso talento y porque el partido instintiva-

mente conocía lo mucho que valía. Había ciertos elementos que preferían á Espartero, que era el héroe de la primera guerra civil, que no perdonaban nunca á Olózaga la célebre *Salve* con la cual derribó á Espartero en 1843, como lo revela un hecho curioso y graciosísimo que he oído referir á uno de nuestros consocios, ocurrido en Zaragoza allá por el año 66 con motivo de un banquete que dieron á Olózaga y que él presidía. Parece que al terminar el banquete y al hacer el resumen de los brindis que se habían pronunciado, Olózaga empezó diciendo: «Creo, señores...» al oír lo cual, un sencillo aragonés dijo: «Rediós, ya nos fastidió con una *salve*; no nos fastidie ahora con un *credo*.» Pues esto es expresión de los recelos que abrigaba una parte del elemento progresista, y que tiene una larga historia cuyos pormenores no hay para que traer aquí.

Pero os he dicho que era el *jefe*, y quizá si Olózaga viera, no me consentiría que le diera este título, porque en un documento oficial, pues no se trata de una carta privada, sino de una dirigida al comité central progresista, escribía estas notabilísimas palabras, muy de tomar en cuenta en estos tiempos en que no sólo hay jefes, sino que parece que los jefes lo son todo y poca cosa los principios que profesan los partidos:

«Ellos y Vds. saben, y del mismo modo pueden saberlo todos los españoles, porque ha sido bien público, que no sólo no he aceptado sino que he rechazado constantemente el título de jefe de nuestro partido ó de jefe de la minoría progresista. No serían libres los pueblos si tuvieran jefes, no serían constitucionales los partidos, si los tuvieran. Lo que éstos necesitan son guías, y cuando por amistosa deferencia de algunos colegas míos ó por imitación involuntaria se escapaba de los lábios de alguno la palabra *jefe*, yo protestaba en el acto, aspirando sólo á poder ser el guía de mis compañeros. Este es un grande honor, pero son todavía

»mayores las obligaciones que impone. El jefe desde su  
»puesto, manda un movimiento; el guía para que le si-  
»gan, tiene que ir delante; al jefe le basta su autoridad;  
»el guía necesita el acierto. Los franceses han tenido  
»sus jefes de partido, y hasta en las cámaras había otros  
»que les estaban subordinados y se llamaban jefes de  
»fila. Los ingleses, que comprenden mejor la libertad y  
»que no avanzan ni retroceden tan rápidamente en su  
»carrera, no han necesitado para sus evoluciones, len-  
»tas muchas veces, pero constantes y siempre progre-  
»sivas, jefe ninguno. Guía (*leader*) llaman al que dirige  
»la oposición, y el mismo nombre dan al que dirige la  
»mayoría desde el gobierno. Ni la fortuna ni el poder  
»basta á cambiarle ese título; menos le consentirían que  
»cambiase sus atribuciones ó procurase aumentarlas.»

Palabras muy dignas de tomarse en cuenta, porque en estos últimos años aparece la tendencia en España á emplear unas denominaciones que antes no existían, y que algo significa si los nombres tienen valor y no son palabras vacías. En efecto, en la primera época constitucional no había más que absolutistas y liberales, luégo no hubo más que moderados y progresistas; después unionistas; en el periodo de la revolución constitucionales, radicales, republicanos-unitarios, republicanos federales, mientras que ahora, desde la restauración, es muy frecuente oír hablar de canovistas, sagastinos, castelaristas, zorrillistas, etc., etc.

El partido progresista de 1812 á 1833 es el que conserva la tradición doceañista; el partido progresista de 1833 á 1843 es el partido liberal que defendió generosa y desinteresadamente la monarquía de D.<sup>a</sup> Isabel II, por considerarla como símbolo de la libertad y como expresión del sistema constitucional del régimen parlamentario; el partido progresista de 1843 á 1854 es el partido proscrito del poder, que está luchando contra la corrupción y el falseamiento de ese mismo sistema; el partido

progresista de 1854 á 1856 es el que vuelve á reiterar el principio de la soberanía nacional, haciendo la Constitución del 55, que no llegó á ser ley, y dictando leyes tan importantes como la de desamortización y la de ferrocarriles, interesante esta última por la triste historia de sus antecedentes en las postrimerías del partido moderado; el partido progresista del 57 al 63 constituyó la minoría de las Córtes de la unión liberal que mantuvo el amor á la libertad, el fuego sagrado que parecía que estaba á punto de apagarse; el partido progresista de 1863 á 1869 fué el que siguiendo el camino que le trazaba Olózaga, señaló ya su actitud resueltamente antidinástica, y si durante aquellos años hubo por parte de éstos ó de aquéllos debilidad ó esperanza de que las cosas pudieran reformarse, D. Salustiano de Olózaga jamás vaciló. ¿Impulsábanle á ello motivos personales? ¿Es que influía en su actitud el recuerdo de la infamia de 1843? Señores, es imposible penetrar en el fondo de la conciencia del hombre público para discernir lo que hay de personal y lo que hay de impersonal en sus actos; pero lo cierto es que D. Salustiano Olózaga, si jamás cejó en su camino, y todavía en 1873 decía que sentiría se extraviara la república, porque volverían los Borbones y se moriría con la pena de verlos restaurados en España, nunca fué obstáculo á que se intentara una transacción entre la dinastía y el partido progresista, mientras hubo esperanzas racionales de una concordia.

Llegó la revolución de 1868 hecha por tres elementos; el partido progresista, la democracia y la unión liberal, que fueron respectivamente el sentimiento, la inteligencia y la fuerza de aquel memorable movimiento nacional.

El partido progresista, rigurosamente hablando, allí murió, como murió políticamente también entónces D. Salustiano de Olózaga. Vino á Madrid, formó parte

de las Constituyentes, de la comisión de Constitución, fué luego embajador en Paris, aún después de establecida la república, hasta poco antes de morir. Pero por algo las Córtes Constituyentes nombraron su presidente á D. Nicolás María Rivero y no á D. Salustiano Olózaga, cosa que éste sintió mucho. Era natural; D. Nicolás María Rivero era la encarnación de aquella revolución y no Olózaga. No se había apagado en el espíritu su inmenso talento; aquellas facultades parlamentarias jamás igualadas en España por nadie, eran las mismas, las condiciones personales iguales, el prestigio el mismo, y sin embargo, D. Salustiano de Olózaga no era en los escaños de las Constituyentes del 69 lo que había sido en las de los cinco años de la unión liberal y posteriormente. ¿Y por qué? ¡Ah señores! es que habían cambiado radicalmente el teatro, la escena y el argumento. Antes D. Salustiano de Olózaga brillaba porque sabía decir en aquellos discursos admirables lo que no se podía decir; siendo inútil que el Presidente los oyera con la mano puesta sobre la campanilla, porque cuando quería atajarle ya la ocasión había pasado, la frase intencionada estaba dicha, y á poco que se descuidara, venía la segunda. Ahora bien, en 1869 estas habilidades no eran ya necesarias, porque se decían las cosas con entera claridad y se discutían principios, doctrinas, teorías, con la misma libertad que en el Ateneo. Así que reparad: un discurso parlamentario tiene valor bajo el triple punto de vista de la doctrina, de la forma y del interés político. Pues bien; un discurso de Rivero tendrá siempre valor doctrinal, y un discurso de Olózaga tendrá siempre valor literario, pero será escaso su valor doctrinal. Es más, los que lean sus mejores discursos, aquellos que hicieron más mella é impresión en la opinión pública, esos mismos que insertó Fernández de los Ríos como apéndice en el libro que publicó por acuerdo del Círculo progresista, con dificultad se darán

cuenta del valor que se les dió, del efecto que hicieron, porque es imposible juzgarlos sino habiendo vivido en aquel tiempo y respirado aquella atmósfera.

Una palabra que hoy parecería insignificante, causaba entónces una herida y un daño que sólo pueden comprender los que entónces se movían y agitaban en la vida política y eran actores ó testigos de aquellas memorables luchas.

Y digo que el partido progresista desde entónces murió en el sentido de que ya no tuvo vida independiente de la democracia y de que ya no fué empresa exclusiva del mismo el sostener el principio de la soberanía nacional, toda vez que con la revolución de 1868 este principio quedó plena, absoluta y definitivamente consagrado. Por lo demás, claro está que no desaparecieron los elementos que lo constituían; sino que fueron los unos á formar parte del llamado partido constitucional y otros del radical, para venir después en la época de la restauración á constituir el uno el partido llamado liberal de la monarquía y á ser el otro elemento importante del republicano progresista. Ambos pueden recabar la progénie progresista, pero el constitucional tiene que buscarla todo lo más en 1863, y el republicano progresista puede remontarse, á mi juicio, hasta el año 1812. Por eso el personaje de quien esta noche nos ocupamos supongo que nadie dudará que si viviera (y sería el quinto de los vivos que pertenecieron á la minoría progresista de 1858 á 63, pues solo existen cuatro: Figuerola, Ruíz Zorrilla, Sagasta y D. Vicente Rodríguez) estaría con Figuerola, Rutz Zorrilla y Rodríguez, no con D. Práxedes Mateo Sagasta.

Olózaga vió con gran pena la excisión del partido liberal dentro de la monarquía de D. Amadeo de Saboya, así como la salida de éste de España. Terminantemente declaró, lo dicen sus cartas, que estaba dispuesto á apoyar una república que fuera pacífica, unitaria en

lo político y conservadora en lo social. Temía mucho que se proclamara la república federal y profetizaba que como consecuencia vendría la restauración de los Borbones. Y en este momento acaeció su muerte en el año 1873.

Ahora bien, señores: este partido progresista, que ha sido objeto de juicios tan encontrados, creo yo que, imparcialmente considerado y, sobre todo, si se atiende á su gran época de luchas y de batallas, merece ser presentado como tipo de partido honrado, generoso, desinteresado y patriota. Se le ha echado en cara, y á veces en son de mofa, que tenía escasa cultura, que sabía poco; en cambio, los moderados se llaman á sí propios los hombres de la suprema inteligencia, así como antes se les llamó los *importantes*, título cuyo valor puede aquilatarse viendo la crítica que de él hacía el gran Quintana. Tenía el partido progresista la cultura de su tiempo. D. Salustiano Olózaga tenía toda la derivada de las circunstancias en que se había educado y de sus aficiones y carácter; y por eso la diferencia entre D. Nicolás María Rivero y D. Salustiano de Olózaga es muy marcada, sin que redunde en demérito de ninguno de los dos, porque cada cual tenía su educación, sus antecedentes, sus convicciones y su historia y había vivido en distinto medio social; el uno era filósofo razonador, el otro hombre práctico positivo; el uno mezcla de francés y de alemán, el otro inglés puro, y cada cual, en su esfera, tenía grandísimo mérito. Pues lo propio digo del partido progresista; yo bien sé que sólo con el sentimiento no se arreglan las cosas de la política; yo bien sé que pudo haber algo de sencillez, de inocencia, en aquel entusiasmo que producía, por ejemplo, el himno de Riego, aunque después de todo era el himno que simbolizaba la libertad, y por eso todos los que entónces comenzamos á amarla, hemos sentido ese entusiasmo al oírlo; pero en punto á lealtad, á patrio-

tismo, á constancia en los propósitos, á energía y actividad en la lucha cotidiana, indudablemente al partido progresista se le puede presentar como modelo de civismo, de abnegación y de amor patrio.

El luchó contra las corruptelas parlamentarias que bien pronto comenzaron á apuntar en el reinado de D.<sup>a</sup> Isabel II; él sostuvo desde muy temprano grandes contiendas con motivo de aquella falta de sinceridad que es el más grave vicio de que puede adolecer el sistema parlamentario; él protestó contra aquel continuo convocar y disolver Parlamentos que dió lugar á que Olózaga en una ocasión, en lugar de decir: en un abrir y cerrar de ojos, dijera: en un abrir y cerrar de Córtes; los progresistas combatieron aquellos procedimientos electorales merced á los que se dió el caso de que Sartorius y Beltrán de Lis, después de haber sido ministros de la Gobernación y de haber tenido España entera á su disposición, una vez caídos no encontraran siquiera un distrito que los diese su representación; ellos, en fin, tronaron contra aquel tenaz y sistemático falseamiento del régimen parlamentario, y cuyas tristes consecuencias bien á tiempo anunció D. Salustiano Olózaga.

Señores, al volver la vista atrás y echar una mirada al camino recorrido en la vida política de nuestra patria, solemos caer hoy en dos extremos: el uno consiste en desconocer el valor de lo hecho, y el otro en concederle demasiada importancia desconociendo la que tiene lo que todavía está por hacer. A veces creo notar en las nuevas generaciones que pecan de impacientes é injustas; no han podido, como nosotros, recoger de nuestros padres el relato de aquellos tiempos en que, cuando eran estudiantes, tenían que esconder entre los colchones de la cama los libros que leían porque eran libros prohibidos; no saben que este mismo Olózaga de quien esta noche nos ocupamos, estuvo preso en 1831 y tuvo por compañero de prisión á un tal Bringas, al

cual para arrancarle declaraciones le aplicaron el tormento introduciéndole cuñas agudas entre las uñas y las yemas de los dedos.

Pero ¿á qué remontarnos á lo que nos decían nuestros padres? Nosotros mismos, muchos de los que me escuchan y son ya antiguos en el Ateneo ¿no recordamos cuándo fué la primera vez que en este Ateneo se pudo decir algo que estuviera fuera de la ortodoxia? Pues fué en tiempos de la unión liberal, siendo ministro D. José Posada Herrera; y yo recuerdo perfectamente la impresión que produjo en una parte del público aquello que pareció extraordinario. Que los jóvenes, que los impacientes comparen aquellos tiempos con estos; aquellos tiempos en que se condenaba á un periódico como *El Clamor Público* á pagar cinco mil duros de multa, porque defendía el principio de la *soberanía nacional*; aquellos tiempos en que D. Emilio Castelar tenía que apelar al subterfugio de dirigir unas cuantas cartas al arzobispo de Santiago para defender la libertad de conciencia y de cultos. Y por cierto, que respecto de esta libertad ni el partido progresista ni Olózaga antes de 1863, estaban muy resueltos por ella. En este mismo Ateneo, resumiendo un debate sobre ese tema, decía: «Pues yo tampoco creo que la libertad de cultos tenga »que seguir indispensablemente á la de conciencia; creo »que podríamos subsistir por mucho tiempo con la una »sin necesidad de tener que declarar la otra.» y todavía en el año 1867 escribía á un amigo refiriéndole la conferencia que había tenido con un ilustre demócrata, y decía: «Que á pesar de no ir tan allá como éste en esa materia, no por eso era menos aborrecido que él en »Roma.»

Refreshando estos recuerdos y haciendo estas comparaciones, es como puede imparcialmente juzgarse la importancia de lo hecho.

Pero, señores, pensad lo que habría podido ser Es-

paña si el reinado de D.<sup>a</sup> Isabel II hubiera sido otra cosa de lo que fué. Si la dinastía española, ya que por no ser nueva no se hallaba en el caso de la dinastía belga, que le llevaba esa indudable ventaja, hubiera hecho lo que hizo la dinastía italiana, esto es, aceptar resueltamente sin vacilaciones ni reservas las nuevas exigencias de los tiempos, y preparando, por tanto, la evolución más importante que ha podido realizar un pueblo en el siglo XIX, otra sería la suerte de España.

Muchas son en verdad las causas de los errores cometidos; pero creo que la principal y en la que muchas de las demás pueden resumirse, es el falseamiento, el torcimiento del sentido conservador en nuestra patria, porque este sentido conservador fué pésimo en tiempos de Fernando VII, malo en los de D.<sup>a</sup> Isabel II, y mediano en los de D. Alfonso XII. Pésimo en tiempo de Fernando VII, porque significó y fué sangre, ódio, crueldad, barbarie, intolerancia; malo en tiempo de doña Isabel II, porque significó doctrinarismo, intolerancia, militarismo, resistencia; y mediano en tiempo de D. Alfonso XII, porque renace el doctrinarismo cual se revela en la Constitución de 1876, no tan intolerante ciertamente como el partido moderado del anterior reinado, pero con la intolerancia que implica la absurda distinción de los partidos en legales é ilegales, y porque al fin y al cabo ha venido á cometer el mismo gran yerro que el partido conservador del tiempo de doña Isabel II; pues así como el partido moderado se compuso primero de los liberales cansados y de los doctrinarios, y más tarde, andando el tiempo, vino á formar parte de él otro elemento nuevo que entónces se llamó neo-católico, el partido conservador de la época de don Alfonso XII cometió el mismo yerro uniéndose y aliándose con el elemento ultramontano.

Hemos tenido la desgracia de que la representación de este sentido conservador, que naturalmente es ne-

cesario en las sociedades, nunca haya cumplido su misión; y como de un lado esto ha impedido que la representación del otro elemento cumpla la suya, y de otro hemos visto constantemente que la representación conservadora ha tenido como por derecho propio el poder, y la representación liberal ha estado naturalmente casi siempre en la oposición, de ahí que en mi juicio el partido conservador es el principal responsable de este estado de cosas, lo cual es tanto más de lamentar cuanto que si hay errores que por referirse á cuestiones pasajeras y concretas que no renacen, que no vuelven, tienen poca trascendencia, estos de que me ocupo subsisten siempre, porque sentido progresivo y sentido conservador, lo han de tener constantemente las sociedades, con la monarquía lo mismo que con la república, y lo que yo temo es que esta mala tradición del sentido conservador nos persiga todavía en tiempos ulteriores con esta ó con otra forma de gobierno, entorpeciendo así, en la esfera de la política, el cumplimiento de lo que es una ley histórica, la sucesión y continuidad de la vida mediante el enlace y compenetración de la tradición y del progreso. HE DICHO.

# 13.<sup>a</sup> CONFERENCIA

---

## T E M A

Jovellanos.—La propiedad territorial y el cultivo en 1800.  
—El plan de la Ley Agraria.—La desamortización.—El porvenir y las necesidades de la agricultura española.

ORADOR

DON FRANCISCO SILVELA

---

Señoras y señores:

I

En la distribución del plan tan bien imaginado de estas conferencias históricas que vienen á representar lo que pudieran llamarse los orígenes de la España contemporánea, he tenido la alta honra de que nuestro digno presidente me confiara el encargo de delinear ante vosotros una de las figuras más bellas, más simpáticas, más interesantes de todas cuantas han de constituir este cuadro, la del insigne D. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS. Economista, filósofo, jurisconsulto, literato, poeta, gran crítico en artes, fué Jovellanos hombre *distinguido en todos los géneros del saber humano y eminente en muchos*, como dice con epigráfica concisión el epitafio que escribieron en su sepulcro Quintana y D. Juan Nicasio Gallego; y es verdaderamente empresa muy difícil delinear en una conferencia figura tan im-

portante y de cualidades y méritos tan múltiples, y mucho más para quien como yo carece totalmente de ese admirable talento descriptivo del cual tantas muestras se os han dado desde esta cátedra, trazando con unas cuantas líneas esas figuras, esas imágenes, esas felices y delicadas pinturas de ideas y de costumbres que despiertan en el ánimo la impresión de la vida y de la naturaleza y de la historia, que logran revelarnos los personajes y los sucesos tal como ellos fueron. Esta dificultad afortunadamente se aminora un tanto con la discretísima indicación que en el tema de la conferencia se contiene, y que me demuestra no debo yo, si he de mantener la armonía bien calculada del cuadro, intentar siquiera presentar á vuestra consideración la figura total de Jovellanos en sus diferentes aspectos y variadas manifestaciones, sino por el contrario ceñirme á aquel sentido que me está marcado en el programa al hablarse en él del plan de la ley agraria, el sentido que verdaderamente determinó la influencia más grande, más considerable, más decisiva de ese hombre en la historia de nuestro país, la que está representada por los esfuerzos á que consagró lo mejor de su vida y lo más selecto y exquisito de su erudición y de su ingenio, el estudio de los obstáculos que las leyes, la naturaleza, las costumbres y las preocupaciones oponían en la España de su tiempo al progreso y al desenvolvimiento material y á los adelantos morales con él relacionados. Todo ello viene á constituir un conjunto de lo que en el lenguaje al uso, podríamos llamar hoy una gran política del ministerio de Fomento, tan interesante ahora como entónces por lo menos, cuando tan de cerca se vé y se siente de qué manera, si bien es verdad que progresamos, cada día nos distancian más otros pueblos en esa marcha constante en el desenvolvimiento material, porque la suya es harto más rápida y menos interrumpida, y cuando por desgracia esa política de remover obstácu-

los, preparar materia útil para la actividad individual y para el ahorro nacional, facilitar concurso de capitales extranjeros y aprovechamiento á los caudales sobrantes ó estancados de los vecinos, favorecer las iniciativas del productor y completar sus medios de acción sobre la naturaleza, es la política que por igual á todos nos interesa, y de la que desgraciadamente por igual también, nadie se ocupa.

## II

Los hechos más culminantes de la historia y de la vida de Jovellanos son muy bien conocidos de todos vosotros. Zean Bermudez, cumpliendo la misión que recibiera de la Academia de la Historia, los recogió y publicó y se popularizaron después en un elocuente y discretísimo discurso de D. Cándido Nocedal, que precede á las obras completas del insigne asturiano en la colección de Autores Españoles, conteniéndose también noticias y juicios muy interesantes en artículos publicados en *La América* por Amador de los Ríos. Sólo recordaré utilizando esos trabajos biográficos, algunas líneas generales que basten á traer á la memoria los rasgos más capitales de la figura del personaje y su marcha á través del período de la historia en que influyó.

Nació, como todos sabéis, D. Gaspar Melchor de Jovellanos en la villa de Gijón al mediar el siglo XVIII, en el año de 1744, y vino á cursar jurisprudencia en Avila bajo la protección de un ilustre obispo paisano suyo. Obtuvo allí los grados mayores y pasó á recibir el doctorado y á perfeccionar sus estudios á la universidad de Alcalá, donde se distinguió en discusiones de academias y en certámenes universitarios y del claustro. La tranquilidad de su espíritu y hasta la disposición de su temperamento, le inclinaban á la carrera eclesiástica, y

ya se preparaba á hacer oposición á una prebenda en Tuy, cuando acertó á pasar por Madrid.

Reinaba á la sazón Carlos III y habíanse congregado en la Corte en torno á la buena voluntad y patrióticos empeños por el progreso nacional de aquel gran monarca, artistas extranjeros, hombres eminentes en ciencias naturales, estadistas, administradores distinguidos, literatos, críticos, humanistas, espíritus cultivados en viajes y lecturas, un conjunto, en fin, de ilustraciones de todo género que mantenían en esta villa cierta vida moral que había ido apagándose en el resto de la península casi por completo, y que representaban en medio de la general indiferencia de la nación, algo así como una colonia de extranjeros en un país recién descubierto que les escuchaba con cierta tranquila benevolencia, pero sin interesarse poco ni mucho ni en sus investigaciones ni en el resultado de ellas; ni en los bienes ó los males que pudiesen traer en lo porvenir.

Estaban todos ellos poseídos de gran espíritu de proselitismo, deseosos de hacerse de amigos y aliados que les fueran ayudando en su obra de trazar los canales y acequias secundarias, por los que había de distribuirse en su día el torrente desbordado de la revolución francesa, y no podía pasar inadvertido Jovellanos ante los ojos de tales gentes; así es que muy pronto le rodearon, le separaron de la idea de seguir la carrera eclesiástica y le facilitaron una plaza de alcalde en la Sala del Crimen en Sevilla.

Es curioso, y aunque todos lo conozcais conviene recordarlo porque es episodio de gran significación para el conocimiento de las ideas del tiempo en el gobierno, ver cómo fué despedido aquel joven alcalde del Crimen por el conde de Aranda cuando marchó á Sevilla. Era Jovellanos de gallarda apostura; muy cuidadoso y aún elegante en su vestir; de rostro sumamente simpático; ojos rasgados y expresivos; de fisonomía abier-

ta, un tanto cándida, revelando la nobleza y lealtad de su alma; de cabeza muy bien colocada sobre los hombros y adornada de una rizada y abundante cabellera, que hubo sin duda de llamar la atención del conde; y en vez de darle instrucciones sobre el estado de la administración de justicia en Sevilla, ó sobre la misión que allí tenía que desempeñar, hubo de decirle que cuidara de no afeár su hermosa cabellera permitiendo que se la cortaran, para ponerse aquellas que él llamaba zaleas ó pelucas blancas que usaban todos los magistrados entónces, y que nada añadían á la majestad de la toga. No recibió mal el joven magistrado la orden; simpatizaba su espíritu con el de Aranda en el deseo de reforma y trasformación del antiguo régimen, y al tomar posesión de su toga en la audiencia de Sevilla, conservó su cabellera, recogidosela á la espalda con el natural escándalo de todos los compañeros de tribunal; pero bien pronto, penetrados de que este era también el gusto del primer ministro, desecharon todos las pelucas, y acabó por esta sencilla manera una antigua etiqueta á que no se han atrevido á tocar todavía los radicales ingleses á esta altura á que nos encontramos del siglo XIX. (*Risas*).

Pronto el conjunto de las cualidades de Jovellanos hizo profunda impresión en Sevilla, centro entónces como hoy de gran cultura literaria y artística y de gran prosperidad material. Empezó á ocuparse del establecimiento de escuelas, de la creación de monte-píos y de la organización de casas de caridad; pero brilló sobre todo, y esto en aquel final del siglo XVIII sería sin duda lo que más llamara la atención de la Corte, en la famosa tertulia del Asistente D. Pablo de Olavide, tertulia que era en Sevilla un gran centro de cultura, un salón literario cuya importancia era por aquellos tiempos tan considerable como pueda serlo hoy la de los círculos políticos, las sociedades científicas ó los grandes órganos de la

publicidad; allí se leyó *El Delincuente Honrado*, gran número de poesías amatorias, y muchos trabajos críticos y literarios que le valieron merecida fama y que hoy figuran entre sus obras.

No podía menos de llamar la atención de la Corte un magistrado de tan brillantes prendas y que tal posición había alcanzado en Sevilla, y pronto se le trajo á Madrid á una de las plazas tan codiciadas entónces, de alcalde de Casa y Corte, siendo muy luego recibido en academias y sociedades, y preparándosele un gran porvenir, que fué interrumpido y cortado un tanto, ó retrasado al menos en lo que pudiera referirse al progreso de su carrera política, por los disgustos que le ocasionó su amistad con el conde de Cabarrús. Para alejarle de la Corte y con cierto sentido de destierro, se le confió el desempeño de una misión en Astúrias para el reconocimiento de su riqueza minera y aprovechamiento de sus cuencas carboníferas, y son bien conocidos los esfuerzos que con esta ocasión hizo en beneficio de la cultura del Principado con la creación del instituto de Gijón, con la construcción de carreteras y con el importantísimo estudio que empezó sobre las explotaciones hulle-  
ras en la comarca asturiana.

Pero la amistad del conde de Cabarrús, que le había producido el alejamiento de Madrid, le proporcionó después, reinando ya Cárlos IV y siendo primer ministro el príncipe de la Paz, un puesto en el ministerio, influyendo el conde cerca de Godoy para que llamara á Jovellanos y utilizara en alta esfera sus grandes conocimientos y poderosos medios. Mucho lo resistía Jovellanos pero aceptó al fin, principalmente por instancias y ruegos de un hermano suyo, viniendo á la Corte con escasas ilusiones sobre su influencia en la marcha de aquel gobierno. Fué, sin embargo, esta influencia mayor, á lo que se juzgó por entónces, de lo que él se pudiera imaginar, puesto que al poco tiempo el príncipe

de la Paz dejó la presidencia del gobierno. Y se tuvo por cierto que el apartamiento del privado era debido en parte principal á los buenos consejos del nuevo ministro de Cárlos IV; pero no se puede dudar ya hoy que este cambio no fué debido á la acción de Jovellanos sobre el ánimo del rey, sino resultado de combinaciones, que no hay para que relatar aquí, fundadas en la influencia francesa, predominante entónces en la Corte de Madrid.

De todos modos, es lo cierto que Jovellanos acogió con gusto y favoreció con interés la salida del ministerio del príncipe de la Paz, lisonjeándose sin duda con muy gratas ilusiones respecto del pensamiento y del propósito de traer á Cárlos IV al conocimiento directo de los asuntos del gobierno, libre de las influencias de cierto género que sobre él habían pesado hasta entónces, y que tanto lastimaban el prestigio del gobierno y de la Corte. Más como esta empresa era superior ciertamente á las fuerzas de Jovellanos y á las de todo el mundo, al fin y al cabo el príncipe de la Paz volvió al gobierno y no le perdonó nunca, aún cuando otra cosa haya querido decir él en sus Memorias, por lo menos, el júbilo y la satisfacción interior con que había visto su apartamiento de la política. Así es que bien pronto llovieron sobre Jovellanos las persecuciones que le llevaron al destierro, á la prisión estrecha y severa del castillo de Bellver, y por último á la Cartuja de Valdenusa, donde tuvo lugar bajo el peso de sus sufrimientos de dar expansión á todas las bellezas íntimas de su alma, escribiendo delicadísimos versos, y no menos delicada y elocuente prosa, ya para la defensa de sus actos, ya para la reclamación de las justas atenciones que le eran debidas, ya para el desahogo de su inocencia tan injustamente perseguida. Así en aquel destierro se dibuja y destaca, de una manera quizá más clara que en todo el resto de su vida, aquella figura

tan interesante, aquel conjunto de facultades y aptitudes que hacían de él un tipo de los cultos y bien intencionados precursores de la Revolución francesa, con las atenuaciones propias de su educación y de su fé religiosa y de la atmósfera de creencias en que había vivido. Sin otra pasión que el bien de la humanidad y la mayor dulzura de las relaciones humanas, mezclando los estudios críticos con los idilios y las anacreónticas, iban arrancando una por una las piedras fundamentales de la sociedad antigua, quebrantando, sin darse cuenta de ello, sus frenos y sus respetos y señalando á los apetitos de las clases medias todos aquellos estímulos, y despertando en las clases populares todas aquellas pasiones que habían de producir en breve los horrores de la revolución y de la reacción; y todo ello con la misma sencillez, me atrevería á decir con la misma inocencia con que una vírgen pudorosa puede deshojar los pétalos de una margarita, soñando en sus amores castísimos, en el crepúsculo de una suave tarde del otoño. (*Grandes aplausos*).

Quando la invasión francesa puso fin al destierro y rompió las cadenas de Jovellanos, se apartó con dolor de sus amigos los compasivos y virtuosos monjes de la Cartuja de Valdeuza, y de la vida sosegada que en aquellas soledades había consagrado al estudio y redacción de la interesantísimas memorias sobre el castillo de Bellver, la Lonja de Palma y la arquitectura en la edad media, el Tratado sobre la Educación pública y varias epístolas poéticas dirigidas á Zean Bermúdez y al canónigo Posada. Vino á Barcelona y á Zaragoza, y aquel hombre que tanto había hecho por el porvenir y por el bienestar y por el progreso de este país, fué acogido, triste es decirlo pero así lo exige la verdad de la historia, con una frialdad vecina casi de la completa indiferencia, que suele ser desgraciadamente el más común recibimiento que guarda el pueblo para los grandes

hombres que han hecho muchos sacrificios por él, sobre todo cuando no tienen la precaución de hacerse acompañar de algunos batallones oportunamente pronunciados, que son para los que el pueblo español reserva las ovaciones espontáneas y los entusiasmos fervorosos. (*Risas*).

Llegó Jovellanos á Madrid, y después de muchas peripecias, cuya relación embarazaría el curso de esta conferencia, que ya se me hace estrecha para lo mucho que de Jovellanos hay que decir aún concretándose á un solo aspecto de su influencia en la historia y en la cultura de España, vino á ocupar el puesto que desempeñó con tanta gloria suya en la Junta central, período en el que se encierra la verdadera vida política de Jovellanos, porque su cortésimo paso por el ministerio no le dió espacio ni ocasión para dejar en él huella ninguna.

Allí se reveló bien á las claras el espíritu de Jovellanos, su amor acendrado y puro á la independencia de la patria, sus profundos conocimientos y acertados juicios sobre la historia de nuestra civilización y el organismo de nuestras antiguas instituciones sociales y políticas, su verdadera adivinación de lo que podía y debía ser un partido conservador en el mecanismo del nuevo régimen parlamentario que se imponía como necesaria forma de vida á las sociedades modernas, y aún parecen escritas y pensadas de ayer aquellas sensatas y á la par elocuentes páginas de la consulta sobre la convocación de Cortes por Estamentos, y de los varios escritos políticos relacionados con esa cuestión y con la defensa de la Junta central.

Allí defendía sólo, ante los liberales enamorados de las formas enteramente nuevas de la revolución francesa, y los absolutistas enemigos de toda alteración sustancial en el régimen existente, la idea de no traer á este país nuevas constituciones, cuando tenía una

Constitución histórica tan rica en libertades, en garantías, en procedimientos salvadores, y la conveniencia de restaurar aquellas libertades y garantías históricas para satisfacer con ellas las necesidades que por todas partes se dejaban sentir, y á las que de algún modo era preciso atender. Aquellas palabras las podemos recoger hoy como oro en paño, los que deseamos y procuramos defender lo que aún queda de vivo en nuestra Constitución histórica, lo que aún resta de verdaderamente tradicional, y al mismo tiempo de real y de vigoroso en los fueros de nuestras provincias, en las leyes y en los códigos de los principados de Cataluña y de Aragón, de Navarra y de las provincias vascas, en una palabra, todo lo que constituye los restos de nuestras antiguas tradiciones, siempre que encierren vida que signifiquen una fuerza, un elemento de nacionalidad, siquiera no sea simétrico y uniformado, siempre que no sea un mero recuerdo histórico y erudito, sin raíces ya en el sentimiento popular y en las afecciones del país.

En esta delicada distinción entre la vida y la historia, entre la política y la erudición, quizá se hacía algunas ilusiones Jovellanos al defender como posible y llana la restauración de nuestras antiguas libertades y organismos constitucionales, y enamorado de sus propios estudios y personales investigaciones, creía vivo y susceptible de ser utilizado lo que desgraciadamente se había secado y extinguido bajo la presión de tan largo y exclusivo predominio del absolutismo monárquico. Aún quedaban muchos y muy valiosos elementos históricos en la legislación civil, en la administrativa, en la vida local y provincial. Pero respecto de libertades, garantías políticas, instituciones parlamentarias y representativas, los sentimientos históricos estaban totalmente muertos; y en esta situación de las ideas de un pueblo, fácil es en constituciones y decretos restablecer los nombres y

reproducir las ceremonias, ó los trajes, ó los cargos y sus atribuciones, pero imposible es devolver la vida á los sentimientos muertos y á las tradiciones perdidas.

Sostuvo en la Junta central, como todos recordareis, Jovellanos, la lucha con el conde de Floridablanca que era el representante del absolutismo ilustrado y que se negaba á toda ingerencia parlamentaria en el gobierno del país; pero separándose Jovellanos en esta defensa de nuestra antigua Constitución, de los hombres de Cádiz, no logró más que lograron ellos el concurso de las verdaderas masas populares en el país, ni mucho ménos su gratitud, ni el reconocimiento de sus méritos, de su abnegación, de sus nobles y elevadas repulsas á las ofertas de ministerios y altas posiciones con que le brindó el gobierno del rey José; y tuvo que escapar como los demás individuos de la junta de Sevilla, al solo anuncio ó rumor de una derrota de nuestras tropas, única cosa que por entónces preocupaba á nuestro pueblo.

Salió de Sevilla el hombre que había ocupado tales puestos con 7.985 rs. por toda fortuna propia, y unos cubiertos de plata; y aún tuvo que sufrir las más calumniosas é injustas acusaciones, y aún la vejación de que registraran en el Ferrol sus equipajes y papeles por orden de la junta de la Coruña; pero al llegar tras de no pequeñas penalidades á Astúrias, si recibió de sus paisanos parte del premio que sus virtudes merecían, pues las demostraciones de cariño, de respeto, de admiración y de alegría, que por verle entre ellos, le prodigaron los vecinos de Gijón, fué la primera y la más entusiasta demostración que tuvo Jovellanos en su vida de la gratitud que le debía su patria.

## III

Y concluyó allí, porque no hay para qué narrar detalles insignificantes, la historia política de Jovellanos, debiendo volver ahora, trazada así á grandes rasgos su figura, á lo que constituye el tema capital de la conferencia, al plan de la ley agraria y á su influencia en la cultura y desenvolvimiento de nuestra vida moral y material.

¿Quién no conoce este precioso libro, el más notable sin duda de cuantos salieron de la pluma de Jovellanos y uno de los que han ejercido en su país una influencia más inmediata, más decisiva y más visible? No eran ciertamente las ideas de la ley agraria fruto exclusivo ni producción espontánea, por decirlo así, de este eminente hombre de Estado. Un libro de esta clase no es de los que pueden producir nunca efectos inmediatos. Era, sí, un resumen acertadísimo y elocuentemente escrito de cuanto constituía las ideas de su tiempo en el estado de cultura en que se encontraba Europa á la sazón, discretamente aplicadas á las necesidades de la patria y expuestas también en términos y en condiciones que pudieran producir sobre la opinión el efecto que el autor deseaba, haciéndose admirar de los doctos y entender de los ignorantes.

Su idea capital era, como recordareis, extender por todos los medios á que pudieran alcanzar las leyes, la acción del interés individual y de la propiedad particular sobre el desenvolvimiento de la riqueza agrícola. Llevando este principio con discreta y prudente lógica, primero á los obstáculos creados por las leyes, y después á los creados por la opinión, por la naturaleza y por las costumbres, defendía Jovellanos en aquel admirable escrito el gran principio de la libertad individual,

manifestándose en el progreso material del mundo por el medio de la propiedad particular, y defendía á esta propiedad contra todas las invasiones de la propiedad colectiva en todas sus formas, y contra la petrificación de esa misma propiedad individual allí donde la voluntad del hombre la había arrancado y separado durante largos siglos ó para siempre del movimiento natural, que es condición necesaria de su vida. De esta suerte combatía elocuentemente los privilegios, la Mesta y los baldíos, y los bienes de aprovechamiento común, y las cargas concejiles, y la prohibición del cerramiento de las heredades, y la amortización civil y eclesiástica, y las trabas que existían para la libre producción y exportación é importación de los frutos, en una palabra, cuantos obstáculos las leyes, la naturaleza ó las costumbres oponían al desenvolvimiento de este gran principio de la libertad individual y de la propiedad particular.

Sobre todo, en lo relativo á los obstáculos creados por la legislación y los errores económicos que las inspiraban, la *ley agraria* pudiéramos decir que es el Evangelio de la libertad individual, para cuantos desenvolvimientos pueda tener este principio en el resto de la historia del mundo.

En lo que se refiere á la aplicación de este mismo principio á los obstáculos que la naturaleza y las costumbres oponen muchas veces á su propio desenvolvimiento, dejábase llevar, á mi entender, con alguna exageración, de las consecuencias del propio principio. Muy largo, y quizá enojoso para una palabra poco matizada de rasgos de imaginación como es la mía, sería el seguir todos los desenvolvimientos de este importantísimo libro, y aún el refutar aquellos sobre los cuales puedan existir dudas en el presente; pero hay dos que por circunstancias especiales de oportunidad pueden ó deben, á mi entender, ser considerados por vosotros como

dignos de vuestra atención, y á ellos me propongo consagrar algunas palabras.

Jovellanos llevaba su amor á la libertad individual y á la propiedad libre y á los beneficios seguros de la iniciativa particular y de la armonía de la naturaleza toda con esos principios, hasta llegar á dos extremos que la experiencia creo yo que diariamente está revelando que no son en manera alguna exactos. Jovellanos llegaba en esas confianzas á creer que en todas las regiones de España crecen por igual los árboles y administran los ayuntamientos. (*Risas*).

Era Jovellanos de Asturias y esto disculpa un tanto su error, porque en aquel afortunado país, como en todos aquellos que hay verdadera tradición de libertades municipales, los ayuntamientos efectivamente administran, y como en todos aquellos en que la naturaleza presta el inestimable beneficio de abundantes lluvias, crecen realmente los árboles; pero en el resto de España, aunque os parezca paradójico, ninguna de estas dos cosas es verdad; y esto no lo tuvo en cuenta Jovellanos, llegando á defender lo que hoy también se ha defendido por muchos, la enajenación de los montes públicos en toda la Península, la aplicación de la libertad individual á la explotación forestal y la fé en la descentralización y en la iniciativa de ayuntamientos y diputaciones, para promover en toda España los servicios y funciones que el progreso de la riqueza reclama. Grave y trascendental cuestión para la agricultura española es la de los montes y el más acertado régimen para su conservación y defensa; pero entiendo yo, sin embargo, aunque mero aficionado á estos estudios, que puede resolverse sin necesidad de muy prolijas ni de muy costosas investigaciones; que basta para ello, en lo que se refiere á la explotación libre de la riqueza forestal existente, y partiendo de la base de que conviene conservarla y no acabar con ella en pocos años, haber

visto cortar un árbol en una sierra de Andalucía ó de Castilla.

Cuando se contempla con qué codicia se lanzan las hachas sobre el tronco añoso de uno de esos magníficos ejemplares de los pinos de Cuenca ó de Segura que despiertan en el ánimo el recuerdo de una de las más preciosas poesías de nuestra lírica contemporánea, de aquella composición al árbol del Duque de Rivas, en la que enlaza tan delicadamente su vida con las impresiones más capitales de la vida humana; cuando se vé con qué indiferencia aquellos campesinos derriban el coloso que una vez tendido y rotas al caer sus ramas más ennobles, despierta en el ánimo la impresión de un cadáver humano; y cuando acercándose al mutilado tocón se cuentan con interés los círculos concéntricos que representan cada uno un año en la vida de aquel ser, y se ven pasar las decenas y las centenas llevando la imaginación á los recuerdos de todas las desgracias y de todas las alegrías de la patria que han pasado bajo su sombra, y se avivan y personifican las razas y los pueblos que habrán atado, ya vencidos ya vencedores, sus caballos á su tronco, y se piensa que aquel coloso ha invertido para brotar y crecer tantos y tantos siglos y en un momento es derribado sin que sirva, quizá por la dificultad de las comunicaciones, para otra cosa que para sacar de él algunas cuantas teas que alumbren en las noches del invierno el empobrecido hogar de aquellos campesinos, y se calcula que un maravedí solo, colocado á interés compuesto el día en que aquel árbol se plantó, contemporáneo quizá de las batallas de Munda ó de Guadalete, hubiera bastado para extinguir el *déficit* de nuestro presupuesto, y que no vale aquel tronco, que no representa para el descendiente del cultivador contemporáneo de Pompeyo ó de D. Rodrigo, que lo vió nacer ó que lo sembró quizá, más que la insignificante suma de 15 ó 20 duros, ¿cómo es posible dudar que el

interés individual no puede venir á satisfacer las necesidades que la riqueza forestal representa, en un país donde tan lento es su crecimiento, donde es tan indiferente la población á su muerte, y donde es tan escasa la remuneración que de aquel capital se recoge? (*Grandes aplausos*).

¿Qué he de deciros de lo que constituía otra á mi entender de las ilusiones de aquel grande hombre, de la descentralización aplicada por igual á todos los ayuntamientos de España? «Fiense, decía, estos encargos, los de las obras públicas, los de construcción de puertos, los de caminos y canales, los de la roturación de la propiedad donde sea necesaria, y el replanteo de los árboles donde sea útil; fiense estos encargos á individuos de las mismas provincias; fiéseles la inversión de los fondos y la dirección de las obras; fórmense juntas, á ser posible, de individuos elegidos por ellos, y V. A. verá como renace la riqueza que parece destruida de ellos.»

¡Qué cándida ilusión la de aplicar estos conceptos propios de los pueblos en que la tradición de la vida municipal existe, á todas nuestras provincias del Mediodía, á gran parte de las de la meseta central y á las de la costa de Levante! ¡Qué tristes desengaños ha producido la realidad, tantas veces como los legisladores se han dejado guiar por éstas, á mi entender, hermosísimas ilusiones, de todos apreciadas y estimadas, si no fueran ilusiones y fueran hechos! ¡Qué triste desilusión, cuando se ha visto y se vé á esos ayuntamientos y á esas personas que debían dirigir las obras y distribuir los fondos, dar los ejemplos tristísimos, de que todos hemos padecido más ó menos directamente, de pensionar pintores cuando tienen sin comer á los maestros, de dar comisiones lujosísimas cuando tienen sin atender las necesidades de los hospitales, del alumbrado y de la vía pública, de enajenar plazas y calles para pagar las necesidades

más absolutamente superfluas y las atenciones menos justificadas de los municipios! Y así se vé que aquellos que más enamorados parecían de la descentralización, cuando se llega á un servicio que de cerca les interesa ó los toca, como el pago de los maestros, ó la satisfacción de necesidades de un orden que tenga medios de hacerse oír y respetar en la esfera donde se preparan las leyes, todas las teorías de iniciativa y de autonomía municipal y provincial se olvidan en el acto, todos los peligros de la absorción por el Estado desaparecen como por encanto, y no hay maestro liberal, ni catedrático demócrata, ni profesor de instituto, por individualista que sea, y por enemigo declarado que se proclame de la centralización doctrinaria, que no aspire á que arrebatándole al municipio ó á la provincia sus facultades más propias, se encargue la administración central del pago de sus haberes y de la distribución de los fondos con que se sostenga su enseñanza, como único medio de que el servicio se realice con la necesaria regularidad y de que los sueldos se salven aunque los principios individualistas y descentralizadores perezcan.

En los desenvolvimientos que debían ser auxiliares de la protección que la ley otorgara á la agricultura y á la propiedad territorial, siempre aplicando los principios de la libertad y de la propiedad individual, también desenvuelve Jovellanos conceptos que siguen siendo tan verdad hoy como lo eran en su tiempo y que revelan algunos, que los males de que á menudo nos quejamos en la actualidad y que á veces atribuimos á vicios y á defectos ó del sistema parlamentario, ó del cuerpo electoral, ó de cosas análogas, tienen sin duda en nuestro país raíces más hondas, porque existían ya en aquellos tiempos casi con los mismos caracteres que hoy.

Hablando de los caminos, por ejemplo, decía así: «La

»prudencia de este orden pide que no se construyan  
»muchos caminos á la vez, pues más vale concluir uno  
»que empezar muchos, y notorio es que darán más uti-  
»lidad veinte leguas de una comunicación acabada, que  
»ciento de muchas por acabar.» No parece sino que Jo-  
vellanos escribía la crítica de lo que son las memorias  
sobre carreteras que anualmente publica nuestro mi-  
nisterio de Fomento; no parece sino que tenía presente  
á su imaginación esas carreteras de diez kilómetros  
que se contratan para construirse en seis años, sólo  
con el objeto de que puedan percibir los beneficios  
de esas concesiones, al menos en la *Gaceta*, un nú-  
mero más considerable de diputados y de electores.  
(*Risas*).

El programa de la ley agraria se ha cumplido, como  
ya indiqué antes, en lo más fundamental y en lo capital  
de este pensamiento. Seguirle en lo que de él se ha eje-  
cutado, analizar la manera y los procedimientos por me-  
dio de los que se ha traducido en nuestra vida econó-  
mica y administrativa. equivaldría á hacer el juicio y el  
análisis de toda nuestra historia administrativa y eco-  
nómica y de nuestro estado actual; y como eso me sería  
imposible intentarlo siquiera en esta conferencia, sólo di-  
ré algunas palabras sobre la desamortización civil y ecle-  
siástica. y sobre lo que aún resta por hacer del progra-  
ma de Jovellanos y que más urge realizar en bien de  
nuestra prosperidad y especialmente de nuestra riqueza  
agrícola.

Jovellanos era un hombre de pensamiento y de pa-  
labra más que de acción: es uno de los personajes, co-  
mo ya dije al principio, más grandes y más simpáticos  
de todo ese período y quizá de otros muchos; pero yo  
no puedo mirar sin alguna pena, sin algún sentimiento,  
estas grandes figuras de nuestra historia, por encontrar  
generalmente que predomina en ellas todo lo que se re-  
fiere al pensamiento, á la palabra, al arte y á la forma,

cuando tan necesitados hemos estado siempre y estamos aún, de que esas grandes figuras se revelaran también en lo que se relaciona con la acción y con la obra.

Jovellanos, inimitable en el planteamiento de los problemas, en su análisis, en su exposición, descuidaba ya un tanto en sus escritos todo lo que se refería al procedimiento, á la administración, al hecho, al detalle, y cuando el programa de la ley agraria se cumplió, esa misma fatal ausencia de hombres de acción que hay en nuestro país, esa misma deficiencia para la obra que por todas partes nos persigue, hubo de notarse, y la desamortización, tan admirablemente trazada por Jovellanos, no encontró para realizarse, un Sully, un Colbert, uno de esos hombres que nada han dejado escrito trás de sí, que apenas nada hablaron en su tiempo, pero que lograron realizar el desenvolvimiento moral y material de su patria.

Así es que yo no he de sobrecargar ni aún de indicar, porque sería molestia inútil, con cifras, ni con estadísticas, ni con resultados esta conferencia; pero me atrevo á afirmar, y creo que está en la conciencia de vosotros todos, que después de haber realizado la desamortización civil y eclesiástica un indudable bien para el desenvolvimiento del país en el sentido de volver á la propiedad las condiciones que constituyen su principal eficacia para el progreso; después de reconocer estos indudables beneficios, todos habreis de reconocer también que la desamortización en la práctica ha realizado un problema que parecía imposible, y aún difícil de plantear: el de lograr *el minimum* de resultados beneficiosos que con aquellas inmensas propiedades y capitales reunidos podía conseguirse en el orden financiero, en el orden administrativo, y en el orden social. (*Muy bien*).

Queda una gran parte del programa de la ley agra-

ría por cumplir, principalmente en lo que se refiere á los obstáculos que la naturaleza opone al desenvolvimiento de la propiedad, de la agricultura, y en general de la riqueza pública; y en primer término por ser uno de los que han logrado menos fortuna para sus adelantos, el que Jovellanos consideraba, y á mi juicio con completa razón, como elemento principal de la agricultura en España, el aumento progresivo y discreto de los riegos y de los canales; problema difícilísimo en verdad de realizar en la práctica, porque todos sabeis y la experiencia diariamente confirma, que nada hay más ocasionado á errores, á ilusiones y á desengaños crueles é inesperados, que esto que parece tan llano de establecer y aún de extender, el riego en un país; pero nada también más importante y principalmente en nuestra patria y allí donde los demás elementos naturales sólo reclaman el concurso del riego para producir los frutos más tempranos y valiosos; y evidente es que la remoción de este obstáculo por lo mismo que es difícil y lenta y poco renumerada con ganancias seguras é inmediatas, corresponde en primer término á la acción del Estado, al prudente auxilio de sus garantías y protecciones á la iniciativa individual, si ha de cumplir con su misión de activo promovedor de los progresos sociales.

Otro elemento no menos importante que el anterior y de más fácil realización y aplicación práctica, y en el que se han logrado mayores progresos, es el relativo á las vías de comunicación, que han sufrido en sus procedimientos materiales una transformación inmensa con la existencia de los ferrocarriles, pero que en sus condiciones capitales está admirablemente desenvuelto ya en la ley agraria, siendo dignas de constante atención y de perpétua alabanza las observaciones discretísimas que sobre el orden y método de las comunicaciones en un país debe seguirse, pero indudablemente

existen hoy nociones nuevas que traídas para el problema por la existencia de los ferrocarriles, y el monopolio natural é inevitable en los trasportes que estos representan, suscitando cuestiones graves, delicadas y del mayor interés, sobre las que conviene también mucho que la atención pública se fije discreta y desapasionadamente, son en efecto á mi entender el elemento de progreso más importante y aquel sobre el que más especialmente puede y debe exigirse responsabilidad á los gobiernos. Porque el ferrocarril viene á representar y á ser un instrumento de producción y de vida nacional, sujeto por sus condiciones naturales á un inevitable monopolio, que exigiría, si las condiciones del Estado lo permitiesen, su administración directa por el Estado mismo, pero que en la imposibilidad de realizar por condiciones de detalle, pero imperiosas y decisivas este ideal, preciso es acercarse á él y poner coto á los peligros del monopolio por una constante y eficaz intervención del poder público.

Los ferrocarriles son un instrumento de producción por medio del cual intereses quizás extraños á la vida y al progreso nacional, dominan y deciden lo mismo de los problemas arancelarios que de las comunicaciones internacionales, que de la vida y de la propiedad de los puertos, de la subsistencia de las comarcas, de la naturaleza y de la índole de los cultivos, del desarrollo de las minas y hasta de la existencia y vida propia de los arsenales y de los medios de defensa que un pueblo exige. ¿Es posible que un instrumento de esa importancia y de ese alcance, que por sí solo interviene y á veces anula todas las combinaciones de las leyes y de los sistemas económicos, quede independiente de la acción del poder público? Evidente es que no: pero la forma y manera de esa intervención del poder, encierra cuestiones de difícil solución práctica siendo, sin duda alguna, la más difícil de todas la de las tarifas, pero de

las que exigen muy imperiosamente la acción activa del gobierno, porque sólo mediante esa intervención pueden ser los ferrocarriles lo que deben ser: un instrumento de progreso más especialmente necesario todavía para la vida de la agricultura en nuestro país, si la agricultura toma, como toma hoy y como evidentemente debe tomar cada día más, el camino de las producciones especiales de cada comarca y aquella para lo que nuestro suelo es singularmente privilegiado, como es la producción de los frutos verdes y legumbres tempranas, las producciones prematuras, que constituyen un verdadero río de oro para nuestra patria, y que están sin embargo absolutamente en manos de las empresas de ferrocarriles, para su subsistencia, para su vida ó para su muerte, sin que haya para ellas absolutamente más defensa que la acción del Estado, porque el interés de las mismas compañías, por la manera como se encuentran constituidas y administradas, especialmente en España, es evidente que no basta á atender á esas necesidades.

Hay otra parte del programa de la ley agraria, que late en toda ella, que no se puede decir que esté escrito en uno de los párrafos determinados de aquel admirable trabajo, pero que es la expresión de todo el pensamiento administrativo de aquel grande hombre y que tampoco está cumplido, que lejos de eso, cada vez me parece que el mal á que voy á hacer referencia se agrava más y más, y exige ó nuevos trabajos para combatirle, ó que la atención pública se fije seria y definitivamente en él para contenerle: me refiero á la complicación creciente de la administración pública en todos sus ramos, de los reglamentos en todas las esferas, de las formalidades administrativas y jurídicas que por todas partes se multiplican, crecen y se abultan en vez de simplificarse y hacerse más sencillas, como quería Jovellanos, y como es ver-

daderamente una necesidad de todos los pueblos, pero muy singularmente del nuestro.

Esta complicación y perfección de las leyes administrativas y aún de las leyes jurídicas, nace de que se escriben casi todas ellas sin fijar lo bastante la atención en el estado y condición de los encargados de ejecutarlas, sin que las más de las veces los legisladores, que las discuten en representación del país, se hayan hecho esta sencilla pregunta: ¿qué parte de esta ley entenderá el secretario del ayuntamiento de mi pueblo que es el encargado de cumplirla? (*Risas*). Esta complicación amenaza ser un obstáculo para el desenvolvimiento del país, porque lo es para la vida natural y cómoda de nuestras poblaciones rurales, para la asistencia regular de sus ayuntamientos y corporaciones, para la explotación en pequeña escala de las riquezas naturales del suelo y para la defensa de los derechos ó de los intereses, amenazados por la mala fé, ó comprometidos en cualquier empresa ó negociación.

Sería muy molesto que yo me ocupara de demostrar esto minuciosamente, analizando uno por uno los organismos complicados con que se va sobrecargando al ciudadano español, siempre con el noble propósito de perfeccionar nuestra administración en todos sus ramos, y me limitaré, por vía de impresión que responde á la ligereza con que voy trazando estos apuntes, á referiros el estado de angustia en que hallé, no hace mucho tiempo, en uno de mis viajes por el centro de España, á uno de esos secretarios de ayuntamiento á que hacía alusión, á quienes se viene á confiar en último término la ejecución de las leyes más complicadas. Pertenecía á un pueblo perdido en uno de los pliegues de una sierra, pero que disponía de un número determinado, aunque no muy considerable, de votos; ejercía por entónces el cargo de secretario del juzgado municipal y se había encontrado sorprendido con una comunicación

del gobernador, en la que le amenazaba con una seria responsabilidad, porque había llegado á su conocimiento que no se llevaba allí con todas las formalidades necesarias, el libro de naturalización de extranjeros de aquella pobre aldea (1). (*Risas*). No se ha naturalizado,—me decía,—en esta villa ningún extranjero jamás, ni conocemos siquiera un extranjero al natural, sino tan sólo por los grabados ó por las figuras que en *Las Ocurrencias* ó en *Los Sucesos* vemos alguna que otra vez los domingos en este pueblo. Sin embargo, este libro era una exigencia administrativa perfectamente justificada y legal: por duplicado debía llevarlo el secretario, esperando á que algún extranjero inscriba allí su ciudadanía, y la autoridad que le amenazaba con promoverle aquella reclamación por parte de su superior gerárquico, no cometía una coacción ni una injusticia; velaba por el cumplimiento estricto de las leyes, con el cual la vida de los secretarios de ayuntamientos y juzgados municipales sería sencillamente imposible. Esto tuve yo que decirle por todo consuelo al atribulado secretario, y no sé que habría sido después de él, aunque calculo que concluidas que sean felizmente las elecciones, el libro de ciudadanía por duplicado volverá á caer en aquella aldea en el olvido. (*Risas*). Pero no sé si por este suceso me impresionó más que otras veces al volver de mi expedición, la lectura de la *Gaceta*, trayéndome á la memoria al pobre secretario y las amarguras y temores que él experimentarí, cuando se viera amenazado para el ayuntamiento aquel, perdido en el pliegue de la sierra, con el establecimiento próximo de la contabilidad por partida doble. (*Risas*).

---

(1) Artículos 1.º, 3.º, 5.º y 7.º de la ley de 17 de Junio de 1870, y art. 65 y siguientes del reglamento de 13 de Diciembre del mismo año.

Abusando quizá un poco de vuestra amabilidad para conmigo, yo casi estaría por deciros (temo, sin embargo, que esto se hiciera demasiado público y pareciera inconveniente si lo digo) (*Risas*) que me siento muy inclinado á hacer algún día un curso en este sentido, con la idea de ver si podía llegar á producirse en el país un movimiento, una corriente de opinión, algo que se pareciera así á un partido, pero no para ahora, porque para ahora ya sé que sería totalmente imposible, no me forjo la ilusión de que nadie se sienta con fuerzas para tamaña empresa, sino para un porvenir muy romoto, que tuviera por aspiración ó por bandera, estos ó análogos principios, que yo me atrevería á resumir, si me dispensáis la crudeza de la expresión, en este sencillísimo lema: «Limpiar á la administración pública de reglamentos, y á la política de caballeros de industria.» (*Grandes aplausos*).

Todas esas y otras muchas condiciones para el desenvolvimiento de la agricultura y de la propiedad territorial, están ellas mismas condicionadas en todas partes, pero me atrevo á decir que más especialmente en nuestro país por sus naturales inclinaciones á las guerras civiles, por una que las envuelve como la atmósfera puede envolver á la tierra; me refiero á la conservación y mantenimiento con garantías de permanencia y de estabilidad del orden público en el Estado. La agricultura ha menester de él todavía más que los demás elementos ó ramos de la producción humana; porque el inmediato resultado de toda alteración fundamental del orden público en un país, es la concentración de los capitales y de las personas en los grandes centros de población, y porque toda explotación agrícola es necesariamente de largos rendimientos, supone remotos reembolsos de capital, exige como condición precisa una gran tranquilidad, una gran seguridad material y moral para el presente y para el porvenir; y porque la

agricultura tiene además una condición singularísima, cual es la de que para su progreso es en ella elemento importante la asistencia y la presencia diaria del propietario en el campo.

El campo y la naturaleza tienen atractivos muy especiales, ejercen seducciones singularísimas y tales como las que pudiera emplear el promovedor de negocios y sociedades más palabrero y más astuto, para lanzar á la plaza una empresa industrial ó financiera, y reclutar accionistas con perspectivas de fabulosos dividendos y cuantiosas primas. Se vé á menudo que un hombre que ha hecho todo su capital y toda su fortuna en préstamos, quizá usurarios, á tesoros públicos ó á particulares, se deja seducir el mejor día por el arrullo de una arboleda bien guiada, ó por las líneas elegantes de una acequia trazada sobre la loma del terreno, é invierte capitales considerables á un módico interés, verdaderamente engañado, sin darse él mismo cuenta de los móviles que le deciden por estos misteriosos atractivos del campo, y del sentimiento de la propiedad de la tierra, y del cultivo y progreso de lo que á nuestra vista se ha plantado y á nuestros ojos crece y con nuestra vida ó la de nuestros hijos se enlaza, desenvolviéndose á la par y ofreciéndonos esperanzas ó ilusiones de recompensa y de logro. Nada de eso es posible sin una paz completa y larga y segura para los campos, y eso representa grandes progresos agrícolas, grandes beneficios para una comarca y para un país, por lo que el propietario hace, por los capitales que invierte, por los ejemplos que da, por las enseñanzas que deja, y por lo que la residencia dulcifica las relaciones entre el capital y el trabajo, entre el dueño y el rentero. Pero este orden público moral y material, entiendo yo que no se funda sólo ni se condiciona únicamente en los elementos económicos que pueden ir relacionados con los problemas concretos de la propiedad territorial y del culti-

vo; que es una ilusión generosa que se persigue pero que no se alcanzará jamás, la de que por esta ó por la otra forma de la organización de la propiedad, por este ó por el otro sistema del cultivo, de la participación en las ganancias, por lo que se llaman *soluciones de la cuestión social*, se lleguen á resolver tan sólo los problemas del orden público, que son ante todo y sobre todo *problemas políticos* que están necesariamente subordinados á la existencia y á la permanencia de una disciplina, de un equilibrio de fuerzas en las leyes y en las instituciones que determinan los derechos del ciudadano, y los del Estado como gobernante y como regulador supremo de la libertad de cada uno y juez supremo de sus conflictos: y eso no se resuelve ni se decide por leyes agrarias, ni por sistemas agrícolas ni industriales, ni siquiera por el bienestar material en las campañas, ni por la baratura de la vida, ni por las facilidades de la producción: eso depende de la acertada solución del problema político, del equilibrio estable, de las fuerzas gobernantes que basten á mantener con energía esa disciplina social.

En el fondo de la sociedad mas próspera, más feliz, mejor organizada económica y financieramente, como en el fondo del arroyo más límpido, hay siempre el bastante cieno para enturbiar toda la corriente de las aguas. En el pueblo que parece más tranquilo, más morigerado y más culto, cuando se le observa sometido á su natural disciplina, ya sea que la mantengan las costumbres con sus prestigios maravillosos, ó las leyes, ó la fuerza material, hay siempre las bastantes pasiones no saciadas, las suficientes necesidades no satisfechas, para que el día en que esa disciplina se rompe á impulsos de un mal ejemplo, de una predicación insensata, de una pasión nacional excitada, el orden público desaparezca y todo parezca convertido en miseria, en ruinas, en malestar, en sufrimientos sin remedio y en des-

esperaciones sin término y no vuelven á tomar las cosas su asiento y el desenvolvimiento de la producción su natural camino, sino con crueles y dolorosísimos escarmientos.

Ese orden público ha de fundarse, pues, principalmente en las ideas y en las nociones exactas que sobre la fuerza y sobre la eficacia del poder público tengan las clases gobernantes de un país; y nada de eso se elabora en los campos ni en las leyes administrativas, sino aquí en estas corporaciones científicas que preparan la opinión, que esclarecen las tendencias y direcciones del espíritu político en su parte más elevada y por lo mismo más decisiva, y que desvaneciendo errores sobre el concepto del Estado, popularizando enseñanzas, deshaciendo utopías, aquilatando en discusiones y análisis reposados el valor de teorías y de sistemas, desempeñan en pró y en bien de la prosperidad material y de la agricultura, misión tan positiva y tan práctica como la del que estudia y resuelve los problemas económicos de la propiedad y del cultivo.

Ya decía Jovellanos que la prosperidad y hasta la índole del cultivo dependían muy principalmente del estado político de un país, y esta profunda verdad tiene una aplicación y una demostración cumplidísima en todos los tiempos y en todos los pueblos. Importa, pues, que jamás se eche en olvido al estudiar ó resolver los problemas parciales que entraña el desenvolvimiento de la riqueza agrícola y la prosperidad material toda de un país, que su base necesaria, sin la que todo lo demás son esfuerzos perdidos y palabras vanas, es que se mantenga en su constitución política el equilibrio de fuerzas suficiente á conservar la disciplina social y el orden público moral y material, principalmente fundado, á mi entender (y he de resumir estas consideraciones, porque el desenvolvimiento de este tema me llevaría muy lejos y alargaría los límites quizás demasiado exten-

sos ya de esta conferencia), principalmente fundado, como indiqué antes, en la exactitud de las ideas que sobre las condiciones y modo de ejercerse el poder público, tengan las clases gobernantes de un país.

Entre todas estas ideas, es en los momentos actuales más temible y más funesta, por las consecuencias que lleva consigo, la que tiende á entregar la vida, el fundamento, la organización y la suerte definitiva de todos los poderes públicos, á las muchedumbres.

Han desaparecido gran número de supersticiones morales, religiosas y políticas y con ellas no pocas creencias venerandas en iguales materias; pero cunde y se propaga en alas de la fe de unos y con el paciente consentimiento de otros, una superstición que pudiéramos llamar social, á mi entender más inexplicable que todas cuantas se registran en el inmenso archivo de los errores y de las preocupaciones infundadas de la humanidad; esa preocupación, esa creencia en un efecto sin causa, en una fuerza sin generador, es la que consiste en atribuir una singular perfección, una inexplicable capacidad á la muchedumbre ignorante y ciega, para el ejercicio de la facultad de gobernar; y esto al tiempo mismo que las investigaciones históricas, los adelantos de la estadística, de la economía política, de la sociología en todos sus ramos y ciencias auxiliares, está demostrando que la función de gobernar es una función de inteligencia y de ciencia antes que todo puesto que la vida y la dirección de la sociedad humana está sujeta á leyes naturales, pero difíciles de descubrir y de apreciar, que jamás se violan impunemente, cuyo desconocimiento se traduce en miseria y ruina para muchos, y cuya feliz aplicación produce el adelanto de unos pueblos sobre otros y el bienestar para el mayor número y por tanto el progreso más ó menos rápido de las naciones; y verdaderamente no se concibe ni se explica por qué especie de espíritu misterioso pue-

den resultar iluminadas para el feliz ejercicio de un arte tan árduo esas muchedumbres ignorantes y ciegas, cuya representación práctica en las constituciones modernas se contiene en el sufragio universal. (*Muy bien*).

El pueblo produce y lleva á cabo grandes y sublimes manifestaciones; pero es en momentos supremos, á menudo engrandecidos después por la poesía ó por el arte, en las resoluciones de las grandes crisis nacionales, de las luchas por el honor ó por la libertad ó por la independencia: más para el ejercicio diario y permanente del gobierno, para la dirección efectiva de las sociedades, que de hecho se le entrega con el reconocimiento de su soberanía en todo instante y en perpetua y absoluta función, su incapacidad es evidente, la desproporción entre lo complejo y difícil de la función que se le confía y sus medios para comprenderla y realizarla, notoria, y bastaría á demostrarlo esta sencilla consideración con la que pondré término á mi conferencia.

Triste es decirlo pero la historia entera lo demuestra; desde las grandes luchas religiosas que cubrieron de cadáveres tantas campañas, hasta las agitaciones socialistas que están destinadas á manchar todavía con tanta sangre nuestras calles, las naciones han sido encaminadas á su desenvolvimiento, unas veces por aristocracias poderosas, otras por caudillos insignes que les han impuesto su voluntad con la conciencia de un fin racional y progresivo; pero las muchedumbres democráticas, el verdadero pueblo, el que debe estar representado en la historia y en la constitución política por el sufragio universal sinceramente practicado y en la plena posesión de sus facultades y potencias, ese á quien toda la vida política y social quiere confiársele hoy, ese de quién vá á depender con las condiciones del orden público toda la prosperidad y riqueza de un país,

no se preocupa ni se interesa verdaderamente, ni se entrega alegre y generoso á los mayores sacrificios de su bienestar y de su vida, si no es por alguna idea, por algún nombre, ó por alguna palabra... que no entienda. HE DICHO. (*Grandes aplausos*).



# 14.<sup>a</sup> CONFERENCIA

---

## T E M A

Las clases obreras: su situación en el régimen antiguo y en el moderno.—El partido obrero: su programa: su influencia en el orden político y en el social.

ORADOR

DON MANUEL PEDREGAL

---

*Señoras y señores:*

No acostumbro á demandar vuestra benevolencia, porque de antemano sé que la otorgais á cuantos ocupan este sitio. Hoy he de pedir os otra cosa, de que he gran menester, y es que me oigais con suma paciencia. Los apremios del tiempo por una parte, y la intranquilidad de mi espíritu por otra, me han impedido consagrar al asunto de esta noche la meditación que requiere un estudio, que consiste principalmente en comparación de ideas y en exposición de doctrinas que hoy vagan en la atmósfera política y social, que conturba muchas conciencias, que difunde por todas partes la alarma, y que es necesario estudiar con suma atención, con mucho detenimiento, para ver lo que hay de transitorio y pasajero en este movimiento social de las clases obreras, y lo que, siendo progresivo y permanente, habrá de que-

dar como patrimonio de la humanidad, encarnado en la civilización moderna.

Ya conocéis el tema: *Las clases obreras: su situación en el régimen antiguo y en el moderno.—El partido obrero: su programa: su influencia en el orden político y en el social.* Más que tema para una conferencia, parece programa para una serie de ellas, que podrían constituir un curso muy aprovechado; y con tanto mayor motivo, cuanto que en los tiempos que corren, entre los factores más importantes, figuran las clases obreras y el naciente partido obrero, una de las preocupaciones que más deben llamar la atención de los estadistas y de los hombres consagrados á estos estudios.

El tema está redactado cuidadosamente. No se puede, en efecto, hablar de las clases obreras, sin poner al lado de sus quejas y amarguras en los modernos tiempos, la situación tristísima que tuvieron en las pasadas edades, de que fuimos casi testigos en no lejanos días. No basta conocer la llaga que corroe á una clase social en determinados períodos de la historia; no basta oír, no basta escuchar los quejidos de un momento; es necesario conocer, lo mismo que en el estado actual de un enfermo, cual ha sido su situación anterior, cual el período que acaba de abandonar, cual la suerte que tuvo en pasados tiempos. Y si hay motivo para que las clases obreras se quejen del estado en que se encuentran, hay motivo también, hay razón para preguntar; ¿cuándo las clases obreras estuvieron mejor que hoy? ¿cuándo fueron más consideradas? ¿cuándo los poderes públicos tuvieron con ellas mayores atenciones? ¿cuándo la sociedad en masa cuidó, como ahora, del mejoramiento de las clases trabajadoras? En ningún período anterior de la historia hubo poder, institución, ni iglesia; nadie, nadie, en los tiempos que pasaron, superó el exfuerzo de la sociedad actual, ni mostró mayor interés por el me-

joramiento de las clases obreras, en cuanto á beneficios reales y positivos alcanzados por las grandes masas de trabajadores. Pero acontece, señores, que las clases obreras constituyen el gran número, son la gran masa de la sociedad, y nunca serán suficientes, por grandes que aparezcan ante nuestros ojos, los beneficios que obtengan, ó conquisten, mejor dicho; porque realmente beneficios en la sociedad los obtiene aquel que los conquista. El que los espere de otras clases, de otros poderes, de los gobiernos ó de iglesias determinadas, sean las que fueren, esperará en vano: el que despliega grande energía, el que ejercita todas sus actividades, para mejorar su situación, con esto sólo, la ha mejorado ya; bastan el empeño y el esfuerzo para que la conciencia se levante, y con la conciencia se eleva la personalidad, y quedan satisfechas las más grandes, las más nobles, las más estimables aspiraciones. (*Aplausos*).

Yo tengo, señores, verdadera predilección por esta clase de estudios. Yo no sé, si por el conocimiento íntimo que tengo de la situación de las clases obreras, por mis aficiones científicas, ó por cualquiera otra razón, la verdad es, que el objeto de mis preferencias es el estudio de esta cuestión social, en relación con el mejoramiento de las clases inferiores ó trabajadoras. Y cuando yo recuerdo lo que el obrero fué en no lejanos tiempos, y lo comparo con lo que es el obrero de hoy, bendigo la libertad y la edad presente, que hasta tal punto han levantado una clase digna de ser redimida por su propio esfuerzo.

A fines del siglo pasado, todavía el gran Jovellanos discurría sobre el *libre ejercicio de las artes*, bien de que hoy todos disfrutan; bien que entónces se negaba á la inmensa mayoría de los trabajadores. Constituía un derecho, digo mal, era un privilegio para el industrial, la facultad de ejercitar su actividad en determinadas es-

feras de la industria. Estaban cerradas las puertas, casi todas las puertas, al que llegaba al banquete de la vida, y encontraba ocupados todos los asientos, y dispuestos los hijos de los maestros, de los oficiales y de los aprendices, á ocupar las plazas que hubiesen de vacar: los que venían de nuevo eran alejados, quedaban sin esperanza, y no tenían medio ninguno de penetrar en el banquete de la vida. Hoy por el contrario, señores, digámoslo en honra de la edad presente, hoy están abiertas las puertas de par en par; hoy han desaparecido los oficialzgos y los aprendizazgos; hoy se levanta la personalidad según sus méritos; hoy no depende la suerte del obrero de ninguna clase de privilegios; por que afortunadamente hoy se atiende sobre todo, á las cualidades morales y á las cualidades físicas del operario que emprende su redención por sí mismo.

Eran los gremios una prisión, en que vivían las clases trabajadoras, que las estrechaba, que no las permitía moverse, y sin embargo, esos gremios habían sido un gran progreso en tiempos ya lejanos.

Habreis de permitirme que me traslade por breves instantes á la época de D. Pedro I, del llamado D. Pedro el Cruel.

Del siglo décimo cuarto datan en España los gremios ó cofradías, como entónces se llamaban. No tengo noticias de que antes tuvieran definición perfecta en nuestros códigos, ni en los ordenamientos de Córtes, ni en los escritos contemporáneos, si bien desde el siglo duodécimo tendían á organizarse las masas de trabajadores. A mediados del siglo xiv ocurrió lo que se llamó la *gran mortandad*, que sembró la desolación por toda Europa, después de haber assolado el Asia: encareció extraordinariamente el trabajo, porque encarecieron todos los artículos de consumo: y sobre todo faltaba el trabajador. Las clases obreras ó menesterosas, habían desaparecido, casi en masa, de muchas pobla-

ciones, y las pocas que quedaban cotizaban muy alto su trabajo: tenían además que satisfacer grandes necesidades, y los ordenamientos de Córtes se interpusieron, especialmente en tiempo de D. Pedro el Cruel, para fijar un máximun al salario y á los artículos de primera necesidad, á toda clase de mercancías en lo general.

En las Córtes de 1351 se dieron cuatro ordenamientos de trabajadores para Toledo, Castilla, León y Sevilla. Se fijaba el precio del trabajo, el máximun del salario, que se podía exigir; se obligaba al trabajador á presentarse, al romper el alba, en la plaza con los aperos é instrumentos de trabajo, costumbre que se conserva todavía en muchas poblaciones de España; se fustigaba, se azotaba al desgraciado que no encontraba quien emplease sus brazos. Todavía era más dura la ley inglesa, en esta parte, debiendo observar que los ingleses copiaron sus estatutos de trabajadores de nuestros ordenamientos de 1351. Los castigos allí eran más terribles, y eso que no lo eran poco aquí, pues se condenaba al pordiosero, ó sea al que no encontraba empleo para sus brazos, á treinta ó cuarenta azotes y al destierro.

De esta manera eran tratados los trabajadores á mediados del siglo xiv, y entonces el instinto de conservación, que tienen siempre las grandes masas sociales, les obligó á constituirse en cofradías ó en gremios; se les dió organización secreta; fueron perseguidos por los procuradores en Córtes, por los señores, por la iglesia; y se publicaron muchos ordenamientos contra los gremios, sin embargo de lo cual continuaron el movimiento de organización, y llegaron á imponerse y á ser reconocidos. Desde el momento en que se constituyeron para la defensa de sus derechos conculcados, se dignificó la clase obrera y comunicaron los nacies gremios gran vigor y fuerza á los municipios. Las corpo-

raciones municipales se alimentaban principalmente de los gremios de trabajadores, y cuando se identificaron, por razón del fin á que aspiraban, las fuerzas municipales y las industriales, ó sea, cuando los trabajadores adquirieron una gran potencia en el orden social, llegaron fácilmente á ingresar en los municipios. Entónces hubo esa coincidencia, esa conjunción de fuerzas, que favorecía á las masas antes desvalidas, dando á las clases médias, apoyadas en los gremios, una gran importancia. La fuerza social, que nacía, llegó á imponerse hasta el punto de que pudiera después un Cisneros dominar á la aristocracia, mediante el apoyo que encontró en las municipalidades.

Vinieron los aciagos tiempos de la casa de Austria, en los cuales se reglamentaron de una manera inconcebible los gremios de trabajadores. Constituyó un privilegio lo que antes había sido derecho de todos. La facultad de organizar gremios era de todos y para todos; pero cuando se estableció como privilegio, y cada gremio llegó á ser una especie de fortaleza, en donde se albergaban maestros con cierta autoridad, oficiales que esperaban sus ventajas, aprendices que estaban á las puertas del monopolio industrial, se consideraron dueños de vidas y haciendas dentro del régimen privilegiado que se perfeccionó en tiempos de la casa de Austria. Murieron los gremios libres de trabajadores, y empezaron otras instituciones privilegiadas, que acabaron por completo con lo que había sido un gran bien para las masas de industriales.

Así continuaron organizados y reglamentados, sobre todo desde los tiempos de Felipe III hasta 1834, en que se suprimieron por completo. Desde esa fecha el trabajo es libre, y el obrero que se siente con fuerzas y con vigor, con inteligencia ó con destreza para consagrarse al cultivo de una industria determinada, no tiene necesidad de atenerse á permisos y exámenes, ni de que

un veedor le dé por apto para tal ó cual empresa, porque tiene por juez supremo al público consumidor, que es el que aprecia su aptitud para el ejercicio de cualquier industria.

De este modo han marchado la industria y el comercio desde el establecimiento del régimen constitucional en España. El trabajador está emancipado, y alejado cada día más de aquel régimen de privilegios, que llegó á crear una clase monopolizadora entre los trabajadores, cuando en los primeros tiempos habían sido los gremios fortaleza donde se albergaban las clases inferiores.

Hoy el trabajo es completamente libre, sin embargo de que haya algunas excepciones. Por ejemplo, yo figuro en el número de los privilegiados, en cuanto pertenezco á un gremio, no cerrado sino abierto á todos, que es el gremio de abogados. No defiendo los privilegios del abogado; entiendo que el ejercicio de la defensa ante los tribunales debe ser tan libre como el de cualquiera otra industria. Yo entiendo que todas las clases obreras sin distinción, y no sé por qué no hemos de estar todos comprendidos en esa denominación, yo entiendo, digo, que las llamadas clases obreras tienen un derecho perfecto para ejercer la industria que mejor les plazca; derecho de extraordinaria importancia, derecho de importancia suma, por el cual abogó el gran Jovellanos en uno de sus mejores informes.

Hay quien suspira por el restablecimiento de las antiguas corporaciones industriales; hay quien echa de menos aquellos títulos que se expedían por los tribunales constituidos para decidir de la aptitud é inteligencia de los trabajadores; hay quien condena la libertad, porque dicen que es anárquica, olvidándose de que los gremios eran tiránicos, de que procuraban el bienestar de unos pocos y condenaban á la miseria y á la desesperación al mayor número de trabajadores. La libertad tiene la

inapreciable ventaja de difundir sus beneficios entre todos, sin distinción de clases, porque prepara las cosas de manera que el más digno es el que más adelanta, y el más esforzado el que mejores resultados consigue. El privilegio de los gremios, ponía á cubierto de la desesperación y de los azares de la mala fortuna, á obreros, á empresarios que tenían asegurado un medio de vivir holgadamente, y para estos es natural que su desaparición haya sido una gran desgracia; pero no lo fué ciertamente para el número considerable que se introdujo, sin más títulos que la laboriosidad y el mérito personal, en el templo del trabajo.

¿Qué ocurrió en el desenvolvimiento de la sociedad? ¿Es que se consumó alguna injusticia? No; lo que hay es que desapareció un monopolio; que triunfó la libertad, y con ella se generalizó el ejercicio de industrias que estaban monopolizadas por unos pocos, en perjuicio de la masa de trabajadores y de todos los consumidores, que retrocedían ante la elevación del precio de los productos, ó que no los encontraban adecuados á las necesidades; mientras que ahora, con la libertad, el precio ha disminuído, el producto ha mejorado y aumentó el número de trabajadores á la vez que el de consumidores, en proporciones más considerables. Estos son los beneficios que debemos todos á la industria libre.

Si hay quien condene tal estado de cosas, no será porque convenga á las clases trabajadoras volver á la situación de tiempos pasados: será porque así convenga á los que generosamente se constituyen en protectores de las clases desvalidas, á fin de apoyarse en ellas, como sobre firme pedestal, para dominar las ruinas que en su derredor contemplan, sin parar mientes en que han menester de mayor libertad los que tropiezan con mayores dificultades en el camino de la vida.

¿En qué situación se encontraban los trabajadores españoles, y me refiero ahora á los españoles, á fines

del siglo pasado, cuando Arthur Young recorrió una parte de España, precisamente la más poblada, la más industrial, la más adelantada, la del Mediodía de España y la de Cataluña? Pues entónces, en 1787, las pobres gentes, decía Young, se alimentaban con legumbres y un poco de carne de puerco; su salario era de veinte sous próximamente.

Un acre por cada 150 del territorio catalán estaba cultivado, según los cálculos de Arthur Young. El sueldo del operario catalán no pasaba de veinte sous: se comprende que todos sus regalos estuvieran reducidos á algunas legumbres y escasas carnes de cerdo. El ilustre Campomanes que recogió curiosos y excelentes datos para el estudio de las ciencias económicas y políticas, dice en sus Apéndices, que todos vosotros conoceis, á *La educación popular*, tomo III, que en una fábrica de papel, la comida y el trabajo de cinco hombres, por un año, estaba regulado en 5.424 reales. ¡Comida y salario de cinco hombres en un año 5.424 reales! ¡Poco más de mil reales al año!

Los buenos oficiales de sombrerero en París tenían ocho reales diarios; en Lyon seis, y habían de ser distinguidos, habían de ser excelentes. El pescador en Dieppe no pasaba, durante el año, de mil trescientos y pico de reales.

Ahí teneis diversidad de industrias, lo escogido de los trabajadores, la crema de las clases obreras condenadas á morir de hambre. Verdad es que el dinero tenía entónces un valor superior al de hoy; pero no estaba en la proporción que representa la diferencia del salario de entonces respecto del salario de hoy. Es un hecho perfectamente averiguado que el término medio de la vida aumentó considerablemente, y aumentando para la generalidad, está fuera de duda que para ninguna otra clase es tan grande el beneficio como para la clase obrera. Este es el mejor regulador entre todos. Si

el obrero, por término medio, vivía veinticinco ó treinta años á fines del siglo pasado, y hoy vive treinta y ocho ó cuarenta, lo debe á que las fatigas que le impone el trabajo, son más llevaderas, á que está mejor vestido, á que está mejor alimentado, á que tiene mejor habitación. ¿Esto quién lo duda? ¿Quién desconoce que tiene mejor habitación, que está mejor vestido y mejor alimentado? No diré que lo esté suficientemente; tiene todavía mucho camino que recorrer, y muchos mejoramientos que alcanzar; pero estoy comparando su situación de hoy con su situación de ayer, porque es necesario conocerla para saber cómo se han de apreciar y resolver los problemas económicos: y este es uno de los más graves y de los más trascendentales que se pueden presentar á la consideración de los hombres; porque un error en la resolución de esta clase de problemas, trae consigo la desgracia de considerable número de familias. Los resultados, que á menudo origina la intrusión de un gobierno, ó la protección desmedida, insensata acaso, de una iglesia, como sucedió con la sopa distribuída á la puerta de los conventos, cualquier error que se cometa, en términos generales, trae consigo la desgracia de muchas familias, que lo tienen todo comprometido, cuando se compromete el pan de cada día. Por esto hay necesidad de conocer los antecedentes históricos, de comparar la situación de hoy con la situación de ayer. Acudamos en este caso al método experimental, que tanto nos recomiendan los positivistas, que yo recomiendo también como positivista en cuanto al método ó investigación. Es necesario acudir al método experimental, y ver en la historia cuáles son los efectos y las consecuencias que la protección excesiva ocasiona, y cuáles son los efectos y las consecuencias que dimanán del ejercicio de la libertad.

Y es tanto más necesario parar en este punto la atención, cuanto que hombres de gran respetabilidad,

partidos poderosos que ejercen una gran influencia en la sociedad, pugnan hoy, trabajan decididamente, se esfuerzan con gran empeño en volver atrás y constituir partidos considerables para restablecer las antiguas corporaciones, con privilegio ó sin él, pero para restablecerlas ó la sombra de la ley y para organizarlas de manera parecida á como estaban organizadas á fines del pasado y á principios del presente siglo. El mismo Bismark piensa en esto como Lassalle; se ha realizado en Viena; lo recomienda el conde de Mun, con todos los socialistas católicos, entre ellos el canónigo Mauffang y el obispo Ketteler. ¡Ah, señores! Cuando tales recomendaciones tiene un retroceso, que pudiera dar lugar á grandes calamidades para las clases obreras si se dejasen arrastrar en esa dirección, importa que se estudie detenidamente el caso; que veamos cual era la situación, el estado en que se encontraban las clases trabajadoras bajo el régimen de gremios constituidos bajo el imperio de la ley, y cuál es el estado á que han venido después que se les ha dado libertad y pueden desplegar sus energías, en lucha ó en competencia con todos los elementos que tienen al lado.

Decididamente, señores, la situación de las clases trabajadoras es incomparablemente mejor en estos tiempos que á principios de este siglo, y que en los anteriores sobre todo. Sí; todos somos testigos de cómo mejora en esta tierra de España el estado de las clases trabajadoras; todos vemos cómo aumenta su jornal, como viste y se alimenta mejor y cuánto va ganando en habitación. Antes... ¿qué digo antes? todavía allí donde quedan vestigios, allí donde subsisten restos del estado de los pasados tiempos, vemos cómo el hombre vive en compañía de la bestia que le ayuda en el trabajo ó le suministra alimentos; cómo no hay más que una habitación para todos, durmiendo en el suelo, sobre unas pajas, y á veces sin manta con que cubrirse.

Y esta situación es la de aquellos que viven todavía apegados al terruño, imbuídos en las antiguas creencias; que secretamente están en lucha con la sociedad moderna; que no se alejan de aquel rincón en donde vieron nacer á sus hijos y morir á sus abuelos; tierra verdaderamente sagrada, porque á ella van unidos sus más tiernos recuerdos.

Pero esos que se empeñan en seguir ciegamente las huellas de sus antepasados, representan en la manera de vivir, á las generaciones de otros tiempos; y en verdad, señores, que al juzgar por su estado del estado en que se encontraban las pasadas generaciones, y al compararlo con la situación en que se halla la actual población obrera, era aquel un estado verdaderamente deplorable.

No están hoy satisfechos los obreros, y tienen mucha razón. ¿Cómo han de estar satisfechos? ¿Lo está alguna vez acaso el que de simple obrero se eleva á la categoría de gran capitalista? ¿Se conforma siquiera con el descubrimiento de que tuvo antepasados nobilísimos, que descendían de algún ilustre personaje histórico? ¿Le basta ser condecorado ó distinguido con un título nobiliario? No, ni con haber obtenido un título queda satisfecho. ¿Por qué razón, pues, las clases trabajadoras, aún habiendo mejorado su condición, han de estar hoy satisfechas? El hombre no se satisface jamás, y esta es una de las cualidades que más contribuyen al progreso de la humanidad. El hombre necesita llevar dentro de sí un estímulo, un aguijón que le impulse á trabajar y á mejorar de situación. Esta es ley general, y á ella están sujetas las clases trabajadoras, que han mejorado, y aspiran á mejorar más. Lo que importa averiguar es si, para conseguirlo, escogitan medios adecuados; lo que importa averiguar es si están en terreno firme cuando aclaman lo que más compromete su suerte siempre incierta. Por lo demás tienen razón, tienen cien veces ra-

zón, en repetir que ha llegado el momento de que todo el mundo coopere á mejorar su actual estado: el que combata esta aspiración es un insensato.

Y entro, señores, muy rápidamente, porque estas son consideraciones muy someras sobre problemas muy difíciles, y muy discutidos; entro, señores, en el examen de algunas cuestiones que se relacionan con el partido obrero.

El partido obrero tiene su objetivo en el mejoramiento de las clases trabajadoras, y por lo mismo ha elegido un calificativo impropio. Un partido político tiene siempre por objeto el mantenimiento ó la transformación de las instituciones políticas de un país, y al efecto reclama como un derecho la intervención en la vida política. Los que únicamente se proponen reformar instituciones económicas, prescindiendo de la política, no constituyen un partido político. Un partido político podrá tener por fin secundario el mejoramiento de determinadas clases, el enaltecimiento de otras, la solución de determinados problemas económicos; pero el objetivo principal ha de relacionarse siempre con la vida política del país, con la existencia y con la manera de ser de los poderes públicos. Pues los obreros han declarado que no tienen absolutamente ninguna relación con los partidos existentes, ni con los poderes políticos constituidos: proclaman la necesidad de que desaparezca la política y se traslade á los talleres la vida que hierve en el seno de las sociedades, lo cual significa tanto como decir que se debe suprimir la política, cual si no fuese una imperiosa necesidad en toda nación bien ó mal constituida, y no dictara las reglas á que han de ajustarse en todo país la organización y desenvolvimiento de los poderes públicos.

El partido obrero, señores, suponiendo que exista como tal un partido obrero, toma en nuestros tiempos una importancia extraordinaria. Fué nada más que

un fracaso, cuando se estableció la Sociedad Internacional de trabajadores: aquel fué un intento, un conato de organización, que salió muy mal. Realmente aquella asociación no tenía una idea generadora, un principio que pudiera desenvolver con cierta lógica y mediante reglas determinadas; allegó diversos elementos, que chocaron entre sí, separándose sin haber hecho nada bueno. Pero apareció Karl Marx, y escribió un libro, que no todos acaso habrán entendido; un libro de negaciones, reconocido así por sus partidarios, y hasta por él mismo, puesto que prometió otro libro de afirmaciones y de soluciones. Falleció antes de haberlo escrito, ó por lo menos, no hay noticia de que entre sus obras póstumas haya ninguna que pueda constituir el segundo tomo de su célebre libro titulado *El Capital*, con las soluciones anunciadas.

Karl Marx recomendó la organización de un partido obrero, y dijo con razón: si las masas quieren intervenir y tener participación en la vida política del país, en la vida política universal, es necesario que se organicen. Esta, señores, es una verdad indiscutible. Las masas que no se organizan, llevan consigo fuerzas perdidas. Toda colectividad debe estar organizada. Lo está, y lo está muy fuertemente la familia que es la primera entre todas las colectividades, y por eso tiene un poder tan sólido, tan duradero, que tanto influye en la vida de la sociedad. No hay colectividad que pueda vivir al acaso. Toda colectividad necesita una organización, una manera de ser, un régimen para desenvolverse, un sistema para ejercitar su acción y llevar su influencia al exterior, después de adquirir interiormente conciencia de su poder. Pero, ¿cuál ha de ser el fin á que responda la organización? ¿Cuáles han de ser, sobre todo, los medios para realizar ese fin? Toda organización tiene medios y fines que realizar. ¿A qué fines responde la organización del partido obrero?

Su aspiración, nos han dicho en un libro escrito con meditación los obreros madrileños, es ante todo la posesión del poder político por la clase trabajadora.

¡Señores, la posesión del poder político! Y está redactado en términos que lo que han querido decir es sin duda alguna que el poder político ha de pasar á manos de los obreros, como clase obrera, de igual modo que antes fué patrimonio de las clases aristocráticas, como lo fué de la Iglesia; es decir, que se reconoce la existencia de clases gobernantes y exclusivamente gobernantes. ¿Se concibe que esto suceda? ¿Se concibe que de esta manera se prescindiera de lo que entre ellos mismos está pasando? Ahora mismo, triunfantes, como lo son en cierto modo, los socialistas alemanes, cuando llevan 25 diputados á la Cámara prusiana, no hay más que ver quiénes son estos 25 diputados, que han elegido como sus más genuinos representantes. Entre los 25 sólo hay un obrero, Bebel; todos los demás son médicos, abogados, hasta banqueros. ¿Con qué lógica piden el poder exclusivamente para ellos, cuando al elegir diputados que les representen, empiezan por buscarlos entre individuos que no son de su clase? ¿Por qué acuden al abogado, al banquero, al comerciante y al médico? ¡Ah, ellos lo saben! Eligen á esos hombres, porque son los que mejor interpretan sus aspiraciones; porque en el cerebro de esos hombres va el verbo de la idea revolucionaria, y ellos son los que pueden introducir reformas capaces de traer algún mejoramiento para las clases trabajadoras.

Algunas veces eligen representantes de su misma clase, y no es raro el caso de que acierten, designando personas verdaderamente inteligentes y capaces. Un ejemplo muy brillante encontramos en la elección del representante más digno que tuvo el pueblo inglés en la Cámara de los Comunes, Mac-Donald, que era minero, y no dejó de serlo, mientras fué miembro de la

Cámara; pero tenía gran talento, había adquirido el conocimiento de la vida y una ilustrada práctica de la organización industrial y mercantil, tomando parte en los trabajos de las asociaciones llamadas *Trades Unions*.

Esos obreros, como Mac-Donald y como Bebel, pueden representar á las clases obreras y cooperar á la vida política de una sociedad; pero esta aspiración de que el poder pase á manos de las clases trabajadoras, á los talleres, apartando completamente á las clases medias, á las clases ricas, á las clases aristocráticas, á todas las que con buenos ó malos títulos vienen interviniendo en la gobernación del país; ese pretendido monopolio del poder, ejercido por una clase, precisamente por la clase que está pidiendo el exterminio de todas las demás, es una falta de lógica que habrá de condenarlos por mucho tiempo á la impotencia completa; é impotencia es la que les domina, porque los mismos representantes socialistas, á quienes han votado nada menos que 500.000 electores en el reino de Prusia, esos mismos veinticinco representantes del partido socialista, no han hecho hasta ahora absolutamente nada, no han presentado ninguna solución, ni han desplegado ningún programa verdaderamente político.

Después de tanto hablar en los congresos de Rennes, de Marsella, de Paris, y de otras partes, ¿cuál es el cuerpo de doctrina, cuál el programa ó el fin que se proponen realizar de una manera concreta y determinada, los obreros ó sus representantes? Hasta ahora nada aparece que sea concreto, determinado. Este es un vicio radical de que necesitan curarse, y yo les doy el consejo de amigo, consejo cariñoso, de que abandonen peligrosas vaguedades. Ante todo han de precisar un fin práctico, realizable; necesitan escogitar medios que estén en consonancia ó que se adapten á los fines que han de

realizar. Pensar, guiados por un espíritu de rencor ó por una injustificada pasión de venganza, en que el poder puede y debe pasar á los talleres, á las clases trabajadoras, desposeyendo por completo á la única clase social que está en condiciones de gobernar, para bien de todos, para bien de los mismos obreros y para mejoramiento de su clase; pretender que las clases medias, el partido liberal de las clases trabajadoras, pues entre unas y otras nada hay que fundamentalmente las separe, pretender que todas queden excluidas por la sola razón de que no manejan instrumentos en una fábrica, de que no ejercitan sus fuerzas físicas, cuando precisamente son los hombres de la clase media liberal quienes ponen en acción las fuerzas intelectuales y las energías morales, ¡ah, señores! es desconocer que en el hombre lo más digno, lo más levantado y lo más noble son precisamente esas fuerzas morales é intelectuales que despliegan las clases medias para emanciparse de las clases privilegiadas, de las iglesias constituidas, que nos han tenido mucho tiempo comprimidos, ahogados, bajo un peso que no podíamos remover.

Es necesario proceder con mucha cautela en esto, porque el célebre predicador de la córte de Berlin, Stocker, el obispo Ketteler, el canónigo católico de Munich Mauffang y el conde de Mun, coinciden en sus afirmaciones fundamentales para la constitución de un partido obrero. Bismarck está íntimamente unido al gran tribuno Lasalle. Era Lasalle un orador que arrastraba y seducía las masas; era un espíritu eminentemente democrático, pero tenía procedimientos despóticos; por esto nacieron como de improviso secretas simpatías, que se trocaron después en íntima amistad, entre el gran canciller alemán y Lasalle, y las doctrinas de este son las que hoy pretende poner en práctica el canciller de hierro. Bismarck condena la concurrencia, condena la controversia, condena la libertad, de igual ma-

nera que la condenaba Lassalle. Pues eso mismo hace Stocker, el confesor del emperador Guillermo, Dollingen, el canónigo Mauffang, el conde de Mun; condenan la libertad, que ellos llaman manchesteriana, porque está representada por esforzados campeones de las libertades economistas; y cuando condenan la libertad hombres que proceden de tan distintos campos, que se proponen tan diversos fines, pretendiendo todos ellos monopolizar y dirigir el movimiento de las clases trabajadoras, hay indudablemente en esto algo en que pensar, algo en que meditar cuidadosamente.

Las clases trabajadoras constituyen una fuerza potente y vigorosa; á ellas vuelven sus ojos todos aquellos que pretenden ejercer una gran influencia en la sociedad. Actualmente van concentrándose en las grandes ciudades masas considerables de trabajadores, que abandonan el campo. Este es un fenómeno general, que no se limita á las grandes ciudades, como Paris, Berlin, Londres, no; es una tendencia general. Los grandes centros de población atraen todas las fuerzas vivas y enérgicas á los centros industriales, y por esto las clases trabajadoras, por el hecho de su concentración, representan la fuerza de mayor energía que existe en los pueblos modernos. De los campos, de los pueblos rurales van todos los que se sienten con energía para mejorar su situación, á los grandes centros, y allí, bajo la acción de la gran industria, se organizan, y ora siguen á quienes tienen por lema la reacción, ó á quienes se proponen conservar, y nada más, el régimen actual, ora á quienes intentan mantenerlos, como adormecidos, en brazos del clero católico ó en brazos del clero protestante. Aquellos en cuyo pecho alienta el sentimiento de la libertad, que aspiran á enaltecerse por medio de la libertad, siguen á menudo, sin conciencia de lo que hacen, direcciones que les señalan los que están en pugna con el mismo sentimiento de libertad que en su

alma arde, con el propósito de convertirlos en instrumento y medio de restablecer instituciones que fueron perjudiciales en alto grado á las clases trabajadoras, ó conducirlos por caminos que no les permitan el desenvolvimiento de todas las energías, cuando han menester de vivir en una atmósfera de gran amplitud, desligados de toda clase de entorpecimientos, para que el trabajador, por sus propias fuerzas, sin pedir auxilio á nadie más que á los encargados de amparar el derecho, pueda engrandecerse en todos los órdenes de la vida.

Así se explica, señores, que en nuestros días ocurren desórdenes y trastornos, como los que estamos presenciando. ¿Qué objeto, qué fin se proponen los que en Chicago, en San Francisco de California, en Londres, en Lieja, en Decazeville, en todas partes, destruyen las fábricas, el capital, que es el primer agente de la producción, llevan por todas partes la desolación y el espanto, anonadan el crédito, hacen imposible el crecimiento de la industria, y por consiguiente, su propio mejoramiento? ¿A qué fin obedecen estos desastres de que un día tras otro nos dan cuenta los periódicos extranjeros? ¿Es acaso resultado de un estado de desesperación? Algo habrá de esto, porque en los grandes centros se acumulan masas muy considerables de hombres llenos de esperanzas, que acuden á las grandes ciudades fiados en que el acaso les habrá de proporcionar fortuna y bienestar, viéndose por el contrario en medio de grandes crisis y con dificultades que no pensaban hallar. Esto conduce á la desesperación, comprendemos que así sea; pero la causa de que ellos destruyan lo que más necesitan para salir de un estado de terribles sufrimientos, la causa de la desesperación que los domina, ¿cuál es? ¿á qué se debe y en qué consiste?

Consiste en que no tienen programa; en que los jefes

que pretenden dirigir no dirigen; en que se han separado de las clases medias que con ellos están identificadas; en que desconfían de aquellos que no pretenden utilizarlos como instrumento, sino contribuir á su total emancipación; en que se alejan de los que ensalzan y recomiendan la práctica de la libertad, que ha levantado á otros y habrá de levantarlos á ellos. Si los que alardean de ser directores del partido obrero; si los que pretenden tener el secreto de un programa que no se ha dado á luz, tuvieran conciencia de lo que hacen, de la responsabilidad que contraen y de los males que causan á la sociedad, estoy seguro de que retrocederían ante su propia obra.

«Aspiran, dice un escritor, Henry George, aspiran á la transformación de la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos del trabajo, en propiedad común de la Nación.»

Todos hemos oído que la aspiración del obrero es ser propietario del instrumento del trabajo. Perfectamente; nada más legítimo ni más noble; ¿pero qué es esto de convertir á la Nación en propietaria del instrumento del trabajo? ¿Qué es esto de conferir á la Nación un poder omnímodo, en cuyas manos esté la suerte de todos? ¿Qué es la Nación y quién la representa? Aquí parece que hay lógica: llevado el poder á los talleres, los obreros serán los que dirijan la Nación, los que tengan la propiedad en su mano para distribuirla. ¡Qué ilusión, señores, qué ilusión! El obrero reclama, pide ó aspira á ser dueño del instrumento que maneja; mas para esto es necesario que el derecho de propiedad sea superior al poder de la Nación, que el derecho sea siempre independiente y superior á la voluntad de un poder, cualquiera que él sea. El derecho de propiedad, identificado con la persona, levanta y ennoblece al poseedor. Convertid á la Nación en propietaria de todo lo que existe, y habreis convertido al que sea depositario del poder

de la Nación, por un día nada más, en el mayor tirano que hayan conocido las edades. Nacionalizar toda la propiedad y olvidarse de que la Nación habrá de estar encarnada en una institución, en una persona, en un déspota, en un rey, en un presidente, olvidarse de que éste habrá de ser el que disponga de la propiedad mueble é inmueble, de la propiedad territorial, de los instrumentos del trabajo, de toda clase de mercaderías, es una locura, una ilusión que se disipa, que queda destruída y desvanecida por completo, desde el momento en que se fija la atención en tanto delirio y en tanta insensatez.

«La constitución de la sociedad sobre la base de la »federación económica, de la organización científica del »trabajo y de la enseñanza integral para los individuos »de ambos sexos.»

Está bien por la idea que contiene, por el principio á que pudiera obedecer; pero no está muy bien definido.

«En suma; el ideal del partido socialista es la completa emancipación de la clase trabajadora. Es decir, la abolición de todas las clases sociales y su »conversión en una sola de trabajadores, dueños del »fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados é inteligentes.»

Perfectamente, esta es la aspiración general, el *desideratum* de todo hombre amante de la humanidad. Todos viven del fruto de su trabajo; no debe haber quien viva del trabajo ajeno; es necesario estirpar la injusticia, y que el espíritu de equidad impere en todas partes. Esto que se llama injusticia social, que es obra de la suerte ó del azar, resultado de la marcha de los acontecimientos en la vida humana, todo esto debe quedar subordinado á un plan fijo, determinado por el derecho, eminentemente jurídico, para que en la realización de todos los fines lleguemos á la conclusión de que cada cual viva del fruto de su trabajo y que no haya absolu-

tamente ninguna queja, ninguna injusticia, nada de que lamentarse en las sociedades humanas.

Pero, señores, podrán llegar á tanto las promesas de Dollinger, el canónigo de Munich, el obispo Ketteler y el mismo Stocker, confesor del emperador Guillermo; pero que hombres políticos, dedicados al estudio de los problemas sociales, que buscan soluciones á todas las dificultades por medio del único instrumento que pueden manejar, que es la personalidad humana con todas sus energías, con todos sus sentimientos, con todas sus pasiones, con todos sus vicios y virtudes, pretendan realizar ese *desideratum*, y realizarlo así, de una manera absoluta é inmediata, como problema del momento, es otro delirio en que no se puede pensar.

De la influencia de las clases trabajadoras en los presentes tiempos no hay para que hablar. Aunque no se atendiera más que al hecho, que tristemente les distingue en estos momentos, llevando el espanto á todas partes, poniendo en conmoción al universo mundo, comprometiendo el crédito en muchas ocasiones y dificultando, por tanto, el empleo de considerables masas de trabajadores, ese solo hecho tiene una gran trascendencia, una importancia colosal. Pero esto es, á la vez que triste, transitorio; obedece á influencias que desaparecerán, que no pueden subsistir, porque no es dable que se perpetúe un estado de desconfianza recíproca entre clases que se atraen por sus respectivos destinos y se restablecerán las buenas relaciones, hoy perturbadas, entre las clases medias liberales y las clases obreras.

Un consejo daba un rico fabricante de Moulhouse, miembro del partido francés en el Reichstag, á todos los que como él disponen de considerables fortunas y pueden influir de algún modo en el mejoramiento de las clases trabajadoras. Decía Dolfus: en Moulhouse no hay odios de clases; el medio de combatir el socialismo está

en mejorar la situación moral y material de los obreros: no hacemos bastante en este sentido. El obrero que vé á su patrono incesantemente consagrado á cuidar de la suerte de aquellos que emplea en su fábrica, cual si fueran miembros de su familia, no es accesible á los odios sociales. En Moulhouse, decía, no hay socialistas, y sin embargo, la población obrera es numerosa. Tienen escuelas para niños, asilos para huérfanos, instrucción profesional, baños, lavaderos, almacenes, restaurants á precios reducidos, hostelerías gratuitas para obreros transeuntes, salas de reunión, bibliotecas, seguros y casas de habitación, que representan un valor de más de tres millones de francos. Pero se disolvió el Reichstag, se reunió el cuerpo electoral, y el rico fabricante de Moulhouse fué derrotado por Bismarck, acaso porque formaba parte del partido francés. Convenía dar vida al partido socialista en Moulhouse, y nació en aquella población el partido socialista, que reclama la intervención del Estado para obtener en mejores condiciones lo que recibía de la dirección sábia y benéfica del gran fabricante Dolfus, que, sin detrimento alguno de su fortuna, había llevado el bienestar á todas las clases trabajadoras.

¿Quién es el culpable de que una obra benéfica, verdaderamente grandiosa, haya entrado en un período de crisis, tanto por el empuje de un hombre, cuanto por la influencia de doctrinas no bien estudiadas? La responsabilidad toda es de Bismarck; pero en primer término recae sobre las ideas que Bismarck representa, sobre la absorbente intervención del Estado, que promete llevar la felicidad á todas partes, mediante la suprema dirección del hombre que está al frente de los negocios públicos. ¿Qué mejor dirección que la de los mismos obreros, cuando tienen á su cargo la administración de sus almacenes, la dirección de sus cajas de ahorros ó la organización de sociedades cooperativas? Nada les satis-

face tanto como adquirir con sus paulatinos ahorros la casa que habitan. Lo esencial es que ejerciten sus fuerzas morales en el manejo de sus propios negocios y en el cuidado de asegurar un modesto porvenir para sus hijos. Cuando en esta empresa cuentan con el auxilio de quien sabe cuánto vale la energía individual de un operario inteligente, que aprende á cuidar de los negocios ajenos empleando su actividad en los negocios propios, los resultados son generalmente de un valor inapreciable.

Este ejemplo de Moulhouse producirá efectos más beneficiosos para el obrero (¿cómo no ha de producirlos?) que todos los planes de gobiernos invasores. La historia, hecha queda por el mismo fabricante á quien aludo, en el parlamento alemán; él ha referido cómo había conseguido llevar la felicidad al seno de numerosas familias, que no habrían enriquecido, pero que estaban en el goce de un bienestar relativo y en un grado de cultura superior al de los demás obreros, sin que el fabricante se hubiese sacrificado ni hubiera perdido nada, antes al contrario, con toda sinceridad declaraba que en esa empresa nada había perdido, sino ganado, porque tenía trabajadores honrados, compañeros fieles que disfrutaban con él parte de las ganancias que obtenía.

Ese digno fabricante había alcanzado la solución de un gran problema; lo había resuelto dentro de su casa; pero vino un tirano, un déspota, que, en nombre de la intervención del Estado, intervención verdaderamente maléfica y que sin embargo reclaman muchos trabajadores, no hizo más que comprometer una gran obra del esfuerzo individual, realizada á fuerza de constancia y de buen desseo.

Lo que sin duda alguna incumbe á las clases medias, que tan interesadas están en mantener el orden y el libre desenvolvimiento de las leyes económicas, lo

que les incumbe, porque son ilustradas, productoras y contribuyentes, es procurar con especial cuidado el mejoramiento de las clases trabajadoras. No se olviden los grandes industriales de que su fortuna depende del estado intelectual en que se encuentren esos trabajadores, del grado de moralidad á que hayan llegado, del bienestar, en fin, que disfruten. No den los ricos lugar á que lleguen los menesterosos á extremos de desesperación, ni consientan que estos permanezcan en atraso lamentable. Preciso es que las clases acomodadas hagan todo lo posible para robustecer las cualidades morales de las clases proletarias; se necesita que tengan conciencia de sus deberes y hagan un gran esfuerzo para que, unidas las diversas clases sociales por el lazo misterioso de la simpatía, aparezca la humanidad como establecida en un campo de paz y de armonía, en vez de semejarse á un campo de Agramante: se necesita algo de eso que al hombre le desata de sus egoismos y le hace difundir á lo lejos los beneficios de su generosa actividad, conquistando un nombre, una reputación, una autoridad, que únicamente las cualidades morales le pueden dar y que solamente es firme y sólida cuando descansa sobre el verdadero mérito personal.

Y esto se puede y se debe exigir á la clase media, porque además de ser la más interesada es la más instruída, la más fuerte, la más rica, la que se encuentra en situación de dar condiciones á la clase obrera para cultivar esas cualidades, que constituyen el más sólido fundamento de la civilización. Culpa sería de todos si las clases obreras acampasen en medio de las grandes poblaciones, como verdaderos enemigos que acechasen el día en que se hayan de lanzar sobre fábricas y sobre fabricantes, sobre el capital y sobre los capitalistas.

Concluyo, señores. La política tiene también mucho que jugar en esto. Han pasado los tiempos en que vagamente se prometía hacer la felicidad de todo el mun-

do por medio de reformas, que se anunciaban, y que no se definían jamás; la felicidad de los pueblos no se hace en un día, no es obra de un momento: la felicidad de los pueblos es labor que empieza por la regeneración de los mismos ciudadanos. Digamos la verdad con franqueza: un pueblo de holgazanes no se hará rico, por discretos y grandes que sean sus gobernantes; un pueblo de tahures no se hará honrado, por muy virtuoso que sea el jefe que se encuentre al frente del Estado. Es necesario que el ciudadano cultive sus facultades, que sepa cómo él ha de ser el pedestal de su propia grandeza; pongamos todos singular empeño en perfeccionar al ciudadano, para que la nación progrese. Difundiendo la instrucción, las buenas prácticas por medio del ejemplo, ensalzando el trabajo, cuidando de que en la ley no aparezca jamás el principio de injusticia, y rindiendo al trabajador un tributo de justicia, cuidemos de que la masa trabajadora, esa planta que ha de llevar por todas partes su sombra benéfica de paz y de bienestar, se alimente ó se fortifique con el sano ejemplo de la justicia.

Si para favorecer á una clase, ó lo que es peor, á determinados individuos, se despoja á unos en favor de otros, nada habrá de extraño en que el mal se arraigue y en que nos amenacen tremendos acontecimientos. Me direis que en Londres y en la república norte-americana, lo mismo que en Berlín, crece y se muestra amenazador el partido obrero, hasta el punto de atentar contra las mismas casas del Parlamento. ¿Pero quién ha hecho esto? ¿Fueron acaso los ingleses? Dicen que no; que había un gran número de extranjeros; que eran muchos de ellos alemanes expatriados, que habían llevado el desorden á tierra extraña, arrojados del suelo natal por la política autocrática de Bismarck. Dicen también que los instigadores de los destrozos causados en Bélgica no eran belgas, sino alemanes, arrojados del

suelo pátrio por Bismarck, que iban desesperados buscando por todas partes desagravio para sus quejas. ¿Qué es esto? El despotismo alemán, que difunde su amargo fruto por toda Europa. Son los alemanes y los irlandeses que desesperados se trasplantan á Ultramar, y allí echa raíces la mala yerba, y se destruye el capital para obtener más capital, y se ataca al capitalista para que reaparezca el crédito.

Estos son delirios, estas son tristísimas locuras. Atravesamos un período de insensatez, á que es necesario poner término por medio de un gran esfuerzo del partido democrático, por medio de generosas iniciativas, que tenemos derecho á esperar de las clases medias y liberales.

HE DICHO.



# 15.<sup>a</sup> CONFERENCIA

---

## T E M A

Don Alberto Lista.—La educación de la juventud.—El antiguo sistema.—Las nuevas ideas.—El régimen actual.

### ORADOR

DON EDUARDO BENOT

---

*Señoras:*

*Señores:* (\*)

Tengo el honor de presentaros la imagen de uno de los hombres más eminentes de la generación pasada y que más ha influido en la marcha y dirección del país: el SR. D. ALBERTO LISTA Y ARAGÓN.

Voy á deciros lo que sé del origen de este busto. A poco de haber fallecido el SR. D. ALBERTO LISTA, sus facciones perdieron la deformidad cadavérica; y sus amigos, discípulos y admiradores que rodeaban el lecho mortuorio, tuvieron la feliz idea de hacer sacar en yeso aquella cabeza veneranda y venerada. Tengo en-

---

(\*) Desde antes de empezar la conferencia, ocupaba la cátedra, como presidiendo, un busto en bronce del SR. D. ALBERTO LISTA. El conferenciante estuvo sentado á la derecha del busto durante todo el tiempo en que usó de la palabra.

tendido que de la matriz se sacaron tres reproducciones, y una de ellas ha estado durante una generación exornando la escalera principal del colegio de San Felipe Neri, de Cádiz, fundado por D. ALBERTO LISTA en 1838, y que yo he tenido la honra de dirigir desde 1852 á 1868. De aquel yeso primitivo procede este busto en bronce, que yo, reverentemente ofrezco á este Ateneo Científico, Literario y Artístico; porque siendo yo ya viejo, y estando probablemente próximo mi fin, según lo que me veo minado de achaques y de enfermedades, conviene que esta reliquia de varón tan insigne se conserve en el seno de una corporación científica, destinada á vivir vida secular. (*Aplausos*).

Me parece que os habeis apresurado en aplaudir.

Temeroso yo de que mi yeso desapareciese algún día, por la fragilidad de su materia, pensé desde hace muchos reproducirlo en bronce; pero siempre mi pensamiento se quedaba en propósito por multitud de causas que no es del caso enumerar; hasta que ya, habrá como cosa de tres meses, decidí llevar mi idea á cabo; y, al efecto, entré en tratos con mi amigo el fundidor Sr. D. Ignacio Arias, cuya pericia y habilidad constan á este Ateneo, por ser él quien fundió los tres medallones en bronce que adornan la fachada de este edificio. Cuando el Ateneo me dispensó la alta honra de elegirme para esta conferencia, el busto no estaba aún fundido; pero, habiéndose enterado mi amigo el Sr. Arias de que yo pensaba destinarlo á esta corporación, se apresuró á fundirlo; y, después de ejecutada la obra con la perfección que veis, se ha negado decididamente á recibir el premio debido á su habilidad y á sus conocimientos en el difícil arte de la fundición estatuaria; que el Sr. Arias, si no es rico en bienes de fortuna, es un Crespo en sentimientos generosos y en consideración hácia las corporaciones científicas y hácia los varones ilustres, honra de la patria.

Ya veis pues, que, si hay algo que agradecerme, es unicamente la intención; pero que, si hay algo que aplaudir, los aplausos deben ser para el artista que pone á disposición de este Ateneo su talento y sus afecciones. Los aplausos todos para él; para el artista de corazón. (*Aplausos*).

Aquí teneis la imagen del Sr. D. ALBERTO LISTA (*señalando al busto*). Quizá no me he expresado bien. Estas son sin duda sus facciones; pero no su fisonomía, porque lo característico de la fisonomía de D. ALBERTO LISTA estaba en su expresión. Ante todo, en su expresión incomparable de bondad. Luego, D. ALBERTO LISTA se transfiguraba hablando, y entónces estas facciones transparentaban la hermosura de aquella inteligencia poderosa. D. ALBERTO LISTA no era alto, pero en cátedra se crecía de tal modo, que á veces parecía un gigante. Su accionar era decoroso; y semejante al de los grandes actores, en ser mera indicación de que pueden mucho más. Era miope, muy miope, y no gastaba nunca anteojos; de manera que, cuando hablaba, su vista no se fijaba en ningún individuo ni en ningún grupo de su auditorio; por lo cual su oratoria parecía el verbo de la ciencia impersonal. Su palabra, en que principalmente estaba el encanto de todo cuanto decía, poseía cualidades al parecer incompatibles con ese encanto: su voz era reposada, á veces lenta, pero siempre facilísima y facunda, como si el profesor se hubiese propuesto de intento hablar siempre despacio para ser siempre perfectamente comprendido. Su recitación era maravilla, porque apoyaba poderosamente las sílabas constitutivas de los versos; en los endecasílabos de primera clase, la sexta y la décima; en los de segunda clase, la cuarta, la octava y la décima, y en los octosílabos la séptima; por manera que con semejante modo

de recitar, la rima sonaba como un clarín, oída de su boca (\*). A veces marcaba el ritmo de los versos con un leve movimiento de algún pié. Y, sea que D. ALBERTO LISTA explicase, sea que encantara á sus oyentes con los ríos de su erudición ó sus cataratas de ejemplos, no bien el sábio profesor desataba los raudales de su elocuencia incomparable, cuando parecía que el salón se llenaba de una atmósfera de veneración y de respeto y la impresión de su palabra se conocía inmediatamente en el silencio de la atención con que todos escuchaban. ¡Qué fascinación aquella! ¡Qué poder el de aquel viejo venerable que sabía imprimir todo cuanto decía en la memoria de sus oyentes, no percutiéndoles la inteligencia con frases de efecto, sino con la fuerza silenciosa del tornillo que penetra en la convicción! (*Muy bien*).

Las fulguraciones más felices de la elocuencia de D. ALBERTO LISTA, quizá no habrían arrancado nunca las explosiones de aplausos que acompañan á la elocuencia tribunicia; pero el aplauso de lo que decía duraba indefinidamente; pues todavía, al cabo de cincuenta años, vibra en cuantos tuvimos la fortuna de escucharle. Y en fin, ¡qué riqueza, qué derroche de frases, máximas y sentencias enteramente suyas, derramadas como lluvia sobre sus auditorios, regularmente de muchachos! ¡Oh, que no pudiera yo mencionarlas todas! Hé aquí algunas: «Se dice que Shakspeare tiene defectos.

---

(\*) LISTA pronunciaba rotundamente los finales de los períodos; en lo cual ponía especialísimo estudio, y aconsejaba á sus alumnos que lo pusieran; y, así, nunca le ocurría lo que á tantos oradores á quienes apenas se oye cuando terminan sus cláusulas; porque, no habiendo sabido medir bien el volumen de su aliento, se ven obligados en lo más culminante de la frase á bajar la voz, tanto en intensidad como en intonación.

¡Defectos!... En las obras del genio lo primero es el genio.»—«Se afanan los preceptistas por disculpar las que llaman extravagancias de Quevedo. Pero ¿Quevedo los hace reír? Pues quien hace reír tiene razón.» No recuerdo de quién dijo una vez: «¿Exagera? Pues no es genio.»—«Si odiais no os senteis á escribir, porque el ódio es un consejero de perdición»... Y, como éstas, miles, todas originales y todas propias de este ilustre profesor.

No, no es esta su fisonomía (*volviendo á señalar al busto*), son sus facciones; pero á un examen atento no se puede ocultar que por estas facciones ha pasado la mano de la muerte. Las flores artificiales son á veces de una perfección desesperante: son imprescindibles á falta de cosa mejor; pero ¡ay! que en las flores artificiales no existe nunca la transparencia de color de las flores que en la realidad viven, y, sobre todo, no se encuentran nunca circundadas de la atmósfera de aromas con que las flores vivas hechizan y embriagan. (*Aplausos*).

Voy ahora, señores, á deciros algo sobre la biografía del Sr. D. ALBERTO LISTA. Su vida es una variante de una historia muy vieja y muy sabida: la de un genio nacido en la oscuridad y en las privaciones, y muerto en vejez tranquila, la frente rodeada de un nimbo de gloria, sin un enemigo, y honrado por la estimación universal.

D. ALBERTO LISTA Y ARAGÓN nació en Sevilla, barrio de Triana, calle de la O, el día 15 de Octubre de 1775: el mismo día en que nació Virgilio, su poeta favorito; coincidencia que D. ALBERTO se complacía en hacer notar con una infantil satisfacción. Sus padres, D. Francisco y doña Paula, vivían estrechamente con el producto de unos telares de seda que tenían, y también el niño AL-

BERTO fué tejedor de seda durante los primeros años de su infancia; y después, cuando las necesidades del hogar paterno lo exigían por no haber otros medios de allegar recursos. D. ALBERTO LISTA murió el 5 de Octubre de 1848, en la casa núm. 17 de la calle de Cervantes en Sevilla: vivió, por consiguiente, casi setenta y tres años. El claustro de doctores de la Universidad, de toga y de birrete, salió á recibir el cadáver del antiguo tejedor, lo condujo con fúnebre pompa á la catedral; allí se celebraron honras solemnes; y desde la catedral fué el cuerpo conducido á las bóvedas de la iglesia de la Universidad, donde yacen aún los restos del matemático profundo, sabio humanista, polemista invencible, periodista sin hiel, insigne poeta, historiador eruditísimo, crítico, filólogo, publicista, predicador, maestro incomparable! porque todas estas cosas fué D. ALBERTO LISTA en grado eminentísimo; que hombre de aptitudes más generales es muy difícil de encontrar.

La precocidad intelectual del niño LISTA apenas se concibe. Notad que antes os he dicho que LISTA sólo fué tejedor durante los primeros años de su infancia; porque á la edad de trece años ¡trece años! fué nombrado por la Sociedad Económica Sevillana de Amigos del País, profesor sustituto de matemáticas de la cátedra de esta asignatura, que costeaba aquella Sociedad; ¡nombramiento singularísimo en los fastos del profesorado, quizás único en la historia, y prueba irrecusable de una precocidad matemática verdaderamente fenomenal!

Mas no creais que este nombramiento convirtió al niño en hombre, porque LISTA fué famoso por su afición á jugar, enredar y alborotar con los otros muchachos de su edad en las calles contiguas al taller paterno; y, precisamente en conmemoración de esta circunstancia, cuando ya D. ALBERTO había pasado por el apogeo de su gloria, el ayuntamiento de Sevilla bautizó con

el nombre de calle de ALBERTO LISTA, aquella que más había presenciado los juegos infantiles del serio profesor de la Sociedad Económica: porque ¡eso sí! nadie ganaba en formalidad al niño LISTA cuando se trataba de explicar su asignatura.

Tampoco las matemáticas le estorbaron el que representase en teatros caseros, dicen que con una habilidad superior á sus años, papeles de Lope y de Calderón.

En 1796 le nombró el rey profesor de matemáticas de la escuela de San Telmo, y con el producto del sueldo de su cátedra pudo atender con cierta holgura á las necesidades de su familia que era numerosa; y, sobre todo, sostener á su madre queridísima: el padre faltaba á la sazón. En 1803 se hizo LISTA sacerdote; y el claustro de doctores de la Universidad de Sevilla le nombró en 1808 catedrático de la clase de retórica de la misma Universidad.

Pero se me ha olvidado decir que mientras el niño LISTA era tejedor y profesor de matemáticas en la clase de la Sociedad Económica, y alborotador insigne de su barrio, estudiaba en la Universidad latín y filosofía (luego estudió teología); y que su memoria era tan portentosa que, no bien había dado una hoja de su Virgilio la arrancaba y la rompía para saber con más facilidad donde se había quedado en clase; pues lo que una vez había aprendido, quedaba indeleblemente esculpido en su recuerdo.

Después de haber cantado en 1808 las glorias de Bailén y el triunfo de los ejércitos andaluces en una oda llena de estro y de ardientes sentimientos patrióticos, D. ALBERTO LISTA se hizo afrancesado en 1810, poco después de la entrada de los invasores en Sevilla. Ponía en español las proclamas del mariscal Soult, y hasta admitió de éste una media ración vacante entónces en la iglesia metropolitana. Por esto, cuando los fran-

ceses evacuaron la ciudad en 1812, tuvo que acompañarlos para no incurrir en las iras populares. Emigrado en Francia, conoció á Meléndez y á Moratín, emigrados como él y por la misma razón, por afrancesados; y se mantuvo en la Nación vecina dando lecciones de español y predicando en francés con muy mal acento; porque D. ALBERTO tuvo el raro capricho de estudiar las lenguas vivas como si fueran lenguas muertas descuidando indebidamente la pronunciación. Por lo que yo recuerdo de su manera de interpretar al gran Shakspeare (de quien era apasionadísimo) tengo para mí que pocos extranjeros habrán comprendido como D. ALBERTO LISTA las bellezas del gran dramaturgo inglés; y, sin embargo, el conocido verso de Hamlet

*To be or not to be: that is the question,*

era pronunciado por D. ALBERTO

*to bí or not to bí, tat is di cuestión.*

Pero no debo entretenerme en pormenores.

En 1817, pudo volver á España. Fundó un colegio en Pamplona que no tuvo éxito; se opuso á la cátedra de matemáticas de Bilbao que sostenía el consulado y la ganó.

Llegamos á la época de 1820 al 23 y entónces fué cuando se exteriorizó de una manera extraordinaria la actividad portentosa de D. ALBERTO LISTA. Se estableció en Madrid; explicó diariamente en el Colegio de San Mateo geografía, historia, matemáticas y literatura: publicó sus poesías dedicadas á su amigo Albino, pastor protestante en Oxford, lo que prueba la gran tolerancia de D. ALBERTO en cuanto á ideas religiosas; publicó también su tratado de matemáticas, obra notabilísima, no sólo para la época, sino en absoluto: su tratado de trigonometría es todavía uno de los mejores; publicó su colección de hablistas españoles; redactó con Hermosi-

lla y con Miñano el periódico *El Censor*, entónces publicación de gran resonancia, y que influyó bastante en los acontecimientos; y, por último, todavía le sobraron tiempo y ganas para desempeñar la clase de literatura de este Ateneo desde 1822 á 1823. Se vió obligado á emigrar de nuevo á Francia y allí publicó un periódico titulado *La Estafeta de Bayona* que le dió de comer mientras el gobierno permitió su entrada en nuestro país. Hizo también el suplemento á la historia de Mariana y tradujo la historia universal del conde de Segur. Vuelto de nuevo á España en 1833, fué propuesto para el obispado de Astorga, dignidad que dicen no admitió para que pudiera recaer en su amigo D. Félix Torres Amat, traductor de la Biblia; lo que prueba la generosidad de caracter de D. ALBERTO LISTA. De 1833 á 1837 fué director de la *Gaceta de Madrid*. Como os he dicho, en 1838 pasó á Cádiz, y fundó el Colegio de San Felipe Neri; y allí publicó en el periódico moderado *El Tiempo*, la série admirable de artículos que luego coleccionados se reimprimieron con el título de *Ensayos críticos y literarios*. Se trasladó luego á Sevilla, y allí el gobierno le nombró catedrático de matemáticas sublimes, decano de la Facultad de Filosofia y canónigo de la catedral. Todavía siendo setentón tuvo fuerzas para escribir un epítome de la historia antigua.

Por último, debo deciros que perteneció á las Academias Española y de la Historia (\*).

Ya veis, señores, como D. ALBERTO LISTA lo fué to-

---

(\*) Fué elegido académico honorario de la Española en Junta de 6 de Setiembre de 1827, y tomó posesión de su cargo en Junta de 27 del mismo mes: obtuvo plaza de número en Junta de 7 de Noviembre de 1833.—En 2 de Mayo de 1828 fué nombrado académico supernumerario de la de la Historia, y de número en 5 de Marzo de 1847.

do: matemático, humanista, poeta, historiador. Pero en nada sobresalió tanto como en sus cualidades de maestro. Y sobre este punto voy á leeros el juicio crítico del Sr. D. Eugenio de Ochoa, porque no quiero exponerme á decir mal, lo que ya está consignado soberanamente bien. Dice así:

«El don de la enseñanza era ingénito en Lista; como había nacido poeta, había nacido maestro; nunca era más feliz que cuando veía en torno suyo un numeroso auditorio de muchachos pendientes de sus palabras. Cátedras eran para él cualesquiera sitios en que tuviese oyentes; pues su conversación, siempre instructiva y amena, florida y sustanciosa, rica de recuerdos clásicos y de sólida doctrina, era como un curso continuado, ya de alta moral, ya de filosofía, historia ó literatura. Era, en verdad, una escena hermosa y en la que había algo de la sencillez patriarcal, la que presentaba el sabio anciano, seguido en sus largas excursiones campestres de la inteligente y fiel falange de sus discípulos más queridos. Nuevo Sócrates (con cuyo perfil tradicional presentaba por cierto el suyo una viva semejanza), reproducía entre nosotros el majestuoso espectáculo de los pórticos de Atenas. Unas veces, en las claras noches de verano, nos llevaba á las alturas que rodean á Madrid, y nos iba explicando, sorprendiéndonos, por decirlo así, en la bóveda estrellada, las leyes del mecanismo celeste; otras veces, engolfándose en las cuestiones literarias, su tema favorito, desplegaba en ellas toda la frescura de una imaginación de veinte años, y á la par que nos instruía en los preceptos del arte, nos embelesaba con su elocuencia de oro. Frecuentemente, con el candor de la verdadera superioridad, citaba como ejemplo y autoridad sus propios versos.

»Su memoria era prodigiosa; muy rara vez, al analizar en sus lecciones los clásicos antiguos ó los poetas modernos, ó al recordar en la conversación algún pa-

saje de cualquiera de ellos, en especial de los dramáticos, necesitaba consultar el texto.

»Lista es el hombre que ha ejercido mayor y más saludable influjo sobre nuestra época en España, y éste es acaso su título más glorioso. Como matemático, como publicista, como literato, tiene rivales que le disputan la palma: como hombre de prestigio y de influencia sobre sus contemporáneos, no los tiene. Bajo este concepto, sobre todo, creemos que le está reservado un puesto muy alto en la historia de nuestros días. Ella dirá la parte que corresponde á Lista en el mérito de nuestros estadistas y de nuestros escritores de este siglo, todos ó casi todos formados por él y amoldados á sus máximas, á sus opiniones y á su gusto.

»No es dudoso que las opiniones del maestro ejercieron una influencia decisiva en el ánimo dócil de sus jóvenes alumnos, y á nuestro juicio, no tienen otro origen esas ideas de orden que, por lo general, hemos visto predominar en las cabezas de aquellos jóvenes que ya son hombres, y de los cuales hay muchos que han ocupado y ocupan en el día los primeros puestos del Estado. Por eso creemos que cuando se escriba con sana crítica la historia filosófica de nuestra época, se tomará muy en cuenta el influjo que sobre ella ha ejercido don Alberto Lista: un historiador sagaz verá en él, más que un poeta excelente, un director de ideas.»

Este juicio crítico es de oro. Yo no lo había leído hasta hace muy pocos días rebuscando antecedentes para esta conferencia; y yo, que conocí al Sr. D. ALBERTO, os confieso que quedé maravillado de lo justo de estas apreciaciones. Ningún hombre, como profesor y sin haber pasado por las alturas del poder, ha ejercido influencia mayor en nuestro país.

A D. ALBERTO LISTA se debe el renacimiento de nuestro genuino teatro nacional; y éste habría sido punto que yo hubiera elegido para esta conferencia, á no haberlo ya tratado en este mismo Ateneo magistralmente el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. D. ALBERTO LISTA en sus explicaciones en 1822 y en 1836 en las cátedras de este Ateneo, restituyó su prestigio á la antigua dramática española, despreciada y hasta vilipendiada por nuestros literatos de fines del pasado siglo, que se decían nutridos en el llamado buen gusto francés. Sin D. ALBERTO LISTA habría sido imposible el imponente centenario de CALDERÓN: la semilla sembrada en 1836 era ya en 1880 arbol frondosísimo. LISTA había formado la opinión.

Pero no he de extenderme más sobre este punto.

Dadme la enseñanza, decía Napoleon, y os cambio el mundo. Jóvenes de esta ilustrada generación: nunca podreis saber el cambio efectuado en la enseñanza por D. ALBERTO LISTA mientras ignoreis lo que era la enseñanza cuando yo nací. Yo aprendí las primeras letras en la escuela mejor de Cádiz, donde sólo me enseñaron (es verdad que muy bien) á leer, escribir y contar. ¿Y sabeis por qué era esa escuela la mejor? porque en ella se enseñaba el caracter de letra inglesa y además los quebrados comunes y las fracciones decimales. ¡Oh! Yo sabía decimales! y el bueno de mi maestro me exhibía como si yo fuera un prodigio. Las matemáticas y las lenguas vivas, es decir, francés é inglés (entonces las lenguas vivas no pasaban de estas dos), sólo podían aprenderse en las cátedras de estas asignaturas, costeadas por el consulado. Los dominicos y dos ó tres dómicos desdichados enseñaban latín, haciendo aprender de memoria á sus alumnos las listas esquilmanes de los pretéritos y supinos y el *mascula sunt maribus* de Ne-

brija; á lo que llamaban enseñar «*El Arte*.» A aquellos benditos profesores no les era posible concebir que se supiera latín sin haber antes aprendido de memoria esas deplorables listas, ¡cómo si no fuera dable hablar español no habiendo aprendido antes de memoria, por ejemplo, la lista de los participios irregulares de nuestra lengua, arreglados por orden alfabético, ú otro desatino semejante! ¿Geografía? ¿Historia? ¿Física? ¿Química? ¿Historia natural? ¡Oh! eso no había donde aprenderlo.

Este era el estado de la enseñanza en Cádiz, entonces indisputablemente la ciudad más culta de toda la Península, cuando el Sr. D. ALBERTO LISTA fué á ella en 1838, á fundar el colegio de San Felipe Neri, donde inmediatamente estableció su plan de estudios, que comprendía latín, geografía, historia, matemáticas, retórica y poética, física, química, historia natural, psicología, lógica, moral, teodicea, francés, inglés, y todas las asignaturas necesarias para las carreras especiales, particularmente las del comercio. También había clases de escritura de adorno, de dibujo y de canto. Ya entonces estableció D. ALBERTO LISTA el canto, hoy universalizado en toda Europa por razones estéticas é higiénicas. Los alemanes atribuyen al uso obligatorio del canto en los alumnos, la falta relativa de tísicos entre ellos. Había además en San Felipe clases de esgrima, de baile y de gimnasia y D. ALBERTO montó, muy poco después, cuatro, para la época, magníficos gabinetes de geografía, de física, de química y de historia natural.

Esto era en 1838, muchos años antes de que apareciesen los primeros planes de estudios de la enseñanza oficial. Y ya veis, señores del Ateneo, que los planes de estudios de la enseñanza oficial no eran otra cosa que el mismo de D. ALBERTO LISTA, muy mermado, porque jamás en ningún instituto de España se han dado tantas enseñanzas como se daban en el colegio de San Fe-

lipo Neri de Cádiz: aún hoy en ninguna parte se dá el canto, en muy pocos institutos hay clases de dibujo y de gimnasia, y son contados los institutos que poseen gabinetes, no ya á la altura de las ciencias experimentales en la actualidad, sino presentables siquiera, de geografía, de física y química y de historia natural. Y la enseñanza oficial tuvo que ser necesariamente la enseñanza de D. ALBERTO LISTA, porque los primeros que redactaron los planes oficiales fueron discípulos del gran maestro, ó personas influidas por ellos; y he aquí cómo la enseñanza oficial es la misma del Sr. LISTA, perpetuada en nuestro país con todas sus ventajas y todos sus inconvenientes.

Y voy sobre este punto, que se me marcó por el señor Secretario de este Ateneo, á emitir algunas consideraciones.

D. ALBERTO LISTA no tuvo nunca en cuenta sistemáticamente (advertid que digo «*sistemáticamente*»; porque es claro que á aquella clara inteligencia no podía ocultarse en cada caso concreto ninguno de los extremos á que voy á referirme), LISTA no tuvo en cuenta de un modo sistemático que la aparición de las facultades no es simultánea en el niño: ni en el hombre. Excelente alimento es el *roast-beef*, pero dando *roast-beef* á un recién nacido, se le causaría la muerte. Excelente estudio es el de las matemáticas; pero sólo cuando han aparecido en los jóvenes las facultades propias para ellas. Y tan es verdad lo que estoy diciendo, que hay una época en la vida de los niños en que es más fácil enseñarles *experimentalmente* en qué consiste, por ejemplo, la máquina de vapor, que *filosóficamente* la noción de nominativo. Con frecuencia se ven muchachos que saben sumar, restar, multiplicar y partir con seguridad y hasta con expedición, en una edad en que sería materialmen-

te imposible hacerles comprender la razón de estas operaciones aritméticas.

Y no solamente no subordinó LISTA su plan de estudios al orden sucesivo de aparición de las facultades intelectuales, sino que se resistía á creer que no todas las capacidades sirvieran para todo: que hay muchos alumnos prominentes para ciertos estudios, pero absolutamente incapaces para otros,—daltonianos de ideas, mucho más frecuentes que los daltonianos de colores.

Por esto D. ALBERTO quería que todos sus discípulos fuesen matemáticos y literatos. «Haced versos, nos decía; no para que seais poetas,—en lo cual no habría inconveniente,—sino para que escribais bien prosa: que no hay nadie que no pueda escribir bien prosa, en poniendo los medios para ello.» ¡Cómo si los buenos prosistas no fuesen tan raros en el mundo como los buenos versificadores! ¡Cómo no advirtió D. ALBERTO LISTA que los genios han sido casi siempre especialidades? Newton no fué poeta: Shakspeare no fué matemático: los Leonardo da Vinci constituyen una rarísima excepción.

Y es más: dada una especialísima aptitud, suele ser muy considerable la diferencia de fuerza intelectual de niño á niño; de hombre á hombre; que hay inteligencias muy vigorosas é inteligencias muy endebles. Y como LISTA nunca reconoció, *sistemáticamente*, la realidad de las diferencias existentes entre las diversas personas dotadas de una misma aptitud, de aquí que jamás quisiera someter á sus alumnos, *sistemáticamente*, á distintos procedimientos ni á distinta disciplina, según la intensidad de las diversas aptitudes; mal que se ha perpetuado en la enseñanza con toda su gravedad. ¿Qué hace un profesor en una clase numerosa donde se encuentra con dos ó tres sobresalientes; con tres ó cuatro torpes, inenseñables; con unos cuantos que, sometidos

á apropiada disciplina, podrían ser notables; y con la gran turba multa de los medianos? ¿Hace caminar la clase al paso de los sobresalientes? Pues no enseñará nada á los demás. ¿La hace caminar al paso de los torpes? Pues defraudará, á sabiendas, á todos sus alumnos de los tesoros del saber.

Por otra parte: LISTA quería que las lenguas se estudiaran en las obras literarias, sin advertir que la arquitectura de las lenguas no tiene nada que ver con sus respectivas literaturas. Si yo os dijese que no hay español que no sepa español, enunciaría un concepto muy digno del honrado Perogrullo; pero, si yo os dijese que no hay español ninguno que conozca en toda su amplitud la inmensidad de la literatura española, quizá enunciaría una proposición paradójica, que exigiera cumplida demostración.

Dice Fernando de Herrera en su canción por la batalla de Lepanto:

«Y prometer osaron (*los turcos*) con sus manos  
Encender nuestros fines y dar muerte  
A nuestra juventud con hierro fuerte, etc.»

¿*Hierro fuerte!* ¿Es que acaso hay hierro suave? ¿Qué quiere decir eso de *encender con las manos nuestros fines?* ¿Serán muchos los españoles, no versados en literatura, que á la primera audición entiendan que lo que el poeta quiso decir, es que los turcos habían prometido poner fuego á nuestras fronteras y dar muerte á nuestra juventud con hierro inexorable?

«Hipogrifo violento,  
Que corriste parejas con el viento:  
¿Dónde, rayo sin llama,  
Pájaro sin matiz, pez sin escama, etc.»

el conocido principio de *La vida es sueño*. Pero ¿quién es este Hipogrifo? ¿Este rayo sin llama? ¿Este pájaro sin matiz? ¿Este pez sin escama? ¿Serán muchos los espa-

ñoles que entiendan desde luego que se trata de un caballo desbocado que se precipita desde lo alto de un monte?

Pues esto que estoy diciendo no es privativo de la literatura española: es común á todas. *El Paraiso perdido* de Milton, está escrito en inglés y traducido al inglés; es decir, los magníficos versos del poema, por demasiado literarios y por ende incomprensibles para la generalidad de los ingleses, están traducidos al inglés en prosa vil para que todos los comprendan. Un rarísimo ejemplar de este todavía más raro engendro literario existe en la librería de un cariñoso amigo mío, socio de este Ateneo, y que también tuvo la dicha de oír las lecciones de LISTA, como yo.

El plan de LISTA, que en parte vino á ser el plan de estudios oficial, no es bueno más que para las inteligencias superiores, pero entraña defectos capitales en cuanto se trata de aplicarlo á la generalidad de los alumnos.

Ahora bien, ¿son estas deficiencias del plan de estudios, imputables al gran maestro?

Creo que sí.

Como LISTA fué profesor de matemáticas á la edad de trece años, no podía concebir que hubiese muchacho de esa edad incapaz de estudiarlas con provecho: como él era general, se resistía á creer, á no ser en casos muy excepcionales, que no todos los alumnos son propios para todo: como sus fuerzas intelectuales eran las poderosas de los hombres superiores, no quería admitir que hay entendimientos raquíticos; y, como él había nacido poeta y matemático y orador y maestro... quería que todos fuesen como él.

Y he aquí por qué nunca vió que es imposible aprender en un curso geografía é historia; que no es lo mismo enseñar latín que literatura latina; que es ilógico enseñar retórica y poética á quien no sabe aún casi ha-

blar ni expresar sus pensamientos; que es tan inútil enseñar lógica á los niños como enseñar á volar á quien carece de alas; que todo plan de estudios debe ajustarse al orden sucesivo de aparición de nuestras facultades; que hay que someter á los alumnos á distinta disciplina, según los grados de intensidad de sus diversas aptitudes, y que en toda enseñanza bien meditada, debe presentarse el fenómeno antes que la ley, el efecto antes que la causa, la idea antes que el signo; porque en educación es inmensamente más importante el desarrollo de las facultades que la adquisición de los conocimientos, y porque esta es la única manera, no sólo de no esquilmar las inteligencias con artificios rutinarios é irracionales, sino de formar caracteres vigorosos y espíritus independientes que piensen por sí y hagan avanzar las artes, las ciencias y las industrias. (*Aplausos*).

Y vamos ahora á otro punto de muy difícil solución.  
LISTA fué afrancesado.

También lo fueron Meléndez, Moratín, Burgos, Hermosilla, Reinoso y muchos más, todos reputados hoy como gloria de las letras españolas.

¿Debemos condenarlos? ¿Desde luego? Pero, ¿tendremos datos suficientes? ¿Podemos saber hoy qué fué lo que contagié hasta tal extremo á tantas inteligencias de primer orden?

Yo, ciudadano del mundo, deseo que los pueblos todos se den en paz las manos; yo sueño con la utopía (hoy irrealizable) de la paz universal: yo quiero la paz. Pero mientras haya pueblos hercúleos, hambrientos de botín en daño mio y de la independencia nacional, no he de entregar, cobarde y vil, á sus apetitos y ambiciones, casas, campos, ciudades, niños y mujeres; que no quiero ser inferior á las bestias irracionales que defienden á sus hembras y á sus hijos. Y entónces guerra,

guerra furibunda contra el invasor; porque ya el mundo no es mi pátia, lo es mi España, lo es la tierra donde están los hogares de mi raza; y de nuestros montes y de nuestras montañas, haré alcázares inexpugnables de la independencia nacional, y talaré nuestros campos más fecundos para que en ellos no encuentre el invasor techo ni abrigo; y envenenaré las fuentes de los ríos para que no tengan donde beber los caballos extranjeros; y no envainaré la espada hasta ver en los nuevos Atilas lo que deben ser todos los hombres de la civilización: ciudadanos del mundo. (*Aplausos*).

¡Oh! ¿Qué os congeló el corazón, LISTA, Meléndez, Hermosilla Moratin! ¿Qué malditas ideas secaron en vuestros corazones los sentimientos indómitos de nuestra raza?

Yo creo, señores, en mi amor filial hacía hombres de tan reconocido mérito, que nosotros no podemos ni aún siquiera concebir lo que contagió aquellas inteligencias. Para condenarlas basta con el sentimiento patriótico; para disculparlas sería preciso que nosotros pudiésemos pensar como ellos pensaron; y esto nos es hoy imposible, porque las ideas de este siglo no son las ideas del pasado.

Hoy iluminan nuestras inteligencias las teorías de la evolución, de la unidad de las fuerzas físicas, y de la unidad de la materia: hoy nuestros esclavos se llaman vapor, electricidad y magnetismo; hoy nos burlamos y nos reimos todos de los dos tenebrosos déspotas de la antigüedad, el espacio y el tiempo: y sobre la política de los pueblos, las ideas del pasado siglo eran diametralmente opuestas á las ideas de este siglo grandioso, menos grande por haber hecho dibujar á la luz en la fotografía, haber aprisionado el sonido con el fonógrafo, haber menguado el espacio con la locomotora, haber prescindido del tiempo con el telégrafo y el teléfono; haber suprimido el dolor con el cloroformo; menos gran-

de por todas estas maravillas que ya ha realizado y por las que le queden aún que realizar en las regiones ignotas ó inexploradas aún de las ciencias naturales, que por haber consagrado los derechos imprescriptibles de la personalidad humana, y haber declarado que la guerra y la conquista son el escándalo y la infamia de nuestra civilización; porque cada pueblo es, y debe ser, el árbitro de sus destinos, y porque la guerra y la conquista no respetan, antes bien destruyen, lo que hay de más sagrado en la humanidad: el trabajo y el ahorro. (*Aplausos*).

Gobernar es someter—decía Napoleon.—Gobernar es resistir,—dijo luego, á la restauración francesa la escuela moderada.—Gobernar es transigir,—dijeron los ecléticos.—Cúmplase la voluntad nacional,—dijeron los progresistas por boca de Espartero.—Gobernar es respetar los derechos inherentes á la personalidad humana,—dicen las escuelas democráticas.—Gobernar es respetar y garantizar todos los derechos, así los inherentes á la personalidad humana, como los naturales de los seres colectivos,—dice la escuela federal.

Señores, entre caminar en tartana ó devorar el espacio en tren expreso, ¿no es verdad que existe mucha mayor diferencia que entre las ideas políticas del siglo pasado y las del presente, entre el principio napoleónico de que «gobernar es someter» y el principio democrático de que «gobernar es respetar?»

Los que vieron malogrados por los horrores septembristas los principios de la revolución francesa, con la cual todos habían simpatizado, y vieron después someterse aquel caos á la espada victoriosa de un soldado de fortuna, ¿no es verdad que debieron persuadirse de que efectivamente «gobernar es someter?» Y, contemplando que al colosal poder de Napoleon todo se rendía, ¿no pudieron pensar honradamente y de buena fé, que el gobierno de quien sojuzgaba á su albedrío tronos

y leyes, era el que más convenía á esta trabajada nación después de los motines de Aranjuez y de las ignominias de Godoy? Y si creyeron imposible el resistir, ¿no era buena política, la de someterse al invasor desde luego, granjearse así su voluntad, adquirir valimiento y emplearlo después en pró de la patria desvalida?

Señores, yo no prohijo estos raciocinios: los rechazo; pero esto ó algo así debió ser la obsesión de los afrancesados.

Además, la série de triunfos no interrumpida del Imperio, los clarines victoriosos de la fama y las trompas lisonjeras del dios Éxito habían proclamado GENIO á Napoleon. Todavía en 1839 escribía el SR. D. ALBERTO LISTA que Napoleon había sido el hombre más grande de la edad moderna.

¡Genio Napoleon! Los genios en política vislumbran, antes que nadie, el ideal que alborea por oriente y el error vetusto que se pone por ocaso. No es genio resistir, sino demencia, demencia que cuesta muchas lágrimas; y el César francés, lince para herir en el corazón á los ejércitos enemigos, nunca tuvo la vista intelectual que penetra hondamente en lo futuro: sabía lo que cuesta en hombres un combate, pero ignoraba por completo lo que ocurría en la humanidad, y por eso no quiso ponerse á la vanguardia de la evolución moderna ni de las democracias triunfadoras.

¡Genio Napoleon! Las obras de los genios nunca mueren; nunca. Y, ¿qué resta en pié de las ineptias del Imperio? ¿Qué ha quedado? ¿La conquista de España? España despedazó las águilas de Francia. ¿La sumisión al Capitolio? Roma forma hoy parte integrante de la unidad de Italia. ¿El bloqueo continental? Inglaterra es actualmente el pueblo más poderoso del mundo. ¿El cesarismo militar? Francia es hoy república. ¿El ensanche político de Francia hasta las orillas del codiciado Rhin?

Prusia tiene puestos los piés sobre la Alsacia y la Lorena.

Señores; se trata de hechos: ¿Qué resta en pié de los triunfos de Napoleon? ¿Logró Napoleon detener el movimiento evolutivo de nuestro siglo? Lo viejo está minado por corrientes subterráneas, y lo nuevo está tomando por asalto el mundo.

No; no son genios los que pierden lastimosamente el tiempo queriendo levantar, contra lo que tiene irremisiblemente de venir, diques de resistencia con el polvo de lo viejo, sino los que se anticipan á su época abriendo cauces anchurosos á las aguas de la civilización.

Dos millones de jóvenes cayeron en las guerras de Napoleon para imponer la esclavitud en Europa: dos millones de blancos perecieron en la guerra de Lincoln para abolir la esclavitud en América. De los triunfos del capitán francés no queda nada: de los triunfos del leñador americano queda la libertad del negro; y he aquí por qué, si algún día hubiese un nombre de simbolizar la política generosa de este siglo, el siglo XIX no se llamaría el siglo de Napoleon sino el siglo de Lincoln: no el siglo del Cesar sanguinario que profesaba el principio despótico de que gobernar es someter, sino el del humilde ciudadano que decía á todas las naciones de la tierra: «Cantad el cántico nuevo de la civilización. Gobernar es respetar: gobernar es garantizar.» (*Aplausos*).

Señores, resumen. El SR. D. ALBERTO LISTA Y ARAGÓN fué uno de los hombres más importantes de la época pasada, uno de los que más han influido en los destinos de nuestro país, y es hoy y será siempre una gloria nacional. Y las deficiencias que yo he debido indicar reverentemente,—tan reverentemente como un hijo ca-

riñoso puede hablar de las que juzgue faltas en su padre,—fueron hijas, las unas, de la política despótica de su tiempo; las otras, de la universalidad de sus grandes facultades.

¡ Adios , caro maestro ! ¡ Salve, muerto inmortal !  
(*Aplausos*).

HE DICHO.

## APÉNDICE

---

Terminada la conferencia, me encontré agradabilísimamente residenciado, por dos amigos íntimos y de mi mayor cariño y predilección, en los alegres pasillos del Ateneo, tribunal amistoso donde, por lo que ví, se sujetan á juicio contradictorio, lo mismo ahora que en 1861 cuando yo asistía habitualmente á las sesiones de la sabia corporación, las ideas, doctrinas y opiniones sostenidas en la cátedra.

El primero de mis dos amigos, sabio jurisconsulto, ex-ministro que tuvo la dicha envidiable de firmar el decreto de libertad de diez mil negros esclavos, y cuyo amor á la independencía patria llega hasta la intransigencia, me inculpó cariñosamente por no haber hecho constar, en honor de verdad y de justicia, que los afrancesados fueron liberales, enemigos de todo fanatismo, tolerantes y hombres animados, en cuanto era entonces posible, del espíritu nuevo de su tiempo. Contesté á mi amigo, reconociendo, hasta cierto punto, el cargo, y manifestándole que había pensado presentar esas cualidades como circunstancias atenuantes, no sólo en general, sino también en particular, respecto de aquellos hombres que, cual Miñano, nunca quisieron ser *Josefinos*, aunque siempre hicieron alarde de ser *afrancesados* en el sentido de haber querido ver planteadas en Espa-

ña las reformas políticas y administrativas prometidas por los invasores; pero que, al llegar en mi conferencia al lugar adecuado para introducir tales atenuaciones, me había repugnado el aducirlas hasta el extremo de hacérseme imposible presentar el amor á la libertad y á las reformas como ex-culpación del hecho execrable de prohijar la causa de los ejércitos invasores; pues, como observa con gran discreción otro queridísimo amigo mío, pudo buenamente haber en España quien simpatizara con los franceses hasta el famoso 2 de Mayo; pero luego, y, sobre todo, después del triunfo de Bailén, donde Andalucía demostró al mundo atónito que el Imperio no era invulnerable, no quedó á los españoles más recurso que la guerra, y la regeneración política que había de cubrir de gloria inmortal á las Córtes gaditanas.

El segundo de mis dos residenciantes, también juriconsulto, á quien los altos puestos que ha desempeñado y desempeña con gran honra, tienen apartado de las letras, y sobre todo de la dramática en que de joven conquistó lauros gloriosísimos, discípulo de LISTA, como yo, y con quien me unen desde la niñez lazos de cordialísima amistad, jamás interrumpida ni empañada por la más ligera nube, me inculcó á su vez de amenguar exageradamente la importancia de Napoleon, y su influjo en las vías del progreso.

Yo, que siempre he odiado la política de la fuerza; yo, que no he comprendido jamás la conjuración del silencio de cuantos estaban llamados á denunciar virilmente los errores y los crímenes del Imperio; yo, que estoy convencido de que á esa pasiva conjuración se debe el que las falsas glorias de los Napoleonidas no hayan caído aún ruidosamente de su injusto pedestal, me contenté por toda defensa con leer el siguiente juicio crítico de Herbert Spencer, contenido en la *Introducción á la Ciencia Social*, pág. 168 de la traducción

francesa, que el secretario del Ateneo, Sr. D. Augusto Charro-Hidalgo, tuvo la amabilidad de facilitarme en el acto á una indicación mía:

«Del caos sangriento de la revolución francesa salió (dice Herbert Spencer) un soldado, cuyo talento militar unido á su total carencia de reparos ni de escrúpulos, lo hizo General, Cónsul y Autócrata. Su falsía era excepcional: mentía siempre en sus despachos; jamás escribía una página de buena fé, y hasta daba lecciones de mentir á los demás. Demostraba amistad en el momento mismo de estar haciendo traición; atraía á sus adversarios con promesas de clemencia y enseguida los mandaba matar...

»Para aterrorizar á los pueblos cometio actos de barbarie iguales á los cometidos por los sanguinarios emperadores de la antigüedad... y así, en Egipto, para vengar á cincuenta soldados suyos, decapitó á dos mil fellahs y arrojó sus cuerpos en el Nilo: en Jafa hizo matar á sangre fría la guarnición de dos mil quinientos hombres que se le había rendido. Sus mismos oficiales, á quienes no hay motivo para suponer exagerados en sus escrúpulos, miraban con pena tanta inhumanidad y hasta se resistieron á veces á ejecutar sus sanguinarias órdenes.

»Los instintos del salvaje estaban apenas contenidos en este hombre por lo que tenemos costumbre de llamar sentido moral... Un día sacrificó con la mayor sangre fría hasta á sus propios soldados, ordenando sin escrúpulo ninguno un inútil combate de avanzada, sólo para dar á su querida el espectáculo de una refriega... ¡Qué cosa más natural en hombre semejante el que, además de sus innumerables traiciones y falta de buena fé respectó á las naciones extranjeras, hiciese también traición á su país, conculcando las instituciones libres nuevamente conquistadas, para sustituirles su execrable despotismo militar!...

»Si se hace el balance general de los hombres que perdieron la vida por causa de las campañas de Napoleón... se llega hasta á dos millones, utilizando únicamente los cómputos más moderados. ¡Y tanta carnicería, tantos dolores, tanta devastación, sólo porque devoraba á un hombre el deseo irresistible de reinar despóticamente sobre todos los demás!

»Los nombres de los principales actores del Terror (La Terreur) son, entre nosotros los ingleses, nombres execrables; ¡lo cual no quita que llamemos GRANDE á Napoleón, y que los ingleses le rindan reverente culto, yendo á quitarse el sombrero respetuosamente ante su tumba!»



# 16.<sup>a</sup> CONFERENCIA

---

## T E M A

Isidoro Máiquez, Carlos Latorre, Julián Romea.—La escena española desde principios del siglo.—La declamación en la tragedia, en el drama histórico y en la comedia de costumbres.

### ORADOR

DON ANTONIO VICO

---

*Señoras y señores:*

La emoción que experimento es superior á mis débiles fuerzas.

He aceptado esta honra, que jamás creí merecer, guiado por un sentimiento de gratitud, no por vano afán de exhibirme en este augusto recinto, donde tantas sublimes entidades esparcen la clara luz de su inteligencia.

No he debido escusar gloria tan inmerecida: pues si bien reconozco que algunos de mis dignos compañeros, hubieran podido hacer más espléndido relato acerca del artístico, cuanto para mi difícilísimo tema de que he de ocuparme, la mano amiga y protectora que hasta aquí me conduce, me impone el sagrado deber de acatar su fallo.

No extrañen ustedes señoras y señores, por el tono de mi voz, por los acentos que, entrecortados, saldrán de

mi boca, algo de la amargura que he experimentado durante una larga y penosísima convalecencia, leyendo las gloriosas páginas de nuestros más preclaros artistas, sus luchas, sus quebrantos; en aquellos instantes en que yo, pobre pigmeo de tan sublime arte, sentía correr por mi abatido rostro lágrimas de dolor y desconsuelo, al ver bosquejado ante mis ojos un pavoroso mañana, y un presente tristísimo y desconsolador.

No trato de convertir este mágico recinto, en árido palenque de rancias aspiraciones.

Pero viendo ya lejos la edad hermosa y risueña de los juveniles años, el ímpetu ardoroso de las primeras campañas, el entusiasmo que las enardece, y esa inspiración sagrada que arrebató todo nuestro sér, permitidme, señoras y señores, que exhale, por primera y última vez, la sentidísima queja, que á torrentes brota del pecho y sale por mis labios.

¿Cómo ocuparme, aunque sucinta y brevemente, de tres géneos portentosos, de esas eminencias sublimes, genuinas encarnaciones de cuanto abarca el Arte dramático español desde principios del siglo actual, sin traer á la memoria sus luchas, sus sufrimientos, y el abandono en que se vieron y en que, aún hoy mismo, yacen olvidados?

¿Dónde, en qué sitio de esta Córte contemplamos, y contemplan los extranjeros, la estatua que conmemore al sublime regenerador del arte? ¿Al gran trágico que supo encauzar las cenagosas corrientes en que se deleitaba un público corrompido y degradado?

¿En qué templo del Arte vemos en España, un busto que perpetúe las glorias del maravilloso intérprete de nuestro gran teatro romántico?

¿Dónde, por último, vemos hoy *algo* que nos recuerde un sólo destello de aquella mirada, de aquella noble y anchurosa frente, de aquel ilustre maestro del arte de hacer comedias?

Si el gran ISIDORO MÁIQUEZ representa en nuestra patria la tragedia; si el drama romántico halló en CÁRLOS LATORRE su asombroso intérprete, y si el más alto y sublime creador de nuestro teatro moderno, como de nuestras comedias del siglo XVII, fué JULIÁN ROMEA (según la tradición y España entera proclaman), con tengamos, señores, que el abandono en que hoy nos vemos todos los que del arte y para el arte vivimos, está justificado.

¿Cómo pensar en elevar nuestro teatro, reclamando auxilios para el presente y seguridades para el porvenir, si no contemplamos los de hoy, más que recuerdos tristísimos del pasado?

Penetrad en el teatro francés. Vereis en su vestíbulo la colosal estatua que representa á Talma, teniendo á ambos lados guardia de honor, igual que en los Inválidos la tributan, en la cripta que guarda los restos de Napoleon I.

Subid al *foyer* del mismo teatro, y contemplareis embelesados, los bustos de riquísimo mármol y de pórvido, proclamando á Racine, á Corneille, á Molière, y á tantos otros; y enfocada por sorprendente luz eléctrica, la originalísima figura del gran Voltaire.

Desde Isidoro Máiquez hasta Julián Romea, en los cien años que van transcurridos, ¡cuántas glorias literarias, cuántos artistas notables, se han visto y *aún se ven*, llenos de privaciones, faltos de recursos.

El poeta que halla fuera del teatro el medio honroso de atender á sus obligaciones, abandona y aún olvida sus lauros de la escena.

El actor que desee dar á sus hijos una mediana educación, ó dejarles un pedazo de pan, tiene que ir á buscarle luchando con las olas, menos amargas, á veces, que las lágrimas que brotan de sus ojos al separarse de los seres queridos.

Son contadísimos los actores que ganan sueldo me-

dia docena de meses al año. Y los otros restantes, ¿de qué viven?

De día, envolviendo sus galas escénicas, para que sirvan al siguiente de sustento á sus padres ancianos, á sus pobres hijos. Y de noche... de noche, en algún *teatro español*, admirando los portentos artísticos de las compañías extranjeras, que inundan, no sólo los coliseos de esta Córte, sino también los principales de nuestras provincias.

Si es culpa de nosotros, ¡pobre y escaso grupo de actores desvalidos! cuanto pasa y cuanto ocurre en nuestra escena, bien merecido tenemos los duros calificativos con que se nos trata; pero si es culpa de la nación y de sus gobiernos, Dios haga que hallen pronto los medios para sacar de tanta postración y de tanto abandono, el glorioso renombre de nuestro abatido teatro nacional.

### Isidoro Máiquez

Nació ISIDORO MÁIQUEZ, para gloria y orgullo del arte dramático español, en la ciudad de Cartagena, el día 17 de Marzo de 1768.

De imaginación vigorosa, de caracter impetuoso, tardó, no obstante, en vencer cuantas dificultades oponíanse al desarrollo de sus inmensas facultades. Recorrió desde el principio la escabrosísima senda que lenta y desairadamente recorre en los primeros años el actor español. De modesto racionista en la compañía de su padre, actor estimado de aquellos tiempos, consiguió mezquino ascenso en la misma compañía, y luego en otras...

Fué luchando tenáz y pobremente, desoyendo animoso cuantas diatribas y falsos conceptos formaban de él, discurriendo todo aquello que pudiera conquistarle el aplauso y consideración con que soñaba, mirando

resignado la mofa que de él hacían sus mismos compañeros, procurando apartarse de cuanto á su alrededor veía y oía en la escena y, sobreponiéndose, en suma, cual titán valeroso, á las mezquinas pasiones que perturbaban la marcha sucesiva del progreso, ya fuera en civiles y áridas contiendas, ó en las altas y sublimes esferas del arte.

Otro hombre, menos animoso, menos resuelto, hubiera sin duda desmayado en aquella época de abandono, de superstición, de ignominia.

Hallábase en punible decadencia nuestro hermoso teatro español á fines del siglo pasado; prohibidas por el gobierno nuestras mejores producciones del siglo xvii; pervertido el gusto del público con espectáculos estrambóticos; los actores rindiendo fervoroso culto á un falso ídolo; sin reglas ni rumbo fijo la literatura; y el arte de hacer comedias una insoportable rutina, un amaneramiento ridículo, una parodia, en fin, de todo lo divino y humano, representada por comediantes envidiosos, con entonaciones subterráneas y ataviados de fastuosísimos talcos!

No pretendo hacer una minuciosa reseña de aquella época desdichada para nuestro teatro, en sus extravíos y en sus infortunios.

Tampoco quiero molestar vuestra atención con recuerdos, cuyas cenizas aventaron las perfumadas brisas de la moderna civilización.

Sólo buscaré frases de entusiasmo, imágenes sublimes, en mi modestísima inteligencia, para ensalzar con toda la efusión de mi alma, con todo el fuego que circula por mi ardorosa frente, al héroe insigne, al actor inmenso, de cuyas primeras y copiosas lágrimas brotan las corrientes melodiosas, las suaves y cristalinas ondas, en que debieran navegar con rumbo cierto cuantos se dedican al arte dramático español.

ISIDORO MÁIQUEZ ha sido y será siempre el más su-

blime modelo de la juventud estudiosa y entusiasta.

ISIDORO MÁIQUEZ silbado, *arrojado* de la escena española tan ignominiosa como torpemente, no decayó un sólo instante. Fiel observador de su arte; atento siempre al estudio que hacía de los grandes caracteres; guiado por un instinto de observación igual al temple de su alma, soportaba resignado las malas situaciones de su vida ingrata; oía las aceradas puyas que de continuo le dirigían; escuchaba los aplausos que á sus compañeros tributaban, y hubiera, sin duda, desaparecido para el mundo y para el arte, resignado ó loco, á no haber llegado á sus oídos, con fascinadores ecos, las continuas alabanzas de que era objeto en la vecina Francia el gran trágico Francisco Talma.

El impulso supremo, el estímulo ardiente, el afán de aprender, brotaron á un tiempo en aquel cerebro organizado para grandes empresas, y asaltó su mente la idea de contemplar por sí mismo aquel astro glorioso, cuyos lejanos resplandores llegaban, no obstante, á caldear su alma de artista. ¿Qué podía esperar de un público que le rechazaba, que no le comprendía, que prodigaba sus aplausos al inmotivado desplante, á la entonación enfática, pero jamás movido por un arranque ó un grito del alma... nunca al sagrado fuego de la inspiración sublime?

ISIDORO MÁIQUEZ, como todos los grandes genios, halló sin duda el supremo esfuerzo para lograr sus altas aspiraciones. Oyendo al gran maestro, se pondrían de relieve ante sus ojos todos sus desvelos y amarguras, consultaría consigo mismo, estudiando al coloso, aquilataría, en fin, el mérito propio ante el ajeno, y fijaría de modo seguro y cierto su estudio en el porvenir.

¡No vaciló!

Venciendo cuantos obstáculos se opusieron á su marcha, falto de recursos para su viaje, que en aquellos tiempos sería, sin duda, tan costoso y largo, como

penoso y molesto, partió del suelo patrio con la fé de su entusiasmo, por todo amparo, y la esperanza de un porvenir risueño, como único y seguro guía. ¡Gloria eterna á la memoria del hombre insigne que, apartándose del círculo mezquino en que se mira envuelto, eleva su vista y su pensamiento á las regiones donde juzga hallar colmada y satisfecha su ardiente fantasía!

¿Cómo enumerar los sacrificios, los anhelos que combatirían aquel acerado espíritu durante las interminables horas que tardó en presentarse ante la gran figura del insigne actor, que era el asombro de aquella Francia en su época más viril y avasalladora?

¿Cómo hacer os una exacta, al par que elevadísima reseña de la primera entrevista de aquellos séres, de aquellos atletas, de distinto país, de diferente idioma, de posición tan contraria?

¡El uno, sosteniendo con fuerte y segura diestra el cetro de la escena en su país, rico, floreciente y satisfecho!

¡El otro, abatido: tendiendo la aterida mano, en busca de enseñanza provechosa y útil para su patria, pobre, envilecida y degradada!

¡La llama del genio tendió por igual sus relucientes galas, y un cariñoso lazo unió de pronto aquellas almas cual se unen por celestial arcano, en regiones de luz y de armonía, los purísimos colores del iris en la altura!...

El estudio profundo de los grandes caracteres, la consulta de las propias facultades, la copia exacta del personaje que se estudia, su época, sus aptitudes, sus atavíos, y todo esto guiado por un humano y artístico sentido, produce siempre feliz resultado en un actor de genio é inspiración, cuando lo impone como base principal del estudio el maestro que enseña y nos cautiva, y en cuyo modelo hallamos el bello ideal de nuestras aspiraciones.

Por estos ó parecidos medios debió, sin duda, ISIDORO MÁIQUEZ encauzar sus facultades. Estudiando á su maestro, copiándolo exactamente, haciendo sentir á su rostro las mismas contracciones, á su pecho la misma agitación, á sus nervios aquellas violentas sacudidas, á su aspecto, en suma, la misma salvaje ferocidad, en aquel Otelo, del que sabemos (por referencias de actores que vieron en Madrid representar á MÁIQUEZ la citada tragedia) que después que hería de muerte á la inocente Edelmira, su atezado semblante *vetase palidecer!*... sus ojos iban adquiriendo lentas, pero descomunales proporciones; el brillo de sus pupilas arrojaba vivísima y roja luz; la contracción de su cara se iba acentuando por momentos; el temblor de sus músculos reconcentrÁbase torpe y cobardemente; una profundÍsima, pero lenta congoja, brotaba poco á poco del fondo de su pecho; sollozo á sollozo iba aumentando aquel copioso llanto; desbordÁbase luego, cual torrente impetuoso, en alaridos de dolor y de amarguísimo desconsuelo, y al asaltar de nuevo su mente la justificación de aquella venganza, serenÁbase y mitigaba su dolor, recobrÁbase poco á poco y exclamaba, ya sereno, pero con frase terrible, y feroz acento,

..... ¡Está bien hecho  
lo que acabo de hacer con esta ingrata!  
.....

Para poder llegar á realizar este prodigio artÍstico: para contener á todo un público, que permanece embelesado los seis ú ocho minutos (que juzgo debe durar el sostenimiento de situación tan soberanamente desempeñada por un actor), se necesita ser un genio sobrehumano, un gigante, en fin, un ¡ISIDORO MÁIQUEZ!

Ya conocen ustedes la biografía que en distintas épocas se ha publicado de tan insigne actor. ¿Qué podría yo añadir á las justÍsimas alabanzas de que ha sido objeto, seguramente en descargo del pundonor nacional?

Que al volver á su patria, después de larga, mas provechosa ausencia, halló al público tan viciado y corrompido, que se constituyó en regenerador absoluto de su divino arte, creando el buen gusto en aquella época con los tesoros inagotables de su peregrino ingenio; fijando la atención del público, y dando por resultado el delirio, el entusiasmo de Madrid entero, que acudía una y otra noche á oír con arrobamiento las portentosas creaciones de Racine, de Corneille, de Sakspeare, de Alfieri y de Quintana, al extremo de excitar la envidia ó el miedo de un gobierno suspicaz y asustadizo. La calumnia cebóse en aquella popularidad que hizo de MÁIQUEZ su ídolo predilecto. Las ovaciones de que era objeto molestaron seguramente á ridículas entidades que no podían soportar *que un cómico* fuese objeto de tan marcadas demostraciones, y fué desterrado á Granada, só pretesto de que alteraba á las masas, con los detalles sublimes de su fogosa inspiración!...

No tardó mucho tiempo en sentirse los efectos de destierro tan injusto como inmotivado, pues la opinión, siempre severo juez, pedía á gritos la vuelta á Madrid de su actor predilecto.

El terror y las cadenas no pudieron sujetar los fogosos impulsos del pueblo entusiasmado; que si se ven sujetos por largo tiempo, llega el día en que un sol purísimo deshace los más duros y consistentes hierros.

De tal suerte impresionó el destierro de MÁIQUEZ, que el teatro estuvo cerrado por muchos meses, y cuantas tentativas se hicieron para atraerse al público fueron inútiles. Los cómicos elevaron respetuosísimas solicitudes para que Fernando VII levantase la orden del destierro, pues se hallaban faltos de sustento; y lo que tardó algún tiempo en concederse, obtuvo al fin resultado feliz en el ánimo de aquel mal aconsejado monarca.

*Otelo, Oscar, Cain, Hijos de Edipo, Fenelón, Varo Humillado, García del Castañar, Rico-hombre de Alcalá* y otras infinitas producciones, formaban el inmenso repertorio de aquel gigante de nuestra escena, cuya muerte, en el año de 1823, en Granada, causó amarguísimo desconsuelo, no sólo á los amantes de nuestras artes escénicas, sino á España entera, que dejó morir en la más espantosa de las miserias á una de sus más insignes y verdaderas glorias.

### Cárlos Latorre

Legítimo heredero y continuador de todas ellas, otro sublime actor, gran conocedor del arte, y educado en la misma escuela que su antecesor, fué CÁRLOS LATORRE, nacido en Toro, el día 2 de Noviembre de 1799. Su familia, de abolengo principalísimo, tuvo que emigrar á Francia, donde perfeccionó su educación, iniciándose desde su principio en los secretos del arte y de la oratoria, concurriendo á los teatros, á las cámaras y á los tribunales, hasta el extremo de llegar á ser el francés su idioma favorito.

Vuelto con su familia á España en 1823, decidióse por el teatro, y sus triunfos llegaron bien pronto á extenderse por todas partes, arrebatando en cuantas obras se presentaba en la escena.

*Otelo, Oscar, Pelayo, El Cid*, fueron sus primeros triunfos, y de todas las empresas de provincias era solicitado, siendo Granada la primera que, en 1825, tuvo la honra de aplaudirle con verdadero delirio.

En esta Córte trabajó en unión de la gran actriz Concepción Rodríguez, y las no menos célebres Antera y Joaquina Baus, estrenando con esta última, heredera de los papeles del teatro antiguo, de la Rita Luna, las tragedias escritas expresamente para los dos, tituladas *Dido, Ifigenia* y *Doña Inés de Castro*.

Pero cuando LATORRE llegó al colmo de la creación dramática, fué en el estreno de la célebre tragedia de Martínez de la Rosa, titulada *Edipo*.

Con esta tragedia obtuvo LATORRE triunfos brillantísimos, realizando con su representación verdaderos prodigios de arte.

Actor maravilloso, de facultades tan poderosas, de ilustración é inteligencia tan supremas, supo realizar la evolución artística y literaria, destruyendo los moldes antiguos del arte clásico, aclimatando el romanticismo con las soberanas creaciones de Martínez de la Rosa, duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Zorrilla y tantos otros.

Fundado el Conservatorio de Música y Declamación por S. M. la Reina D.<sup>a</sup> María Cristina, fué CÁRLOS LATORRE, en unión de otros insignes artistas de su tiempo, uno de los que más brillo y esplendor dieron al arte, y provechosos resultados al Teatro español.

De allí surgió, como radiante estrella, el genio poderoso de la escena moderna, el gran Julián Romea.

Entre las varias anécdotas que se cuentan de LATORRE, respecto á sus prodigiosas facultades, recordamos una, que dá la idea del efecto que produciría en escena este renombrado actor.

Terminada la representación una noche en el teatro Principal de Granada, LATORRE vestíase para retirarse á su casa, después de haber recibido en su cuarto la visita de muchos de sus admiradores.

Gran ginete, diestro en las armas, de arrogante y varonil figura, se preocupaba bien poco de las indicaciones que sus amigos le hacían para que se retirase de noche acompañado por alguna persona de su confianza. Habitaba D. CÁRLOS LATORRE en la calle de San Matías, de la citada ciudad, que como es sabido, conservaba, y conserva aún, en determinados sitios, el aspecto de las ciudades moriscas, con sus callejones estrechos y tor-

tuosos y la falta total de alumbrado. Era una noche oscura y fría del año de 1825. Envuelto en una larga y anchurosa capa, caminaba lenta y sosegadamente nuestro insigne actor hacia su casa, en medio del silencio y de la oscuridad más profundas, cuando al atravesar una de las callejuelas, se precipita sobre él un hombre, diciéndole: *¡Alto, suelta la capa!* Sin tiempo para desembozarse, D. CÁRLOS aprisionó contra la pared al incauto pretendiente, y aproximando la boca al oído de su *improvisada víctima*, exclamó con voz potente y bronca: *¡Primero la vida!* ¡Tal efecto produjo en el pillete aquella explosión, penetrante y profunda, que cayó al suelo atolondrado y sin sentido!

D. CÁRLOS siguió impávido hasta llegar á su casa, donde refirió el lance, encargando á su criado examinarse escrupulosamente la capa, objeto de aquella escena tan nueva para él en todo su trágico y vastísimo repertorio.

Enaltecían las naturales y supremas dotes de este gran actor, una ilustración vastísima, una cultura y flexibilidad asombrosas y una distinción extremada. Afable y respetuoso con sus compañeros, cariñoso protector de la juventud estudiosa, explicaba con frase natural y sencilla las más trágicas situaciones, fraternizando con sus discípulos. El género romántico halló en él su más vigoroso intérprete y su más decidido protector. En las comedias de costumbres hizo gala de sus finos modales y fácil dicción, descollando en algunas de verdadera índole cómica. Fué, en suma, un esclarecido maestro, digno por todos conceptos del renombre glorioso que pregonaba su fama.

El 11 de Octubre de 1851 falleció en esta Córte, dejando á sus numerosos admiradores en profundísima consternación, y al Teatro Español, sin una de sus más deslumbradoras galas.

Deseo hacer constar, que me he valido para hacer esta breve reseña-biografía de D. CARLOS LATORRE, de las ilustradas revistas que publica en la actualidad el erudito escritor, Sr. D. Antonio Guerra y Alarcón.

### Julían Romea

¡D. JULIÁN ROMEA! Al sólo nombre de este incomparable actor, permitidme, señoras y señores, un momento de reposo, antes de que mis torpes labios empañen (siquiera sea inconscientemente) el purísimo crisol en que se funden dentro del alma la ilusión y el deleite más profundos. Persigo un ideal, siempre que oigo resonar en mis oídos sus justas alabanzas, cada vez que escucho á sus infinitos admiradores proclamar sus excelencias de artista incomparable.

Cada año que avanzo por el impenetrable y fatigoso sendero de la duda, cada papel que estudio, cuantas veces recorro con mis ojos su breve pero incomparable *Manual de declamacion*, sus *Héroes en el teatro*, sus *sentidas poésias*, todo cuanto tan inclito, como para mí desconocido actor, ha dejado escrito y grabado en la mente de los que tuvieron la dicha de admirarle, son otras tantas causas para que el desaliento y la pena anonaden y confundan mí pobre inteligencia. ¡Yo no ví jamás á ROMEA! ¡Jamás le contemplé sobre la escena! ¡Juzgad, ahora, el por qué,—teniendo que proclamar mis labios sus más exclarecidas dotes,—tiembla mi voz, como tembló mí mano y se humedecieron mis ojos, al pensar y al escribir estas ardorosas y sentidísimas líneas!

Cuantos datos biográficos voy á mencionar aquí de tan preclaro artista, son debidos á la cariñosa voluntad de un individuo de su familia; pero conste que me agito en una atmósfera, cuyo ambiente soberano caldea mi frente, eleva mi pensamiento, arroba mi corazón y

conmueve mi alma; y aunque indigno propagador de su divina escuela, deposito y depositaré siempre en su ruinoso templo, el modestísimo fruto de mi ciego entusiasmo.

D. JULIÁN ROMEA Y YANGUAS, nació en la ciudad de Murcia, el 16 de Febrero de 1813. Su padre, administrador de la casa del señor marqués de Espinardo, fué más tarde administrador de Rentas de Alcalá de Henares, donde permaneció hasta 1824, volviendo luego á Murcia, donde poseía algunos bienes de fortuna. En Alcalá fué donde este gran actor estudió la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> enseñanza, con notable aprovechamiento, disponiéndose á seguir la carrera del foro, lo que impidieron las vicisitudes políticas en que se vió envuelto su padre, que de ningún modo quería fuese actor su hijo, y por lo que mostraba JULIÁN marcadísima predilección. La situación de su familia se hacía cada vez más aflictiva, á causa de la impurificación que venia padeciendo su padre, desde que le quitaron la administración de Alcalá.

En esta Córte, y en el año de 1826, empezó ROMEA á darse á conocer como aficionado, en el teatro de las Urosas y en el de Santa Isabel, que ya no existen.

Fué alumno del Colegio de Música y Declamación que fundó S. M. la reina doña María Cristina, y regentaban los insignes actores Caprara, Latorre y otros no menos esclarecidos.

Durante la enfermedad que llevó al sepulcro á Fernando VII, en el teatrillo que se construyó en Palacio, conquistó ROMEA señaladísimas muestras de aprobación de toda la Córte, consiguiendo, por último, en el año de 1833, el ser ajustado, con el sueldo de 24 reales diarios y como galán joven, en el teatro del Príncipe, donde trabajaban juntos Latorre, Guzmán, Fabiani, Campos, y las sublimes actrices Concepción Rodríguez, Llorente y otras célebres y afamadas artistas.

El año 37 casó con doña Matilde Díez, de glorioso recuerdo, y en unión de esta y su compañía, marcharon á Granada, y luego á Málaga, recogiendo en ambas ciudades innumerables ovaciones, igual que en esta Corte, durante las temporadas de invierno, hasta la de 1868 en que arrebató la muerte tan valiosa existencia.

Durante su estancia en Granada en 1837, erigió JULIÁN ROMEA, á sus espensas, un artístico y modesto mausoleo de mármol negro, á la memoria de Isidoro Máiquez, de quien era gran admirador y entusiasta. Las inscripciones dicen así:

¡GLORIA AL GENIO!

A LA MEMORIA DE ISIDORO MÁIQUEZ.

DEDICADO POR JULIÁN ROMEA,

MATILDE DIEZ,

FLORENCIO ROMEA

ÓTELO, OSCAR, CAIN, HIJOS DE EDIPO,

FENELÓN, VANO HUMILLADO,

GARCÍA DEL CASTAÑAR,

RICO-HOME DE ALCALÁ.

Este precioso monumento se colocó enfrente del teatro Principal de aquella ciudad, pero hace ya bastantes años fué trasladado al cementerio donde descansan los restos de aquel insigne actor. La primera ovación que obtuvo ROMEA en el teatro del Príncipe, á poco de su ingreso en él, fué en la representación del drama en un acto, *El testamento*. Noche de luto para su amantísima madre, señora que pertenecía á la primera nobleza de Aragón, marquesado de Villafranca del Ebro, título que heredaba JULIÁN por línea recta, á no haberle arrebatado la muerte. Fué director de cámara del teatro de su majestad la reina doña Isabel II, y del Conservatorio de Música y Declamación existente.

Ocupó primerísimo lugar en la gran compañía que se formó para el *Teatro Español*, donde figuraban Latorre, Valero, Maté, Guzmán, Calvo, Florencio Romea,

Fabiani, Mariano Fernández y otros, y las célebres actrices señoras doña Matilde Díez, Bárbara y Teodora Lamadrid, La Palma, Llorente y otras, y que dirigía con maravilloso acierto el eminente autor dramático, al par que sublime actor, D. Ventura de la Vega, nombrado de real orden Comisario regio del Teatro Español.

El más brillante florón de la corona artística de JULIÁN ROMEA, en sus primeros años de actor, fué sin duda el obtenido en el drama arreglado á nuestra escena por el ilustre Bretón de los Herreros, titulado *Los hijos de Eduardo*, y en el papel de *Glocester*, que fué rechazado por Cárlos Latorre, pretestando lo odioso del carácter. En esta ocasión, era director de escena y empresario del teatro del Príncipe, el venerable y más afamado maestro de cuantos actores y actrices figuraban en su época, y esposo de la gran actriz Concepción Rodríguez, dotado de cuantas cualidades, condiciones y aptitudes son necesarias para dirigir un teatro, con la ilustración y el aplomo que exige nuestro difícil arte. Este hombre extraordinario, á cuya memoria rindo un modesto cuanto entusiasta homenaje, se llamaba D. Juan Grimaldy.

Devuelto el papel de *Glocester*, le fué entregado á JULIÁN ROMEA, y desde aquella asombrosa creación quedó asegurado el crédito de nuestro gran artista.

En el teatro antiguo hizo ROMEA ostentosa gala de sus privilegiadas dotes, resucitando los primores de nuestro teatro clásico, lo mismo que en las comedias de Moratín y de tantos otros.

Empezó á agravarse en 1864 una afección al estómago que le impedía agitarse y hacía temer constantemente por su preciosa vida. Algó restablecido, salió una noche en el teatro de Variedades á hacer *El Hombre de mundo*, siendo recibido por el público de una manera inusitada, y de la que guardarán memoria cuantos tuvieron la dicha inmensa de contemplarla.

La última función en que trabajó en Madrid, fué *Los Soldados de plomo*, del malogrado Eguilaz. En el último mes de su vida, y encontrándose más animoso, accedió á los vivos deseos del empresario Sr. Olona, para que fuese á Barcelona á dar un corto número de funciones, cuyo resultado le fué fatal, pues á las primeras noches, y haciendo *El Hombre de mundo*, tuvo un ataque de ahogo de tal importancia, que hubo que trasladarle del teatro al ferrocarril, de donde salió para esta, llegando á su casa en tan lamentable situación, que quedó imposibilitado de moverse de una butaca. Juzgando su médico, el afamado doctor D. Pedro Espina, que en el inmediato pueblo de Loeches encontraría algún alivio su desgraciado amigo, partió con él el día 10 de Agosto de 1868, el mismo en que falleció en sus brazos á las seis de la tarde.

Embalsamado su cadaver, fué este conducido á Madrid, y acompañando sus restos el distinguido actor D. Francisco Oltra, á quien estimaba mucho el ilustre finado, fué depositado el cadaver en la Capilla de la Novena, propiedad de los actores en la Iglesia de San Sebastián, á las nueve de la mañana.

Aquella misma tarde se verificó el entierro, al que acudió Madrid entero rindiendo un respetuoso tributo á sus universales merecimientos. Se le dió sepultura en la Sacramental de la citada parroquia de San Sebastián, y en el patio llamado de San Pablo, nicho número 105. Se pronunciaron sentidísimos discursos haciendo la apoteosis del finado, y dijo, entre otros, el excelentísimo Sr. D. Patricio de la Escosura... «*Hé ahí una gloria de nuestra patria, por quien no se vertió una gota de sangre en nuestras discordias civiles!...*»

El numeroso séquito se componía de todo lo más ilustre y grande de nuestra sociedad, y la Casa Real se hizo representar por uno de sus gentiles hombres.

El saloncillo del Teatro del Príncipe se vió siempre

favorecido de todo lo más ilustre de su época, así en artes y literatura como de los que figuraban en la milicia, en la política y en la banca. Todos tributaban á ROMEA las más respetuosas atenciones. Cumplido caballero, de inteligencia y erudición vastísimas, dirigía la opinión con sus acertados y cultos razonamientos.

¿Para qué enumerar los triunfos conquistados, las obras en que sobresalió este portento de la escena, si en todos vive y vivirá siempre su memoria?

Falta tan sólo á mi propósito el deber sagrado que me he impuesto.

En el instante de verificarse el sepelio, Rubí, Santos Alvarez, Asquerino, Manuel del Palacio y otros, abrieron una suscripción para erigir un mausoleo á JULIÁN ROMEA. Recaudaron diez mil y pico de reales.

Las vicisitudes por que siempre atraviesa nuestro país, han hecho que, hasta el presente, no se haya realizado tan bellissimo y digno pensamiento.

Una nueva comisión de literatos y artistas, á la cual tengo la honra de pertenecer, ha conseguido (aunque carece de fondos) levantar con los esfuerzos de unos y otros, el mausoleo anhelado. Pero faltan algunos detalles en las obras de escultura que son necesarios, traslación de los restos y otras primísimas necesidades.

¡Suplico á este ilustre Ateneo se digne contribuir por su parte á tan elevada y culta manifestación nacional, fijando para tan señalado como glorioso día, un certamen literario que perpetue eternamente tan solemne y brillante acontecimiento!

### La escena española desde principios del siglo actual.

En vano sería que fuese enumerando una por una la interminable série de vicisitudes y trastornos por que ha atravesado nuestro teatro, las diferentes causas que los han motivado, y los continuos cambios que han

influido en el gusto del público, para traerle al estado en que hoy se encuentra.

Por otra parte, la índole especial de esta conferencia, el límite prudente en que he de fijar su duración, me obligan, bien á mi pesar, á tratar en compendio y aún brevemente, asunto tan arduo, cuanto para mí difícil y escabroso.

He trazado á grandes rasgos las sublimes figuras de los primeros artistas (fijados para esta conferencia) y voy á hacerlos una sucinta reseña del estado actual de nuestra escena, dejando á otros más ilustrados oradores el examen prolijo de las causas que motivan nuestra decadencia literaria y artística.

Me sería violento y por extremo difícil convertirme aquí en severísimo censor y crítico pertinaz de hechos y de épocas, que no sólo serían estériles en mis labios, sino también infructuosas para el porvenir.

Nuestro teatro español ha ido envuelto en esa agitación política que domina y absorbe todas las demás ideas, y su desenvolvimiento desde principios del siglo actual sufre por necesidad los efectos lastimosos de nuestras discordias civiles.

La lucha ha sido desigual, y lo es hoy, porque no se ha contado, ni contamos en el día, con los elementos necesarios.

Sería inútil culpar á ninguna de las entidades que le han constituido. ¡El arte respira el ambiente que le rodea, y aquí, en vez de brisas bienhechoras, hemos sido siempre arrastrados por impetuosos huracanes!

Nos ha reanimado de vez en cuando un foco de viva luz; más, deslumbrados ante tan inesperada dicha, ni hemos conseguido, ni hemos sabido sustentarle. Períodos más ó menos largos han mantenido con deslumbrador empuje, en lo que vá de siglo, nuestras hermosas tradiciones, y hemos contemplado la escena rebosando de gloria y de esplendor.

Dejando aparte la tragedia, que nunca figuró en España como género predilecto, pues nos fué importada de Italia y de Francia por artistas cuyos gustos y aptitudes se desarrollaron oyendo al gran Módena y al sublime Talma, el instinto del público se ha formado á medida que autores y actores han ido apareciendo, cual esas intensas llamaradas, que al extinguirse ó agotarse, dejan de nuevo en oscuridad profunda la senda que contemplamos fértil y provechosa.

Ved, si nó, en el primer cuarto de nuestro siglo al ínclito Isidoro Máiquez, y á la incomparable Rita Luna, difundiendo la luz de su inteligencia entre las apiñadas masas que iban á contemplarles, y destruyendo con vigoroso acento los falsos moldes en que se deleitaba la multitud.

Mirad al gran Cárlos Latorre y á la inspiradísima Concepción Rodríguez, proclamando una nueva era para el arte, con el drama romántico é histórico, realizando asombros de verdad, y el deleite más profundo.

Contemplemos, en ese mismo género, á mi siempre respetado maestro, el eminente y notabilísimo actor D. José Valero, reanimar con su potente esfuerzo las glorias de sus antecesores, en *Edipo*, *Macías*, *Aman-tes de Teruel*, y tantas otras sublimes creaciones, en unión de la misma Concepción Rodríguez, Joaquina Baus, Bárbara y Teodora Lamadrid y Pepita Valero.

Recordemos los años en que al amparo del conde de San Luis fundóse el teatro Español, reuniendo en su seno, para gloria del arte nacional, cuanto de grande y sublime tenía España de poetas y actores distinguidos.

¿Habría sido posible sostener ese templo del arte, durante los años que han transcurrido?

¿Podríamos precisar ahora las causas que motivaron su destrucción?

.....

No seré yo, ciertamente, quien dé muestras de irrespetuoso en tan complicado y difícil asunto.

Esos conjuntos tan deseados, han tenido, como es natural, gran aceptación de la opinión y de la crítica. ¿Pero qué resultados han producido? ¿Qué recompensa les ha coronado? ¿Ni cómo les pudiéramos imitar, aún agrupándonos en artístico y apretado nudo, si no podemos sostener nuestro propio desaliento, y sólo la fé y el amor al arte reanima de vez en cuando nuestro abatido espíritu?

Escuchad, en breves palabras, los resultados prácticos obtenidos en estos últimos tiempos, por compañías españolas de numeroso y escogido conjunto, y de compañías más ó menos de primer orden.

¿Qué sucedió al gran Julián Romea, durante los treinta años, que con incomparable esfuerzo, sostuvo el cetro del arte en nuestra patria? Vedle, años y años, siendo el asombro de cuantos le contemplaban, pero arrastrando una existencia penosa y triste, y luchando con la apatía y el abandono de sus mismos admiradores.

Recordemos á Joaquín Arjona, originalísimo y eminente actor, consagrado toda su vida al estudio del arte más exquisito; pero alejándose de su patria en busca de una vejez sosegada, y por lo que adquirió la aguda enfermedad que le llevó al sepulcro.

Mirad á ese venerable y sublime anciano, D. José Valero, obligado *aún hoy mismo* á firmar contratos artísticos, ¡no debiendo sostener ya, más que el peso abrumador de su inmensa gloria!

Ved al distinguido actor D. Manuel Catalina, que sostuvo con verdadero amor y entusiasmo el pabellón honroso de nuestro teatro Español, durante los últimos veinte años, teniendo á su lado siempre las actrices y los actores más estimados del público, y viendo hoy, no sólo estériles sus afanes, sino además, ya extinguida su fortuna y su juventud.

¿Nos sería posible ir enumerando? (¿ni cómo comprobarlas?) las causas que motivan estos tristísimos, sí, pero prácticos resultados?... Ni las varias tentativas de estos eminentes actores, ni los continuos esfuerzos de la prensa en demanda de auxilios para nuestra regeneración artística, ni los portentos de ingenio que han llevado á la escena esa gloriosa pléyade de poetas ilustres, han sacado de la apatía y del abandono más inaudito é increíble á aquellos que debieran velar por un arte que, en naciones más ó menos fuertes ó poderosas, es ya mirado como elemento principalísimo de cultura y de vigor.

¿Puede permanecer así nuestro teatro? Yo creo que nó; y aún juzgo llegado el instante (doloroso me es decirlo) *de anularle por completo*, ó entregarle (*mudos por el dolor*), á ese turbión de compañías extranjeras, de obras traspirenaicas, de operetas y vaudevilles, y cientos de revistas taurinas y flamencas, resignándonos los pocos que aún rendimos un fervoroso culto al verdadero arte, á deplorar tristes y abatidos, en el rincón de nuestro hogar, tan lamentable *como insostenible situación*.

Hoy existen en Madrid tan diversas aficiones, tan contrarios pareceres, que nos sería difícil asegurar por qué clase de espectáculo optaría el pueblo de Madrid en lo que á teatros de primer orden se refiere. Podemos, no obstante, suponer (en vista de lo ocurrido en estos últimos años), que la gran mayoría del público propende tan sólo á esparcir el ánimo agradablemente, y prefiere esos espectáculos en que se disfruta de grato solaz, sin detrimento del sistema nervioso, ni emociones más ó menos fuertes. A esta marcadísima predilección, al extraordinario número de coliseos abiertos, de todos géneros y de todas clases, á los centros de reunión, y sobre todo, á ese monstruo que consume é sólo tres ó cuatro veces más que todos los espectáculos res-

tantes, llamado teatro Real, debemos hacer ya muchos años que el arte dramático español sea mirado con lástima y con menosprecio. Y no es, ciertamente, que prospere el género, al decir de los más acérrimos *dilettanti*, ni se enriquezcan las empresas, no. Es que toda la protección, toda la atención, todas las miradas, y la principal de las aficiones y de la moda, es el teatro Real y el arte lírico.

Es una obligación, *una necesidad* para los más, y aún supongo que verdadera afición, *en los menos*.

Son nueve ó diez millones que anualmente se llevan á sus nidos esos privilegiados ruiñeños, dejándonos con la boca abierta á cuantos debiéramos poner el grito en el mismo cielo.

Esto hace seguramente que los autores dramáticos no escriban ó den sus obras, que muchas empresas vayan desapareciendo ó arruinándose, y las que quedan se limiten á reducir sus presupuestos, único medio de poder defenderse.

El público tiene siempre derecho á exigir compañías de primer orden. Los autores tienen aún más derecho que el público á exigirlo así de las empresas; ¿pero es esto posible en un estado como el que atravesamos en la actualidad?

Lo que hoy ocurre es consecuencia precisa de la fiebre que nos devora, nos enardece y exalta, lo mismo á los que vivimos del arte, que á los que viven de rentas, de cargos públicos, de negocios ó de destinos. La sociedad moderna lo lleva en sí. La sociedad moderna no sácia nunca su sed abrasadora. Altísimas personalidades dan ejemplo tan desnaturalizado, y el arte es espejo clarísimo en que se han reflejado siempre los gustos y defectos de la sociedad.

Las artes contribuyen eternamente al engrandecimiento de los pueblos en todos los países, y en todas las épocas; y en esta de decaimiento, en que nos halla-

mos, ¿qué extraño es que el arte dramático español sea mirado con indiferencia? ¿Somos por ventura, los únicos que arrastramos una existencia penosa y triste? ¡En España, por desgracia, es infinito el número de los desheredados!

Lo extraño, lo verdaderamente anómalo, es que suceda hoy lo mismo en esa Francia tan decantada en materia de arte dramático, en esa Francia que subvenciona con 200.000 francos su teatro Nacional, paraíso encantado de tanto y Adán y Eva como lo visita y ensalza. Pues el teatro francés de hoy, no es el teatro francés de ayer. Atraviesa en la actualidad una crisis injustificada. Sus autores van disminuyendo visiblemente. De sus gloriosas tradiciones artísticas sólo quedan contadísimas personalidades, y de éstas, la que pudiera aún tornear de viva luz sus clásicos contornos, gira á su antojo por esos mundos como fugaz estrella.

¡Si es el teatro Italiano, aún se halla reducido á más mezquina situación. De su inmenso repertorio, de sus clásicos autores, ¿qué les queda? Ya retirados de la escena, aquel prodigio del arte, Adelayda Ristori, el inmenso Salvini, el incomparable Rossi, discípulos del inmortal Módena, ¿tienen hoy parecida, ni aún posible sustitución?... ¿Rinden igual, ni aún parecido culto á su teatro Nacional sus poetas de hoy, á los sublimes vates de ayer?

Pues esos dos teatros (sobre todo el francés) reciben pingües subvenciones de sus gobiernos. Allí el que se conquista un puesto distinguido en literatura y arte dramático, encuentra una posición desahogada, y un puesto de honor en la sociedad y aún en el mundo.

El decaimiento del arte en pueblos que de tal modo ensalzan y aseguran el presente y el porvenir de sus artistas y poetas predilectos está injustificado.

El decaimiento de nuestro pobre teatro español debiera hallar más noble y nacional disculpa.

Pero este mismo decaimiento, esta inacción, esta falta de entusiasmo, ¿son por acaso nuevos en nuestra patria, y resultado penoso y triste de la época presente? ¡No, señores!

¿Es hoy tan sólo cuando la opinión, la crítica y los autores se quejan amargamente de que el teatro está perdido? ¿Es hoy tan sólo cuando el gusto del público se mira extraviado?... ¿Es hoy tan sólo cuando deja de asistir á las representaciones de nuestros más afamados poetas? ¿Es hoy, por último, cuando los actores españoles, representamos una obra dramática, ó cómica, con 200 reales por todo ingreso en el despacho?

¡Corramos un espesísimo velo, por respetos bien dignos y elocuentes!

Añadiré tan sólo, y en descargo del pundonor artístico, que aún rendimos fervoroso culto, conmemorando sus aniversarios, á Calderón, á Lope, á Moreto, á Rojas, con su *Vida es sueño*, su *Castigo sin venganza*, su *Verdad sospechosa*, su *García del Castañar*.

Aún hallan acentos de dolor, gritos del alma, las sublimes creaciones del duque de Rivas, de García Gutiérrez, de Hartzenbusch y Zorrilla, en su *D. Alvaro*, su *Trovador*, sus *Amantes*, y su *Tenorio*!

Todavía se hacen las hermosas comedias de Moratín y de Bretón de los Herreros, sosteniendo honrosamente su digna tradición!

Aún se han estrenado en nuestra época, y hacemos con verdadero amor y entusiasmo las obras de Ventura de la Vega, de García Gutiérrez, de Tamayo, de Ayala, de Nuñez de Arce, de Hurtado, de Rubí, y de tantos insignes poetas.

Aún encuentra la juventud literaria, modestos actores que patrocinen sus obras, ensayándolas con fraternal interés y cariño.

Pasan de 500 las estrenadas en estos últimos 15 años, de todas clases y de todos géneros, por mis dig-

nos compañeros D. Rafael Calvo, y D. Emilio Mário, y el que tiene la honra de dirigiros la palabra. Los tres, constantemente, y cada cual en su esfera y en su género, nos hallamos sosteniendo (aunque inmerecidamente en lo que á mí se refiere) la fatigosa y pesadísima tarea de los estrenos, y luchando siempre con recuerdos que nos hacen estremecer.

Sólo nos pertenece (si de algo nos pudiéramos vanagloriar), la dicha de haber contribuido con nuestro estudio y nuestro trabajo, á poner de relieve ante el público, la colosal figura de nuestro constante favorecedor, ¡el gran dramaturgo de su época, el ilustre, el sábio, al par que modestísimo autor D. José Echegaray!

Y con él, y casi al mismo tiempo, al heredero de la poesía castellana Márcos Zapata, al originalísimo, vigoroso y aplaudido vate Leopoldo Cano, al profundo y castizo, cuanto retraído autor Eugenio Sellés, y á tantos otros dignísimos continuadores y apasionados leales de nuestra hoy combatida y aún olvidada literatura nacional.

### La declamación en la tragedia, en el drama y en la comedia de costumbres.

El gran Talma dijo: *La tragedia SE HABLA!*—Nuestro inmortal Romea mantenía su solo sistema: *El de la verdad.*

Las teorías son muy fáciles en el gabinete, pero ineficaces ante el público.

Lo importante no es representar á Aquiles, *¡sino hacerle.* No es lo importante representar á Orestes, *¡sino serlo.*

Después de estas afirmaciones de esos dos colosos, ¿qué puede decirse más, ni quién osaría combatir las ó refutarlas?

Si el actor cuida escrupulosamente al hacer el estu-

dio de su papel, de la época y del caracter que representa, dando á aquella cuanto requiera de solemne, y á aquél el justo desarrollo y la expresión *más humana*; deberá existir un sólo método de declamación. El estudio, la perfección de un caracter, consiste en el buen gusto y claro sentido del actor ó de la actriz al presentarlo ante el público con cuantas cualidades se le conoce y juzga en la historia.

Para esto es indispensable, ó nacer al arte como genio soberano de la escena, ó consumir largas horas en el estudio profundo de los caracteres que haya que interpretar.

Un mismo sentimiento podrán interpretarlo de distinta manera dos actores de genio é inspiración, lo mismo que en la vida real existen seres que piensan y sienten de distinto modo, un mismo afecto.

Surja un grito del alma con expresión de aterrador acento, ó brote del pecho anegado por abundantes lágrimas, que si surgen ó brotan al ardoroso fuego de la inspiración sublime, ambos conquistarán lauros imperecederos. La tragedia, para que resulte *tragedia*, hay que *hacerla*, con tal expresión *de verdad*, que de no *realizarla*, se convierte en parodia grotesca, ó ridículo sainete.

Y tragedias ocurren en todos los tiempos y en todos los países. Aún escuchamos los atronadores gritos, los angustiosos acentos de pueblos y de comarcas andaluzas, cuyos desdichados habitantes vieron desaparecer entre escombros los seres queridos de su alma, y el hogar que constituía su nido de amores y única ambición. El dolor, el espanto, el delirio, debió reflejarse en aquellos infelices de la misma y exactísima manera que pudieran manifestarlo en épocas más ó menos remotas.

Un grito del alma debe arrancarse siempre y en todos tiempos de un mismo modo.

El espanto no tiene más que una manifestación. La madre de hoy es la misma de siempre. Su dolor no reconoce época ni lugar! ¡¡¡Siempre será inmenso, eterno, SANTO!!!

El dolor no tiene reglas ni medidas; y en una situación trágica, verdaderamente sublime, no puede, ni debe pensar un actor en si la voz será más ó menos sonora. ¿Dónde está la medida que fije la entonación de un grito del alma, desgarrador, penetrante, si precisamente *la verdad, lo sublime, LO HUMANO*, está en el desentono?

Los gritos combinados, las voces estudiadas, jamás serán la copia exacta de lo bello. *La naturaleza con toda su sencillez, la pasión con todo su fuego, el sentimiento con todo su abandono, ¡ese es el verdadero arte, esa la verdadera belleza, la única verdad!* Esto nos deja dicho Romea, y esto debe ser.

En una escena trágica, jamás podrá impresionarse al público, si los actores y actrices que han de intervenir en ella *no se ponen de acuerdo* y se hallan fielmente identificados con sus respectivos papeles; no ya por el prurito de arrancar aplausos; menos por el prurito de convertir la escena en pugilato artístico, nó, señores, sino para realizar el conjunto grandioso, el brillante marco, en que se exhiba y enaltezca cuanto de sublime y grande exija la situación y conmueva y deleite al auditorio.

Los aplausos, en situaciones de grande desempeño, excitan el ánimo del artista, le inspiran, le conmueven, pero al propio tiempo le distraen; y el artista debe conservar incólume toda su serenidad, *todo su estudio*, todo su fuego, atento á su interlocutor ó interlocutores, pronto á la réplica, firme y enérgico, ó sumiso y abatido, según el caracter que represente, y *FUNDIDO en el personaje que interpreta.*

La tragedia nunca adquirió entre nosotros carta de

naturaleza, pues necesita del concurso de los demás, y de un conjunto acabado y homogéneo, hasta en sus *más insignificantes detalles, pues todos son necesarios.*

Añadiré algunos conceptos respecto á la declamación en el drama romántico é histórico, tal como le comprendemos y hacemos en España.

Aquí, aunque figuremos en último término, entre las naciones que tan alto han sabido colocar el glorioso renombre del arte, no carecemos de museos, de bibliotecas y de artistas que nos guien é iluminen por sendas útiles y provechosas.

El drama histórico se hace y se viste en España, por regla general, con la más exactísima propiedad y consultando fielmente la mejor autenticidad.

Aquí, aún no hemos vestido *en nuestros días* á un personaje de la época de Cárlos V, con pañuelo de seda á la cabeza, faja encarnada con grandes caídas, calzón bombacho y manta morellana sobre los hombros; ni menos la clásica y legendaria figura de nuestro noble Cid Campeador, con calzón de seda celeste, botas de montar, tonelete corto á la italiana y bigote y perilla engomados. ¡Increíble profanación, en países que se juzgan ilustrados! ¡Más increíble aún nuestra tolerancia que lo ha permitido y aún acatado!

El drama histórico hallará entre nosotros su más legítimo asiento, porque á él se deben los principales hechos de nuestra literatura nacional.

Este género *es aún (entre españoles amantes de la patria)*, el que perpetúa nuestras grandes victorias, enardece el espíritu y eleva nuestro ser. La sangre que circula por nuestras venas, el entusiasmo que nos inspira, son motivos poderosos para que tan brillante género ocupe entre nosotros primísimo lugar. Lo franco del estilo, lo fogoso del carácter, lo castizo del lenguaje, cautivan y cautivarán siempre nuestros auditorios.

El actor ó la actriz que posea cuantas cualidades

son necesarias de juventud, de entusiasmo, de gallardía é inteligencia, ocupará siempre puesto honroso en nuestra escena.

Con estas cualidades, guiadas por un concienzudo estudio del caracter que se representa; dando á la voz cuantas inflexiones *estén en armonía con las propias facultades*; y uniendo todo ello á la inspiración sublime, se conquistará el anhelado fin, lenta y suavemente: *que una vez en la sima ardorosa*, se llega por celestial impulso á las más altas y radiantes alturas.

En ese período de exaltación, de arrobamiento, es cuando el actor recoje el fruto de sus largas veladas y constantes estudios.

Todo es bello é inmenso ante sus ojos. El público que le aclama, el ambiente que respira, el cansancio que le agita, el fuego que le rodea.

La declamación en la comedia de costumbres, no ha alcanzado aún entre nosotros el grado de perfección á que tal vez pudiéramos aspirar. Un escogido, pero aún escaso número de artistas, explotan tan difícil cuanto apacible género, y á ellos se debe que gran parte de nuestro público vea con singular agrado las producciones estrenadas en estos últimos diez ó doce años.

Pero esta clase de comedias que hoy se hacen en los teatros de Madrid, dista mucho de ser la *alta comedia de sociedad*, como siempre hemos llamado en España. Me refiero á *las obras originales de autores españoles*. Ejemplos sobrados tendrían que imitar, tales como *El hombre de mundo*, *La bola de nieve*, *El tejado de vidrio*, *El tanto por ciento*, *Achaques de la vejez*, *Jugar por tabla*, *Consuelo*, y otras bellísimas producciones, modelos del buen decir, de elegantísima forma, de discretísimo diálogo y de *humanos caracteres*. Este género de comedias (algunas de las cuales bordean al final el drama de costumbres), ha desaparecido, por desgracia, de nues-

tra escena, sin que acertemos á explicar el por qué de tan injustificada ausencia.

Este género de comedias, que no llega á ser el drama de costumbres, *tal como le conocemos hoy*, ni la comedia moderna, *tal como hemos dado en llamarla*, es, á mi modo de ver, el más difícil de hacer y de escribir, pues ni al autor le sirve *como base*, la catástrofe final que hoy se acostumbra, ni el actor puede ni debe emplear más que un término medio en el desarrollo de sus facultades, y en el estudio de su papel, para que resulte ese claro oscuro, tan difícil de llevar á la escena.

Se requiere (como es natural), para saber interpretar comedias, propias y fáciles condiciones. No á todos los seres les es dado mostrarse en sociedad con soltura y distinción, ni tener los finos modales que naturaleza les ha negado. La flexibilidad exquisita, la esmerada educación, el aplomo, son bases necesarias para interpretar cualquier caracter, en una comedia de costumbres; *esa difícil facilidad*, tan recomendada por los grandes maestros, no encuentra más firme demostración, ni se pone más de relieve, que en una comedia de costumbres, y con el traje de rigor que exija el personaje que se representa.

La comedia de costumbres es reflejo y copia exacta de la sociedad en que se vive.

El estudio del actor consiste, pues, en poner de manifiesto en la escena lo que fuera de ella practica, consultando su propia naturalidad, sus mismas maneras, y cuidando fielmente de los más insignificantes detalles, que son también, por regla general, objeto de marcadísimas censuras.

Los actores franceses dominan este género de trabajo, precisamente porque es su trato habitual é instintos proverbiales.

El trato constante engendra facilidad y buen tono, y

aún perfecciona el de aquellos que adolecen de una educación esmerada.

Los franceses son los primeros cómicos del mundo, fuera y dentro de la escena.

No son, hoy, por desgracia, tan afortunados en el drama histórico, ni en sus grandes tragedias. Hoy, al ménos, á ellos les falta lo que á nosotros nos sobra.

En cambio tienen, *han hecho* un teatro.

¡El primero del mundo!

Me habíais escuchado en la escena. Hoy, por una de esas providenciales circunstancias, me presento ante vosotros sin artificio artístico de ningún género, despojado de atavíos escénicos. Mi mente se ha caldeado al impulso de la propia idea; mi semblante sólo ha expresado su profunda pena; mi voz ha emitido la sentida nota del humano dolor; y esta solemne cátedra, es la antorcha purísima que inspira mi alma.

Mi modesta personalidad artística, relegadla al olvido.

Juzgad al hombre que, en pos de un más allá, avanza en su fantasía, en busca de ideales que realicen su eterna y, tal vez, desmedida ambición.

En todo caso, como el silencio es la sombra, y sólo de la discusión brota la luminosa idea, tal vez ésta sea la primera y suave llamarada que, por celestial impulso, alumbra mañana con vivísimos resplandores, el grandioso templo del arte dramático español. (*Aplausos.*)

# 17.<sup>a</sup> CONFERENCIA

---

## T E M A

La música española al comenzar el siglo XIX: su desarrollo y transformaciones.—La educación musical.—Influencia del italianismo.

ORADOR

DON EMILIO ARRIETA

---

*Señores:*

Aún resuenan en mis oídos, y conservareis ciertamente en vuestra memoria, las elocuentes frases llenas de erudición y sana doctrina que repetidas veces ha pronunciado en este mismo sitio, tratando cuestiones musicales, mi ilustre y respetable amigo el Sr. D. Gabriel Rodríguez, quien á la profundidad de los vastos conocimientos que posee iguala el alma de artista eminente con que le dotó la Providencia.

Esta consideración y el convencimiento íntimo de mis escasas fuerzas aumentan en mi ánimo la gravedad del compromiso en que ahora me encuentro.

Sólo me alienta para lanzarme á cumplir hoy mi cometido, la seguridad de que no me ha de faltar vuestra habitual benevolencia, porque dudar de ella fuera dudar del fecundante calor que prestan á la tierra los brillan-

tes rayos del sol primaveral; fuera desconocer el delicado perfume que exhalan generosas las fragantes flores en los amenos prados, ó negar el sin igual encanto que en almas sensibles á las manifestaciones más puras del sentimiento, produce amorosamente la música con su misterioso y seductor lenguaje.

Séame permitido dar principio á mi trabajo trazando una ligerísima reseña histórico-musical, prometiendo llegar al objeto de la conferencia, rápida, rapidísimamente, casi con la velocidad *del maravilloso conductor silencioso del sonido* que trasmite á grandes distancias al oído del interesado, todo un *Guillermo Tell* en plena sonoridad, unos *Hugonotes* ó una *Aida*.

Entre las bellas artes sus hermanas, la Música es la que menos tiene que agradecer á los pueblos antiguos: de los ricos tesoros que la civilización helénica legó á las generaciones futuras, una pequeña, muy pequeña parte corresponde á la música.

Las artes del diseño heredaron monumentos de grandeza y hermosura insuperables; la poesía, obras de eterno renombre; las ciencias y la filosofía, veneros abundantes del saber.

Un gran helenista, Gevaert, el dignísimo director del Conservatorio de Bruselas, en su admirable *Historia y teoría de la música de la antigüedad*, obra premiada por la Sociedad Belga que tiene por objeto fomentar el progreso de los estudios filológicos é históricos, dice:

«Hay en nuestros conocimientos un inmenso vacío que solamente podría llenarse con el descubrimiento inesperado de alguna composición que remontase al período clásico del arte griego.

»El único fragmento atribuído á tiempos tan lejanos —la melodía de media estrofa, de Píndaro—es de autenticidad dudosa.»

¿Qué os parece el valor de la herencia que nos ha correspondido?

El arte de la música moderna es un arte muy joven, y en nuestros días viene considerado como el Benjamín ó niño mimado del público, cuyos caprichos y exigencias nos cuestan á veces un ojo de la cara, sobre todo... (\*) cuando le hacemos cantar.

Muchos críticos fijan el génesis del arte moderno en el siglo xvi; siglo en el que florecieron los grandes maestros que cerraron con obras admirables el largo período de la Edad Media, durante el cual se elaboraron, lenta y penosamente, los fundamentos de la música moderna, con el estudio de las abstrusas doctrinas de tratadistas griegos y latinos.

El recuerdo del siglo xvi me trae á la memoria los nombres exclarecidos de Cristóbal Morales, Tomás Luis de Victoria, el inmortal Ramos de Pareja y el divino Francisco de Salinas, á quien oyéndole tocar el órgano Fray Luis de León, exclamaba entusiasmado:

¡Oh! suene de contino,  
Salinas, vuestro son en mis oídos,  
Por quien el bien divino  
Despiertan los sentidos,  
Quedando á lo demás adormecidos.

Los siglos xvi y xvii fueron los siglos de oro de la música religiosa en España.

Sus numerosos compositores y sabios tratadistas de la música compitieron con los más célebres compositores y tratadistas de Italia, y está probado que Morales se adelantó al gran Palestrina en veinte años, produciendo obras que se atribuyeron durante mucho tiempo al inmortal maestro italiano.

---

(\*) Alusión á los sueldos exorbitantes que en la actualidad exigen las notabilidades en el arte del canto.

«Una de las pruebas más grandes que se pueden aducir acerca del mérito incomparable de Morales, dice el eminente Eslava en su *Breve memoria histórica de la música religiosa en España*, es; que el mismo Abate Baini que había atribuido á Palestrina *un mottetto raro e famoso ed ammirabile studio di armonia*, descubrió ser composición de Morales, cuyo manuscrito fué donado á la capilla Pontificia, siendo Papa Pablo III, y existe hoy en aquel rico y antiguo archivo.»

A partir de esta época, mientras la Italia, la Alemania, la Francia y la Holanda marcharon progresando en todos los ramos del arte, nosotros, triste es confesarlo, seguimos una marcha angustiosa, sumisos al imperio de la influencia extranjera.

Con la creación de la Opera á fines del siglo décimo sexto en la Corte de los Médicis, se abrieron nuevas y anchas vías de progreso musical, que compositores y cantantes educados en los conservatorios de Italia, fundados por entónces, proporcionaron elementos de desarrollo al nuevo espectáculo, y llevaron á todas partes la luz que brotó en las orillas del Arno que debía iluminar en breve el entendimiento y encender los corazones de los pueblos que sólo conocían la música calculada; la música sin lágrimas ni alegría; sonoridad escolásticamente combinada con todos los primores del contrapunto. ¡Mucha, mucha sonoridad, pero sin los encantos del alma!

La Corte española, á imitación de la Corte florentina, hizo ejecutar también en el teatro del Palacio de Madrid el año 1629 una Égloga pastoral de Lope de Vega titulada *La selva sin amor*, con música de autor desconocido, habiéndose encargado de la dirección de la maquinaria Cosme Lotti, ingeniero que vino de Florencia llamado por Felipe III.

El erudito y popular maestro Barbieri, dice que este es el primer poema de ópera de que hay ejemplo en España.

La Egloga de Lope no influyó por desgracia tan favorablemente en el progreso musical de nuestro país como influyó en el de Italia el *Orfeo ed Euridice* de Rinnucini. Allí se propagó con la velocidad del rayo el entusiasmo artístico y patriótico por todas las clases de la sociedad, y aquí apenas traspasó los muros del régio alcázar donde se representó, el conocimiento de la obra cuya paternidad musical es aún de todos ignorada.

Dos años después del estreno de *La selva sin amor*, se dió la representación en dos grandes jornadas *El jardín de Falerina*, de D. Pedro Calderón de la Barca, con música de... no se sabe quien: primera obra que recibió fatalmente el nombre del Palacio en que se ejecutó y de cuyo nombre no quisiera acordarme, porque ha causado y sigue causando perjuicios incalculables al crédito de la música dramática española. Ya habréis comprendido que me refiero al nombre de... Zarzuela.

Se atribuye á la música de esta clase de obras, que carecía de importancia artística, la decadencia que se marcó ya en las composiciones de iglesia á principios del siglo XVIII. El P. Feijóo, en su juicio crítico de *La Música de los templos* no deja en buen lugar á los cantantes, organistas y compositores religiosos de su tiempo.

«Ese aire de *canarios*, dice el reverendo P. Feijóo, tan dominante en el gusto de los modernos, y extendido en tantas *gigas*, que apenas hay sonata que no tenga alguna, ¿qué hará en los ánimos, sino excitar en la imaginación pastoriles tripudios? El que oye en el órgano el mismo *menuet* que oyó en el sarao, ¿qué ha de hacer sino acordarse de la dama con quien danzó la noche antecedente? De esta suerte la música que había de arrebatarse el espíritu del asistente desde el templo terreno al celestial, le traslada de la iglesia al festín. Y si el que oye, ó por temperamento, ó por hábito está mal dispuesto, no parará ahí su imaginación.»

El poético y sublime arranque de Fray Luis de León al oír tocar el órgano al ciego Salinas, y el juicio del P. Feijóo pintan perfectamente el carácter de la música religiosa dominante en las diferentes épocas á que se refieren.

La venida á Madrid de la compañía de ópera italiana á principios de 1703, llamada por Felipe V, fué funesta para la música española, tanto en el género popular y dramático como en el religioso.

El mismo P. Feijóo que acabo de citar, dice respecto á la influencia de la música italiana en la música de nuestros templos:

«Esta es la música de estos tiempos, con que nos han regalado los italianos por mano de su aficionado el maestro Duron, que fué el que introdujo en la música de España las modas extranjeras.»

Y el Sr. Peña y Goñi, en su muy importante obra titulada *La ópera española y la música dramática en España en el siglo XIX* (\*), que he consultado con gran interés, refiriéndose á la simple y característica tonadilla, se expresa diciendo:

«Hasta la música popular en su forma más natural y espontánea, desaparecía sepultada bajo la avalancha extranjera, dirigida y fomentada magistralmente por Scotti y Farinelli.»

Con efecto, nada se resistió al imperio de las compañías italianas en sus exhibiciones, ya fueran en el coliseo del Buen Retiro ó en el teatro de los Caños del Peral.

Las famosas tiples, que á la sazón estaban de moda,

---

(\*) Todos los amantes de la historia musical española, deben conocer este admirable trabajo del ilustrado crítico que ha publicado el acreditado editor Zozaya. Peña y Goñi ha prestado un servicio inmenso al arte y á la patria.

no tan sólo se veían rodeadas de *cavalieri serventi* que las acompañaban como siervos sumisos, de galanteadores que derrochaban sus bienes de fortuna por obsequiarlas, sino de damas de la más linajuda aristocracia que tenían á gala ser *jefes de partido* de una *prima-donna*. La duquesa de Osuna lo fué de la Todi y la de Alba de la Giorgi-Banti.

Y entretanto, todo lo que era español se encontraba avvilito e calpestato bajo la pesada y fría losa del menosprecio de sus compatriotas.

—¡En este orden de sentimientos nadie podrá tildar á los españoles de inconsecuentes!—

Los plausibles esfuerzos que en diferentes ocasiones hicieron los compositores españoles durante el siglo pasado para la creación de la Opera nacional fueron inútiles, llegando á un estado de decadencia tal la música dramática española, que se resiste uno á creerlo... hasta por decoro patrio.

En una carta que Moratín dirigió á Godoy desde Londres, con fecha 20 de Diciembre de 1792, se lee el siguiente horripilante párrafo:

«La música teatral está como los demás ramos, atrasada y envilecida; ni es otra cosa en la parte poética que un hacinamiento de frialdades, chocarrerías y desvergüenzas; en la parte musical, un conjunto de imitaciones inconexas, sin unidad, sin caracter, sin novedad, sin gracia, sin gusto.»

No cabe pintura más desconsoladora, ni crítica más contundente del espectáculo popular español de aquellos tiempos.

En tan lamentable estado llegamos á las puertas del siglo XIX. ¿Y cuándo? Cuando Italia, Alemania y otras naciones cultas se encontraban ya en el apogeo de su gloria musical.

Francia tuvo la inmensa fortuna de hallar protec-

tores poderosos para la organización de la Opera nacional, hasta en los Príncipes de la Iglesia, como lo fueron el cardenal Mazzarino y el cardenal Rovere, arzobispo de Turin. A tan valioso concurso hay que agregar el favor que dispensó la Corte de Luis XIV al célebre compositor florentino Lulli, autor de las primeras óperas importantes del naciente espectáculo francés.

España no fué tan venturosa. Sus magnates no pensaron, como los grandes señores de otros países, respecto á la protección y fomento de la ópera nacional.

Los autores españoles, entregados á sus propias fuerzas, vegetaban miserablemente sin gloria ni provecho.

¡Coincidencia extraña digna de mencionarse! Al mismo tiempo que los compositores que residían en su patria se ocupaban en *perpetrar* «un conjunto de imitaciones inconexas, sin unidad, sin caracter, sin novedad, sin gracia, sin gusto,» según dijo Moratín, un español ilustre consagraba, allende los Pirineos, su fecundo ingenio á escribir óperas italianas que se representaban con gran éxito en los teatros principales de Italia, Austria y Rusia. Ejemplo lamentable, desgraciadamente repetido, de compositores españoles que han estado al servicio de otros países abandonando el suyo!

Vicente Martín, que es el español ilustre á quien me refiero en el párrafo anterior, nació en Valencia el año de 1754. Adquirió fama europea con sus aplaudidas obras.

Mozart introdujo en su *Don Juan* un motivo de «*Una cosa rara*,» ópera popular y bella de nuestro compatriota.

Martini ó lo Spagnuolo, como le llamaban en Italia, compitió gloriosamente con Paisiello, Cimarosa, Salieri y demás grandes maestros de su época. La emperatriz

Catalina le llamó á su corte y le nombró maestro y director de la compañía de ópera del teatro Imperial. Cesó en este cargo; y después de pasar muchas penalidades en los últimos años de su vida, falleció en San Petersburgo en Enero de 1806, recordando tal vez en aquellas heladas regiones del polo Norte, el dulce clima y la florida y rica huerta valenciana cuyas perfumadas áuras mecieron su cuna.

Vicente Martín y Soler luchó en su vida artística en pró de un espectáculo extranjero y murió lejos de su patria.

Triste suerte la del célebre maestro que me trae á la memoria los admirables versos de Leopardi:

Oh misero colui che in guerra é spento,  
Non per li patrii lidi e per la pia  
Consorte e i figli cari,  
Ma da nemici altrui  
Per altra gente, e non può dir morendo:  
Alma terra natia,  
La vista che mi desti ecco ti rendo.

Nuevas tentativas para la creación de la Opera española reanimaron algo los espíritus de los buenos españoles en los primeros años de este siglo, y la vuelta á Madrid de Manuel García contribuyó mucho á ello.

Una de las glorias musicales más legítimas é importantes de España fué D. Manuel Vicente García. Nació en Sevilla el 22 de Enero de 1775. Discípulo de D. Antonio Ripa, maestro de capilla de aquella catedral, á los diez y siete años se distinguió ya como cantor, compositor y director de orquesta.

Compuso varias óperas ligeras adornadas de graciosos cantos, que se hicieron muy populares, y en cuya ejecución tomó una parte principal él mismo como cantante. En 1807 se marchó para siempre de España estableciéndose en Paris.

Sus hijas, María Malibrán y Paulina Viardot, fueron cantantes muy notables, sobre todo la primera, que arrebató en todas partes al público con el fuego de la pasión y la maestría de su canto que la había adquirido bajo la dirección de su padre.

Sabido es que García desempeñó el papel de Conde de Almaviva en el extreno de *El Barbero de Sevilla* de Rossini y que es autor de la delicada y característica serenata que se canta en la ópera. «*Se il mio nome saper voi bramate.*»

Todas sus canciones españolas son bellísimas.

Las buenas tradiciones de la escuela de García que tan notables cantantes produjo, apenas se conservan en los artistas del día. Algunos muy afamados que recorren los teatros del mundo haciendo breves exhibiciones, parece que se han propuesto llevarse en su retirada al hogar doméstico, con los secretos del arte, los últimos maravadises del público que forzosamente acude á oírles.

Como Vicente Martín, Manuel García murió en tierra extraña: le sorprendió la muerte en París á los cincuenta y siete años de edad, pero dejó en su patria el pólen de su fecundo ingenio español que todavía circula y circulará por las ideas de los compositores españoles que aspiren á caracterizar los sentimientos del pueblo, con frases graciosas y elegantes, mal comprendidas y peor apreciadas de los fátuos *dilettanti* de romanzas y cavatinas que se cantan aquí en idioma extranjero.

Por real orden de 28 de Diciembre de 1799 se prohibió en los teatros de España «representar, cantar ni *baylar piezas que no fueran en idioma castellano* y actuadas por actores y actrices nacionales ó naturalizados en los reinos.»

Lo de *baylar piezas que no fueran en idioma castellano*, debía referirse sin duda á los bailes con canto.

Las óperas del repertorio italiano y las del reperto-

rio francés, entónces en juego, se cantaron en el teatro de los Caños del Peral, en español y por artistas españoles, durante los años de 1800 á 1808. Si á esta medida gubernativa hubiesen correspondido la actividad de los autores españoles y el patriotismo del público, habría podido echar hondas raíces en el país la Opera nacional.

Ochenta y más años después, para que pueda ejecutarse una ópera de un compositor español en nuestro régio coliseo, es condición precisa que tenga letra italiana.

Podemos decir, sin reserva alguna, que no hemos adelantado gran cosa en españolismo lírico-teatral en la lucha con el italianismo desde principio del siglo.

El movimiento musical en España al comenzar este siglo, además de no ser muy halagüeño como lo habrá comprendido el galante auditorio, fué contrariado é interrumpido repetidas veces por las discordias político-sociales y las guerras que aniquilaron al país con la muerte de miles de sus valientes hijos, y con la ruina de innumerables familias que lloraban á la vez la pérdida de sus deudos y haciendas.

El clarín guerrero, que al espirar las víctimas del Dos de Mayo llamaba en son de venganza á la ultrajada nación española para luchar contra los ejércitos del Capitán del Siglo, obligó á los españoles á cambiar los instrumentos de la paz por instrumentos de muerte, y los espectáculos de recreo, entre ellos la ópera, se suspendieron casi por completo durante la guerra gloriosísima de la Independencia.

A esta época de paralización artística, siguió otro breve período de ópera italiana en que el público oyó por primera vez música de Rossini. El 29 de Setiembre de 1816 se dió *La italiana en Argel*, que produjo «un entusiasmo inexplicable,» según Mesonero Romanos.

En los años de 1818 y 1819 se ejecutaron en los tea-

tros de la Cruz y del Príncipe (\*) *Il turco en Italia*, de Rossini; *Oro non compra amore*, de Portogallo; y la obra de Mosca *I pretendenti*, traducidas al castellano.

Estalló la revolución del año 20, y á las aplaudidas cavatinas reemplazaron los himnos patrióticos.

El *Himno de Riego*, convertido en ardiente grito de libertad, se llevó la palma del triunfo entre los demás, pero muy pronto se trocó en palma del martirio para aquellos que con más calor y fé lo habían entonado.

Con la vuelta al poder del gobierno absoluto, volvió á imperar la ópera italiana con delirante entusiasmo en perjuicio de los intereses morales y materiales de las compañías de verso, dando asunto para que se enriqueciera el Parnaso español con una admirable sátira de Bretón de los Herreros, escrita contra la *melomanía* de los madrileños por los cantantes italianos, en la que, entre otras cosas sangrientas, decía:

¡Triste! ¿Qué vas á hacer? Aunque Minerva  
 Declamara por tí, no se corrige  
 La tenaz filarmónica caterva.  
 Hay un genio infernal que la dirige;  
 Gigante enorme que á domar su furia  
 Más robusto poder que el tuyo exige.

Hubo *prima-donna*, la hermosísima Adelaida Sala, que trocó la corona artística de laurel por una áurea corona nobiliaria con grandeza de España de primera clase.

Semejante á la lucha de los partidarios de la Todi con los de la Giorgi-Banti en tiempo de Farinelli, se entabló en 1831 entre los admiradores de Adelaida Tossi y los de la Meric-Lalande otra lucha formidable.

Con la dirección de la compañía italiana confiada al

---

(\*) El teatro de los Caños del Peral había sido abandonado por ruinoso, desde el año 10.

célebre compositor Mercadante, adquirió mayor importancia el espectáculo de la ópera.

El año 1827 fué llamado el sabio maestro D. Ramón Carnicer, hijo ilustre de Lérida, por el ayuntamiento de Madrid, para dirigir los teatros de la Corte.

Este notabilísimo compositor leridense había dado ya grandes pruebas de su ingenio musical y buenas condiciones como director en Barcelona, donde la ópera italiana tenía tanta importancia como en Madrid.

Compuso varias óperas en estilo italiano que alcanzaron gran éxito. De todos los inteligentes es admirada la brillante overtura que escribió para *El Barbero de Sevilla*, de Rossini, la cual este año mismo ha sido aplaudida con entusiasmo en el teatro Real, mereciendo los honores de la repetición.

Fué autor de muchas canciones populares, himnos, piezas instrumentales, etc., etc.

Cuando la fundación del Real Conservatorio de Música de María Cristina, se le confió la cátedra de composición, que la desempeñó como debía esperarse de su gran saber y larga experiencia.

D. Francisco Asenjo Barbieri fué discípulo suyo. Esta es una verdadera gloria para la memoria del insigne maestro.

Bajo muchos conceptos es digna de admiración y respeto la parte que tomó en el movimiento musical D. Ramón Carnicer, como asimismo todos sus distinguidos colegas catalanes que en la ciudad condal supieron sostener siempre á gran altura el divino arte.

Pero entre todos los paisanos de Carnicer merece digna y especial mención el venerable D. Baltasar Saldoni, cuya brillante historia artística y literaria debe ser estudiada en la importante obra ya citada de Peña y Goñi.

Sus óperas *Ipermestra*, *Cleonice*, *Boabdil* y *Guzmán el Bueno*, honran al arte español y su *Diccionario de*

*efemérides de músicos españoles*, será siempre un monumento inapreciable de consulta para los que se dediquen á los estudios biográficos de los que han consagrado su vida al divino arte en nuestro país.

Tres compositores españoles que figuraron también en el primer tercio del siglo, dignos de especial recuerdo, son; Fernando Sors, José Melchor Gomis y Juan Crisóstomo Arriaga.

Educado el primero en la famosa Escolanía de Monserrat bajo la dirección del sábio P. Fray Anselmo Viola, empezó su carrera distinguiéndose en Barcelona con una ópera que compuso, titulada *Telémaco*, que gustó mucho; al año siguiente de su estreno se representó en Venecia con éxito favorable.

Emigró á Francia y fué muy considerado por los compositores notables de Paris. Después de haber estado en Inglaterra y Rusia dando felices pruebas de su genio musical, volvió á la capital francesa donde se distinguió como compositor y como ejecutante.

Sors fué el soberano de la guitarra; su admirable método y tratado de armonía para el mismo instrumento y varias composiciones y arreglos notables, merecen eterno renombre.

El arte español le es deudor de preciosas y características canciones y piezas instrumentales.

Murió en París el año 1839 víctima de una enfermedad dolorosísima y en un estado de pobreza muy digno de compasión.

Habiendo llegado á mis manos varias canciones españolas de Gomis, sumamente apreciables, se despertó en mí el deseo de adquirir noticias acerca de este autor. Valenciano, como Vicente Martín, fué discípulo de D. José Pons, compositor distinguido y maestro de capilla de la catedral de Valencia.

Cuando se vino á Madrid á dirigir la música de la guardia de S. M., trató de darse á conocer como compositor.

Descorazonado por las dificultades con que tropezaba para lograr que se ejecutaran sus obras en los teatros de la Corte, donde sólo había podido conseguir la representación de una ópera titulada *La Aldeana* y un monólogo dramático titulado *Sensibilidad y Prudencia*, Gomis emigró á Francia.

Marchó luego á Inglaterra donde le sonrió la fortuna, pero su deseo de figurar en el teatro le hizo volverse á Paris y escribió varias obras para la Opera cómica que no llamaron mucho la atención. *El Diablo en Sevilla* y alguna otra de sus óperas contienen piezas importantes.

Este autor fué tachado, por críticos notables, de haber usado con exceso el género español en las óperas francesas. ¡Vaya por los que para dar los buenos dias en lengua castellana, recurren á una música destinada á que la juzguen nuestros tataranietos, suponiendo que antes no haya sido pasto de la bienhechora polilla!

Gomis murió en Paris el 1836 á los 45 años de edad y murió... pobre. ¡Sarcasmo del destino que, con saña inextinguible, parece complacerse á menudo en que mueran en la miseria los que producen el deleite y la ilustración de la humanidad, mientras concede sin tasa el codiciado metal á los que quizá hayan hecho verter abundantes lágrimas de dolor á muchos infelices en el manejo de sus negocios!...

Un Mozart español, nacido á orillas del Nervión á principios del siglo actual, hubiese honrado el mundo del arte con producciones admirables de su genio prodigioso, dignas del inmortal autor de *Don Juan*, si la parca inexorable no hubiese cortado en la flor de su juventud el hilo de la doble preciosa vida del hombre-artista por excelencia.

D. Juan Crisóstomo de Arriaga, hijo de Bilbao, nació en la región del arte como brota, crece y ondula ma-

jestuosamente su elegante copa la gallarda palmera en el abrasado desierto, ofreciendo su exquisito y dorado fruto al viajero fatigado y triste, y en el periodo más lozano de su desarrollo, se ve tronchado su esbelto tronco por la furia desoladora del Simoun.

Asombra lo que dice Fetis acerca de Arriaga.

Escuchad: «Antes de adquirir conocimientos de armonía compuso una *ópera española*, cuyas ideas eran deliciosas y enteramente originales.

»A los 13 años se marchó á Paris y en el Conservatorio estudió el violín con Baillot, y la armonía bajo mi dirección.

»Menos de tres meses le bastaron para adquirir conocimiento perfecto de la armonía, y al cabo de dos años no había dificultad en el contrapunto y en la fuga que no venciese como por vía de juego.

»Se reunían en Arriaga dos facultades que rara vez reúne el artista: el don de la inventiva y la aptitud más completa para vencer todas las dificultades de la ciencia.

»Escribió una fuga á ocho voces que causó el asombro de Cherubini por la perfección del trabajo.

»Los progresos de este joven artista en el arte de tocar el violín no fueron menos rápidos; la naturaleza le había organizado para ejecutar bien todo lo que pertenece al dominio de la música.

»Su primer obra fué una colección de *tres cuartetos* para violín que se publicó en Paris en 1824. Es imposible imaginar nada más original, más elegante ni escrito con más pureza que estos *cuartetos*, no lo bastante conocidos. Cada vez que eran ejecutados por su joven autor excitaban la admiración de los que le oían.

»Compuso muchas obras de distintos géneros: una *overtura*, una *sinfonía á grande orquesta* una *misa á cuatro voces*, una *salve regina*, *cantatas francesas* etc., etc.

»Tantos trabajos realizados antes de la edad de diez

y ocho años, habían sin duda maleado la buena constitución de Arriaga, en quien á fines de 1825 se declaró una grave enfermedad de languidez que le condujo al sepulcro en los últimos días del mes de Febrero del año siguiente, y el mundo musical se vió privado del porvenir de un hombre destinado á contribuir poderosamente al adelanto de su arte, como los amigos del joven artista se vieron privados del alma más candorosa y pura.»

Juicio tan entusiasta del ilustre Fetis equivale á si quedará grabado en planchas de oro para la posteridad el nombre exclarecido de Arriaga.

Tengo fé en que la culta población de Bilbao, donde todo sentimiento noble y generoso tiene asiento, hará que recuerden sus paisanos al joven compositor, gloria de Vizcaya, erigiéndole un monumento en aquellos pintorescos sitios de la invicta villa.

Martín, García, Sors, Gomis y Arriaga que hubieran podido contribuir poderosamente á defender con bríos el pabellón de la música dramática española, emigraron al extranjero, donde murieron casi todos ellos en la flor de sus años.

Nuestros primeros compositores, consagrados á cultivar la música de los templos como maestros de capilla, no pudieron prestar su concurso al espectáculo profano, al que tal vez se vieran obligados á mirarle con desprecio.

¿Qué extraño, es, pues, que dominados por los italianos y abandonados de los nuestros, hubiese llegado al tristísimo estado en que se encontró la música dramática española al comenzar el siglo XIX, como la relación de los hechos habrá convencido á la distinguida concurrencia?

La música religiosa, en cambio, aunque no á la altura de otras épocas, había conservado en algunas igle-

sias de España cierta severidad tradicional propia de los antiguos maestros y digna de todo elogio.

Dice Eslava: «Las iglesias catedral y del Patriarca de Valencia han sido las que han cultivado el estilo *antiguo* por más tiempo y con mayor esmero que ninguna otra.»

Doyagüe, Prieto, Cuéllar, Montesinos, los dos Ledemas, D. Mariano y D. Nicolás, Andreví y otros maestros de capilla compusieron obras notables, publicadas en la *Lira sacro-hispana*, série primera del siglo XIX.

El dignísimo sucesor de los grandes maestros españoles en el género religioso, fué D. Hilarión Eslava; y en el género didáctico muy superior á todos ellos.

Sus numerosas obras religiosas son notables en general y muchas verdaderamente bellas.

Los tratados de armonía, de melodía, de contrapunto y fuga y el gran método de solfeo que publicó, han contribuído y seguirán contribuyendo poderosamente al progreso del arte en España.

El *Museo orgánico* y la notabilísima colección de obras religiosas que lleva el título de *Lira sacro-hispana*, que hemos mencionado, son una prueba más de sus grandes títulos como maestro y como sabio.

Legó su glorioso nombre á la posteridad y hoy vive en la memoria de los distinguidos discípulos que siguen sus luminosas huellas, recordando al venerable maestro con el amor de hijos cariñosos y agradecidos.

Todos hacen justicia á Eslava:

.....Nui

Chiniamo il capo al Massimo

Fattor che volle in lui

Del creator suo spírito

Piu vast'orma stampar.

El *italianismo* es la pesadilla de los que en música enarbolan la bandera nacional al grito de «¡Viva la Ópe-

ra española!» y quisieran que aquí siguiésemos el ejemplo del czar de todas las Rusias publicando sin pérdida de tiempo un *ukase* para la supresión del teatro italiano, como el que hace poco se publicó en San Petersburgo.

Y el *italianismo*, sin embargo, es muy español.

Es muy español... y de tiempo inmemorial.

Nuestros autores dramáticos y nuestros literatos del siglo xvi padecieron de *italianismo* á más no poder.

Cervantes lo justifica en sus obras inmortales, más que nadie, con *italianismos* sin cuento.

¿Y qué diremos del *italianismo* de nuestros pintores, escultores y arquitectos? ¡Ellos que á Italia la consideran como á su segunda patria! Preguntadles, preguntadles si tienen á menos visitar el artístico país

dove il si suona

é inspirarse ante las obras maestras que Roma, Florencia y Venecia conservan en suntuosos palacios, siendo la admiración y recreo de la humanidad ilustrada.

Para ellos el *italianismo* es una pasión, es un elemento de vida artística que se hermana cariñosamente con el caracter español.

Pero en música el *italianismo* es otra cosa muy distinta que en las demás artes.

Aquí, algunos compositores, llenos de ardor patriótico-musical, han declarado guerra á muerte al *italianismo*, pero en sus banderas en lugar de leones rampantes y castillos almenados, parece verse trazada el águila negra de dos cabezas, á la que no podría calificarse ciertamente de ave canora.

Estos enemigos de la dulce melodía que ya necesitan condimentarla con el asafétida de los romanos para poderla tragar, tienen fija la vista, por lo general, en países extraños cuando tratan de hacer obras españolas.

En los tiempos que atravesamos se ha despertado una afición extraordinaria á la *música pura*, como han

dato en llamar algunos á la música instrumental, y en todas partes buscan con avidez los compositores como elemento principal para sus obras, los cantos populares.

En vista de esto, yo aconsejaría á nuestros jóvenes compositores que, si bien no sea *tan distinguido*, por ser género español, estudiasen los tesoros musicales que se hallan esparcidos por España, los cuales, explotados con talento, sobriedad y buen gusto, imitando á la industriosa abeja, podrían llegar á elaborar ricos panales de miel hiblea musical, que serían buscados con avidez por los hijos de esos mismos países que hoy nos mandan sus *rapsodias* de aires nacionales, que no son aires superiores, de ningún modo, á los aires característicos españoles.

El *italianismo* está muy arraigado en nuestro público y sólo podrá sucumbir, y ójala fuera pronto, cuando el *españolismo* y no un *germanismo híbrido* se abra camino honroso en medio de la confusión que nos rodea, hija de la vanidad y de la ignorancia supina de aquellos que, á fuerza de osadía y de carecer de todo sentimiento delicado, llegan á creerse genios y dictadores en el arte sin comprenderlo ni sentirlo.

### La educación musical.

Esta parte del tema bastaría por sí sola para ocupar todo el tiempo de una ó más conferencias, pero comprendiendo yo la natural impaciencia con que todos los que se dignan escucharme aguardan que la buena música, habilísimamente ejecutada, reemplace cuanto ántes á la mala música, torpemente hablada, prometo de nuevo ser breve.

Tratándose de la educación musical en España, ¿cómo no rendir entusiasta homenaje de respeto, admiración y gratitud á la augusta fundadora del antiguo Conservatorio, hoy Escuela Nacional de Música y Declamación?

En la generalidad de los españoles amantes de la música, fuera grave falta, en mí... sería un crimen.

Nacida bajo el risueño cielo de Nápoles, vino radiante de hermosura y juventud á ocupar el trono castellano con aplauso universal.

Oid cómo en vigoroso estilo y delicados conceptos prorrumplía Quintana:

Todo te aplauda; en resonantes himnos  
 Todo se inunde: el monte  
 Los diga al valle, y los repita el río  
 Y los aprenda el mar. ¡Ella aparece!  
 ¿No veis cuál resplandece,  
 Del arrebol del alba enrojecida  
 Por las gracias ornada,  
 Y de alta gloria y majestad cercada?  
 ¿No veis cómo á los rayos de su frente  
 Todo con grata admiración se inclina?  
 Ella es: la augusta Reina de Occidente  
 Ella es: la amable y celestial Cristina.

Cuando la música en todos sus ramos se hallaba entre nosotros en el más lastimoso estado, se publicó un real decreto firmado por Ballesteros en 15 de Julio de 1830, que principia así:

«El Rey nuestro señor se ha servido mandar que se establezca en esta Corte un Conservatorio de Música que llevará el augusto nombre y gozará de la excelsa protección de la Reina nuestra señora.»

Todos saben que el medio más poderoso de propagar los conocimientos musicales, fase característica de la civilización moderna, y de seguir las huellas de los grandes maestros, es la creación de conservatorios.

Allí donde el estudio de la música se empieza en las escuelas de párvulos y se sigue en la 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> enseñanza, existen varios conservatorios muy importantes.

Díganlo Bélgica, Alemania, Francia, Italia, etc., etc.

¿Y cuál es su principal misión con relación á los intereses generales del arte?

En un acto público y solemne celebrado en presencia del Sr. Ministro de Fomento (\*) manifesté mi opinión sobre este punto, indicando al mismo tiempo, ligeramente, parte de los resultados que hoy dá el establecimiento oficial que tengo el inmerecido honor de dirigir.

«Es la misión principal de los Conservatorios de Música, en concepto nuestro, dije entónces, proporcionar al arte los elementos que reclame para su mayor esplendor y progreso.

Educar hábiles profesores de orquesta, organistas y pianistas distinguidos, jóvenes compositores que sigan las huellas de los grandes maestros, cantantes expertos que sepan interpretar con acierto las obras que se les confien, aportar, en fin, á la ilustrada clase media de la sociedad moderna un contingente artístico inteligente y laborioso, debe ser el cuidado de los centros de enseñanza musical.

Hay quien acusa á los Conservatorios de que no producen genios.

Semejante acusación tiene fácil y poderosa defensa.

El genio es purísimo destello de la Divinidad. No existe, pues, no ha existido ni existirá nunca en el mundo más que un catedrático capaz de formar genios, ya en la ciudad, ya en la aldea, lo mismo á orillas del caudaloso Rhin que del sediento Manzanares. Este único maestro de genios es... el Supremo Hacedor, que no

---

(\*) En la distribución de premios correspondientes al curso escolar de 1883 á 1884, que se verificó en la Escuela Nacional de Música y Declamación.

con mucha frecuencia nos suele enviar alguno de sus afortunados discípulos, conocidos con los nombres de Palestrina, Morales, Victoria, Beethoven, Rossini, la Malibran, Rubinstein, Sarasate, etc., etc.

La inmensa mayoría de los distinguidos profesores de nuestras orquestas de conciertos y de teatros son discípulos de nuestra Escuela, como asimismo los que se dedican á la enseñanza, que son muchos y muy entendidos.

¿Y qué diremos de las notables discípulas de las clases de piano, que logrando pingües resultados, ejercen admirablemente la profesión de leccionistas, conquistando el aprecio general en las casas que frecuentan, por su irreprochable comportamiento?

¡Cuantos beneficios deben á la Escuela esas apreciables jóvenes!

Sin la educación artística que aquí recibieron, tal vez muchas de ellas se verían precisadas á manejar el *pedal* de una máquina cosedora de Singer para aliviar con penoso trabajo y escaso provecho la situación precaria de sus familias, en lugar de manejar los *pedales* de un piano de Erard ó de Montano.

No falta quien se queje de su suerte adversa en el ejercicio de su profesión.

Ciertamente, no todos los que siguen la carrera de la música logran alcanzar una posición ventajosa, y hay algunos que, por falta de talento ó de laboriosidad, se ven obligados á buscar otra manera de vivir. Lo mismo pasa en las demás carreras.

Hasta la leña en el campo  
Tiene su separación;  
Una sirve para santos  
Y otra para hacer carbón.

Si todos los que estudian para médicos ó abogados cuajaran y llegaran á tener clientela... ¡Pobre humanidad!»

La educación musical que se ha desarrollado felizmente en España y que ha transformado por completo la inteligencia y aficiones del público profano, no es sólo la educación técnica que se recibe en las escuelas especiales, sino la que se ha adquirido durante los años de vida que llevan la *Sociedad de cuartetos* y la de *Conciertos* que nos han hecho conocer obras maestras de las que antes se ignoraba el nombre de sus autores por el vulgo, y ahora las distingue hasta por el *tono* en que están escritas.

Yo he oído decir á un aficionado *oreechiante*, incapaz de conocer si un papel de música se halla colocado hacia abajo ó hacia arriba, que le gustaban mucho «la sinfonía en *do menor* de Beethoven y el quinteto en *sol menor* de Mozart.»

¡Qué diferencia de aquellos tiempos, y no muy lejanos, en que las soberbias obras que hoy causan la admiración de nuestro público y las aplaude con entusiasmo, se oían de mala voluntad y se calificaban desdenosamente entre bostezos de *música sabia*, equivalente, según el público de entónces, á *música fastidiosa!*

Con permiso de la distinguida Sociedad, voy á citar unas frases groseras que ahora serían rechazadas con indignación general, de uno á quien le preguntaron, «qué le parecía el andante de la *Sinfonía Pastoral* que acababa de ejecutarse,» y contestó:

—¡Si esto es más largo que la esperanza de un pobre! ¡Señor, si dura más que un par de botas!...

Cuanto pudiera decirse en elogio de los ilustres fundadores y directores habilísimos de las sociedades civilizadoras del pueblo español en el conocimiento del repertorio clásico-musical, fuera pálido en comparación de lo que se merecen.

¿Quién no envidiará la gloria de Monasterio, Guelbenzu, Gaztambide, Barbieri y Vázquez?

Sus nombres exclarecidos quedarán grabados en la

historia y serán considerados por las generaciones futuras, como faros bienhechores que han iluminado la *selva oscura* del arte

che la diritta via era smarrita.

Respecto á la conveniencia é importancia de generalizar todo lo posible la educación elemental y popular de la música, dije hace poco en otra parte (\*):

«Todas las naciones civilizadas lo comprenden así. Popularizar á la vez que perfeccionar su estudio es una de sus preferentes atenciones.

»En el Congreso Musical Belga, primero, y recientemente en la sección musical del Congreso de Amberes, se ha tratado extensamente esta cuestión.

»La Comisión enviada en 1876 por el ministerio francés de Instrucción pública á la Exposición Universal de Filadelfia, hizo constar en el luminoso informe que presentó, el siguiente curioso dato:

«En las escuelas donde la enseñanza musical se halla más desarrollada y floreciente, las demás enseñanzas se encuentran también á grande altura.»

Esto se comprende muy bien.

La música es luz del alma que aviva los sentidos y no puede menos de ejercer favorable influencia en la juventud aplicada.

En muchos paises, antes que el niño tenga el menor conocimiento del abecé y de la teoría elemental del solfeo, se le hace cantar breves y sencillísimas melodías con palabras que fácilmente se graban en la memoria, contribuyendo de este modo á despertar suave y progresivamente su infantil inteligencia.

Es un ejercicio muy provechoso para los niños. Con él se mejora su oído, se corrigen defectos de pronunciación, muy comunes en ellos, se desarrolla el sentimiento del ritmo y, lo que no tiene precio, les produce

---

(\*) En la Escuela de Música y Declamación.

una saludable alegría, moral y físicamente considerada.

Además puede apreciarse como excelente preparación para el conocimiento del solfeo, con cuyo requisito marchan sobre seguro los que quieran dedicarse después á estudios superiores.

«Si todos aprendieran desde la infancia el canto y la lectura musical, dice un ilustrado escritor, ofrecería ventajas considerables, fáciles de comprender, para la educación general y para la formación de coros y orquestas, sociedades populares ó filarmónicas, conciertos, festivales, músicas militares, etc., etc.

Bélgica, Holanda y Suiza, sin necesidad de citar otras naciones, presentan abundantes y elocuentísimos ejemplos que prueban la verdad de semejante aserto.

A eso debemos aspirar en España los que amamos el progreso en sus manifestaciones más cultas y provechosas.

Sin que sea jactancia meridional, podemos asegurar que los habitantes de las orillas del Ebro, de los valles y montañas de Cataluña y Galicia y de las Provincias Vascongadas, no ceden en inteligencia y aptitud musical á los hijos de los pueblos que baña el caudaloso Escalda ni á los moradores de la pintoresca patria de Guillermo Tell.

En vida del inolvidable Clavé se organizaron, bajo su acertada dirección, notables y numerosos orfeones, que ostentaban en sus estandartes el glorioso escudo *de las sangrientas barras*, enlazado con símbolos del arte fascinador.

En Galicia las sociedades musicales están dando pruebas de una gran actividad, digna del mayor elogio, cultivando sus poéticos cantos populares, al mismo tiempo que la organización de las masas corales y su instrucción van perfeccionándose.

Estos son elementos propios y ricos para la ópera

popular española—bulgo Zarzuela—espectáculo en el que debiera reflejarse siempre, con discreción y arte manejada, la nacionalidad musical que tanto distingue á nuestro país de los otros.»

La ópera popular debe considerarse también como medio admirable de desarrollar en las masas la afición á la música, y los autores que se dedican á cultivarla, son dignos de aplauso y de protección que no tienen.

Los individuos de la Asociación artística-cooperativa, para continuar el desarrollo de la zarzuela, allá por los años de 1849 á 1850, Sres. Barbieri, Gaztambide Oudrid, Hernando, Inzenga, Salas y Olona prestaron el servicio mayor que se ha prestado en España, al teatro lírico-dramático español y de cuya prosperidad pende la suerte de innumerables familias.

Es de lamentar que á las primeras obras que se dieron con el título de Zarzuela en nuestros tiempos, no lo hubiesen cambiado por el de ópera popular, ó cosa parecida.

Siguiendo el argumento que emplearon para poner el desdichado nombre á la primera comedia con música que se representó en el Palacio de la Zarzuela del Pardo, pudo haber llamado el Sr. Hernando á *Colegialas* y *Soldados* que se representó en el teatro de la calle de las Urosas, *Instituto*, porque este era su nombre.

Dos de los compositores más populares y que mayormente contribuyeron al crédito de la zarzuela en su período brillantísimo, fueron Gaztambide y Oudrid.

Habiendo sido los dos colegas míos muy apreciados, me he creído en el deber de consagrar un recuerdo fraternal á su memoria en el momento que se ha mentado el espectáculo lírico-dramático español por ellos sumamente popularizado.

D. Joaquín Gaztambide tenía talento claro, gran imaginación, y aptitud para la música dramática de primer orden.

Fué director de orquesta notabilísimo, porque á su grande inteligencia unía un caracter enérgico que todos respetaban.

En sus obras se manifestó siempre espontáneo, elegante y vigoroso.

*Catalina, Los Magyares, El valle de Andorra, Una vieja, Casado y Soltero, El estreno de una artista, etc.*.. que se deben á su genio poderoso lo prueban.

Su música característica española no tiene rival, por la brillantez rítmica y el buen gusto que la distingue.

D. Cristóbal Oudrid fué un compositor de intuición fecunda para crear ideas musicales llenas de gracia y frescura, y un hombre de trato muy ameno con sus amigos, que segufan con él la broma de decirle, «que nadie sabía de donde era, ni quien había sido su maestro, y mucho menos... la edad que tenía.»

Era rubio como un hijo de la soberbia Albión y tenía acento andaluz: componía jotas con el espíritu aragonés de un héroe del sitio de Zaragoza, dígalos su famosa rondalla; gallegadas, como si hubiese nacido en los pintorescos valles de Galicia; bailables característicos andaluces, manchegos, ó lo que fuera necesario, como nadie. Escribió zarzuelas importantes en todos los géneros, que alcanzaron éxitos brillantes.

Saliendo un día del teatro del Circo, Oudrid, en compañía de un amigo que la echaba de Licurgo, se entabló entre los dos una conversación que aproximadamente se redujo al siguiente diálogo:

—Debiera Vd. estudiar más, amigo Oudrid.

—No tengo tiempo.

—Debiera Vd. ilustrarse para poder juzgar por sí mismo con filosóficas consideraciones, las condiciones de sus propias obras y saber en qué consiste la impresión que causan en los demás.

—Confieso francamente,—replicó Oudrid, que no soy

partidario de las disertaciones académicas de los cinocéfalos sobre si los versos se hacen con la *glándula pineal*, y que tengo en mucho las rudas lecciones del gran filósofo que se llama Público, á quien todos, sin excepción, procuramos contentar, y que para hacerle sentir se necesita tener un alma bien templada.

Hora es ya que el divino arte ataje mi torpe palabra con su maravilloso lenguaje y rompan á cantar las distinguidas señoritas y suenen los bien templados instrumentos manejados por artistas que son gloria del arte español.

Dijo Ayala:

La música es el acento  
Que el alma arrobada lanza  
Cuando á dar forma no alcanza  
A su mejor pensamiento;  
De la flor del sentimiento  
Es el aroma lozano;  
Es del bien más soberano  
Presentimiento suave,  
Y es todo lo que no cabe  
Dentro del lenguaje humano.

HE DICHO.

## PROGRAMA MUSICAL

---

- 1.º Terzetto de la ópera titulada *Una cosa rara*, cantado por las señoritas Lizarraga, Guidotti y Castro, alumnas de la Escuela Nacional de Música y Declamación y discípulas del Sr. Inzenga..... MARTINI.
- 2.º *Las quejas de Maruja*, canción española cantada por la señorita Terzi, discípula del Sr. Martín y alumna de la Escuela Nacional de Música y Declamación, acompañada con la guitarra por el profesor D. Ignacio Agustín Campo..... SORS.
- 3.º Dos tiempos de un cuarteto, ejecutados por los Sres. Monasterio, Urrutia, Lestán y Mirecky..... ARRIAGA.
- 4.º *El chacho moreno*, canción española, cantada por la señorita Guidotti..... GOMIS.
- 5.º *Adiós á la Alhambra*, melodía para violín, ejecutada por la señorita Terzi, discípula del autor..... MONASTERIO.
- 6.º Canción de *El estreno de una artista*, cantada por la señorita Lizarraga..... GAZTAMBIDE.
- 7.º Dúo de *Boleras y Caña*, cantado por las señoritas Guidotti y Castro..... GARCÍA.

# LAS QUEJAS DE MARUJA

CANCIÓN

CON ACOMPAÑAMIENTO DE PIANO

DE

DON FERNANDO SORS



# 18.<sup>a</sup> CONFERENCIA

---

## T E M A

D. Lucio del Valle.—El arte del ingeniero y el cultivo de las matemáticas en España.

### ORADOR

DON EDUARDO ECHEGARAY

---

*Señoras y señores:*

No era yo la persona encargada de esta conferencia, sino mi querido hermano D. José; pero molestado, desde hace tiempo, por un fuerte catarro, no ha podido tener el gusto de presentarse hoy delante de vosotros. Inutilizado el que podíamos llamar EcheGARAY de tanda, la Junta Directiva del Ateneo ha encargado al EcheGARAY de reserva, que os explique esta noche la historia del ilustre ingeniero D. Lucio del Valle. Todos comprendereis, sin que yo os lo diga, cuánto habeis perdido en el cambio, y no me hubiera atrevido, os lo aseguro, á ocupar un puesto reservado á mi hermano, si de antemano no contara con vuestra amabilidad y benevolencia. Con ella, pues, por guía, voy á explicaros en esta sesión el desarrollo de las obras públicas en España durante los sesenta primeros años de

este siglo, y la marcha de las ciencias exactas en nuestra patria en el mismo período.

¿Qué eran las obras públicas en España antes de mediados del siglo pasado? Nada, ó poco menos, desde el instante en que desaparecieron los últimos restos de las vías romanas.

Los caminos estaban reducidos, ó á estrechas sendas abiertas por el hombre en el trascurso de los siglos por medio de los montes y las selvas, ó á reducidos carriles, que unas veces se plegaban á las sinuosidades del terreno, y subían con fuertes pendientes á las crestas de las montañas, de donde descendían en rápidos zic-zags al fondo de los barrancos, y que otras veces corrían por las orillas de los ríos, por el cauce de los arroyos ó por el borde de profundos abismos.

¿Quién los trazó? Difícil es saberlo; probablemente el acaso. Tal vez el cazador al perseguir su presa; ó el pastor al guiar sus rebaños; ó el hombre, en fin, al buscar á sus semejantes al través de las quebradas del terreno.

¿Qué obras contenía? En general ninguna. Alguna que otra vez el viajero tropezaba con un puente construído, ya por la munificencia de los reyes, que así llamaban entonces al acto de dar los monarcas á los pueblos algunas migajas del Tesoro público, que por casualidad no habían gastado en desastrosas guerras, ó ya por algún alto y poderoso señor feudal para cobrar un fuerte pontazgo, ó para poder desbaliar con más facilidad al pobre viajero.

¿Qué firme cubría su superficie? Ninguno. Por todas partes se veía el terreno natural con sus profundas desigualdades, con sus escaleras de piedra y con sus grandes charcos en donde se pudría el agua de la lluvia ó la del cercano manantial.

¿Quién los conservaba? La naturaleza. El aire se en-

cargaba de barrer el polvo en el verano; el sol de secar el barro en el invierno, y la atmósfera y el tránsito de borrar las desigualdades del camino. Solo alguna que otra vez, los pueblos, ya por su propio interés, ya por cumplir lo mandado en las siete partidas, arreglaban, por prestación personal, análoga á la sexta fèria de Astúrias, los caminos y las demás obras públicas; pero sus trabajos quedaban reducidos á disminuir la pendiente en unos puntos y á ensanchar aquellos en que la vida del viajero iba pendiente de un mal paso de su cabalgadura.

Pero si las vías terrestres eran completamente desconocidas á nuestros abuelos, no sucedía lo mismo con las fluviales, las cuales llamaron su atención desde los tiempos más remotos.

Don Juan II tuvo el raro capricho de querer convertir á Madrid, como el héroe de cierta popular zarzuela, si no en puerto de mar, por lo menos en puerto de río, haciendo navegable el Manzanares hasta el puente del Pardo, trayendo á este arroyo, por medio de un largo canal, las aguas del Jarama. Tal idea, como comprendereis sin gran trabajo, no pasó de ser un proyecto atrevido.

Más feliz en sus empresas Cárlos I, empezó á construir un canal, que más tarde recibió el nombre de Imperial, bajo la dirección de un ingeniero flamenco. La primera acequia llegó hasta los llanos de Zaragoza y Fuentes; pero habiéndose destruído un desmonte de 38 palmos de altura, la obra fué abandonada y en este estado permaneció cerca de doscientos años.

En tiempo de Felipe II hubo un verdadero vértigo por cruzar nuestra patria de vías fluviales. Este rey, que concibió tan gran pensamiento, encargó la empresa á Antonelli, quien empezó á realizarla haciendo navegable el río Tajo. Todas las poblaciones de España se apresuraron á ofrecer á Felipe II recursos metálicos

para llevar á cabo su proyecto, excepto ¡cosa extraña! Toledo que parecía, á primera vista, la más interesada. Según la historia, las obras realizadas en el Tajo permitieron que una chalupa subiera desde Lisboa hasta Toledo, y que descendiera después al mar cargada de trigo; pero distraído más tarde Felipe II con otras empresas de carácter político, y muerto Antonelli, se abandonó el proyecto de construir en España una red de vías fluviales.

En los reinados posteriores, durante el siglo xvii, también hubo conatos de nuevas empresas de este género; pero de todas ellas solo quedó el recuerdo, ó á lo más algunos papeles guardados en nuestros archivos.

Las pocas obras de riego, de abastecimiento ó de navegación que había en nuestra patria antes de mediados del siglo xviii, eran casi en su totalidad árabes ó romanas.

Si las comunicaciones interiores permanecieron abandonadas tantos siglos, lo mismo les sucedía á las marítimas. Solo en alguno de nuestros hermosos puertos, había pequeños muelles, de esos que hoy se denominan el viejo. Nada de faros; solo en alguna localidad, como Barcelona, Málaga, Cádiz, etc., había á la entrada del puerto una pequeña linterna, farol que indicaba al navegante la boca de la bahía. Pero estas luces no se encendían todas las noches, unas tan solo en los días de borrasca ó niebla y otras permanecían apagadas en las noches en que la luna iluminaba la tierra con su plateada luz.

No había, pues, esa grandiosa iluminación que hoy guía al navegante en medio de la oscuridad de la noche; solo en las de tormenta se veían lucir algunas hogueras en las crestas de los montes, para llamar al pobre pescador hácia su hogar; luz encendida no por la mano del Estado, sino por el amor y el cuidado de la familia. Solo allá, en las costas de la Coruña, se ele-

vaba esa grandiosa torre, llamada de Hércules, resto de la dominación romana, en cuya cima se encendía una hoguera, para indicar al marino, que navegaba por el Océano, la proximidad de la tierra española.

Tal era el estado de nuestra patria antes de mediados del siglo XVIII. ¡Razón tenían nuestros abuelos, al considerar un viaje como una de las mayores calamidades que le podía ocurrir á una familia! Por eso comulgaban, confesaban y se disponían á bien morir antes de emprenderlo, pues pensaban que era casi imposible salvar la vida, ya de los peligros del camino, ya de las manos de los bandoleros, que cual terrible plaga brotaban de los pliegues del terreno y de las ondas del mar.

Tal era España en 1748. En esta fecha empieza á desarrollarse el gérmen de las obras públicas en nuestra patria, el cual ha tardado más de un siglo en adquirir el estado floreciente que hoy tiene. Reinaba entónces en España Fernando VI, ese rey que si ocupa un lugar modesto en nuestra historia, porque enemigo de la guerra, no se cuentan en su reinado ni grandes combates, ni gloriosas luchas, pero que es á los ojos de todo pensador más grande que los famosos conquistadores, porque supo romper con la tradición de nuestra aventurera raza, y lanzar á la nación por las vías de la civilización, de la paz y del progreso.

En 1749 se empezó la primera carretera de España, la de Reinosa á Santander; vino después la habilitación de los caminos de los sitios reales y, por último, la construcción del paso del Guadarrama. Tiene esta obra en su historia, el grato recuerdo de que en su construcción se emplearon soldados como obreros. ¡Qué hermoso destino el dado por Fernando VI á aquellos brazos destinados á manejar el fusil! Pero en la fecha de donde arranca realmente la regeneración de

las vías de comunicación en España, es la de 1761; en ella se empezó á organizar el servicio y á construir las carreteras de Madrid á los sitios reales, á Valencia, á Barcelona y el paso de Despeñaperros.

Pero como nadie nace enseñado, y como todo necesita un largo aprendizaje, las obras públicas de España le tuvieron, y bien triste por cierto, durante la segunda mitad del siglo pasado.

Como la construcción de los puentes dependía del Consejo de Castilla, y la de los caminos de la Superintendencia de los mismos, sucedía con frecuencia que no se ponían de acuerdo ambas direcciones, y la nación veía con pena un puente sin camino y una carretera sin puente para atravesar un río.

El defecto principal que entonces se notaba, era la falta de personas inteligentes que dirigieran las obras, y como se creía que una carretera la hace cualquiera, se encargaba su construcción á un albañil, á un cantero, á un fraile ó á un médico. Esto llevó consigo graves errores en la ejecución de las obras; en unas, como en la de Barcelona á Villafranca del Panadés, se invirtieron ventisiete millones en cinco leguas; en otras, como en la de Albacete á Valencia, se dejó el terreno llano de Játiva, y se penetró en el interior de la sierra; se hicieron en ella colosales obras, se gastaron grandes cantidades, y por último se abandonó la carretera, porque los directores no encontraron salida del laberinto en que se habían metido. Otra vez, en el paso del Júcar, se construyó un puente en seco, pensando llevar después el río por debajo; pero como este tuvo siempre el capricho de no pasar por allí, el viajero contemplaba admirado un hermoso puente sin río, y un gran río sin puente.

Fué en vano que en 1778 y 1785 se tomaran por los gobiernos de Cárlos III y Cárlos IV y especialmente por Floridablanca, grandes medidas para cortar este mal,

pues todas resultaron inútiles y las cosas continuaron así hasta final del siglo.

Lo que sucedía en las vías de comunicación, pasaba en los canales, puertos y faros; se concebían grandes proyectos, pero se ejecutaban mal.

Fernando VI empezó la construcción del canal de Castilla en 1753, cuyas obras continuaron hasta 1800 y se han terminado en nuestros días.

Cárlos III quiso seguir las obras del canal imperial; pero poco ó nada se hizo en ellas hasta 1772, en cuya fecha se encargó de su dirección Pignatelli, quien ejecutó grandiosas construcciones.

En 1774 se concedió á D. Pedro Prades la ejecución de un canal de 43 leguas de largo de Huéscar á Cartagena, y que regara 45.000 fanegas de tierra.

En 1784 se empezaron las obras destinadas á regar la fértil campiña de Lorca, y se construyeron los pantanos de Val del Infierno y de Puentes; destruído este de una manera trágica en 1802.

Era el 30 de Abril del citado año; los guardas y operarios del canal observaron que por debajo de la presa salía el agua á borbotones, y que, como estaba cargada de tarquín, formaba en el aire hermosas palmeras de color rojo. A la media hora se oyó un ruido terrible, era que la alta torre que alimentaba las llaves, se había roto; pocos instantes después el agua aumentó.

No habían pasado algunos minutos, cuando se escuchó un nuevo estruendo, y luego otro más grande, y acto continuo se abrió en la parte inferior de la presa un ancho boquete, por donde se precipitó un mar de agua, que por su color rojo parecía un torrente de sangre, arrastrando en su rápida marcha maderas, piedras, pedazos de compuertas, etc., y todo reunido se precipitó barranco abajo, cual terrible avalancha destruyendo cuanto encontraba en su camino. A pocos pasos de

allí, sorprendió y anegó el coche en donde venía el comisario de aguas D. Pedro Robles, primera víctima de esta catástrofe; más allá arrojó, cual si fueran terribles arietes, piedras y maderas contra los fuertes muros de la casa de Seron, en cuyo terrado se habían guarecido, llenos de terror, más de 300 infelices sorprendidos por la inundación. Pero llegó un instante en que el edificio no pudo resistir los embates del agua; y entonces, causa horror pensarlo, la casa crugió con terrible acento, vaciló un instante y después se hundió, arrastrando consigo en medio de las aguas, á aquellos 300 séres que la habían pedido auxilio, y todos se ahogaron sin poder ser socorridos por sus amigos y parientes que los contemplaban desde las alturas próximas.

Las aguas siguieron su curso, llegaron á Lorca, inundaron la parte baja de la población, penetraron en los conventos de religiosos mercenarios y de San Diego, persiguieron á los frailes de claustro en claustro, de piso en piso y sólo se pudieron salvar refugiándose sobre la cúpula del templo. Después la corriente cruzó arroyos y ríos y fué á perderse en la mar.

No hay canal de riego ó de navegación en España, cuya historia no arranque de la segunda mitad del siglo pasado, hasta el del Lozoya se concibió en esta época, en la que se construyó, con el mismo objeto, en la sierra de Guadarrama la presa de Gano; pero habiéndose hundido esta obra se abandonó el proyecto de abastecer de aguas á Madrid.

En obras de puertos también se trabajó, bastante en la citada época; se continuó en Barcelona aquel célebre muelle que empezado en 1484, iba avanzando según las arenas obstruían el paso, y se hicieron grandes dragados para conservar la profundidad. En la Coruña se proyectó un puerto en 1784 si bien no llegó á construirse. Las linternas se multiplicaban por todas partes, gracias á

los derechos creados por Fernando VI, Cárlos III y Cárlos IV.

Creo inútil para mi propósito, y además temo abusar de vuestra paciencia, citaros más obras de las ejecutadas en la segunda mitad del siglo pasado; sólo os diré en conjunto que se hicieron 339 leguas de carreteras, entre nueva construcción y arreglos de los antiguos caminos, que corresponde á seis leguas por año próximamente, y 605 puentes, algunos muelles y las obras de varios canales.

Convencido el Estado, después de medio siglo de aprendizaje, de la necesidad de hacer grandes reformas en el servicio de obras públicas, creó, en 1799, la inspección general de esta clase de obras, cuya jefatura dió primero al conde de Guzmán y después al ilustre ingeniero Bethancout, y formó por último, una Escuela de Ingenieros de caminos, canales y puertos.

Al terminar el siglo XVIII acababa al mismo tiempo el primer período de las obras públicas en España, el que podemos llamar de aprendizaje, y al empezar el XIX todo indicaba que estas iban á entrar en una época de verdadero desarrollo. En efecto, reconcentrada su dirección en unas solas manos, creados facultativos idóneos, establecidos peones camineros en las carreteras, á uno por legua, y buscados recursos especiales para la construcción de los caminos, todo parecía marchar por la senda del progreso. Tanto fué así que durante los ocho primeros años de este siglo, al terminar el año 1807, había ya en España 706 leguas de carreteras, 200 de ellas habilitadas, que corresponden á 46 por año.

Cuando todo parecía sonreír á las obras públicas de España, cruzó por la mente de Napoleon I la idea de unir nuestra patria á su carro triunfal; sus ejércitos no tardaron en penetrar en ella, y se empezó aquella terrible lucha entre los españoles y el coloso del siglo XIX

que duró seis años. Inútil es decirnos que durante este tiempo las obras públicas quedaron abandonadas; uno y otro día sus puentes volaban á impulsos de la pólvora y el resto de sus construcciones desaparecían bajo las ruedas de los cañones y el paso de los ejércitos. La Escuela de Ingenieros de caminos desapareció, porque los profesores y los alumnos, dejando el lápiz y el compás, corrieron á tomar la espada, y los peones camineros y los demás obreros abandonando los útiles del trabajo, empuñaron el fusil y se lanzaron por esos cerros de Dios á matar franceses.

Por fin, la guerra concluyó, los ejércitos de Napoleón I, después de la derrota de Vitoria, atravesaron el Vidasoa; Fernando el Deseado volvió á España y empuñó el cetro. Todo parecía indicar una próxima era floreciente para el progreso de nuestra patria, especialmente de las obras públicas. ¡Triste desengaño! Había terminado una lucha material y se presentaba en lontananza un combate moral.

Durante aquellos seis años de guerra, los ingenieros se habían afiliado, en su mayor parte, al régimen constitucional y este pecado no lo podía perdonar Fernando VII; por otra parte, el naciente cuerpo había desarrollado en torno suyo terribles envidias y grandes rencores entre aquellos á quienes había privado de la explotación de las obras públicas, y todas estas causas reunidas le hicieron caer en desgracia con el rey.

La Escuela no se volvió á abrir, sus restos fueron dispersados, Bethancout abandonó su patria y se puso al servicio del emperador de Rusia; la inspección de caminos desapareció y estos fueron á parar unos á la dirección de correos y otros á protectorías especiales; todo indicaba un inmenso retroceso.

En estos tristes momentos nació en Madrid, á principios del año 1815, el héroe de nuestra conferencia, don

Lucio del Valle, y mientras que este ilustre ingeniero crecía y se desarrollaba, indicando ya su claro talento, su prodigiosa actividad y la entereza de su carácter, al estudiar los elementos de latinidad, las matemáticas bajo la dirección del profesor Travesedo, y durante los años 33 y 34 los principios de la arquitectura, España continuaba, respecto á obras públicas, en el mismo estado de postración que antes indicamos.

Durante este largo período de veinte años, salvo la época constitucional de la que hablaremos después, sólo se construyeron 146 leguas de carreteras, que corresponden á siete por año; se atendió bastante mal á la conservación de las existentes, que habían quedado en deplorable estado desde la guerra de la Independencia; apenas se hizo algo en canales, y salvo una nueva prolongación del viejo muelle de Barcelona, y de la limpia de este puerto por medio de dragas de vapor, nada hay digno de citarse.

En medio de esta época de triste retroceso, sólo hubo un instante de descanso, en que brilló la luz del progreso, el período constitucional del 20 al 23. Sus hombres de estado concibieron grandiosos proyectos, que indudablemente hubieran realizado, si la libertad no desaparece, como un relámpago, de nuestra patria á impulso de los ejércitos franceses. Sin embargo, tuvieron tiempo para volver á abrir la Escuela de caminos, y en ella ingresaron muchos de los que más tarde contribuyeron al desarrollo de las obras públicas en España. Entre ellos se encontraba, como uno de los más sobresalientes, el ilustre D. Pedro Miranda, que fué más tarde director general de obras públicas, y que abandonó la carrera militar para dedicarse á la de ingeniero civil.

Pero este rayo de luz, en medio de la oscuridad, este oasis en las soledades del desierto, fué de nuevo destruído al advenimiento del absolutismo. Fernando VII cerró la Escuela de caminos, dispersó á los pro-

fesores y á los alumnos, persiguió á muchos ingenieros á quien declaró impuros; de ellos unos tuvieron que emigrar, otros hicieron largo conocimiento con las cárceles del Estado. Los jóvenes que estudiaban la carrera de ingenieros de caminos, unos la abandonaron y otros como D. Pedro Miranda, fueron á Paris á terminar sus estudios.

No pasaré en silencio un hecho, que aunque realmente no se refiere á obras públicas, tiene sin embargo alguna relación con ellas, y porque además, en mi opinión, indica lo único que en el extranjero aprendió Fernando VII respecto á carreteras.

Apenas este rey empuñó el cetro, publicó una orden autorizando la formación de empresas de coches diligencias, habiendo empezado á correr la primera en 1816 desde Barcelona á Reus; formándose más tarde la sociedad catalana que llevó este beneficio á otras poblaciones.

Corría el año 29; los horizontes políticos de nuestra patria empezaban á aclararse; la palabra libertad no aterraba ya á Fernando VII y revivían las obras públicas de España. Encargado de la dirección facultativa de ellas el ingeniero D. Agustín Larramendi, llamó á su alrededor los dispersos restos ingenieriles que el huracán absolutista había dispersado; atrajo al mismo tiempo á otros elementos que le podían auxiliar en su empresa, y trató de reformar el servicio de obras públicas. Entre ellos vino D. Pedro Miranda que fué encargado de la construcción del puente colgado de Aranjuez, y que llegó á ser uno de los más fuertes pedestales en donde se apoyó la regeneración de las obras públicas de España.

Muerto Fernando VII el año 33 y proclamado el régimen constitucional el 34, las cosas cambiaron en nuestra patria para las obras públicas. Fué puesto al frente de este servicio el ingeniero Larramendi, se separó esta dirección general de la de correos, se reunie-

ron cuantos ingenieros fué posible, se creó la Escuela de Ingenieros de caminos, se proyectó el Colegio Científico de Alcalá para el ingreso en esta Escuela y en la de Minas y se concibieron otros mil proyectos, que todos ellos indicaban que las obras públicas iban á entrar en una vía de rápido progreso. Pero otra vez fueron víctimas del absolutismo y sufrieron un nuevo desengaño, pues la guerra civil de los siete años imposibilitó la construcción de toda obra, falta como estaba entónces la nación, no sólo de seguridad personal, sino de recursos pecuniarios. Por fin, y tras el abrazo de Vergara, la paz y tranquilidad volvió á nuestra patria en 1839.

En este largo plazo, Valle ingresó en 1834 en la Escuela de caminos, y salió de ella con el número 2 de su promoción, en 1839. Valle fué honrado por el gobierno, antes de salir de la Escuela, con una envidiable distinción. Eran tan pocos los ingenieros de que disponía España, á pesar de que el cuerpo se organizó en 1836, que no podía cubrir las plazas vacantes de profesores de la Escuela; en este apuro el gobierno, resolvió nombrar catedráticos de los primeros años, á los alumnos más aventajados de los últimos, y Valle fué hecho profesor de Geometría descriptiva, dándole en propiedad, al terminar su carrera, la de Topografía y Geodesia.

Por fin, y después de cuarenta años de retraso, lució para las obras públicas de España una época de bienandanza, aquella que habría brillado en tiempos de Bethancourt, si no lo hubieran impedido dos largas guerras y un lamentable reinado.

Era en 1840 director general de obras públicas don Pedro Miranda; España estaba en paz, sólo era turbada por rápidos pronunciamientos, que si perturbaban la nación, tenían la ventaja de pasar como el relámpago. La Escuela de caminos iba dando promoción tras promoción; nuevos decretos mejoraban el servicio de las

obras públicas; éstas perfeccionaban su construcción, y todo parecía marchar perfectamente y, sin embargo, faltaba lo principal, pues faltaba el dinero. Hé aquí el nuevo, pero formidable enemigo, con quien tuvieron que luchar las obras públicas durante muchos años. No os hablaré, por no agotar vuestra paciencia, del empréstito de los 400 millones de D. José Salamanca, ni de las causas que motivaron su rescisión; tampoco lo haré del contrato de 200 millones de D. Francisco la Riva, mucho menos del triste Banco de Fomento, ni de las emisiones de acciones de carreteras del 50, 51 y 52, ni de los apuros del gobierno en los años de 53 y 54, pues sería cuestión de nunca acabar.

Vino, por fin, la revolución de 1854, y á su impulso, gracias á la desamortización, brotaron recursos por todas partes para la construcción de las obras públicas. Creo inútil, señores, recordaros aquellos seis años en que gobernó la unión liberal, en que no bastaban ni los contratistas ni los ingenieros que había, para cubrir España de carreteras y de caminos de hierro. Voy tan sólo á hablaros de las obras públicas bajo su perfeccionamiento teórico, en cuyo desarrollo tanta parte tomó el ingeniero Valle.

Al encargarse de la Dirección general de obras públicas D. Pedro Miranda, dispuso la construcción de muchas carreteras y la de cuatro grandes puentes colgados; una de ellas era la de las Cabrillas, de cuya ejecución fué encargado Valle, pues su carácter le llevaba más hacia la vida del ingeniero práctico, que á la sedentaria de profesor de la Escuela.

Los ingenieros de las primeras promociones tenían una misión que cumplir, la de elevar el arte de la construcción en nuestra pátria, á la altura que tenía en otras naciones; Valle fué encargado por la suerte de dar á sus compañeros lo que se puede llamar un modelo, al construir la carretera de las Cabrillas.

Grandes y hermosas fueron las obras que Valle ejecutó en este camino; pero solo os citaré una, por no molestar más tiempo vuestra atención, la del paso del Cabriel. Terminaba esta carretera en el alto de Paradilla; ante la vía se presentaba un ancho y profundo valle, rodeado de ásperas y pendientes laderas, por cuyo fondo corría el citado río. Imposible parecía encontrar desarrollo para bajar hasta el Cabriel, y más difícil todavía hallarle para subir por la ladera opuesta.

Valle, agarrado á un instrumento, tanteó, midió, volvió á recorrer el terreno, y por fin brotó de su inteligencia la solución del problema; esos hermosos zig-zags que cual inmensa culebra se retuercen en las laderas del Cabriel, y bajan desde el alto de Paradilla hasta el fondo del citado río.

Todavía quedaba una cuestión que resolver, el paso del Cabriel. Valle proyectó, y después ejecutó, con ayuda de un presidio, un hermoso puente de artísticas proporciones y de esmerada construcción; tanto, que tal vez el que hoy recorra la carretera de las Cabrillas, diga que no está en armonía lo agreste del país y lo delicado de la obra.

El día de la inauguración, el ministro de Fomento que presidía el acto, dijo á Valle en un momento de entusiasmo:

—Piense Vd. una recompensa por tan hermosa obra.

—Ya está pensada, contestó Valle, un año de rebaja para mis pobres presidiarios.

Esta obra, así como las demás de la carretera de las Cabrillas, han servido de modelo á todas las de su clase, que eran en número muy grande en el año de 1860 en que termina mi relato, y que hoy alcanza á una cantidad considerable.

Aprovechando Valle los estudios que había hecho, antes y durante su carrera de ingeniero, se hizo arquitecto en 1840.

La historia de los faros es más corta que la de las carreteras; simples linternas, colgadas á las entradas de los puertos durante el siglo XVIII, empezaron á aumentar de importancia al despuntar el XIX. En 1807 se construyó el pequeño faro del Cabañal, en Valencia; después, hasta 1839, no se volvió á encender una sola luz en nuestras costas, parecía que estas luminosas obras estaban reñidas en la oscuridad de las ideas que reinaban en aquella época. En 1839 se iluminó en Santander el primer faro lenticular que brilló en las costas de España; después se encendieron en 1844 y 1847 las luces de la Torre de Hércules y la de Vigo.

En 1847 el gobierno comprendió que nuestra patria debía entrar resueltamente en la iluminación de sus costas, pues era vergonzoso para España que el litoral solo estuviera alumbrado por 13 luces de puerto. Entonces el gobierno formó una comisión mixta de ingenieros y marinos, que redactó un hermoso y completo plan de alumbrado, que se empezó á construir inmediatamente.

Pero desde los primeros momentos se echó de ver la necesidad de disponer de un personal apto para este penoso servicio; por esto se abrió en 1851 la Escuela de torreros de faros, de donde han salido la mayor parte de esos empleados, que pasan su vida alejados de toda sociedad, y pegados, como gusanos de luz, á la torre de su faro. En 1856 había 40 construídos, 19 en construcción y varios en proyecto.

También le tocó á Valle intervenir en la construcción de nuestros faros. Estaba este ingeniero en Londres con una misión científica, cuando recibió el encargo de proyectar un gran faro de hierro para las bocas del Ebro. Puso su poderosa inteligencia en juego, y de ella salió la idea de un hermoso faro de 53 metros de altura, de elegantes y armónicas proporciones y de monumental aspecto, obra que hizo decir á Friedman en la ex-

posición de Viena, que era un modelo entre los de su clase digno de imitarse.

Tiene esta obra una triste historia durante su construcción. Envió la casa inglesa, en cuya fábrica se ejecutó el faro, veinte obreros para montarle; llegaron á las bocas del Ebro, empezaron sus trabajos; pero aquellos pobres seres que nunca habían tomado más que mala y cara cerveza, al encontrarse con los ricos vinos españoles, se entregaron con pasión á la bebida, tanto, que solo un corto número de ellos volvieron á su país, los demás fueron víctimas de su intemperancia.

Si Valle ejecutó en carreteras y en faros verdaderos modelos, en canales sus construcciones son obras maestras dignas de consideración y respeto.

Grande fué el número de obras fluviales que se proyectaron en España en la época á que nos estamos refiriendo; se estudiaron las del Guadalquivir, las del río Tajo desde la frontera hasta Alcántara; se canalizó el Ebro desde Zaragoza hasta el mar; se rectificó el río Alcocer; se construyó el canal de San Carlos entre Amposta y los Alfaques; se hizo el de la izquierda del Ebro; se terminaron las obras del de Castilla y otros muchos que juzgo inútil enumerar; pero sobre todo se empezó la construcción de las obras del Canal de Isabel II, destinado á abastecer de aguas á Madrid. Esta obra que ha causado verdadera admiración en las exposiciones extranjeras, y que ha contribuido á que se diera en una de ellas el gran premio á la dirección general de obras públicas, también fué, por decirlo así, intervenida por D. Lucio del Valle.

Nombrado este ilustre ingeniero subdirector del canal en 1851 y director en 1855, se encargó de la construcción de la última sección de las obras, incluyendo en ellas las de la presa del Pontón de la Oliva.

Si no temiera agotar vuestra paciencia, ya bastante

cansada de tan largo relato, os hablaría de todas las obras que Valle ejecutó, auxiliado de un presidio, en esta época de su vida; pero me limito á citaros como las más notables, la grandiosa presa del Pontón, la ladera de Patones y el acueducto de las Cuevas.

Este último merece especial mención. Era Valle un verdadero artista en las obras públicas; contemplaba un día el barranco de las Cuevas con sus laderas casi verticales de roca viva; su cauce estrecho y cortado en su centro por una gran peña que asomaba su cabeza entre las arenas del arroyo. Valle se paró un instante, sacó un lápiz y un papel, el sobre de una carta, y con verdadera inspiración proyectó en un momento el hermoso viaducto que después construyó.

Sobre aquella masa de piedra que brotaba en el centro del barranco, levantó una esbelta pila de sillería, y desde su extremo volteó dos hermosos arcos que van á apoyarse en las rocas de las laderas. Visto el puente al declinar de la tarde, dulcemente proyectado sobre el azul del cielo, parece una alta palmera de piedra que nace en medio del arroyo.

En 1858, poco antes de abandonar la dirección del Canal de Lozoya, Valle fué condecorado con la gran cruz de Carlos III. Isabel II acompañó la credencial con una expresiva carta. En 1860 las aguas del canal llegaron al depósito del Campo de Guardias, y poco después corría encerrada en tubos de hierro por debajo de las calles de la villa.

Voy á indicaros ligeramente la historia de los caminos de hierro, aunque en ella no intervino directamente D. Lucio del Valle. En 1828 se pidió en España la primera concesión de ferrocarril, era esta para construir uno desde Jerez al Puerto de Santa María; pero caducó en 1838 sin haberse realizado. También caducaron otras pedidas del 30 al 40 y que juzgo inútil citar.

Al concluir la guerra civil se desarrolló en España un verdadero vértigo para pedir concesiones de caminos de hierro; pero todas ellas no tenían por objeto el pensamiento de construir las obras, sino que estaban basadas en la idea del agio, pues de todas ellas solo se realizaron más tarde las vías de Barcelona á Mataró, de Madrid á Aranjuez, y la de Valencia á esta Corte.

Al vértigo del 40 al 45, sucedió un inmenso desaliento del 46 al 49; en esta fecha empezaron á reanimarse los ánimos, ante la esperanza de una subvención directa del Estado. Se dió primero la ley provisional del 51 y con ella se emprendieron las líneas de Langreo, Aranjuez, Irún y Alar. Vino después la ley definitiva de Reinoso que concluyó de reanimar los espíritus, tanto que en 1854 había ya muchas líneas en construcción. Se publicó por fin la ley del 55; la desamortización trajo inmensos recursos y con ellos las grandes subvenciones á los ferrocarriles, que dieron notable impulso á esta clase de obras en nuestra patria.

En la construcción de caminos de hierro, sólo intervino Valle como vocal de la comisión de puentes de hierro, y como individuo de la Junta consultiva de caminos.

Voy antes de terminar la historia de las obras públicas á presentar á Valle como director de la Escuela de Ingenieros.

Restaurada la Escuela en 1834, su enseñanza se fué perfeccionando de una manera notable, tanto que había alcanzado una gran altura en 1848. En esta fecha el Gobierno creó una Escuela preparatoria para las carreras de caminos, minas y arquitectura, la que desapareció en 1855, sin haberse obtenido el resultado que de ella se esperaba. La ley de instrucción pública de 1857 introdujo algunas modificaciones en el régimen de la Escuela de caminos; pero el cumplimiento de lo mandado en

sus artículos se aplazó, y ninguna de ellas se llegó á realizar. En 1865 Valle fué nombrado director de esta Escuela, y desde esta fecha su enseñanza continúa á la altura de los mejores establecimientos del extranjero.

Este ilustre ingeniero murió en 1874, dejando en el cuerpo de caminos un vacío difícil de llenar, y llevándose al otro mundo el respeto de todos y el cariño de sus amigos y compañeros. Tal es, señores, la historia de las obras públicas de España y la del ilustre ingeniero D. Lucio del Valle.

Réstame para cumplir el programa de esta conferencia, hablaros del desarrollo de las matemáticas en nuestra patria durante el presente siglo; pero como la hora es bastante avanzada, me limitaré á haceros un ligero bosquejo de la historia de esta ciencia.

En España, señores, nunca, hasta los tiempos modernos, se ha estudiado las matemáticas puras como ciencia abstracta; no soy yo quien lo asegura, antes que yo lo han afirmado personas de más representación que la mía. En nuestra patria sólo se estudiaba la ciencia de Euclides necesaria para las aplicaciones; era meramente un instrumento de trabajo que necesitaba el marino, el astrónomo y el geógrafo.

Pasados los primeros momentos de la Edad media, Raimundo Lulio trajo á España los estudios matemáticos; la Universidad de Salamanca se apoderó de ellos, y sus ilustres profesores formaron parte de las academias que Alfonso el Sábio reunía en su palacio; pero á la muerte de este rey, en los reinados de Sancho el Bravo y sus sucesores, las matemáticas huyeron de Castilla y se refugiaron en Aragón. Así continuaron las cosas hasta el reinado de los Reyes Católicos, en cuya época volvió á brillar un nuevo período de progreso para las ciencias exactas, y otra vez nuestras universidades cul-

tivaron con esmero la ciencia de Euclides. Si tuviera más tiempo os citaría los nombres de sus dignos profesores; pero el reló me dice que la hora avanza y me es imposible hacerlo.

La ciencia matemática llegó á su apogeo en tiempo de Felipe II, quien aconsejado por Ciruelo y Herrera, abrió en su propio palacio una Academia de ciencias exactas; pero al llegar el siglo xvii esta clase de estudios fueron olvidados, teniendo que ceder su puesto á la poesía.

Fué tanta la decadencia que á partir de esta época tuvieron las matemáticas en España, que en tiempo de Felipe IV se suprimió la Academia creada por Felipe II; en la Universidad de Alcalá quedó vacante la clase de ciencias exactas, y no se proveyó hasta un siglo después; y en la de Salamanca se suprimió como inútil. A tal olvido llegó en España esta clase de estudios, que cuando Felipe V, animado de las ideas que adquirió en el extranjero, quiso resucitar entre nosotros la afición á las matemáticas, y pidió informe á la Universidad de Salamanca, sobre si convenía conceder permiso á don Diego Torres para establecer, en aquella ciudad, una Academia de ciencias exactas, el claustro se opuso tenazmente á semejante idea; porque según aseguraba el jesuita Rivera, que dominaba en este establecimiento, semejante ciencia para nada servía, y hasta se debían tener por diabólicos sus libros, llenos de líneas y figuras.

Pero en el espíritu público se iba infiltrando poco á poco la afición á las matemáticas, tanto que obligó á Fernando VI á hacer un nuevo esfuerzo en su favor, tratando de crear la Academia general de ciencias exactas. ¡Vano empeño! No lo consiguió y los hermosos instrumentos que para ello trajo del extranjero, fueron á parar primero al Seminario de Nobles, y más tarde á manos de los jesuitas.

Esta sociedad comprendió por fin que era imposible resistir más tiempo á la inundación de la ciencia matemática y quiso ponerse á la cabeza del movimiento. Por esto los jesuitas hicieron venir al profesor P. Tosca que les enseñara esta ciencia, y enviaron al extranjero alguno de sus individuos, como el P. Cerdá, para que se perfeccionara en los estudios matemáticos.

Estos trabajos no tardaron en dar fruto, pues el padre Tosca publicó una obra de matemáticas elementales, y el P. Cerdá, en 1758, otra bastante buena que comprendía hasta el álgebra superior; y por fin, el P. Antonio Eximeno, en 1796, otra que tituló *Instituciones matemáticas y filosóficas*.

Fernando VI y Cárlos III, ayudados de sus ministros Ensenada, Grimaldi, Aranda, Campomanes y Florida-blanca, trataron de hacer entrar á las universidades por el camino de las ciencias, empresa difícil, pues éstas, encerradas en sus antiguas preocupaciones, se oponían tenazmente á toda modificación.

Entonces Cárlos III publicó la ley de instrucción pública de 1771, en la que, entre otras radicales reformas, se obligaba á las universidades á abrir clases de aritmética, álgebra y geometría.

Unos establecimientos, como el de Salamanca, se opusieron tenazmente á toda reforma; otros, como los de Alcalá y Valencia, retrasaron la modificación cinco y diez y seis años respectivamente; pero por fin la Universidad de Salamanca cedió, casi al final del siglo, en 1788, y tras ella siguieron todas las demás.

Ante la resistencia de estos centros de enseñanza, el gobierno no permaneció inactivo, y creó varios establecimientos en donde se estudiaban las ciencias exactas, y entre ellos muchos de carácter militar, en donde las matemáticas recibieron cariñosa acogida.

Fernando VI fundó la Escuela de guardias marinas de Cádiz, de donde salieron al poco tiempo hombres tan

eminentes como Jorge Juan, Ulloa y otros. Carlos III, siguiendo el camino trazado por su hermano, estableció en las escuelas de cadetes y de guardias de Corps clases de matemáticas, y abrió los establecimientos militares del Puerto de Santa María, de Ocaña y la escuela de artillería de Segovia, sitios en donde se estudiaban con esmero las ciencias exactas, especialmente en la última, cuya reputación ha llegado hasta nosotros.

Pero no solo se refugiaron las matemáticas en los centros militares, sino también en muchos civiles. Expulsados los jesuitas, se reorganizaron los estudios de San Isidro, el Seminario de Vergara y el de Nobles de Madrid, en este último especialmente se estudiaron las ciencias exactas, bajo la dirección de Jorge Juan y Rosell que publicó un libro, en 1785, titulado *Instituciones matemáticas de caracter elemental y sencillo*.

Se abrieron también, antes de terminar el siglo XVIII, los siguientes establecimientos matemáticos; la Escuela de ingenieros militares, de caminos, cosmógrafos, de caballeros pages, del taller de instrumentos del Observatorio astronómico, para la que escribió Randón en 1794 un libro especial de ciencias exactas, la de torrear y maquinaria del Buen Retiro, para la que publicó Lans su notable obra.

En la empresa llevada á cabo por los gobiernos de la segunda mitad del siglo XVIII, de dar desarrollo en nuestra patria á los estudios matemáticos, también le ayudaron las sociedades económicas y consulados creando Escuelas de comercio y de náutica.

Al terminar el siglo XVIII, y en los principios de este, había en España un verdadero vértigo matemático, hasta se había hecho de moda estudiar ciencias exactas; entónces brillaron muchos hombres, cuyos nombres, si bien son desconocidos en su patria, se encuentran en los libros extranjeros en donde se les tributan los honores que merecen, entre ellos citaré:

Bails, Tofiño, Lemaury, Mazarredo, Mendoza Ríos, Ciscar, los hermanos López, Lista, el eminente Chaix, autor de un notable libro de cálculo infinitesimal, Romaza, Monteverde, Rebollo, Antillon, García, Varas y otros muchos que juzgo inútil citar.

En medio de este progreso científico, sonaron los primeros tiros en las calles de Madrid el día 2 de Mayo de 1808; á su estruendo la ciencia huyó espantada; los hombres dedicados á ella desaparecieron como por encanto; los unos murieron como buenos defendiendo la patria y los otros emigraron al extranjero, como hizo Lista, comprometido por sus ideas liberales; lo cierto es, que al advenimiento de Fernando VII al trono de España, ninguno de estos hombres vuelve á aparecer en el mundo científico, y la mayor parte de los establecimientos que hemos citado, ó se cerraron ó quedaron en un completo estado de postración y desaliento, y ni aún la vuelta de los jesuitas á España pudo animar el movimiento matemático, pues la mayor parte de ellos vinieron viejos y achacosos y no tenían fuerza para tamaña empresa. Sólo en algunos centros militares se conservó el calor de los estudios matemáticos.

Llegó el período constitucional del 20 al 23 y con la libertad todo pareció revivir; las universidades despiertan de su letargo, las academias de artillería é ingenieros militares se reorganizan, y la de San Fernando, bajo la dirección de D. Antonio Vera, da gran extensión á las ciencias exactas. Regresa Lista y publica su obra de matemáticas en cinco tomos; pero vuelve la reacción absolutista y la ciencia huye desfavorida, las universidades se duermen de nuevo, ó son suprimidas; los catedráticos emigran ó son encarcelados; las escuelas se cierran y sólo quedan las academias militares para conservar en su seno la bandera de las ciencias exactas.

De este largo período de veinte años, sólo citaremos algunos nombres de sabios matemáticos, aunque su

reputación no alcance á la de los del siglo pasado. Vallejo, que empezó á escribir en 1815; Zorraquin, que en 1817 publicó una Geometría descriptiva; Lista, que como hemos dicho publicó una obra completa de matemáticas en cinco tomos en 1822; San Pedro, que escribió en 1828 un libro muy estimado de cálculos; Pérez del Rivero, que compuso en 1829 su Ideología matemática; Alemany, en igual fecha, que publicó una Aritmética; Hijosa, una Geometría práctica; y, finalmente, Gutiérrez y Sánchez Cerquero.

Lució de nuevo la libertad, y con ella volvió el gusto á los estudios matemáticos. Creo inútil entrar en largos detalles respecto á este último período, pues es de todos conocido. Desde el año 34 se multiplicaron en España las Escuelas en que con notable emulación se estudian las matemáticas. En los últimos planes de instrucción pública se establecieron en los institutos clases de Aritmética, Algebra, Geometría y Trigonometría. Se fundaron ó reorganizaron las Escuelas de ingenieros de caminos, minas, montes, industriales, de arquitectura, de estado mayor, de artillería y de ingenieros militares. Se estableció la facultad de ciencias, llamada como lo indica su mismo nombre, á estudiar la ciencia por la ciencia, sin mancha de aplicación alguna y, finalmente, en 1848, se crea la Academia de Ciencias exactas, en donde ingresó bien pronto el héroe de nuestra conferencia, D. Lucio del Valle.

Voy á terminar mi discurso; pero no lo haré sin citar los nombres de los matemáticos célebres de España de esta última época; pero sólo nombraré aquellos que han muerto, no haciéndolo con los vivos, por no atacar su modestia. Travesedo, Cortázar, Piélagos, Riquelme, Azofra, Sánchez Vidal, Udriozola, Elizalde, Cámara, Eulogio Jiménez, Rey Heredia, Montojo y otros mil que no cito por no molestar más tiempo vuestra

atención. Ciertamente que ninguno de estos llega á la altura de Euler, Cauchy, etc.; pero esto no impide que España y los estudios matemáticos deban mucho á la propaganda científica de estos sabios españoles.

No sería, señores, justo dejar de hacer especial mención de dos de los sabios que acabo de nombrar, de Rey Heredia y de Eulogio Jiménez, catedrático el primero, astrónomo el segundo.

El álgebra ha tenido en el siglo XIX un inmenso desarrollo; de ella, como del tronco de un árbol, se han desprendido robustas ramas del saber humano, que cada una forma hoy casi una verdadera ciencia. La teoría de los números, la de las cantidades imaginarias, llamadas complejas, la de las formas, y muchas otras que no cito, abren ancho campo á las investigaciones de los sabios matemáticos.

Rey Heredia dedicó largos años de su vida al estudio de las cantidades complejas, y en 1865 publicó una notable obra titulada: *Teoría trascendental de las cantidades imaginarias*.

Eulogio Jiménez escribió una obra completa sobre la *Teoría de los números*, que fué premiada por la Academia de ciencias exactas de España.

Obra, señores, que podemos asegurar con orgullo los españoles, difícilmente se encuentra en el extranjero otra, no que la supere, sino que le iguale, no sólo porque es una recopilación de cuanto se ha escrito sobre la teoría de los números en los tiempos antiguos y en la época moderna, sino porque, mal que les pese á esos seres que nada encuentran bueno en su patria, está expuesta con toda la claridad que permite un asunto tan difícil y tan oscuro como el que trata en su *Memoria* Eulogio Jiménez.

Este sabio, apenas terminada la publicación de tan notable obra, se dedicó á dar á conocer en nuestra patria las obras de Batlzer, traduciéndolas del alemán; en

medio de este importante trabajo le sorprendió la muerte, llenando de pesar á los que nos contábamos entre sus amigos, y robando á España lo que era una esperanza para la ciencia matemática.

Hoy existe en nuestra patria, lo mismo que al terminar el siglo XVIII, un verdadero vértigo científico; pero ahora, por fortuna, el horizonte indica un hermoso porvenir. ¡Dios quiera que causas tan tristes como las indicadas en esta conferencia, no detengan, como en épocas anteriores, el rápido progreso de la ciencia matemática! HE DICHO.



# 19.<sup>a</sup> CONFERENCIA

---

## T E M A

Rodríguez y Villanueva.—La arquitectura y las artes decorativas al principiar el siglo XIX.—El monumento y la casa.—Transformación de las ideas artísticas: el arte oriental y su influencia en Europa.

### ORADOR

## D. ARTURO DE MÉLIDA

---

No soy orador, señores; jamás he hablado delante de más de veinte personas, y tengo respecto de mi aptitud oratoria la misma idea que se le ocurre á un niño á quien regalan una trompeta: lo primero que pregunta es si suena; pues la primera duda que tengo yo es si se me oye. Un célebre orador, gloria de nuestra tribuna, presidente que ha sido de este Ateneo, dice que orador es todo aquel que habla de cualquier cosa que no entiende, porque de lo que se sabe todo el mundo habla bien. Esto me consuela, no precisamente por lo que yo sepa, pues no sé nada de nada, sino porque tengo muchas cosas que decir: si ese orador tiene razón, sospecho que acabaré por hacerme entender todo lo que he venido á decir.

En mi juventud me pisó el diablo, como dicen los gitanos, y mi afición á los toros me hizo saltar la valla y pisar la arena. Confieso, señores, que tuve menos

miedo la primera vez que me puse delante de un novillo que hoy al encontrarme delante de los ateneistas; y la razón es muy sencilla: lo mismo que entonces me servía de disculpa, hoy forma mi acusación, mi atrevimiento.

Otra de las razones que me inspiran temor es la de que un artista no puede criticar; no lo digo yo porque crea que lo soy, sino porque á las artes me dedico. La censura en boca de un artista parece la confesión de que hace más y mejor que aquello que critica; y bajo este punto de vista yo no puedo criticar á nadie: únicamente podría criticar pliegos de aleluyas. Conste, pues, que no vengo á censurar á ninguno de los dos maestros cuyo nombre encabeza el tema de esta conferencia. Si por no saberme yo expresar, alguna de mis indicaciones pudiera parecer hecha en son de censura, desde luego declaro que no es ese mi ánimo; á esos dos ilustres maestros los considero, dentro de la profesión, como mis abuelos; siempre los he respetado profundamente, y sobre todo por D. Juan de Villanueva tengo especialísima simpatía; desde que ví su retrato, hecho por Goya, se me quedó tan impreso que me parece que es un amigo mío á quien el mismo Goya me hubiese presentado; y luego en sus obras no he podido hacer otra cosa que admirarle.

Frente á esta dificultad de la palabra que yo tengo, algo me anima la idea y la creencia de que como yo la experimentan, sin lograr vencerla, casi todos los artistas, acostumbrados á dar forma á un material más ingrato que la palabra. Las cosas que parecen más fáciles suelen ser las más difíciles. Yo he observado en las obras que los que tienen práctica de tallar la piedra dura y el mármol casi nunca saben cortar el yeso, precisamente porque es blando; pues algo de esto debe suceder con la palabra; no hay cosa más fácil que hablar, ni hay nada más difícil que hablar bien.

Preguntareis, y con razón, que cómo con tantas dudas me he determinado á hablar. No es mía la culpa; yo estoy en el banquillo, pero el culpable no está aquí, y el culpable es nuestro dignísimo presidente. Conste que, ya que me lance sin méritos propios, me da la alternativa un orador de cartel. (*Risas.*)

Quisiera poder entretener al auditorio con una interesante narración de la vida de los dos personajes de quienes vengo á hablar; pero en primer lugar su existencia fué modesta, desprovista, al menos que yo sepa, de aventuras caballerescas y de esos hechos singulares que pueden herir la imaginación, y además, aunque los conociera, me sería imposible dar forma brillante á su relato. Vengo sencillamente á fijar la verdadera significación de ambos maestros en la historia del arte patrio y vengo á deshacer algunos errores.

Se ha propalado por todos los panegiristas, tanto de D. Ventura Rodríguez como de D. Juan de Villanueva, pero principalmente por los del primero, que ha tenido muchos más admiradores que el segundo, se ha propalado, digo, la idea de que á los dos maestros se debe la extirpación de la herejía, considerando como tal el arte barroco. En primer lugar el arte barroco no es una herejía, y en segundo ni Rodríguez ni Villanueva le destruyeron; ni el arte barroco era un criminal condenado á muerte, ni los dos maestros de que nos ocupamos ejercieron de verdugos.

¿Qué es el arte barroco? El arte barroco, como todos los estilos, tiene la fisonomía de su época. Cada época deja á las venideras sus obras, en las que queda retratada y por las cuales se la conoce. Las obras del ingenio son de dos clases: unas pertenecen al arte, por decirlo así, plástico, y tienen forma material y tangible; y otras, que constituyen lo que pudiéramos llamar el arte de la palabra, expresan solamente pensamientos; de aquí que las artes de la palabra hieren al senti-

miento, y las artes plásticas á los sentidos; pero estas últimas nos permiten formar más exacta idea de las épocas que las artes literarias. Si á una persona que no haya conocido á su padre se le pregunta qué quiere mejor, si una relación escrita ó hablada de lo que era ó un retrato bien pintado, de seguro prefiere el retrato. De este modo es como yo entiendo que las artes plásticas retratan una época. Pues bien; yo no conozco ningún estilo que haya respondido mejor á esta condición que el arte barroco; no conozco nada que pinte mejor la época de Luis XV que esas cornucopias y esas tallas que no podrían haber sido hechas más que en el tiempo y por las personas que las hicieron. Bajo este punto de vista, considerado como retrato el arte barroco, lo encuentro irreprochable.

¿Por qué murió el arte barroco? Murió porque acabó su época, como mueren las flores cuando acaba la primavera; murió porque sufrió grandes transformaciones el medio en que vivía, y porque las necesidades que satisfacía dejaron de existir; pero no murió súbitamente, no murió á mano airada, como hoy parece, y como hubiera muerto si efectivamente hubieran sido sus destructores D. Ventura Rodríguez y D. Juan de Villanueva; murió poco á poco, por transformación, y las transformaciones de las ideas siempre se hacen lentamente. Si en su muerte hubiera podido haber gloria, no sería para D. Ventura Rodríguez, uno de cuyos encantos consiste precisamente en esa especie de sabor barroco que se nota en todas sus obras. Uno de los entusiastas de Rodríguez dice que Villanueva (que valía mucho y que tenía inmenso talento) no tenía la gracia y la delicadeza de D. Ventura; pues esa gracia y esa delicadeza no son otra cosa que un espíritu barroco.

A D. Ventura Rodríguez se le ha llamado, sin embargo, el restaurador de la arquitectura, y tampoco esto me parece puesto en razón cuando los mismos que así

le llaman, por principal mérito le atribuyen el haber sido discípulo de Juvara, que á su vez lo fué de Fontana, el verdadero restaurador de la arquitectura en Italia, si restauración se puede llamar al cambio de formas.

Pudiera exigirse responsabilidad á D. Ventura Rodríguez. Había en Madrid una fachada que yo supongo que debió ser muy hermosa, ó por lo menos muy pintoresca, y si no la destruyó él, la destruyó su sobrino por sugestión suya. Por esto y por la intervención que siempre tuvo en cierto género de obras, pudiera exigírsele responsabilidad, pero ya he dicho que no lo haré porque creo que deben respetarse todas las formas más que por nadie por los artistas mismos, y ya que yo encuentro mal que D. Ventura no las respetara, yo respeté su criterio. Después de todo esa intransigencia no era suya; era propia del espíritu de su época, y mucho mayor que él la tuvo Jovellanos, del cual me voy á permitir leer un párrafo que corresponde precisamente al elogio que hizo de D. Ventura Rodríguez después de su muerte. En este párrafo explica á su modo lo que era el arte barroco, y en él se verá el estado del arte al advenimiento de D. Ventura Rodríguez. Dice así Jovellanos:

«A tantos errores y licencias como dejamos indicados en la nota precedente, ¿qué podía suceder sino los barbarismos, las insolencias y las herejías artísticas que se vieron á la entrada de nuestro siglo? Por fortuna no es necesario hablar mucho de ellos, puesto que están á todas horas y en todas partes á la vista de todo el mundo. Cornisamentos curvos, oblicuos, interrumpidos y ondulantes; columnas ventradas, tábidas, opiladas y raquílicas; obeliscos inversos, substituídos á las pilastras; arcos sin cimientó, sin base, sin imposta, metidos por los arquitrabes, y levantados hasta los segundos cuerpos; metopas ingertas en los dinteles y triglifos echados en las jambas de las puertas; pedes-

tales enormes, sin proporción, sin división ni miembros, ó bien salvajes, sátiros y aún ángeles, condenados á hacer su oficio; por todas partes parras y frutales, y pájaros que se comen las uvas, y culebras que se emboscan en la maleza; por todas partes conchas y corales, cascadas y fuentecillas, lazos y moños, rizos y copetes, y bulla y zambra y despropósitos insufribles; hé aquí el ornato, no solo de los retablos y ornacinas, sino también de las puertas, pórticos y frontispicios, y de los puentes y fuentes de la nueva arquitectura *diez y ochena*.

»A esta pésima *manera* se ha dado el título de *churrigueresca*, y no con gran razón, porque D. José Churriguera el padre, aunque mucho, no fué tan desatendido en ella como otros; y sus dos hijos, desgraciados en la obra de Santo Tomás, de Madrid, fueron á mancillar con los restos de su naufragio el decoro de Salamanca, su patria. El más frenético de todos estos delirantes fué D. Pedro de Ribera, maestro mayor de Madrid, mal empleado muchas veces por el digno y celoso corregidor marqués de Vadillo. Las fachadas del Hospicio, San Sebastián y cuartel de Guardias de Corps, las fuentes de la Red de San Luis y Antón Martín, y el enorme puente de Toledo, con sus ridículos retablos y sus miserables torrezuelas, hacen ciertamente su nombre más acreedor que otro alguno al primer lugar en la lista de los sectarios de Borromini.

»El arte de soñar á ojos abiertos, que el tal Ribera acreditó en Madrid, cundió luego por todas partes, y tuvo en las primeras ciudades de España los corifeos subalternos que hemos nombrado en el elogio. No hay para que buscar nuevas causas á esta depravación, ni que atribuirle al dibujo *chinesco*, á las estampas *augustales*, ni á otras igualmente pequeñas. Abandonados de todo punto los preceptos y máximas del arte, convertidos los albañiles en arquitectos, y en es-

cultores los tallistas; dado todo el mundo á imitar, á inventar, á disparatar, en una palabra; perdida la vergüenza, y puestos en crédito la arbitrariedad y el capricho, ¿cuál es el límite que podían reconocer los ignorantes profesores?»

Esto de perdida la vergüenza, tratándose de un artista tan respetable como D. Pedro Ribera, no necesita contestación; los insultos no se discuten ni se razonan, y para contestarlos ahí está el puente de Toledo que Jovellanos trata tan mal, y sin embargo han venido arquitectos extranjeros á estudiarle y levantar sus planos y se han asombrado de que nosotros no nos admiremos de esa obra.

Los arquitectos que Jovellanos cita valían mucho, pero no hace mención de Donoso, que daba á sus obras la cualidad de su nombre, ni de D. Pedro Duque Cornejo, que fué un arquitecto muy notable, y á quien yo tengo una singular veneración á causa de que no solo era arquitecto sino escultor y tallista, tanto, que por su propia mano talló la magnífica sillería de la catedral de Córdoba (\*). Este D. Pedro Duque Cornejo imitaba á los antiguos, siendo tal vez el último arquitecto que ejecutó por sí mismo sus trazas; luego se adoptó por Villanueva y los suyos esa mala práctica que consiste en que el arquitecto no tome parte nunca en las obras más que para hacer los planos, cosa que ha venido simplificándose de tal modo que en nuestros días he visto dirigir obras

---

(\*) En el crucero de la catedral de Córdoba, lado del Evangelio, se lee en el suelo este epitafio:

«Aquí yace D. Pedro Duque Cornejo, Estatuario de Cámara de la Reina N.<sup>a</sup> S.<sup>a</sup>, Varon de Singularísima Bondad y sencillez. Célebre Profesor de la Arquitectura, Pintura y Escultura. Hizo la Sillería del Choro de esta Santa Iglesia, que concluyó con su vida año de 1757 á los ochenta de su edad. ...»

»*Requiescat in pace.*»

con el bastón, sin tomarse la molestia de trazar una línea.

Otro de los que han sido blanco de las iras de Jovellanos, ha sido Tomé, por el famoso transparente de la catedral de Toledo. Señores, cuanto más miro ese transparente, más encuentro en él que admirar á pesar de los horrores y herejías que en él se hallan á juicio de Jovellanos. A muchos de los que he oído criticar ese trabajo, les impondría la penitencia de que desarmaran las piezas, las numeraran y las volvieran á colocar, porque estoy seguro que no habrían de conseguirlo. Hay allí resueltas una porción de dificultades de obra, y cuando ha adquirido una gran reputación Juan de Herrera, que no ha hecho más que resolver dificultades de obra, no sé por qué el desgraciado que las resolvió en el transparente, ha de estar siempre condenado á que se le trate como un trapo.

Más adelante pienso ocuparme de esa decadencia que yo reconozco hasta cierto punto, sin llegar al extremo á que llega Jovellanos; pero antes quisiera fijar un poco el concepto que tengo de la arquitectura, dando á conocer el estado en que se hallaba el arte al empezar Rodríguez su carrera, para terminar con una reseña biográfica de él y de Villanueva.

Antes de entrar en materia los oradores sagrados acostumbra á rezar un Ave-María para encomendarse á Dios. Yo no rezo el Ave-María porque tengo el credo en la boca, y me encomiendo á la benevolencia de los oyentes. (*Risas.*)

He dicho que empezaría por explicar lo que yo creo que significa el arte de la arquitectura. Las artes plásticas, por algunos llamadas bellas artes, se han dividido en tres ramas ó tres artes: pintura, escultura y arquitectura. No me parece la división muy bien hecha y de ella nace, á mi juicio, cierta confusión. Para mí hay en el arte dos caminos que seguir: uno el de la

imitación de la naturaleza, otro el de la creación. Y no es que yo venga á tratar ahora de las dos escuelas realista y espiritualista ó soñadora ó como se la quiera llamar; no es eso. Creo que hay artes como la pintura y la escultura que siempre tienen que ser realistas: que ciñéndose más ó menos á la verdad, siempre tienen que venir á parar á la reproducción de la naturaleza; pero el arte arquitectónico no le debe nada á la naturaleza, y prueba de ello es que obedece completamente al gusto y á las necesidades de la época en que ha florecido. Creo que no podrá menos de admitirse esta diferencia: la pintura y la escultura son artes, digámoslo así, imitativos, la arquitectura es el arte que, de diverso modo, tiene por fin crear la forma y dársela á objetos que no la tienen. Una de esas manifestaciones, la principal, sin duda, es la construcción de edificios; pero no es eso sólo la arquitectura: un mueble, un útil cualquiera, algo á que hay que dar forma, todo esto es arquitectura; la reproducción de la naturaleza, sea en el bulto, sea ayudándose del claro-oscuro y del color, eso es la escultura y la pintura.

Aún dentro del mismo arte de la pintura existen estos dos caminos. ¿Se trata de reproducir la figura de un personaje ó de representar un suceso histórico? Pues para eso está la pintura. Pero cuando se trata de ornamentar con la pintura, cuando se trata pura y sencillamente de hacer una obra decorativa, para eso no me parece que es suficiente la pintura por sí sola, sino que estos fines caen dentro del dominio de la arquitectura. Así es que conforme creo que el cuadro de las *Lanzas* es pura y exclusivamente pintura, entiendo que el techo del Salón de Embajadores, de Tiépolo, está dentro del terreno de la arquitectura, ó por lo menos muy ligado á ella.

Hecha esta salvedad para exponer como yo creo que la arquitectura es el conjunto de todos los ramos del

arte decorativo, figurando á la cabeza de ellos la construcción de edificios, voy á volver á ocuparme del arte barroco.

Desde el siglo xvii y á mediados de él empezó á caer la arquitectura en poder de los pintores, y como solamente los pintores la practicaban, sucedió que la arquitectura llegó á ser completamente pintoresca. Este es el barroco; de aquí el entusiasmo que los pintores tienen por la fachada del Hospicio y por la de Santo Tomás, porque ven una cosa completamente pintoresca; y de aquí la abominación que injustamente sienten contra el arte académico, porque ven una cosa menos pintoresca, más escueta.

Al empezar el siglo xviii nosotros teníamos una arquitectura especial. Todo eso que se habla del arte barroco francés, que era bastante bueno, y del arte barroco italiano no es aplicable al barroco español, que era sin duda alguna el más pintoresco. Desgraciadamente era también aquél en que más se habían desconocido las leyes de construcción, y en el que menos se trataba de construir; y esta es la principal razón de su decadencia. Buscando siempre el efecto pintoresco, no ejecutaron nunca sus maestros un pensamiento monumental, algo de eso que han echado de menos los detractores del barroco, y por lo que le han tratado tan mal. No obstante, como todas las artes decorativas, las artes suntuarias forman parte, tal es al menos mi opinión, de este gran arte de la arquitectura, hay que hacer una honrosa salvedad respecto á muebles, á tapices y aún á los mismos retablos, donde las leyes de construcción no eran tan exigentes como tenían que serlo en una fachada.

La reacción contra el estilo barroco no empezó aquí: empezó en Italia, y muy poco después en Francia. No de una vez, sino lentamente y muy poco á poco la arquitectura dejó de ser pintoresca y empezó á ser escultórica.

Hubo una época en que los pintores venecianos, haciendo un conjunto de la pintura y de la arquitectura, trataban, como se ha pretendido modernamente en los panoramas, de engañar la mirada para que el espectador no pudiera decir dónde terminaba la arquitectura y dónde empezaba la pintura. Hicieron para eso verdaderas maravillas de ingenio, y solamente el talento vertido en tales ensayos basta para que merezcan ser tratados con más respeto del que se les ha tenido después. Pero indudablemente el camino que emprendieron era malo; ese camino ó ese gusto teatral, llevado á la arquitectura, no podía conducir á buen fin; así es que poco á poco fueron plegando alas, y el terreno que había invadido la pintura le fué ganando la escultura; el arte barroco italiano se fué haciendo más escultural, más monumental, y con ello ganó no poco. Precisamente en la época de transición, porque tras de ésta vino otra que pudiéramos llamar puramente arquitectónica, es cuando yo le encuentro más hermoso. A esta época de transición corresponden en España las obras de don Ventura Rodríguez; todo su mérito y toda su habilidad estriban en eso, que después de todo, no es más que un barroquismo.

En Italia esta reacción fué iniciada por Fontana; en Francia la empezaron muchos, pero á Francia le salvó una cosa que le ha salvado siempre de sus extravíos en el arte, y es que tiene la inmensa suerte de que los escultores, no sé por qué, poseen el instinto decorativo, instinto que generalmente ha faltado en España. En la época de esos escultores barrocos franceses, en España los teníamos mejores; podría citar uno, el célebre Salcillo, de Murcia que valía como escultor muchísimo más que los que hicieron las fuentes de la Granja; y, sin embargo, el aspecto monumental y decorativo de las fuentes de la Granja es muy superior al de todas las esculturas de Salcillo, precisamente porque Salcillo era

más realista, y el realismo aplicado al arte monumental ha dado siempre fatalísimos resultados.

A Fontana siguieron su discípulo el abad de Selva ó Filipo Juvara, Sacchetti, Sabatini y otros varios italianos que vinieron á hacer en España esta restauración de la arquitectura, y á los cuales siguió nuestro D. Ventura Rodríguez, además de Marchand y Carlier; este último es el autor de las Salesas. Marchand fué el primero que descubrió en Rodríguez la feliz disposición que tenía para la arquitectura.

D. Ventura Rodríguez era natural de Ciempozuelos, hijo de D.<sup>a</sup> Jerónima Tizón y de D. Antonio Rodríguez, profesor de arquitectura. Esto de profesor de arquitectura era en aquella época un poco más que albañil y un poco menos que arquitecto. Nació el 14 de Julio de 1717, y á los catorce años fué cuando conoció á Marchand, que había sido traído por Felipe V. En aquella época célebre para nosotros en que los arquitectos y los ingenieros era una misma cosa, este señor arquitecto había venido como ingeniero jefe director de las obras de Aranjuez. Conoció entonces á D. Ventura Rodríguez y le empleó como delineador, según se decía en aquel tiempo, ó como delineante que diríamos ahora, en la obra del palacio que se estaba haciendo en Aranjuez por orden de Felipe V. Mientras estuvo trabajando en Aranjuez, supone Jovellanos que estudió las obras de Juan de Herrera, de tal modo que casi viene á decir que se verificó un fenómeno de espiritismo, ó sea la transmisión de este arte de Juan de Herrera á D. Ventura Rodríguez. Si en esto hubiera algo de verdad, lo sentiría por Juan de Herrera que ciertamente consiguió bastante poco, porque por fortuna, D. Ventura Rodríguez no siguió las huellas de aquél. Hizo obras que demuestran, no diré más mérito, pero sí más imaginación que las de Juan de Herrera.

Trabajó con Marchand solo dos años hasta 1733; des-

pués con otro italiano, á quien antes se me ha olvidado citar, llamado Galuchi, y por último con Bonavía, como le hemos llamado en España, por más que su apellido fuera el de Bounavia, que es el autor de la iglesia de San Justo y Pastor de Madrid. Y á propósito de esta iglesia, me ha hecho mucha gracia una cosa. Los entusiastas de D. Ventura Rodríguez, sin duda por un mal entendido patriotismo, tratan muy severamente á Bonavia. No pueden negar que esa iglesia es buena, y para criticarla en algo, dicen que la fachada es curva, y á continuación ponen en las nubes á D. Ventura Rodríguez y á la iglesia de San Márcos que él construyó, cuando en esta iglesia, que he visto esta misma tarde, no hay una sola recta, lo cual no sucede con la de San Justo que tiene bastantes.

Por esta época vino á España, cuando D. Ventura Rodríguez era casi un niño, el famoso abate Juvara que era natural de Messina y abad de Selva. Con él trabajó D. Ventura y le quiso y le respetó siempre mucho, pues con gran frecuencia decía que á él le debía lo mejor que sabía de su arte. Parece efectivamente que este abad de Selva tenía la buena condición de no reservarse nada, enseñando á sus discípulos todo cuanto sabía, condición en que le siguió D. Ventura Rodríguez, siendo por ello muy aplaudido. Pues bien; á consecuencia de haber ardido el Alcázar del Retiro, se trató de hacer un nuevo palacio y se le dió este encargo al abate Juvara. Conocía ya á D. Ventura Rodríguez y le asoció á estos trabajos. Murió el abate Juvara el 31 de Enero de 1736, y se supone que una de las causas de su muerte fué la pesadumbre que le ocasionó el ver desechado su proyecto, con el cual por cierto sucedió una cosa bien extraña. Se le habían desechado diciéndole que era muy hermoso, y después de su muerte se lo mandaron continuar á D. Ventura Rodríguez que fué el que lo concluyó. Pero antes de esto fué encargado de las obras del

Palacio Real Sacchetti, quien habiendo conocido á don Ventura Rodríguez y apreciado su inmenso talento, se lo asoció primero en calidad de ayudante y después como primer delineador. Poco más tarde, teniendo D. Ventura Rodríguez veinticuatro años fué nombrado arquitecto aparejador del Real Palacio á propuesta de la Junta de obras y bosques. Todo esto revela el mérito de D. Ventura Rodríguez. Un extranjero que había venido á hacer el palacio, que comprendía que los arquitectos españoles le habían de ser hostiles, que experimentaba desde luego, aunque no fuera más que por no conocer bien el idioma, la necesidad de asociarse á un intermediario que viniera á ser respecto de los obreros el verdadero arquitecto, piensa en D. Ventura y le coloca de aparejador. A mi juicio, el haber sido aparejador, el haber colocado el material viviendo con los obreros antes de trazar planos para construir edificios, es uno de los títulos de gloria de D. Ventura Rodríguez.

Fernando VI le nombró arquitecto mayor en 5 de Marzo de 1749 á la edad de treinta y dos años. En aquella época la arquitectura se practicaba libremente, había muchos mal llamados profesores que se titulaban arquitectos, y tenían la principal culpa los ayuntamientos de los pueblos que daban á cualquiera un título de arquitecto de su localidad, viniendo á sufrir las consecuencias de este abuso los que encargaban obras á tales profesores. Con esto llegó la profesión á un estado deplorable y comprendiéndolo así los poderes de entonces, crearon en 1742 esa junta organizadora que había de preparar la escuela que luego fué Academia de San Fernando, junta que por desgracia nuestra estaba formada de tres extranjeros, dos italianos, Sacchetti y Pavía, y un francés, Carlier, los cuales nombraron director de arquitectura á D. Ventura Rodríguez á la edad de treinta y cinco años. Estos extranjeros de verdadero mérito que venían á España llenos de conocimientos y

de ilustración, al preferir á D. Ventura Rodríguez para ser el director de toda la arquitectura de España, dicen en elogio suyo mucho más de lo que yo pudiera decir.

Después fué nombrado D. Ventura por el Ayuntamiento de Madrid maestro mayor de obras y puentes de la provincia, y tuvo otra porcion de cargos no menos importantes, acabando por ser director de la Academia de San Fernando, y muriendo el 26 de Agosto de 1785 á los sesenta y ocho años de edad.

Después de todo, esta es la vida material del artista: su vida del arte la forma la lista de sus obras que es la que voy á leer.

D. Eugenio Llaguno inserta en la edición de las *Noticias históricas de los arquitectos y de la arquitectura en España*, un largo catálogo del que he tomado lo siguiente:

«Dentro de Madrid, en 1749, la iglesia de San Márcos. Se compone la planta de tres figuras elípticas: en la del medio está la cúpula, y en las otras dos el presbiterio y lo que se llama piés de la iglesia. Toda ella está adornada con pilastras del órden compuesto y florones en las arcadas; y la fachada con pilastras corintias y con un frontispicio triangular por remate: todo con la mayor elegancia, proporción y buen gusto.

»En 2 de Octubre de 1754 trazó la fachada de los premostratenses en la calle de la Inquisición, que se demolió en tiempo de la guerra de la Independencia.

»Diseñó en 20 de Julio de 1755 el adorno interior de la iglesia de la Encarnación que contiene toda la riqueza de que es susceptible el órden jónico.

»Presentó en este propio año las trazas del gran edificio del Hospital General de Madrid con agregación de la Galera, Inclusa y Desamparados; y en 1758 adornó la capilla de la Orden Tercera del convento de San Gil, que ya no existe.»

En esto del convento de San Gil, me parece que hay

un error, porque este es el actual cuartel de San Gil y según mis noticias es obra de su sobrino, no de él.

«Reedificó en 1761 la antigua iglesia de los padres »del Salvador y además empezó la Casa Saladero frente al convento de Santa Bárbara: reedificó el teatro de los Caños del Peral: adornó el presbiterio de San Isidro el Real, antes colegio imperial de los jesuitas; hizo cinco diseños diferentes para construir la Puerta de Alcalá: reedificó el palacio del duque de Liria.

»Trazó y diseñó en 1775 las fuentes del paseo del Prado, y la cloaca que desagua fuera de la puerta de Atocha, obra muy interesante y recomendable por su objeto y por su firme construcción. Sobre el arco de la desembocadura hay grabada una inscripción que quiero copiar aquí por ser la única pública que conozco en que se nombre á Rodríguez, después de haber trazado y dirigido tantas obras de consideración, y para evitar al pasajero la molestia de leerla en un sitio de tanta inmundicia y fetidez, destinado para perpetuar la memoria del reformador de la arquitectura en España en el siglo XVIII:

D. O. M.

AVSPICE. CAROLO. III. HISPANIARVM  
ET. INDIARVM. REGE. SVPREMIQUE  
CASTELLAE. SENATVS. IVSSV. HVNG  
AQVAEDVCTVM. DCCCL. PASSVVM. AD  
PVRGANDAM. VRBEM. ET. AQVAS  
PLVVIAS. A. VIA. ARCENDAS. S. P. Q.  
MADRIDENSIS. FIERI. CREAVIT. ANNO  
A. CHRISTO. DATO, MDCCLXXVI  
BONAVENT. ROD. ARCH.

»Trazó en 1778 la reparación y adorno interior de la parroquia de Santa María, y diseñó su retablo mayor y colaterales é hizo muchos planes y dibujos que no llegaron á ponerse en obra; pero sí se pusieron los que

presentó en 1783 de la sencilla y graciosa fuente de los Galápagos construída en la calle de Hortaleza y de varias arcas de agua ó cámbijas.»

De las numerosas obras que hizo en provincias, recordaremos las que siguen:

«Reparación y adorno de la capilla del Pilar de Zaragoza; retablo mayor y el de San Julián en la catedral de Cuenca; diseño de la fachada de la catedral de Santiago y otras; traza de la iglesia colegial de Santa Fé; y sobre todo las trazas, reglas é instrucciones para la reedificación del santuario de Covadonga.

»Entre la multitud de iglesias, conventos y capillas cuya planta y trazado se deben á Rodríguez, podrían citarse la iglesia del monasterio de Santo Domingo de Silos; la del convento de misioneros de Filipinas, en Valladolid; la fachada de San Sebastián, de Azpeitia; la iglesia de San Felipe Neri de Málaga; el presbiterio, tabernáculo, púlpito y retablo de la iglesia de Berja, y la capilla de San Pedro Alcántara en el convento de franciscos descalzos de Arenas.

»En obras ó diseños de casas consistoriales recordaremos los de las ciudades de la Coruña, Búrgos y Betanzos.»

No quiero molestaros leyendo la larga lista de los proyectos que no llegó á ejecutar. De uno de ellos, el de la iglesia de San Francisco el Grande, dice Llaguno en la obra citada:

«Concluyó este mismo año (1761) los excelentes diseños de la iglesia y convento de San Francisco el Grande. Los profesores é inteligentes que los vieron y examinaron lloran todavía que no se haya puesto por obra, porque, según dicen, hubiera sido un edificio que causaría admiración y placer. De cuantas trazas hizo Rodríguez y no se construyeron, ninguna le dió tantas pesadumbres ni tanto sentimiento de no haber tenido efecto, como ésta. ¡Tal era la satisfacción que de ella tenía!»

Pero después de haber hecho el proyecto y de haber este merecido la aprobación general, fray Francisco de las Cabezas metió la suya y se quedó con el proyecto y Ventura Rodríguez sin hacer la obra.

No fué esta la única pesadumbre que le dieron. Había sido encargado de construir la Casa de Correos de Madrid. Por aquella época era embajador de España en Paris un personaje que no quiero nombrar, un artista: sin duda viene de antiguo la costumbre de encontrar las obras extranjeras mejores que las propias, en lugar de imitar á los franceses en lo mejor que para mí tienen, que es el patriotismo de creer que nada hay bueno que no sea nacional: y ese embajador trajo de Paris un arquitecto llamado Marquet, que venía á dirigir el empedrado, que iba á arreglar todas todas las vías, á colocar aceras y á hacer una porción de obras, y la primera que hizo fué esta de la Casa de Correos, sin la cual se quedó Ventura Rodríguez después de haberle encargado y de haber hecho el proyecto. Por este motivo se decía en Madrid que el del empedrado hacía la Casa de Correos y el de la Casa de Correos hacía el empedrado, porque como Rodríguez era el arquitecto de la Villa tuvo que encargarse de colocar las aceras y las piedras.

Empezó en Julio de 1772 el proyecto de la casa del Saladero, frente al convento de Santa Bárbara. Y como prueba de su laboriosidad, se cuenta que la fachada la proyectó la víspera de morir. Murió á los sesenta y ocho años, después de haber sufrido mucho de una enfermedad que no he podido saber cuál es: solo sé que sufría operaciones de cirujía; es lo único que dicen los autores, pero todos callan la dolencia.

De todas sus obras, la más importante, á juicio de Jovellanos, es la que hizo en Covadonga. Hé aquí la relación de esa magnífica obra:

«Y sobre todo, la confirmará el siguiente edificio de

Covadonga, nuevo milagro que va á sustituir la piedad al que nos robó la Providencia en los montes de Asturias.

»Permitidme, señores, que en este portentoso sitio haga una breve detención. ¿Quién, transportado á él, no sentirá su alma llena y penetrada de las venerables memorias que recuerda? Un horrible incendio consumió en 1775 aquel humilde templo, que sostenía el brazo omnipotente, donde la respetable antigüedad hacía excusada la magnificencia, y donde la devoción corría desalada de todas las partes á derramar su ternura y sus lágrimas. Este triste suceso llena de luto al pueblo asturiano, se difunde por toda la nación, penetra hasta el trono del piadoso Carlos III, y conmovido su real ánimo, resuelve la erección de un nuevo y magnífico templo, concede libre curso á la generosa piedad de sus vasallos, y les dá, con sus hijos, el primer ejemplo de liberalidad.

»Rodríguez, nombrado para esta empresa, vuela á Asturias, penetra hasta las faldas del monte Auseva, y á vista de una de aquellas grandes escenas en que la naturaleza ostenta toda su majestad, se inflama con el deseo de gloria y se prepara á luchar con la naturaleza misma. ¡Cuántos estorbos, cuántas y cuán árduas dificultades no tuvo que vencer en esta lucha! Una montaña, que escondiendo su cima entre las nubes, embarga con su horridez y su altura la vista del asombrado espectador; un río caudaloso, que taladrando el cimiento, brota de repente al pié del mismo monte; dos brazos de su falda que se avanzan á ceñir el río, formando una profunda y estrechísima garganta; enormes peñascos, suspendidos sobre la cumbre, que anuncian el progreso de su descomposición; sudaderos y manantiales perennes, indicios del abismo de aguas cobijado en su centro; árboles robustísimos, que le minan poderosamente con sus raíces; minas, caver-

nas, precipicios... ¿qué imaginación no desmayaría á vista de tan insuperables obstáculos?

»Mas la de Rodríguez no desmaya, antes su genio, empeñado de una parte por los estorbos, y de otra más y más aguijado por el deseo de gloria, se muestra superior á sí mismo, y hace un alto esfuerzo para vencer todos los obstáculos. Retira primero el monte, usurpando á una y otra falda todo el terreno necesario para su invención; levanta en él una ancha y majestuosa plaza, accesible por medio de bellas y cómodas escalinatas, y en su centro esconde un puente que dá paso al caudaloso río y sujeta sus márgenes; coloca sobre esta plaza un robusto panteón cuadrado con graciosa portada, y en su interior consagra el primero y más digno monumento á la memoria del gran Pelayo; y elevado por estos dos cuerpos á una considerable altura, alza sobre ella el majestuoso templo, de forma rotunda, con gracioso vestíbulo y cúpula apoyada sobre columnas aisladas; le enriquece con un bellissimo tabernáculo, y le adorna con toda la gala del más rico y elegante de los órdenes griegos.

»¡Oh, qué maravilloso contraste no ofrecerá á la vista tan bello y magnífico objeto en medio de una escena tan hórrida y extraña! Día vendrá en que estos prodigios del arte y la naturaleza atraigan de nuevo allí la admiración de los pueblos, y en que disfrazada en devoción la curiosidad, resucite el muerto gusto de las antiguas peregrinaciones, y engendre una nueva especie de superstición, menos contraria á la ilustración de nuestros venideros.»

Esta es la descripción del proyecto y hay que confesar que está admirablemente hecha.

De todas las obras de D. Ventura Rodríguez las que yo más admiro son las fuentes del Prado: allí probó tener un alma inmensa de artista; precisamente es en las obras en que se encuentra más barroco. Esto sea dicho

de paso á los que le han querido presentar como extirpador de herejías.

Es una lástima que los arquitectos tengan la costumbre de no firmar las obras que ejecutan. D. Ventura Rodríguez estuvo á punto de firmar la fuente de las cuatro estaciones, para mi gusto la mejor de sus obras; y digo que estuvo á punto, porque compuesta la inscripción en latín, como era costumbre, y una vez hecho por él el dibujo, se hicieron las letras en bronce y se quedaron en el Ayuntamiento, sin que sepamos por qué no se colocaron. De manera, que D. Ventura Rodríguez solo tiene una obra firmada y es, vergüenza dá decirlo, una alcantarilla, la cual está hermosamente hecha, pero nadie la vé, y han ido á ponerle la inscripción, única firma suya que conozco, precisamente en la misma boca, para que no pueda nadie dudar del uso á que se ha destinado esa obra monumental.

Siguió á D. Ventura Rodríguez D. Juan de Villanueva; familia toda compuesta de artistas. Su padre, D. Juan de Villanueva, era escultor, hombre de bastante mérito y tuvo dos hijos, Diego y Juan. Diego, que era el mayor, empezó á estudiar la escultura con su padre. Dicen que fué un artista de mucho mérito, que modelaba con mucha gracia, y cuando era casi un niño ya dibujaba bastante bien. El padre había sido nombrado por entonces individuo de esa Junta preparatoria de la Academia, de la cual llegó más tarde á ser presidente, y en ella ganó Diego por oposición la plaza de pensionado en Roma por arquitectura, pero no quiso ir, sin que se sepa la causa, y se puso á estudiar matemáticas, siendo luego profesor de esta asignatura.

Fernando VII le nombró sub-director de la Academia de San Fernando, de donde había sido antes profesor de arquitectura, y por último, en 1756 fué nombrado profesor de perspectiva, cuyo dibujo hacía á la perfección.

Así es que, según dicen los que le conocieron, era un

artista general: pintor, escultor y arquitecto; y sin embargo, no dejó apenas obras, pues de él solamente se conoce el decorado de la puerta de las Descalzas Reales y unos retablos que tuve la suerte de ver, y que son muy hermosos, en la iglesia de Santa María de la ciudad de San Sebastián; por cierto que están firmados, y como me chocase mucho ver la firma de Diego Villanueva, busqué datos y supe que era hermano de Juan é hijo del otro Juan de Villanueva. Hizo también el arreglo de la fachada de la Academia; y no se explica que un hombre de tanto mérito y tan reconocido, á juzgar por los puestos que ocupó, toda vez que llegó á ser director de la Academia, no dejase más obras. Un contemporáneo suyo ha dicho con mucha gracia que no es extraño que no dejara obras de importancia, porque no le gustaba hacer antesalas.

Su hermano D. Juan nació el 15 de Setiembre de 1739, ó sea veintidos años después que D. Ventura Rodríguez. Una coincidencia singular se nota en él, y es que comenzó su carrera á los 14 años, como D. Ventura Rodríguez; pero D. Juan empezó ganando un premio por oposición, otro en 1756 y dos en 1757, por lo que se le destinó á delinear en el nuevo Palacio de Madrid bajo la dirección de su hermano. Esto prueba la modestia de aquel hombre, que después de ganar cuatro premios por oposición, aceptaba como gran cosa una plaza de delineante. En 1758 obtuvo, también por oposición, la plaza de pensionado en Roma, donde permaneció siete años, enviando buenas pruebas de su mérito, á juzgar por los asertos de sus contemporáneos, algunas de las cuales, según he leído, se conservan en la Academia. No sé si entre éstas se encontrará un hermoso dibujo que tenemos en la Escuela de Arquitectura y que representa un panteón nacional.

Ignoro si todas las indicaciones que se leen en el Discurso de Jovellanos, sobre los detractores de D. Ventu-

ra Rodríguez, detractores que no se nombran nunca, irán encaminadas á herir á D. Juan de Villanueva, porque le creo incapaz de haber tenido celos de D. Ventura Rodríguez, á quien apreciaba mucho; pero no es extraño que los amigos de cada uno trataran de encomiar á aquél por quien tuvieran simpatías, y se convirtieran, por consiguiente, los amigos del uno en detractores del otro. Pues bien; á cada paso se habla de detractores en el discurso de Jovellanos; pero no se dice quiénes son, aunque yo me permito sospecharlo, porque los detractores de D. Ventura Rodríguez señalan como un borrón precisamente lo que constituye su mayor mérito, que es el no haber estado en Roma, y como D. Juan de Villanueva estuvo siete años, supongo que á eso se querrá aludir. Esto me trae á la memoria una opinión de cierto escultor, Mr. Astruck, que vino á copiar el San Francisco de Alonso Cano, que hay en la catedral de Toledo. Hablaba yo un día con él de Salcillo, de quien era muy entusiasta, y le dije:

—¡Qué lástima que Salcillo no fuera á Roma y no haya conocido las obras de Miguel Angel y de otros célebres artistas!

Y entonces ese señor, que hablaba el castellano con bastante dificultad, se me quedó mirando y contestó:

—Lo hubiera hecho peor.

Hasta cierto punto esto era una verdad, y creo que gran parte de la originalidad que distinguió á D. Ventura Rodríguez le hubiera faltado si hubiese ido á Roma.

Jovellanos cree de buena fé que estudió en las ruinas romanas que hay en España, y cita como uno de los puntos en que se inspiró la ciudad de Toledo, donde no sé que exista fragmento alguno de *arte* romano; yo solo he visto un arco del puente de Alcántara, moles y y trozos de hormigón. Precisamente por lo mismo que no conocia la arquitectura romana, se la figuró él y hemos ganado mucho con la figuración.

D. Juan de Villanueva estuvo siete años en Roma, y al volver me dió un disgusto. Y digo *me dió*, porque yo lo he sabido siguiendo el hilo de su historia, al ver lo que hizo después de su llegada de Roma. D. Juan de Villanueva fué nombrado á las ordenes de un famoso arquitecto, D. José Hermosilla y en unión de D. Pedro Arnal, que era como él de la Academia de San Fernando, para pasar á Granada á estudiar los restos del palacio que empezó á levantar Machuca para Carlos V. El principio de esta comisión fué muy original. Como por todas partes se estudiaban los monumentos romanos y allí no había ruinas, porque no había habido más César que Cárlos V, fueron á estudiar su palacio como cosa greco-romana, lo que no deja de tener gracia; y ya una vez allí, estudiaron la Alhambra, y después la comisión se extendió al estudio de la mezquita de Córdoba. Estuvieron levantando estos planos y haciendo sus estudios dos años, al cabo de los cuales (y aquí viene el disgusto que me ha dado D. Juan de Villanueva), vino muy desilusionado de lo que había visto en la Alhambra y en la catedral de Córdoba. Allí no encontró, según dicho propio, nada bueno que estudiar ni digno de admirar; y á continuación de esto se fué al Escorial á estudiar á Juan de Herrera. No le perdonaré jamás el haber encontrado más que estudiar en sillares lisos, que en esos torrentes de imaginación que se han vertido en la Alhambra y en la catedral de Córdoba. Pero era tal el entusiasmo de D. Juan de Villanueva por el greco-romano y por Juan de Herrera, que siendo arquitecto, habiendo obtenido cuatro premios por oposición, y después de haber pasado siete años en Roma, aceptó en el Escorial un jornal de 7 rs. para estudiar á Juan de Herrera, á las ordenes del religioso obrero. Si después de eso lo hubieran llevado á un manicomio, yo lo hubiera encontrado perfectamente razonable; es un caso de monomanía *modesta*.

A tal extremo lleva la intransigencia de una época. D. Juan de Villanueva no es responsable de eso, porque ignorando su propio valer, creía lo que creían los demás; los demás decían que Juan de Herrera era el único génio á quien se debía imitar, que era la tabla de salvación, y se fué á estudiarle para hacerlo después muchísimo mejor, y sin que por fortuna aprendiera nada allí.

En 1769, y con ocasión de estar en el Escorial, fué nombrado arquitecto de SS. AA. El origen de este nombramiento es muy gracioso y una prueba más de la modestia de D. Juan Villanueva. Se le encargó que arreglara un gallinero, y lo hizo tan á gusto de SS. AA. que entonces le nombraron su arquitecto. En 1770 fué nombrado teniente director de la Academia y en 1774 director; tenía entonces treinta y cinco años. En 1786, y por fallecimiento de D. Ventura Rodríguez, fué nombrado arquitecto y fontanero mayor de la villa. Había muerto el año anterior D. Ventura Rodríguez, y en el tiempo (unos meses) que mediaron desde la muerte de D. Ventura Rodríguez á la toma de posesión de D. Juan de Villanueva, ocupó esta plaza un sobrino de D. Ventura que le había suplido en sus ausencias.

En 1789 fué nombrado arquitecto mayor de los sitios reales; y por último Cárlos IV en 1798 le nombró su arquitecto mayor y *director de la limpieza*. Siempre le han hecho pagar los nombramientos con alguna humillación. En 1802 se le dieron honores de intendente de provincia, y murió en 1811 á los setenta y dos años de edad.

Debo ahora, como he hecho respecto de D. Ventura Rodríguez, leer la relación de sus obras más importantes.

«Si le consideramos como ingeniero, le veremos infatigable en la renovación de los caminos de Aranjuez y de la Granja, en las carreteras de Cataluña por Aragón

y Valencia; y si como hidráulico en el canal de navegación y riego que se proyectó establecer en los Alfaques; en la parte facultativa y económica del Real de Manzanares; en el del Gran Priorato de San Juan y en el desagüe de las lagunas de Villena y Tembleque.

»Pero volviendo la atención á nuestro arquitecto civil ¿quién podrá referir las trazas, reparos, renovaciones que hizo para la conservación de antiguos edificios, y para la construcción de otros nuevos por él inventados? En Madrid la iglesia del Caballero de Gracia, el balcón de las Casas Consistoriales, el teatro del Príncipe, la entrada del Jardín Botánico, el Observatorio Astronómico, el cementerio extramuros de la puerta de Fuencarral, y lo construído por él en la plaza Mayor. En el real sitio de San Lorenzo la Casa de Oficios, de los ministros de Estado y Hacienda, y la llamada de los Infantes, para los criados de SS. AA. Más lo que debe llamar sobre todo la admiración, es el atrevimiento con que emprendió la mudanza de la escalera, zaguán y puerta en la parte del norte de la gran fábrica del real Monasterio, y la felicidad con que conservó el todo de la idea general de tan respetable edificio. Entre las muchas comisiones, reconocimientos é informes que evacuó para varias obras que se construyeron no debo olvidar los que hizo por el Ministerio de Marina para los cuarteles de Málaga.

»Pero la obra que inmortaliza á Villanueva es la del real Museo, erigida en el paseo del Prado de Madrid, que inventó, trazó y dirigió de real orden del Sr. D. Carlos III el año de 1785, con el designio de formar en ella una academia de ciencias exactas y un gabinete de Historia Natural, destinado ahora por su generoso nieto el Sr. D. Fernando VII, nuestro Soberano, á ser Museo de pinturas y esculturas originales españolas y extranjeras, que estaban repartidas en los palacios y casas reales de España. Obra admirable no sólo por tan copiosa y escogida colección, sino también por la magni-

ficencia de la fábrica, con sorpresa de los ilustres extranjeros que no saben separarse de ella.»

Debo al llegar á este punto defender á D. Juan de Villanueva de una inculpación que se le ha hecho: me refiero á la puerta llana de la catedral de Toledo. Pocos son los aficionados al arte que no protestan cuando la ven. Yo encuentro esa protesta injustificada. Aquí de aquel notario á quien se quería obligar á hacer un testamento falso, diciendo que el muerto había hablado antes de morir, y decía: O el muerto ha hablado para todos ó para ninguno. Pues eso digo yo respecto de esta inculpación. ¿Es reo D. Juan de Villanueva de haber hecho el estilo de su época en la puerta llana de la catedral de Toledo? Pues entonces lo son otros, empezando por Berruguete en el coro y por Villalpando en la magnífica verja de la sacristía mayor. Y digo lo mismo de las profanaciones que se han hecho en todas las catedrales, si profanación es el no haber seguido el estilo con que se empezaron.

No eran estos los únicos arquitectos célebres de esta época. Con ellos estaba Silvestre Pérez, hombre de mucho mérito, Bazarán y Rodríguez, hijo de D. Ventura, los arquitectos de San Sebastián y D. Manuel Martín Rodríguez, sobrino de D. Ventura, el cual es autor del edificio que se hizo en la calle del Turco para fábrica de cristales y que hoy es Caja de Depósitos; es también autor de la Academia española en la calle de Valverde y del cuartel de San Gil, ese convento de San Gil que se atribuye á D. Ventura, de la platería de Martínez y de la casa que hoy ocupa la Dirección de Hidrografía en la calle de Alcalá.

Llegó entonces una época calamitosa que alcanzó en sus últimos años D. Juan de Villanueva: me refiero á la guerra de la Independencia. Y á este propósito no encuentro nada mejor que recordar un párrafo de un filósofo, Adan Ferguson, que dice:

«Cuando se lidia por la libertad y los hogares; cuando entre el rumor y tumulto de las armas oye el corazón la voz de tan preciosos intereses, entregarse tranquilamente al estudio de las artes que sólo tienen por objeto la comodidad y el gusto sería el mayor, el más vil extremo de indolencia y de infamia.»

En esa época gloriosa los españoles levantaron el mejor monumento que podían levantar en la historia: las ruinas de Zaragoza y de Gerona. Entonces los obreros no podían dedicarse á otro trabajo que á cavar fosas para llenarlas de cadáveres franceses.

Terminada la guerra de la Independencia ocurrió una singular coincidencia; el primer monumento que se elevó de alguna importancia fué precisamente el Dos de Mayo, que está en el Prado, frente á esas fuentes ya citadas de D. Ventura Rodríguez, el cual, según dice D. Eugenio Llaguno:

«Cuando trazó las fuentes del Prado, presentó también un diseño muy estudiado, de un peristilo ó pórtico que se pensaba construir delante de las caballerizas del Buen Retiro y frente á la fuente de Apolo, para ocultar el mal aspecto de aquel terreno, y que había de ser capaz para guarecer tres mil personas en ocasión de lluvias repentinas, etc.»

Luego vino otra época casi peor para el arte, época en que el romanticismo mal entendido operó una reacción, y en lugar de estudiarse el greco-romano se quiso imitar el arte ojival, creyendo que consistía únicamente en el arco apuntado. Esta es la escuela que ha producido tantos horrores en tiempo de Fernando VII, y de que está sembrado el palacio del Escorial interiormente (en decorado de habitaciones y muebles), viniendo á morir en las confiterías; y eso trajo consigo el romanticismo que consistía en creer que no había habido arte más que en la Edad Media, y que todo había de ser moro ó cristiano.

Por fortuna operó después un verdadero renacimiento en el arte la Academia de San Fernando con sus pensionados en Roma, que no se contentaron con quedarse allí, sino que fueron á estudiar también la magna Grecia.

Napoleon I fué el que hizo que se empezaran á estudiar los monumentos de Grecia, prestando así un gran servicio al arte y haciendo para él fructuosas sus campañas. Vino de este modo con la expedición á Morea el conocimiento de la Grecia; porque hasta entonces se había hablado mucho de arte griego, pero sin conocerle, y solo así se comprende que pudiera decir un poeta del siglo xvi, hablando del monasterio del Escorial (Juan de Arphe, para mayor dolor):

Sobrepujando á griegos y romanos

En todo cuanto hicieron por sus manos.

En esta época de renacimiento figuran D. Anibal Alvarez, Colomer, Gándara, y otros muchos que no quiero nombrar, porque la mayor parte de ellos viven, y si cometiera alguna omisión pudiera creerse que mi silencio envolvía una censura; por eso me contento con citar á los ya difuntos, porque de los muertos nadie tiene celos. Entre ellos debo nombrar principalmente á uno, y al hacerlo no me quito el sombrero porque estoy descubierto; me refiero á D. Juan de Madrazo, maestro de los arquitectos modernos, que nos ha enseñado á hacer restauraciones, y á quien debo citar por lo mucho que valía y por el cariño que le he tenido, así como á Mendivil y á Coello.

Si mal no recuerdo, el programa de mi conferencia no abarca solo la arquitectura, sino las artes decorativas al comenzar este siglo. A esas artes decorativas les ha sucedido lo contrario de lo que le ha pasado á la arquitectura, porque esa época que señalan los críticos, con Jovellanos á la cabeza, como de una restauración y de un rejuvenecimiento del arte, para el arte suntuario

fué muy mala. Algunos suponen arte barroco los muebles y la tapicería, que había llegado á tener verdadera importancia; y luego cuando por fortuna teníamos ya el arte greco-romano, se dedicó la fábrica de tapices á hacer *el choricero* y otras cosas que prueban que no se tenía la menor idea de lo que era el arte decorativo.

Si se comparan estos desdichados engendros con las bellísimas producciones cerámicas de la época anterior en las fábricas de la Moncloa y de la China, hay que convenir en que las artes industriales murieron en España cuando el arte barroco exhaló el último aliento.

La industria iba también poco á poco degenerando; los tallistas de esa época no eran lo que habían sido los tallistas barrocos, sobre todo cuando en esa misma época los arquitectos se dedicaban á tallar.

A propósito de esto de artífices debo leer un error de Jovellanos, cometido en su afán de defender á don Ventura Rodríguez, del cual yo creo que tengo mejor opinión que Jovellanos, solamente que no le busco enemigos imaginarios ni me echo por los trigos de Dios á sostener que era lo que no había sido nunca, sino que me limito á reconor que era un arquitecto de mucho mérito, y esto, como se dice vulgarmente, *sin agraviar á nadie*.

Jovellanos no sabe ponderar sin agraviar y dice:

«Y á la verdad, ¿qué es lo que resta al arquitecto después de haber perfeccionado sus planes? La ejecución ya pertenece á otra mano, y acaso en esto más que en otra cosa se distingue su profesión de las demás.»

A Miguel Angel no le han estropeado los monumentos ni á los verdaderos arquitectos tampoco. Cuando el arquitecto ha querido que los obreros no le estropeen sus obras, lo ha conseguido: ahí están los monumentos dóricos, donde los obreros no han estropeado nada; pero es muy cómodo decir que los albañiles lo han echado á perder.

«Cuando el genio criador de la arquitectura, guiado por la sabidura é inflamado del deseo de inmortalidad, concibe un designio digno de ella; cuando inventa, mide, calcula y distribuye su objeto; cuando proporciona cada parte á su destino, y de la sábia combinaci6n de todas hace que resulte la armonía general; cuando dá en la unidad un apoyo y un vnculo á esta misma armonía; en fin, cuando concilia la solidez con la conveniencia y la belleza con la comodidad, todo está hecho. Lo que resta no es ya la parte noble, sino la mecánica del arte; no pertenece al arquitecto, sino al aparejador; en una palabra, no es obra del ingenio, sino de las manos.»

Y contiúua echando la culpa á los albañiles que la han ejecutado, si alguna obra de D. Ventura Rodríguez no está bien; lo cual es tanto más injusto cuanto que precisamente se trata de una época en que las artes auxiliares de la arquitectura adquirieron un gran esplendor. La prueba de ello está en muchos edificios, y sin ir más lejos en las Salesas, cuya puerta de hierro y antepecho de la escalera, del mismo metal, son magníficas. La parte interior de la iglesia ejecutada en yeso y la portada de piedra y mármol, no dejan nada que desear, y no he conocido nunca mano de obra mejor hecha. También se puede citar esa misma iglesia de San Marcos, en que tal horror á la recta mostraba D. Ventura Rodríguez; si los albañiles no hubieran sido muy buenos, no se podría mirar. Me parece que debe repartirse el mérito por igual entre el arquitecto, que era un genio insigne, y el humilde albañil que le ha ayudado, encontrando, por consiguiente, injusto ese sistema de Jovellanos de echar siempre la culpa al pobre albañil.

Otra prueba de los buenos oficiales que en todos los oficios se encontraban entonces en España y de la buena ejecuci6n de las obras, está en ese pobre transparente de Toledo tan maltratado. No conozco nada mejor como ejecuci6n, como mano de obra; están salvadas to-

das las dificultades; todas las líneas de junta son contrarias á la lógica; sin embargo, no hay una pieza que esté saltada, y entre tantos trozos de diversos mármoles, de bronce, de materias completamente heterogéneas, no se nota una unión: ni dibujado se puede hacer con mayor perfección que está hecho. Y en época posterior, en época en que habíamos venido á esa regeneración del arte, los oficios estaban en una total decadencia; pero, por desgracia, hoy están mucho peor, y la razón es muy sencilla. Se han seguido diversos caminos con la arquitectura y con los oficios. Respecto á la arquitectura, que era libre, se cayó en la cuenta de que debiera haber escuela y ser enseñanza oficial; y respecto á los oficios se declaró libertad absoluta. Antes había gremios que examinaban de oficiales, los cuales no podían hacer más que determinadas obras de aquellas de que estuvieran examinados, y el ser maestro costaba mucho; hoy es maestro todo el que tiene dinero para pagar oficiales; ya es maestro cualquiera, por cuya razón han venido las artes á la total decadencia en que están: me refiero á las artes puramente de ejecución.

He dicho lo que había sido el arte á principios de este siglo y, ó no he entendido yo el verdadero fin de estas conferencias, ó me queda que decir lo que espero que será, es decir, el provecho que hemos de sacar nosotros de estos grandes hombres que nos han precedido.

Cuando el presidente del Ateneo, mal aconsejado, empezó á indicarme que diera esta conferencia, una de las razones que yo tenía para no darla era que negaba la influencia de Rodríguez y de Villanueva sobre nuestra época actual, entre otras razones, porque en una escuela podrá influir el primero, pero el último no influye nunca (me refiero al orden cronológico). Creo además, que el camino que ellos han seguido, habiéndoles conducido á hacer obras de gran mérito, para

nosotros es imposible de seguir. Nosotros tenemos mucho que admirar, pero poco que aprender en las obras de Rodríguez y de Villanueva; y para esto me fundo en lo que he dicho antes: creo que un arte no se crea sin más ni más; que un arte obedece á una época y le van formando entre todos, porque el artista no puede nunca sustraerse al medio en que vive y está influido de todo lo que le rodea y no hace arte para él, porque sería preciso un aislamiento completo, tendría que ser un trapense; pues vivir en el mundo y hacer obras para el mundo es imposible, sin fijarse primero en las necesidades y sin estar totalmente absorbido por el gusto de la época.

De aquí, á mi juicio, el error de Rodríguez y de Villanueva. Esa arquitectura greco-romana, tan decantada y tan hermosa, para nosotros es inaplicable, por la sencilla razón de que nadie nos paga la construcción como la usaban los griegos y los romanos, y hacer en yeso la copia de un templo de piedra faltando exteriormente á todas las leyes de la estructura interior hoy día no se permite. Lo primero que nosotros tenemos que aprender es estructura; pues como estructura, si ellos se volvieron á los romanos, nosotros tendríamos que volvernos al arte de la Edad Media, arte donde, á mi juicio, tenemos nosotros un maestro que nos ha de enseñar mucho más que los griegos y los romanos. Los griegos y los romanos nos podrán enseñar á dar grandiosidad á las obras, pero á construir, nada; porque después de todo, lo que construían los griegos y los romanos, todas esas obras tan decantadas, las construye cualquiera, las construye un niño. Donde hay que estudiar es en la bóveda de una catedral gótica: así es que en estructura tendremos que volver otra vez la vista atrás, ó ver de crear un arte nuevo con los elementos modernos, principalmente el hierro.

Però hay algo en el arte que no se forma, hay algo

que ha de ser génio, que ha de ser inspiración; y ese génio también se nutre, también respira, también recibe los elementos de otra parte y nunca hay un cambio en el arte sin una influencia extraña. Para esto, no hay más que volver la vista á pasadas épocas. ¿Cómo empezó el arte de la Edad Media? Con la influencia oriental. El arte de la Edad Media concluye, ¿cuándo? Cuando vienen las influencias italianas y se empieza á creer que se restaura el arte romano. Y en España nos encontramos también con una influencia oriental: y todos esos cambios bruscos han obedecido siempre á una influencia traída generalmente de luengas tierras.

Hoy día, para el detalle, para eso que he dicho que el artista tiene que buscar fuera de la estructura, creo que la influencia nos ha de venir como vino en la Edad Media, de Oriente; hoy día creo que esa influencia ha de venir del Japón.

Francamente creí que al llegar á este punto me íbais á soltar la risa. Y digo esto, no porque yo crea que debemos ponernos á hacer arte chinesco, y mucho menos arquitectura chinesca: si espero más de la influencia de ese arte, es precisamente porque no tiene arquitectura, y porque de ese arte no podemos nosotros sacar otra cosa que la educación en el ornato.

Como ornamentistas son los artistas japoneses los primeros que conozco. Una de las cosas que ha de hacer el arquitecto al emplear elementos naturales, al emplear la flora, la fauna, es conocer bien la arquitectura, por decirlo así, de esos elementos que emplea. No hay nadie que la analice como la analiza el japonés, nadie que vea tan hermosamente la forma monumental de un pequeño animal, de una flor, de la más insignificante hoja, como lo vé el japonés, con una sobriedad asombrosa, con un aticismo casi griego.

Esta corriente fatal pero inevitable que empuja todas las artes al realismo, lleva también la ornamentación

á ese camino, en que siempre se ha perdido, y que conduce á las épocas más deplorables de las artes decorativas. El instinto de conservación inspira, sin que de ello se dé cuenta el hombre, á las artes industriales la imitación de los productos japoneses; ¿por qué? Porque el ánsia de realismo está en el aire, se aspira por todos, y el arte japonés es el único realismo decorativo, por ser arcáico, y satisface esa aspiración.

El día que hayamos conseguido unir á esas formas nuevas que nos han de dar elementos casi puede decirse extraños, puesto que antes no se empleaban de la manera que hoy se emplean, el día que hayamos logrado darles forma con esa influencia oriental, con esa influencia japonesa, creo que habremos hecho el arte del siglo XIX. HE DICHO.



# 20.<sup>a</sup> CONFERENCIA

---

## T E M A

El Doctor Fourquet.—La ciencia médica y sus propagadores en España.—Gimbernat, Argumosa, Asuero.—La medicina bajo su aspecto social.—La higiene pública y privada.

### ORADOR

DON ALEJANDRO SAN MARTÍN

---

*Señoras y señores:*

A la Medicina legal y Toxicología, bajo Mata y Orfila, que fueron objeto de la interesante disertación del Sr. Simarro hace pocas noches, sigue hoy la Medicina en sus relaciones generales, formando parte de este curso de conferencias históricas que tan grata y provechosa enseñanza viene acumulando en esta cátedra para fortalecer nuestra cultura y avivar nuestro patriotismo.

Creo acertar si digo que en esta empresa trabajamos más para la patria que para la ciencia; así es que, respetando ante todo los fueros científicos, que son los de la verdad, me propongo exponer y estimar los sucesos y las personas objeto de la conferencia médica que nuestro presidente, el Sr. Moret, honrándome en exceso, me ha encomendado, con la simpatía y entrañable

apego que se suele tener al país propio y que es lícito también sentir por la profesión de que vivimos, con no menos motivo, desde ciertos aspectos, que por la familia natural en que hemos nacido.

Al obrar así, obedezco sin duda á cierto optimismo de carácter, pero sigo también ejemplos que diariamente me impresionan y buenos de recordarse en este momento para estímulo de mis nada ejercitadas aficiones hácia los estudios históricos y biográficos.

En el edificio de la facultad de medicina de Madrid, abundan las muestras de veneración á nuestros médicos. Lápidas conmemorativas de profesores en casi todas las aulas, medallones esculturales, dedicados á médicos españoles antiguos, en los muros más visibles; retratos de maestros fallecidos en este siglo, adornando el anfiteatro recientemente restaurado; bustos, alegorías é inscripciones históricas, esmeradamente distribuidos entre las diversas dependencias; todo esto hace al visitante y al alumno formar una alta idea de los que nos han precedido en la enseñanza de las ciencias médicas y en el ejercicio del arte de curar. Además, Madrid ofrece en la actualidad al observador curioso más de doce calles que llevan nombres de médico; y aún prescindiendo de las dedicadas á extranjeros como Jenner, á antiguos españoles como Vallés y Mercado, y á otros del presente siglo que se han distinguido más que en medicina en botánica, como Lagasca, ó en política como D. Nicolás María Rivero, todavía quedan los siguientes rótulos de calles evocando el recuerdo de celebridades médicas contemporáneas: Argumosa, Castelló, D. Bonifacio Gutiérrez, Orfila, Méndez Alvaro, Drumen y el Doctor Fourquet.

Bien sé yo que estos testimonios no son de valor crítico irrecusable; pero la profesión médica es de las que tienen más hondas raíces en la sociedad, y puede, un médico, sin haber hecho adelantar la ciencia, haber

sabido propagarla ó ennoblecerla en términos dignos de esta popular forma de perpetuidad. Precisamente en este caso creo que se encuentra el Doctor Fourquet, primero de los médicos españoles del siglo XIX que aparece en el tema que debo desarrollar en esta conferencia, y que dice así: «*El Doctor Fourquet. La ciencia médica y sus propagadores en España. Gimbernat, Argumosa, Asuero. La Medicina bajo su aspecto social. La higiene pública y privada.*»

De D. Juan Fourquet y Muñoz podría decirse sin anacronismo ni exageración que murió en olor de santidad. Dominado en los últimos años de su vida por escrúpulos religiosos, dispuso que sus restos fuesen inhumados en la fosa común; y este rigor de humildad cristiana (consumado el 26 de Julio de 1865), hubo también de alcanzar á sus trabajos científicos. Sin duda quiso entregar su cuerpo, no al mundo, si no á la tierra; y su espíritu, no á la ciencia, sino á la religión. Del Doctor Fourquet no queda familia, ni biografía, ni obra publicada ni descubrimiento alguno.

Los que fuimos sus discípulos, le recordaremos siempre como incomparable catedrático de anatomía; pero el misticismo infiltrado en su alma esterilizaba muchas veces el aprovechamiento técnico de sus explicaciones. En efecto, el Doctor Fourquet cuidaba mucho de cuantos datos anatómicos tuvieran relación con las aplicaciones prácticas; pero los exponía con correctivos, miramientos y augurios tan fatalistas, que de sus labios la ciencia anatómica no se desprendía para iluminar al talento quirúrgico, emprendedor por naturaleza, sino como para deslumbrarlo, imponiendo temores y recelos allí donde esta aptitud busca confianza y guía; inspirando en una palabra pasividad y escepticismo en el arte.

No le sucedía así en los derroteros puramente científicos de la Anatomía. Por este lado, el misticismo de

Fourquet era quizá el resorte de aquellos estudios tan prolijos, de aquellas intuiciones tan interesantes y de aquellos comentarios tan inspirados, aunque siempre comedidos á la rigidez católica, que hacían de su Anatomía algo á la manera de una série de verdades reveladas, y de su cátedra, lugar como de fervorosa oración más que de frío y reposado estudio. En suma, hacía la ciencia, extensos horizontes y estímulos vivísimos, y hacía el arte, en cambio, encogimiento y poco menos que pavora; buen contraste para probar que el consorcio de una ciencia de las llamadas naturales con la exaltación religiosa, aun siendo conveniente á la especulación teórica, embota el sentido de la realidad que constituye la suprema garantía de la intervención operatoria en las enfermedades.

A mi juicio, el fervor religioso de D. Juan Fourquet tiene su explicación, no sólo en la divina gracia que pondera y solicita todo buen creyente y que pueden del mismo modo aceptar los más descreídos, suponiéndola una aptitud fisiológica espontánea; sino también porque D. Juan Fourquet se dedicó al estudio de la anatomía descriptiva cuando esta ciencia había llegado al apogeo, por decirlo así, de su perfeccionamiento. Es de advertir que hasta entonces los progresos de la medicina habían venido precedidos de algún descubrimiento anatómico; de suerte que no pudiendo progresar ya la anatomía, parecía difícil esperar adelantos radicales en medicina; y si se tiene en cuenta la vida intelectual de nuestro país durante los dos primeros tercios de este siglo, llena de oscilaciones, conflictos y desencantos, se comprende que una imaginación impresionable y un carácter rígido hicieran renacer en el ánimo del Doctor Fourquet aquel espíritu ascético de la Edad Media, según el cual todo en la ciencia estaba ya averiguado y reducido á los límites trazados por Aristóteles, siendo lo prudente conservar en este mundo las verda-

des adquiridas y prepararse á todo trance para otra vida mejor.

El Doctor Fourquet ha dejado por toda huella duradera, un premio anual (2.000 reales) que lleva su nombre, para el alumno que más se ha distinguido en el segundo año de la facultad de Medicina, á juicio de los mismos estudiantes del citado curso, que en votación solemne lo designan. No creo extremar mi veneración hacia el Doctor Fourquet, si estimo este legado en tanto ó más que un buen libro, un buen plan de estudios ó un establecimiento de enseñanza. Aquí donde nadie se cuida de preparar ó educar á los jóvenes en la escabrosa función del sufragio, que más tarde han de ejercer con gran peligro de su rectitud y de sus intereses, no es exagerado encomiar la utilidad que reportarían unos cuantos centenares de premios semejantes repartidos en universidades y escuelas. Por otra parte, en los alumnos sobresalientes el premio Fourquet, tiende á fomentar el amor á una virtud muy rara entre españoles, cual es, la de hacer á los demás, no sólo tolerable, sino grata, la propia superioridad. Si los hombres que han regido los destinos de esta nación hubieran poseído esta virtud, ¿tendríamos que lamentar tantas disensiones políticas, tantas disidencias puramente personales, y tantas penalidades para el progreso? Modesto es el valor material y reducido en extremo el alcance del premio Fourquet; pero no por esto merece menos alabanza el ejemplo que nos ofrece de amor bien entendido á los discípulos, de saludable confianza en los sentimientos juveniles y de nobles aspiraciones á la mejora de nuestras costumbres.

De todos modos, la figura del Doctor Fourquet resulta más accesible á un panegírico de oratoria sagrada que á nuestros mundanos homenajes. Sígale las oraciones de sus muchos admiradores y volvamos nosotros la atención á las vicisitudes que ha sufrido la ciencia mé-

dica en la España de estos últimos tiempos, asunto con que pongo á prueba una vez más la animadora indulgencia de este imponente público.

Desde que en el siglo XIII el concilio de Tours prohibió á los eclesiásticos, que entonces además del sacerdocio espiritual solían ejercer en gran número la medicina, toda operación quirúrgica cruenta, la cirugía fué excluída poco á poco de las universidades, hasta que á fines del siglo XVIII, la Convención francesa volvió á incorporar con la enseñanza de la medicina la de la cirugía. En España, durante los siglos XV y XVI, por causas que no es del caso juzgar ahora, la cirugía manifestaba aún alguna vitalidad; pero en los siglos XVII y XVIII llegó al decaimiento más lamentable: pues si bien es cierto que en las universidades españolas había cátedra de cirugía, como la había de anatomía, casi siempre estas cátedras estaban vacantes ó si se hallaban provistas, su enseñanza se daba con el descuido más completo.

Verdad es que el siglo XVII, en la historia de nuestras ciencias conocido con el nombre de anatómico, sugirió tales progresos quirúrgicos, que ya mucho antes de la revolución francesa, en Europa, había, no solo cirujanos de humilde ralea, sino hombres de ciencia dedicados expresa y brillantemente al ejercicio de la medicina operatoria; pero España había permanecido completamente aislada de este movimiento científico.

Así las cosas, hacía el tercer decenio del siglo pasado, un muchacho catalán, de Villalonga (hoy provincia de Tarragona), hijo de unos pobres labradores, dejó resueltamente la azada y á los 14 años de edad se encaminó á dicha capital entrando á servir en uno de sus hospitales. Pasó allí algún tiempo, interesándose más y más por el estudio de la medicina; y habiéndose enterado de que en Montpellier se enseñaba muy bien por entonces esta ciencia, se trasladó como pudo á aquella Escuela, donde siguió y terminó sus estudios, bajo la protección

de uno de los profesores; pero no satisfecho con esto, los perfeccionó en París. Volvió á España, entró á servir de cirujano de la Armada, haciendo la campaña de Orán, la de Gibraltar y algún viaje á América; hallándose en Cádiz, tuvo la fortuna de practicar felizmente en un soldado una traquetomía (operación siempre arriesgada y de mérito, pero entonces verdaderamente temeraria ó milagrosa); y fué tal el crédito que alcanzó con esto entre el público gaditano, que su fama, ya bien arraigada entre los marinos, llegó á la Corte. En fin, el rey D. Fernando VI le mandó llamar, le colmó de distinciones y le nombró su cirujano de cámara. Este hombre era D. Pedro Virgili.

En esta posición, su primer cuidado fué excitar al monarca para que fundase colegios de cirugía en España. Sin duda supo pintar bien en Palacio el estado dolorosísimo de nuestros soldados y de nuestros marineros durante algunas epidemias que en las expediciones á las colonias habían sufrido nuestras fuerzas de mar y tierra; y Fernando VI, asesorado del marqués de la Ensenada, puso á disposición de Virgili todos los recursos precisos para realizar tan humanitaria idea.

Virgili eligió á este efecto unos cuantos jóvenes de reconocida aptitud y logró que fueran pensionados, unos á Francia, otros á los Países Bajos y otros á Inglaterra. Entre tanto, hizo construir de nueva planta un edificio que todavía se conserva en Cádiz, para colegio de cirugía de la armada; y terminado este, se le proveyó de buenos laboratorios, así como del instrumental, más caro y más completo que podía reunirse, fueron llamados del extranjero los pensionistas, ya profesores, y se inauguraron los estudios en 1748.

Este esmero en la educación europea del personal y la bien entendida pausa con que se fué preparando en cuatro años el material del colegio de cirugía de Cádiz, revelan en Virgili una idea de la enseñanza y un espí-

ritu de rectitud y seriedad tales, que más de un siglo después se echan muy de menos en España.

Los alumnos de aquel colegio formaron pocos años después un núcleo para la instalación de otro colegio en Barcelona, destinado á proveer de cirujanos instruidos al ejército, como lo había sido el de Cádiz para la marina. Aún no había nada para el pobre pueblo español, no mejor servido á la sazón que las filas y la armada en las necesidades sanitarias; pero no se puede culpar de esto á Virgili ni al mismo rey, sino á las condiciones de la época y á que Virgili murió en 1776 en Madrid sin realizar más que una parte de su pensamiento.

La ciencia no debe á Virgili progreso alguno directo; pero por su mediación el nivel científico se elevó entre los españoles en uno de los ramos más útiles del saber y la patria le debe la restauración de las ciencias médicas á fines del siglo pasado.

La obra de Virgili tuvo por continuador á otro catalán, de Cambrils (hoy también provincia de Tarragona), y que había sido alumno del colegio de Cádiz, después catedrático de los fundadores del colegio de Barcelona y, por último, cirujano en Madrid de Carlos III. Este catalán se llamaba Antonio Gimbernat.

Comisionado por Carlos III, en Londres, fué discípulo muy adicto del célebre cirujano Hunter. En la biblioteca de la facultad de medicina de Madrid se conserva una *Memoria* escrita de puño y letra del licenciado Gimbernat, donde éste refiere, que oyendo explicar un día al doctor Hunter la operación de la hernia crural, se atrevió después de la clase (y no en público, como algún historiador indica) á dirigir al célebre maestro algunas observaciones sobre la anatomía de la región crural, y la mejor manera de practicar el peligroso desbridamiento en la quelotomía correspondiente.

Y dice luego el anatómico español que después de oír

sus advertencias, Hunter le contestó con afable llaneza: *You are right*, tiene Vd. razón.

Pues bien: á este sencillo episodio se debe que el nombre de Gimbernat sea perpetuamente conocido, así en la ciencia anatómica como en el arte quirúrgico, y que este nombre se haya grabado en un órgano de nuestro cuerpo (el ligamento que se llama de Gimbernat.) Este descubrimiento, que es quizá el último de cierta importancia realizado en anatomía descriptiva, con aplicación á operaciones quirúrgicas, y el nombre de Gimbernat, único de español que figura en el tecnicismo anatómico, habrían quedado en el más completo olvido, si la noble aquiescencia de Hunter no hubiera vencido la modestia de Gimbernat, cuyo trabajo sobre la hernia crural, publicado primeramente en inglés, fué muy pronto traducido al alemán y conocido luego en toda Europa.

Volvió Gimbernat de Londres á Madrid y por sus gestiones se fundó enseguida el colegio de cirujía de esta capital, destinado principalmente al servicio del público, bajo la denominación que todavía conserva de Colegio de San Cárlos, por estar dedicado á Cárlos III, y que se abrió en 1787, leyendo el discurso inaugural (sobre el uso de las suturas quirúrgicas) el mismo señor Gimbernat, que fué nombrado Director.

Aunque este nuevo establecimiento adquirió en pocos años un crédito envidiable, Gimbernat no se contentaba con haber propagado á Madrid la enseñanza exclusivamente quirúrgica y aspiró á que los alumnos del Colegio de San Cárlos tuvieran también instrucción médica, estableciendo al efecto en el Hospital General de esta Corte, donde desde primeros del siglo XVIII había ya cátedra de anatomía, fundada por el nombrado médico Martín Martínez, otras cátedras de medicina bajo el nombre de *Estudio de medicina clínica*. Sin embargo, esta enseñanza que adquirirían los cirujanos ma-

drileños de entonces, tenía algo de subrepticia, complementaria y como accesoria; mientras que en las Universidades, los claustros de Teología y Jurisprudencia, ahogaban tenazmente los buenos deseos de las facultades de Medicina, por entonces ya muy propicias á mejorar la enseñanza quirúrgica y á implantar otras muy radicales reformas.

Al par que la cirugía, la medicina á la sazón arraigaba científicamente en Madrid, por los trabajos de una tertulia que empezó celebrando sus sesiones en una librería, y que á fines del siglo llegó á ser la Real Academia de Medicina de Madrid, bajo cuyo nombre publicó el primer tomo de sus *Memorias* en 1797. Este libro refleja un predominio de las ciencias naturales sobre la medicina propiamente dicha, que da á entender el sentido radicalmente reformista de aquellos estimables médicos, y el origen ó caracter genuinamente médico de aquellos naturalistas. El médico Ruíz de Luzuriaga que hizo un estudio muy apreciable del cólico llamado de Madrid, distinguiéndose mucho en otros varios trabajos, el botánico presbítero Cabanilles, el químico francés, entonces españolizado Proust, y los botánicos Lagasca, Pavon y Ruíz, colaboradores principales de dicha publicación, confirman el aserto precedente, del cual se deduce, sin violencia, que no habiendo sobrevenido la invasión francesa, las ciencias médicas en el siglo XIX habrían tenido á España por una de las naciones más fecundas en descubrimientos y en aplicaciones útiles. Permítaseme remachar, por decirlo así, esta opinión, recordando en primer lugar el brillo alcanzado ya entonces por la cirugía; en segundo término, la afición y notabilísimo aprovechamiento con que se cultivaban entre nosotros las ciencias naturales; y, por último, los veneros de remedios, de noticias útiles, y de campo para la observación que ofrecían, á principios de este siglo, nuestras ricas y extensas posesiones americanas.

A pesar de esta mútua atracción de los colegios quirúrgicos hácia la medicina y de las facultades médicas universitarias hácia la cirugía, Gimbernat murió octogenario en Madrid el año 1816, sin haber realizado por completo su pensamiento por motivos de fuerza mayor, que al mirar esta fecha asaltan vivamente á la memoria de todos vosotros.

En 1807 se publicó un plan general de estudios en virtud del cual las Universidades volvían á recoger la enseñanza de la cirugía para que en unión con la medicina, constituyese la facultad de este nombre en todas las Universidades españolas; reforma que se debe á Godoy, por más que vaya unido á dicho plan el nombre del marqués de Caballero; (pues á lo que parece, este ministro hubo de aceptarlo por la presión de las Universidades que en dicho año empezaban ya á dar informes algo más favorables á las ideas modernas).

Pero con la guerra de la Independencia, el plan de estudios de 1807, que hubiera adelantado medio siglo el progreso de la ciencia médica en España, no pudo producir ventaja alguna.

Napoleon asfixió la vida científica de España. De nuestras guerrillas surgían convertidos en militares hasta los médicos, entre ellos el general Martínez de San Martín, que como hombre de armas, tuvo que figurar no airosamente de capitán general de Madrid, cuando los excesos lamentables del populacho en 1834; mientras que como médico había comenzado á distinguirse mucho desde joven siendo secretario de la Real Academia de Medicina, hace poco mencionada.

En 1815, los colegios de cirugía de Cádiz, Barcelona y Madrid, más dos ó tres que se habían fundado sin llegar á adquirir gran desarrollo, continuaron dando la enseñanza de la cirugía con poca brillantez, aunque sin mostrar gran retroceso. En cambio, las universidades españolas, rompiendo con el plan de 1807, vol-

vieron á manifestar la misma intransigencia y repulsión hacia las reformas que á fines del pasado siglo.

Como muestra del espíritu que reinaba en aquellas universidades, bastará decir, que la de Salamanca, preguntada como todas por el gobierno acerca de la opinión de cada uno de los catedráticos y doctores, informó (por la pluma de un fraile, que según parece funcionó de ponente en esta repulsiva diligencia), que en Salamanca había un joven doctor en medicina, de cualidades por demás sobresalientes, pero tan contaminado de liberalismo, que se hacía preciso expulsarle de la universidad. Este joven doctor que se llamaba D. Mateo Seoane, fué excluído del cláustro y desterrado de Madrid, de los sitios reales y de Salamanca, teniendo que retirarse al pueblo de Rueda, donde fué médico de partido durante unos cuantos años. Pero afortunadamente para el proscrito, llegó la revolución del año 1820, que en 1821 le trajo representando la provincia de Valladolid, á las Cortes Constituyentes.

El Dr. Seoane demostró desde entonces una febril actividad, siendo secretario hasta de siete ú ocho comisiones á la vez, tomando parte en los trabajos relativos á sanidad, en la reorganización del cuerpo médico castrense, y sin duda alguna, contribuyendo al plan de estudios de Quintana.

Respecto de sanidad, los proyectos de Seoane fracasaron por completo, y esto no tiene nada de extraño, porque Seoane, que fué de los liberales más radicales, como lo demuestra el título de su primer folleto, *Defensa de la exaltación y de los exaltados*, trató de hacer siempre reformas muy completas; así es, que propuso á aquellas Cortes una organización sanitaria de este país, como por entonces no la habría quizá en Europa, y por lo tanto, costosísima, siendo sin duda esta última circunstancia la causa del fracaso.

No fué Seoane tan desgraciado en la reorganización

del cuerpo médico castrense. Hasta entonces, los batallones y los regimientos estaban servidos por cirujanos romancistas, de escasa instrucción; por más que las ordenanzas de los colegios de Cádiz y Barcelona dispusieran que los alumnos de estos establecimientos habían de servir en el ejército y en la armada. Seoane consiguió que en las ordenanzas militares figurasen los cirujanos procedentes de estos colegios ó los licenciados de las universidades, organizando un cuerpo único, cuyos individuos no dependiesen de los jefes de los regimientos ó de los cuerpos militares, sino que se distribuyesen bajo una dirección especial.

Respecto á enseñanza, el plan de 1822, á mi juicio, adolece de faltas muy lamentables. El gran Quintana, que quiso darle el mayor realce (hasta el punto de que sus adversarios lo calificaran de fanfarronada literaria), rompiendo por completo con la tradición española, propuso que la medicina se separara de las universidades; y como entonces estas no tenían más que las facultades de medicina, de derecho, de teología y unas cuantas cátedras de filosofía, puede decirse que por el plan de Quintana se mutilaba el organismo universitario, dejándole solamente los estudios más vetustos y menos apropiados para impulsar el vigor progresivo de la cultura nacional.

Esto, á mi entender, sobre significar una importación francesa poco meditada, descubre un olvido ó desconocimiento del carácter que deben tener los estudios universitarios; y ya que no sea justo exigir á los liberales del año 20 grandes respetos á las tradiciones españolas, bien nos podemos lamentar de que solo tuvieran presente la organización francesa, desestimando ó desconociendo lo que entonces se hacía en Inglaterra, en Alemania y hasta en la desmembrada Italia.

De todas suertes, el plan de 1822 no llegó á realizarse por la reacción de 1823.

Desde 1824 hasta la muerte de Fernando VII, las universidades volvieron á recobrar la facultad de medicina, pero excluyendo á la cirugía, que siguió enseñándose en tres colegios principales, los de Madrid, Barcelona y Cádiz.

Entretanto, el terror con todas sus vergonzosas consecuencias alcanzó á los médicos como á tantas otras clases de nuestra desgraciada sociedad; pero en 1825 el rey Fernando VII se agravó en la enfermedad crónica que padecía, y aunque rechazaba obstinadamente la asistencia de un catedrático de San Carlos que los infantes y altos empleados de palacio, le recomendaban (por ser liberal el recomendado), tanto hubo de empeorarse, que el 1.º de Febrero de aquel año fué llamado á la Real Cámara dicho catedrático D. Pedro Castelló y Ginesta, á la sazón cirujano de la real casa, es decir, de los empleados palaciegos, profesor proscrito, antes médico militar, después de haber sido médico de partido en su país, y catalán como Virgili y Gimbernat.

Su asistencia al rey debió ser tan esmerada que no habiendo salido de la cámara real en veinticuatro días, al cabo tuvo la fortuna de que el mismo Fernando VII dijera que después de Dios debía la vida á Castelló.

Véase ahora como empezó á utilizar este su bien ganada su influencia en palacio. Ante todo, procuró, que sus compañeros de San Carlos, destituidos por liberales, fueran repuestos, consiguiéndolo á duras penas: poco después, logró de Fernando VII que se construyera en Madrid un edificio propio para colegio de cirugía; obtuvo también del rey un plan de estudios médicos con aplicación á los colegios de cirugía, con enseñanza médico-quirúrgica completa, obligada, y constituyendo la nueva carrera de médico-cirujano, plan publicado en 1827, al cual puede decirse que debemos nuestro nivel quirúrgico, y quizá en mucha parte nuestro nivel médico actual; y por último, trató de organizar también el

ramo de sanidad, si bien limitándose al servicio profesional médico del reino, para lo que restableció la tradición del antiguo tribunal llamado Protomedicato aunque con el nombre de Junta Superior de Medicina y Cirugía. Esta Junta venia á ser por lo inapelable, autonómica y honorífica, la más elevada expresión de lo que podríamos llamar poder facultativo, institución algo semejante á lo que es el Tribunal Supremo para los asuntos jurídicos, más decisiva que el actual Consejo de Estado, último trámite de las reclamaciones sanitarias, é iniciadora de todas las medidas de gobierno en los asuntos medicos.

Esta última adquisición de D. Pedro Castelló duró poco tiempo, porque la muerte del rey, con el advenimiento de los gobiernos liberales, cambió todas estas instituciones del absolutismo. Bajo este sistema, era natural lo que por entonces sucedía; el rey era el Estado, la nación, el emblema común, y hasta la representación de Dios en el país; y á su vez el primer médico de cámara reunía en sí las calidades de director de instrucción médica, de inspector de hospitales, de sanitario general castrense y de legislador sanitario civil. Sería un anacronismo resucitar aquellas preeminencias profesionales, pero es justo recordar que la junta fundada y presidida por Castelló fué prudente en el ejercicio de sus omnímodas atribuciones.

De los otros favores conseguidos por D. Pedro Castelló en beneficio de la instrucción médica, el suntuoso edificio levantado para colegio de cirugía médica, ha quedado para actual Facultad de Medicina, y el plan de estudios de 1827 dió los mejores resultados durante una docena de años. Sin exageración se puede afirmar que de 1827 á 1843 el colegio de San Carlos de Madrid, fué el primer establecimiento de enseñanza de España. Tenía los profesores más eminentes que por entonces pudieron

haberse reunido, entre los cuales merecen especial mención, Mosácula, por su elocuencia; D. Bonifacio Gutiérrez por su tino clínico y felices genialidades profesionales; Hernández Morejón, historiador de la medicina española y médico militar distinguido; Capdevila; y D. Dionisio Solís, que figuraba como representante de la cirugía con servadora, en competencia con la emprendedora que algunos calificaban de afrancesada, porque entre médicos españoles y franceses, habíanse originado en este punto vivas discusiones, y el espíritu de nacionalidad acentuó en España la práctica quirúrgica prudente desde la invasión napoleónica.

Por otra parte, el cuerpo escolar de aquel establecimiento era numeroso y pudo reunir alumnos muy sobresalientes, en razón á que despues de la guerra de la Independencia y de la revolución liberal, las filas del ejército no ofrecían sin duda un porvenir muy ventajoso; en razón también á que de los seminarios había salido, con motivo de dichas guerras, un gran número de jóvenes poco dispuestos ya para dedicarse á la Iglesia, que á su vez, había perdido también muchos de sus alientes; en razón asimismo á que aún no habían tomado las carreras especiales de ingenieros el desarrollo que después ha sustraído de la enseñanza universitaria la parte más selecta de la juventud; en razón, por último, á la residencia de la universidad en Alcalá.

La segunda época liberal, que en varios ramos de la instrucción pública ha dejado simpáticos recuerdos de la reina gobernadora D.<sup>a</sup> María Cristina, no hizo reforma ó mejora importante en las ciencias médicas, hasta 1843, en que se publicó un plan verdaderamente revolucionario debido á D. Fermín Caballero. Tenían los españoles liberales de entonces dos precedentes opuestos en que elegir: por una parte, la tendencia tradicional española modernizada con el espíritu de la revolución francesa genuina, el plan de 1807, con univer-

sidades completas, oposiciones á cátedras, bastante amplia base de estudios, intimidad escolar de facultades universitarias y moldes abiertos para todo linaje de conocimientos; y por otro lado, la tentativa que ha personificado en Quintana el plan de estudios de 1822, todo francés, con el espíritu de la revolución francesa no ya genuina ó popular sino en reacción burocrática, plan nada español, estrecho de miras, desmoronador y no más que utilitario, profesional y positivista en las aspiraciones docentes.

Pues bien, D. Fermín Caballero dejó á un lado lo español que en verdad trascendía á ranciedades muy poco antes removidas y desagradables, pero que pudieron sofocarse con no gran esfuerzo; y trasladó á España la organización de la enseñanza médica francesa, que no por ser hechura de un español como Orfila, dejaba de ser algo extraña á nuestras tradiciones, no en todo vituperables.

Aprovechando los frutos del plan de estudios médicos de 1827, el de 1843 separó la medicina de las universidades, formando con la medicina, la cirugía y la farmacia, una facultad llamada de ciencias médicas que se estableció en Madrid, en Barcelona y despues en Cádiz. Los colegios resultaban venciendo á las universidades; y la cirugía, despreciada por éstas, prestaba ya nueva vida á la medicina y á la farmacia, acogiéndolas bajo su organización preponderante, dejando á teólogos y juriconsultos con sus antiguas preeminencias universitarias.

Lo verdaderamente nuevo y revolucionario en este plan, y que yo lamento no haya tenido fomentadores en lo sucesivo, es la unión de la farmacia con la cirugía y la medicina, lo cual en mi sentir sería muy útil para preparar el servicio médico rural como lo está en Inglaterra, donde los médicos rurales son médicos, cirujanos y al mismo tiempo farmacéuticos. Además, la

farmacia que ciertamente tiene un abolengo muy honroso, que ha deparado al progreso humano descubrimientos muy valiosos y cuenta nombres de primer rango en la historia de las ciencias, según mi modo de ver, ha terminado ya su misión profesional, amplificada como está en sus procedimientos por la industria moderna y reducida como se halla en sus aplicaciones, por la decadencia de la medicina galénica y por la simplificación de los tratamientos farmacológicos.

Por su parte, los farmacéuticos españoles han sido laboriosos, han sabido manejar con discreción sus mútuos intereses colegiándose, como en Madrid desde mediados del siglo último, y han hecho cuanto pudiera exigirseles para fomentar su instrucción profesional, según lo prueba el colegio de farmacéuticos de Sevilla estableciendo en esta Corte la primera cátedra quizá de botánica que aquí ha existido, y el de Madrid abriendo por iniciativa de su presidente D. Agustín José de Mestre, en 1814 una suscripción nacional entre los boticarios con cuyo producto se compró en la calle de San Juan, hoy de la Farmacia, el terreno que actualmente ocupa el colegio de este nombre y antes llamado de San Fernando, sin duda por el del rey entonces recién venido al trono.

Hoy por hoy, la farmacia constituida en facultad universitaria, como apenas si país alguno la presenta, me parece, dicho sea esto con todos los respetos exigibles, una rémora de los adelantos prácticos del arte de curar y lleva consigo necesariamente un gravámen supérfluo de los servicios médicos en los pueblos pequeños, tan numerosos en España.

Por lo demás, el plan de 1843 aumentó considerablemente el número de cátedras y las proveyó sin más mira fija que la de mejorar la enseñanza. Pero precisamente este plan ofrece la prueba más elocuente, según presumo, en defensa del sistema de oposiciones para la provisión de la mayor parte de los cargos públicos en

España; porque no cabe rectitud más acrisolada que la de D. Fermín Caballero en los nombramientos de catedráticos médicos, ni mayor acierto en la elección de este personal; y sin embargo, probablemente el plan de estudios de 1843 ha sido la causa de muchos de los males que en la enseñanza médica hemos tenido que lamentar posteriormente, según luego veremos.

No obstante estos reparos, el éxito inmediato no se hizo esperar, porque la enseñanza médica mejoró considerablemente con el nuevo claustro. Al mismo tiempo se establecieron en Madrid sociedades editoriales que inundaron á España de libros de medicina, en su mayor parte franceses, de aquella época, que se tradujeron en el espacio de tres ó cuatro años, con gran ventaja de la cultura médica en España. Deseo insistir en esta declaración, ya que hasta ahora he mirado como de reojo la excesiva ingerencia francesa en nuestros asuntos médicos. Una cosa es tomar material científico de donde lo haya (y mejor cuanto más próximo), y otra muy diferente trasplantar estilos ó sistemas de enseñanza á la ligera contruídos, aquí donde tenemos antiguos organismos universitarios fácilmente reformables.

En prueba de que no hay contradicción en los juicios que preceden, pocos años después ocurrió un incidente al parecer trivial, más bien festivo que serio, pero que tuvo triste resonancia en la enseñanza médica. Hízose un nombramiento de catedrático en favor de una persona, quizá muy estimable, pero que al decir del público había certificado el caracter milagroso de cierto suceso patológico muy comentado en Palacio, de esos que en este país suelen surgir de vez en cuando (como los sondeos que se intentan en busca de pozos artesianos) para refrescar preocupaciones y supersticiones.....

El caso es que el nombramiento de real orden en cuestión suscitó protestas y comentarios de todos colores, cuyo más visible desenlace fué la confirmación de

dicho nombramiento y la jubilación de un catedrático antiguo, montañés de origen, liberal de opiniones, diputado á Cortes que había sido en 1837, caracter independiente y que ya en ocasión no muy remota había desconcertado el mismo milagro en forma muy peregrina, pero bastante eficaz para evitar por aquella vez el contagio de la superchería en una elevada cámara.

Yo no he tenido la fortuna de alcanzar á este ilustre catedrático que, retirado en su aldea cantábrica, murió (pocos días después que el doctor Fourquet) en 1865; y como en este distinguido auditorio hay algunos que pudieron apreciar de sus cualidades personales, leeré un soneto de nuestro consocio el doctor Castelo y Serra, dedicado hace algunos años al eminente profesor aludido. Dice así este soneto:

Á LA MEMORIA DE D. DIEGO DE ARGUMOSA

Grave, severo, mesurado, frío,  
Buen esposo, buen padre y ciudadano;  
Por su carácter todo un espartano;  
De trato dulce, aunque exterior sombrío.

Como Catón incorruptible, pío,  
Correcto en la dicción, firme de mano;  
Como muy pocos hábil cirujano;  
A la hora del deber nunca tardío.

Tan pulcro en el obrar como en el traje,  
Y docto en escribir castiza prosa  
Como en poner artístico vendaje,

Después de hacer operación pasmosa  
Y genio, en fin, de superior linaje  
Tal fué, señores, Diego de Argumosa.

(Muy bien.)

Este maestro nos ha dejado, además de un ejemplo de energía muy digno de imitarse, una obra técnica con el modesto título de *Resumen de cirugía*, cuyo mérito es muy notable, y que puede considerarse como la más española de todas las obras que se han publicado de su género en este siglo, no solo por el detalle operatorio, y

por la adopción más ó menos oportuna de tales ó cuales adelantos científicos, sino por el método. Al leer el libro de Argumosa me parece su autor, no un discípulo de colegio independiente y con propensiones especialistas, achaque usual de esta procedencia, sino un catedrático de universidad española, sin la redundancia de nuestros escritores del último siglo, pero con el esmero de la forma y el espíritu sintético en que ponían su amor propio nuestros antiguos doctores.

Las diferencias que encuentro entre la cirugía de Argumosa y la de los libros extranjeros coetáneos, estriba en que estos describen las operaciones con subordinación á las particularidades regionales ó anatómicas, y parece como que se preocupan de hacer á los cirujanos, por decirlo así, capataces de operaciones, dejando luego al propio criterio y al tiempo su transformación en ingenieros operadores: en tanto que la obra de Argumosa procura exponer la idea operatoria antes que el sitio y el procedimiento á que debe adaptarse, esto es, hace del cirujano un ingeniero y deja á la práctica personal el complemento casuístico de la instrucción al pormenor. Esta tendencia hace del *Resumen de cirugía*, libro más interesante que la mayoría de los de su tiempo.

Con la jubilación de Argumosa puede decirse que termina la gran obra de Virgili, al cual debemos, como se desprende de esta desaliñada relación, todo lo que alcanzamos en ciencias médicas; porque aun cuando no crease más que colegios de cirugía, la enseñanza de la medicina en España ha ido desde entonces á remolque de la quirúrgica. Virgili, Gimbernat, Castelló y Argumosa, forman la genealogía de nuestra regeneración en las ciencias médicas, genealogía modesta, plebeya, pero en selección todavía creciente.

Cuando Argumosa dejó la enseñanza, la facultad de ciencias médicas se había incorporado nuevamente á

las universidades por el plan de estudios de D. Pedro José Pidal; de suerte que desde la creación de las universidades españolas (siglo XIII), hasta la fecha, solo dos años (de 1843 á 1845), la enseñanza de la medicina ha dejado de ser universitaria.

Verdad es que, trasladada ya á Madrid la antigua universidad de Alcalá, los alumnos de medicina no se reúnen con los de derecho más que en los motines; verdad es que no existe entre las facultades más enlace que la secretaría, esqueleto inerte del cuerpo universitario; verdad es que en el estado actual de cosas, la universidad moderna no aventaja lo debido ni á las antiguas ni á los colegios aislados; porque si hoy nos escandalizamos de que no se estudiase anatomía práctica en nuestras universidades colectivas, dentro de no muchos años causará verdadera extrañeza que salgan hoy de nuestras facultades universitarias esparcidas, médicos que no han visto un enajenado, criminalistas que no hubiesen reconocido un presidario y jueces que no hayan presenciado una autopsia.

Con todo, la reforma centralizadora de Pidal, comparada con las de nuestros legisladores liberales de la primera mitad del siglo, es más ventajosa para las nuevas enseñanzas que yo llamaría fronterizas y que se vislumbran en el porvenir de las ciencias de carácter social, á las cuales solo puede dar vida la atmósfera revuelta pero libre y diáfana de la enseñanza universitaria.

Compárese hoy mismo el fruto de esta enseñanza, á pesar de sus grandes defectos y de la abigarrada juventud que se la destina, con los resultados que á la cultura del país hayan reportado desde 1845 las escuelas especiales de ingenieros, mejor ó peor dotadas de recursos materiales, pero con los jóvenes más selectos de dos generaciones y el más laudable esmero por parte de maestros y discípulos. Presiento que del parangón

no resultaría la universidad española tan perjudicada como á primera vista pudiera creerse.

La historia de nuestros colegios de cirugía enseña que estos institutos son buenos para crear hombres técnicos con aplicación á determinados servicios del Estado, como la cirugía de campaña naval y terrestre, según el primer deseo de Virgili; pero apenas estos arraigan en la sociedad, engranándose con los intereses del público, requieren más amplios horizontes, como pensó muy bien Gimbernat, como logró en su mejor parte Castelló, y como pudo recabar en la forma universitaria tradicional el reformador de la enseñanza de 1845, D. Pedro José Pidal.

A falta de circulación interior entre las facultades universitarias, la incorporación de la de medicina á la universidad central, ha tenido personas que la cimenten con su propio prestigio, como D. Tomás Corral y Oña, primer marqués de San Gregorio, doctor de grandes aptitudes intelectuales, humanista, filósofo, precisamente oriundo del colegio de cirugía de San Carlos y acreditado en uno de los ramos más genuinamente quirúrgicos; como en confirmación, siquiera no pensada, pero por esto mismo más elocuente, de que la cirugía, excluída por algunos siglos de las universidades, volvía á la de Madrid préviamente ennoblecida por su propio esfuerzo, á realzar, que no á disminuir, la respetabilidad y significación social de este centro. Posteriormente el marqués de San Gregorio ha sido el primer senador que ha elegido esta universidad; prueba evidente del éxito obtenido en su largo rectorado.

En 1857, al publicarse la ley de instrucción pública hoy aún vigente (y quiera nuestra suerte que lo sea hasta que los reformadores sepan tomar de Europa lo que convenga, conservando las tradiciones nacionales útiles), el profesorado médico en Madrid tenía personas de muy diferentes procedencias y de muy diferentes

méritos y el cuerpo escolar iba sufriendo las consecuencias de una agitación política ya crónica en el país; así es que diez años despues, cuando apareció el plan de estudios del año 67, que lleva el nombre de don Severo Catalina, á la sazón ministro de Fomento, hubo ya desórdenes que denunciaban lo mucho malo que se había hecho en organización médica durante el siglo y lo mucho peor que podía esperarse el día que triunfase la revolución que amenazaba. Dos males, uno puramente científico y otro exclusivamente profesional, agrandados ambos con los años, iban sabrecargando la atmósfera en los claústros del antiguo colegio de San Carlos; por más que fuese mejorando de año en año la suerte de los que se dedicaban á la carrera de medicina.

El primero de estos dos males, recaía en aquellos eminentes catedráticos nombrados de real orden en 1843 por D. Fermín Caballero, entre los cuales se hallaban Fourquet y Mata, tan opuestos por la doctrina como iguales en reputación.

Todos ellos daban enseñanza literalmente francesa, sin que por el Rhin ni por el Canal de la Mancha llegasen directamente á España otros adelantos que los quirúrgicos, con estimable asiduidad importados por el operador Sánchez Toca, primer marqués de Toca, hombre de premiosa palabra, pero de mucho saber, gran tino práctico, excepcional arrojo en la maniobra y seguridad sorprendente en las tentativas nuevas, en una palabra, un digno continuador de Gimbernat y de Argumosa.

También flaqueaba mucho aquella enseñanza por el lado experimental.

Bien, casi con toda perfección, se enseñaba la anatomía; pero la fisiología que el doctor D. Joaquín Isern, persona de muy relevante mérito, había enseñado experimentalmente por algunos cursos, ha quedado relegada al estilo de cátedra salmantina ó complutense, desde que este profesor pasó al Consejo de Instrucción pú-

blica, dejando la enseñanza. Precisamente estos dos últimos eran catedráticos por oposición y anteriores al plan de 1843. El doctor D. Joaquín Isern se hizo homeópata, evolución que cabe explicar por idéntica manera que el misticismo del doctor Fourquet.

Por otra parte, surgieron rivalidades muy encarnizadas so pretexto del vitalismo y del organicismo, bajo las cuales latían antiguos enconos nacidos en la diversa procedencia política ó en antipatías personales; los catedráticos de 1843, quizá por extremar su delicadeza, después de muy celosos en la cátedra, eran quizá demasiado indulgentes en los exámenes y en los tribunales de oposiciones, donde nunca se anulaban los ejercicios por deficientes que fueran, resultando de aquí un profesorado para las Universidades de provincia, con sobresalientes excepciones, inferior á lo que debía exigirse; en fin, la facultad de medicina de Madrid, aunque con individualidades de mucho mérito, sostenía á duras penas el crédito científico del antiguo colegio de San Carlos.

De los centros restantes en España, solo merecen mención como núcleos de prácticos caracterizados, prescindiendo de individuos excepcionales, Cádiz, como escuela de operadores, Valencia como colegio de buenos médicos, y Barcelona, hasta hace pocos años facultad médica no bien definible por su personal.

A todos estos centros alcanza, como puede suponerse, la doble acusación de aislamiento científico y de predominio teórico que tengo la osadía de dirigir á la Facultad central de España de mediados de este siglo (amparándome para ello en el recuerdo de Gimbernat y de Virgili que dejaron una tradición de europeísmo y de enseñanza práctica hoy todavía no bien reanudada).

La culpa que pueda en esto caber á la incorporación universitaria de la facultad de Medicina y el españolis-

mo consiguiente en la manera de entender la investigación científica (dejando aparte la influencia política), se me hace muy difícil de demostrar en pocas palabras. Quede sin embargo denunciada.

En cambio, España ha sufrido menos que otros países de las exageraciones y extravagancias médicas, quizá por la razón expuesta. Solo al brusismo hubo que dar la contribución de sangre que en su época exigió; pero la hidroterapia sistemática, la homeopatía, el sistema de Leroy y otras exageraciones médicas apenas han arraigado entre nosotros. Los buenos prácticos españoles, á falta de otras cualidades ventajosas, han revelado en todos tiempos, por lo general, ese singular acierto que trae consigo la educación artística no recibida de los demás, sino penosamente elaborada en el trato directo con la naturaleza.

Hemos podido envidiar ciencia; pero el arte médico siempre ha tenido en España tan buenos ó mejores intérpretes que en otras naciones. Podría yo citar aquí muchos nombres cuyo crédito póstumo se conserva todavía: pero el médico, como el orador ó el artista ejecutante solo deja una huella personal que no trasciende más allá de los que han sido testigos de sus triunfos. Basta recordar á Roviralta como modelo de médicos de clientela, al Dr. Vicente en el mismo concepto y en el de escritor, á Escolar y Leganés entre los médicos de hospital, al Dr. Nuñez como representante genuino de las maneras homeopáticas, al Dr. Manrique como importación extranjera del tipo médico á la moda, al Dr. Velasco, fundador del Museo de Atocha, á nuestro consocio el Sr. Benavente, especialista de la infancia, y al oculista Delgado, á quien se debe el *Instituto oftálmico*; con el recuerdo de estas sumidades se puede tener una idea del estado en que se hallaba el ejercicio de nuestra profesión á mediados de este siglo en Madrid.

Pero continuemos nuestro relato.

En 1850 había en España nada menos que quince títulos diferentes, autorizando funciones del arte de curar; los unos emitidos por las universidades, los otros procedentes de los colegios antiguos, y otros que se concedían en algunos conventos, todo ello formando una agrupación tan abigarrada que era imposible que se acomodase á las necesidades propias de la asistencia médica de los pueblos. Pero en medio de esta confusión, siempre en España han resaltado dos tendencias, una á que las universidades y colegios dieran un solo título que habilitase para el ejercicio de la medicina en todas sus actividades y levantando todo lo posible el nivel de esta enseñanza, y la segunda, á que, sin perjuicio de una clase suficientemente instruída de médicos, se crease otra subalterna cuyos estudios fueran menos costosos y cuyos servicios por consiguiente estuvieran más al alcance de las poblaciones pobres y pequeñas.

Esta doble tendencia que ha rivalizado durante casi dos siglos, ha sido tema de campañas sumamente ruidosas y ha producido también mucha parte de las enemistades entre unas y otras clases que tanto han perjudicado, no solo á la profesión, sino á la ciencia y al servicio médico.

Es de advertir que la asistencia médica rural en España ofrece un carácter propio, porque el partido médico es una institución casi tan antigua y tradicional como el municipio español.

Cuando en muchos pueblos de Aragón y de Castilla se habían perdido por completo todos los rastros de los fueros antiguos y prácticas democráticas de los municipios aragoneses, se conservaba el partido médico; con la particularidad de que siempre ha habido partidos médicos en España, aunque no hubiera personal idóneo para servirlos, porque cuando no podían proveerse por facultativos de superior categoría eran servidos por inferiores, y cuando no había personal com-

petentemente autorizado para estos cargos, se solían encomendar á cualquier aficionado curandero; de manera, que en España puede asegurarse que el partido médico casi ha precedido al funcionario. De aquí que pesára siempre sobre los gobiernos esta exigencia de los pueblos y que estos llevasen á la esfera del gobierno una fuerza tradicional que aún cuando desconocida en su origen, se imponía por su persistencia, siquiera en ciertas épocas los pueblos descuidasen esta atención, haciéndose precisos reglamentos de partidos médicos impuestos por los gobiernos, como el del conde de San Luis en 1854.

• Resulta de la embrollada historia de esta cuestión que los gobiernos moderados propendían á formar dos clases poco diferentes de instrucción y casi iguales en atribuciones, admitida por supuesto la solidaridad médico-quirúrgica en ambas; mientras que los partidos liberales han manifestado preferencia por formar una sola clase, concediendo á lo sumo provisionales facilidades para la nivelación de las clases inferiores con la superior ó títulos secundarios en colegios regionales distantes de los centros universitarios.

Desde 1845 á 1867 las universidades no daban más que un título de doctores ó licenciados en medicina, y de aquí que se fueran nivelando todas las clases subalternas y se fuera elevando el nivel de la instrucción médica del país, sin que hasta entonces los pueblos representaran cerca del gobierno necesidades apremiantes de personal. Pero reclamaciones de este género fueron sin duda las que movieron á D. Severo Catalina á la creación de los llamados facultativos de segunda clase, que fueron causa de que su plan de estudios se considerase como un semillero de contrariedades en la práctica profesional.

Sea porque tanto los escolares como los médicos estuvieran perfectamente enterados y escarmentados de

los males que había traído la diversidad de clases médicas, sea que coincidiese con la publicación de este plan un periodo de grandes restricciones políticas, en que se habían cerrado hasta las sociedades de estudiantes, el hecho es que el plan de 1867 fué quizá lo que cargó la mina revolucionaria, poniéndola á punto de estallar.

Pero la revolución de 1868, que trafa condiciones muy favorables para resolver todos estos inconvenientes nacidos del conflicto incesante entre los antiguos derechos y las nuevas exigencias de la época, tuvo el más doloroso desacierto en cuantas soluciones hubo de plantear sobre medicina.

Por de pronto, los alumnos de entonces, constituidos en *meeting*, pidieron á la Junta revolucionaria la separación de los catedráticos que no tuvieran su plaza por oposición. La verdad es que hacía 30 años que no se había provisto cátedra alguna por este procedimiento; y aunque no diré yo que tuviesen razón los alumnos para representar los derechos hollados con este proceder, ciertos médicos extraños á la escuela ó á la enseñanza, que por no haber habido oposiciones en todo este tiempo, se sintieran defraudados en sus aspiraciones podrían encontrar disculpa al haber promovido aquellos disturbios.

Pero sea de esto lo que quiera, lo raro es que precisamente los catedráticos que no habían obtenido las cátedras por oposición eran los más eminentes, los más liberales, los que representaban la tradición liberal del país, los catedráticos nombrados por D. Fermín Caballero, el año tantas veces citado de 1843. De aquí aquel desorden, aquella confusión y aquel desbarajuste que dió lugar á una reforma violenta del personal, á una blandura anárquica en los exámenes, á la desorganización completa de la enseñanza y á una excesiva abundancia de médicos. Hé aquí la solución revolucionaria que hemos visto dar al problema de la asistencia mé-

dica de los pueblos pequeños con una sola clase de médicos. Por algún tiempo no es de temer la escasez de personal médico; pero para cuando la haya, bueno sería aprovechar la enseñanza de esta revolución, por la cual, si se ha satisfecho una verdadera necesidad de las pequeñas poblaciones, se ha logrado esta ventaja á costa de un perjuicio profesional evidente y una falsa aunque aparente conveniencia para el público.

En efecto, el excesivo número de médicos trae consigo fatalmente un rebajamiento del nivel científico medio, que es el accesible á la asistencia médica rural; y por más que la competencia eleve el nivel máximo en las capitales, esto cuesta esfuerzos no recompensados, es una ventaja reducida á estrecho círculo y solo las familias de fortuna pueden utilizarlo.

En España no se ha pensado más que en la materialidad de la asistencia médica, que no es imprescindible sino á lo sumo en un 10 por 100 de los casos, descuidando la calidad de dicha asistencia, que es precisamente decisiva en casi todos los que requieren intervención técnica. De aquí que cuando amenazaba escasear el personal médico, se rebajase su nivel para abaratar su coste; y hoy, en efecto, pueblos que apenas podían pagar antes un cirujano ó un practicante, se hallan servidos por un licenciado en medicina. ¡Pero qué servicio!

Ningún valor tiene mi modesta opinión en este asunto por los mejores políticos calificado de muy difícil; pero me atrevo á manifestar, ya que la ocasión se me ofrece propicia para ello, que el problema de la asistencia médica rural en España jamás se resolverá bien, rebajando (directamente, con resurrección de clases médicas subalternas ó indirectamente, produciendo las universidades un excesivo número de médicos), el nivel técnico de los funcionarios de la sanidad municipal; sino procurando levantar el nivel de la instrucción po-

pular lo suficiente para que los primeros auxilios curativos sean tan conocidos como las primeras diligencias judiciales, y para que del seno mismo del pueblo, sin carrera corta ni larga, puedan los buenos médicos por sí mismos preparar en los centros rurales en que residan el personal auxiliar que los primeros socorros ó las asistencias á larga distancia requieren. Menguada estaría la administración de justicia si hubieran de ser abogados de título más ó menos humilde de categoría, todos los funcionarios municipales del orden judicial. Verdad es que la Iglesia surte de párroco aun á las aldeas más pobres; pero recuérdese que desde la supresión de los diezmos, los curatos vacantes van en aumento, y no se olvide que entre la significación principalmente representativa del párroco y la profesión positiva del médico, hay una inmensa diferencia.

El maestro de escuela, pues, creo que será el resorte de quien puede esperarse la impulsión oportuna para esta mejora.

Pero volvamos á la revolución de 1868 y á su influjo en los asuntos médicos.

Otro resultado de aquellos sucesos fué la destitución de varios catedráticos, á cuya medida se adelantó prudentemente, pidiendo su jubilación, uno de ellos, el doctor Asuero.

Su biografía, escrita por D. Fermín Caballero, lo presenta con propiedad suma en los siguientes párrafos.

Dice el célebre biógrafo: «He creído que me tocaba dibujar al amigo, no por serlo mío, sino porque fué persona distinguida; no por mero cariño, sí por verdadero patriotismo; que á su país sirve quien dá á conocer sus mejores hijos, gloria de la generación presente y ejemplo para las venideras.

.....

»Durante el período del gobierno provisional de la nación en que yo desempeñé el ministerio de la Goberna-

ción al que entonces estaba anejo el ramo de instrucción pública, se hizo un primer arreglo de las facultades de medicina de la península y se nombraron de real orden todos los catedráticos. Más de una vez he tenido la satisfacción de oír á profesores distinguidos que no figuraron en aquel arreglo, que la elección se hizo generalmente con tal acierto, que á tener seguridad de igual justificación y criterio, no habría que enaltecer tanto el sistema de oposiciones. De los antiguos catedráticos de probado mérito ninguno fué excluído; los que ingresaron de nuevo en el profesorado merecieron el aplauso de la clase más que el favor del ministro. Entre estos últimos fué nombrado en propiedad para la facultad de Madrid el licenciado D. Vicente Asuero y Cortaza, por real orden de 20 de Octubre de 1843 y en veinticinco años que desempeñó el profesorado, puso en evidencia que pueden elegirse las positivas entidades del saber sin la lucha terrible y engañosa de las oposiciones, cuando preside una sana y decidida voluntad.

»Y me importa declarar para descargo de mi conciencia, que yo no conocía entonces á Asuero, ni á los más de los electos; el mérito del acierto corresponde al oficial del negociado D. Pedro Mata, á quien yo llevé en mi ayuda y á quien dí el encargo, con el interés y buena intención que él recordará y que cumplió á mi satisfacción y la del público.

»Yo me había engolfado en la política, aunque más por compromisos que por afición, como lo acreditó luego mi completo apartamiento: él era tan ajeno á los partidos, que lo mismo se trataba como profesor y como amigo, con Mon y Pidal que con Argüelles y Quintana; así con Arrazola y Catalina como con Larra y Calvo Asensio; apreciando mucho á O'Donnell, y á Viluma, y queriendo igualmente á López y á Olózaga. Mi complejión era fuerte, tez trigueña, genio duro y algo desabrido; mientras que Asuero ofrecía un físico delicado,

cabello rubio, maneras suaves, aspecto agradable, voz insinuante y una dulzura tal que empalagaba á los poco golosos de afectos. Yo descuidado en perfiles y atenciones y él cumplidísimo con todos y hasta ceremonioso. En una palabra, éramos de caracteres, temple y condiciones diferentes; y sin embargo, engranábamos perfectamente.»

Ha dejado Asuero un discurso sobre oposiciones á cátedra, en que critica duramente los ejercicios de pugilato y propone una lección libremente preparada como medio principal de juzgar al opositor. Publicó también unas brillantes lecciones acerca de la homeopatía, que tuvieron una resonancia extraordinaria, valiendo á Asuero el calificativo de primer campeón en la lucha contra este sistema; y es suyo el discurso inaugural pronunciado en la apertura del curso de esta universidad en 1855, que trata de las aptitudes de los jóvenes para las diferentes profesiones, acerca de cuyo trabajo dice D. Fermín Caballero:

«La especie de que no era nuevo el asunto, porque tres siglos antes le había vislumbrado Juan Huarte y algún que otro escritor después, ni llegó á ser erudita por completo ni en detrimento del discurso. Huarte no hizo más que apuntar una idea tan vaga, como pudieron tenerla los primeros hombres observadores; que cada individuo muestra condiciones acomodadas para determinados ejercicios. Ni el libro *Examen de ingenios*, á pesar de sus siete ediciones, ni con mucho lo que en 1795 explanó el padre esculapio Ignacio Rodríguez en su *Discernimiento filosófico de ingenios para artes y ciencias*; ni una ni otra obra pueden parangonarse con el discurso de Asuero, respecto á los fundamentos científicos y al sistema de darles utilidad práctica. Antes se había discurrido sobre la materia de un modo casi empírico, por las vías abstrusas del ideologismo y del psicologismo; ahora se acudía á la verdadera fuente, á

la fisiología humana, extendiendo el catálogo de las facultades mentales sobre las dos que establecieron los psicólogos, las tres potencias del alma de los moralistas y las cuatro facultades de los ideólogos. ¡Inmensa diferencial!»

Consigna después esta biografía una anécdota que por lo curiosa merece leerse.

«Cuando el presbítero D. Martín Merino cometió crimen de intentar un regicidio en 1852, se fijó la atención en suceso tan sorprendente por el lugar y ocasión del delito, por el reo y la víctima; pero lo que dió más pábulo á consideraciones fué la manera en que el regicida se condujo al ser preso, en la capilla, en el camino del suplicio y en el cadalso mismo. Mientras el común de las gentes se ocupaba del crimen y del delincuente bajo el apasionado aspecto de la política, nuestro doctor pensaba en la frenología y en cuestiones científicas; y aprovechando sus relaciones con el rector de la Universidad, marquès de Morante, y con el gobernador civil Sr. Ordoñez, significó la conveniencia de que el cráneo del ajusticiado se llevase al museo de la Facultad de Medicina, como en la de Paris están los de Fieschi, Orsini y otros grandes criminales. Este conato inocente de un hombre de ciencia hubo de llegar anónimo y desfigurado á los oídos del presidente del Consejo de ministros D. Juan Bravo Murillo, que sospechó planes de futura celebridad en favor del regicida, y acaso y sin acaso tuvo el incidente parte en que al cadáver de Merino se le aplicara la inusitada costumbre de los autos de fé, elevada á la exageración; quemar el cuerpo en la hoguera y aventar las cenizas.»

El doctor Asuero se encargó en el último curso de la asignatura de ampliación de la terapéutica, creada en 1867. En ella tuvieron ocasión sus alumnos, que ya lo habían sido en la asignatura de terapéutica elemental, de observar en Asuero nuevas tendencias que parecien-

ron, en medio de su brillantéz, algo desviadas del tema concreto de la terapéutica.

Después se publicaron estas, aunque en muy exigua parte, en un periódico titulado *La Aspiración Médica* que escribíamos varios estudiantes. El doctor Asuero daba mucha preferencia á sus discípulos y rehuyó proposiciones editoriales muy ventajosas para entregarnos desinteresadamente las cuartillas de su estimada obra.

Es esta un programa de ampliación de la terapéutica y de la materia médica. Cuando se lee este trabajo con el criterio de aquella época, y el sentido estrecho de una ciencia ya constituida, rígida é incapaz de perfeccionamiento, parece un esfuerzo verdaderamente inútil; pero hoy que el gusto por ciertos analogismos científicos puede cobijarse en nombres tan respetables como Darwin y Herbert Spencer, no falta motivo para presumir que de haber concluido Asuero aquella obra que prometía mucha extensión, podríamos probar que, como Mata se adelantó en criminología, Asuero dejó consignados los primeros rudimentos de la medicina social, en España.

La medicina bajo su aspecto social, asunto complementario de esta conferencia, presenta dos direcciones de día en día más claras y separadas: una empírica, tradicional humilde y como de servidumbre; y otra racional, nueva, aún no desenvuelta y tan alta de vuelos como puedan serlo esas ciencias á cuyo ejercicio personal ó colectivo viene aplicándose el ostentoso nombre de poderes del Estado.

Siguiendo la primera tendencia, la medicina presta servicios, bien conocidos y aprovechados, al poder judicial, á la administración en sanidad y beneficencia, á la milicia, á la iglesia y lo que es aún más valioso, á la familia y á las costumbres, por donde la ciencia médica toma un caracter social innegable.

Pero en todas estas manifestaciones, la medicina

aparece subordinada á otra ciencia para suministrar los datos ó procedimientos concretos, previamente pedidos y sin la pretensión de imponer principios generales no solicitados. Esta pretensión, por muchos ni soñada, para algunos seguramente ridícula, y de todos modos hoy por hoy reducida á los límites más mezquinos, caracteriza á la segunda, y para mí la más genuinamente social de las dos tendencias que voy dejando entrever.

De cómo la medicina puede convertirse, de auxiliar, en fundamental para las ciencias sociales, certifican, por el lado general é histórico, la evolución semejante que ostentan las ciencias físico-químicas y naturales al invadir el campo, en lo antiguo exclusivamente médico; así como la carencia de material y de sistema propio de que adolecen la higiene pública y la medicina legal.

Por el lado particular ya tangible y concreto, la invasión de la medicina en las ciencias sociales tiene que costar rudas batallas, pero va logrando palmo á palmo y con firmeza el terreno que le pertenece.

Así, el perito criminalista, hoy obligado por los tribunales á prestar declaraciones penosas, sin probabilidad de éxito casi siempre, por la disonancia natural de dos criterios inarmonizables, como son actualmente el del magistrado y el del médico, puede, bajo la inspiración de cierta escuela jurídica, no ya prestar un informe pericial, sino hasta dictar una sentencia; y desde que hay quien mira al presidio como una clínica, el médico puede entrar en los establecimientos penitenciarios, no solo como dependiente útil para incidentales servicios, sino como responsable de la parte más esencial á los tratamientos allí necesarios.

A su vez el médico militar que vá detrás de los regimientos, sirve ahora á la milicia porque la guerra se hace con hombres que el médico debe cuidar cuando enferman ó son heridos; y sin embargo, puede augu-

rarse que andando el tiempo el médico castrense tendrá además otra significación muy distinta de la que hoy se le viene asignando; será como padrino de esos duelos nacionales para imponer en ellos, según los requisitos de la ciencia, las condiciones que han de tener las armas y alguna vez hasta la táctica que habrán de seguir los generales. Por averiguado puede tenerse ya que los proyectiles de ciertas cualidades, y cierta manera de usar las armas que los despiden, satisfaciendo las exigencias de la fórmula militar de la guerra, cual es dejar fuera de combate el mayor número posible de combatientes en el menor tiempo, pueden cumplir á la vez con la fórmula humanitaria, tan esencial en este punto, que pide el mínimo de lesiones mortales en el máximo de efectos inmediatos suficientes para inutilizar temporalmente al soldado. Con recordar que los ejércitos no usan ya proyectiles explosivos pequeños ni envenenados, se acreditan de practicables estas predicciones que como se vé suponen un criterio, además de un servicio médico, para el arte de la guerra.

Ahora bien; del conjunto de estos criterios que podría aumentar de número con otros ejemplos, resulta una medicina verdaderamente social, nueva ciencia de norma fisiológica, aún cuando al variar de aplicaciones hubiera de fundirse en la ya bastante propagada que se llama sociología.

Sabido es que la ciencia sociológica es susceptible de varios aspectos perfectamente arbitrarios, pero de legítimo uso. Hay, por ejemplo, sociologistas que consideran á la sociedad como un mecanismo, y se atreven á esbozar sistemas sociológicos, y por consiguiente políticos completamente encajonados en la mecánica. Hay otros sistemas de sociología que se inspiran en las analogías de la sociedad con un organismo. Estos tienen muchos adeptos, y dicho se está que su sociología debe tener más de fisiológica que de otro carácter científico;

pero cabe desde luego preguntar á este propósito: ¿es el organismo social un organismo embrionario ó un organismo adulto? Porque de esta diferencia parten desarrollos tan diversos y contradictorios, que hacen á la sociología extraordinariamente peligrosa en sus deducciones. Por esto creo yo que en vez de esta sociología propiamente fisiológica, debería antes fundar otra en un criterio patológico ó terapéutico.

En efecto, si la sociedad es un organismo, ¿se puede asegurar que es un organismo sano, ó será más bien un organismo sujeto á enfermedades? Los sucesos políticos ¿son fenómenos lógicamente normales ó son síntomas de padecimientos sociales? ¿Pueden las leyes considerarse como agentes higiénicos ó son agentes terapéuticos?

En este último supuesto, la medicina social aplicable bajo este criterio, ¿á cuál de los sistemas médicos corresponde? ¿Representa al sistema dicotómico, que principia en Themison y termina en el método de Broussais, después de tratar veinte siglos las enfermedades aumentando ó disminuyendo una propiedad vital determinada, empleando al efecto dos solas clases de remedios, á semejanza de los dos partidos, el expansivo ó liberal y el de represión ó conservador, que hoy se admiten como formas elementales de gobierno?

Enfrente de esto, ¿no es lícito pensar en una terapéutica social que sea más variada y comparable á la nuestra de medicaciones?

No puede encontrarse además algo político asemejable á la especificidad de ciertos medicamentos?

El desarrollo de estas dudas se justifica plenamente al ver la sempiterna monotonía de las evoluciones políticas, desde la Grecia clásica hasta nuestros días, y la insuficiencia de los sistemas políticos en voga, contrastando con el provecho creciente que obtienen las ciencias naturales. Las ciencias políticas están necesi-

tando quizá otro Bacán que les sustraiga de la red psicológica de Aristóteles para apoyarlas en una sociología natural que libre á la política, como las ciencias fisiológicas al fin vanlibrando á la medicina de sistemas sencillos, pero estrechos, á los cuales parece acomodarse difícilmente la naturaleza en todas las manifestaciones susceptibles de intervención humana.

Esta medicina política, transición que yo creo necesaria entre lo empírico ó psicológico que hoy rige el arte de las relaciones sociales y la sociología puramente fisiológica que se vislumbra en la política racional del porvenir, es materia que no ha podido tener precedentes en España.

Hemos tenido sí médicos políticos que han prestado buenos y leales servicios á su partido. Es curioso de recordar entre éstos el que hizo D. Mateo Seoane en 1823, reconociendo personalmente á Fernando VII que alegaba motivos de enfermedad para no trasladarse á Sevilla con las Cortes ante la invasión francesa del duque de Angulema. Aquellas Cortes que tenían en su seno médicos instruidos y de carácter, nombraron una comisión que respetuosamente hizo ver al rey (pudiendo hablar en nombre de la nación y con la garantía de la ciencia) que podía muy bien emprender el viaje, como en efecto lo emprendió, mal de su grado. Por cierto que las mismas Cortes pudieron seguir igual procedimiento para declarar al rey incapacitado en Sevilla; pero si esto no era verdad, no lo habrían certificado los médicos diputados, á la sazón en Sevilla y entre ellos el mismo Seoane. Una frase delicada y de efecto en el discurso de Alcalá Galiano al notificarse al rey la suspensión que las Cortes se veían precisadas á hacer de la potestad real para el mejor cuidado de la misma persona de Fernando VII, y la socarronería de este al recobrar en Cádiz las riendas del gobierno cuando preguntó si ya no estaba loco, han hecho que se atribuya

á aquellas Córtes un subterfugio médico para salir del apuro en que las ponía la tenaz pasividad del monarca.

Otro servicio médico de un político eminente es la visita de D. Nicolás María Rivero como ministro de la Gobernación á Barcelona durante la epidemia de fiebre amarilla de 1870. El ministro era médico, había ejercido con aprovechamiento el arte de curar y pudo por sí mismo disponer técnica y políticamente á la vez los medios más eficaces para dominar aquella epidemia.

Pero éstos casos, sobre ser aislados, no revelan aplicaciones efectivas de la medicina sociológica, tal como la vengo considerando. Esta requiere tratamientos que influyan directamente sobre la totalidad del cuerpo social para que refluya su influencia sobre los individuos; en vez de actuar sobre individuos, siquiera por este medio se pueda en ciertas condiciones interesar á toda una nación, como por ejemplo en la asistencia médica de los soberanos.

Ignoro si Rivero debió á su educación médica algo del criterio político que supo desplegar; pero hay en la vida de D. Mateo Seoane una fase que revela una intuición política no exclusiva ciertamente, pero sí muy propia de un entendimiento desarrollado en el estudio de la medicina.

El doctor Seoane había sido de los exaltados, esto es, había querido tratar la sociedad española, si no quirúrgicamente, á lo menos con una medicación contraestimulante ó perturbadora; más tarde trabajó mucho en enseñanza superior, que viene á ser como medicación excitante para un país; también hizo campañas muy penosas en sanidad, esto es, en el estudio de indicaciones sociales por decirlo así alterantes; y desengañado por los efectos de sus tentativas, debió volver la vista á la indicación tónica, tardía en sus resultados, pero segura cuando se aplica con oportunidad; y mientras los juriconsultos y políticos de España sobrecargaban á la pa-

ciente nación con su polifarmacia de prescripciones legislativas y reglamentarias, D. Mateo Seoane y otro médico, no menos distinguido, D. Pablo Montesinos dedicaron el último tercio de su vida á reorganizar con leyes sencillas, pero asíduo trabajo de propaganda, la instrucción primaria, que les debe lo que hoy es entre nosotros. Esto podrá no haber sido pensado ó declarado, pero resulta recta y provechosa medicina social.

Para terminar, pidiendo mil perdones por lo que estoy abusando de este distinguido auditorio, diré dos palabras acerca de la higiene pública y privada, últimos incisos del cuestionario que he tratado de esplanar.

En este punto citaré dos nombres: Monlau y Méndez Alvaro.

D. Pedro Felipe Monlau, es sin duda alguna el escritor médico más fecundo de este siglo, y ha escrito no solo de medicina, sino de literatura, de ciencias naturales y políticas, de filosofía, y de otra variedad verdaderamente prodigiosa de asuntos. Suyas son las obras de higiene pública y privada que más se han extendido en España; y aunque éstas correspondan á una época en que la higiene ha sido mirada con sumo desdén por las personas extrañas á la profesión médica, y aún por esta misma, no se puede en justicia escatimar á Monlau la gloria de haber iniciado aquí este género de trabajos.

El otro nombre es el del doctor Méndez Alvaro, que poco antes de su muerte, hace dos años, fué objeto de un homenaje singular, en mi sentir perfectamente merecido, una verdadera apoteosis en vida como la que se había dedicado poco antes á un distinguido novelista.

Secretario largos años del Consejo de Sanidad, ha trabajado D. Francisco Méndez Alvaro como muy pocos, aunque con éxito muy variable y resultado definitivo insuficiente á compensar tanta laboriosidad.

Verdad es que tengo por punto menos que imposible

legislar bien, según aquí se estila, en el ramo de sanidad. Al tratarse de organización del ejército ó de la armada, no se atiende solo á la táctica militar, ó á si la guerra marítima se ha de hacer con barcos de esta ó de otra clase; la mira preferente en la legislación de estos ramos es el personal, que debe ser instruído para hacer de las armas y de los barcos que se crean mejores para cada oportunidad, el uso más conveniente á la nación.

Pero en sanidad, que es un sistema de defensa, sucede precisamente lo contrario; hay un verdadero empeño en legislar sobre lo que es verdaderamente ilegislable, porque las ciencias que informan los asuntos sanitarios son de las más evolutivas, y sus reglas, si han de ser científicas, no pueden sujetarse á los moldes estrechos de una ley. En cambio se descuida completamente la organización del personal sanitario. ¡Cuánto mejor sería que se organizase este elemento empezando por el funcionario más modesto, por el médico rural, y terminando en la inspección ó dirección central, variando por simples órdenes aisladas las medidas sanitarias que exigieran las necesidades de los tiempos!

Pues bien, todo lo que acerca de esto se ha hecho en España, que no es tan bueno como deseáramos, pero que es cuanto se podía esperar, en su tiempo, es obra de Seoane, de Monlau, y sobre todo, de Méndez Alvaro.

De los dos objetos de la higiene pública y privada, la conservación de la salud, es asunto mejor para infiltrado en el estudio de las costumbres, que para ingerto en el cuerpo de las leyes; por esto se hace imposible tratarlo brevemente y me limito á este ligerísimo recuerdo de los hombres que más se han esforzado en fomentar el conocimiento de estas cuestiones en nuestro país.

El segundo objeto de la higiene, es decir, el perfeccionamiento de la raza ó de la especie, sólo ofrece tradiciones españolas tristes en este siglo, porque casi na-

die ha pensado siquiera en que directa ó indirectamente pueda la higiene influir en este género de perfeccionamiento; y sin pensarlo, se ha hecho cuanto era posible para abatir nuestra raza. Sin embargo, hoy que vemos á la ciencia de la salud tomar nuevos puntos de vista abarcando horizontes antes desconocidos, cabe acerca de esta materia abrigar una esperanza, para mí en esta ocasión muy oportuna de exponer, si he de terminar esta pesadísima conferencia, dejando en el Ateneo un recuerdo de optimismo nacional, ya que no lo pueda dejar de orgullo histórico, dado nuestro atraso científico y el papel siempre modesto de los médicos notables citados, comparado con el que pudieron desempeñar los personajes que van apareciendo en otras conferencias de este curso.

No sé cómo declarar esta esperanza sin que resulte un poco aventurada y peligrosa; pero es lo cierto que de algunos años á esta parte vengo haciendo la observación de que en las universidades españolas, la calidad del estudiante es mejor que la calidad del catedrático. Quiero decir con esto, que trabajando al máximo catedrático y alumno, cuando el profesor más eminente hubiera gastado ya la fuerza de enseñar, todavía el estudiante de máxima aptitud tendría sobrada capacidad para aprender. Si esta no es una observación ligera ó demasiado parcial, puedo desde luego asegurar, sin haberlo averiguado y por deducciones nada misteriosas, que en España la calidad del soldado es mejor que la calidad del oficial, y por iguales razonamientos, que la calidad del pueblo es mejor que la de los gobernantes; es decir, que nuestra Península, en riqueza intelectual como en productos industriales, ofrece primeras materias de muy selecta clase; mientras que flaquea por el lado de la elaboración; y ya que tenemos este privilegio envidiable de pertenecer á una raza de excelentes aptitudes, no parece ilusorio creer que con esfuerzos relati-

vamente pequeños por parte de nuestros gobiernos, se lograría más ó menos pronto una verdadera resurrección de la ciencia española y de todas las actividades provechosas de esta castigada nación, si los hombres políticos coincidiesen durante algunos años en la cualidad de tener *confianza en esta raza para no impedir su natural y espontáneo progreso.*

He terminado. (*Grandes aplausos*).

# 21.<sup>a</sup> CONFERENCIA

---

## T E M A

Fernán-Caballero y la novela en su tiempo.

ORADOR

## EL MARQUÉS DE FIGUEROA

---

Natural es, señores, el temor que en estos momentos domina mi ánimo: ni siquiera me atrevería á solicitar vuestra benévola atención, si por propia iniciativa hubiera de dirigiros la palabra y no por virtud de un compromiso, que, sin solicitud de mi atrevimiento hubo de aceptar mi debilidad, merced á benévolas, reiteradas instancias de nuestro digno Presidente. De otra suerte no me perdonaría á mí mismo, ni haría cuenta de que me perdonáseis vosotros, el atrevimiento de hablaros desde este elevado sitio, en una tan solemne ocasión y sobre materia tan difícil. Mucho más, cuando no tengo vocación de crítico, ni á trabajos de crítica me he dedicado nunca. Sería parte principal á suplir esa falta de vocación y de hábito, que quizás arguye carencia de condiciones, el haber vivido en la época que es objeto de mi estudio, conociendo de cerca y siguiendo con atención su movimiento literario, pues entonces podría prestar á lo que dijese, el interés que suele tener lo que se refiere por un testigo presencial. Las dificultades que son anejas á la crítica, suben de punto cuando ésta ha de recaer sobre género de tanta impor-

tancia y de tan grande boga como la que hoy alcanza la novela. Y siento que el tener que encerrar mis conceptos en muy estrechos límites, me impida dar al estudio de Fernán-Caballero de su época y de sus obras, toda la extensión y toda la amplitud que merecen.

Mucho han variado los tiempos desde que Villemain hablaba con marcada indiferencia y frialdad de la novela; desde los días no lejanos en que nuestros preceptistas retóricos Gil de Zárate y Coll y Vehí—autores de texto aún en muchos centros de enseñanza—colocaban la novela en el número de los géneros literarios de secundario valor. No se les alcanzaba, sin duda, que la novela ofrece vastísimo campo para que muestre el genio sus inspiraciones y luzca el ingenio sus galas. A la cuenta, olvidaron que el primero de nuestros escritores probó sus portentosos talentos, escribiendo la mayor novela que han visto las edades pasadas, conocen las presentes y esperan ver las venideras. Pero á bien que no es extraño cuando tanto tiempo se ha desconocido el mérito del *Quijote*, que se desconociese asimismo el valor de la novela; á tiempos modernos estaba reservada, por lo visto, la gloria de dar al *Quijote*, en particular y en general á la literatura novelesca, toda la importancia que tienen. No peca, no, de caprichosa en este punto nuestra generación, antes al contrario es muy justa, al mostrarse tan favorable á un género literario que mejor que ningún otro refleja la belleza objetiva, la belleza de la realidad. Por esto anduvo sumamente acertado el gran Duque de Rivas cuando contestando á un discurso de entrada en la Real Academia Española, hubo de decir que la novela, á la vez que el género más comprensivo, es el género más importante de nuestros tiempos.

No ha de verse, pues, signo de la decadencia de estos en la postración en que vive el teatro, que en mayor grado que decae éste, brilla y florece la novela. Tal transformación implica adelanto y mejora; al cabo el

poeta que escribe dramas tiene que vaciar su creación en moldes más estrechos; se oponen á su facultad creadora mayores dificultades, restricciones y trabas, y esto, aunque no se impongan las tres unidades del riguroso clasicismo.

Según antes la influencia del drama extendiéndose más allá de sus propios límites, informaba á la novela y era ésta ante todo invención y todo lo sacrificaba al interés, ahora el sentido de la moderna novela, sentido de observación, estudio y análisis, se lleva á las obras dramáticas. De aquí que el teatro apenas vive sino á expensas de la novela, y arreglos de novela son muchos y muy notables dramas, que se aplauden en los principales teatros de Europa.

El procedimiento que es propio de la novela, despréndese del fin que á ella atañe; y al llegar á este punto, tengo que comenzar la para mí gratísima tarea de elogiar á Fernán-Caballero, que acertó á condensar en una frase el sistema que luego practicó. «La novela, dice, no se inventa, se observa.» Esto pasa ya en autoridad de cosa juzgada, bien que por excepción algunos críticos manifiestan señalada hostilidad á ciertas obras, escritas con arreglo á ese procedimiento. Pero no es esto lo que censuran, sino los asuntos feos que de caso pensado se escogen, la sistemática pintura de la naturaleza humana en sus caídas, el constante olvido, que implica negación del libre albedrío, de la más alta, principal y hermosa facultad que tenemos los hombres. Quiero insistir, señores, en señalar la diferencia que existe entre el asunto de una obra y el procedimiento de la misma; entréguese el artista á forjar inventos ó aténgase á observación exacta y minuciosa, puede haber, independientemente del procedimiento que haya seguido, inmoralidad de asunto; pero á la inmoralidad propia de este, únese en las obras del ciclo romántico otra inmoralidad que principalmente se origina en

el falseamiento de las ideas y en la falsificación de los sentimientos, cosas aquella y esta á que es muy ocasionado un procedimiento de invención. Díganlo si no los torpes espiritualismos, las sensiblerías malsanas, las redenciones por el amor y las apologías del suicidio, en que fueron tan fecundas esas novelas. Cuando predomina el elemento imaginativo en la creación artística, llevan en sí las obras un vicio de origen, resultado quizás de la imperfección humana, pues tales como somos, si damos rienda suelta á la imaginación, caemos en extremos deplorables. Así que nos debemos atener como á cosa más sencilla, pero más segura, á la observación de la realidad en que el poeta descubrirá los elementos artísticos, que ha de combinar después, con arreglo á cánones de belleza.

Justo es encarecer la importancia de la facultad de selección principal del artista, y claro está que merecerá este censura, que no habré yo de escatimarle, si hace de las realidades feas de la vida, asunto exclusivo de sus creaciones. Por lo demás, fuerza es convenir en que los que censuran determinadas obras por sus asperezas de asunto y los que á pesar de estas, y por otros méritos las elogian, están acordes en el fondo, puesto que unos y otros dejan á salvo el procedimiento. Creo, pues, poder repetir aquí con el asentimiento de unos y otros lo que Fernán-Caballero dijo, lo que por entonces D. Eugenio de Ochoa confirmó, lo que hoy algún crítico niega y algunos confiesan de mala gana, es á saber, que la novela no debe inventarse sino observarse; y tal es, señores, el cánón del realismo. Que hoy se afirme lo que queda dicho por la mayor y mejor parte de nuestros escritores, nada tiene de extraño; que Fernán-Caballero lo dijese cuando tan corrompido andaba el gusto del público y tan estragado el arte de novelar, cosa es que, por sí sola, basta para acreditar sus talentos. Aunque fuera, que no es, escasísimo el valor intrínseco de sus obras

por el solo hecho de haberse librado del contagio y haber marcado á la novela su verdadera dirección, Fernán-Caballero merecería aplauso sincero y caluroso. Por desgracia, no se le concedió aquí tan grande como se debía, antes bien nos excedieron en decir sus alabanzas escritores extranjeros. Así Antonio de Latour, secretario de los duques de Montpensier, y muy amante de las cosas de España, la encomió justísimamente en varios escritos que publicó la *Revue Britanique* y que con otros aparecieron en colección más tarde, y Carlos Mazade, en muy notable estudio que salió á luz en la *Revue des Deux Mondes*; y Amicis en sus poco exactos viajes por España, y el conde Baunneau Avenent, en curiosa y detallada biografía.

Es verdad que nuestros periódicos de entonces, *El Heraldo* muy principalmente, dedicaron en varias ocasiones juicios de caluroso elogio á Fernán-Caballero: es cierto que nuestros literatos más principales y distinguidos escribieron prólogos para sus novelas, prólogos de compromiso que se distinguen en su mayor parte por su caracter incondicionalmente apologético; pero literato ninguno hizo la seria y grave crítica, el estudio ámplio y comprensivo, que merecía tan notable novelista.

Dato que hay que tener muy en cuenta para apreciar el singular mérito de la escritora andaluza, es el mal gusto que era por entonces común así á los autores como á los lectores de novelas.

Estos últimos daban sus preferencias á las obras en que se referían aventuras de bandidos, del corte y traza de *José María*, *Candelas* y *Los siete niños de Ecija*; novelas que en forma de entregas se deslizaban en las casas por los resquicios de las puertas, para dar tortura á los nervios y llenar de espantos las imaginaciones de las gentes vulgares. Eran en cambio las que solía divulgar el periódico novelas muy perfumadas, bien que

exentas de todo literario perfume, muy pródigas en cursis amoríos y no menos cursis sensiblerías y ternezas, estilo Vizconde D'Harlincourt. También daba acogida el periódico en sus folletines, á novelas, por caso general traducidas, de propaganda humanitaria y socialista, á la manera de aquel famoso *Judío Errante* que alcanzó en su país y en el nuestro, popularidad aún mayor que las mismas producciones de Dumas y de Víctor Hugo.

Pinta D. Modesto Lafuente con suma gracia, el singular pugilato en que andaban por entonces los periódicos, sobre quién había de prohijar y difundir más pronto las novelas francesas, y más detenidamente refiere el ruidoso pleito á que dió lugar la traducción de *Martín el Expósito*, entre *El Heraldó*, *El Español*, *El Popular* y *El Fandango*. Y entre tal ruido barullo, y desorden, oye *Fray Gerundio* la voz de la literatura nacional que vanamente se querella de la postración y el abandono en que vive y pone estas palabras en boca de nuestra prostergada literatura: «Mientras todos los periódicos españoles, todos sin distinción de uno solo, se disputan y pelean sobre quién ha de difundir más pronto la novela francesa por todos los ángulos y rincones de la España: «¿Puedo yo esperar salir nunca de este pobre rincón en que estoy metida?» Si viviese D. Modesto Lafuente se congratularía á buen seguro del actual estado de renacimiento de la novela que entonces no era fácil augurar. En todas las épocas, las aficiones de los escritores y del público coinciden y se influyen mutuamente y mutuamente se modifican. Por eso, hoy que tenemos buenos novelistas, el público exige que las producciones, que ha de escoger para su regalo, sean frutos de bien sazonado ingenio y bella forma literaria. Esto revela un gran adelanto con respecto á lo que ocurría en los tiempos que tan de mano maestra pinta el Sr. D. Modesto Lafuente.

Y cuéntese, que esa transformación se ha hecho en

muy poco tiempo, pues hace diez y ocho años nada había de notable, excepción hecha de los que califica Ortega Munilla de primorosos ensayos de costumbres de Fernán-Caballero, que «fueron, según frase suya, como un ramo de jazmines que floreció por acaso en el desierto de aquella literatura árida y fría.»

No móviles de pura delectación artística, fines bastardos extraños á la belleza, ó no bien hallados con ella, eran los que entonces guiaban á quienes ponían en la lectura una curiosidad insaciable, voraz y malsana.

En esto hemos progresado grandemente y hoy ya son muchos los que buscan en la lectura la emoción que produce el arte y no el mero deseo de conocer la trama por la trama misma. Cuando sucedía esto, no es de extrañar que los hombres de ciencia dedicados á estudios y trabajos importantes, tuviesen la novela como cosa de menor cuantía y la lectura de novelas como tarea de todo punto impropia de personas serias, solo conducente á perder el tiempo. Ni es tampoco de extrañar, dado el género de argumentos, que quienes miraban la cuestión desde un punto de vista moral, afirmasen que el leer novelas conducía, no solo á perder el tiempo, sino también á perder el alma; por lo cual era muy común que los honrados padres de familia mirasen las novelas como género de contrabando. De todas estas prevenciones, que contra las novelas en general existían en aquella sociedad, prevenciones que debían aplicarse únicamente á las novelas malas, se hizo eco uno de los prologuistas de Fernán-Caballero, académico de la lengua, literato muy distinguido, el cual dice, en ese prólogo á que aludo, que cortando por lo sano, renuncia á leer novelas porque se escriben muchas malas: razón en que podía fundarse para renunciar á todo género de lectura, porque más son en número las obras malas que las buenas que se escriben.

Escritores distinguidos dieron sus preferencias á la novela histórica, importación del romanticismo ultrapirenaico; así Fernández y González, Enrique Gil, Navarro Villoslada, Cánovas y Vicetto. De propósito he citado el primero á D. Manuel Fernández y González, de quien con gusto hablaría por extenso, pero no ha llegado todavía la hora de juzgarle: vive aún para contento de los que en esta misma casa tenemos el gusto de oír su conversación, graciosa, oportuna y chispeante. He de deplorar, con todo, que fuese escritor tan fecundo: mucho ha dañado á su producción artística esa misma fecundidad, que es por otra parte prueba innegable de sus aptitudes.

Entre las novelas históricas ninguna hay tan acabada y perfecta como *El señor de Membibre*, de Enrique Gil, y eso, aunque en este autor no haya de reconocerse el talento artístico, la brillante imaginación, la destreza en la disposición de la trama, propias del Sr. Fernández y González. No es caso raro que un escritor de inferiores talentos haga una más perfecta obra. De la propia suerte en Francia, por muchos imitadores de Balzac, se han compuesto novelas de más acabado conjunto que las de aquel maestro insigne, que no tiene superior entre los novelistas de nuestra época.

Y entre estos novelistas históricos, merece mención especial el Sr. Navarro Villoslada, que reveló en *Doña Blanca de Navarra*, en *Doña Urraca de Castilla*, y mucho más tarde,—ya fuera de sazón cuando había pasado de moda la afición á ese género—en *Amaya ó los vascos en el siglo VIII*, dotes de narrador elegante y escritor fácil y castizo. Cuando las novelas históricas y las humanitarias del Sr. Pérez Escrich se repartían la atención del público, una mujer,—que por alguien se creyó si sería la infanta María Luisa Fernanda (Latour)—acordándose del nombre de un lugar de la Mancha llamado Fernán-Caballero, y adoptándolo por pseudóni-

mo, comenzó á escribir una série de narraciones andaluzas, muy bien observadas y sentidas, que la han colocado en preeminente lugar entre los escritores de nuestro tiempo. Así ha podido decir con mucha razón la autora de *La Cuestión Palpitante*, que sin duda alguna «es más real, más sincera y sencilla inspiración la de Fernán-Caballero, pintando la gente que alentaba á su alrededor, asistentes, bandidos, gaviotas, curas, pastores, labriegos y toreros, que la de casi todas las novelas de pendón y caldera, capa y espada, ó cimitarra y turbante que se estilaban entonces.»

Frente á la novela histórica, debo reivindicar la primacía para la novela de costumbres; y la razón de esto encuéntrase en el fin propio de la novela que antes señalaba. Si todo arte decae cuando olvida la imitación de la naturaleza, según observa Taine en sus hermosas lecciones, la novela decae asimismo cuando no pinta imitando. El novelador de pasadas edades, entrégase, mal que le pese, á inventar cosas que no existieron; si por acaso, en vez de inventar investiga y estudia, abandona el terreno del arte para entrar en el de la crítica histórica; y ya no os ofrecerá la realidad observada, como ahora se dice, á través de un temperamento de artista que siente lo que vé y sabe hacerlo sentir, no; se os ofrecerá una realidad incompleta, por punto general fría é incolora, vista á través de historias y de crónicas, producto de vigiliias y trabajos. Más valía, pongo por ejemplo, que Flaubert, en vez de perder salud y tiempo con los inmensos trabajos de reconstrucción histórica que precedieron á la publicación de *Salambó*, hubiese escrito muchas novelas en que se descubriese por manera fiel y exacta la vida de su tiempo. Reconstruir edades muertas, es labor propia del hombre de ciencia; pintar cosas vivas, acertar á sentirlas y expresarlas, es trabajo de artista. En el género de novelas á que vengo aludiendo, forzoso es que sufra detrimento la verdad

histórica ó la belleza literaria; de aquí la inferioridad de estas novelas que no obstante juzga superiores á las de costumbres, el Sr. Cánovas del Castillo. De opinión contraria es Fernán-Caballero; baste recordar que en la segunda parte de *La Gaviota*, un personaje, intérprete de los pensamientos de su autora, dice, hablando de la novela de costumbres, que ésta es la novela por excelencia, la novela útil y agradable Cada nación, añade, debería escribir las suyas; escritas con exactitud y con verdadero espíritu de observación, ayudarían mucho para el estudio de la humanidad, para el conocimiento de las edades y de las épocas.» Claro está que se trata de una indirecta, pues ayuda prestar esta no puede ser el fin propio del arte.

Los hermanos Goncourt han dicho en época posterior cosa muy parecida, á la que pone Fernán-Caballero en boca del personaje de su novela. Y recordaré también, para que se comprenda bien el sentir propio de Fernán-Caballero, lo que escribe al terminar su novela *Las Dos Gracias ó la Espiación*. «Por cierto, que el desenlace de nuestros amores no ha sido ni novelesco ni sentimental, y lo rechazaría por prosaico la novela cuya atribución es crear; pero lo admitiría desde luego el cuadro ó novela de costumbres cuyo objeto es pintar las cosas como realmente son.» Esto mismo acredita, demostrando que es idea muy firmemente arraigada en su ánimo, en la carta á un lector de las Batuecas que figura al frente de Clemencia; allí dice, muy de acuerdo con los deseos del Batueco, que el *solo y único* movil que lo hizo tomar la pluma fué el escribir «en lisa prosa castellana lo que realmente sucede en *nuestros* pueblos, lo que piensan y hacen *nuestros* paisanos en las diferentes clases de *nuestra* sociedad.» Después de todo, el pensar así, amén de exacto, es en España tradicional y castizo; como que Fernán-Caballero vino á reanudar la gloriosa tradición española rota en la *Zayas Sotomayor*.

Y permitidme que, siquiera sea de pasada, llame vuestra atención sobre las condiciones que revela la mujer para el cultivo de este género literario, condiciones que, amén de las citadas, han acreditado otras muchas que no hace al caso enumerar, en literaturas extranjeras y que hoy en la nuestra acredita otra mujer que ya he citado antes y que no he de mentar ahora, pues con solo evocar su recuerdo doy lugar á que penseis mayores elogios de los que yo pudiera decir.

La primera novela que publicó Fernán-Caballero fué *La Gaviota*, notable sobre todo por el tipo de la protagonista. Esta mujer, muy de su tierra, siente frío en el alma y es desdenosa, pero tiene calor en la sangre y es ardiente: de sus labios salen palabras de indiferencia y voluptuosidad, pero no de cariño. Si no atrae por sus prendas morales, subyuga por sus perfecciones físicas; su voz de sirena, hechiza, encanta y enamora, cuando entona apasionadas canciones en que pone el calor de los sentidos, al mismo tiempo que se encienden sus ojos con las llamaradas de la pasión. Se enamora perdidamente de esta mujer un alemán tan bueno y honrado como sencillo á quien traslada la autora desde su país á nuestras provincias del Norte y lleva después de varias peripecias á Andalucía, para sufrir allí la mayor de todas, ó sea casarse con mujer de las condiciones de Marisalada; sin que baste á desengañarle, el que ella misma en su desenvuelto lenguaje, le diga que sienta mal un novio con cañas, porque muy pronto para consolarle ha de añadir, que sienta muy bien un marido con ellas. El tipo de Stein es bastante endeble: habrá quien sostenga lo contrario: ya sé que son muchos, por desgracia, los que opinan que los mejores tipos de una novela, son los que dan en la novela misma mayores muestras de perfección y de honradez. Los cuales, si fueran inclinados á filosofías, podrían recordar la de aquellos que por darse unidos como atributos de la di-

vinidad, verdad, bondad y belleza, que corresponden en lo humano á distintos órdenes, quieren que en la obra artística, amen de belleza, haya tésis y lección moral, que sea trascendental y docente. En esta opinión abundaba á la cuenta el Sr. D. Eugenio de Ochoa, prologuista de *La Gaviota*, que censuró por inmorales las páginas en que se describen los amores de esta hechicera mujer con el garboso torero Pepe Vera. La historia de *La Gaviota* está llevada hasta su desenlace con lógica aprendida en la realidad. El torero que sale á la plaza con graciosa monterilla y curro traje de vivos y variados colores, el valiente mozo, moreno, de arrogante traza, que burla los toros con su rojo capote y sabe matarlos á la primera, desde luego fascina y rinde á Marisalada. Todo cae del lado á que se inclina, y Marisalada cae con el torero Pepe Vera. Estábale reservado á Stein el triste destino de sorprender á su mujer con el torero, en plena juerga dirigiéndose ambos en amorosas canciones, requiebroš y piropos, que corea el animado concurso con jipos, olés y palmadas. No hace sino perfectamente Fernán-Caballero al señalar las desastrosas consecuencias de un matrimonio por todo desproporcionado, incluso por la edad; más grave sería que Fernán falsease sentimientos del alma y falsificase realidades de la vida, para vaciar su creación en el molde estrecho de un artificial convencionalismo. A lo sumo, pudo distinguir D. Eugenio de Ochoa entre inmoral y grosero, aunque este calificativo tampoco cuadre á los amores de *La Gaviota*, que ni incitan al vicio, en cuyo caso serían inmorales, ni pugnan, que entonces serían groseros, con la buena educación y el buen gusto. En efecto, nunca traspasó Fernán aquella variable línea que señala el pudor al artista y que este debe siempre respetar. Harto más recatado es después de todo Fernán, aún en las descripciones á que alude Ochoa, que los novelistas clásicos del siglo de oro.

No por licencias de acción y de lenguaje pecó Fernán-Caballero; antes al contrario, merece más bien censura por aquel empeño que ponía en que encerrasen sus novelas demostraciones morales. No quiere esto decir que yo pretenda que quien escribe novelas haya de declararse independiente de la moral, no; lo que hay en esto es que el artista debe atenerse á las máximas de la moral, de la propia suerte que quien escribe un libro, aunque no se proponga hacer demostraciones sintáxicas, tiene que atenerse á las reglas de la sintáxis. Por lo demás, fuerza es reconocer que el fin del arte es la belleza, como el de la ciencia la verdad y el de la moral el bien. La obra de arte realizando belleza, alecciona de indirecta manera el espíritu, arranca la inteligencia de las tinieblas del error, levanta el corazón de los fangos del vicio y ennoblece y dignifica al mismo tiempo que deleita. Los que sostienen que la obra de arte debe encerrar demostraciones, podían recordar que, como ha observado muy bien D. Manuel de Revilla, el hecho concreto nada prueba, y el hecho concreto es el único que puede presentarse en las obras de arte: la generalización no cabe en éstas, y sin generalización no hay demostración posible.

*La Gaviota*, á pesar del parecer de D. Eugenio de Ochoa, es una novela moral, y por añadidura una novela bellísima, que alrededor del tipo de la protagonista, se agrupan otros también muy notables; por ejemplo, el bárbaro Momo, que vive en constante pugna con Marisalada; Manuel, el relator de cuentos al amor de la lumbre; su caritativa madre; el hermano Gabriel, que tiene por única misión poner el visto bueno á cuanto diga ésta; el hijo del ratoncillo Pérez, gran tañedor de guitarra; el comandante retirado y la hija del sacristán que vive con él, por lo cual les llaman siempre Rosa Mística y Turrís Davidica.

Se ha dicho, que al trazar el tipo de Stein rindió Fer-

nán un recuerdo de cariño á su patria de origen; quizás esto es parte á que se note en aquella bondadosa y simpática figura la vaguedad del recuerdo. También se ha supuesto, y es posible que ni siquiera pasase tal idea por la mente de la autora, que en Stein y *La Gaviota* buscó la personificación de dos razas; solo que escogió en la del Norte un hombre culto, y puso á su lado simbolizando el Mediodía una mujer sensual, tal vez para que el parangón resultase más perfecto, pero sin que esto significase desventajoso concepto de las mujeres meridionales. Los tipos bien estudiados y sentidos de mujeres escasean mucho en las novelas españolas, y esto hace que suba de punto el mérito de la escritora que creó un tipo de tan grande belleza artística como *La Gaviota*.

Novela más acabada, superior como conjunto, es *La familia de Alvareda*. No hay en ésta figuras desdibujadas y vagas como la del Duque de Almansa, y poco consistentes como la de Stein; están, al contrario, todos sus personajes muy bien tomados del natural y presentados con calor, con vida y con relieve. Varios escritores, entre otros Cárlos Mazade y Antonio de Latour, á semejanza de D. Eugenio de Ochoa, han comparado á Fernán-Caballero con Walter Scott. Tengo por poco exacta la comparación; amén de las diferencias del país en que colocan sus escenas, nótanse aquellas otras diferencias que distinguen un novelista histórico de un costumbrista. Con todo, si alguna novela permite que esa comparación se haga, debe ser *La familia de Alvareda*, principalmente, por aquella segunda parte en que se destaca la romancesca figura del bandido Diego, que con su energía domina y arrastra la débil y vacilante voluntad del infortunado Perico. Los robos, los asaltos, las varias tramoyas de la compañía de bandoleros, están admirablemente estudiados y pintadas con valentía. Cárlos Mazade reproduce en su estudio la des-

cripción del robo sacrilego de una iglesia, página de las más bellas que ha escrito la pluma de Fernán-Caballero, impregnada de un vago terror que impresiona el ánimo hondamente. Despierta singular interés desde su comienzo, la narración de las desventuras de la familia de Perico, que vivía completamente feliz, entregados los hombres á los trabajos del campo, las mujeres al de la casa, y descansando todos en la hora de la siesta en el espacioso patio, en cuyo centro se alzaba robusto y hermoso naranjo. Y permítidme que os lea, pues con eso oís á Fernán y no á mí, la prosa fácil y abundante en que dice cómo «las mujeres de esta familia hacían de las hojas del naranjo cocimientos tónicos para el estómago y calmantes para los nervios. Las muchachas se adornaban con sus flores, y hacían de ellas dulce. Los chiquillos regalaban su paladar y refrescaban su sangre con sus frutos. Los pájaros tenían entre sus hojas un cuartel general, y les cantaban mil alegres canciones, mientras que sus dueños, que habían crecido á su sombra, le regalaban en verano sin descanso, y en invierno le quitaban las ramitas secas como se arrancan las canas á la cabeza querida de un padre que no se quisiera jamás ver envejecer.» Al árbol aquél va unida la dicha de una familia; cuando carezca de sus cuidados se secará el árbol, como si su existencia estuviese ligada á la de sus solícitos dueños. En ésta, como en varias otras novelas de Fernán-Caballero, está el mérito principal en la fiel y exacta pintura del pueblo, que siente, piensa y habla en sus libros, según siente, piensa y habla en la realidad.

Por esto último hubo de censurarla D. Luis Eguilaz, que no cayó en la cuenta de lo ventajosa que sería la fundición del lenguaje popular y del lenguaje literario, según muy acertadamente observa Galdós en el prólogo de *El Sabor de la Tierrauca*. La fusión á que alude

Galdós, es cosa importantísima para el autor de novelas que haya de conseguir éxito duradero produciendo en los ánimos impresión de realidad. Así debió entenderlo, puesto que procuró practicarlo, Fernán-Caballero, y así lo acreditan no solo sus novelas, sino también los cuadros de costumbres, las interesantes narraciones como *Lucas García* y *Simon Verde*. Son estas dos las mejores muestras que en este género nos legó Fernán. Es el hermoso tipo de Lucas García encarnación viva y humana de un ideal frecuente en nuestro pueblo, el sentimiento inflexible del honor. Estos ideales, verdaderas realidades de la vida, son los que importa llevar á las novelas.

Hállase en *Simon Verde* exacta descripción de las intrigas locales y es el protagonista un hombre buenazo y manirote, que á trueque de hacer bien al prójimo no vacila en hacerse mal á sí mismo. Contrasta con el espíritu intrigante del mal alcalde, que es, después de todo, un alcalde como muchos otros, el sencillo y honrado de su hijo, que enamorado de Agueda, la hija del perseguido de su padre va á hurtadillas de este á cantar delante de la que es dueña de su voluntad y señora de sus pensamientos:

Morena tiene de ser  
La tierra para claveles  
Y la mujer para el hombre  
Morenita, y con desdenes.

Fernán-Caballero usa las mismas expresiones del pueblo, sus propias frases; sus diálogos populares son naturales sin caer en la vulgaridad y sabe sazonar la plática «*sin hacerla desmayada y baja*» con oportunos adagios y refranes. Que conocía muchos de estos, lo demuestra la obra que dejó inédita y que después de su muerte publicó el presbítero Sr. Morgado. Como se ve Fernán-Caballero ateniéndose á sus preceptos no inventa sino observa: sabe recoger de labios del pueblo

cuentos graciosos y lindos cantares. Defendiéndola el Sr. Polo y Peyrolón de la nota de inventora, hace notar la semejanza que existe entre *Los Mayos* y *El Retrato*, romances ambos en que el galán describe las facciones de su amada puntualizando todos sus hechizos y bellezas.

Tiene tu cabeza  
 Hermoso peinado  
 Con hebras de oro  
 Lo tienes formado, etc.

Ya que he hablado de los cuadros de costumbres, entre los cuales merecen especial mención *Más vale honor que honores* y *Un servilón y un liberalito*, paréceme este momento el más oportuno para decir breves palabras sobre los costumbristas Mesonero, Larra, Trueba, Estébanez y Flores. En Trueba, y por esto le cito el primero, se notan analogías y afinidades con Fernán por ideas y tendencias. Ya hubo de afirmar esto, que muchas veces se ha repetido después, Luis Eguiláz que califica de gemelos los talentos de Fernán y de Trueba. Peca este por caso general de optimista, y es su optimismo mucho mayor que el de Fernán. Hay en sus cuadros animación y movimiento, pero son incoloros ó de color de rosa; no tienen color de realidad. En el mundo que ha pintado Trueba, se nota sobra de convencionalismo y falta de espontaneidad. Es Fernán-Caballero escritor más verdadero y más humano. Nuestras provincias del Norte habían de tener, andando el tiempo, representación más ilustre y gloriosa entre otros, en un escritor á quien ya muy notable crítico considera sucesor, pero sucesor corregido y perfeccionado, de la novelista andaluza.

Brilló Mesonero Romanos como estilista; aventaja en la forma á Fernán Caballero, pero es aunque correcto, frío, seco, puramente exterior; describe eso sí, primorosamente el pueblo en sus famosas y populares *Es-*

*cenas Matritenses*, pero no profundiza, no penetra en las entrañas de ese mismo pueblo para revelarnos su manera de pensar y sentir. En este concepto hay que proclamar la superioridad de Fernán-Caballero, á bien que no puede en cambio negarse la inferioridad de su estilo. De la nota de escritora incorrecta defiende benévola-mente á Fernán, D. Joaquín Francisco Pacheco. «¿Qué importa, dice, que peque contra el diccionario de la Academia, usando tal cual palabra que no sea de la mejor ley para los doctores de nuestro idioma castellano? ¿Por ventura puede escapar al contagio que más ó menos nos ha alcanzado á todos ó se han de libertar su dicción y su lenguaje de lo que trae consigo la desaforada volubilidad de nuestro tiempo? Si en lo general son fáciles, claros, castizos, si describen con admirable exactitud, si expresan los afectos con poética sencillez, si son á veces sublimes por esa simplicidad misma, ¿qué importa un lunar ó una leve mancha en esa corriente de naturales y ordinarias perfecciones? Fernán-Caballero no tiene presunciones académicas, y eso no obstante, no sé yo si hay en la Academia muchos escritores que pudiesen, no ya concebir, ordenar, pensar, sino contar siquiera una novela del modo que él la cuenta y con la gracia que él la escribe.»

Además de una novela histórica y de los tan notables escritos críticos, trazó Larra varios cuadros de costumbres que avalora el estilo caústico, nervioso, intencionado. Permitidme que haga objeto de recordación especial aquel castellano viejo, que no creo llegue á considerarse viejo nunca entre los aficionados al género. Y antes de terminar este rápido recuento, debo citar al autor de *Ayer, hoy y mañana*, al benévolo Flores, autor de medianas dotes, que supo aprovechar, trasladando á sus libros, cuadros cuidadosamente estudiados en la realidad; y á EstébanezCalderón de curioso temperamento de colorista,—no quizás desarrollado según lo que permitía

su aptitud,—y de galana y estudiada frase, autor de quien recientemente se ha dicho por quien mucho vale. más tal vez de lo que merece. Son estos costumbristas á modo de valientes guerrilleros, que explorando nuevas tierras con acertada dirección, abren paso al lucido ejército de novelistas que ha de seguirles. Muy pronto enriquecerán las letras patrias con sus celebradas producciones Alarcón y Valera, y llegarán después, con no menores bríos, los novelistas que hoy se leen, se comentan y se aplauden.

Entre todos los citados costumbristas destaca su simpática personalidad Fernán-Caballero. Pudieron aquellos hacer cuadros que guardan las debidas proporciones y son de acabada hechura. Fernán-Caballero hizo mucho más, puesto que escribió novelas en que se refleja exactamente el estado de una época. Y eso que en su tiempo, aún no estaba de moda penetrar en honduras, desentrañar el sentido de las cosas, entrar en análisis minuciosos ó nimios, presentar aislada y tal como ella es la realidad objetiva, precisando la influencia del medio social, con independencia entera de las impresiones personales ó subjetivas del autor de la obra. No habían aparecido aún en Francia, y por consiguiente no se habían podido traducir, todas estas ideas, que han traído ventajas positivas, á vuelta de exageraciones inevitables.

Autor muy personal Fernán-Caballero, á cada momento muestra sus sentimientos y sus ideas en consideraciones con que interrumpe la narración: pero es más, en esta suele referir hechos tomados de su propia existencia. Por tal modo en la vida de Cecilia Bohl de Faber encuentra muchas veces elementos de inspiración Fernán-Caballero. En *Clemencia*, pongo por caso, cuenta cómo la protagonista se casa y muy de súbito con el joven capitán D. Fernando de Guevara, que había de hacerla sumamente desgraciada, alusión

bien clara al Sr. Planell y Bardaxi, capitán de infantería, que se enamoró de ella en la Alameda de Apodaca en Cádiz, y que la hizo sumamente infeliz con las rarezas de su desigual carácter. Pero más tarde se enamora de ella el Marqués de Arco Hermoso, oficial de Guardias Españolas, se casan y en aquel segundo matrimonio encuentra la marquesa cumplida felicidad: ni más ni menos que Clemencia en su matrimonio con Pablo. Después de sus segundas nupcias comenzó Cecilia á escribir la novela *Clemencia* con alternativa estancia en las Dos Hermanas, cortijo no distante de Sevilla, y en esta ciudad, pudiendo conocer así la sociedad rural al mismo tiempo que la aristocrática, que se reunía en sus salones y que ha pintado en los días de la restauración de Fernando VII en *Elia ó la España treinta años há.*

Es de ver lo movido y animado que resulta cuadro tan hermoso como la entrada de Fernando VII en Sevilla; lucen los balcones, no tanto adornados por las colgaduras de alegres y vistosos colores, como por los encantos y gracias de las mujeres andaluzas, que se presentan ricamente prendidas. Engalanadas las gentes, con rostros radiantes de alegría se hablan, se abrazan por las calles sin conocerse; con creciente barullo se agolpan en la carrera de la procesión, antes «anunciada por músicas, á su paso, cubierta con una lluvia de flores.»

De los bellos campos de Andalucía y de las pintorescas escenas campestres, ha dejado Fernán-Caballero notables descripciones, en muchos de sus libros, y todo lo que se refiere á esas escenas es lo mejor de *Clemencia*, novela que publicó el *Museo de las familias* y que es de las más celebradas de Fernán, aunque no de las mejores. Para dar fundamento á este desfavorable juicio, basta hacer notar la inferioridad del tipo de Clemencia, observación muy razonable y justa que ya hizo Cárlos

Mazade en su citado estudio. Las figuras de más mérito en esta novela son, D. Martín Ladrón de Guevara la Tía Brígida y la Tía Latrana, pobretona pedigüeña vieja y desharrapada. Y observen, de paso los enamorados de la pulcritud, en qué género de cosas se cifra á veces la belleza.

Tampoco en *Elia* me parece el mejor el tipo de la sensible y tierna protagonista: tengo por mucho mejor tipos el del suelto, desenfadado y travieso Carlos, novio simpático, si los hay, muy digno de inspirar la predilección de *Elia*; el del manso y pacífico D. Benigno, el de la rigurosa Marquesa de Val de Jara, y sobre todo, el de la asistenta, señora chapada á la antigua, de graves costumbres y severa taza, digna por lo moral de la pintura de Fernán-Caballero y merecedora por lo físico de un retrato de Goya.

Por lo que hace á ideas y sentimientos no queda duda á ningún lector de cuales son los que animan á Fernán-Caballero. Si todo crítico agudo y sagaz que sepa leer entre renglones, adivina las ideas, sentimientos y manera de ser de un escritor, esta tarea hácese facilísima para el lector menos avisado, cuando se trata de escritor tan sincero, espontáneo y personal como Fernán-Caballero.

Según cumplidamente demuestra la novela que os acabo de citar, *Elia*, Fernán estaba enamorada, perdidamente enamorada, de las ideas políticas del pasado, y en cambio llegaba á extremo tal su hostilidad á las ideas modernas, que hubo de descender á la polémica periodística, escribiendo en *El Padre Cobos* aquel artículo, después varias veces remedado, que titula «Un Congreso infantil.»

Con todo, la bondad de su alma hacía que á los odios políticos se sobrepusiesen las tendencias caritativas y humanitarias. Prueba estas, su conducta cuando dió asilo y sacó á salvo un liberal en las persecuciones del

23, episodio que dió origen á la narración que titula «Un servilón y un liberalito.» Pero lo que principalmente se descubre en sus obras, sobre todo en las últimas, es el sentimiento religioso, más que ningún otro, arraigado en su alma. Es consecuencia de esto que no guarde la pasividad propia del novelista, y que, al contrario, intervenga directamente en la acción, sermoneando con frecuencia excesiva. Esto han censurado á una el ilustre crítico Menéndez Pelayo y el discreto novelista Palacio Valdés, bien que ambos convengan en que ya puesta á predicar, más vale lo haga en cristiano y moralizador sentido.

No es la suya esa fé misteriosa en alas de la cual se remonta el alma á lo alto, ó que hace por contrario modo volverse el alma sobre sí misma, registrando sus más ocultos pliegues y descubriendo culpas para después limpiarse de ellas; ni ejercita su discurso en abstracciones de religiosa metafísica, tomando por modelos á los escritores místicos, tan dados á escudriñar los arcanos del espíritu y tan pródigos en disquisiciones y sutilezas; la fé de la escritora andaluza es completamente vulgar: aparece en sus libros desnuda de todo aparato filosófico: es la fé de la mujer de pueblo, que cree á macha martillo, pero que no razona su creencia. El padre de Cecilia se convirtió del protestantismo á la religión católica: dijérase que la hija heredó del convertido padre la intransigencia y el celo del neófito. No faltaron quienes censurasen en Fernán la intransigencia religiosa: hicieron mal: Fernán es así, y así está en carácter: tal como es hay que respetarla y aplaudirla. Esa condición,—de que no puede despojársela sin mutilar su personalidad,—podrá llevarla á los sermóneos insistentes que antes tachaba, pero al mismo tiempo dá en sus libros una nota de sinceridad, completamente propia de su espíritu de española neta y rancia. Sin esa fé, carecería su alma de fuego,

serían frías sus obras: no se transmitiría al lector por inevitable contagio que produce la verdad artística, la emoción profunda que sintió su autora al crearlas. Lo malo estuvo en la exageración del fervor, no en el fervor mismo: llegó éste á punto de que acariciara la idea de hacerse monja carmelita. Con todo esto, su espíritu antes creyente, pero con entereza, perdió esa serenidad y reposo, ese dominio de uno mismo, que es tan necesaria para las concepciones artísticas. Se me dirá que con esas turbaciones del espíritu que implican perfección cristiana, iba ella ganando, lo doy por supuesto; pero lo que á mí me toca afirmar es que sus novelas salían perdiendo. En efecto, aquella situación de ánimo podría ser la más á propósito para escribir libros ascéticos que moviesen á piedad—y esto de la manera sencilla que la era natural sin disquisiciones místicas ni sutilezas teológicas,—pero era el menos propio para penetrarse de la realidad, comprenderla, sentirla y darla, en fin, forma de novela. Encogió y asustó el ánimo de Fernán, según expresión de ella misma, la revolución de Setiembre: por natural reacción se aumentó se apego á las ideas políticas antiguas, se hizo más decidida defensora de la tradición; fijándose en ciertas contingencias propias de periodos revolucionarios, creyó incompatibles sus creencias en religión y las nuevas formas de gobierno.

Puestas á la venta las casas del Alcázar en que la proporcionó hospedaje la real munificencia, tuvo que buscar nuevo albergue. Y en él vivió hasta 7 de Abril de 1877, entreverando con el cultivo de las letras las prácticas de caridad. D. Fernando De Gabriel y Ruiz de Apodaca nos la pinta modestamente «sentada delante de una mesa haciendo media para los pobres, mientras leía en un libro colocado en un atril;» y añade que «todo el que iba á visitarla desde que había penetrado en su casa admiraba el orden y la limpieza andaluza que solo recono-

ce rival en la holandesa.» Las flores, indispensable adorno en todo hogar andaluz, eran el único lujo de la que había sido un tiempo rica marquesa de Arco-Hermoso.

Su espíritu de templanza y modestia fué el mismo en la abundancia que en la privación: ya que no la riqueza, ni la posición ni la hermosura, pudo cegarla la gloria, cuando vió sus obras traducidas y celebradas en variedad de idiomas, cuando ignorando su sexo acordó el gobierno Belga condecorarla con la cruz de caballero de la orden de Leopoldo—cosa que tuvo el desacierto de evitar el general Van-Halem,—cuando una vez los infantes duques de Montpensier, otra el ministro de la Gobernación D. Cándido Nocedal, quisieron costear edición completa de sus obras, correspondiendo así con pública muestra de aprecio, á la gran popularidad que tenía la simpática narradora. Es notable como su espíritu, sin que se despertasen ambiciones y orgullos, resistió sereno todos los halagos: habían, en cambio, de turbarla y confundirla las desgracias de su familia, la infausta muerte de sus tres maridos, y el verse reducida á pobreza. A todas estas causas hay que achacar la decadencia que revelan sus últimas obras, que no sé si alcanzará á la que dejó inédita en poder de su sobrino el Sr. Marqués del Saltillo. El cual, ya podía, menos avaro de las bellezas que tendrá de seguro, publicarla para complacencia y regalo de cuantos somos devotos de la escritora andaluza. Si no mienten mis informes, *El Mirlo Blanco*, protagonista de la obra y que le dá título, es un revolucionario honrado y bueno, que solo por caso excepcional y raro comprende Fernán-Caballero que se den en un revolucionario prendas de bondad y honradez.

Confío en que como buen sobrino el marqués de Saltillo, habrá de publicar muy pronto ese libro, rindiendo así un testimonio de respeto mejor y más útil que ningún otro á su inclita parienta. No hará después de todo

sino imitar el buen ejemplo del Sr. De Gabriel Ruíz de Apodaca, que ha dado á luz la novela *Magdalena*, encabezándola con un estudio biográfico de Fernán-Caballero, que después tomó por ayuda para su ya citado trabajo el conde Bauneau Avenant.

El amor que profesa Fernán á la Naturaleza la hace incurrir con frecuencia en un optimismo candoroso; y este y el sentimentalismo vago, son defectos que empañan el valor de sus obras.

Hay que achacar ambos defectos á su origen alemán. Ni era ésta la única aleación extranjera, que su madre, aunque española, era hija de irlandesa y fué educada en Inglaterra donde se fomentaron sus aficiones literarias. También tuvo estas Bohl, que se dedicó al estudio de nuestra literatura y dió á luz en Hamburgo la Floresta de Rimas antiguas castellanas y el Teatro Español anterior á Lope de Vega. Ya venía, pues de casta á Cecilia la inclinación á lo español y á lo literario. Cecilia nació en Suiza —en Morges cantón de Berna— pero su madre salió de España embarazada, cosa en que ella insistía mucho en su empeño de que nadie la tuviese por extranjera. Ya con esto daba prueba clara del españolismo de su corazón. A los nueve años estuvo en Alemania que la impresionó fuertemente. Entonces quizás cobró afición á ese sentimentalismo vago, que se descubre en sus obras y que no es propio de nuestra raza. La manera que tenía Fernán de sentir la naturaleza se diferencia mucho de la manera de sentir de nuestro pueblo, muy apegado también, por lo demás, al amor al terruño.

Es parte á que las novelas de Fernán no agraden hoy tanto como indudablemente merecen, su pronunciado optimismo: no encaja este dentro de las aficiones del público actual, que principalmente se ha dejado influir por las tendencias pesimistas, cada vez más en auge.

No solo en la soñadora imaginación de Fernán Caballero se notaba su origen alemán; también se revela su origen en los rasgos del rostro que era de suave rubicundez templada por la oscuridad de las cejas. Los ojos claros, azules, de dulces y vagas miradas, reflejan los sentimentalismos de aquella alma que no halló su dicha en este mundo. He podido por mi mismo apreciar la belleza de Cecilia Bohl de Faber en el retrato al óleo regalo de ella misma, que posee mi distinguido é ilustrado amigo el Sr. D. Fernando de Gabriel y Rufz de Apodaca. El cual, por cierto, con sus interesantes y fidedignas referencias ha contribuído muy principalmente á que conociese á la mujer sencilla, honrada, modesta, que fué por añadidura escritora de talentos tan singulares.

No es extraño, ni muchísimo menos, que Fernán no dominase el arte de la composición y que sus obras sean por consecuencia desiguales y abunden con exceso en digresiones; que no son por caso general perfectos los autores que inician un movimiento literario. A la perfección, mediante reformas y transformaciones, se llega de manera lenta y paulatina, por la cooperación de muchos. Mayores son el mérito y gloria de los escritores que inician un movimiento literario, que la de quienes secundáudolos, van á la zaga por la ya trillada senda, siquiera dejen estos bien corregido y acabado lo que aquellos solo pudieron comenzar. A estas consideraciones hay que atenerse principalmente al juzgar las obras de la noveladora andaluza. Dado lo dicho no se habrá de extrañar que á lectores frívolos que tanto abundan, parezcan algo pesadas esas producciones, que no tienen aquel equilibrio, aquella armonía entre sus varias partes, que es principal adorno de la obra artística.

Para resumir diré que por lo que hace al fondo, carecen sus novelas de nervio, de consistencia y virilidad; son al cabo, creación de un talento femenino; y por lo

que á la forma se refiere, fáltales corrección y atildamiento. Justicia é imparcialidad después de esto, me obligan á añadir los méritos de Fernán-Caballero, cosa que hago gustosísimo y no sin tener que dominarme para no caer en la ciega y extrema alabanza propia del panegirista, porque pertenece Fernán al número de mis autores favoritos, que no en vano su lectura fué causa de que, abandonando prevenciones, que me enseñaron, cobrase afición y cariño al género en que Fernán logró triunfos de tan gran resonancia. Cuéntase como principal entre los méritos de Fernán-Caballero, el que antes que ningunas otras en la España moderna hayan tenido sus novelas sentido popular. Y ofrece rara coincidencia, que precisamente hiciese esto alejándose de los lugares comunes de la imitación, una mujer de origen extranjero y no nacida en España.

Dotó el cielo á Fernán de corazón sensible é imaginación despierta; veía claro y pintaba bien: sentía y hacía sentir. Hay así en sus libros interés y vida, animación y movimiento; en sus figuras relieve, en las descripciones color, verdad y belleza en los argumentos. Harto merecidos tiene elogios y alabanzas quien tanto bueno hizo, y bien quisiera dar á mis palabras de encomio, autoridad, que solo podrán recibir de vosotros, si prestais vuestro asentimiento y vuestra aprobación á mis ideas.



# 22.<sup>a</sup> CONFERENCIA

---

## T E M A

Clemente (D. Simón Rojas).—Historia, progresos y estado actual de las ciencias naturales en España.—Rodríguez González.—Historia y estado actual de las ciencias físicas.

## ORADOR

DON JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO

---

Habeis de permitirme, señoras y señores, empezar esta conferencia relatando una impresión de mi vida de estudiante. El último día del mes de Setiembre de 1871 entré, por primera vez, en la Universidad de Santiago; eran los principios de la educación científica los que allí debía recibir, y nunca expresaré, en la medida del deseo, el agradecimiento y el cariño que á aquella docta Escuela profeso. Tenía vaga idea de lo que es un edificio consagrado á la Enseñanza Superior, y mi asombro no reconocía límite al contemplar las riquezas de los Gabinetes de Física y Mineralogía y la suntuosa Biblioteca. Vagaba por los claustros leyendo, una tras otra, las inscripciones consagradas á los hijos más ilustres de la Universidad Compostelana, y que es costumbre colocar sobre las puertas de las áulas donde enseñaron ó recibieron lecciones. En uno de los ángulos del claustro bajo, encima de la puerta del local donde un tiempo se enseñaron Matemáticas, acerté á ver una lápida en la que, escritas con doradas letras, había es-

tas palabras: *Don José Rodríguez González, catedrático de Matemáticas de esta Universidad, compañero de los sabios franceses Biot y Arago, en la medición del arco del meridiano, nombrado director del Observatorio Astronómico de San Petersburgo, director del de Madrid, diputado á Cortes, etc.* La calidad de la persona, cuyos merecimientos valiéronle la honra que muy pocos alcanzan, y su nombre igual al mío, llamáronme la atención. Puse toda mi diligencia para saber algo de su vida, conocer sus estudios y reunir documentos referentes á sus trabajos científicos; y ved aquí por qué voy á presentar hoy á D. José Rodríguez González, no solo en razón de cuanto hizo en España y en el extranjero, respecto de muy diversos asuntos de ciencia, sino también como modelo de hombres y de sabios. En nuestra patria, fuera del recuerdo que le consagró la Escuela Compostelana, donde se educara, y de algunos eruditos, nadie conoce sus trabajos é ignórase su nombre; mas si por acaso registráis el primer volumen de la *Enciclopedia Británica*, ó si hubiérais oído al célebre Biot en los últimos años de su vida, veríais de qué manera juzgaban al gran físico y notable matemático español, al amigo predilecto de Werner, al cariñoso compañero de Haüy.

Tócame historiar largo periodo del siglo presente, analizando en él de qué modo se desarrollan y progresan las ciencias físicas y naturales en España, y aún cuando no haya en semejante progreso aquella unidad de otros países, ni tan de prisa y con paso tan seguro se adelante, ofrecen hermoso espectáculo aquellos que, si una vez favorecidos, cien otras perseguidos y despreciados, consagráronse con ardor al estudio de la Naturaleza, logrando por sus descubrimientos justa fama y merecido renombre. No vais á oír, en verdad, una historia completa, algo parecido á ese magnífico renacimiento científico que se advierte en casi toda Europa

en los postreros años del siglo pasado, y en la primera mitad del presente. Rota y deshecha nuestra tradición científica, no hay en esta centuria ciencia propiamente española; hubo, sí, hombres doctísimos que á trabajar en España se dedicaron, sabios maestros, experimentadores sagaces, eruditos, bonísimos escritores; pero todos aprendieron fuera de la patria ó aquí con profesores extranjeros, que un rey sabio, de grata memoria, supo traer en época venturosa. Extranjeros eran los métodos de los sabios españoles, su adelantada enseñanza de fuera había venido; las colecciones, en gran parte, recibíanse del exterior; y la vida científica de Europa reflejóse en España un momento, tomando, en lo que á la Botánica se refiere, caracter nacional y propio, naturalizándose y produciendo frutos codiciados en otras naciones. Fué esto vivísima ráfaga de luz, duró un punto y extinguióse pronto, hasta renacer en los momentos presentes, por cierto con mayor brillo y fijeza. Actualmente no se comprende el progreso de las ciencias sin el comercio perenne de las ideas y comunicación constante de los pueblos; mézclanse, de tal suerte, los conocimientos, que van de una parte á otra hasta adquirir el carácter de universalidad que distingue á las grandes leyes de la ciencia. El desarrollo científico que voy á exponer tiene este carácter, formando, acaso, su principal mérito: nació por influencias extrañas al país, que aquí fueron implantadas, ó fué resultado de los conocimientos adquiridos por españoles en tierra extranjera; pero de todos modos, tiene suma importancia, engrana en los progresos generales de las ciencias de la Naturaleza y da frutos copiosos, base de nuevos adelantos. Como en el foco de las lentes se recogen los rayos luminosos, formando un punto más brillante, que á su vez se puede dispersar en multitud de rayos, así España, en los tiempos de Carlos III, recogió el movimiento de Europa traído por sabios eminentes, y luego pudo es-

parcirlo y difundirlo con no escaso provecho de todos. Sucedió, sin embargo, que la semilla no llegó á germinar; circunstancias funestas priváronle de los elementos propios, cambióse el medio, sobrevinieron complicaciones, y aquella ciencia que tanto prometía, no tuvo resultados inmediatos y hubo necesidad de nuevos trabajos para recoger, en época reciente, sus resultados. A pesar de todo se hizo mucho, y vais á ver cuán dignos son del mayor respeto aquellos hombres que consagraron su vida al estudio de las ciencias naturales, desplegando actividad incesante, trabajando sin descanso, ya para añadir datos y hechos al rico contingente de la ciencia, ya encaminando los estudios hacia teorías elevadas, que constituyen lo trascendente del conocimiento.

Considerando un punto la manera de llevar á cabo experimentos, practicar observaciones y formular analogías, examinando el caracter distintivo de los trabajos de los sabios, y poniendo atención en que á todos guía el mismo objeto y persiguen idéntico fin, nótese pronto que la ciencia, en sí, no tiene pátria, pertenece al mundo. Por eso, al hablar de ciencia en España ha de entenderse que trato de los trabajos y estudios practicados por españoles, de lo que es personal en este género de cosas, á saber: los métodos en la mayoría y la invención de teorías ó el enunciado de leyes en los más esclarecidos. Semejante idea me impone el plan que he de seguir en el desarrollo del tema de mi conferencia. Podía examinar, uno por uno, los trabajos de sabios españoles, no en gran número, es cierto; pero dotados de elevado sentido científico, juzgando su mérito, estudiando sus pormenores y viendo su influencia, mediata ó inmediata, en la cultura patria, ó bien trazar la historia del desenvolvimiento científico en el presente siglo, encajando en ella la parte correspondiente á los sabios españoles, no muy grande, pero sí gloriosa, que no es

fácil, en un país revuelto y desorganizado, realizar grandes progresos, á no tener la ciencia de Rodríguez González y D. Antonio Gutiérrez, el entusiasmo de Clemente ó al constancia y tesón de La Gasca. He preferido esto último, porque ni aquí puedo descender á ciertos detalles, ni creo propio de este género de conferencias hacer minuciosas biografías; pues basta distinguir el carácter general de los trabajos para determinar su valor é influencia en el adelanto de las ciencias.

Debo ocuparme en relatar el de las ciencias físicas y naturales que comprenden multitud de ramas del saber, todas importantes. El cuadro es vastísimo, y no soy el llamado á dibujarlo por entero. Habreis de contentaros con un ligero bosquejo del fondo, en el que procuraré colocar las figuras principales, agrupadas en buen orden y con la importancia debida; no es historia lo que vais á oír, sino boceto de historia, y me consideraré muy pagado si logro despertar en vuestro ánimo algún interés por aquellos hombres, llenos de fé y entusiasmo, que consagraron su vida al desarrollo científico de nuestra patria. De muchos hablan los extranjeros con encomio. Las obras de otros esperan, escritas en lenguas diferentes de la nuestra, ser traducidas al español, y bastantes trabajos, de la mayor importancia, perdiéronse para siempre.

Me propongo, pues, examinar la obra de buen número de sabios españoles, dedicados á las ciencias naturales, con objeto de demostrar que entran por entero en el movimiento general de Europa, contribuyendo, por lo que á varias ramas del saber refiérese, á su progreso. A este fin he de examinar cómo se desenvuelven las ciencias desde los comienzos del siglo presente, bajo el doble aspecto de los métodos de investigación por los cuales se llega al conocimiento de los hechos y de las doctrinas generales y leyes admitidas para explicar el mecanismo de los fenómenos. En este respecto, y aten-

diendo á la letra del tema, examinaré el grupo de las ciencias llamadas naturales, comprendiendo las descripciones de los seres, los estudios de la Flora Española, descubrimientos geológicos y adelantos de todo género en lo tocante á hechos y leyes generales, procurando encajar en ello los trabajos de aquellos sabios que mejor representan en España las tendencias científicas de su época. Después trataré de las ciencias físicas con igual criterio y de la propia suerte. Como naturalistas, hablaré de Cavanilles, Asso, Cornide, La Gasca, Clemente y D. Casiano de Prado, y entre los físicos y químicos, incluyendo en ellos á los geodestas, trataré de presentar los trabajos de Elhuyar, Rodríguez González, Gutiérrez, Munarriz y Fontán, sin pretender que sean ellos solos los dignos de veneración y fama; no obstante parécenme los más á propósito, dada la índole de esta conferencia.

Si atendemos al objeto de las ciencias en general, y medios de llenar sus propios fines, hemos de dividir ó agrupar los hombres á ellas dedicados, en diferentes categorías. Hay unos capaces de comprender todo el conjunto de una vez, sin fijarse en pormenores; pero abarcando la totalidad y expresando su mecanismo y manera de ser; su caracter dominante es la afición por las grandes síntesis, cuyo solo enunciado abre al pensamiento dilatados espacios en que ejercitar su poderosa fuerza. Otros son ingenios sagaces, de gran fuerza perceptiva, entendimientos formados en la experimentación delicada y consagrados á la labor más analítica que puede darse. Distínguense por secreto instinto y maravillosa aptitud para descubrir en los hechos diferencias sutilísimas, caracteres imperceptibles completamente inadvertidos de la generalidad; entendimientos á propósito para formar el material de la ciencia y muy adiestrados en descubrir ocultas y misteriosas relaciones sutiles, cual rayos de luz, que unen entre sí fenó-

menos en apariencia aislados y nada afines. Unos pocos reúnen ambas condiciones, son observadores de gran mérito y saben hallar las leyes generales de los hechos. De ellos es representante en España D. José Cavanilles, al que siguen, respecto de la Historia Natural, Clemente y La Gasca, y en las ciencias físicas, Rodríguez González y Gutiérrez. En la categoría de observadores vale citar, de primera intención, á Cornide, Asso, D. Casiano de Prado, Munarriz, Carbonell y algunos otros. Ciertamente que ninguno es autor de grandes doctrinas, ni reúnen el genio de Newton, Linneo y Lavoisier, ni las maravillosas aptitudes de Cuvier y Berzelius; pero sus trabajos, en conjunto y en pormenores, son muy suficientes para que pasen á la posteridad sus nombres y se les considere dignos de veneración y respeto, al menos de aquellos que, á su ejemplo, han consagrado la vida al estudio de la Naturaleza.

Complétanse las categorías anteriores con otra clase de hombres, útiles en alto grado, que sin estar dedicados especialmente á las ciencias, poseen cierta intuición que les hace predecir leyes, doctrinas y descubrimientos. Por regla general son poetas eminentes, artistas dignos de todo elogio, á quienes sus obras han hecho inmortales. Como ejemplo antiguo podría citar aquellos versos del canto vigésimo quinto de *El Purgatorio*, del poema del Dante:

*Apri á la verità che viene il petto,  
E sappi che, si tosto come al feto  
L'articular del cerebro è perfetto,*

*Lo Motor primo á lui si volge lieto  
Sopra tanta arte di natura, e spira  
Spirito nuovo di virtù repleto.*

*Che ciò che trova attivo quivi, tira  
In sua sustanzia, e fassi un'alma sola.  
Che vive è sente, è sè in sè rigira.*

*E perchè meno ammiri la parola,  
Guarda il calor del Sol che si fa vino,  
Giunto all'umor che dalla vite cola.*

No menos interesantes y de seguro más expresivas y concluyentes son las predicciones contenidas en otros versos de nuestro Lope de Vega, ya que en ellos no se trata de establecer concepto general ó ley que abrace y comprenda muchos hechos, sino de uno aislado, por cierto el que constituye uno de los mayores adelantos del siglo presente. Leyendo los versos del poeta de *Las Barquillas*, vésele ser profeta inconsciente de un gran invento y parece como si anunciara, desde el siglo xvii, el maravilloso telégrafo eléctrico, cuando pone en boca de un personaje de sus comedias las hermosas palabras que siguen:

*Con la rapidez del rayo  
estas nuevas han venido,  
y quién sabe si algún día  
vendrán con el rayo mismo.*

Quisiera, en la ocasión presente, poseer el mayor atractivo y encanto de la oratoria, á fin de que vieseis pasar delante de vuestros ojos el magnífico espectáculo que las ciencias ofrecen desde el comienzo de este siglo. Anhele aquella claridad necesaria para haceros asistir, por el solo relato de los hechos, á este gran movimiento de la Química, que el áspero ruido de las batallas, en que se vertía siempre sangre española sobre el suelo de la patria, no dejaba oír, ni permitía que llegara hasta nosotros, la invención portentosa de la locomótor, los progresos de la Historia Natural y la inacabable serie de prodigios realizados por la actividad humana, dirigiendo sus esfuerzos hacia un fin, tanto más codiciado cuanto se está más lejos de conseguirlo. Por desgra-

cia para nosotros, España tiene parte insignificante en los grandes inventos del siglo, porque, á no contar los generosos esfuerzos del Sr. Salvá en la telegrafía eléctrica, nada digno de ser notado llegó á mi noticia. Sin embargo, hasta el año de 1823, desde el reinado de Cárlos III, existe en nuestra patria notable movimiento científico, generalmente ignorado, y eso que los sabios de entonces publicaron diversas obras, hicieron señalar en el extranjero, y en todas partes colmábanles de distinciones, honores y justas recompensas. A partir de 1823, comienza la decadencia, no en gran escala, sino poco á poco, hasta que restablecida la paz y el país un poco tranquilo, pudo desenvolverse la actividad, aunque no con los recursos y medios que tuvo en otras naciones. Vive aún mucha parte de la generación comprendida en este último periodo, su obra no ha terminado y yo no he de tratar de ella ni juzgarla viviendo los que la hicieron; por eso me detendré en el tiempo que corresponde á la creación de la Academia de Ciencias Físicas Naturales y Exactas.

Entrando de lleno en el asunto creo indispensable fijar un punto de partida y no puede ser otro, sino el renacimiento científico español, inaugurado en época de Cárlos III, monarca inteligente, espléndido, solícito de la instrucción, gran aficionado á las artes y apasionado naturalista, como espero demostrar bien pronto. Pacífico, apropiado al esplendor de las ciencias y á la bienandanza del país fuera del reinado de su hermano, bajo cuyo gobierno se hicieron reformas importantes, crearonse escuelas diversas y el país se enriqueció sobremanera. Venía Cárlos III del extranjero, de reinar en Nápoles y así como implantó, de una vez en Madrid, la famosa fábrica de porcelana de Capo di Monte, trajo diferentes profesores del extranjero, fundó el Jardín Botánico del Prado y luego creó el Museo de Historia Natural, donde había enseñanzas de muchas ciencias.

Proust, el famoso químico, y Herrgen, notable profesor de Mineralogía, cuéntanse entre los maestros.

Estaba el Jardín Botánico, desde 21 de Octubre de 1755 en que se fundara, cediendo al efecto Fernando VI su huerta de Migas-Calientes, en lugar pequeño y nada apropiado para su desarrollo. Carlos III lo trasladó al Prado y cerca de él levantó el soberbio edificio destinado hoy á Museo de Pinturas, que el monarca proyectó dedicar á Museo de Historia Natural; pero que no vió terminado por haber acaecido su muerte antes de que pudiera utilizarse. Mientras tanto recibíanse sin cesar objetos para el Museo, que se depositaban en el local que hoy todavía ocupa. Llegaban cajones en gran número, dábase parte al rey, y no se abrían sino en presencia suya y con gran solicitud él mismo ordenaba los ejemplares recreándose en los más bellos, contemplando los más preciosos y apreciándolos todos con la inteligencia de un naturalista. Dotaba espléndidamente á los catedráticos, pues ninguno tenía menos de cuarenta mil reales, mandaba á los jóvenes á estudiar al extranjero, dirigíase á los sabios de más fama y nombradía y era abundante en promesas para decidirlos á venir á España. Según protegió á los artistas, lo mismo hacía con los hombres de ciencia y de igual modo se afanaba por abrir caminos que por fundar el Observatorio Astronómico de Madrid.

Hay un hecho sumamente importante que me conviene hacer notar, respecto de la consideración de aquel movimiento científico. Fué D. José Quer primer director del Jardín Botánico de esta Corte, y á su lado tuvo compañeros eminentes y notabilísimos discípulos. Al gran Linneo hicieronle proposiciones para que viniera á enseñar Botánica á España; y como no aceptase el inmortal naturalista sueco, consintió en mandar á su mejor discípulo Loeffling que, desde 1751 permaneció en nuestra patria. Quer era enemigo decidido de la refor-

ma linneana y partidario de las doctrinas de Tournefort; combatió las ideas del autor de la clasificación sexual, y éste tratóle alguna vez con desdén excesivo, que Loeffling se encargó de desvanecer, luego que hubo conocido y examinado los trabajos de Quer. Entonces Linneo escribía á su discípulo las notabilísimas frases que siguen, en las que declara toda la atención que le merecían los sabios botánicos españoles. Dice así el referido documento: *«Lei con sorpresa que sean tantos en España los botánicos eruditos é insignes, de los cuales apenas sabia los nombres; cuidaré de que lleguen á ser conocidos en todo el orbe y hazles presentes mis afectuosísimos miramientos. Procura que comprendan cómo podemos servirles: si quisieran ingresar en la Sociedad Real Upsaliense, ó en la Academia Holmiense, los recomendaré con gran diligencia. Te corresponderá inmortalizar sus nombres, luego que descubras nuevos géneros y esto cuanto antes. ¡Ojalá quieran cambiar conmigo semillas y plantas españolas! Ruego rendidamente al Sr. Quer que te permita registrar su colección de plantas, pues ha aprovechado, visto y observado muchas cosas negadas á los demás.»*

Esto escribía Linneo á Loeffling y con ello demuéstrase la importancia que el padre de la Botánica moderna concedía á los sabios españoles. Residía su mérito, á mi ver, en dos cosas principales, que son: el sentido de la ciencia y los adelantos realizados en el conocimiento de la Flora de España, cuya primitiva ordenación débese al primer Director del Jardín Botánico de Madrid.

No era la época de que se trata parecida á la actual. Entonces acopiábanse materiales científicos, á todos preocupaba la descripción minuciosa de individuos, géneros y especies; el trabajo en Historia Natural, semejaba al realizado en la Química en los primeros cuarenta años del siglo. Pocos se ocupaban en teorías y le-

yes, el fin era conocer los seres de cada comarca y determinar su distribución. Algunos, sin embargo, teorizaban y pronto ha de darnos buen ejemplo de ello el insigne Cavanilles; pero estos pertenecían á la categoría de los más perfectos y de mayor entendimiento. Quer, después de largos viajes por Italia y Francia, preocupóse de la Flora española, recorrió diligente los reinos de Castilla, León, Galicia y el principado de Asturias y en 1762 apareció en Madrid su libro. De la misma data—último tercio del siglo XVIII—son otros varios trabajos que debo enumerar al punto. *Flora de Castellón de la Plana*, por D. José Jiménez de 1793; *Apuntes sobre las plantas de Valencia con los nombres científicos y vulgares* (1794) atribuidos á Francisco Gil, y otros diferentes trabajos de Medina, Conde, Perojo, que unidos á las noticias de D. José Cornide, constituyen lo interesante hecho acerca de floras regionales. En 1791 publicó Gómez Ortega en Madrid dos cuadernos de la *Floræ hispanice delectus*, y Cavanilles de 1785 á 1790 su *Monadelplice clasisis dissertationes decem*. Hernández Larren, Pérez Escobar, Villier, Cursach y muchos otros publicaron asimismo notables estudios, y al terminar el pasado siglo conocíanse en la Península y Baleares cerca de cuatro mil doscientas plantas, de ellas trescientas criptógamas; describiéronse algunas especies exóticas y todo acusaba la actividad de aquellos naturalistas, aplicados al conocimiento de las producciones de nuestra patria.

Otra circunstancia favoreció el desarrollo de las ciencias naturales en España, y fué el considerable número de expediciones de naturalistas á América, efectuadas periódicamente durante la segunda mitad del siglo XVIII; la de Loeffling, de cuyos resultados consérvanse pruebas, otra que salió de Cádiz en 1777, compuesta de los señores Ruíz, Pavón y Dombey, con objeto de hacer la Flora y Fauna de Chile y el Perú, no habiéndose podido concluir la primera. En 1782 el notabilísimo botánico don

Celestino Mútis partió á Bogotá, estuvo veintiseis años de jefe de la expedición, hizo gran acopio de plantas y animales y publicó un tratado sobre las hormigas. Cinco años más tarde organizóse otra expedición, compuesta de D. Martín Sessé y D. José Mariano Mociño, para explorar Méjico y fué de gran provecho, según lo demuestra la Flora hecha por el último, en que me ocuparé luego. En 1789 embarcaron en Cádiz y recorrieron la América Meridional, Nueva España, las Filipinas y Marianas y Australia D. Luis Néé y D. Antonio Pineda, y trajeron muchas plantas. Por último, son de notar los trabajos realizados en la isla de Cuba por el Sr. Boldó y el viaje á Java de Noroña, costado por D. José G. Armenteros, cuya relación circunstanciada es série continúa de descubrimientos botánicos y zoológicos de la mayor importancia.

Por el tiempo á que me refiero habíanse publicado ya dos obras de zoología justamente celebradas: en 1784 la que lleva por título *Introductio in Oryctographiam et Zoologiam Aragonia*, por D. Ignacio Jordán de Asso y el *Ensayo de una historia de peces y otras producciones marinas de la costa de Galicia*, por D. José Cornide (1791).

Había, pues, una série de notables trabajos individuales, esfuerzos generosos que elevaban la cultura científica y extendieron en toda España el conocimiento y la afición por las ciencias naturales. Fué para ellas época venturosa, cuyas tradiciones llegaron á nosotros, gracias á la diligencia y cuidado de los señores Pérez Arcas y Colmeiro.

No acontece desdichadamente lo mismo respecto de las ciencias físicas, cultivadas solo por escaso número de gentes. Carlos III, al establecer en 1770 los Estudios Reales de Madrid, quiso hacer algo á manera de pauta ó modelo de la enseñanza de ciencias experimentales; sacáronse á oposición cátedras de Matemáticas, Física, Cosmografía y otras, acudió gran número de opositores

y nombróse profesor de Física al Dr. D. Antonio Fernández Solano, el que, contando desde 1773 con los hermanos Rostiaga, hábiles mecánicos, pudo hacer experimental su enseñanza. Por entonces debieron establecerse análogas asignaturas en la mayor parte de las Universidades de España, juzgando en vista del antiguo material científico y por las noticias referentes á los profesores y alumnos. Lo que sí puede asegurarse es que los conocimientos de las ciencias físicas se hallaban en España á buena altura, gracias acaso á la influencia de Proust, que si no enseñó mucho y se ocupó de preferencia en análisis mineralógicos de ejemplares de plata especialmente, tuvo émulos del mèrito de Munarriz, compañero suyo en el profesorado de la real Academia de artillería de Segovia. Pruébese esto con solo citar la traducción, hecha por cierto con mucha galanura, de la Química de Lavoisier, debida al mismo Munarriz, libro publicado en dos tomos, salido de las prensas de la imprenta real el año de 1798. Comienza el tomo segundo con una dedicatoria del traductor español á D. Francisco Saavedra, y en ella puede verse, cómo al distinguido capitán de artillería eran familiares los conocimientos químicos del tiempo y el alcance de la obra de Química de Lavoisier; pues dice que «*será el gérmen de todos los descubrimientos que en adelante se realicen en esta rama de la Física.*» D. Andrés del Río, notable por su *Discurso de las vetas*, publicado en los primeros años del siglo, habla de que «*nos podemos gloriarnos de un método de beneficio de azogue que nos es propio, y por su economía ha frustrado, hasta ahora, las combinaciones de la Química más sublime; nos podemos gloriarnos de un método de fundición con tequezquite ó nátron que nos envidiarán los extranjeros, que carecen de esta producción mineral,*» con lo que se prueba cierto adelanto, juzgado por persona de raras cualidades, conocedor de la ciencia extranjera que aprendiera en Sa-

jonía y Hungría, donde había estudiado. Interesantes son también los progresos de la Minería é industrias metalúrgicas llevadas á América por españoles, enseñadas aquí con excelente resultado.

Puede invocarse en apoyo de lo dicho lo familiar que era entre nosotros el sistema mineralógico de Werner, estudiado en diversas escuelas de Europa, y sobre todo el número de libros extranjeros traducidos al español, encomendados á personas doctas, casi siempre de orden de Godoy, á quien deben no pocos servicios las ciencias y las letras, hasta el punto de poder asegurarse que nada notable publicábase fuera de España sin ser aquí conocido al punto, escrito con corrección y elegancia y editado con todo el primor que se advierte en los mejores libros de aquel tiempo. Y no solo la ciencia extranjera tuvo eco en España, sino que para dar á conocer los trabajos de sabios españoles, fundóse en Madrid el año de 1799 un periódico por demás notable. «Deseando el rey—dice el decreto con que fué creado,—á ejemplo de otras naciones cultas, se publique en sus Estados un periódico, que no solo presente á los nacionales los descubrimientos hechos y que vayan haciendo los extranjeros, sino también los que sucesivamente se hacen en España en la Mineralogía, Química, Botánica y otros ramos de la Historia Natural, ha resuelto S. M. confiar á D. Cristiano Herrgen, D. Luis Proust, D. Domingo Fernández y D. Antonio Josef Cavanilles la redacción de esta importante obra, que se imprimirá en su real imprenta bajo el nombre de *Anales de Historia Natural*.»

Apareció el primer número de tan importante Revista en Madrid, á 30 de Setiembre de 1799, con trabajos originales de españoles ó de extranjeros que aquí enseñaban, siendo de notarse los *Apuntes para la Geografía Mineralógica de España y de sus posesiones en América*, por Herrgen, que fueron apareciendo en diversos tomos; el *Titanio de Horeajuelo* del mismo, muchos infor-

mes y análisis practicados por Proust, entre los que se debe citar el trabajo acerca de *la platina* y sobre todo, admirables estudios de Botánica y Ornitología, fruto de la incesante actividad de Cavanilles. La publicación fué adquiriendo fama, aumentóse cada año, hizo prosélitos, se la consideró mucho y tuvo notoriedad en el mundo científico. En los *Anales de Ciencias Naturales*, como después se llamaron, hállanse multitud de descubrimientos hechos en España, trabajos de importancia, reflejo de una actividad digna de ser estudiada y tenerse en cuenta. A ellos he acudido como primera fuente de datos científicos, á fin de conocer al detalle los sabios de nuestra patria.

Resulta de lo expuesto que en el último tercio del siglo XVIII, si no íbamos á la cabeza del movimiento de la ciencia, entonces comenzado, si no fuimos directores de aquel gran paso dado en el conocimiento de la Naturaleza, tampoco permanecemos extraños á él; y hubo en España buen número de gentes consagradas á la ciencia pura, cuyos nombres se pronuncian con respeto en Europa y cuyos méritos dejo en parte consignados. La paz, la riqueza, la protección á cuantos eran capaces de producir algo bueno y nuevo, fueron causas de este movimiento, que vino de fuera, es cierto, pero que no se detuvo al llegar y encontró aquí medio adecuado para propagarse y dar resultados. Cuáles fueron éstos es el objeto de la presente conferencia.

Conforme al plan que me propongo seguir y habiendo señalado el punto de partida, es necesario discurrir ahora, algunos momentos, acerca de las tendencias de las ciencias en los comienzos del siglo presente, en que se inaugura el período glorioso de su mayor esplendor y adelanto. Voy á fijarme para lograrlo en dos puntos generales. El primero toca al descubrimiento de hechos, á los medios de investigar y á los métodos empleados

en la labor científica de detalle. Refiérese el segundo á las trascendentales cuestiones científicas, que es de donde parten nuestras ideas actuales acerca de la Naturaleza y de la dinámica de sus potentes energías. En cuanto á los hechos, parece que la tendencia estriba en dar importancia al caracter individual, en estudiar los fenómenos, uno por uno, sin desperdiciar la apariencia más insignificante, y así puede decirse, con Goethe, que el naturalista colocaba cada sér en su elemento propio y cerca de los más afines y parecidos. De donde se infiere que la hipótesis adquiere distinto caracter, acomodase á lo descubierto, se aspira ya á la unidad, dáse importancia á la analogía, se establece la subordinación de caracteres y nacen las clasificaciones sistemáticas. Como las ciencias se hallaban en el período en que se constituyen, se acumulaban datos, perfeccionábanse los medios de conocer y, sobre todo, empezaba, en la Historia Natural especialmente, la época de las grandes obras, de las que fué modelo la de Cárlos Linneo, verdadero fundador de los procedimientos modernos. Por otra parte, algunos naturalistas, casi siempre discurrendo por medio de hipótesis y analogías, fijábanse en la poca firmeza del concepto de especie, y acaso, adivínase en ellos la tendencia al transformismo. Al menos débenseles los precedentes de la doctrina de la evolución, la más trascendente de nuestro tiempo, que forma la mayor gloria de Darwin. En cuanto á las ciencias físicas, señálanse sus progresos en el alcance de los métodos de observar, lo que fué parte á que se realizaran los mejores descubrimientos de la Óptica, constituyéndose la parte de Electricidad, creándose la Física matemática, efectuándose las invenciones de la locomotora y el telégrafo, y sobre todo, formándose la Química, gracias al poderoso esfuerzo de Lavoissier; mas de tal suerte que en treinta años hizo adelantos prodigiosos. Las tendencias de la ciencia en semejante orden de

ideas son bien conocidas: la fecunda hipótesis del *eter*, auxiliada más tarde con el principio de la equivalencia mecánica del calor, la misma herencia científica y la tradición constante, perfeccionadas y engrandecidas, tuvieron por consecuencia la doctrina de la persistencia de la energía, de antiguo vagamente adivinada. También dominó el criterio de la experimentación, se añadieron datos innumerables á los conocidos, registró la ciencia abundante material en sus archivos, y no hubo dificultades grandes en la generalización de leyes y principios. Otro adelanto de los mayores es, sin duda, el de los estudios de fósiles, tan vagamente conocidos antes, que se confundían con las piedras y dábales escasa importancia.

A partir de Linneo, comienza la actividad de los naturalistas, que no se daban punto de reposo y su afán por descubrir ni reconocía límites, ni se hallaba nunca satisfecho. Epoca venturosa y dichosos aquellos tiempos en que cada piedra, cada insecto y cada flor, por no ser conocidos, tenían quien en ellos se fijara con una suerte de tierna solicitud. Abiertos para todos estaban mundos inexplorados y por cualquiera medio se llegaba á la verdad relativa y al conocimiento de los seres. Una revolución política, que conmoviera los cimientos de todas las sociedades, diera hombres notables en todo género de estudios; de Francia partió el grito que había de sacudir las dormidas actividades del mundo entero. Primero la Enciclopedia, después las revueltas del 89 y del 93 agitaron la Europa, imprimiendo á los esfuerzos humanos nuevas direcciones. Los hombres de entonces fundaron nuestra ciencia y al modo como los pájaros saludan al sol naciente, la aurora del siglo actual fué saludada con los murmullos de alegría de las gentes de buena voluntad, que vieron en las nuevas ciencias otro instrumento de redención: las máquinas modernas. Dejad—señoras y señores—que un solo

momento me arrastre el entusiasmo. Los errores destruidos, las preocupaciones desterradas, las mismas seductoras teorías, que demuestran la sencilla unidad de la Madre Naturaleza, créolas de poca monta cuando se mira la utilidad social de la máquina de vapor, que nunca puedo contemplar sin una especie de santa veneración y con respeto profundo. En ella reside, no ya todo el poder y fuerza de la Naturaleza, no solo el potente trabajo del ingenio humano, sino algo semejante á verdadera redención, para que el hombre, menos sujeto que nunca al esfuerzo material, pueda consagrarse enteramente al cultivo de su inteligencia. Más que un prodigio de mecánica, mejor que maravilloso alarde del entendimiento, paréceme la máquina potencia social incalculable en cuanto á su energía y valor.

Cuvier representa en la Zoología la actividad y el trabajo. Observador notabilísimo, sagáz é instruído como ninguno, en su época es considerado cual otro Linneo. Se cuenta de él que en los tiempos en que escribía su Historia Natural de los Peces tenía en todos los rincones de su casa recado de escribir y algo que no le hiciera olvidar el objeto de sus trabajos. Tuvo alto sentido científico y su obra es comparable á la realizada por Berzelius en la Química. Jorge Cuvier poseía el genio de la descripción que aplicaba á los fósiles y á los seres vivientes, comparando unos con otros, á fin de constituir, en cuanto era posible, una sola ciencia; con una mirada apreciaba las analogías y diferencias y era un portento en clasificar los animales. Fundó la Anatomía comparada, estableció los principios de la observación de los seres, poseyó el sentido del orden sistemático y fué autor de magníficos descubrimientos. Reflejo de la ciencia de su tiempo, era partidario de las creaciones renovadas, defensor de la doctrina de los cataclismos y contendió, empleando la fuerza de su poderoso ingenio, en defensa de la invariabilidad y constancia de la es-

pecie. Era entonces criterio admitido y á nadie podía ocurrírsele contradecir las verdades fundamentales; sin embargo, Lamarck y Goethe—ilustres predecesores de Darwin—opusieron á semejante doctrina objeciones singulares; el primero, razonando con gran lógica y conocimientos profundos; el segundo, también observador, desde las alturas de su poderoso génio. Mala fortuna cupo al exclarecido autor de la Historia Natural de los animales sin vértebras, que no había llegado aún el tiempo en que Lyell pudo establecer la doctrina de la continuidad, enunciando ya los principios de la ciencia de nuestros días. Cuando se discutía el concepto de especie, los descubrimientos se multiplicaban, aparecían los trabajos de De Jussieu, comenzaba De Candolle á hacerse notable, al sistema de Werner sustituía el método de Haüy, la Geología principiaba sus desarrollos, sabíase interrogar á las rocas, demandándolas datos acerca de la historia del mundo, atendíase á las formas cristalinas y de todas partes se recogían elementos científicos. La época del florecimiento había llegado, tocábanse las consecuencias del método y reforma de Linneo y registrábase toda la Naturaleza, que, próspera y generosa, brindaba á los observadores los frutos que ella produjera en edades remotas y seguían su ciclo evolutivo, obedeciendo á la ley, perseguida con no igualado afán por cuantos hacen profesión de naturalistas. Tal es el cuadro general, el fondo en que se destacan las figuras de algunos sabios españoles. El primero de quien me toca hablar es D. Antonio José Cavanilles, insigne botánico sucesor de D. José Quer.

Figuraos un eclesiástico activísimo, inteligente en grado sumo, gran disputador, amigo de reformas, entusiasta admirador de Linneo y escritor notable: tal fué Cavanilles. Había nacido en Valencia en 1745; en la Universidad de esta capital estudiara Filosofía y Teología; poco después enseñó la primera en el colegio de San

Fulgencio de Múrcia. Con motivo de la educación de los hijos del duque del Infantado, confiados á sus cuidados, pudo ir á Paris. Contaba treinta y seis años cuando, en 1781, dedicóse á la Botánica, teniendo por maestro al insigne Antonio Lorenzo De Jussieu, y en verdad que pronto se acreditó Cavanilles de naturalista distinguido; y luego de adquiridas en Francia fama y nombradía por varios trabajos publicados en la lengua de la nación vecina, vino á España, la recorrió con el fin de acumular datos acerca de las plantas indígenas, nombráronle Director y Catedrático del Jardín Botánico en 1801 y falleció tres años más tarde, dejando un vacío inmenso y siendo su muerte gran pérdida para la ciencia.

Cavanilles es, sin duda alguna, el botánico más científico de España. Su personalidad reviste caracter doble; es, á la vez, hombre de ciencia y literato insigne, polemista sin segundo y observador concienzudo. Cuanto abraza la Botánica, descripción minuciosa de plantas, clasificación sistemática, estudio profundo de las funciones vegetales, todo lo comprendía su inteligencia poderosa y en ella reuníanse, el génio que concibe las grandes leyes, la sagacidad de los investigadores más famosos y el talento maravilloso de exponer la ciencia presentándola con los mayores atractivos.

Fué el primer trabajo de Cavanilles una *Defensa de los Españoles*, injustamente tratados en el artículo correspondiente de la Nueva Enciclopedia y en él, por el vigor de la frase, la manera de hacer los argumentos y la fuerza de su lógica, dióse á conocer como hábil polemista, y eso en lengua extraña á la suya, pues dicho trabajo hállase escrito en francés. Durante la vida tuvo muchas ocasiones de lucir su ingenio en semejante clase de contiendas, y quien lea la *Colección de papeles sobre controversias botánicas*, podrá convencerse de ello. Hay en este libro, escrito con no escasa dureza, una crítica donosa de aquellos cuadernos nombrados *Floræ*

*hispaniae delectus* que escribiera Gómez Ortega y dibujara el pintor Muñoz Ugena que, según Cavanilles, debieran nombrarse *Nuevos y excelentes dibujos de plantas viejas, para recrear la vista de los que no saben Botánica*. Mordaz y satírico con el enemigo, no desperdiciaba ocasión de hacerle daño, aunque nunca de varón tan esclarecido partieron los agravios; pues á tales llegaron las polémicas, desquiciadas y fuera de su natural terreno. Entretanto la fama de Cavanilles crecía é iba extendiéndose por Europa y ya en 1786 había leído una notable Memoria en la Academia de Ciencias de Paris, cuando terminaba el magnífico trabajo *Mondelphicae classis disertationis decem*, bastante por sí solo para hacer la fama de cualquier naturalista. Es un libro sumamente curioso, la obra de un génio que se entretiene en pasar revista á la décima sexta clase de Linneo, describiendo plantas indígenas y exóticas en gran número y con verdadero lujo de pormenores. Tiene además el caracter de obra de polémica, en cuanto se rebaten en ella doctrinas é impugnaciones con asombrosa valentía y tal copia de datos que debieron abrumar á sus adversarios y contradictores. Pero el gran trabajo de Cavanilles, lo que debe llamar verdaderamente la atención de todos, la obra consultada por cuantos se dedican á la Botánica, es la titulada *Icones descriptiones plantarum*, seis tomos, impresos en Madrid (1791-1801) con multitud de láminas. El libro tiene dos méritos principales, uno referente á su inmenso valor científico y relativo el otro á las descripciones, escritas con singular pureza, en latín elegantísimo. Es el trabajo de un naturalista de primer orden, afanoso por dar á conocer plantas exóticas, llegando hasta describir cincuenta y nueve géneros nuevos, después de revisar lo hecho hasta entonces con la elevada crítica de que es buena muestra el estudio de Née.

Admira la cantidad inmensa de trabajo y ciencia

contenidos en el libro de que se trata, donde el orden más perfecto ha presidido en todo. Obedece á plan fijo y determinado, nada hay en él cansado y trabajoso de entender, doquiera resplandece la claridad de aquella inteligencia poderosa que abrazaba el conjunto del reino vegetal. El lenguaje es preciso, correcto y sencillo, elegante la dicción, y en cuanto á su valor científico basta decir que se le consulta hoy mismo con harta frecuencia. Contiene más de setecientas descripciones y lo adornan unas seiscientas láminas que dan idea perfecta de las plantas, facilitando, de esta suerte, su mejor conocimiento. Cavanilles debió poner todo su cuidado en esta obra grandiosa, contribuyendo á formarla, no solo cuanto hicieran los botánicos españoles anteriormente, sino también sus infinitas observaciones, practicadas con especialidad en Valencia, á cuya región consagró otra obra hermosamente escrita, llena de datos interesantes, expuestos por aquel orden requerido en todo género de ciencias; porque el sistema indica siempre la perfección intelectual, que muy pocos alcanzan, y solo acertando á ver en el entendimiento, de una vez, el asunto que ha de tratarse, es posible exponerlo con el rigor adecuado para que se entienda y sirva, no solo de modelo y enseñanza, sino aun de complacencia y deleite.

Fuera mi tarea inacabable si tratase ahora de analizar, con pormenores y descendiendo á ciertos detalles, las obras de D. José Cavanilles. Baste decir, respecto de la cuestión presente referente al conocimiento de los hechos, que ha de tenérsele por observador sabio como pocos, sagaz é ingenioso, capaz de ver, en una mirada, los caracteres diferenciales de los seres, por pequeños é imperceptibles que aparecieran, y tan conocedor de los medios de la ciencia, que ya por los años de 1802, á propósito de algunas *Observaciones botánicas sobre la fructificación de los helechos y musgos*, publica-

das en los *Anales de Ciencias Naturales*, dice en una nota: «Para hacerlas me he valido del microscopio del Sr. Delabare y de su lente número dos.» En el Jardín Botánico de Madrid, cuya dirección confiáronle, según va dicho, realizó verdaderos prodigios. Entusiasmado aquel buen clérigo con el sistema de Linneo, ganoso de formar discípulos, entendido en la ciencia y en la enseñanza, formóse un cuerpo de doctrina que tendía á simplificar las clasificaciones, partiendo de igual base que el naturalista sueco. Paréceme que en ello estriba uno de los principales méritos de Cavanilles. Desconocíase, ó comenzaba apenas, el sistema de agrupar en familias los vegetales; Linneo, atendiendo al carácter de mayor importancia, fundara su método en los órganos sexuales, y comprendía en veinticuatro clases todas las plantas, comenzando por las de un estambre libre y concluyendo por las criptógamas. El sistema era sencillo, aunque artificioso, y presentaba singular atractivo al ánimo de los jóvenes á quienes cautivaba. Cavanilles dióle aún mayor sencillez reduciendo las clases de Linneo á quince, y fundaba las diez primeras en solo el número de estambres, y en las cinco restantes, abrazaba todas las que ocupan las clases, desde Decandria hasta Criptogamia, siguiendo después á Linneo en la distribución de órdenes y divisiones menores.

No es que el gran botánico desconociera la ventaja de la agrupación por familias, aún cuando en un trabajo, todavía manuscrito, parece sostener que no existen naturales; pero sabía que entonces había huecos y vacíos que luego se llenaron. Calificaba, es verdad, de artificial el sistema por natural tenido, y estaba en lo cierto. Su criterio era que las clasificaciones no son cosa definitiva, sino puro artificio, susceptible de modificación y perfeccionamiento, obra humana, al cabo, que nunca sale acabada de manos de quien la ejecuta y

ha menester continuos retoques, y así y tódo, jamás llena las aspiraciones del hombre, ni logra colmar sus deseos de conocimiento.

Quien así opina, en época lejana, dado el progreso de las ciencias naturales, bien puede ser considerado científico eminente, si no lo acreditaran, además de sus trabajos, ciertas ideas vertidas en aquellos discursos de comienzo de curso ó en la *Descripción de las plantas que demostró en las lecciones públicas*, en 1803. Oid lo que dice á propósito de la enseñanza, cuyo desarrollo le estaba encomendado: «Porque para enseñar con utilidad; para exigir del discípulo aquel reconocimiento que Alejandro tributó á Aristóteles, confesando que le debía más á éste que á su padre, no basta dominar la ciencia, ni explicar con facilidad lo sublime de ella: es indispensable bajar antes á lo insípido de los elementos, reducirlos al menor número posible, y evitar cuanto pueda causar fastidio á los discípulos; es preciso mostrarles desde luego un método fácil y seguro; llevarlos como por la mano á resolver los primeros problemas y acostumarlos á que prueben sus fuerzas, á que resuelvan algunos sin auxilio, para que se alienten y convenzan de que pueden hacer progresos si siguen con tesón, si oyen con cuidado la doctrina del profesor.» Admirables palabras que denuncian espíritu elevado y entendimiento superior á su época, porque adivinaba métodos y procedimientos puestos en práctica mucho más tarde. El mismo discurso en que se encuentran las anteriores palabras, termina de esta suerte: «No solamente me he permitido hacer reformas en la parte teórica; hícelas también en la práctica. Consumíanse en las escuelas los dos ó tres primeros meses del curso en la nomenclatura de las partes del vegetal, sobrecargando la memoria de los oyentes con multitud de voces inconexas, desabridas, sin aliciente alguno y solo capaces de no fastidiar á los que organizados con estudios que

ilustran y preparan, deseaban conocer las bellezas vegetales, sin deletrear sus caracteres como niños. Así se pasaban la primavera y parte del verano; se agostaban las plantas y quedaban desconocidas. Es cierto que semejante práctica aliviaba sobremanera al profesor; pero fatigaba inútilmente al discípulo, que solo necesita al comenzar un corto número de nociones preliminares, que aumenta sin fastidio ni trabajo con la sucesiva demostración de las plantas.»

«A dicha práctica, que mi experiencia propia demostró ser inútil, porque sin ella aprendí la ciencia, sustituiré la análisis de las flores, descubriendo en cada una sus órganos; su situación peculiar y mútua; sus formas y usos, para determinar la clase, género y especie de cada una. No está sujeta la Botánica, como la Matemática, á un orden inalterable de problemas; porque cada planta nos presenta uno aislado, cuya resolución únicamente pende de las partes de la fructificación y sistema adoptado. Muy en breve podrán ser mis oyentes jueces abonados para calificar las proposiciones expuestas; porque muy en breve las verán realizadas en la práctica, cuando familiarizados con las plantas reconozcan sus caracteres, los lean, los comparen y fijen. Así lo hicieron muchos discípulos de esta Escuela que cogieron laureles merecidos, y entraron á registrar el magnífico palacio de Flora, y así lo harán los que hoy se alistan en sus banderas, si imitando su aplicación y constancia tienen la paciencia de oírme, la condescendencia de preguntarme, inclinación decidida y verdaderos deseos de saber.»

No creo necesario añadir comentario alguno á las palabras leídas, en las que se denuncia el deseo ferviente por cambiar los métodos de enseñanza. Aquí Cavanilles no es ya el botánico consagrado á la descripción minuciosa y detallada de nuevas especies, ni tampoco aquel polemista decidido, que contendiera con tan-

ta valentía en los primeros años de su vida científica; es el gran pensador, que sintetiza sus ideas, y poseyendo alto sentido de la ciencia, muy por encima del entonces dominante, predica la reforma de la Botánica, quiere que responda la enseñanza á nuevos ideales y anhela llevar á la práctica sus pensamientos levantados, desconocidos en aquel tiempo. Y esto ¿no es verdaderamente gallarda muestra de genio y conocimientos que no son los generales de entonces? ¿Por ventura se diferencia en algo el método propuesto por Cavanilles del sistema hoy empleado en las mejores Escuelas? Sabios del mérito de Tyndall y Huxley opinan que la fantasía entra por mucho en toda concepción científica elevada, y aún pudiera añadirse que no hay hombre de ciencia importante que no tenga un poco de arte en esto de predecir y adivinar leyes y doctrinas, adelantándose á los conocimientos de su época. Existe en ellos cierta intuición, por ventura inconsciente en la mayoría de los casos, en cuya virtud modificanse puntos de vista, el sentido general de la ciencia cámbiase y se varían sus métodos. Los albores del siglo actual y los últimos años del pasado tienen semejante característica, que en la Química, por ejemplo, tradúcese en aquel capítulo escrito por Lavoissier á propósito del calor, en el cual nótase que presentía la Termodinámica y en la Historia Natural cree adivinarse en la Introducción de la obra de Clemente sobre *Las variedades de la vid común cultivadas en Andalucía*. Refléjase el sentido científico de Cavanilles, tan alto como el que más en su época, cuando sintetizando gran suma de conocimientos, en su discurso inaugural, anunciaba reformas teóricas y prácticas, afectando lo mismo que á las leyes generales de la ciencia, al procedimiento de enseñanza más adecuado para formar buenos discípulos y botánicos de nota.

Del resultado de semejantes métodos, atestiguan sabios eminentes como La Gasca y Clemente, y de su im-

portancia la que adquirió en el extranjero el Jardín Botánico de Madrid, mientras estuvo á cargo de D. Antonio José Cavanilles. Trabajóse entonces sin descanso, formáronse colecciones de importancia y se atendió con especial cuidado á las comunicaciones con otros establecimientos análogos; así podía decir el mismo Cavanilles, en nota puesta al comienzo de su trabajo *Sobre la clase y fruto de la Nevada procumbens de Linneo*, publicado en los *Anales de Ciencias Naturales* de 1802: «En este año se han sembrado en el Real Jardín Botánico 4 130 especies, la mayor parte existentes en nuestro semillero, y las restantes comunicadas por los correspondientes nacionales y extranjeros.» Incluye la lista que comprende 1.895 especies y añade: «Se han sacado del semillero del Real Jardín 2.950 paquetes de semillas, que se han enviado á los jardines públicos ó profesores de Paris, Londres, Stokolmo, Upsal, Copenhague, Montpellier, Versalles, Pavia, Florencia, Coimbra, Viena, Dresde, Sevilla, Barcelona, Cádiz y Valencia.»

Semejante hecho acusa en mi sentir dos cosas, ambas de igual importancia: primero, que nuestros botánicos, ó por lo menos Cavanilles, estaban considerados en el mundo científico, y segundo, que los estudios de la Botánica habían adquirido desarrollo tal, que no solo encontrábanse dentro del movimiento de la época, sino ocupaban en él lugar preferente y adelantado. Es cierto que fuera de España estudiara el más entendido y científico de nuestros botánicos, pero no lo es menos que en el Jardín de Madrid fundóse una Escuela de Botánica española, tanto que su principal trabajo fué hacer la Flora de la Península, partiendo de la base que el libro de Quer suministraba, Escuela de Botánica de la que fueron discípulos sabios justamente celebrados, entre quienes ocupa La Gasca el primer lugar.

Iniciarse apenas la reforma de Cavanilles, que él mismo llevó á la práctica, cuando produjo un trabajo nota-

bilísimo y muy nuevo en su género. Los tres discípulos más aventajados del insigne botánico emprendieron la obra de describir las plantas criptógamas que viven en España; se acometió empresa de tanta monta en el año de 1802, fecundo para las ciencias españolas, por ser la data de los mejores estudios de Historia Natural y de los primeros trabajos de Rodríguez González, y fué coronada con el éxito más lisonjero. En los *Anales de Ciencias Naturales* de aquel año publicóse la *Introducción á la Criptogamia de España por D. Mariano La Gasca, D. Donato García y D. Simón de Roxas Clemente*. Lo publicado de semejante obra paréceme trabajo de gran valía digno de incluirse entre los que mayores merecimientos tienen, no solo en razón de lo preciso y exacto de las observaciones, sino acaso mejor atendiendo al sentido científico en él revelado, de lo cual podreis juzgar por sus comienzos, que habeis de permitirme leer: «Desde que Tournefort dió á la Botánica un aspecto científico y mucho más desde que Linneo evidenció la existencia y uso de los órganos sexuales, se cultivó esta ciencia con ardor y fueron tantos los que se esmeraron en promoverla, que excedió á las demás ciencias en perfección, en descubrimientos y en obras tan costosas como útiles. Durmió algún tanto nuestra España, como dijo Linneo, porque reinaban ciertas preocupaciones poco favorables al estudio de los vegetales y porque no existía aun aquella libre comunicación de luces que se esparcían por el resto de Europa. Conoció muy pronto nuestro gobierno la utilidad de esta ciencia, y empezó á fomentarla con establecimientos, cátedras y costosas expediciones, cuyos preciosos frutos conocen ya y aprecian los botánicos de Europa. Las obras de nuestro profesor sobre la Monadelfia y plantas de los dominios españoles, forman época en nuestros días, y la Flora del Perú y Chile, depósito de preciosidades antes desconocidas, ha logrado entre los ex-

tranjeros merecido aprecio. Otras se preparan, que verá luego el orbe literario. La colección del docto Mutis, «ordenada ya y á punto de imprimirse con más de quatro mil dibuxos,» será sin duda la primera que vea la luz pública; y á ella seguirá la del infatigable Née, hecha en su viaje alrededor del mundo; la de Sesé en la *Nueva España* y la que se acaba de acopiar en la Isla de Cuba. Esta impulsión general y la que supo darnos nuestro profesor en las lecciones del año de 1801, excitó en nosotros deseos de ocuparnos en este estudio; y escogimos con preferencia las plantas criptógamas de nuestro suelo, por ser ellas las que hasta ahora se han mirado con poco aprecio, llevándose la atención de nuestros botánicos las raras y preciosas de flores visibles.»

«Novicios en la ciencia, emprendemos una obra tal vez superior á nuestras fuerzas; pero ayudados de las luces de nuestro profesor y con auxilio de su biblioteca y herbario, como igualmente con el de los Sres. D. Luis Née y D. Claudio Boutelou, empezaremos por los Helechos y Musgos, confiados en la indulgencia del público, que sabe apreciar la intención y las circunstancias.»

«En los Helechos seguiremos la teoría de Smith, ilustrada en el curso de nuestro profesor. Nos conformaremos con la de Swartz y Hedwigio en quanto á los Musgos; con la de Ventenat para las Algas; y con la de Bulliard para clasificar los Hongos. Daremos descripciones completas de las plantas á excepción de las ya descritas en estos Anales, que citaremos en sus lugares oportunos: añadiremos los usos conocidos y recibidos en la Medicina y Economía, y notaremos los parajes donde vegetan espontáneamente.»

Por este documento, al que siguen buen número de descripciones de plantas criptógamas, se comprende la actividad que reinaba en los primeros años del siglo respecto de las ciencias—pues los sabios no se daban

punto de reposo hasta publicar cuanto habían atesorado los primeros maestros en sus exploraciones americanas—la afición al estudio, principal móvil del trabajo de La Gasca, García y Clemente y sus conocimientos de obras referentes á la clase de plantas que se proponían estudiar. Además, en todos los naturalistas españoles del tiempo, se nota gran arte en la exposición de la ciencia, dominaban por completo la lengua, eran excelentes y elegantísimos escritores y algunos hasta en latín, según puede verse en las indicaciones de lugares que á cada paso léense en el famoso libro de Cavanilles *Icones*. Con el testimonio de los mismos discípulos del Jardín Botánico de Madrid, y en presencia del más interesante y nuevo de sus trabajos, afirmase otra vez la existencia de una Escuela de Botánica en feliz momento fundada por Cavanilles. De ella salieron naturalistas distinguidos cuyas obras son en el día estimadas y á los cuales veremos pronto figurar en lugar eminente entre los eminentes y esclarecidos. Antes he citado, para demostrarlo, una carta de Linneo, y ahora he de recordar las relaciones del ilustre autor de la *Flora Mexicana*, compañero de Sessé—D. José Mariano Mociño—con el gran reformador De Candolle. Dirigía éste por los años de 1815 el Jardín Botánico de Montpellier, cuando allí buscó asilo, á causa de las revueltas políticas, el botánico español, llevando consigo unos mil cuatrocientos dibujos referentes á su obra. Desconfiaba Mociño de su vuelta á España, realizada dos años más tarde, dejando su tesoro en poder de De Candolle, que los llevó á Ginebra y guardólos como depósito sagrado; pidióselos Mociño cuando hubo de regresar á España, cediéndole algunos, y en tal estima tenía los el botánico ginebrino, que quiso conservar copia; anunció que debía remitirlos á su dueño é invitadas muchas personas para realizar su intento, reuniéronse en gran número gentes de todas condiciones, y entre ellas, varias seño-

ras; trabajaron sin descanso y dieron cima á la empresa. Despidióse De Candolle con no poco sentimiento de aquellos originales que, según él decía, iban á perderse en un oscuro rincón de España, como desgraciadamente ha sucedido, porque muerto su autor, fueron pasando de unas á otras manos, y no sé yo que nadie posea la colección que fué durante largos años el encanto del primer botánico del mundo, quien escribió para ella notabilísimo prólogo.

Entre los discípulos más esclarecidos de Cavanilles hay dos en cuya vida y obras es necesario ocuparse con algún detenimiento; me refiero á D. Mariano La Gasca y á D. Simón de Rojas Clemente, gran botánico el primero, hombre de vastísima cultura el segundo, cuya inteligencia plegábase por igual al conocimiento de las lenguas orientales que á describir las *variedades de la vid común de Andalucía*. Sin parecerse sus caracteres, tienen sus vidas muchos puntos de contacto y juntos representan la continuación y desarrollo del sistema de su maestro; y así, no es posible separarlos en absoluto, aunque haya de tratar de cada uno en el terreno de sus propios trabajos, numerosos y todos importantes. La Gasca y Clemente forman, de alguna suerte, una sola personalidad científica; porque acaso complétense, viniendo á ser representantes del movimiento científico detenido por la funesta reacción de 1823, que persiguió, con saña implacable, á cuantos en esta tierra poseían ciencia y tenían valor propio. Distinguió á La Gasca aquella tenacidad propia de los grandes caracteres. Era observador muy atento, agradábale describir con mucha exactitud; y no paraba hasta conseguir, por sus medios, casi siempre escasos, el fin que se propusiera. Clemente era un temperamento oriental, amigo de soñar, enamorado de todo lo árabe, pues hasta nombre moro se puso, tenía no poco de poeta y ha sido uno de los hombres de mayor instrucción en su tiempo.

Nacido La Gasca en Encinacorva, pueblo de Aragón, en 1776, dedicáronle, allá en su juventud, á la carrera eclesiástica, que estudiaba en Tarragona, cuando á los diecinueve años mostró su vocación por las ciencias naturales. Vésele luego, en 1796, estudiar Medicina en Zaragoza, trasladarse después á Valencia, arrebatado en ansias de saber Botánica, que allí enseñaba Lorente; coleccionar infinidad de plantas de la Mancha y Andalucía en el último año del siglo anterior; venir á Madrid con el gran equipaje de su herbario; obtener, en 1806, por influencia de Cavanilles, corta pensión para estudiar, que se duplica en vista de sus trabajos; asociarse á D. José Rodríguez, á fin de publicar juntos la *Descripción de las plantas del Real Jardín Botánico de Madrid*; emprender viajes sin cuento por la Península, buscando afanoso datos para completar la Flora Española y formarse, de esta suerte, en contacto con aquella Naturaleza por quien sentía verdadero amor y casi idolatría. Fué discípulo cariñoso y agradecido, y no es posible leer sin conmoverse el recuerdo que tributó á Cavanilles en un precioso artículo, publicado á poco de la muerte de este sabio. Con respeto y veneración sin límites pagaba La Gasca su deuda de gratitud, como á él debieron pagarle los bárbaros autores de los sucesos de 1823, que lo arrojaron de la patria. La gloria del primero que implantó en España las clasificaciones por familias, fué en verdad muy efímera. Después de haber demostrado la identidad del *liquen del Mediodía* con el *liquen islándico*, cuando publicara descripciones de plantas nuevas y su nombre, conocido en Europa, era respetado en todas partes, nombráronle primero vicedirector del Jardín Botánico, y en 1807 catedrático de Botánica médica. Antes, luchando con los obstáculos de tradición mal entendida, imprimiera sus *Elementos de Botánica*, calificados de obra revolucionaria, por haberse adoptado en ella el método de las familias naturales

que por aquellos días extendíase en Europa rápidamente. Poco duró su cátedra á La Gasca. Al estallar la guerra de la Independencia todo quiso dejarlo, y en vano el gobierno que trajeron los franceses, conoedor, acaso por Humboldt, del mérito de nuestro botánico, hizo todo género de ofertas. Para él la patria fué antes que todo, marchóse al ejército y allí sirvió á la vez de médico y de soldado; y cuando las fatigas de las marchas ó la fiebre amarilla, que combatió en Murcia despreciando la vida, ó los deberes militares dejábanle algún vagar, consagrábase á la Botánica, recogía plantas, enriqueciendo su herbario y entreteníase escribiendo muchas de las descripciones que forman parte de las *Amenidades naturales de las Españas*, cuyo primer número imprimióse en Orihuela el año 1811.

A partir de este punto, no he de seguir paso á paso la vida de La Gasca, de cuyos triunfos científicos ha de hablarse enseguida. Restituyéronle su cátedra, trabajó en ella sin descanso, procurando reformar y mejorar cada día la enseñanza, publicó muchos documentos inéditos, entre ellos la *Flora de Santa Fé de Bogotá*, y el año de 1823 fué víctima de la reacción y tuvo que huir de su patria, cubierta de vergüenzas y de ignominias, arrojado por gentes que ni respetaban su cualidad de ciudadano honrado, ni la gerarquía social á que llegara en virtud de sus propios méritos. Jamás se podrá olvidar la afrenta que á la persona de La Gasca hicieron en Sevilla, cuando quemáronle los papeles que eran los datos de la *Flora Española*, y no le perdonaron el delito de ser un sabio. Oid, oid, cuán amargas son sus quejas: «Sevilla es el sepulcro de varias producciones útiles á las Ciencias Naturales. Allí perdió Clemente el resultado de su viaje por la Serranía de Ronda y de sus observaciones hechas en el Reino de Sevilla en 1807, 1808 y 1809; allí perdió también ricas colecciones, acopiadas entre las balas de los patriotas, el ilustre Ba-

rón Bory de Saint Vincent, coronel del ejército francés; allí se sepultaron para siempre lo más selecto de mi herbario y biblioteca, y lo que es más, todos mis manuscritos, fruto de treinta años de observaciones, á excepción de lo concerniente á la Cérés Española, que todo quedó íntegro en poder de Clemente.» Otras veces he de hablar, durante la conferencia, acerca de la reacción de 1823; pero en ninguna de ellas encontraré calificativos bastante duros con que censurarla; aquella reacción arrojó de España cuanto en ella valía, amargó los días de La Gasca y martirizó á Rodríguez González. La Gasca marchó á Londres, dejando al partir su bellísima *Descripción de las plantas nuevas halladas en los contornos de Sevilla, y noticia de otras varias que se crían en ellos*, quizá hecha cuando eran mayores las persecuciones y vejámenes que sufría. El que en su patria solo halló ingratitude, acogiósele en la Capital de Inglaterra con el respeto merecido; su nombre bastóle de recomendación y tuvo los consuelos que proporciona el verse en una tierra libre, entre gentes que profesan culto á la ciencia, agasajado y atendido en todas partes. Quizá su mayor goce fué el estudio que hizo del herbario de Linneo.

Imaginad con cuánto placer vería La Gasca aquel trabajo memorable, verdadero monumento de la Botánica moderna, y que le era permitido registrar á su sabor, examinando detenidamente cada una de las plantas en él contenidas, sin apurarle el tiempo ni darle la menor prisa. A un hombre como nuestro ilustre compatriota, fuéle utilísimo semejante estudio; vió, con su inteligencia superior, el trabajo del insigne botánico sueco, propúsosele por modelo y en adelante son sus investigaciones más serias y fundamentales si cabe. Los Jardines de Inglaterra fueron minuciosamente registrados por La Gasca, hizo además muchas excursiones para coleccionar plantas, su actividad desplegóse

con no igualado ardor, en 1825 publicó las *Observaciones sobre la familia natural de las plantas aparasoladas*; y dos años más tarde vió la luz, en el periódico *The Gardiner's Magazine*, un hermoso artículo nominado: *Sketches of the botanical, horticultural and rural circumstances of Spain*, escrito en buen inglés, y cuajado de curiosos datos, expuestos en orden admirable. De la misma data son el *Hortus siccus Lundinensis*, el nuevo *Curso de Botánica*, y la traducción de la *Teoría Elemental*, escrita por De Candolle.

Dos objetos preocupaban, sobre todos los mencionados, el entendimiento de La Gasca, y son: *La Cérés*, que comenzára en unión de Clemente, y la *Flora Española*, que ha sido el afán de su vida; y, por cierto, nadie reunía condiciones tan adecuadas para la empresa, como aquel aragonés famoso á quien tanto distinguieron los sabios ingleses. Invirtió algunos años en nuevas expediciones, viviendo en Jersey; y, por fin, en 1834 abriéronle de nuevo las puertas de la patria; volvió á España por Paris, teniendo allí magnífico recibimiento, y deteniéndose en diversos puntos de Francia; reintegráronle sus honores, se le tributaron otros, siempre por bajo de sus merecimientos; pero sus dolores obligáronle á ir á Barcelona en busca de clima más benigno, y en casa del Obispo de aquella diócesis, que lo recogiera, murió en Junio de 1839 D. Mariano La Gasca. Su nombre es repetido aún por los botánicos, que con él denominan muchas plantas; y cuantos han sostenido relaciones con persona tan cabal, aseguran que fué excelente amigo, de corazón abierto y singulares dotes.

No soy el llamado á juzgar el conjunto de sus trabajos, y he de hacer únicamente breves reflexiones acerca de su personalidad científica. Quizá no poseía La Gasca conocimientos tan vastos y generales como su maestro, acaso no tenía aquella viveza de imaginación que distinguió á Cavanilles; pero si este es más científico, en cuanto

á los conceptos generales, el discípulo encaja mejor dentro del sentido de la Botánica. La Gasca, en efecto, es ante todo y sobre todo, botánico. Perseguido, desterrado, entre el fragor de la batalla, al frente de una cátedra ó arrojado de España, no vive ni alienta sino para el mundo de las plantas. Investigador sagaz, no desperdicia momento de analizar los vegetales, á fin de describirlos luego, de tal suerte, que parezca que se están viendo. Enamorado de la Naturaleza, demándala á todo momento enseñanzas y lecciones, y tan bien supo leer en el libro que constantemente le presentaba, que vió en él las familias naturales casi al mismo tiempo que De Candolle; y abandonando el antiguo sistema, fué el primero en introducir y enseñar el método de este sabio, y atendiendo á ello, debe considerársele genuino representante en España de las doctrinas del egregio naturalista de Ginebra. Sin entrar en otros pormenores acerca de varón tan docto é insigne, cumple á mi propósito señalar la característica de su trabajo vastísimo y digno del mayor elogio. En las obras de La Gasca resplandece algo de lo que advertimos en las de Darwin; al lado de pasmosa claridad, en la que puede verse el trabajo real y positivo de la inteligencia empeñada tenazmente en averiguar lo verdadero, hay siempre una honradez científica que nunca se elogiará bastante. Cuando se lee algún trabajo de La Gasca, es necesario decir, no solo que lo hizo un sabio, sino, al propio tiempo, que sus pensamientos son los pensamientos de un hombre de bien. Y digo esto, en aquel sentido con el cual Goethe afirmaba que en el dibujo conócese la probidad del artista; porque hay, no me explico qué género de condiciones en los estudios de mayor nota, en cuya virtud denunciase el caracter personal de sus autores, en cuanto lo dejan marcado allí, hasta en los más insignificantes accidentes. El rigor científico de La Gasca y aquella pureza de conciencia que no le per-

mitió una vez aceptar halagüeñas ofertas, mézclanse de tal manera, que es imposible separarlos y desunirlos; y de continuo van tan juntos, como lo estaban en la persona del esclarecido botánico.

Quizá sea condición de los sabios de verdadero génio poseer semejante cualidad, y, en este caso, y aún cuando para considerar así al gran botánico no hubiera razones en abundancia relatando solo sus trabajos numerosísimos, es bastante la probidad del científico y ese afán, nunca satisfecho, por hacer la *Flora Española*, cuyos datos perecieron en Sevilla en un tumulto político. Reune también La Gasca otro mérito de importancia notoria, y es, haberse formado casi aislado y de la manera que se forman los naturalistas verdaderos, en el estudio de la Naturaleza, que le hizo abandonar la Teología por la Botánica, la Universidad de Zaragoza por la de Valencia, donde había maestro de esta ciencia, y trasladarse á Madrid sin más equipaje, ni otra fortuna que su herbario, ya en aquel tiempo digno de fama, y que tan excelente pareció á Cavanilles.

A la par de La Gasca, unido á él por lazos de amistad nunca quebrantados, estuvo D. Simón de Rojas Clemente, que junto con el sabio aragonés preside el movimiento científico de España en lo que respecta á la Historia Natural. Era, ciertamente, hombre de grandes merecimientos; tuvo vastísima cultura, superior inteligencia y dotes muy adecuadas para figurar entre los mejores y notables. Cincuenta años vivió solo Clemente y durante tan corto tiempo fué su vida accidentada y rica en variados sucesos, quizá por causa de las variadas aptitudes de su inteligencia, flexible en sumo grado. Instruyéronle maestros españoles entre los que debe contarse Cavanilles el primero; viajó por diversos países; éranle conocidas las lenguas orientales, y alguna de ellas tan familiar, que la usaba con frecuencia. Fué de imaginación viva y brillante, pron-

ta en comprender las cosas, laborioso, apasionado y buen amigo. Dos aficiones domináronle durante su vida; el amor á todo lo que fuese moro, cuyo traje usaba con frecuencia, y las plantas criptógamas, que ya en los comienzos de la carrera formaran su exclusivo estudio.

Nació D. Simón de Rojas Clemente en el pueblo de Tita-guas, en Valencia, el año de 1777 y murió en Madrid en 1827. Como la generalidad de los jóvenes de entonces, hubo de estudiar Teología, aun cuando bien pronto las lenguas orientales y la Botánica llamáronle con la fuerza irresistible de la vocación más decidida, y á ellas hubo de consagrar la vida entera. En el primer año de este siglo entabló relaciones con La Gasca; ambos eran jóvenes, tenían mucha fé y gran entusiasmo científico; al momento hiciéronse amigos, y tan unidos están desde entonces, que es imposible separar sus nombres, y siempre que se habla de uno es menester hablar del otro. Poco tiempo, sin embargo, estuvieron juntos; Clemente trasladóse pronto á Paris y Londres con Bada, y sus viajes dieron por resultado un herbario magnífico, conservado en Madrid. Llamábanle á Clemente el *Moro sabio*, no soló á causa del nombre de Mohamed Ben-Alí que solía adoptar, sino por vestir traje de tal y saber perfectamente el árabe. Tuvo, por dos veces, intención de visitar Africa; pero aunque á ello impulsábale su genio aventurero, jamás pudo realizar expediciones que proyectara. En 1805 se le vé al frente de un Jardín Botánico de la Paz, establecido en Sanlúcar de Barrameda; dedicóse entonces al estudio de las plantas útiles, y fruto de largo y meditado trabajo es el libro titulado *Ensayo sobre las variedades de la vid común que vegetan en Andalueta*, editado há poco y para conmemorar la Exposición vinícola, por el ministerio de Fomento, que lo mandó imprimir con gran lujo y magníficas láminas en colores, siguiéndole excelentes estu-

dios del ilustre botánico D. Estéban Boutelou. No fué este el único trabajo notable de Clemente, pues son de citar los referentes á las *castas de olivos, naranjos y limones observados en Andalucía*, la famosa *Memoria sobre el cultivo y cosecha del algodón en general y su aplicación á España, particularmente en Motril*, la *Historia civil, natural y eclesiástica de Titaguas* y el *Nomenclátor ornitológico español y latino*, no habiéndose impreso estas dos últimas obras, que yo sepa.

Ofrece materia para curiosas disquisiciones la biografía de Clemente y es singular ver un orientalista de mérito positivo dedicarse afanoso y entusiasta á los estudios de la Botánica. Muy joven enseñó el árabe, luego proyectó con Badía la expedición al Africa, que era arriesgada empresa, con denuedo acometida y á la cual prestábase generoso el gobierno de 1801. Motivada por el viaje deseado fué la estancia en Inglaterra y Francia, tan provechosa para su cultura científica. En la guerra padeció bastante, sobre todo desde 1810 á 1812 en que hubo de trasladarse á su pueblo natal mal disfrazado de arriero.

Era Clemente de caracter muy dulce y sencillo; gustábanle los niños que le querían en extremo, y apreciábanle, por sus bellas prendas, franco trato y amena conversación, los jóvenes y los viejos; estimulaba en los muchachos el deseo de aprender, ofreciéndoles dinero á cambio de insectos y plantas frescas, formábales colecciones apropiadas á la edad, y si por acaso traíanle pájaros duplicados ó en gran número de una misma especie, solía celebrar el naturalista alegre festín con sus camaradas y ayudantes, siempre contentos de la amabilidad del buen Clemente. Tenía éste decidida afición por el teatro y gustábale representar de vez en cuando. Por lo general servía de director de escena, y más de una vez declamó el bandolero de *Ramona y Roselio* y aún es fama que se hacía aplaudir en *Los Tem-*

*plarios*, presentándose de gran maestro ó en *El Médico á Palos*, cuando no representando el papel de Capitán en *El Alcalde de Zalamea*.

Fué su estancia en Titaguas á modo de paréntesis de la vida científica de Clemente, la cual reanudóse cuando, llamado á Madrid y reintegrado en su puesto de bibliotecario del Jardín Botánico, volvió al medio propio en que ejercitar sus facultades notables en varias materias, y así, ora publicando la *Agricultura* del famoso Herrera, ya en el Museo de Historia Natural, tuvo ocasiones abundantes para demostrar su rara instrucción y preclaro ingenio. En el año de 1820 fué elegido diputado y en aquellas Cortes hizo excelente papel al frente de la Comisión de Agricultura. No habló en público sino una vez é hizo con general aplauso; pero viósele de continuo ocupado en cosas importantísimas relacionadas con las reformas más útiles, reclamadas por el país y en bien de todos, sin preocuparse de ciertos miramientos, antes, al igual de ahora, sin razón tenidos en cuenta primero de iniciar los adelantos.

Tuvo D. Simón de Rojas Clemente, en cuanto hombre dedicado á la ciencia, una especialidad en la cual ninguno le aventaja, y es haberse dedicado de preferencia al estudio de las plantas útiles, según puede advertirse en *La Ceres*, que escribiera unido á *La Gasca*, y más particularmente en el *Ensayo sobre las variedades de la vid común*. Clemente era botánico agricultor por excelencia; observaba con gran celo y cuidado las localidades, situaba las producciones del suelo y el interés del cultivo movía su ánimo, encaminándole á prolijos estudios, que consistían, no ya en examinar, una por una, las plantas, describiéndolas minuciosamente y entreteniéndose en fijar los caracteres de menos bulto como si fuesen los más importantes. Su trabajo y mérito estriba en estudiar las condiciones del suelo y el clima en relación con las plantas cultivadas, á fin de decidir me-

jas y cambios, que redunden en beneficio de la planta. No es solo con respecto de ella lo que examina, sino lo que influyen en ella las condiciones de su vida y así aparece en Clemente la Botánica en su doble carácter de ciencia pura y ciencia útil. Clemente, en tal sentido, tenía nobilísimas aspiraciones. Anhelaba quitar á la ciencia su aridez tradicional; pensaba que el medio externo es tan importante en la vida del vegetal como sus mismos órganos y vislumbrase ya en él algo parecido al moderno concepto de la vida. Es que botánico de sus conocimientos hacía salir la aplicación de consideraciones en un todo científicas, dando valor nada escaso á los elementos todos, á la atmósfera y al suelo y al clima, á cuyas circunstancias concede suma importancia, no solo en el desarrollo de la planta, sino en su misma organización. ¿Y quién no vé en esto una idea desenvuelta más tarde que tiene, por ventura, en los principios de Clemente su origen, constituyendo, por entonces, la profecía de una inteligencia superior? Cada botánico vé la planta de distinta suerte y la estudia bajo un aspecto, al autor del *Ensayo sobre las variedades de la vid* correspondióle ver y notar las influencias del medio de vida á las que concedía su papel según puede leerse en los comienzos de su nunca bastante alabado libro, al quejarse de los pocos análisis de terrenos que le eran conocidos y del corto número que le había sido posible practicar, por motivos de la escasez de reactivos y medios.

Complétese el carácter científico de D. Simón de Rojas Clemente, si se añade á lo dicho su cualidad de reformista, perfectamente manifestada en la primera nota de su citada obra, cuya nota vais á permitir que lea: «No trato de persuadir que cuantos profesan la Botánica, deben cultivarla con toda esta extensión. Cada uno llegará hasta donde alcance ó guste, ó le permitan sus deberes sociales. Importa mucho que algunos se dedi-

quen con especialidad al arte de describir y de clasificar hasta llevarlo al último grado de perfección. Enhorabuena que otros se ocupen exclusivamente en hacer descripciones, ciñéndose, si les parece, á una familia sola, más que sea la de los líquenes, mientras haya líquenes nuevos ó mal descritos. Pero es preciso convenir en que la Botánica descriptiva, ni la sistemática no constituyen la hermosa ciencia de las plantas, aunque en ellas se cifre todo el saber de muchos y sean realmente el fundamento de la más noble, de la más sublime, de la que debe fixar la atención de un talento superior, y es, sin embargo, la menos apreciada. ¿Por qué no ha de hacerse en la Botánica lo que se ha hecho en la Mineralogía desde que Werner se dedicó á ilustrarla? ¿Por qué no hemos de tener Botánica fisiológica, química, mineralógica, geográfica, económica, médica, como tenemos Mineralogía oritognóstica, química, geognóstica, etc.? ¿Y qué ventajas no resultarían? Bien lo acreditan los escritos de Linneo, que sin embargo de que solía circunscribir demasiado la historia de los vegetales, no dexó por tocar ninguna de sus partes. Sus sucesores han gastado un luxo exorbitante en enriquecer y perfeccionar lo que él sacó de la nada. ¡Cuánto más glorioso sería crear las que todavía no han nacido, y cuánto más conforme al espíritu inmortal de aquel legislador que no las creó y organizó todas porque no bastó su vida para tanto! ¡Y cuán ridículo sería excusarse de trabajar en ellas porque la descriptiva y la sistemática no han adquirido aún toda la perfección de que son susceptibles!»

«Los hombres de talento dirán tal vez que todas estas verdades son muy obvias; lo son, y sin embargo, no faltan botánicos que las califiquen de herejías.»

De intento he querido fijarme en semejante nota, que constituye completísimo programa y plan de reforma de una ciencia, reforma que no podía ser obra ex-

clusiva de un hombre, y que reconocemos, en el día, fruto de muchos trabajos, realizados en diferentes sentidos y por gentes de condición muy varia y distinta. Las palabras de observador tan notable encierran, sobre todo, cierto concepto científico muy en boga actualmente y tenido como positiva y cabal expresión de toda ciencia. Clemente calificárase ahora entre los avanzados, por haber tenido especial don profético; que decir en su tiempo que los hechos, constituyendo el material indispensable de la ciencia, no la forman por entero, fué, en verdad, adelantarse mucho, marcar la división del trabajo científico y trazar el camino que siguió la Botánica en sus últimos progresos. Quien habla de manera tan categórica y precisa, necesario es que tenga elevado concepto de la ciencia, génio especial de la clase de aquellos que permiten abarcar, con una mirada, el porvenir de las leyes y teorías, adivinando y presintiendo sus alcances.

He citado hasta aquí los botánicos más eminentes y distinguidos, aquellos á quienes la ciencia debe mayores progresos y por cuyos trabajos se viene en conocimiento del estado de adelanto que alcanzaron en España las ciencias naturales, singularmente aquellas que tienen por objeto el conocimiento de las plantas. Mas fuera ingratitud muy grande no tributar un recuerdo al ilustre jurisconsulto aragonés D. Ignacio Jordán de Asso, que consagró largas vigiliass y bastantes años de trabajo al conocimiento de la Naturaleza, debiéndosele varios escritos muy renombrados de Botánica, estudios diversos sobre aves y peces, especialmente acerca de estos seres una *Ictiología* notabilísima y la hermosa traducción de las cartas de Loeffling á Linneo. Tuvo Asso privilegiada inteligencia, flexible en sumo grado y propia para observaciones delicadas. Abarcó asuntos variados y muy diferentes y tratólos todos con singular pericia; había en su entendimiento tal caudal de aptitudes que

para todo servía y en todo hízose notable. Poseía diversas lenguas, hablaba el árabe, tenía educación esmerada, realizó viajes sumamente útiles á su cultura, que era extensa y profunda. Tenaz, concienzudo y aplicado, hallaba pronto la razón de las cosas y dado á investigaciones supo realizar adelantos dignos de la mayor estima, sobre todo acopiando valiosos materiales que habían de ser la base de la Flora Aragonesa. Era un carácter enérgico y prudente, firme y decidido, que no reconocía obstáculos; tan fácil érale vencerlos todos con el poder de su inteligencia.

Si era menor que en la Botánica el movimiento científico de las otras ramas de la Historia Natural, tuvo, sin embargo, bastante importancia. A ello contribuían dos causas poderosas. En España existía de antiguo la explotación minera de Almadén y necesitábase de otra parte, mandar á América personas entendidas en la ciencia de la Metalurgia; y de aquí el atender, con solicitud y esmero, á la enseñanza y progresos de la Mineralogía y haber sido España una de las primeras naciones que adoptaron el sistema de Werner. Mandábanse de continuo los hombres de mayor cultura á aprender en el extranjero, para luego enseñar en España, entre los que se cuentan D. Andrés del Río, Gómez Pardo y otros menos notables, venían aquí extranjeros, al ejemplo de Hergen y más tarde al famoso Schultz, fundaban los mineros españoles la Escuela notabilísima de Méjico y realizaban descubrimientos de importancia, hasta el punto de haber descrito nuevas especies, entre las que se encuentran dos de níquel, descubiertas en el Cabo de Ortegá, en época no muy lejana, por los señores Casares y Martínez Alcibar. Luego que pasaron las revueltas de 1823 y perdió España su tradición científica, no pudo adquirir de nuevo cierta cultura, bastante más incompleta que fuera la de los comienzos del siglo en su tiempo, hasta que sobrevinieron días tran-

quilos, después de largos años de luchas y horrores.

Verdad es que aun en el período álgido á que se refieren los datos expuestos limitábase el saber á unos pocos, respetados de la generalidad, considerados y tenidos en mucho; pero su ciencia no traspasó nunca los límites de reducido círculo de adeptos y discípulos. Juzguése, pues, del mérito de los Cavanilles, La Gasca y Clemente, trabajando aislados y siendo en su patria especie de plantas exóticas, prontas á agostarse si por acaso experimentaban las acciones de un medio poco adecuado al desarrollo de sus facultades extraordinarias. Con todo, fundaron una Escuela importante, á cuyo frente es preciso colocar á D. Antonio José de Cavanilles, reformador notabilísimo, gran conocedor de la ciencia y escritor correcto y elegante. El fué quien trajo á la Botánica española la mayor suma de datos y sobre todo el sentido científico de Linneo, implantándolo á fuerza de trabajos. Viene después La Gasca, verdadero prototipo del botánico, de amplio criterio y levantados ideales y enseña el método de De Candolle; y por último Clemente, dotado de superior inteligencia, inicia y da la forma de la nueva evolución de la ciencia de las plantas. Si advertís un momento el desarrollo de la Historia Natural en Europa, al punto podreis notar de qué manera las doctrinas de los naturalistas españoles encajan en él y á él contribuyen en parte nada pequeña. Los prolijos detalles con que he entretenido vuestra atención parecenme demostrarlo cumplidamente y aquellas leyes recibidas y admitidas donde se estudie la Naturaleza vierónse confirmadas en los estudios de nuestros botánicos, siempre ganosos por acumular datos acerca de la *Flora Española*, único ideal del insigne y nunca bastante alabado D. Mariano La Gasca. No les faltaron á los científicos de entonces dotes y aptitudes, ni carecieron de amor al trabajo, ni abandonaron jamás la pesada labor de investigar; faltóles únicamente el

medio y les sucedió á casi todos verse perseguidos y maltratados, obligándoles á dejar la patria por otras naciones, donde fueron siempre recibidos con particular agasajo, considerados cual se merecían y colmados de honores y distinciones, de lo que es el tantas veces nombrado La Gasca excelente ejemplo. Han sido funestas para la ciencia en España las dos reacciones, extremando su furor con el débil, atacando al sabio por el solo delito de serlo y destruyendo barbaramente cuanto aquí tenía vida propia, entendimiento sano y elevados ideales.

A la par de los estudios de la Botánica, referentes singularmente al conocimiento de la Flora Española, desarrollábase, entre varones doctos y esclarecidos, el estudio de las demás ramas de la ciencia de la Naturaleza, con los mismos resultados, sin formar nunca escuela, ni lograr, en ocasión alguna, que las gentes se interesasen en un género de estudios sobremanera útiles é importantes. Habeis de permitir que me detenga un momento á examinar las causas que en ello influyeron, y así podré, de una vez, expresar mis ideas acerca de la escasa cultura científica de nuestra patria, pasados los primeros años de la centuria.

Ni creo yo que los españoles sean por caracter refractarios á toda ciencia positiva, ni menos que los poderes públicos, fuera de los momentos de reacción, al libre desenvolvimiento de las ciencias se hayan opuesto. En cuanto á lo primero, cumple á mi propósito decir y hacer en ello empeño, cómo en todo tiempo, más ó menos notables, siempre tuvimos personas consagradas al estudio de las ciencias, afanosas por investigar y tan solícitas de dar á conocer sus trabajos, cuanto diligentes en practicarlos. Pero son, al fin y al cabo, respetabilísimas individualidades, cuya actividad fué estéril por no prestarse el medio á su natural desenvolvi-

miento. La inercia nace, á mi ver, de las preocupaciones inveteradas, de las guerras y luchas sostenidas en corto período, de la falta de organización en la enseñanza, y de la manera especial de adquirir los conocimientos de ciencia pura. El siglo presente comenzó para España de la peor manera posible; en los primeros años, guerras extranjeras y sublevaciones dentro de casa; á poco, aquella gloriosa campaña de la cual salimos un tanto regenerados; pues si no pudieron vencer el indomable valor de nuestros abuelos las aguerridas huestes de Napoleón, dejaron la semilla que produjo más tarde las ideas modernas. No es la guerra muy á propósito para el desarrollo de las ciencias, y si á esto se une que aquella trajo las consecuencias de acabar con un régimen absurdo, implantando otro más conforme al espíritu de los tiempos; y que de la lucha en el terreno de las doctrinas, hubo de pasarse á la guerra feroz de los partidos, y á las exageraciones y maldades de los absolutistas del 15 y del 23, alentando primero el fanatismo de las masas, y haciéndolas luego servir como instrumento de sus infuvas é infames venganzas, compréndese pronto de qué manera el terreno era poco adecuado y el medio impropio para el adelanto de las ciencias. Una sola vez pudieron éstas desarrollarse; pero entonces era el momento en que se encendía la primera guerra civil. Los descubrimientos de mayor nota, la formación de la Química, los principios y las leyes reconocidas ahora fundamentos del saber, esparcíanse en toda Europa, mientras los españoles se destrozaban: unos, aferrados á tradiciones mal entendidas, peleaban por volver al régimen antiguo; los otros, esforzados y generosos, morían defendiendo lo nuevo más perfecto y humano. Eran éstos los hijos de aquellos patriotas de 1812, quienes prepararon el terreno para nuevos progresos porque, apenas terminada la guerra, todas las actividades renacieron, hubo organización, cuidóse algo de la

cultura, y el general atraso fué menor, aunque el adelanto comenzóse despacio y sin estar el medio en buenas condiciones. Aconteció, en semejante punto, algo original y peregrino. Deseosos los legisladores de realizar grandes reformas y promover adelantos, quisieron practicarlos de una vez, y á la parquedad de antes sucedió el exceso; se pretendió hacer en poco tiempo cosas que requieren constante y largo trabajo; y así, caminando á saltos y sin base fija, diéronse sendos tropezones. Por de pronto, la manera de adquirir los principios de las ciencias era en extremo defectuosa, tenía muchos resabios escolásticos; no se experimentaba, y cuando más, en las aulas formábanse disputadores é idealistas, y no se fundaban los verdaderos procedimientos científicos, y esto por dos razones, cuales eran: la falta de profesores educados en la ciencia que debían enseñar; pues se confiaban materias muy variadas á personas sin otros títulos que regular cultura, y el haber subordinado el conocimiento de la ciencia misma al de las aplicaciones, ya que las gentes consagradas á ella, venían siempre de estudios aplicados, sin que por eso sean pequeños sus merecimientos.

Algo hubo de corregirse, no obstante, nuestro atraso, en aquellos días que sucedieron á la primera guerra civil. Entonces se quiso traer á España ciencia de otros países; recordábanse los tiempos venturosos de la enseñanza de profesores extranjeros en las aulas de las Universidades españolas; traíanse á la memoria los días en que la voz de nuestros catedráticos resonaba en la Sorbona, en Bolonia y en Pavía; pretendióse imitar el buen ejemplo de Carlos III y los gobiernos españoles, pródigos y generosos, pensionaron á diferentes personas para que estudiasen en los centros más acreditados de Europa, y bajo la dirección de esclarecidos maestros. Así debieron conseguirse admirables resultados. Era la época del gran esplendor de las ciencias,

el fecundo período de los descubrimientos y de las controversias, los años de la formación de la Química orgánica, los momentos en que se registraban los inmensos archivos de la Paleontología, cuando se enunciaban los principios de la Termodinámica y formulábase la doctrina de la unidad y persistencia de la energía. Darwin daba rigor científico á las leyes que Lamarck vislumbrara al componer su Historia Natural de los animales sin vértebras; Lyell pusiera las bases de la nueva Geología; fundada en la doctrina de la continuidad; Ampere y Faraday publicaran sus inmortales estudios sobre la electricidad; viniera y pasara la fecha de la invención de la locomotora; Biot, Arago, Fresnel y Cauchy habían logrado dar solidez á la doctrina fecunda del eter y crear la Física Matemática; Mysterlich y Neumann trasformaran el sistema cristalográfico de Haüy; eran conocidas las leyes de Gay-Lussac y Dulong y Petit, que confirmaron la hipótesis de Avogadro; surgía, con sus descubrimientos, la Química Orgánica, gracias al esfuerzo de Liebig, Laurent y Gerhardt; y mientras Rose y Berzelius ponían todo su ingenio en los procedimientos analíticos, alcanzando resultados maravillosos, librábase aquella batalla entre las escuelas francesa y alemana; los químicos no se daban punto de reposo y ya produjera Chevreul su memorable trabajo sobre los cuerpos grasos. Por esta época, de no igualado florecimiento, en que se levantaron los grandes laboratorios é instituyéronse las nuevas enseñanzas, fueron algunos españoles pensionados á estudiar en Francia y en Alemania. Creyóse, equivocadamente á lo que entiendo, que en nuestra patria era posible súbita regeneración, se pensó en crear escuelas, formando experimentadores y prometiéndose de ellos los resultados más lisonjeros. No quisiera que mis palabras ofendieran á nadie, al decir cómo el éxito correspondió bastante mal á lo esperado. Es cierto, y no tengo empe-

ño en negarlo, que bastantes maestros continuaron trabajando al volver de sus estudios en el extranjero; pero no adelantaron gran cosa cuando el nombre español no vá unido á descubrimientos de nota, ni áun de mediana importancia, y nuestra enseñanza hállase por todo extremo atrasada. Y lo que es peor todavía, si apenas pudo adelantarse un paso, si áun hay en ciertas gentes, investidas de autoridad científica oficial, y en corporaciones doctas prurito de no dejar paso á lo nuevo, siendo rémora de todo progreso, el mal que causaron, pudiendo trabajar mucho, está en no dejar hacer á los demás, cortando toda iniciativa y achacando á los gobiernos culpas que jamás tuvieron; porque es curioso, señores, ver lo que desde 1837 ha gastado España en enseñanza y los escasos resultados, el ínfimo interés reportado por un capital verdaderamente enorme. Aquí, donde la iniciativa privada, en casi todas las materias y muy en particular respecto de la ciencia, es nula ó poco menos, el Estado tiene que hacerlo todo; pero el Estado no es maestro, ni experimentador, ni define en materias científicas; tócale solo dar los medios de conseguir los adelantos, y en esto fueron siempre pródigos nuestros gobiernos, según puede demostrarse con solo leer todos los años el presupuesto de Fomento.

A fin de probar esta idea conviene á mi propósito recordaros cómo las obras de Cavanilles fueron impresas y publicadas de cuenta del gobierno; que él promovió y pagó, en los últimos años del siglo pasado, las expediciones científicas á América; en la Imprenta Real se imprimieron, entre otras obras menos importantes, la traducción de la Química de Lavoissier, hecha por Munarriz en 1798, el admirable trabajo que acerca del cálculo diferencial, fundado en la teoría de los límites, escribió en 1801 el insigne matemático D. José Chaix, *Los Anales de Ciencias Naturales*, y otra multitud de libros, unos originales y otros excelentes traducciones de

lo publicado en Europa, nuevo ó muy renombrado. La Flora del Perú y Chile, la colección de Mutis, la de Née, la Flora de Sessé y Mociño, copiada en la Nueva España, preparadas para ver la luz pública y retrasadas por la guerra de 1808, son asimismo pruebas de la actividad del Estado, bien encaminada entonces, más tarde desviada de la senda emprendida. Hoy mismo hay en curso de publicación muchas obras, adquiérense libros, se construyen, no siempre de manera adecuada, edificios para la enseñanza, y se dan no pocas comisiones para el extranjero, gastando en ello caudal no escaso ciertamente. Y sin embargo, ¡vamos tan despacio!

No soy partidario de que el Estado tenga enseñanza, fuera de la primaria, ni que en ella intervenga para cosa alguna; pero esto que es el ideal, ya realizado en países cultos y adelantados, es, entre nosotros un imposible. Su tutela, en cuestiones científicas, fuera de ciertos momentos de opresión, ha sido buena y tuvo iniciativa, no secundada por los maestros directores de la enseñanza y en mucha parte por el país en general. Aquí el Estado peca siempre por exceso: ó hace las reformas en el sentido más radical, queriendo llevarnos de un salto á grados altísimos de perfeccionamiento, y ejemplo de ello es cuidarse exclusivamente de los estudios superiores, abandonando los elementales y primarios, ó reforma en sentido retrógrado, cual si fuere posible impedir pensar ó definir, de una vez para siempre, la verdad científica. Hoy las cosas se encuentran un poco cambiadas, pero sucede que la insuficiencia está de parte de los de arriba, que los alumnos anhelan poseer conocimientos, y demandan, á cada instante, enseñanzas positivas conformes á realidad, y dadas sin dogmatismos, valiéndose de métodos que desarrollan y educan la inteligencia haciéndole conocer los fenómenos admirables de la Naturaleza.

Examinando, todavía más de cerca, la historia cien-

tífica de España en nuestro siglo, véase clara la idea que trato de presentar ante vosotros, á saber: que su característica es el trabajo y esfuerzo individual, aún ahora dominante, á pesar de la transformación de las doctrinas profesadas. Por tales razones es imposible reflejar el movimiento científico en determinada persona y solo puede ofrecerse el cuadro de los trabajos más importantes, sin que entre ellos, aún tratándose de los de un solo individuo, haya grandes y muy estrechas relaciones. Así, por ejemplo, D. José Lorenzo Cornide, individuo de la Real Academia de la Historia, donde ha dejado grato recuerdo, escribía acerca de las producciones naturales de las costas de Galicia, y al tratar de describir los peces hacía lo con tal lujo de pormenores que nunca olvidaba el guiso más conveniente y adecuado para cada uno de ellos. D. Ignacio Jordán de Asso era notabilísimo economista y letrado insigne y al propio tiempo naturalista de excepcional mérito, y como á estos sucedía á muchos que no tenían la profesión científica y á la ciencia se dedicaban, impulsados por el deseo de saber y este afán de contribuir á la cultura española. Aquel renacimiento de los primeros años del presente siglo y últimos del anterior no podía morir y extinguirse de una vez; el espíritu de aquellos hombres que habían ido en las expediciones americanas, acaso en busca de minas de plata y oro que enriqueciesen el empobrecido y exíguo caudal de la patria; la constancia y tesón de cuantos, viéndose perseguidos, al igual de La Gasca, continuaron trabajando, no podía sino transmitirse como herencia preciosa; y si poco á poco fué debilitándose, hasta perder su vitalidad casi por entero, culpa es de cuantos se detuvieron en el camino de los adelantos, creyendo haberlo recorrido todo, y lo que es peor estorbando el paso é impidiendo que otros, más animosos, pasaran de aquel límite. Y había, de otra parte, una levadura perniciosa, nacida de la tradición científica del país

y de los métodos de enseñanza; la controversia respecto de todo principio científico, la eterna disputa sobre toda ley. Creíase que la observación y el experimento son cosa de poca monta y no hay sino mirar el lugar secundario de las ciencias naturales en nuestros infinitos planes, anteriores á las reformas de 1857 y 1863 y ver los lugares destinados á Museos y Laboratorios para demostrarlo cumplidamente. En vano se proclamaba en Europa la eficacia de los métodos experimentales, de aquellos procedimientos de observación seguidos y aconsejados por nuestro Cavanilles, en el primer año del siglo; en vano la enseñanza de las ciencias y los descubrimientos realizados modificaban el modo de ser de las naciones; España permanecía ajena á tales cosas, el dogmatismo del maestro y la ciencia oficial, formalista y sin base positiva, continuaban ejerciendo su influencia y en nuestras Universidades nada se investigaba, y en lugar de jóvenes doctos se enseñaba tan solo á disputar como en pleno reinado del sistema teológico. Y no es ciertamente porque careciéramos de condiciones para adelantar, ni por falta de deseos en los estudiantes; es que no se enseñaba á derechas y solo, en contados casos, aquellos profesores mandados por los gobiernos á estudiar en el extranjero, formaban algunos discípulos, infundiéndoles ideas nuevas y enseñándoles á pensar por sí mismos. El medio era malo y perjudicial y muchos los obstáculos que impedían el libre desarrollo de la inteligencia, la herencia más fatal todavía; y sin estímulo, sin excitación de ningún género transcurrieron bastantes años, durante los cuales, olvidando pasadas glorias, hállase España alejada de todo movimiento y progreso científico.

Había aún otra causa importantísima á que atribuirlo, de la cual he hablado antes, y es el modo de intentar las reformas. Querer colocarse de un salto en la línea de los más adelantados y copiar malamente, para

conseguirlo, leyes y reformas de otros países, sin estudiar el carácter del nuestro y ver lo que le conviene, paréceme el peor medio de conseguir nada bueno, y esto precisamente se ha hecho, y aun se hace en materias de ciencia. No culpo de ello á nadie, porque conozco el buen deseo y nobilísimas aspiraciones de muchos maestros, los cuales, al venir del extranjero, encantados por los adelantos que vieran y los descubrimientos que estudiaran, quisieron, acaso reflexionando poco, colocar la ciencia en España á igual altura. No culpo á los gobiernos, los cuales, casi todos, con mejor deseo que buen éxito, contribuyeron á ello, y he de culpar solo al país poco preparado, que rechazaba las reformas, comprendiendo acaso la imposibilidad de llevarlas á cabo tan radicales como se pensaban. Esa inercia y la pereza de muchos años no se pueden sacudir de una vez; quien vive soñando no despierta de un solo esfuerzo á lo real, y sería necesario modificar mucho nuestras costumbres, desterrar las falsas nociones de las cosas, fruto exclusivo de la imaginación, para regenerar este cuerpo medio muerto y hacerle vivir la vida de la ciencia. Decía antes, que casi todas las reformas han comenzado por las Universidades, y no se tuvo en cuenta el estado de los alumnos al llegar á ellas; desde la niñez es menester enseñar á discurrir, hacer ver las cosas tal como son y preparar la inteligencia para cierto género de estudios. En las escuelas, y solo en las escuelas, debe empezar esta revolución de las ideas de que tanto hemos menester, y allí es preciso formar los experimentadores, enseñando á los niños á conocer la Naturaleza que les rodea. Aquel filósofo inglés, gloria de nuestro siglo, Heriberto Spencer, ocupa el primer capítulo de su libro acerca de la educación, examinando cuál será *el saber más útil*; y el egregio naturalista del mismo país Th. Huxley ha consagrado á este género de cosas varias de sus notables confe-

rencias; y ambos convienen, en vista de los resultados obtenidos ensayando métodos y procedimientos, que las ciencias naturales deben ser la base de la educación de nuestro tiempo; mas entiéndase las ciencias naturales enseñadas en la Naturaleza misma, haciendo abarcar al niño el conjunto y el detalle, y mostrándole, en cada pormenor, una lección y una maravilla. A pesar mío, no puedo insistir en este punto, y he de contentarme con las observaciones apuntadas.

Fáltame todavía indicar otra de las influencias que, á mi ver, causaron nuestra decadencia científica y son motivo de la poca representación de España en semejante materia; refiérome á la manera de adquirir los conocimientos, al método. Es sumamente curioso notar cómo las personas que más se distinguieron en las ciencias de la Naturaleza y en las Matemáticas, casi siempre proceden de escuelas de aplicación ó de carreras muy distintas. La escuela de Química de Barcelona, instalada en la de Comercio, enseñaba aplicaciones y formó gentes teóricas. Lanz y Betencourt, ingenieros militares, escribieron el primer tratado de Cinemática, recomendado por el célebre Monge; y á la par de estos nombres pudiera citar otros que, desviándose del camino emprendido, consagraron su actividad á la ciencia pura. Pero semejante hecho es solo mero detalle, pues no importa saber de dónde viene el que trabaja con tal que trabaje, por humilde y pequeña que parezca su esfera de acción. Lo pernicioso, lo abominable, lo absurdo es el método de enseñanza de las ciencias en general, si es que método puede llamarse el quitar al alumno toda iniciativa, temer que toque y trabaje con los objetos por miedo á que se rompan, no cuidarse de hacerle observar por sí mismo é imponerle un criterio estrecho y dogmático. Pretender que la juventud sea instruída, cuando no se la instruye, es locura y desde este mismo lugar habeis oído de los labios de mi querido amigo

el profesor San Martín, las relaciones que había entre la cultura del catedrático y las aptitudes y deseos de aprender en el discípulo; y este recuerdo me lleva al último punto que he de tratar en las presentes consideraciones generales, y es la iniciativa personal, creadora de maravillas en otros países y aquí casi nula. Vengo observando respecto de ella dos cosas singulares; es la primera el afán de crear intereses antagonistas entre lo establecido ú oficial y lo que la iniciativa de algunos quiere establecer; y la segunda, la mala voluntad, sin razón tenida por cuantos se creen depositarios de la ciencia, hácia aquellos que, animosos y valientes, á fuerza de lucha y trabajo, consiguen llegar á ciertos adelantos, alejados de las esferas oficiales, y que, sin embargo, estudian y procuran ilustrar la ciencia en su patria. Ello es tristísimo, pero ha de confesarse con vergüenza; la iniciativa escasa que hubo y se consagró al saber, siempre halló obstáculos insuperables y oposiciones enormes é injustificadas, y pronto, al relatar la vida de D. Antonio Gutiérrez, vereis ejemplo de esto. Por fortuna ha cesado, en parte, semejante orden de cosas y gracias á los beneficios de la libertad algo puede hacerse ahora, que aunque sea poco, el afán de saber y el deseo común une á los hombres con lazos de cariño. Cuando trate del estado presente de las ciencias en España, habré de citar dos fundaciones que ahora solo nombro y son: la Sociedad Española de Historia Natural y la Institución libre de Enseñanza, ambas hermoso ejemplo del valor de la iniciativa de las gentes de buena voluntad y muestra de cómo el deseo de saber nos une á todos por las relaciones de amistad cordialísima y sincera.

He señalado los defectos de caracter que en España se oponen al progreso científico y réstame indicar otro error, frecuente en las reformas de siempre, y consiste en creer que bastan las leyes y los reglamentos

para modificarlo todo, y así legislando mucho se piensa acabar con los vicios de la Enseñanza, abriéndole caminos nuevos, y se pretende que es posible, variando la constitución de Universidades y Escuelas, hacer progresar la ciencia en corto tiempo. Precisamente es ello uno de nuestros mayores males y lo es de antaño. El adelanto se inicia poco á poco, variando las costumbres, haciendo que la necesidad de él se sienta y se exija con urgencia, porque cuando no se estimula el deseo este no se manifiesta y viene pronto la indiferencia. Ante todo reclaman las hermosas ciencias de la Naturaleza medio adecuado á su desenvolvimiento y progreso y este medio es necesario crearlo desde la escuela, desde la primera enseñanza. Obsérvase ahora cierto afán por los trabajos de los químicos y naturalistas y deben aprovecharse los generosos deseos de los estudiantes; hoy ansían aprender, tienen cierta iniciativa y reciben gustosos las enseñanzas positivas, razones poderosas para proponernos vencer la indiferencia de los unos y el desprecio de los otros y son momentos los actuales que es preciso aprovechar en bien de la enseñanza y de la ciencia.

Voy á entrar en la parte difícil de mi tarea; hasta ahora he presentado ante vosotros las figuras más insignes y sus trabajos en la ciencia de las plantas. He procurado hacerlos ver el espíritu sintético y generalizador de Cavanilles, la poderosa fuerza de observación de La Gasca y la clara é innovadora inteligencia de Clemente; y el corto relato de sus trabajos es bastante á revelar aquellas dotes admirables que los colocan al lado de los más esclarecidos sabios de Europa, é importa mucho consignar el hecho de haber tenido todos frecuente comunicación con los científicos extranjeros y no debía ser pequeño su mérito, cuando fuera de la patria eran colmados de honores y distinciones. La

especie de aislamiento en que después nos colocaron nuestras desdichas, este empeño puesto en permanecer ajenos al gran movimiento científico del segundo tercio del siglo, es todavía una de las causas del atraso lamentable en que nos hallamos y del cual solo hemos de salir gracias á enormes esfuerzos y mucho trabajo.

Al lado de aquellos botánicos insignes cuyos trabajos he relatado, figuran sabios mineralogistas y geólogos verdaderamente notables. La Mineralogía y la Geología, sobre todo la última, son de data reciente. Unidas al principio, formando una sola ciencia, fueron separándose, merced á los descubrimientos realizados que exigieron dividir el trabajo. Ya en los comienzos del siglo, cuando aquella regeneración política cambiaba el modo de ser de los Estados, variaba el método de estas ciencias. Eran los momentos en que el exclarecido alemán Werner ponía las bases de la clasificación que había de durar hasta Haüy. Su sistema, es verdad, atendía, mejor que á otra cosa, á los caracteres exteriores; pero constituye el primer sistema de base fija, según el cual, es posible formular y establecer las analogías de unos cuerpos con otros. Los estudios de la Química, cuyos progresos extendíanse de día en día; el adelanto de la Física, que, merced á la fecunda doctrina del éter, realizaba verdaderos portentos, daban la mano á la Mineralogía, influyendo en su constitución como ciencia. Atendíase en los minerales, principalmente, á dos especies de caracteres, y son: las propiedades llamadas organolépticas y las propiedades químicas; en las primeras fundábase aquel sistema de Werner, cuyo más decidido partidario en España fué D. Donato García, el cual distingúfase por el sentido organizador y la dirección impresa á los trabajos del Museo de Historia Natural, en cuyo arreglo tomó parte. A los caracteres químicos atendió Beudant al clasificar los minerales, subordinándolos á sus reacciones especiales, y haciendo

de esta suerte, á la ciencia que de ellos trata, una rama de la Química. Era esto, en verdad, demasiado exclusivismo; pero no ha de negarse, que gracias á él, reconociéronse propiedades nuevas y se determinaron, con todo rigor, otras ya conocidas. En tanto progresaban los medios de investigación y los métodos por vía húmeda revelaban la existencia de elementos nuevos, á la par que los ensayos al soplete, que debían llegar á su período álgido en tiempos de Platner, y por su solo esfuerzo, permitían reducir los minerales, analizándose, mediante su empleo, muchos silicatos. Faltaba, no obstante determinar las leyes de las formas, investigando las causas que influyen en la apariencia de los cristales y sus relaciones con los elementos que constituyen los cuerpos. Mientras tanto, y á pesar de aquel potente esfuerzo de Werner y de la ingeniosa clasificación debida á Beudant, la Mineralogía quedaba reducida á meras descripciones y al sistema de agrupar los seres atendiendo á una sola clase de caracteres, ó si se tenían en cuenta los exteriores y los químicos no se relacionaban debidamente. Haber alcanzado á precisar semejante enlace, en la ley que lleva su nombre, tengo para mí que es el mayor mérito del famoso Haüy, amigo cariñoso del eminente físico y matemático español don José Rodríguez González. Es la clasificación del sabio francés gallarda muestra de sagacidad y sabiduría. Físico, geómetra y mineralogista, puso su gran inteligencia en crear la ciencia de la cristalografía, encontrando las leyes de las formas y las de sus modificaciones. Hizo ver cómo cada cristal tiene ejes de simetría y todos los minerales cristalizados responden á un tipo general, modificado por diversos medios; demostró las constantes relaciones entre la composición química y la forma cristalina; dió á conocer métodos para medir cristales, y probó que los elementos de un mismo género se modifican á la vez y de igual manera. Y aquel esfuerzo in-

menso tuvo eco en todas partes, y el estudio de los cristales, puramente mineralógico, hizose con esmero por hombres tan eminentes y esclarecidos como Misterlich y Neumann, nombres gloriosos en la ciencia por haber realizado el mayor adelanto conocido tocante al estudio de los minerales, dividiendo la cristalografía en aquellas dos ramas, de las cuales una estudia las formas exclusivamente desde el punto de vista geométrico, y la otra atendiendo á la manera cómo los cristales modifican la luz. En la clasificación de Haüy reconocíose pronto el grave defecto de considerar como un apéndice el numeroso grupo de los silicatos y tener en cuenta parte de los caracteres, y no todos; era, en verdad, menos empírica que la de Werner y menos química que la de Beudant; pero separaba cuerpos muy análogos, minerales, cuyas relaciones aparacian perfectamente claras, y así, aunque más completa que las anteriores, como ellas era deficiente y no servía sino para el momento. Duffrenoy tuvo la idea de modificar el sistema de Haüy; dándole mayores bases y realizando, en la Mineralogía respecto del asunto, algo parecido á lo que en la Botánica realizó De Candolle respecto del sistema de Linneo. No he de entrar en pormenores acerca del método mineralógico de Duffrenoy, seguido por casi todos, ni he de encarecer los méritos de su notabilísima obra, clásica todavía, á pesar de los adelantos posteriores que han colocado á la Mineralogía entre las ciencias más importantes y que mayores progresos realizaron en corto tiempo, emancipada de las demás; pero en estrechas relaciones con ellas, poseyendo sus métodos de investigación y fundándose en el conocimiento de todos los caracteres, cada vez mejor determinados, gracias á los medios puestos en práctica: el goniómetro, el soplete y el análisis químico.

Es todavía más reciente el desarrollo de esa ciencia

admirable de la Geología con su hermana la Paleontología y ambas son el ejemplo evidente de la eficacia del trabajo y de la observación, dedicados al conocimiento de la Naturaleza, no ya para interrogarla acerca de los seres que vemos producirse, sino afanosos por averiguar las causas y mecanismo que formaron el globo é hicieron aparecer los seres vivientes, deduciendo todos los principios científicos de observar solo rocas y fósiles. Una antigua doctrina, renovada muchas veces, hizo tener á todos los sabios fé inquebrantable en las creaciones renovadas y en la invariabilidad de la especie. Atraídos por la grandeza de las metamorfosis del planeta, por el tamaño colosal de los restos de animales encontrados y por las gigantescas formas de las montañas y cordilleras principales, creyeron en los cataclismos y en la intervención de fuerzas excepcionales; y el egregio naturalista Jorge Cuvier fué partidario decidido de semejante doctrina. Luego inquirióse el mecanismo de las metamorfosis, fijáronse edades á las rocas y empezó la época de la clasificación, más ó menos rigurosa. Admitiéronse las acciones, combinadas ó separadas, de las aguas y del fuego y estudiando sus múltiples modos de obrar sobre los elementos de las rocas, pudieron limitarse sus períodos de formación y unas denomináronse cristalinas, y otras de sedimento y algunas volcánicas. Elie de Beaumont, matemático de génio poco común y geólogo notabilísimo, hizose partidario de la doctrina de los levantamientos y su sistema, mal comprendido y no apreciado cuanto vale, explicó buen número de fenómenos. Pero la reforma más radical de la ciencia débese al gran Lyell y á su famosa teoría de la continuidad, base y fundamento del sistema evolucionista. Admítase, á la par del sabio inglés, que no han sido necesarios cataclismos, ni fuerzas colosales para formar el globo con sus accidentes todos; bastaron las causas permanentes, las

energías conocidas y medidas todos los días, actuando de manera lenta y sin variaciones, para producir y formar cuanto vemos preparando la tierra al advenimiento de la vida y sus múltiples formas; y de aquí se dedujo que todo está á la vez formándose y transformándose, por cuanto nada acaba ni principia, idea que á cada paso recibe la sanción de los hechos, doctrina la más fecunda de nuestro tiempo, cuyos fenómenos trascienden á todo orden de ideas y cuyos principios, llevados fuera del campo de las ciencias naturales, informan, en la actualidad, la filosofía, el derecho y la moral misma.

Esto en lo referente á las teorías generales de la Mineralogía y de la Geología; pero hay otra parte de estas ciencias, meramente descriptiva y de pormenor; la parte que trata del estudio de los hechos y conocimiento detallado de los fenómenos, en la que se ponen á prueba la sagacidad y el ingenio de los sabios y en semejante punto la imaginación se pierde ante el número y magnitud de los datos acumulados, todos importantes, entre los cuales hay descubrimientos notables debidos á españoles y descubrimientos citados en todas partes con grandes elogios.

Existían razones poderosas para que, en España, adelantase mucho el conocimiento de los minerales y la descripción de las rocas, asunto el último, al que con gran éxito se consagran hoy personas doctísimas, prestando á la ciencia eminentes servicios. En la primera mitad del siglo, es cierto que no existían enseñanzas especiales de Mineralogía y Geología; pero no es menos verdad que ya desde el tiempo de Carlos III y sobre todo, desde las expediciones á América, los mineros españoles habíanse dedicado á ellas con particular empeño. Las riquezas naturales de la Península, la explotación del azogue en Almadén, siempre bien entendida, los ricos filones de plata y cobre descubiertos en las posesiones de América y el deseo de saber, aquí difun-

dido por cuantos habían estudiado en el extranjero, fueron las causas principales del adelanto. A D. Andrés del Rfo, notable ingeniero, débese la descripción de no pocos minerales; los hermanos Elhuyar llegaron á sus descubrimientos analizando un mineral; aquellos riquísimos filones de cobre de la provincia de Atacán, varias especies de plata, algunas de mercurio, otras de hierro y titanio hacen la gloria de los mineros de España, quienes, al propio tiempo, inventaban los métodos de amalgamación en pátios, ciertos procedimientos de beneficio del azogue, del hierro, y de la plata que venía de América, donde fundaron aquel Establecimiento de Méjico, cuyos adelantos tanto admiraba el ilustre Humboldt. No les guiaba, en la mayoría de los casos, un fin enteramente científico; iban inquiriendo sistemas prácticos que ahorrasen tiempo y trabajo en la reducción y beneficio de cuantos metales eran explotados por los gobiernos españoles; de aquí el haber logrado descubrimientos importantes, que demuestran como no desperdiciaban detalle alguno y examinaban todo lo que habían á mano en su camino. Poco importa que otro fuese su fin y objeto, el caso es que en su bien dirigido trabajo realizaban adelantos de importancia describiendo, según pudiera hacerlo el más sabio, los mismos minerales que explotaban.

A la par de los mineros é ingenieros de minas que ilustraron la ciencia con sus descubrimientos, había otros sabios consagrados á la ciencia por la ciencia, gentes de mérito, de quienes si no escribieron grandes obras, ni dejaron publicaciones tras sí, reconócese su trabajo en los discípulos formados bajo su dirección ó en las colecciones de gran valor, acopiadas por su diligencia, y á la par de estos,—entre los cuales son dignos de mención D. Donato García y D. Jacobo María de Parga,—es preciso nombrar al ilustre sabio que fundó, en nuestra patria, los estudios de la Geología, á D. Casiano

de Prado. En los tres se refleja el movimiento científico de España, respecto de la parte que ahora me ocupa, y justo es entretener breve rato vuestra atención relatando su vida y sus obras.

D. Jacobo María de Parga y Puga nació el día 17 de Mayo de 1774 en la parroquia de Santo Tomé de Valcaba, provincia de la Coruña; estudió en la Universidad de Santiago, donde se graduó de doctor en cánones el año de 1798, habiendo sido colegial de Fonseca. Ya en 1802 vésele figurar en la categoría de individuo correspondiente de la Real Academia de la Historia, y de 1804 á 1812 desempeñar diferentes cargos en la secretaría de Estado y Supremo Consejo de Hacienda. Era Parga hombre activísimo, de vasta y universal inteligencia y lo mismo desempeñaba comisiones científicas, con ánimo de proteger el Museo de Ciencias, que se engolfaba en las tareas de la política y de la Administración, habiéndosele confiado el sostenimiento de las reclamaciones contra el gobierno francés, motivadas por el Tratado de 1814 y Convenio de 20 de Noviembre de 1815. No existe ninguna obra suya referente á ciencias naturales y debía ser naturalista de mérito excepcional, á juzgar por las distinciones de que fué objeto en el extranjero; en 1815 le nombraron individuo de la Academia de Ciencias de Baviera y de la de Medicina de Madrid; en 1819 se le nombró individuo de la Sociedad imperial mineralógica de San Petersburgo y el año de 1850, en que murió en Madrid á 17 de Abril, ingresara en la Sociedad Geológica de Francia. Ocupó el ministerio de la Gobernación, con caracter interino, en 1820, y estuvo siempre en los puestos más elevados y distinguidos. Otras eran, sin embargo, sus aficiones y de ello hay no pocos testimonios. En primer término, tuvo dos encargos especialísimos, confiados á su profundo saber y diligencia, y fueron: intervención decisiva en el arreglo del sistema monetario y otra, no menos impor-

tante, en la Junta de protectores del Museo de Ciencias Naturales, para la cual escribió muchos informes, que permanecen inéditos y deben ser de gran interés científico, según dicen, con mucha razón, los Sres. Maffei y Rua Figueroa en su *Bibliografía Minera*, de cuyo excelente libro procede buena parte de las noticias contenidas en la presente conferencia. Hay que notar además el carácter singular de Parga, su solicitud en aprender, y decidida vocación científica, la cual llevábale á proteger á cuantos lo necesitaban, poniendo á su disposición aquella magnífica Biblioteca, algunos de cuyos libros, con preciosas notas autógrafas, posee ó debe poseer el Ministerio de Fomento, su influencia personal y las preciosas colecciones de que era dueño, una, magnífica, de Mineralogía, legada al Museo de Madrid, y otra de Numismática, que heredó la Academia de la Historia, como heredó la Universidad de Santiago la mayoría de sus libros. Tuvo D. Jacobo María de Parga esa vocación científica que impulsa á reunir verdaderos tesoros en libros y objetos; pero no á la manera de coleccionista aficionado, sino al modo de hombre de ciencia, afanoso de propagarla y dirigir á ella cuantos jóvenes poseyeran las condiciones adecuadas. Desde tal punto de vista es preciso considerar al sabio modesto y desinteresado, al ilustre político, y el valor de su obra lo acreditan, la riquísima colección de minerales del Museo y aquella influencia que supo ejercer en las inclinaciones del ilustre D. Casiano de Prado, quien, en la Biblioteca y en los gabinetes de Parga, aprendió no poca ciencia. El afán nobilísimo de formar gentes para la ciencia túvolo en grado sumo; y quien reúne y clasifica considerable número de minerales, quien, por su saber, merece las distinciones antes mencionadas y quien protege á cuantos han menester ayuda en su carrera, es digno de que su nombre se consigne entre los de aquellos varones más exclare-

cidos en la ciencia, por haber influido de modo admirable en su progreso.

Méritos de otra naturaleza reunió D. Donato García, aquel catedrático que no seguía el sistema de nadie, tenáz, de brillantes cualidades, activo y sabio. Había nacido en la Rioja, y comenzó á distinguirse en 1803 con motivo de la descripción de las criptógamas de España, y después en la clase de Mineralogía, por entonces á cargo de D. Cristian Herrgen. Era D. Donato un eclesiástico de sencillo trato é ideas muy liberales, á cuyo pesar, allá en 1824, tuvieron que reponerlo en su cátedra: tan grandes eran sus merecimientos y tan brillante el informe de la Junta del Museo; tenía amor entrañable á la ciencia que enseñaba, y cuando acaeció su muerte, en 1859, conservaba las aficiones de su juventud por la Mineralogía. Los trabajos de D. Donato García, referentes á ella, empiezan en 1804 por una disertación acerca del feldespato; continuó haciendo otros hasta 1815, en cuyo año, después de sobresaliente ejercicio, fué nombrado catedrático del Museo, dando así comienzo su verdadera carrera científica. Poseía, en verdad, admirables condiciones de maestro. Su lenguaje era preciso, claro á la par de la verdad misma, con nobilísimo afán indagada y en el trabajo no se daba punto de reposo. Su alma entera ponía en aquellas descripciones brillantes y hermosísimas, y todo el cuidado del más minucioso y hábil naturalista en clasificar los minerales de América, traídos en la expedición de Malespina y en los objetos del Museo, arreglados por su mano. Más tarde, en el año de 1847, formó aquellas 35 colecciones mineralógicas que se destinaban á ser base de las que debían formarse en los establecimientos de enseñanza de España. Su actividad incesante llevaba á D. Donato García á hacer largas y provechosas excursiones científicas, siempre de su cuenta, y á enseñar cuanto sabía á los

alumnos. Por noticias de ellos sábase que aquel insigne maestro distingúfase, sobre todo, en el conocimiento y determinación de los caracteres mineralógicos, y en este no tuvo rival. Su lenguaje parecía algo de apóstol; la palabra, exacta y precisa, revelaba la seguridad del pensamiento, y con los ejemplares á la vista y en las manos de los discípulos, iba señalando propiedades y caracteres, acopiando, de esta suerte, preciosos materiales para una obra que habría sido notable, y formando ó pretendiendo formar verdaderos naturalistas. De sus obras se conserva manuscrita, en el Museo de Historia Natural de Madrid, una *Noticia sobre el cultivo de la Mineralogía en España*, digna de ser publicada, siquiera porque contiene el relato de cuanto se hizo desde la época de Carlos III hasta 1850. Seguro estoy que habeis de preguntar cómo persona de tantos méritos, y cuya vasta instrucción y excelente método de enseñanza todos elogian, nada ha producido que inmortalice su nombre, y la respuesta es muy sencilla. Tiénese por averiguado que aquel profesor, originalísimo en sus procedimientos, escribiera un *Tratado de Geología*, destinado á imprimirse. Pero D. Donato García era presbítero, y debía someter el libro á la censura eclesiástica, que, torpe y mal intencionada, movida de rencor hácia el clérigo liberal, no quiso ver el mérito del naturalista; ni podía comprender cuánto valía, y su decisión bastó para desanimarle y hacerle formar propósito de no publicar nunca sus enseñanzas, ni dar á conocer sus ideas por medio de la imprenta. Y en este ejemplo volvemos á encontrar la intransigencia más absurda, oponiendo obstáculos y pretendiendo ahogar la libre manifestación del trabajo y de la ciencia.

Pudiera añadir á los nombres antes indicados y á los esfuerzos de los naturalistas españoles otros nombres y otros esfuerzos, casi todos como ellos, es cierto; pero de indudable valor científico, que si no son grandes

teorías, ni con ellos se enunciaron leyes generales, forman algo de esa base de hechos, primer fundamento y sostén del saber actual. Acabais de oír cuales fueron los merecimientos de los mineralogistas españoles, durante una época de azares y contrariedad y ahora debo presentaros otra figura científica, cuyo nombre pronúnciase en Europa con veneración y respeto; un hombre, señoras y señores, de singular entendimiento y elevadas dotes, geólogo eminente, escritor insigne y trabajador infatigable; ya comprendéis que me refiero á D. Casiano de Prado, en quien se sintetizan los progresos del conocimiento de la Geología, siendo particularidad notable que sus trabajos se refieren siempre á la Península, y habeis de permitir que me detenga un poco en la consideración de sus obras por formar parte de ellas aquel descubrimiento de la *Existencia de la Fauna primordial en la Cordillera Cantábrica*, que basta, por sí solo, para gloria del sabio ingeniero de minas.

Antes conviene á mi propósito invocar, de nuevo, la memoria de Cavanilles, quien, en su admirable libro de la *Descripción del Reino de Valencia*, adelantándose quizá á la ciencia de su época, viendo acaso más lejos que los naturalistas de su tiempo, dá noticias geográficas y geológicas del mayor interés, siempre expuestas en aquel lenguaje clarísimo, distintivo de todos sus trabajos. A pesar mío no puedo entrar en el pormenor de semejantes cosas, entre las cuales he oído decir que hay verdaderos descubrimientos y observaciones de relevante mérito, nada extraño tratándose del famoso naturalista, conocedor de cuantos recursos tenía la ciencia de entonces, del que, con criterio amplio, introdujo en España el sistema linneano. Basta leer, en el prólogo de la obra referida, aquella doctrina á propósito de la formación y naturaleza de los montes, las explicaciones acerca de las conchas fosilizadas y de las es-

tampaciones de peces, iguales á las especies vivientes, poner atención en lo preciso de los datos y en lo atinado de las observaciones, para convencerse del valor geológico del hermoso libro de Cavanilles, en el cual, según dice al comenzar, aún cuando describir las plantas era su primer objeto, atendió no obstante á dar clara idea de las formas de cuantos seres naturales hubo á mano, describiéndolos con pormenores y no perdonando detalle alguno, y pudiera decirse que siguió el método, todavía empleado, de hacer primero una especie de resumen ó compendio general y especializar, más tarde, las cosas, dando á cada una toda su importancia. Así el dato apuntado y la obra voluminosa de Cavanilles puede tenerse á modo de preliminar y comienzo de los trabajos geológicos, de los que es modelo la descripción de la provincia de Madrid. Y cumplido este tributo de admiración hacia el excelente trabajo del insigne botánico, comienzo á examinar la vida y las obras de D. Casiano de Prado.

En el año 1815, cuando más rudamente era perseguido D. José Rodríguez González, á quien se obligaba á abandonar su cátedra, vivir escondido en las cercanías de Madrid y escribir á sus amigos bajo nombre supuesto, recibió el insigne físico una carta en la que, cierto estudiante de la Universidad de Santiago, movido de irresistible vocación científica, pedíale consejo y guía en sus estudios de la Naturaleza.—«Malos tiempos corren para las ciencias naturales.»—contestaba Rodríguez González, disfrazando la letra y poco después aquél estudiante sufría las consecuencias de sus gustos, entonces tenidos por cosa abominable y digna de la hoguera; porque, con efecto, ingresaba en 1817 en las cárceles de la Inquisición, según un documento conservado en el archivo de Simancas, el cual he visto en la citada bibliografía minera, cuyo documento dice de esta suerte: «Excmo. Sr.: A las siete y

media de la mañana de este día, entró en las cárceles secretas de este Santo Oficio, en la número cinco, D. Casiano de Prado, natural de esta Ciudad y cursante en su Real Universidad, mandado prender y traer á ellas por delito de Propositiones y lectura de libros prohibidos, de órden de S. A., su fecha 19 de Setiembre último, lo que avisamos á V. E. en cumplimiento de lo que en estos casos se nos tiene prevenido. Dios, etc. Inquisición de Santiago, 3 de Diciembre de 1817.—Fernando Quijano.—D. Antonio de Echanove.» De esta suerte puede decirse que se inauguraba la carrera científica de nuestro geólogo. Hijo de un arquitecto notable, nació en Santiago de Galicia á 13 de Agosto de 1797, en el esplendor de aquella Escuela Compostelana, y á ella fué muy joven, atraído por el deseo de saber, frecuentando las cátedras donde estaba reciente la memoria de varones doctísimos y enseñaban las ciencias entendidos profesores. Al comenzar el siglo y en sus primeros años, la Universidad de Santiago tenía fama por la enseñanza de las ciencias, debida, sobre todo, á Rodríguez González, y todavía, cuando en 1871 recibí allí las primeras ideas científicas, se conservaban gloriosos restos del período de esplendor y gloria. Pronto aquella inteligencia vivísima cuyos trabajos habían de ilustrar la ciencia, halló manera de entretener su actividad. Unido por vínculos de amistad fraternal al joven naturalista de la Coruña D. Ramón de la Sagra, comenzó su tarea de observaciones. Los alrededores de Santiago, pintorescos, llenos de vegetación y abundantes en productos naturales, brindábanles elementos de estudio, y ambos escolares los reunieron todos, aprendiendo la verdad en la misma Naturaleza, donde reside entera, educándose para la ciencia, adquiriendo el hábito de observar y formando sus espíritus para empresas grandes y elevadas. La amorosa madre dábales tesoros á manos llenas, y á la par que sus

ojos recreábanse allá en los deliciosos bosques de Conjo y San Lorenzo, alimentábase su inteligencia y satisfaciábase sus anhelos de saber, reconociendo plantas y minerales que, cuidadosamente clasificados, formaban parte de las colecciones reunidas con exquisito celo y sin igual gozo. Tales distracciones y estudios promovieron las iras de los gobernantes y esto unido al ardor con que D. Casiano de Prado recitaba los patrióticos versos de Quintana y las estrofas de Meléndez, y á la diligencia empleada en instruirse leyendo clásicos latinos y españoles, fué motivo para que die- ran con él en las cárceles de la Inquisición, donde le tuvieron cuatrocientos días. En 1820 él mismo escribió, en el periódico nombrado *El Conservador*, un artículo en el que recordaba los amargos días de su cautiverio, durante el cual no le permitieron ver á su familia, ni le consintieron leer libro alguno. No hubo piedad para el estudiante, acusado del enorme delito de tener amor á la ciencia y deseo de instruirse. En su calabozo pasaba el día entonando alegres canciones ó escribiendo, en las paredes de su encierro, mediante un pedazo de carbón, versos menos que medianos. Allí hizo también, de memoria por supuesto, el trabajo de ordenar y clasificar sus ideas y conocimientos, que de tal manera cultivaba su elevado espíritu, nunca decaído ni acobardado, empero animoso y decidido á cualquiera género de combates y sobre todo á las conquistas de la Naturaleza.

Al volver en 1820 el régimen constitucional, Don Casiano de Prado puso el ardor de su juventud al servicio de la causa de la libertad; fue miliciano, arengó á las masas en la Coruña y, al advenimiento de la segunda reacción, peleó, como soldado de la patria, contra el despotismo que había de llenarla de ignominia. Tales fueron y tan azarosos los primeros años del que estaba llamado á realizar descubrimientos notabilísimos. Después, cuando era necesario ocultarse y lo liberales vivían en-

tre temores y sobresaltos, seguramente pasó estrecheces y acaso miseria. Jamás tranquilo, perseguido con saña y encarnizamiento, transcurieron cinco años de penas y dolores. De abolengo veníanle el patriotismo sincero y las ideas liberales que fogoso abrazara, delitos bastantes para calificarle de criminal y foragido. Aquella reacción crudelísima y vengativa nada perdonaba, y según en Sevilla hacía quemar los papeles y el herbario de La Gasca, perseguía en Santiago á cuantos se ocupaban en el estudio y tenían ideas liberales: era su política acabar lo todo, destruir las fuerzas vivas de la patria y extinguir cuanto asemejara independencia de pensamiento.

En 1828 empieza la vida de D. Casiano de Prado ya en Madrid, centro más adecuado para el desenvolvimiento de sus dotes científicas. Al llegar sintió la influencia de su paisano D. Jacobo María de Parga, y gracias á ella, consagróse por entero á las ciencias naturales, abandonando el campo de las ardientes luchas políticas. Comenzaba, á la sazón, las enseñanzas de la Química docimástica y la Mineralogía, D. José Duro y Garcés, uno de los mejores discípulos de D. Luis Proust y persona dedicada á las ciencias, docto como pocos y excelente maestro. A su cátedra fué Prado, lleno de ardor y entusiasmo, y pronto su aplicación le valió el nombramiento de alumno pensionado de minas. Escaso era el sueldo, pero con él vivió cinco años, agobiado por la falta de recursos, que le obligaba á solicitar un destino de cualquier clase. Más no le desalentaban las privaciones, antes le estimulaban al estudio, y comprendiendo el porvenir de la Metalurgia y de la Geología, á ellas dedicóse solícito. Ingresó en 1834 en el cuerpo de minas, y desde entonces su actividad perteneció enteramente á la ciencia. Sus trabajos en casi todos los distritos mineros de España, así lo atestiguan; sus escritos, castizos siempre, también lo demuestran, y el aprecio

que de ellos y de su persona hacían los extranjeros, páreceme su mayor elogio. A este propósito voy á leer algunos párrafos del artículo necrológico que en el *Jornal do Porto*, le dedicó D. Juan Bautista Schiappa el 28 de Julio de 1866.

«El Sr. D. Casiano de Prado, Inspector general del Cuerpo de Minas, é individuo de la Comisión Geológica de España, ha fallecido en Madrid. Las ciencias y particularmente la Geología, acaban de perder uno de sus más inteligentes cultivadores, y España sentirá como debe la falta de un hombre que, en el transcurso de su vida, contribuyó poderosamente á elevar el nombre de su patria entre las naciones civilizadas. La pléyade de geólogos extranjeros que estrechaban la mano del venerable D. Casiano, sentirán tanto la deplorable pérdida de su ilustre colega, cuanto le respetaron y estimaron durante su vida.»

«A los diversos títulos científicos que le ennoblecian, añadía el diploma de miembro extranjero de la Sociedad Geológica de Londres, nombrado en 1862 en reemplazo del distinguido sabio francés Mr. Cordier. El sitio que D. Casiano de Prado deja vacante en aquella respectable corporación, era el único que representaba nuestra Península.»

«Entre los importantes trabajos sobre minas, Geología y sus aplicaciones, con los que honró á su país, sobresale principalmente la *Nota sobre la existencia de la fauna primordial en la cordillera Cantábrica*; en la cual, al lado de los nombres esclarecidos de Barrande y Verneuil, figura el de D. Casiano de Prado, de quien sus colaboradores no dudaban decir: *Que nous nous plaçons à compter parmi les geologues les plus zelès et les plus éclairés*. Y así era. A las perseverantes investigaciones del geólogo español, debe la Geología algunas páginas brillantes en la historia de sus progresos, por el descubrimiento en España de la nueva fauna, estudiada la primera vez en Bo-

hemia por Barrande, quien por aquellos importantísimos trabajos, vinculó en su nombre indisputable gloria. Y es muy de notar, que en Inglaterra, cuyo suelo estudian incesantemente muchos geólogos, y algunos eminentes, solo hasta hace poco se reconoció la presencia de la fauna *primera*, y que en Francia apenas haya encontrado indicios Mr. Verneuil.»

«*La decouverte de M. C. de Prado*—dice Mr. Barrande—*est l'addition la plus importante qui ait faite á nos connaissances sur la faune primordiale.*» En vista de una opinión formulada en estos términos, cúmpleme guardar el más respetuoso silencio; pues cuanto pudiera decir sería ocioso y descolorido.»

«En 1864 publicó la Junta general de Estadística la *Descripción física y geológica de la provincia de Madrid*, por D. Casiano de Prado. Semejante trabajo, sobresaliente por la admirable lucidez de la exposición y los conocimientos vastísimos del autor en materias de Geología y en las ciencias con ella relacionadas, ofrece además el atractivo del estilo elegante y bello. Fué el último monumento que D. Casiano de Prado erigió á la gloria de su nombre y á la del país en que naciera y al que profesó el más vivo sentimiento de fervoroso patriotismo. ¡Libertad, pátria y ciencia eran los tres símbolos ante los cuales el hourado sabio postróse siempre reverente, consagrándoles las grandes emociones de su alma!»

«D. Casiano de Prado no era solamente un sabio, era más todavía, era un hombre de bien, en la más lata y rigurosa acepción de la palabra. Si yo no hubiera oído á sus compañeros del cuerpo de Ingenieros y á cuantos le conocieron, hablar de él con el profundo respeto, otorgado espontáneamente al hombre superior por su espíritu y por su corazón, hubiérame bastado un hecho para apreciarlo, cuyo hecho refirióme el difunto Ingeniero jefe del cuerpo D. José de Aldama y Ayala; su pér-

dida también sinceramente deploro tanto como admiré su inteligencia y aprecié su amistad. Cuando en la guerra dinástica de España se hallaba D. Casiano de Prado al frente de la dirección y administración de las célebres minas de Almadén, asediadas y estrechadas por las fuerzas de D. Carlos, vióse obligado á huir precipitadamente; más recordando, á alguna distancia, que los ingenieros que á sus ordenes tenía podrían necesitar su dinero, sin vacilar vuelve atrás con bastante peligro y les ruega, insta y obliga á aceptar unos 300 ó 400 duros, que era todo cuanto poseía, reservándose una parte insignificante para sus gastos.»

«Era D. Casiano de Prado afable en el trato íntimo, llano y complaciente. De humor jovial tenía conversación amena, variada y siempre instructiva. Deleitábase particularmente en discurrir sobre asuntos literarios, que le eran muy familiares y en los cuales revelaba, sin alarde, gran fondo de erudición. También el sabio geólogo, en los tiempos de su juventud, se dedicó á la poesía, y una vez que hablábamos acerca de esto, díjose, con excesiva modestia chanceándose, que sus tentativas poéticas fueron los devaneos de aquel tiempo. La serenidad habitual de su rostro, reflejo exterior de la vida, consagrada por entero á la lucha pacífica de las ciencias, solo la ví alguna que otra vez nublada con el temor de que los malos gobiernos acarreasen grandes desastres á su querida patria.»

En realidad nada pudiera añadir á elogio tan completo, como no sean meras indicaciones acerca de las obras del sabio esclarecido. Respecto de su carácter diré que uno de sus rasgos peculiares era el acento gallego puro, que conservaba como si toda su vida pronunciara nuestro dulce y amoroso dialecto. Cuéntase de él que habiéndole interpelado porque leía Plutarco, libro muy de su gusto, hubo de contestar que ningún hombre medianamente ilustrado debía dejar de estu-

diarlo. Hay que ver en D. Casiano de Prado doble personalidad, nunca separada en aquella larga existencia llena de azares y vicisitudes; cumplido caballero, de ideas liberales, enérgico y fuerte, jamás cedió ante la injusticia, y la razón hallóle siempre pronto á su defensa. Tenía, de una parte, el talento organizador que se lanza á reformas muy pensadas y realiza verdaderos adelantos de que son buenos ejemplos Cartagena, Almadén, Linares, Adra y Río Tinto, y de otra, aquella medida y tesón del investigador científico, arrastrado por irresistible deseo de saber. Ni era orador notable ó fogoso polemista, ni se distinguía por imaginación brillante. Su estilo es claro y preciso como las ideas, que en él se reflejan y expresan de modo admirable; la frase, galana y gráfica, tiene todo el encanto de esta hermosísima lengua española, de esta sonora prosa, perfectamente adaptable al lenguaje de la ciencia y el período, nunca largo en demasía, revela profundo conocimiento de los mejores modelos.

Reunió la dotes del escritor y las prendas del científico; no podía enseñar, pero investigaba como ninguno; no formó escuela, pero dejó las bases del estudio geológico de España que hoy se hace y su figura inspira siempre amor y respeto. Y he de notar de pasada que casi todos nuestros grandes hombres en la ciencia se distinguen por la sencillez de sus costumbres y agradable trato. D. Casiano de Prado, si alguna vez mostróse enérgico, dando pruebas de aquella firme entereza que en su juventud tuviera que poner á prueba durante los cuatrocientos días de encierro, era porque tenía razón y defendía la verdad científica contra ciertos ataques é innovaciones poco meditadas.

Por lo que á sus trabajos toca no puedo hacer sino indicaciones someras, dados los límites de esta conferencia. Refriéronse todos ellos á tres órdenes de cosas, á saber: informes acerca de minas, en los cuales

se consignan siempre ideas nuevas y originales; escritos sobre diversos puntos de Geología, donde pueden contarse muchos de sus descubrimientos, y la descripción de la provincia de Madrid. Los primeros trabajos tienen casi siempre por objeto, bien el estudio de una localidad, según acontece con las *Memorias* de la Sociedad Palentina y Leonesa, á fin de determinar su riqueza minera, bien pueden calificarse de informes magníficos, y de ello son ejemplo los escritos acerca de las minas de Almadén. Los segundos refiérense á la ciencia pura, y de su importancia dá clara muestra el documento antes leído; el geólogo español ha consignado en ellos opiniones y descubrimientos del mayor interés, de modo sencillo y claro; habiendo, sin embargo, aquel arte del lenguaje que los hace amenos y entretenidos. En este punto debe advertirse que no solo dedicó Prado su actividad á la Geología; pues á él débese también la medida de la temperatura de muchos hornos y otros varios trabajos. Respecto de su última obra, ó sea la *Descripción geológica de Madrid*, publicada en 1862, vale decir que es el modelo de cuanto después se ha hecho y nada se conoce más completo y mejor acabado.

Admirable por lo preciso de las observaciones, exactitud de los datos y claridad al exponerlos, deduciendo de ellos una série de conclusiones magníficas y comprobadas por hechos y fenómenos, no lo es menos, por el método adoptado. Comprende dos partes y un apéndice curioso, compuesto de dos notas, una titulada *Observaciones sobre la fosforescencia de los minerales y rocas de la provincia de Madrid*, y la otra *Noticias sobre cavernas y minas primordiales de España*, cuyas notas son acaso lo más original del insigne geólogo. Véase en ellas al sabio observador, de talento adecuado para el conocimiento de la Naturaleza, dotado de esa finura de percepción, cualidad de los naturalistas meri-

tísimos, en cuya virtud ven al instante las relaciones de las cosas y aquellos caracteres en los que han de fundarse las analogías y sienten, por decirlo así, antes de razonarlo, lo que es nuevo y puede contribuir al progreso de la ciencia.

En la primera parte del libro á que me refiero, consagrada á la descripción física de la provincia de Madrid, hay capítulos de singular mérito: el de la orografía, las consideraciones meteorológicas, con el examen de todos los ventisqueros, y el último, que se ocupa en la agricultura, distingüense, sobre todo, por la suma de observaciones reunidas y el criterio seguido en apreciarlas. La segunda parte es la descripción geológica, y parece que al leer los primeros artículos, se asiste á las diferentes transformaciones del suelo de la provincia, viendo formarse las rocas y los terrenos. El granito, los gneis, las rocas todas, son objeto de minuciosos trabajos y en describir fósiles y clasificarlos presenta este hermoso libro mil ejemplos de las altas dotes de D. Casiano de Prado, de aquel hombre bueno y honrado, padre de los estudios geológicos en España, de aquel sabio insigne á quien los extranjeros veneraban y tenían por maestro, desde que descubriera la fauna primordial en la Cordillera Cantábrica. Modelo de tan gran valor no había de quedar sin discípulos, y por eso la Geología y la Paleontología encontraron siempre en España distinguidos cultivadores, la mayor parte vivos, por fortuna, y cuyos nombres no he de citar, ya que sus trabajos se conocen y aprecian cuanto valen.

Al llegar aquí, señoras y señores, el tiempo me apremia, viendo que he invertido mucho y falta buena porción del tema por desenvolver. He procurado que asistiáis á aquel renacimiento científico de España iniciado en la época de Carlos III, y pienso haber cumplido mi objeto respecto de las ciencias llamadas Naturales. Queda, empero, otra parte, no menos interesante que rela-

tar; he menester ocuparme en los progresos de la Física y de la Química y debo hacerlo con cierto detenimiento, porque, aún cuando en España parece que nunca ha habido personas interesadas en sus adelantos, algunos varones doctos y esclarecidos trabajaron en ellas, consiguiendo excelentes resultados, á pesar del medio en que vivían, nada propio ni acostumbrado á investigaciones y experimentos, y por eso es mayor su mérito. Reclamo, pues, vuestra atención para otra conferencia; pero antes de terminar la presente y daros gracias por haberme oído, he de recordar, de nuevo, el hermoso espectáculo que ofrecen los naturalistas españoles de los comienzos del siglo trabajando solos, llenos de fé y entusiasmo y con tenaz empeño dedicados al estudio de nuestra Flora, conociéndose y admirándose sus obras en el extranjero, donde les tributaban honores y agasajos, mientras en España apenas se sabían sus nombres.

# 23.<sup>a</sup> CONFERENCIA

2.<sup>a</sup> DEL

## T E M A

Clemente (D. Simón Rojas).—Historia, progresos y estado actual de las ciencias naturales en España.—Rodríguez González.—Historia y estado actual de las ciencias físicas.

ORADOR

D. JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO



En la Conferencia anterior me limité á desarrollar la primera parte del tema, terminando lo concerniente á los estudios de Historia Natural propiamente dicha y no quisiera, en modo alguno, abusar de vuestra benevolencia, necesariamente cansada después del relato de los progresos de las Ciencias Naturales en España, con el cual he procurado entretener la atención que siempre me prestais generosos. Desearía ahora, que reflexionando sobre aquellos adelantos y acerca del carácter de quienes los llevaron á feliz término, contempláseis un punto á los hombres de entonces, admirando, al lado de su vasta ciencia y alto entendimiento, las prendas que adornaban sus personas; la honradez y la energía, la conciencia del deber y el amor de la patria, cualidades que en todos resplandecen, porque los sabios españoles, cuyos trabajos habeis oído referir, fueron, además de sabios, hombres de bien, en la más lata acepción de la palabra, é importa mucho

dejarlo así consignado en su mayor gloria, nunca empañada ni oscurecida por mezquinos pensamientos.

Tiempo es ya de dejar el campo de las ciencias llamadas naturales, cuya historia en nuestra patria registra nombres gloriosos, para referir la pequeña parte que nos cupo en el progreso de las ciencias físicas. En ellas no se cuentan sabios de tanta nombradía, ni en número tan crecido; mas, así y todo, hay algunos cuyos merecimientos y trabajos son dignos de constantes elogios. Modestos trabajadores en la obra que es honra del presente siglo, vivieron casi siempre perseguidos, cuando no sirviendo en tierra extraña como Lanz y Bencourt, ó escribiendo en lengua extranjera como Rodríguez-González y Orfila. Hubo, de otra parte, en los primeros años de la centuria, verdadero Renacimiento, intentos de establecer Gabinetes y Laboratorios destinados á la enseñanza experimental y á la investigación científica, de que con tanta justicia muéstranse orgullosas otras naciones, y á fin de que pueda apreciarse el valor de los sabios españoles, en cuya vida y trabajos debo ocuparme, siguiendo la costumbre, voy á indicar los caracteres y tendencias del movimiento científico, en lo que á las ciencias físicas atañe, durante medio siglo.

La Física y la Química, parécenme, señoras y señores, las ciencias exclusivas de nuestra época, ya que en ella alcanzaron su mayor esplendor y adelanto. Ramas de un mismo tronco nacieron á la par, y separadas una de otra fueron creciendo, buscando, cada cual de su parte, aire y luz que las vivificara y criara lozanas; poco á poco echaron ramas, uniéronse primero las hojas terminales, luego enlazáronse los troncos más delgados y ahora dánse estrecho abrazo de hermanas, y una en otra se confunden y forman robustísimo árbol, cuyos ramos suben airosos hasta el cielo, ávidos de luz, cuanto ricos en vigor y vida. Aquel principio de la per-

sistencia de la energía, y las consecuencias de las leyes de la Termodinámica, unieron en nuestros días la Física y la Química, y su enlace es fruto de todos los trabajos y de todos los descubrimientos realizados en el campo de la pura especulación y en el experimental, tratando de acumular datos y determinar claramente fenómenos mal conocidos. Época de grandes descubrimientos, tiempo venturoso del reinado de las ciencias, días en los cuales se construyen las mejores Máquinas y los Laboratorios destinados á realizar verdaderos portentos, tales son nuestra época, nuestro tiempo y nuestros días.

Aquel genio sin segundo que sorprendiera la ley de los mundos, realizando en la Astronomía el descubrimiento de mayor transcendencia, Sir Isaac Newton, había interpretado los fenómenos del calor y de la luz de modo extraño y aventurado, pretendiendo que existía materia luminosa y materia térmica, que exhalaban ciertos cuerpos como las flores sus aromas, y de esto dimanaba su teoría de los colores, ingeniosamente sostenida y contra la cual no bastaron, en el siglo pasado, los argumentos y estudios de Gœthe y aun tuvo en los tiempos modernos, la poderosa ayuda del genio y trabajos del esclarecido físico Biot. Los descubrimientos relativos á las interferencias y polarización de la luz, hechos por Young, Fresnel y Arago, los clásicos estudios y experimentos de Wollaston y multitud de otros relativos á este maravilloso agente causa de los colores, hicieron adoptar aquella doctrina, en cuya virtud se admite que la luz procede de movimiento vibratorio de cierta sustancia eminentemente elástica, sutil é impalpable, la cual, unida á la materia, constituye los cuerpos. De semejante modo, reduciendo la luz á meras vibraciones, colocábase en igual categoría que el sonido. Al mismo tiempo que esto acontecía, naciendo la Física Matemática, Melloni realizaba las medidas de los poderes atermo y

diatermano de los cuerpos por medio de su ingenioso aparato; Ersted descubría la acción de las corrientes eléctricas sobre la aguja imanada, que había de servir luego á Ampere para escribir aquella admirable Memoria de la teoría matemática de las corrientes eléctricas, deducida de los experimentos. Antes de ellos, Galvani y Volta realizaron ya sus memorables trabajos; Franklin, Simmer y Ramsden ilustraran con sus inventos y teorías la electricidad estática; y por el tiempo de los estudios de Ampere, Faraday, al frente de la cátedra de la Institución Real de Londres, descubría las corrientes inducidas y enunciaba sus leyes. Potentísimo fué el esfuerzo de entonces y grande la obra ejecutada; la máquina de vapor y el telégrafo eléctrico son su consecuencia práctica. El conde de Rumford, calentando agua por el movimiento de un cilindro de hierro, dá las bases de la teoría mecánica del calor y más tarde pruébese la convertibilidad de las fuerzas naturales y demostráronse la persistencia de la energía y la identidad de todos los fenómenos y he aquí como la Física entra en la Mecánica, á virtud de un principio evidente y claro, merced á la consecuencia más legítima de la ley de Mayer y Joule; quienes demostraron que cuando desaparece cualquiera cantidad de trabajo conviértese íntegra en calor, y viceversa, si el calor desaparece es para transformarse en trabajo, equivaliéndose perfectamente ambos términos. Tal es la idea completa de este gran desarrollo de la Física, reducido á determinar fenómenos valiéndose de medidas y luego verlos transformar unos en otros y todo al cabo en movimientos, si de distintas formas, de igual origen y derivados también unos de otros, mediante leyes nada complicadas, obedeciendo á principio generalísimo que á todas encierra, según la luz blanca del sol contiene los colores del espectro luminoso y sus varias actividades.

Realizó la Química mayor adelanto, si cabe; pues hu-

bo de constituirse verdadera ciencia, después que el genio inmortal de Lavoissier la había fundado. Jamás cito este nombre sin recordar aquel capítulo de su obra de Química, referente á la acción del calor en las combinaciones; porque leyéndolo, parece que presentía la Termodinámica y todo el movimiento científico de transformación á que ahora asistimos. Después de la nomenclatura ideada por Lavoissier, Guyton de Morveau y Fourcroy, vino el período de los grandes descubrimientos y de las leyes de la Química, en el cual brilla primero Berthollet, genio sagacísimo, experimentador habil, tenaz en sus ideas y amigo del progreso. Él fué quien primero puso en duda el rigor de leyes enunciadas como exactas, y valiente en la contienda, no cayó vencido, porque si sus ideas no se aceptaron entonces, bien poco distantes se hallan de las doctrinas hoy profesadas. Poseía la Química el maravilloso instrumento de la balanza que en manos del eximio Berzelius y del ilustre Rose, realizó portentos de análisis, enriqueciendo la ciencia con numerosos hechos y cuerpos nuevos. Toda la actividad de los químicos se puso un momento á inquirir combinaciones y transformar sustancias; el análisis adquirió admirable precisión y comenzaron los albores de la síntesis con los experimentos de Wöhler, quien logró hacer la urea en su laboratorio. Cuando el caudal de hechos fué inmenso, gracias á la prodigiosa actividad de Berzelius, cuyo ingenio nunca se alabará bastante, empezaron á interpretarse, y de una parte la escuela unitaria y de otra la dualista, de un lado los equivalentes referidos á pesos y de otro los pesos atómicos referidos á volúmenes, originaron aquellas disputas encarnizadas y ardientes. Vino la doctrina de las sustituciones, merced á un experimento de Gay-Lussac y á la par ella, los trabajos del gran Liebig, los descubrimientos de Dumas y el genio creador de Gerhardt y Laurent, constituyeron la ciencia de la Química del carbono,

según debe llamarse la Química orgánica. No puedo, á mi pesar, detenerme en relatar pormenores. Nada hay tan maravilloso como esta ciencia, joven y hermosa, llena de encantos que brinda á quien afanoso los busca; el que investiga está seguro de dar con algo nuevo, y no sabeis de que suerte recrease el espíritu al hallar por doquiera verdades que satisfacen el anhelo de la inteligencia y materia á propósito que alimenta y enardece el deseo de saber. Cada día descúbrense nuevos fenómenos, dilátanse más y más los horizontes ofrecidos al experimentador y las hipótesis aventuradas y las teorías ingeniosas van cediendo ante la interpretación mecánica de los hechos. Durante largo tiempo, dominó en la ciencia el criterio de la teoría atómica, gracias al cual realizáronse los mejores descubrimientos de la Química orgánica; pero ahora, desde los trabajos de Berthelot relativos á los procedimientos generales de síntesis y á las aplicaciones de las medidas calorimétricas, modificóse la noción de afinidad, mídese esta fuerza por su término más constante, y la Química entra, imitando á su hermana la Física, en los dominios de la Mecánica.

Mientras este gran adelanto, cuyas líneas generales he trazado, realizábase en Europa, nuestra patria se destrozaba con dos reacciones brutales y una guerra civil, además de algunos pronunciamientos, y mejor se cuidaban las gentes de traer ó derribar la Constitución, que de instruir á los pueblos y entrar en las corrientes civilizadoras que los transforman y mejoran. Aparte de nuestros defectos de carácter ya señalados, ¿cómo se había de adelantar un paso en el camino científico, si los profesores eran perseguidos, arrojados de sus cátedras, inhumanamente tratados y hasta tenidos por criminales? ¿Ni qué se podía esperar en una tierra siempre inquieta y turbulenta, oprimida por el despotismo, desgarrada y maltrecha, víctima de torpes ambiciones,

y hecha pedazos por sus mismos hijos? Al relatar la vida de D. José Rodríguez González y de D. Antonio Gutiérrez, vais á oír el martirologio de dos varones insignes, consagrados al estudio, ambos inteligentes, modestos y virtuosos, considerados y enaltecidos fuera de España, aquí escarnecidos y martirizados.

Carlos III, rey de grata memoria para las ciencias en España, estableciera, en Enero de 1770, con el título de Estudios Reales de Madrid, ciertas enseñanzas científicas, análogas á las fundaciones particulares de algunas ciudades de España. Su objeto era muy laudable. Pretendía crear algo semejante á Universidad modelo, con ideas modernas y excelentes bases; pero ni había personal docto, ni manera de trabajar. Sin embargo, D. Antonio Fernández Solano, animado de los mejores deseos y no contando sino con el exíguo Gabinete que los jesuitas dejaran, comenzó á enseñar Física experimental, estableciendo talleres, gracias á la diligencia y auxilio eficaz de los hermanos Rostiaga, hasta que pudo, en 1783, salir á Paris y Londres, pensionado por la Nación; á su vuelta y hasta 1804, se trabajó extraordinariamente, y algo despertóse el interés de las gentes, animadas á aprender de manera diferente del método hasta entonces seguido. Jovellanos ayudó cuanto pudo las enseñanzas experimentales, y Godoy, en quien siempre hallaron protección las ciencias, dióles su apoyo. La primera reacción todo lo echó por tierra, y cuando después de la segunda, en el año de 1824, volvieron los Jesuitas al edificio de San Isidro, arrojaron de su cátedra á D. Antonio Gutiérrez, y hasta se cree que fué objeto de alguna agresión ó acto de fuerza. Carlos III, poseído de los mejores deseos y solícito de reformas, anhelaba despertar deseos de saber, y para ello daba cuantos elementos había á mano, y sino reparó en gastos al instalar el Jardín Botánico y el Museo de Ciencias Naturales, tampoco anduvo escaso el dinero

en los Laboratorios y Gabinetes de Física, el tiempo su reinado.

Durante los postreros años del siglo pasado y aún en los comienzos del presente, gracias á la solicitud de los gobiernos y al celo de profesores eminentes, tratóse de modificar algún tanto el sentido de la enseñanza y de formar experimentadores. Había en Barcelona una Escuela de Comercio, donde se daban lecciones de Física y de Química con Gabinetes y Laboratorios, dotados de excelente material y á cargo de entendidos maestros; poseía Vergara excelente Colegio, donde enseñaron Proust y Chabaneau, la Universidad de Santiago era famosa en las Matemáticas; tenía merecido renombre la Escuela de Artillería de Segovia y las ciencias se cultivaban, merced á fundaciones privadas, en Valencia, Sevilla, Cádiz, El Ferrol, Avila y bastantes más ciudades de España; pero donde adquirieron los intentos de mejora mayor empuje fué en los Estudios Reales de Madrid en lo referente á la Física y en aquel Laboratorio de la calle del Turco, dependiente del Real Gabinete de Historia Natural, en lo tocante á la Química. Diferentes veces, aludiendo al primero de dichos Establecimientos, he procurado hacer resaltar la parte gloriosa que en su creación cupo al Doctor Fernández Solano, el cual, activo y diligente como pocos, logró, en primer término, dar á la enseñanza caracter esencialmente experimental, que nunca tuviera y después crear en España talleres, donde hábiles y expertos mecánicos pudieran fabricar los útiles necesarios y los aparatos que fuesen inventándose. Profesor distinguido, dotado de raro ingenio, cultivado en continuos viajes al extranjero, tenía, al propio tiempo, Fernández Solano la cualidad peculiar de los experimentadores, algo que pudiera llamarse inventiva, que puso en práctica cuando se construyeron, dirigidos por él, los primeros aparatos de Física, admirables modelos de perfección que podían

igualar á los mejores. Con semejante dato viénese en conocimiento de los esfuerzos allegados para llevar á feliz término nuestra regeneración científica, porque si bien tratábase de cambiar por entero el aspecto de la enseñanza, si bien queriáse formar experimentadores y crear interés y aficiones á los estudios de la ciencia, era esto con objeto de continuar la tradición interrumpida, y así en las reformas de Carlos III siempre se ha tratado de resucitar aquella especie de Academia de Matemáticas, que existiera en los siglos xvi y xvii; pero al volver á nacer, debfa engrandecerse, merced á los descubrimientos realizados, poniendo á sus individuos en tales circunstancias que de su esfuerzo y trabajo había derecho á esperar buen número de invenciones. En los tiempos de Fernández Solano desplegóse mucha actividad en construir máquinas y modelos de toda especie, los cuales repartiéronse luego á los Gabinetes de Física de España, bastante escasos de lo necesario para la enseñanza. No es mi ánimo, ni entra para nada en el objeto de esta conferencia, relatar las vicisitudes del Gabinete de Física de San Isidro, perfectamente historiadas por el Sr. Santistéban, dignísimo profesor que ha sido de aquel Instituto; más impórtame notar el caracter de lo que allí se hizo en los primeros años de su fundación. Como si hubiera deliberado propósito é intenciones de formar, no solo un gran centro de cultura científica, sino también—y esto es en mi entender el principal mérito de aquel sentido científico que se quiso implantar en España—verdadera Escuela, atendióse á crear medio adecuado al desarrollo de las ciencias experimentales. No era el Gabinete de Física de los Estudios Reales lugar destinado á elevadas investigaciones, ni aún se pretendía que de allí saliesen, en mucho tiempo, inventos de ningún género; quería desterrarse de la enseñanza aquel método imposible que jamás conduce á la verdad, deseábase modificar la cultura patria, encaminándola ha-

cia esas ciencias entonces jóvenes y siempre llenas de vida ofreciendo los más encantadores atractivos. Para realizarlo y antes de proceder á investigar, era preciso atmósfera propicia al desenvolvimiento de ciertas aptitudes, favorecer estas y sobre todo mostrar á la generalidad cuales son los hechos y fenómenos que las ciencias estudian y los medios empleados en su conocimiento á cuyos fines tendieron los generosos esfuerzos de Fernández Solano. Su cátedra experimental había de tener carácter muy popular; era menester crearlo todo, constituir ese medio científico de cultura en la multitud por el cual acierta á comprender la importancia de los descubrimientos y á interesarse en ellos. Ayudábanse las enseñanzas con el taller donde los hermanos Rostiaga dieron tan gallardas muestras de su habilidad mecánica, y de esta suerte preparábase el advenimiento de las investigaciones, ora afirmando el terreno á fin de caminar, con seguro paso, ora difundiendo los conocimientos y así en aquellos días, cuando la Botánica tenía en España cultivadores de la fama y renombre de Cavanilles, las ciencias físicas, siguiendo en su desarrollo el mejor camino, pugnaban por abrirse paso en el ánimo de todos. Los Estudios Reales fueron el modelo que habían de seguir Universidades y Escuelas, saliéndose de viejas rutinas y procedimientos desusados. Bastante tiempo después y pasados algunos años de su fundación, el eminente físico D. Antonio Gutiérrez honró aquella cátedra explicando en ella y acaso en aquel Gabinete de Física practicó sus trabajos, los cuales alguien hubo de aprovechar luego. Según aconteció á lo demás, lo mismo sucedió á los Estudios Reales al advenimiento de la gloriosa guerra de la Independencia, y particularmente, en las dos reacciones que aniquilaron, por mucho tiempo, las fuerzas vivas y la actividad de nuestra patria.

He de hacer notar todavía, respecto de lo hecho en

beneficio de las ciencias y su enseñanza, varios particulares no desprovistos de interés; entre ellos, es el primero el proyecto de la galería de máquinas y talleres de construcción que pretendieron establecerse en el Buen Retiro, no solo para ocuparse en modelos destinados á las cátedras y á la enseñanza, sino también en grandes aparatos astronómicos, y á fin de lograrlo, el Sr. D. José Radón, del Observatorio, escribió, y de cuenta del rey publicáronse, tratados de Matemáticas, destinados á la mejor instrucción de los artifices. Tal pensamiento era patrocinado por Godoy, siempre solícito del bien de la enseñanza, y dispuesto á favorecer la cultura patria, cosas ambas que le salvan de los errores cometidos durante su privanza. Tengo entendido que llegaron á publicarse algunos números de una especie de Revista, donde se describían las máquinas existentes en la galería del Buen Retiro, y aun que fué encomendada la dirección de semejante Establecimiento al ilustre D. José María Lanz, cuya vida jamás pudo averiguar mi diligencia. Perteneció al Cuerpo de Ingenieros Militares, fué amigo y compañero de D. Agustín Betencourt, ambos salieron de España, y el último, por sus grandes merecimientos, llegó á General del Imperio ruso. Lanz falleció en París, en casa de Breguet, habiendo recogido su último suspiro D. Antonio Gutiérrez, quien murió en la misma capital un año después. Los restos del primero no se sabe donde reposan, los de Gutiérrez yacen en humilde sepultura en el cementerio de Montparnasse. Quizá en la galería de máquinas del Buen Retiro y en los talleres que comenzaban á tener actividad, nació en la mente de D. José María Lanz, la idea de aquella obra que estaba destinada á inmortalizar su nombre; acaso contemplando la diversidad de movimientos de las máquinas, ocurriéronsele los medios adecuados para determinar sus leyes y la manera de transformarse unos en otros, y de tal pensamiento fué hija la obra, escrita con

Betencourt titulada *Essai sur la composition des machines*. Libro tan famoso y notable, mereció del insigne matemático francés Monge informe, dirigido al Emperador Napoleon, tan laudatario, que fué elegido, en calidad de obra de Cinemática, para la Escuela Politécnica de Paris y de él se hicieron, á lo menos, dos ediciones francesas en los años de 1819 y 1840. Aquí no se trata ya de los comienzos de una reforma, sino de sus consecuencias; y eso en ciencia que estaba comenzando y había menester grandes trabajos y verdaderos hombres de genio, á fin de establecer las primeras leyes y fijar los límites del conocimiento, y á ella llevaron Lanz y Betencourt el fruto de sus cuidados y afanes.

Debo recordar también el considerable número de trabajos relativos á la Cosmografía, ciencia que recibiera en España gran impulso, merced á los esfuerzos del célebre Mendoza, y tanto debían apreciarse y estimarse los hombres dedicados á tal género de estudios, que el famoso D. José Chaix, en las *Instituciones de cálculo diferencial é integral con sus aplicaciones principales á las matemáticas puras y mixtas*, titúlase *Vice-director del Real Cuerpo de Ingenieros Cosmógrafos del Estado*. Y tanta debía ser la fama de los españoles en semejante linaje de conocimientos, que los sabios franceses Biot y Arago eligieron por compañeros, en la medición del arco del meridiano á Chaix y á Rodríguez González. Aparte de este dato y dejando á un lado cuanto se hizo en la Universidad de Santiago, en la Escuela de Comercio de Barcelona y en diversas instituciones particulares, merece citarse el Seminario de Vergara, lugar consagrado á todo género de enseñanzas, del cual fueron profesores D. Francisco Chabaneau y D. Luis Proust.

Hasta la pragmática de Felipe II, prohibiendo que en España enseñaran extranjeros y que los españoles

fuesen profesores lejos de la patria, había cierta comunicación de ideas, venían de continuo maestros de otras naciones, y los nuestros llegaron á enseñar en Escuelas famosas de Francia é Italia. Quiso restablecerse semejante orden de cosas ya en el reinado de Fernando VI, y ejemplo de ello es la permanencia de Loeffling en los dominios españoles; pero Carlos III, llevado de su criterio liberal y reformista, invitó á maestros insignes para dar lecciones en España, según enviaba jóvenes aprovechados y hombres dados á las ciencias al extranjero para perfeccionarse al lado de los más eminentes sabios. Movíale á ello diferentes intereses. En primer lugar, la necesidad imperiosa de reformar la enseñanza, adoptando métodos en armonía con los adelantos, ya notables, de los tiempos, y á esta razón puede llamársele puramente científica; después, la riqueza minera de España y de sus Indias reclamaba estudio continuo y atento de las producciones naturales, y por eso aquel rey, de feliz memoria, dedicóse á facilitar la enseñanza de las Ciencias Naturales, especialmente la Mineralogía y la Química; porque era menester, no solo el conocimiento de la riqueza minera, sino saber explotarla en beneficio del Estado, y de aquí el afán, siempre creciente, de propagar ciertos estudios poco conocidos, y aun despreciados por la generalidad. Duró muy poco aquel Renacimiento y no tuvo tiempo para constituir un medio adecuado al posterior desenvolvimiento científico, mas tiene al cabo su importancia y es menester fijarse en el mérito de los hombres de entonces, en su constancia y fé, en su desinterés científico y en la inteligencia puesta al servicio de ideas grandes y generosas. Entre los maestros extranjeros venidos á España, cuéntanse Chabaneau y Proust, ambos consagrados á la Química y á la Mineralogía. Había estudiado el primero en París y conocíanse varios de sus trabajos, cuando en 1777 vino

á España y enseñó Lengua Francesa y Física en el Seminario de Vergara, pasando luego como catedrático á la Real Escuela de Mineralogía de Madrid. Descubrió las aguas de Cestona y acerca de ellas escribió repetidas veces, á causa de impugnaciones hechas á los análisis que había practicado, y en 1790, impreso en Madrid por la Viuda de Ibarra, publicó un libro titulado: *Elementos de ciencias naturales, dispuestos de orden del Rey*, cuyo libro refleja las ideas corrientes en su tiempo. Comienza describiendo los elementos de la tierra como sustancias mineralizadoras, nucleo y origen de todo ser inorgánico, capaz de unirse á otras sustancias y formar compuestos distintos, dotados de cualidades propias; pero dependientes, ya de un principio térreo general y primitivo ya de otros más secundarios que de él derivan. Tal doctrina sirve al autor para entrar en el estudio de los fósiles ó Mineralogía, llegando á las clasificaciones y á aquella peregrina división de los fósiles en combustibles é incombustibles, idea entonces admitida en la ciencia. Ignoro si el libro de Chabaneau, del que solo se ha publicado un tomo, fué escrito con propósito de hacer una especie de obra de texto; pero es lo cierto que si en España alcanzó lectores, según es de presumir, la cultura científica, si no muy general, no debía ser tan escasa como algunos creen. Chabaneau dispuso de un Laboratorio bien dotado y allí debió practicar análisis y dar, acaso privadamente, lecciones de Química.

Más ilustre y sabio fué D. Luis Proust. ¿Quién no recuerda su famosa contienda con el químico de mayor reputación y nombradía, con Berthollet, á propósito de la ley de las proporciones definidas? ¿Quién no recuerda aquella memorable controversia, donde ambos rivales, poniendo á prueba su saber é ingenio, lograron hacer progresar no poco la Química? Proust enseñó primeramente en Vergara y de sus lecciones cono-

cése la primera de introducción, donde expone el plan y métodos, conformes á los adelantos y progresos de la ciencia; dos años permaneció en el ilustre Seminario y volvió á Paris hasta que, en 1785, llamado por Carlos III regresó á España, habiendo enseñado primero en el Laboratorio dependiente del Museo de Historia Natural y luego en Real Colegio de Artillería de Segovia, para el que él mismo montó un Laboratorio, preparando muchos productos. En cuanto al de Madrid habíalo dotado el monarca con esplendidez: poseía aparatos de platino contruídos en los mejores talleres, magníficas colecciones de productos y minerales, y cuanto se había menester para la enseñanza é investigación científica. Es fama que Proust tenía fácil palabra en lengua española, mucha claridad en la explicación, entusiasmo científico y rara habilidad en la práctica de los análisis. Su renombre era universal, y sus trabajos, conocidos en todas partes, habíale dado reputación europea; el Rey prestábale incondicional apoyo, tenía á su alcance los medios de trabajo que pudiera apetecer y no los desperdició en verdad. Critícanle y censúranle algunos por ciertos defectos de carácter y demasías en los honorarios y exigencias; mas esto en nada aminora el mérito del sabio, el cual vióse obligado á causa de desgracias personales y las vicisitudes de la patria, á vender la riquísima colección que poseía. Hallábase pobre y sin recursos, y nada extraño es que dijera: «Yo mismo me ví en la precisión de buscar quien comprara los minerales á fin de proporcionarme algún alimento: *Fac ut lapides isti in panem fiat*, haced que estas piedras se conviertan en pan.» Y hé aquí ahora, tal como aparecen en la Bibliografía de los Sres. Maffei y Rua Figueroa, algunos de los trabajos que demuestran la actividad y diligencia de D. Luis Proust. *Análisis del espato pesado de Anzuola y del cobalto del Valle de Gistan. Experimentos hechos en la platina. Análisis de la plata roja arsenical g antimonial.*

*Observaciones sobre el sistema de los conocimientos químicos por A. Fourcroy. Indagaciones sobre el estañado del cobre, la vagilla de estaño y el vidriado. Carta sobre los salitres. Análisis de una piedra meteórica caída en las inmediaciones de Sixena de Aragón el 17 de Noviembre de 1773. Ensayo sobre las aguas de Arnedillo.* Además de esto —y es acaso donde se contienen los mejores trabajos de Proust—promovió y llevó á feliz término la publicación más notable del tiempo, en lo que á la Química y á la Mineralogía en sus relaciones con la Metalurgia, se refiere. Aludo á la Revista titulada: *Anales del Real Laboratorio de Química de Segovia*, valiosa colección de *Memorias*, las cuales, reunidas á los Anales de Historia Natural que aparecieron en Madrid, dan idea exacta de la índole y número de los trabajos de ciencias que en España entonces se hacían. Verdad es que Proust, en cuanto maestro, no logró formar escuela, ni tuvo más adepto que el capitán Munarriz; pero en la Revista citada hállanse pruebas de su laboriosidad, rara inteligencia y condiciones de sabio. Publicóse un tomo y parte de otro, y es de notar que la mayoría de las *Memorias* tratan de asuntos españoles y se consagran á descubrimientos de minerales y modificaciones en el beneficio de los mismos, ocupando el primer lugar las minas de Almadén. Hay muchos análisis, curiosos é interesantes, de minerales de plata traídos de América, de productos metalúrgicos como los broncees de Barcelona, el descubrimiento de la congelación del mercurio y los singulares métodos de reducción de la plata cornea por vía húmeda. En los citados *Anales* he encontrado una nota, bastante curiosa, referente á los trabajos de D. Fausto Elhuyar y muchas otras cosas que denotaban cierta actividad en algunas personas, aisladas, es cierto; pero cuya influencia hubiera llegado á la masa general, elevando la cultura del pueblo si los desastres de la guerra, los malos

gobiernos y sobre todo el caracter nacional perezoso é indolente, no hubiesen impedido el desarrollo de los buenos propósitos. De los libros entonces traducidos he hablado ya, encareciendo la importancia del trabajo de Munarriz respecto de la Química de Lavoissier, trabajo en el cual demostró el buen artillero conocimientos vastísimos y nada vulgar instrucción, bien es cierto que en él hubo de hallar Proust un émulo de importancia.

Tal era el medio en que habían de desenvolverse la poderosa inteligencia de Rodríguez González, el perspicuo entendimiento de Gutiérrez y el genio experimentador de Elhuyar. Como veis, aquel gran adelanto de las ciencias en Europa tenía en España su eco y preparábase la reforma; había á modo de ansias por cambiar métodos y procedimientos, se pensaba en experimentar y ya se presentaba la generación de investigadores que había de suceder á los que tanto hicieron en provecho de las ciencias en el último tercio del siglo XVIII. Mas al llegar á este punto, señoras y señores, al tratar de presentaros, en primer término, aquella inteligencia penetrante y clarísima, aquel ingenio peregrino, ocupado de continuo en arduos problemas y en observaciones de la mayor delicadeza, he de recordar una vida llena de sufrimientos y adversidades, una existencia combatida por las funestas luchas de la política, que termina víctima de sus asechanzas. Así fué la vida y de esta manera corrió la existencia del insigne matemático, del ilustre físico D. José Rodríguez González. Poco ha dejado impreso, guárdanse todavía sin publicar muchos de sus manuscritos; pero nada es esto al lado de la actividad y del trabajo del varón meritísimo que mejor representa las tendencias científicas de su tiempo, al menos en España.

D. José Rodríguez González nació en Bermés, provincia de Pontevedra, el año de 1770 y ya desde los comienzos de su vida empezaron los sufrimientos. Fué á estu-

diar Filosofía, primero al Colegio de Monforte de Lemos, y después á Santiago, y careciendo de recursos, dicese que dormía como podía y alimentábase de la sopa de los conventos. Dedicábanle, porque así era entonces uso, á la Teología; pero su vocación llevábale al estudio de las Matemáticas consagrándose á ellas con ardor no igualado, tanto que, en 1801, vésele ya Catedrático por oposición de aquella asignatura en la Universidad Compostelana. Joven y animoso, alentado por el puesto á que sus méritos le elevaran, trabajó sin descanso y no tuvo punto de reposo hasta que sus enseñanzas adquirieron justa fama y merecido renombre. Figuraos á aquel hombre verdaderamente inspirado en uno de esos momentos en que la palabra responde á la idea de modo perfectísimo; cuando, descorriendo el velo que cubría la inteligencia de sus discípulos, mostrábales la serena luz de la verdad, ó en el instante de llegar á ella, después de labor penosa, en la cual pónese á prueba la más sólida y clara inteligencia; entonces el placer de su espíritu debía ser infinito é inefable, entonces debía sentir aquella fuerza inmensa de que nadie tiene noticia, pero que hace prever hechos y fenómenos sin haberlos observado, y en su virtud, adelantarse á la ciencia de su tiempo por misteriosa intuición que tiene mucho de artística y es peculiar de las inteligencias privilegiadas como la suya. Aún vive el recuerdo de aquellas lecciones y la Universidad de Santiago, donde se halla la cátedra de Rodríguez González, quizá sin haberse modificado, guarda su memoria cual la del mejor de sus hijos y el más esclarecido de sus maestros. Es fama que poseía la rara cualidad de presentar los complicados y difíciles problemas y las teorías trascendentales con admirable claridad y de la manera que en su inteligencia las vea; tuvo la propiedad del método y he leído algunos de sus apuntes, escritos en admirable español, verdaderos modelos de concisión y elegancia; todo

en ellos es sencillo y adivínase al profesor solícito de la enseñanza y cuidadoso de presentar las cuestiones en su verdadero terreno, enlazadas con las afines, y en relación de tal dependencia y enlace que formen un todo harmónico, en el cual se halla contenida la ciencia. Basten las observaciones apuntadas para entender el carácter del profesor y adivinar cuáles serían los métodos de Rodríguez González, que logró formar no pocos discípulos, entre los que merece nombrarse el Sr. Posse, quien fué luego catedrático distinguidísimo de Física en la misma Universidad de Santiago.

Necesitaba, sin embargo, el Profesor de Matemáticas horizontes más dilatados; su inteligencia debía desenvolverse en otro medio más rico y al lado de sabios esclarecidos, de quienes pudiera aprender nuevas ideas que alimentasen sus deseos de saber, estimulándole á entrar en el camino de la propia investigación. Consiguio, en efecto, trasladarse á Paris, donde comienza la verdadera carrera del sábio, gracias á una circunstancia que merece ser notada por lo rara y extraordinaria en nuestra patria. He oído referir que Rodríguez González concurría todas las noches á una botica de Santiago, donde se reunían personas de edad madura, á quienes cautivaban su trato, entendimiento é instrucción, y tanto hubo de agradarles el joven profesor que decidieron costearle un viaje á Paris, á fin de que perfeccionara sus conocimientos; efectuóse el viaje y de seguro no tuvieron que arrepentirse de su obra los protectores de D. José Rodríguez González.

Cuando éste llegó á la capital de Francia, poco después de haber sido elevado á la categoría de maestro, disponíanse Biot y Arago á medir el arco del meridiano; contrajo amistad con ellos el sabio español y ayudóles acompañado de D. José Chaix, cuando vinieron á nuestra patria. De los trabajos de Rodríguez González como geodesta y de la consideración que en calidad de tal

merecía, dan testimonio un interesante estudio acerca de la base de Escocia, publicado en inglés durante la permanencia del ilustre matemático en Inglaterra, mientras en España se hacía la guerra de la Independencia, y su intervención en la medida de la India. Si estos trabajos eran importantes dícenlo las siguientes palabras de Sir John Leslie, profesor de Filosofía Natural en la Universidad de Edimburgo, las cuales pueden leerse en la pág. 775 del tomo I, disertación quinta de la Enciclopedia Británica, y son de esta suerte: «*In 1802 and 1803 Colonel Lambton measured á degree of the meridian in the East Indies, and found, at the latitudes of  $9^{\circ}, 35'$ ,  $-12^{\circ}, 3'$  and  $16^{\circ} 35'$  the lengths to vise sucesivelty to 60,477—60.490 and 60,512 fathoms. Hence Delambre deduced the oblateness of the terrestrial spheroid to be the 206<sup>th</sup> part. But Rodriguez, an able Spanish mathematician, who had already inticised the observations of Mugde, detected various mistakes in Lambton's calculations, which being rectified, reduced te depression of the Earth to the 320<sup>th</sup> part.*» En 1802 y 1803 el Coronel Lambton midió, en las Indias Orientales, un grado de meridiano, hallando, á las latitudes de  $9^{\circ} 35'$ ,  $12^{\circ} 3'$  y  $16^{\circ} 35'$ , que su longitud era de 60,477, 60,490 y 60,512 brazas respectivamente. De ello dedujo Delambre que el achatamiento del esferoide terrestre valía la parte 206.<sup>a</sup> de aquellas cantidades. Pero Rodríguez, *insigne matemático español*, que combatiera las observaciones de Mugde, descubrió varios errores en los cálculos de Lambton y al rectificarlos hubo de reducir la depresión terrestre á la parte 320.<sup>a</sup> Realizábase tan importante trabajo cuando el sabio español era todavía joven y no habían alcanzado sus facultades aquel grado de desarrollo y esplendor que adquirieron más adelante. Así es menester entender su transcendencia en el sentido de corregir errores cometidos por sabios de nota y justo renombre; vése en él un esfuerzo intelectual admirable, al lado de profundo

conocimiento de los procedimientos matemáticos. Ha de recordarse el estado de los trabajos geodésicos al comienzo del siglo, cuando los medios de observación eran imperfectos y necesitábase, á cada punto, calcular y tener presentes todos los errores, para comprender el mérito de Rodríguez González y cómo su trabajo valióle la consideración y aprecio de los sabios extranjeros, quienes tuvieron desde entonces por compañero. A fin de probarlo he de recordar varios hechos de su vida, tranquila y pacífica si permanecía fuera de España, inquieta y sin sosiego si acaso regresaba á la patria, ansioso de darle días de gloria y ávido de trabajar en la gran obra de nuestra regeneración científica.

En el momento que los ilustres sabios franceses Biot y Arago lo eligieron por camarada en la medición del arco del meridiano, solicitando su ayuda en la empresa, ya era conocido en el mundo científico el catedrático de la Universidad Compostelana; no se trataba de mero aficionado, sino de un igual que debía acompañarles dos años, hasta que la guerra estalló y tuvieron que huir de España. Cogido Arago redujéronle á prisión, y ya iba á ser ejecutado á no mediar Rodríguez González, quien, despreciando el peligro y arriesgando la vida, corrió en ayuda de su amigo é hizole huir de la cárcel. Con él marchóse á Francia y poco tiempo permaneció allí, aunque le ofrecieron, con mucha insistencia y encarecimiento, la cátedra de Astronomía del Ateneo de Ciencias. Por entonces brindóle el emperador de Rusia Alejandro la Dirección del Observatorio Astronómico de San Petersburgo, puesto honrosísimo que no pudo aceptar á causa de su salud. Marchóse á Inglaterra, donde trabajó sin descanso ni sosiego, y de allí provienen muchos de sus estudios de Física, referentes, sobre todo, á la polarización de la luz. Regresó á España, permaneciendo en Madrid hasta después de 1815, siendo este año víctima de persecuciones sin

cuento: su situación fué entonces muy aflictiva, carecía de lo necesario para vivir, permanecía escondido y en su correspondencia desfiguraba la letra y firmaba con nombre supuesto. De aquellos días data la carta que escribió á D. Casiano del Prado diciéndole que eran malos los tiempos para consagrarse al estudio de las ciencias. Finalmente pudo Rodríguez González salir de nuevo de España yendo á Goetinga, donde le esperaba la amistad de Werner y donde estudió Mineralogía, en la parte referente á las formas cristalinas. Los dos años que permaneció al lado del insigne profesor alemán, le fueron de gran provecho; descansó su agitado espíritu recobrando tranquilidad y viósele dedicado al trabajo asiduo con aquel interés y aquella afición que siempre había demostrado. Consérvanse de semejante época notas y apuntes inéditos que revelan la cualidad más notable de Rodríguez González, la perfecta y clara manera de entender las cosas y de expresarlas tal como son y aparecen en la realidad. Abandonó á Goetinga y trasladóse á Paris, en 1817, á fin de cumplimentar el encargo de la Universidad de Santiago, que le había comisionado para adquirir los primeros instrumentos de su riquísimo Gabinete de Física y basta mirar los que allí todavía se conservan y entiéndese cuáles eran las ideas científicas de Rodríguez González y su competencia en el asunto. Porque es de advertir que nada huelga ni es superfluo y vése, al lado de los aparatos clásicos, destinados á las demostraciones y experimentos de la cátedra, otros apropiados á investigar, entrando en aquellos caminos de la aplicación del cálculo á las leyes y fenómenos de la Física, que entonces comenzaban á abrirse, explorando terrenos nuevos y abriéndose paso en ellos, merced á la fecunda hipótesis del éter y en general á la doctrina de los movimientos vibratorios. Por entonces preocupóse nuestro sabio del estudio de la luz polarizada, en el que servíanle á mara-

villa los conocimientos adquiridos durante su permanencia en Goetinga referentes á cristalografía. Esas modificaciones singularísimas que la luz experimenta ya al reflejarse bajo cierto ángulo, ya al atravesar determinados cristales, siempre relacionadas con la posición de los mismos y de sus ejes, empezaban á estudiarse, y á ellas consagraban su afanes Biot y Arago, llegando hasta las leyes, de las cuales dedújose que la luz parece ser movimiento vibratorio trasversal del éter, anulándose en ciertas direcciones de los cristales, y entonces dícese que la luz está total ó parcialmente polarizada. Redúcense los medios experimentales á hacer incidir ó pasar un rayo luminoso por el cristal que lo modifica y luego, con otro aparato nombrado analizador, exmñanse las condiciones del fenómeno y se determinan exactamente.

Rodríguez González poseía la rara habilidad de los experimentadores, siendo, al propio tiempo, notable callista y existen algunos trabajos suyos, referentes al cufenómero citado, donde aparecen semejantes caracteres. La cristalografía, después del descubrimiento mencionado y luego que se conocieron las leyes de la doble refracción, adquirió nuevo desarrollo y no pudo limitarse al simple estudio geométrico de las formas, y hubo de tener en cuenta las propiedades físicas de los cristales y acciones sobre la luz natural ó polarizada, y así llegáronse á determinar los minerales sin acudir al análisis de los componentes. Que al sabio español eran familiares semejantes estudios ya desde sus comienzos, pruébalo el hecho de haber sido amigo tan íntimo y cariñoso del insigne Haüy, que éste le donó una hermosa colección de modelos cristalográficos, ejecutada para el celebre mineralogista, de la cual sirvióse bastante tiempo. Consta de 1.024 figuras admirablemente hechas, que la Universidad de Santiago conserva cual preciosa reliquia y venerado re-

uerdo de D. José Rodríguez González. Y cumple á mi propósito manifestar que de semejante colección valiéronse alguna vez para la enseñanza y manejáronla estudiantes sin llegar á estropearse ni perderse un solo modelo; ejemplo, en verdad, no común entre nosotros.

Galicia quiso honrarse votando á Rodríguez González para representarla en las Cortes de 1820, á las cuales vino animoso y decidido, militando en el partido liberal de quien esperaba beneficiosas reformas. No necesitaba estímulo para el trabajo, ni había menester, el que á la ciencia dedicara su vida entera, otra recompensa que la satisfacción de sus gustos, que eran solo aquellos que proporciona el conocimiento de la verdad en cualquiera orden de ideas. En Madrid contribuyó á poner en práctica aquel proyecto de Universidad Central y en 1822 fué nombrado catedrático de Astronomía, teniendo por compañeros á D. Antonio Gutiérrez en la de Física, y á D. Francisco Travesedo en la de Matemáticas superiores. Poco tiempo habían de durar las alegrías del sabio, que se creía tranquilo y en condiciones de realizar grandes trabajos. Sobrevinieron los sucesos de 1823 y el régimen de aquella reacción funesta, aniquiló cuanto tenía vigor y vida propia en España. Como La Gasca y Gutiérrez, vióse D. José Rodríguez González arrojado de su cátedra, insultado, escarnecido y víctima de persecuciones injustificadas, no habiendo cometido otro delito sino representar á su país en Cortes y haber trabajado toda su vida en el progreso de la ciencia. Obligáronle á huir, primero á Cádiz, luego á Portugal y más tarde á Santiago, donde falleció el día 30 de Setiembre de 1824, asegúrase que víctima de penalidades y sufrimientos. Por la noticia inserta en un discurso del Sr. Casares, leído en la apertura del curso de 1850 á 1851 en la Universidad Compostelana, sé que algunos profesores de esta Escuela, compañeros y ami-

gos del célebre geodesta, guardan varios de sus preciosos manuscritos; sus libros ingleses y alemanes enriquecieron la Biblioteca, y parte de las colecciones aumentaron el Gabinete de Mineralogía, donde se hallan colocados los modelos citados antes.

Tal ha sido la vida laboriosa de D. José Rodríguez González, cuyos conocimientos y estudios apenas llegan á noticia de los eruditos y de cuyo caracter he de decir algunas palabras. Su inteligencia era clarísima y penetraba cuantos problemas se le ofrecían. Dotado de rara sagacidad, experimentaba con sumo arte y, al propio tiempo que abarcaba el pormenor de las cosas, sabía elevarse á las leyes y á los principios. Figuraos un entendimiento penetrante y vivo y unida á él la especial condición de inquirir y descubrir los más pequeños accidentes de las cosas; imaginad una inteligencia educada en el cálculo y junto á ella, y con ella relacionado, el delicado sentimiento de la Naturaleza, en cuya virtud determinase la vocación apasionada por su estudio; así era D. José Rodríguez González juzgado en sus escritos y trabajos, si no muy numerosos, notabilísimos, en cuanto significan adelantos positivos en los procedimientos é indudable progreso ya que, gracias á ellos, enmendáronse errores y rectificáronse apreciaciones equivocadas. La adversidad y el infortunio templaron su alma para las luchas de la vida, é imbuído y penetrado del amor á lo verdadero fué un varón justo y bueno; padecía sin quejarse y sufría resignado injusticias y persecuciones, porque la ciencia daba lenitivo á sus penas y paz á su espíritu, contentándole en la soledad y en la tristeza y proporcionándole siempre infinitas complacencias y goces purísimos. Fué D. José Rodríguez González modelo de sabios y de hombres honrados. Su recuerdo vive en la Escuela donde se educara y en la cátedra que en ella ocupó, cual si acabara de dejarla y su enseñanza y sus ideas no cayeron en tierra estéril. Algún

tiempo después salía de la Universidad Compostelana el célebre D. Domingo Fontán, quien dió gallarda muestra del valor del esfuerzo individual, trazando solo y sin auxilios oficiales la *Carta Topográfica de Galicia*, de todos conocida y justamente ensalzada. No acierto á separarme de la memoria de D. José Rodríguez González, evocada para estudiar en sus trabajos el desarrollo de las ciencias físicas en España, ni sé de qué manera, en una sola frase, he de presentar su caracter y excepcionales aptitudes.

Ciertamente forma época, en nuestra corta historia científica, no solo en razón de sus variados conocimientos, sino también en razón del espíritu de sus trabajos, en los que vense, al mismo tiempo, el talento del investigador la delicadeza exquisita y el cuidado minucioso puesto en todo género de estudios, de lo que son evidente muestra las correcciones hechas á Mugde y Lambton, que han de reputarse y tenerse por verdadero adelanto y progreso. En semejante orden de ideas aparece Rodríguez González, según apareció después Clemente respecto de la Botánica, con el caracter de innovador, ensayando nuevos métodos y aspirando á mayores adelantos y en él habla el sabio eminente, seguro de haber llegado á la verdad codiciada y convencido de poseerla. Y solo cabe realizarlo, en primer término, cuando se conoce, toda la ciencia de la época y se posee superior inteligencia, capaz de llegar más allá del límite de los conocimientos y pues el esclarecido catedrático de Santiago reunió las cualidades del maestro, el entendimiento profundo del matemático, la sagacidad y penetración del experimentador y los alientos de quien pretende hacer algo nuevo y propio, no es menester considerarle, en su tiempo, á modo de representación de la ciencia en España ya que, por males de nuestros pecados, su cultura era muy superior á la cultura general del país, sino á manera de astro de primera mag-

nidad, que brilla, solo y triste, en un cielo oscuro, en el cual son frecuentes las tormentas políticas y las reacciones sanguinarias y crueles.

Contemporáneo de D. José Rodríguez González y amigo suyo queridísimo, fué D. Antonio Gutiérrez y sus vidas, en lo tocante á infortunios, privaciones y sufrimientos, tienen muchos puntos de contacto. A ambos guiaba el mismo espíritu y movíanse á impulsos de igual vocación; su amor á la verdad no tenía límite y por investigarla y poseerla esforzárónse siempre, poniendo en ello todos sus afanes y cuidados. D. Antonio Gutiérrez, á quien debe la mejor parte de sus progresos el antiguo Gabinete de Física de los Estudios Reales, nació el año de 1777 en Soto de la Barca del Principado de Astúrias, donde estudió primero, mostrando sus inclinaciones á las Matemáticas y á la Física experimental; vino luego á Madrid, siendo discípulo de los doctos profesores Vega é Ibarra en San Isidro; entró después en la Escuela de Ingenieros de Caminos, por el año de 1802 y fué el mejor alumno del famoso D. José María Lanz y logró, más tarde, ser pensionado por el gobierno en la Escuela Politécnica de Paris, donde ocupó los primeros puestos concluyendo allí su aprendizaje. Vuelto á España nombrósele, en 1810, profesor de Física en los Estudios Reales, separándole de su cátedra la primera reacción, que no toleraba ninguna persona de sentimientos nobles y pensamientos independientes. Entonces y hasta 1818 sufrió grandes privaciones, que no era fácil empresa vivir de la ciencia. En el citado año obtuvo, mediante oposición, una cátedra de Matemáticas en la Escuela de Pajes, volviendo en 1822 á sus antiguas enseñanzas; los sucesos del año siguiente otra vez le impidieron darlas y entonces D. Antonio Gutiérrez, temeroso de que en el Gabinete de Física pasaran las contingencias experimentadas en 1814, no solamente explicó lecciones particulares en su modesto cuarto de la calle

de la Greda número 17; su abnegación llegaba además al límite de enseñar por la mañana, al jesuita que le reemplazara, la materia que debía explicar por la tarde. En 1834 fué al Conservatorio de Artes, y al año siguiente nombrósele Director de este centro de enseñanza, cargo que desempeñó hasta su muerte, acaecida en París, en casa del célebre Breguet, el día 3 de Agosto de 1840, después de vida en extremo laboriosa, activa y accidentada.

En D. Antonio Gutiérrez ha de verse, ante todo, el maestro. Sus condiciones le impulsaban á enseñar Física y era en ello notabilísimo, hasta el punto de que en los bancos de su cátedra sentábanse, mezclándose con los alumnos personas doctas y graves, seguras siempre de aprender muchas cosas oyendo al célebre profesor. Dominábanle tendencias altamente provechosas y semejante al botánico Clemente, quería aplicar las ciencias experimentales á la Ingeniería, fundando una serie de estudios, cuyos beneficios son ahora considerables. Poseyó Gutiérrez admirable claridad al exponer ciencia; veía completas sus verdades y no solo esforzábese en presentarlas según percibíalas en su inteligencia, sino que además, llevado de su afán buscaba aplicaciones inmediatas, y el valor de semejante tendencia demuéstralo un hecho relacionado con la misma enseñanza. Cuando, en el año de 1820, tratóse de reorganizar y hacer de nuevo la Escuela de Ingenieros de Caminos, nombraron una Comisión encargada de presentar las bases del proyecto de ley necesario, y D. Antonio Gutiérrez redactó un Informe calificado en las Cortes como *«uno de los trabajos más sólidos y de más alta entidad y trascendencia»* y le acompañaba magnífico Programa razonado de la Reforma, el cual tuvo en mucha estima. Gutiérrez, en cuanto profesor de Física, no tenía rival. Su método y claridad eran admirables, mucho su entusiasmo y vastísima

su cultura científica; la palabra fácil obedecía al pensamiento, plegándose y sirviendo á la idea; la enseñanza era real y positiva, sin caracter dogmático, y prueba de ello es el verdadero amor profesado al Gabinete de Física de San Isidro, cuyo amor y solicitud obligábanle á dar lecciones á quienes arrojáranle de su cátedra, para que supiesen manejar los aparatos y no los destruyesen; raro ejemplo de celo é interés en bien de la enseñanza y de la ciencia.

Nuestro físico esmerábase particularmente en perfeccionar su método, completando datos y adquiriendo nuevos conocimientos, á cuyo fin todos los veranos salía al extranjero, donde era respetado y tratado según merecían sus cualidades. Allí entablaba relaciones con los sabios célebres y renombrados, quienes honrábanse luego siendo amigos suyos, y de semejante modo acopiaba materiales y descubrimientos recientes que añadir á sus enseñanzas. Inauguraba su cátedra, invirtiendo la primera lección en relatar de cuanto viera y aprendiera en el último viaje. Ante un auditorio formado, en primer término, de los alumnos y después de muchas personas doctas; ávidos todos los oyentes de escuchar la palabra del maestro, sencilla, elocuente, que expresaba, llena de entusiasmo, las ideas modernas, sugeridas al exponer y dar cuenta de los últimos inventos, discurría D. Antonio Gutiérrez sin emplear el menor artificio, con la claridad que es signo del conocimiento profundo de las cosas, y danle fama de peritísimo en este género de trabajos ya desde los comienzos de su magisterio. Nada podían contra sus fervientes aficiones el verse perseguido y arrojado de su cátedra, el destierro y los obstáculos hallados en todas partes; proseguía el camino sin alterarse, estudiando y enseñando Física, sacrificando el porvenir en aras de la ciencia y de los métodos de aprenderla. Completaré su caracter de maestro añadiendo que era un espí-

ritu sintético, adecuado para formar buenos discípulos y que, apartándose de viejas rutinas, creía en la eficacia del procedimiento experimental y aplicábalo con singular ingenio, haciéndolo servir á sus designios, que no eran sino facilitar la mejor comprensión de los fenómenos, á fin de establecer luego las leyes sobre bases fijas. Y no era solo maestro notabilísimo D. Antonio Gutiérrez, ocupábase también en cierto género de investigaciones relativas á la telegrafía eléctrica, á las cuales no era ajeno el eminente Breguet, cariñoso é íntimo amigo del profesor español, quien escribió algunas lecciones, insuficientes para formar idea de su vasta ciencia y superior talento. Poco antes de morir, encargárase el Gobierno de publicar sus trabajos, sin terminar, y teniendo mis noticias por exactas y verdaderas, debe existir manuscrito un tratado de Física, original de D. Antonio Gutiérrez. Ocupado en la enseñanza, que consumía la gran actividad del antiguo alumno de la Escuela Politécnica de Paris, nunca tuvo tiempo de dar forma á las ideas, ni escribir los trabajos hechos durante aquella vida llena de intranquilidades y sobresaltos. Bastan á darle fama los numerosos discípulos educados en su cátedra, donde se determinaba la vocación científica, y de ella salieron bastantes jóvenes, instruidos, más tarde excelentes profesores de Física.

A la justa fama y merecido renombre de los Estudios Reales de San Isidro contribuyeron, en medida no escasa, el talento ordenador y la enseñanza de D. Antonio Gutiérrez; en su tiempo enriqueciéronse los Gabinetes, se construyeron aparatos y la obra comenzada por el Sr. Fernández Solano progresó rápidamente. Unfáanse los esfuerzos de todos, encaminados al mismo fin; llegara la hora de empezar las investigaciones y á aquel generoso impulso parecía que iban á despertarse las actividades del país, cuando sobrevino la incalificable

reacción del 23, echando por tierra bellos proyectos, resultado de larga y penosa labor de muchos; pero tales eran en Gutiérrez la tenacidad en los propósitos y el amor de la ciencia que continuó solo la enseñanza, preparándose al advenimiento de mejores días, y ya en la Escuela de Pajes explicando Matemáticas, ya en la Escuela de Ingenieros de Caminos, persistiendo en su empeño de las aplicaciones de la ciencia al arte del Ingeniero, ó en su modestísima habitación de la calle de la Greda, siempre ejerce el magisterio y no desperdicia ocasión para estimular, en unos la laboriosidad y en otros el deseo de saber, y tal es el hombre que, al frente de un Establecimiento de Enseñanza, en los últimos años de su vida, vésele trabajando en difundir la ciencia. De sus méritos como maestro atestigua la muchedumbre de alumnos que concurría á la clase de Física y de su ciencia y saber testifican Savart, Dulong, Breguet y muchos otros sabios que le profesaban singular cariño y de su amistad diéronle la última prueba acompañando el cadáver de D. Antonio Gutiérrez, hasta dejarlo en la humilde fosa donde yace, allá en el cementerio de Montparnasse de Paris.

No sería difícil, tratándose del desarrollo de los estudios de la Física en nuestra patria, añadir otros nombres á los ilustres nombres de D. José Rodríguez González y D. Antonio Gutiérrez y contar progresos y adelantos de notoria importancia, ya en las especulaciones teóricas, ya en la enseñanza, la que, por lo menos en determinada época, algunos pretendieron, sin alcanzarlo enteramente, hacer experimental. Los pormenores relativos á la cultura de la generalidad respecto de la materia y ciencia de que se trata, demuestran su estado en España y permiten formar juicio acerca de su importancia, y así creo prolijo extenderme en semejante punto y paso á ocuparme en los adelantos de la Química en nuestra patria.

Tiene esta ciencia, señoras y señores, irresistible encanto. De una parte lo que encierra de misterioso, velado con apariencias singulares, bastantes á desfigurar enteramente los hechos, de otra, la precisión admirable de las leyes, y si á esto añádese que los descubrimientos surgen á cada paso y la seguridad de encontrar algo nuevo en lo mejor sabido y conocido, compréndese que todo contribuya á prestarle atractivos. Considérese además el interés que despiertan sus aplicaciones, y se entenderá, al punto, que haya movido, aún aquí, tantas voluntades, allá en los albores de lo que es ahora una gran ciencia. Y me complazco en decir cómo, en aquel renacimiento científico español, tuvo la Química parte gloriosa y nada escasa, según espero demostrar bien pronto al historiar los descubrimientos de Elhuyar. Con igual motivo he citado antes varios trabajos y tócame ahora enumerar otros bastante notables; tales son los titulados: *Memoire sur la decomposition de l'air atmospherique par le plomb; par M. Luzurriaga, pensionnaire du Roi d'Espagne pour la Chimie et la Medicine* (Paris, 1784) lleno de experimentos curiosos y datos en gran número muy precisos y exactos; *Resultado de las experiencias hechas sobre el alcanfor de Murcia por D. Luis Proust*. (Segovia 1789), Memoria clásica y uno de los mejores estudios del famoso químico; *Reflexiones sobre la nueva nomenclatura química, dirigidas á los químicos españoles por D. Juan Manuel de Arajula, Cirujano, de la clase de primeros de la Real Armada y pensionado por S. M. en Paris* (Madrid, 1788), que es análisis concienzudo de la obra de Fourcroy, Guyton de Morveau y Lavoissier, en el cual denótase vasta erudición y saber nada escaso; *Disertación sobre el alkali volátil, leida en las oposiciones públicas para las plazas vacantes en la Real Botica, por el doctor D. Francisco Carbonell y Bravo, Boticario colegiado de la ciudad de Barcelona*; sigue un *Apéndice* que contiene una breve noticia del método que

me propuse usar en dos casos prácticos, á saber, la sal sedativa y el xarabe de quina, libro de singular mérito y en su tiempo modelo de semejante género de trabajos, de caracter eminentemente práctico, á pesar de lo cual vése siempre el sentido innovador de quien lo escribió, pues Carbonell ha sido de los más distinguidos y notables en el cultivo de la Química aplicada á la Farmacia; y, por último, el *Exercicio público de Química que tendrán en el Real Laboratorio de esta Corte D. Pasqual Arbuxeech, D. Mariano Martinez Galinsoga, D. Josef Garriga y D. Francisco Campuzano, baxo la direccion de D. Pedro Gutierrez Bueno, catedrático de esta ciencia, el dia 16 de Julio á las seis de la tarde* (Madrid 1788), que se distingue por lo atrevido y nuevo de las proposiciones, y divídese en dos partes, una consagrada á los principios generales y leyes de la ciencia, y la otra á la práctica de la Química en toda su extensión, examinando primero los agentes de metamorfosis entonces conocidos y luego sus resultados en casos particulares, dignos de mencionarse y ser atentamente estudiados.

Y no eran menores los conocimientos que llegaban al público, pues en el periódico titulado *El Mercurio de España* del año de 1792, tomo II, pág. 286, número del mes de Julio, al anunciar la Química de Lavoissier, traducida por Munarriz, se leen estas palabras, en verdad notables: «Entre los sabios más conocidos en ciencias exactas sobresale Lavoissier, quien verificó la época que Bacon Verulamio previó había de salir de los hornillos de los químicos y consiguió la gloria de señalar un rumbo nuevo y el más natural, sencillo y acomodado para estudiar esta ciencia en la obra cuya traducción se publica. Partiendo de lo conocido á lo desconocido, no saca consecuencia que no se derive de los experimentos; coordina los hechos y analiza las verdades que descubre baxo un orden de ilación admirable, y pone á los que sigan la misma carre-

ra en estado de hacer nuevos progresos, comunicando una descripción circunstanciada de sus métodos y de las máquinas y aparatos que inventó para dar á la química una exactitud matemática; y así su obra, comunicando á esta ciencia un esplendor que nunca tuvo, merece la preferencia entre las que deben manejar los que se dediquen á su estudio.» Ahora bien: ¿es acaso posible juzgar con mayor acierto las tendencias de la obra inmortal de Lavoissier, adivinar sus alcances y entender aquel procedimiento admirable introducido en la Química por quien fué su verdadero fundador? Al escribir de semejante manera denótase perfecto conocimiento de la ciencia de la época y de los rumbos que en adelante debfa seguir y esto se publicaba, al fin y al cabo, en periódico no científico y á modo de anuncio de un libro; de manera que los estudios de la Química, sin llegar á ser populares, debían tener cierto número de adeptos y aficionados, á quienes se dirigía la noticia de *El Mercurio de España*, adeptos ya versados en los adelantos de entonces y capaces, por ello, de apreciar el mérito grandísimo de los descubrimientos y métodos de Lavoissier.

En dos sentidos, principalmente, es menester considerar el progreso de la Química en España, referentes á las investigaciones casi siempre analíticas y á la enseñanza de la ciencia y sus procedimientos. En cuanto al primero, son de advertir todavía dos tendencias: una relativa á lo teórico y especulativo, caracter que se nota en buena parte de los trabajos de Proust; y la otra, á aquellos descubrimientos realizados persiguiendo fines prácticos y de utilidad inmediata. Basta recordar los esfuerzos generosos de los mineros españoles, su diligencia en el trabajo, y las gallardas muestras que de su ingenio nos legaron, para entender la cualidad dominante de los químicos de España; y pronto, relatando el descubrimiento hecho por los hermanos Elhuyar,

podreis tener la evidencia de que siempre se buscaron ciertos resultados, y en el camino de conseguirlos, halláronse valiosos materiales que contribuyeron á formar la ciencia pura.

Tocante á la enseñanza y á los medios puestos en práctica para formar químicos, hubo nobilísimos intentos de hacerla experimental, y así lo atestiguan aquel *Ejercicio* ha poco mencionado, y la *Introducción sobre la Enseñanza de la Química*, escrita por D. Luis Proust, al frente de los *Anales del Real Laboratorio de Química de Segovia*. De las ideas y aspiraciones de este maestro, juzgareis mediante algunos fragmentos de su hermoso trabajo, y dicen así:

«Por tanto, fácilmente se percibe que esto supone de parte del Profesor, una cadena de experimentos tanto más larga de verificar, quanto mayor es el número de sus eslabones y mayor el trabajo que requiere cada uno. Este trabajo, por desgracia, es fastidioso y pesado; es penoso, y no requiere nada menos que años para rematarse; sus resultados son los verdaderos instrumentos de la Química, y estos resultados no se compran como estuches de Matemáticas; ni en Londres ni en Paris se comercian; no pueden ser obra de mano alquilada, han de ser el trabajo del mismo Profesor quien les dé el sér; ó sale Minerva armada del cerebro de Júpiter, ó Minerva no existe.»

«Estas creo sean verdades innegables para quien se proponga enseñar la Química, y no puede Profesor alguno sin desprecio de sus obligaciones, darse por entendido de ellas.»

«En efecto, si carece de ánimo para meterse en este laberinto, ó no sabe coger el hilo único que ha de guiarle y sacarle de él con lucimiento, jamás sabrá presentar la ciencia estrivada en aquellos hechos que solo pueden servirle de apanaje y ser el apoyo de su gloria; para encubrir su miseria se verá reducido á alucina-

nar sus discípulos con una estéril diversión de máquinas; y con este falso recurso, logrará únicamente el envilecer la ciencia, ó asemejar sus demostraciones á farsas de charlatanes; así como aquellos profanadores del arte de Sophocles y Eurypides, que desconociendo el artificio que conmueve los espíritus y los corazones, se valen para disfrazar su inutilidad de pomposas tramo- yas, así mismo procurará encubrir la ninguna solidez de su enseñanza con stratagemas, que rara vez engañarán á otros más que á sí mismo.» Y añade más adelante: «Con igual precipitación se echa mano de quantos medios haya, buenos y malos, capaces de contentar la impaciencia de los que mandan; y en tal caso, ¿qué sucede? Sin piedad se despoja el cuerpo de una ó dos ciencias á un tiempo de aquellas divertidas experiencias, que parecidas á brillantes bordados sobrepuestos á una tela de color sério, agraciaban su uniformidad; se amontonan y forma de ellas, un ramo de flores que por el pronto luce, pero cuyo perfume se desvanece poco después de cogidas. Hé aquí esos cursos de Química á la moda que empiezan con el brillante aparato de juegos eléctricos y pneumáticos, el estallido de las fulminaciones, el lustre del colorido de las tintas, etc..... Apurados estos milagros, sale por fin la ciencia; pero, ¿en qué estado?... Pobre, desnuda. Nadie quiere oirla y cesan sus lecciones.»

«El profesor que se propone manifestar la acción de un cuerpo sobre otro, por ejemplo, la del ácido nitroso sobre el arsénico, se empeña en tres diferentes obligaciones. La primera, explicar los fenómenos que han de resultar después de la acción recíproca de ambos cuerpos; la segunda, hacerlos inteligibles á sus oyentes, haciéndoles ver estos mismos fenómenos al tiempo que se efectúen, esto es, el ácido nitroso obrando sobre el arsénico; y la tercera, hacerles palpables los resultados de las dos acciones, por consiguiente el gas

nitroso y el ácido arsenical. ¿Este método acaso es distinto del que siguen la Geometría, la Física, la Anatomía, y en fin, cuantas ramas tiene la Filosofía Natural? Ya se vé que no.»

«¿Pues qué razon habrá para enseñar la Química de otro modo que estas ciencias? ¿La mediación de los sentidos es por ventura menos necesaria á las verdades de ésta que á las de aquellas? ¿Y necesita la Química menos que ellas apoyarse en la presencia de los fenómenos y sus resultados? ¿Acaso, en el dilatado campo de los conocimientos naturales hay ciencia ó doctrina alguna admisible solo por la mera exposición de los que la enseñan? Luego no hay motivo para separar estas obligaciones unas de otras. Ningún conocimiento necesita el apoyo de los hechos en tanto grado como la Química, á quien falta todavía aquella inmutabilidad, aquella constancia con las cuales logra la Geometría el mayor crédito entre los hombres. Cualquiera profesor que pretenda suplir la parte experimental de la Química con superabundancia de discursos, lejos de persuadir á sus oyentes lo inútil de esta parte de la enseñanza, establece tácitamente en sus espíritus la terrible sospecha de su falta de capacidad en este punto; no vé que siembra en la Filosofía Natural igual escándalo que sembraba en la Filosofía Moral aquellos filósofos de la antigüedad, y así como á éstos se les imputaba el que no sabían practicar las virtudes que enseñaban, así tambien se le podrá echar en cara el que jamás ha practicado los experimentos que relata.» Y continúa después: «Luego para dar á los alumnos ideas exactas y que puedan aplicar á los diversos empleos en que los constituya la Sociedad, es preciso analizar á su vista los cuerpos naturales, manifestarles sus principios en su estado de simplicidad y de combinación, hacérselos considerar *pasivamente*, esto es como partes constitutivas de los cuerpos y *activamente* como adecuadas para suministrarnos

nuevos instrumentos con los que se pueda penetrar y desunir los cuerpos, contra los que hasta este caso nada había podido la análisis. Se les debe hacer concebir por experimentos apropiados, que el objeto de la análisis es penetrar en la estructura de los cuerpos naturales para extraer de ellos lo que encerró en su composición la naturaleza, para que los primeros entes den á luz otros nuevos, y para correrles el velo que los substraía á nuestra vista, y cuya existencia jamás hubiéramos sospechado por su aspecto exterior.»

Creo ocioso añadir comentario alguno á semejantes palabras, donde se contiene la exposición completa del método experimental y juntamente el programa de la enseñanza moderna de la Química. En ellos muéstrase Proust maestro notable, solícito de reformar aquellas cátedras á la antigua, en el sentido reclamado por los progresos realizados en otras naciones. Ya en el comienzo del primer tomo de los *Anales*, habla de la importancia de los descubrimientos debidos á químicos españoles, manifestando sus deseos de mayores adelantos y esperanza de alcanzarlos, mediante el trabajo experimental, y considero del mayor interés semejantes ideas, aun sin referirse á la pura investigación científica, pues los métodos de enseñanza de cualquiera ciencia revelan el estado y la altura á que ha llegado en los diversos países. Los procedimientos impónelos la necesidad y móttvalos el afán de aprender é investigar, que fuera ociosa la enseñanza é inútil esforzarse en promover adelantos en un medio refractario á toda ciencia, según fué nuestra patria en época no lejana, y de ella consérvanse desgraciadamente bastantes resabios. Como última observación, notaré la importancia personal de D. Luis Proust, que aumenta el valor de sus palabras. Era, por decirlo así, quien daba el tono en materias científicas; fuera llamado á España y puesto al frente un de buen Laboratorio

para que formara químicos, practicara análisis y enseñara métodos nuevos; de él reclamábase trabajo positivo, y esperábase que de su cátedra saldrían discípulos aptos é instruídos, y de tal manera, que pudieran ser maestros, y él había de fundar nuestra moderna escuela de Química, empezando gloriosa generación de experimentadores. Compréndese, de esta suerte, que las palabras del profesor de Segovia tenían á modo de autoridad de ley, viniendo á ser el código de aquella reforma en mal hora interrumpida, y cuánto habían de influir las ideas de Proust en los hombres consagrados á la enseñanza, dícelo lo entonces hecho; pues al fin tratábase de un químico famoso, émulo del eminente é insigne Berthollet, con quien riñera batallas; de un hombre habilísimo y trabajador, cuya fama había dado la posición brillante que gozó en España bastante tiempo y nuestros químicos y catedráticos de entonces sabían que tenía la razón de su parte, y así procuraban seguir las huellas del que fuera llamado para introducir en España lo nuevo y adelantado de Europa.

Repetidas veces he indicado las causas del adelanto de los conocimientos químicos en España, con carácter de aplicación á la minería, debido á lo cual la Química analítica adquirió mayores desarrollos, y no solo en lo referente á la Enseñanza de la ciencia é instruir á la generalidad, sino también en sentido de hacer investigaciones y lograr descubrimientos. En cuanto á ello, paréceme D. Fausto Elhuyar representante genuino de la Química española, ya que á él débense las pocas cosas originales hechas en nuestra patria, y además reúne el haber sido, á la vez, teórico y práctico, químico analista insigne, ilustre reformador é ingeniero notabilísimo, y así habrá de considerársele en la cátedra y en el laboratorio, reformando el Real Colegio de Minería de México, descubriendo el *volfram* ó *tungsteno*, influ-

IN VERITATE  
LIBERTAS

UNIVERSIDAD SAN PABLO

BIBLIOTECA

GIL MUILLEN

yendo en aquella ley de minas, innovadora y liberal, y poniendo las bases de lo que fué luego la Escuela de Minas española.

D. Fausto de Elhuyar nació en Logroño á 11 de Octubre de 1757; dedicáronle, desde su juventud, al estudio de las ciencias naturales, á cuyo fin se educó en Paris, al lado de los mejores maestros. Contaba pocos años y distinguíase de tal suerte por su saber y decidida vocación científica, que al fundarse el Seminario de Vergara, llamósele para enseñar en él Química y Mineralogía. Antes de comenzar, fué á Freyberg con su hermano D. Juan José, siendo allí discípulo notabilísimo del gran Werner, y regresando á España en 1781, empezó á explicar su asignatura, dedicándose, al mismo tiempo, á investigaciones de la mas alta importancia, bien en el laboratorio, bien en aquel reconocimiento geognóstico de los montes de Navarra, buscando minerales de hierro que debían destinarse á las fábricas y fundiciones de artillería. A partir de aquí, es menester considerar la actividad é inteligencia de Elhuyar en tres órdenes diferentes de estudios, á saber: investigaciones químicas, mejoras de procedimientos metalúrgicos y reformas en diversos asuntos relativos á la ciencia de la minería. Es de notar, antes de ocuparse en las obras del insigne químico, que había alcanzado fama y renombre en sus viajes en Alemania, Bohemia, Hungría y Suecia, donde trabajara no poco ciertamente, á la par que completaba su educación científica. Era, pues, un hombre respetado por su ciencia al comenzar aquellas enseñanzas del Seminario de Vergara, sin duda de las fundaciones mejor establecidas de Europa, y tratábase de un sabio á quien distinguían y tenían en mucho los ilustres profesores Geller y Reghster. Y no defraudó, en verdad, las esperanzas puestas en sus aptitudes el joven catedrático de Química; pues á poco de consagrarse á investigaciones y análisis, publicó, juntamente con su

hermano, el análisis del *wolfram*, en cuyo cuerpo descubriera un metal nuevo, que luego se llamó *tungsteno*. Dicho análisis publicóse primero en las Actas del Seminario de Vergara y luego en folleto separado. En 1784 aparece bajo este título, en lengua francesa: *Memoire presenté à la Academie des Sciences Inscriptions et Belles lettres de Toulouse sur sa nature du Wolfram et celle d'un nouveau metal qui entre dans sa composition*, y en 1785, impreso en Londres y precedido de los trabajos de Scheele y Bergmann sobre la *pedra pesada*, titulándose *A Chemical analysis of wolfram, and examination of a new metal, wich inters into is composition*. La Memoria de que hablo contiene un descubrimiento de la mayor importancia científica, indicando, al propio tiempo, las ideas y sentido de sus esclarecidos autores. Para entender su mérito se hace preciso tener presente el significado del descubrimiento de un metal nuevo en aquella época, en que se creía su número restringido, á pesar de que el campo abierto á las investigaciones presentábase cual nunca dilatado y extenso; pero, en cambio, los métodos conocidos eran en corto número, no se habían estudiado las acciones reductoras del carbón á elevada temperatura, el poder disolvente de algunos ácidos y el oxidante de otros y ni aún llegaron ellos mismos á ser analizados. Dominaba la teoría singularísima del flogisto, y la Química estaba en los albores de constituirse ciencia, cuando los hermanos Elhuyar hallaron el *tungsteno*, analizando el *tungstato de hierro y manganeso*, llamado *wolfram* por los mineralogistas. Procedieron, en primer término, á determinar su composición, separando diversas sustancias tales como el hierro y el manganeso, hasta aislar un polvo amarillo insoluble, que tornábase azul calentándolo; lo redujeron en crisol brascado y oxidaron el régulo obtenido, que por el ácido nítrico ó el agua régia volviese pulverulento y amarillo, á ejemplo de lo acontecido en el

análisis de la *piedra pesada* que hicieran ya Scheele y Bergmann. Al llegar á semejante punto y en la página 17 de la Memoria, encuéntrase una idea atrevida, formulando el deseo de sintetizar el *wolfram*. Los químicos españoles anhelaban completar su obra; alcanzarán reducir el mineral á sus elementos, sacaron de él cuanto permitían los medios de entonces, practicados con el mayor cuidado, porque obtenido el *polvo amarillo*, sometieronlo á la acción de la plata, el oro, el mercurio y muchos metales en frío y en caliente, á temperatura elevada y en presencia del carbón, y sin embargo no satisfechos de su obra escriben: «Para completar este análisis sería preciso formar el *wolfram*, reuniendo estos principios en las proporciones en que los hemos hallado; pero esta es una operación que no hemos podido llegar á efectuar. No hemos hallado ni vemos ningún medio para hacerlo por vía húmeda y la dificultad de fundir el hierro y la alabandina y aún más la materia amarilla (que es mayor como se verá luego) son obstáculos que no hemos podido vencer para lograr nuestro intento por vía seca,» en cuyas palabras creo ver grandes deseos y aspiraciones de lograr aquellos métodos de síntesis mineralógica en los que se funda la gloria de Ebelmen, Sainte-Claire Deville y Debray.

Después de relatar minuciosamente buen número de experimentos practicados con el producto resultante de las acciones del carbón sobre la *materia amarilla*, convertida en régulo metálico, he aquí el modo de inducir la existencia del tungsteno. «Estos experimentos—dicen los hermanos Elhuyar—realizan las sospechas de Bergmann; que considerando la pesadez específica de la materia y la propiedad de colorar la sal microcósmica y el borax, conjetura que es de naturaleza metálica. La mudanza de su color al paso que se carga de flogisto; la disminución de peso absoluto y el aumento de pesadez específica, en la misma proporción; el

aspecto metálico que recibe á un fuego fuerte con la carbonilla y las propiedades que presenta en este estado; las diferentes aligaciones, más ó menos perfectas, que forma con los metales, y el aumento de peso absoluto á medida que disminuyé en su combinación con el flogisto, son pruebas incontestables de su naturaleza metálica. El polvo amarillo debemos, pues, considerarlo como una cal metálica y el botón regulino que se obtiene combinando este polvo con el flogisto por medio de la carbonilla como un verdadero metal. Pero además de estos dos estados puede este metal, como el arsénico, reducirse á ácido; pues aunque no hemos podido lograrlo hasta ahora libre de toda combinación, con propiedades verdaderamente ácidas, las combinaciones que forma con los álkalis, y sobre todo con el volátil, cuyo compuesto presenta propiedades ácidas nada equívocas, son suficientes para asegurar que verdaderamente toma el estado ácido, y tal vez multiplicando los experimentos, podrá descubrirse en breve el método para tenerlo puro, como se ha hecho con el ácido arsenical.»

«Este metal presenta varias propiedades que lo distinguen de todos los demás que se conocen, como son: 1.º Su pesadez específica, que es :: 1 : 17,6; 2.º Los vidrios que forma con los fundentes; 3.º La dificultad en fundirse, que es mayor que la de la alabandina; 4.º El color de la cal que dá por la calcinación, la cual no hemos podido llegar á fundir; 5.º Las aligaciones con los demás metales, distintas de las que forman estos entre sí; 6.º Su insolubilidad, á lo menos directa, en los ácidos vitriólico, marino y nitroso y en el agua régia y el color amarillo que toma con estos dos últimos; 7.º La facilidad con que en este estado de cal se combina con los álkalis y las sales que resultan de estas combinaciones; 8.º La emulsión que forma su cal triturándola con agua, como cuando tiene cierta cantidad de flogisto; 9.º La indisolubilidad de esta cal en los ácidos vitriólico, nitroso, ma-

rino y acetoso y el color azul que toma con este último. Todas estas diferencias son bastante notables, para que podamos mirar esta materia metálica como un metal *sui generis*, distinto de todos los demás.»

«Daremos á este nuevo metal el nombre de *volfram*, tomándole de la materia de la qual lo hemos sacado, y miraremos esta como una mina, en que este metal está combinado con el hierro y la alabandina, como queda probado. Este nombre le corresponde mejor que el de tungsteno ó tungusto que pudiéramos darle en atención á haber sido la tungstena ó piedra pesada la primera materia de que se ha sacado su cal, por ser el *volfram* un mineral que se conocía mucho antes que la piedra pesada, á lo menos más generalmente entre los mineralogistas y que el término *volfram* está ya casi recibido en todos los idiomas de Europa, aun en el mismo sueco. Mudamos su terminación *m* en *n* para acomodar mejor al genio de nuestra lengua las denominaciones de las sales que se formen con esta sustancia, llamándolas sales volfránicas.»

Examínense los trabajos experimentales de entonces, desde aquellos memorables del gran Scheele hasta las teorías de Sthal; analícese su contenido y forma; nótese la manera de inducir leyes y verdades, y de seguro no hay ninguno que supere en precisión, claridad y lógica á la *Memoria* de los hermanos Elhuyar. Basta considerar un punto en semejante estudio la manera de llegar al *tungsteno*, procediendo de modo científico y como quien sabe cuál puede ser, en definitiva, el resultado de sus investigaciones y alcanzarlo mediante razonamientos fundados en hechos ciertos, para verlo demostrado. Y no puede decirse que haya habido apresuramiento ó falta de datos experimentales; porque es de notar el considerable número de pruebas á que fué sometido el producto de la reducción de aquella materia amarilla, antes de asignarle propiedades es-

pecialísimas y tenerlo por un metal nuevo, distinto de todos los conocidos. Quien tales cosas realiza, ¿no ha de considerarse químico notable, hábil investigador y analista de primer orden? Elhuyar tiene personalidad científica propia y determinada. No se trata de maestro instruido que intenta propagar en España ciencia aprendida en el extranjero; no es tampoco mero intérprete de verdades é inventos que otros hicieron, á los cuales añade alguna que otra observación propia; ni aun escritor científico de nombradía, que presente en sus obras la verdad ataviada con las galas del lenguaje más ó menos didáctico; es el sabio que investiga y descubre un metal conociendo el término y fin á que han de llevarle los métodos analíticos practicados con rara sagacidad; es el químico habilísimo, dotado de particular ingenio, sometiendo á las acciones reductoras del carbón aquella cal que Bergmann aislara de la piedra pesada, sin sospechar acaso la existencia en ella de un nuevo elemento. Siguió Elhuyar para obtenerlo métodos conocidos, es cierto, solo que ha sido más feliz en aplicarlos; sabía que el carbón, á temperatura elevada, reduce ciertos óxidos metálicos, y óxido debía ser el polvo amarillo, residuo de los varios tratamientos del *volfram*; así al menos lo conjeturaban Scheele y Bergmann, en vista de sus análisis; al sabio español pareció que aquella cal, combinándose con el flogisto, por medio de la carbonilla, debía dar un régulo semejante al del plomo y seguro de la eficacia del método en repetidos casos, empleólo en este y preparó el cuerpo nuevo, cuyas propiedades describe al pormenor en su *Memoria*, en la cual ha de verse, no solo el sentido científico del descubrimiento y la demostración de lo familiares que eran á los hermanos Elhuyar las doctrinas químicas de entonces, sino también el juicio formado acerca del porvenir del *volfram*, porque la edición francesa de la obra termina de esta suerte: «Hasta ahora no

se hace uso alguno del volfram ni vemos en qué pueda emplearse el nuevo metal que contiene; pero no debemos deducir de esto que sea completamente inútil. Vemos á cada instante aplicarse á las Artes y á la Medicina sustancias de las que se dudaba pudieren hacerse usos. La Química, examinando las propiedades de los cuerpos, las descubre nuevas todos los días y multiplica su aplicación. Debemos esperar que esta ciencia, descubriendo las propiedades de este nuevo ser, nos hará conocer medios de sacar de él alguna utilidad.»

Aunque bastara para gloria de D. Fausto Elhuyar haber descubierto y descrito el tungsteno, debe además referirse, entre sus mejores trabajos, uno que señala el carácter del químico español, tratándose de aplicar á la metalurgia aquellos principios científicos, de los cuales puede sacarse gran utilidad. En la página 267 del primer tomo de los *Anales de Química del Real Laboratorio de Segovia*, publicó Proust un artículo titulado: *Extracto de los descubrimientos de D. Fausto Elhuyar*, donde se describe la teoría de este químico sobre los métodos de amalgamación seguidos en Hungría, que se hallan por extenso en la *Memoria Histórica*, que acerca del asunto y de orden del Rey escribió D. José Díaz de Robles. Se trataba de demostrar si el mercurio usado en el beneficio del oro y de la plata, al amalgamarse á estos metales sufre modificaciones ó se las hace experimentar á ellos, en una palabra, si la combinación metálica alterada por la sal marina con que se calcinaba, metamorfoseábase ó no, apoderándose el mercurio de su ácido á fin de dejar libre la materia metálica. Elhuyar, partiendo de que los metales nobles tienen capacidad para oxigenarse ó *reducirse en sales* siendo tal su estado cuando los mineraliza el azufre, demostró en multitud de casos y experimentos, que la sal marina que les acompaña en la calcinación, descompónese gracias á las tierras y *cornea* ó convierte en verdaderas sa-

les las moléculas de metal puro. Entonces el mercurio, en lugar de unirse directamente á la plata, la despoja primero de su ácido y cuando la deja libre se amalga-  
ma á ella, de manera que algo del mismo mercurio con-  
viértese en cloruro. Esta es, reducida á sus términos  
generales, la teoría del químico español que ha prevale-  
cido mucho tiempo; pues hábala formulado después de  
largos trabajos, análisis de la mayor delicadeza y múl-  
tiples experimentos, entre ellos los ejecutados para de-  
mostrar las acciones del agua del mar sobre la plata.  
Del mérito de semejante estudio y del valor científico de  
D. Fausto Elhuyar dá testimonio el mismo Proust, al fi-  
nal del citado artículo, cuando dice: «No me queda duda  
de que Elhuyar, aumentado de conocimientos que ad-  
quirirá en la comparación de los trabajos de Hungría  
con los de América, llegará á publicar una obra que  
hará época en la historia de la Metalurgia.» Creo sufi-  
ciente el dato apuntado para evidenciar la importancia  
del sabio español tocante á investigaciones originales.  
En ellas ha de considerársele dentro de la pura especu-  
lación científica descubriendo el volfram y en las apli-  
caciones de principios de la ciencia al beneficio de mi-  
nerales, explicando, mediante hechos y fenómenos co-  
nocidos, reacciones de cuyo mecanismo nada concreto  
se sabía hasta sus memorables trabajos.

Nombrado Elhuyar Director de Minería en la Nueva  
España, llegó á Méjico en 1788, y allí permaneció la  
mayor parte de su vida, regresando cuando hubo de  
hacerse independiente aquella provincia española, y  
volviendo pobre y falto de recursos. Sus trabajos para  
organizar la industria minera en México, fueron mu-  
chísimos y admirables. Reconstituyó el Real Colegio de  
Minas, cuya organización tantos elogios mereció del  
ilustre Humboldt; recorría las diferentes regiones per-  
feccionando métodos y estableciendo nuevos procedi-  
mientos; llegó á fundar un gran Laboratorio, donde en-

señaba Química y practicaba sus investigaciones, y tan merecida fama supo alcanzar, que Itúrbide hízole todo género de ofertas á fin de retenerlo al servicio del Estado Mexicano, rehusólas Elhuyar, y volvióse á España, donde trabajó en Almadén primero, y después intervino en aquella Ley de Minas de 1825, adoptando el libre laboreo y beneficio de ellas. Cuidóse también de la Enseñanza científica, no desperdiciando medio de reformarla y engrandecerla, y hasta su muerte, acaecida el día 6 de Enero de 1833, ni un punto dejó de trabajar de muy diversos modos D. Fausto Elhuyar, en quien se retratan fielmente las condiciones del sabio, activo é inteligente como pocos. Estaba la Química en sus albores; apenas se enunciaran leyes generales, y todavía el genio inmortal de Lavoissier no le diera forma de ciencia. Habíanse reunido muchos materiales, y en el inmenso campo de la investigación realizábanse á cada punto descubrimientos; y como el advenimiento del Sol preparábase con las suaves tintas de la rosada aurora, también los últimos alquimistas y los primeros químicos iluminaban aquella ciencia que debía constituirse con la obra de Lavoissier. A ella llevó Elhuyar sus esfuerzos y su genio, logrando hacer los estudios indicados. Además, su personalidad científica reviste el triple carácter ya señalado; fué descubridor del tungsteno, estableció la teoría de los procedimientos de amalgamación, y consagró la vida entera á promover adelantos en la Minería y en la Enseñanza; por eso en él se sintetiza y condensa el movimiento científico de España, referente á la Química, á la ciencia más joven y más hermosa, cuyos descubrimientos cautivan el ánimo, y cuyas leyes sorprenden y admiran cuando se llega á poseerlas.

He procurado esbozar ante vosotros las tendencias científicas de España y el desarrollo que tuvieron desde

el reinado de Carlos III, y réstame decir algunas palabras acerca del estado presente, que por caprichosa ley del destino y otras causas, no puede llamarse herencia de aquel glorioso renacimiento con tan buena voluntad iniciado y con tanta saña interrumpido para nuestro mal.

Tengo por verdad demostrada que toda revolución política lleva en sí los gérmenes de adelantos y progresos en los órdenes literario y científico; así puede verse cómo, desde el año 1868, nacieron deseos y aspiraciones de trabajo, y de una parte el Estado, reformando la enseñanza y de otra la iniciativa privada, esforzaronse en constituir medio adecuado para el desenvolvimiento de las ciencias, promovieron su desarrollo. Mucho falta, en verdad; pero mucho se hizo en poco tiempo, porque habeis de notar que en España la selección intelectual efectuóse, durante muchos años á la inversa, procurando conservar y fomentar lo malo y absurdo, y de aquí el fracaso de los más nobles intentos y de las mejores aspiraciones. No he de censurar á nadie en concreto porque nadie está exento de culpa. Aquel nobilísimo ejemplo de los varones insignes en cuyos trabajos contiénese lo hecho en beneficio de las ciencias, no produjo frutos de ninguna especie, ni su esfuerzo fué bastante á crear imitadores; los continuos disturbios de la patria, las ambiciones políticas, que ofrecen seguro porvenir, casi nunca á la ciencia, y siempre á la osadía; las costumbres de holganza en la multitud y su poco afán de instruirse; la falta de amor al trabajo y de interés en los adelantos, fueron las causas de nuestro atraso en largo período. Durante él nunca faltaron personas celosas que trabajaban y enseñaban, pero veíaseles aisladas y eran á modo de cosas raras y extravagantes, ya que nunca se les encontraba en las ardientes luchas de los partidos ó complicadas en motines, sediciones y pronunciamientos; hombres de buena

voluntad, amaban la paz y aspiraban á trabajar tranquilos en la soledad de su laboratorio, importándoles muy poco el régimen del gobierno y las inútiles discusiones parlamentarias.

Después de la última revolución y en estos momentos, sobre todo, las cosas cambiaron de aspecto. El santo amor de la ciencia renace, la curiosidad, de conocer la Naturaleza comienza á dominar las gentes, fatigadas de estériles disputas, ansiosas de alcanzar la verdad pura, según proviene de los hechos. Siéntese latir este deseo del espíritu, este anhelo vivísimo de una juventud rica en aspiraciones, que quiere seguir otros derroteros y pide afanosa que le enseñen el camino de la luz. Necesítase formar experimentadores como demandan los tiempos modernos; habemos menester transformarnos, es cierto, pero no faltan ni los medios ni los ejemplos, ni los deseos; solo se precisa trabajar, unir voluntades, acumular esfuerzos, y el adelanto es seguro. ¿Quereis ver las pruebas? Hace diez y seis años que, merced al esfuerzo del ilustre naturalista D. Laureano Pérez Arcas, quien habíase distinguido solo y sin más auxilio que su voluntad ya de tiempo atrás, fundose la *Sociedad española de Historia natural*, que no tiene subvención del Gobierno y es completamente privada. Lleva publicados diez y seis tomos de Memorias, trabajos y estudios originales de sus socios, los cuales refiérense siempre á nuestra patria, cambia sus Anales con las mejores publicaciones extranjeras y contribuye, en primer término, al desarrollo de la ciencia en España. Algunos profesores de la Universidad Central, reuniendo jóvenes aplicados y estudiosos, formaron la *Institución libre de Enseñanza*, lugar consagrado á educar por los nuevos y racionales procedimientos, refugio un tiempo del criterio liberal en materias científicas, donde siempre se encuentran fraternal acogida, verdadera ciencia y buena voluntad. D. Lorenzo Gómez Pardo, no-

table ingeniero de Minas y Mineralogista distinguido, donó su fortuna á la Escuela á que pertenecía, instituyendo premios destinados á profesores y alumnos y ordenando la fundación de un *Laboratorio de Química* que ahora se construye en el lugar denominado *Los Cuatro Caminos* y en breve será importante Establecimiento científico, montado conforme á los más recientes progresos. Por su parte D. Laureano Pérez Arcas, que en su cátedra formó los naturalistas que son hoy nuestra gloria, ha regalado hace poco tiempo al Museo de Historia Natural su riquísima colección entomológica, acopiada y formada en muchos años de trabajo: ejemplos son estos, en verdad, dignos de citarse y propios á estimularnos al estudio y á la labor incesante. También el gobierno sostiene dos importantes establecimientos científicos, cuyos resultados se elogian en todas partes; me refiero al *Instituto Geográfico y Estadístico*, donde se trabaja con gran acierto y despacio porque se hace bien y á la *Comisión del Mapa Geológico*, que ha publicado varias Memorias notabilísimas, verdaderos modelos en su especialidad. Tampoco he de olvidar las de la *Real Academia de Ciencias*, que siendo corporación oficial, reglamentada á la antigua, ha prestado, sin embargo, eminentes servicios en repetidas ocasiones, y esto, más algunas Revistas y periódicos, pareceme que es lo que refleja el estado actual de las ciencias físicas y naturales en España, estado si no tan próspero como debía esperarse y con carácter transitorio, que augura al menos porvenir más dichoso y días más felices para el cultivo de las hermosas ciencias de la Naturaleza.

Y ahora, al terminar, permitid, señoras y señores, que me dirija á mis compañeros, á mis amigos queridos, á los jóvenes del Ateneo. Soy el último de vosotros en ciencia y saber, pero no el menos amante y aficionado, y he de haceros un ruego. Los nombres gloriosos cuyo recuerdo evoqué esta noche, representan la patria,

esta patria adorada que exige de nosotros cuanto una madre puede pedir á sus hijos; su gloria está en la pasada historia que cuenta batallas y victorias; que la historia del porvenir cuente y relate progresos y adelantos científicos y á ellos contribuyamos, sin pretender recompensas ni solicitarlas, trabajando unidos, inflamados de santo cariño á la ciencia, de inmenso amor á la patria, según trabajaron aquellos cuyos nombres forman el tema de esta conferencia: D. Simón de Rojas Clemente y D. José Rodríguez González.

## APÉNDICE

---

Después de la anterior Conferencia he conocido nuevos datos referentes á la ciencia española en el siglo actual, y como los creo de cierto interés, aquí los añado, séguro de agradar á los lectores que deseen saber la consideración que en el extranjero gozaban los botánicos españoles D. Mariano La Gasca y D. José Mariano Mociño. El primero tuvo frecuentes comunicaciones y correspondencia con sabios extranjeros, según se demuestra por sus papeles; respecto del asunto, mi querido amigo el profesor de Valladolid, D. Augusto González Linares, hablóme de una carta del gran poeta y naturalista alemán Goethe dirigida al botánico español. Como el documento debía ser muy importante puse toda mi diligencia en buscarlo, á cuyo fin hablé con mi amigo D. Marcos Jiménez de la Espada, quien sabía que acaso tuviera noticias de semejante papel. Con efecto, manifestóme que una vez, hace ya tiempo, tuviera ocasión de examinar varios cajones de documentos pertenecientes á D. Mariano La Gasca, entre los cuales, según indicaciones de uno de sus hijos, debiera hallarse la carta buscada. Por desdicha sus pesquisas fueron vanas, porque la referida carta no pareció. Durante mi estancia en Barcelona traté al distinguido ingeniero, director de las obras del puerto, D. Francisco La Gasca, hijo del insigne botánico, el cual aseguróme la existencia de cartas de Goethe á su padre, sin que pueda asegurar donde se hallan, porque es de notar que al volver de la emigración de Londres D. Mariano La Gasca y su familia, como no pudo abonar los derechos de Aduanas le decomisaron sus papeles, que no han sido recuperados, según mis noticias. Por el testimonio de su hijo, creo in-

dudable la existencia de cartas cruzadas entre La Gasca y Goethe, referentes á asuntos de Botánica, las cuales busco con la mayor diligencia, que el asunto es por demás interesante y merece que en él se fije toda nuestra atención.

En el excelente libro de D. Miguel Colmeiro titulado *La Botánica y los Botánicos de la Península*, arsenal de datos y noticias, cuyo mérito valióle un premio de la Biblioteca Nacional, y del que me he servido en repetidas ocasiones, leí la referente á las relaciones del famoso De Candolle con el autor de la Flora de Méjico durante su destierro de España; allí habla el Director del Jardín Botánico de Madrid del prólogo escrito por el eximio botánico ginebrino á aquellas copias de los dibujos de Mociño, citando varios párrafos de semejante documento, que creo todavía inédito. En Ginebra he tratado á Mr. Alfonso De Candolle, quien me permitió traducir el prólogo escrito por su padre y que traslado aquí íntegro, sin omitir una sola palabra. Dice así:

«El rey de España Carlos IV, deseando explorar las riquezas naturales de sus vastas posesiones de América, las dividió en tres partes, y nombró una Comisión de naturalistas para recorrer cada una de ellas y recoger los objetos diversos y principalmente los vegetales que hubieren observado. Puede ser que ningún soberano haya hecho tanto por la Botánica y mejor merezca el reconocimiento de los sabios; por desgracia, circunstancias imprevistas impidieron que estas brillantes tentativas fueran tan útiles como era de esperar.»

«D. Hipólito Ruíz y D. José Pavón fueron encargados de visitar los reinos del Perú y Chile; se les asoció Dombey en tan bella empresa y recogieron inmensas colecciones de objetos, en su mayoría nuevos ó mal conocidos. A su regreso á Europa murió Dombey sin haber tenido tiempo de publicar sus descubrimientos; confió este cuidado á L'Heritier, quien sorprendido á su vez por las desgracias de la revolución y prematura muerte, no pudo ejecutar el encargo de su amigo; más felices que él Ruíz y Pavón comenzaron á publicar la Flora del Perú y Chile. El primer volumen contiene la descripción de géneros nuevos, los tres siguientes comienzan los de las especies; pero sorprendidos también con las revueltas de España y luego por la muerte, no han podido dar término á esta importante obra.»

«D. Celestino Mutis fué encargado, casi en la misma época, de visitar el reino de Santa Fé de Bogotá y con efecto estableció en la capital una Escuela de Botánica

y de la mayor parte de las ciencias naturales; educó pintores y grabadores, y consagró su vida entera al estudio de los productos naturales de este hermoso Reino; hacia pintar y dibujar todos los seres que observaba, y si su existencia se hubiera prolongado, Europa hubiera visto llegar de aquel país tenido por bárbaro, una Flora que, aunque exclusivamente americana, habría rivalizado con las obras en que fundamos nuestra mayor gloria. La muerte de Mutis suspendió tan gran empresa; la publicación de sus trabajos, comenzada muchas veces (\*) y abandonada por las guerras y revoluciones de América, no se ha hecho todavía. Sabemos, no obstante, que parte considerable de sus dibujos y colecciones, ha llegado muy recientemente á España, y el publicarlas está confiado á la vigilancia, solicitud y cuidado del célebre profesor de Botánica de Madrid D. Mariano La Gasca.»

«La tercera expedición destinada á Méjico, ó mejor al reino de Nueva España, se confió á D. Martín Sessé, al cual se asociaron D. José Mariano Mociño y D. Domingo Cervantes, ambos nacidos en Méjico y educados en aquella Universidad. Uniéronse á la expedición muchos pintores notables, entre los cuales el mexicano nombrado Echevarría, distinguióse tanto por la precisión del dibujo y la belleza y vigor del colorido, que superaba á la mayor parte de los pintores de flores de Europa; otro, apellidado Cerdá, aunque inferior, merece también elogios. Recorrió la expedición gran parte de Nueva España, con especialidad las provincias meridionales, la de México y el reino de Guatemala. Pusieron su atención los naturalistas, no solo en las plantas, sino también en animales, minerales y cuantos objetos hubieron á mano.»

«Además de estos viajes en el vasto reino de Nueva España, Mociño fué agregado, en 1792, en calidad de naturalista, á la expedición de Vancouver, que debía fijar los límites entre España é Inglaterra al Norte de California, y de allí trajo muchas observaciones y muchos dibujos de plantas de Notka.»

«Después de trece años de penosos viajes y de investigaciones laboriosas, Sessé y Mociño regresaron á España, en 1803, para depositar allí el fruto de sus trabajos y comenzar á publicarlos. Se concibe al instante, que

---

(\*) Se encuentran algunos artículos, extractos de los trabajos de Mutis, en el *Semanario del reino de Nueva Granada* de 1813. (Nota del Autor).

obra tan inmensa, ejecutada lejos de Europa, y en la continua agitación de los viajes, exigía aun mucho tiempo y mucha labor. Transcurrieron bastantes años en revisar la nomenclatura y descripción de las producciones de México, en concluir los dibujos comenzados y en emprender su grabado é impresión. Si estas últimas partes de la empresa hubieran podido responder á lo perfecto de los dibujos, la *Flora de Nueva España* hubiera sobrepujado á todas las obras conocidas; pero esta vasta publicación fracasó, como las dos precedentes, y por causas análogas; la muerte de Sessé y las guerras intestinas que entonces sobrevinieron en España, hubieron de suspender todos los trabajos científicos. No obstante, apenas establecido en Madrid el Rey José, entre la incertidumbre y obstáculos de su administración, quiso favorecer la obra de Mociño, quien por fallecimiento de Sessé era el Jefe de la empresa; dispénsóle señalada protección, que bien pronto había de serle funesta, é hizo esfuerzos para acelerar la publicación de la *Flora de México*.»

«La suerte de las armas obligó al Rey José á abandonar á Madrid y luego á España. Dióse orden á Mociño para embalar sus dibujos y manuscritos y seguir al ejército francés, con el que llegó á las provincias meridionales, después de la batalla de Vitoria; Zea y Mociño tuvieron la idea de venir á refugiarse en Montpellier; conocía al primero por haberle visto á menudo en París, y al segundo por la reputación que su empresa, todavía inédita, le había dado. A ambos recibí como á compañeros célebres y desgraciados, y ofrecí á Mociño cuantos medios tenía á mi disposición para dar cima á su importante obra. Fué entonces cuando me enseñó 1.400 dibujos de plantas, nuevas casi todas, y otros tantos de animales, ejecutados con rara perfección. Persuadido Zea, en vista del estado de España, de la imposibilidad de publicar tan inmenso número de objetos nuevos, comprometió á Mociño para ofrecirme insertar en el *Sistema Universal del Reino Vegetal*, que á la sazón comenzaba, las descripciones de especies descubiertas por Sessé, Mociño y Cervantes; acogió Mociño esta idea con tanta más facilidad, cuanto tuvo ocasión de percibir, al instante, como la nomenclatura de sus plantas, establecida lejos de las Bibliotecas y Herbarios europeos, tenía muchos errores; ofrecíome la comunicación completa de sus dibujos y manuscritos, á condición de que, luego de haber rectificado la nomenclatura, insertaría en el *Sistema*, con el nombre de los autores de la *Flora de México*, todas las especies por ellos descubiertas.»

«No tenía en su poder Mociño los manuscritos de las descripciones hechas con las plantas vivas; por consecuencia de los desastres y retirada del Rey José, se llevaron á Paris mezclados con otros papeles. Zea llegó á descubrirlos y me los envió. Cuando de esta manera fuí depositario de los manuscritos y dibujos, comencé á ocuparme en su estudio minucioso; he consagrado á semejante trabajo cerca de un año, y siempre que los recuerdos de Mociño podían resolver las dificultades que se me ofrecían, no he desdeñado interrogarle para que me ayudara á conocer la verdad; pero habían pasado muchos años desde su vuelta de México, y desde entonces habíase ocupado más en describir animales que plantas, y recientemente grandes infortunios y vivas inquietudes, que le asaltaban en avanzada edad, cuando no aspira el hombre sino al reposo, hiciéronle perder, poco á poco, la memoria de buena parte de sus trabajos, y la actividad necesaria para terminarlos. Así es, que en la mayoría de los casos, halléme reducido á las descripciones y á los dibujos.»

«Las descripciones que tuve en mis manos eran muy incompletas, ya porque muchos volúmenes se extraviaron, ya porque en las que llegaron á mi poder encontrábanse diversos artículos, relativos á dibujos que faltaban, ya, porque en los casos en que los viajeros creyeron hallar una planta común, no la describieron, ya, en fin, porque adoptaron un sistema de descripciones, muy poco circunstanciado desgraciadamente. Lo que he podido sacar de los manuscritos ha sido: 1.º la indicación algo más detallada de la patria de las plantas y algunas notas sobre la época de las floraciones; 2.º el conocimiento de algunos usos locales; 3.º el de los nombres vulgares y sinónimos de Hernández, cosa de mérito muy notable á mis ojos. Antes de haberme sido comunicados los trabajos de que doy cuenta, parecía imposible referir las descripciones abreviadas de Hernández á las especies y á menudo á los géneros conocidos; era también difícil tener confianza real en una obra con tantas figuras de objetos desconocidos y extraordinarios. Uno de los primeros resultados de mi trabajo fué, pues, acrecentar mi aprecio hacia la obra *Thesaurus rerum medicinalium novæ Hispaniæ* y darme algunos medios para referir á sus géneros una parte de las especies en semejante libro designadas. Los nombres vulgares—me complazco en repetirlo—me han sido sobremanera útiles y, en este caso, no sé de qué manera encajear cuanto importa no desdeñarlos en los viajes lejanos, como medio de relacionar á los naturalistas con

los habitantes del país que recorren y á ellos mismos con otros viajeros, que ignorando el lenguaje de la ciencia, se sirven de esta nomenclatura popular. Compónense casi todos los nombres de Nueva España de diversas palabras que expresan su naturaleza ó ciertas semejanzas; son en general vocablos de longitud desesperante (\*) y pertenecen á tres dialectos: 1.º el verdadero mexicano, que hablan los indígenas de las cercanías de México y de Tlascalla, del cual se ha servido Hernández casi siempre; 2.º el dialecto *Otomí* que hablan los indígenas de una parte de la provincia de Valladolid, los de Querétaro y Zacatecas; 3.º el dialecto Jarasca (según Mociño), que se halla en Sorona y Durango. Es necesario añadir á estas tres lenguas los nombres dados por los españoles á los productos que encontraron en sus nuevas posesiones, nombres formados, unas veces, por comparación con objetos europeos y otras con nombres indígenas, más ó menos alterados.»

«Los dibujos hechos en México han contribuido mucho para facilitar el trabajo de las descripciones que había emprendido. Estos dibujos encargados, según antes he dicho, á diversos pintores, eran muy desiguales respecto del arte de la ejecución; pero en cuanto á sus formas generales, parecían exactos y aún también en cuanto á los pormenores botánicos, lo que podía juzgarse: 1.º por la precisión con que estos se representaban; 2.º, por la facilidad con la cual, en la mayoría de los dibujos, se referían á familias y géneros conocidos, expresando los caracteres más minuciosos de la flor y á menudo del fruto; 3.º, porque, en cuanto á las especies ya conocidas, felizmente halladas én esta colección, se podía asegurar su exactitud comparando el dibujo con las láminas y descripciones publicadas, y en ciertos casos con las plantas vivas: dos dibujos de Capuchinas, Eliantos, Georginas (que se hallan en la expedición de Sessé y Mociño), Steria, Grindelia, Banano, muchas Parsifloras, etc.; estos dibujos de plantas bien conocidas en Europa, tienen para mí tanto ó más valor que las especies nuevas, porque me probaron que los otros eran fiel representación de objetos realmente existentes. Sus relaciones con muchas figuras de Hernández confirmaron más aún semejante resultado, é insisto en ello; pues sin confianza en la verdad de los dibujos, fuera mi trabajo inútil por completo. Pienso que nadie que los

(\*) Véanse algunos ejemplos: *Tomahoaclacopatti*. *Coapthisdatepeqnaquilex*. *Istaepalilepuscullula*. (Nota del Autor).

haya visto puede dejar de considerarlos auténticos y fidelísimos.»

«Algunos tenían nombres correspondientes á las descripciones manuscritas ó á las de Hernández, la mayor parte no lo tenían. Después de haberlos examinado atentamente, establecí, de concierto con Mociño, la nomenclatura, fundada en sus caracteres y relaciones. Hemos conservado, todo lo posible, los nombres adoptados en un principio por sus autores y cuando me encontré en el caso de cambiarlos ó usarlos nuevos, fué siempre prévia la aprobación de Mociño. Resultó del trabajo emprendido, que la colección abrazaba CIENTO DIEZ GÉNEROS NUEVOS y DOCE MIL ESPECIES desconocidas de los naturalistas modernos y, sin embargo, no teníamos en nuestras manos sino parte de los dibujos y descripciones reunidas en toda la expedición! ¡el resto permanece en Madrid ó se ha perdido en los azares y desgracias de la guerra!»

«Muchos géneros y especies, considerados nuevos por nosotros, acaso se hallan, sin duda alguna, en la gran obra botánica de Humboldt, no publicada en la época de nuestro trabajo: cuando pueda conocerlos en el *NOVA GENERA ET SPECIES PLANTARUM AMERICANARUM*, me dedicaré á referir á él los nombres de Humboldt y consideraré su concordancia nueva prueba de la fidelidad de los dibujos de la Flora de México. Por otra parte, he enseñado los dibujos de géneros nuevos á Humboldt y Kunth, quienes reconocieron escasísimo número iguales á los de su colección. En el hecho puede hallarse indicio del prodigioso número de especies pertenecientes á esta región botánica; pero antes de hablar de la vegetación Mexicana, es necesario decir todavía algunas palabras acerca del método adoptado en el trabajo. Los géneros que nos parecieron nuevos se designan con nombres de ordinario diferentes de aquellos que los autores les señalaron, porque los primitivamente adoptados, diéranse en el intervalo á otros géneros. Los elegidos por nosotros tuvieron por objeto consagrarse la memoria de los Mexicanos que prestaron algún servicio á la ciencia, ó que desempeñaron papel importante en la historia de la civilización Mexicana; así hemos dedicado el más notable de todos los géneros coleccionados al Emperador de México Montezuma (ó como dicen los indígenas, Moctezuma) célebre por el lujo de sus jardines; Mociño ha deseado consagrar otros á los nombres de Palafox, uno de los primeros obispos reformadores de México y fundador de su Universidad, de Covarrubias, Llave, Palaciana, León de Montaña y Ríos, distingui-

dos aficionados á la Botánica y la mayor parte amigos de los autores; al Virey Azansa y á su mujer, nacida en Alegría, ambos protectores decididos de la expedición botánica; á Vancouver, célebre viajero con quien Mociño hiciera la excursión de Notka y en fin, á Cerdá y á Echevarría, pintores agregados á la expedición de Nueva España. Después de haber consignado, en los fastos de la ciencia, los nombres queridos de los autores de la Flora Mexicana, hemos llamado los géneros que por alusiones faltaban por designar, ya según sus caracteres, ya mitológicas, ó dedicándolos, como es uso corriente en la ciencia, á los botánicos dignos de semejante distinción.»

«Terminado el estudio de los géneros mexicanos, hice copiar cuidadosamente los caracteres genéricos, siempre con aprobación de Mociño, casi bajo el método de Plumier y Forster. Mi proyecto era publicar las descripciones y simple trazado de las figuras de los CIENTO DIEZ GÉNEROS desconocidos, descubiertos por Sessé y Mociño, á fin de hacer conocer al público la importancia y extensión de los trabajos. Los dibujos, ejecutados por Mr. Rade-Veran, dibujante del Jardín de Montpellier, dan idea muy exacta de los originales y merecen elogios de los conocedores. Interrumpióse este proyecto por varias circunstancias y no se ejecutó; acaso algún día trate de llevarlo á cabo, si el mismo Mociño no publica la Flora de México.»

«Lo relativo á determinación de especies fué más largo, aunque menos difícil. Debo decir aquí como en algunas partes del trabajo me ayudaron Mrs. Dunal y Cloquet, doctores de Medicina y ambos conocidos por obras notables. Independientemente de las especies luego descritas, Mociño permitió á Dunal insertar en sus Monografías de las Solanaceas y de las Anonaceas todas las de su colección referentes á los géneros de que en ellas se ocupaba; á Colladón concedió igual permiso para las especies de Cases. En general procuraba siempre, con el mayor y más perfecto desinterés, que su colección fuera útil á la ciencia.»

«Conforme á semejante criterio dióme Mociño, cuando salí de Montpellier, una prueba preciosa de su estimación y amistad: al devolverle los dibujos que tuve en mí poder dos años, no quiso, en manera alguna, recibirlos: No, —me dijo— *soy muy viejo, muy desgraciado y estoy muy enfermo para ser útil á la Botánica; llevadlos á Ginebra, os los doy y os consto, en el porvenir, el cuidado de mi gloria científica.* Recibí tan preciosa colección como el mayor testimonio de amistad del excelente Mo-

ciño y á modo de acicate para hacer públicos sus importantes trabajos. Llévelos á Ginebra en Otoño de 1816 y guardélos durante más de seis meses »

«En tanto dulcificóse la especie de rigor que tuviera á Mociño desterrado de España, sucediendo á aquellas medidas sentimientos generosos y este viejo respetable, que después de haber consagrado su vida entera á trabajos útiles, veíase amenazado de morir en suelo extranjero, fué llamado á la patria, donde encontró amigos en aquellos que siguieran un partido contrario al suyo y tengo empeño en decir aquí que en la época de la persecución más activa hácia los españoles que abrazaran la causa del Rey José, La Gasca, director del Jardín Botánico de Madrid, quien durante toda la guerra, hicieron armas en favor del Rey Fernando, ha demostrado su estimación por Mociño dedicándole un género de plantas en la misma página en la cual dedicaba otra al príncipe Fernando. Mociño resuelto á entrar en España, no quería presentarse sin la colección de sus dibujos: me escribió pidiéndola en Abril de 1817, y según el día que deseaba ponerse en camino, quedaban muy pocos para mandársela. Sentía perder para siempre los medios de estudiar esta bella obra y deseaba conservar, por lo menos, algunos contornos de las principales plantas de la colección; dirígeme, con tal objeto á diferentes personas, quienes, como estudio particular del dibujo, copiaran varias de estas plantas; me consideraba feliz obteniendo veinte copias; pero cuáles no serían mi sorpresa y reconocimiento cuando ví manifestarse en todos los artistas y aficionados de nuestra ciudad, el celo más amable y activo por conservar aquí tantas copias como fuere posible de los dibujos de la colección mexicana. No solamente las personas relacionadas conmigo, sino aquellas que no tenía el honor de conocer, ofreciéronme, con particular empeño, su lapiz ó su pincel. Más de cien personas (\*), animadas del mismo interés, pusieron manos á la obra; los principiantes calcaban los dibujos, en parte los coloreaban los aficionados y encargábanse los verdaderos artistas de los objetos más difíciles; los profesores dirigían á sus alumnos, y los que no sabían pintar, esforzándose por ser útiles, buscaban, entre sus conocimientos, colaboradores para la empresa, que tomara carácter nacional por la reunión de tantas voluntades. Gracias á

---

(\*) Ciento ocho conocidas mías, sin contar los anónimos, de quienes hay cuarenta y seis dibujos. (Nota del Autor).

este conjunto, que no puede hallarse sino en una república, que ha hecho de todos una familia; gracias á la multitud de talentos ocultos, por decirlo así, en todas las clases de nuestra ciudad; gracias á las consideraciones particulares de que el público de Ginebra quiso darme testimonio en semejante ocasión, en ocho días copiáronse enteramente ochocientos sesenta dibujos por completo y en lo tocante al trazado y colorido de fragmentos más ó menos extensos y se conservaron los contornos de ciento diez y nueve. Añadí á esta colección otros setenta y uno, que tuve tiempo de hacer copiar en Montpellier, y trescientos cinco duplicados que Mociño me había regalado: en definitiva no quedaron sino noventa y ocho dibujos de la colección mexicana de que no tengo copia alguna; pero como en ellos comprendense especies ya conocidas de los botánicos, el déficit real es menor de lo que aparece.»

«De tal manera he formado una colección nueva de mil trescientos dibujos, desigual, sin duda alguna, en lo perfecto de sus elementos; mas siempre suficiente para el estudio y que tiene para mí encanto y precio inestimables. No solo veo en ella preciosa muestra de la benevolencia de mis compatriotas, sino que tengo, además, la gloria de haber sido causa ocasional de un suceso que hace honor á Ginebra, porque demuestra en qué grado son populares las artes y el espíritu público que anima nuestra ciudad. En las señoras encontré, sobre todo, el talento y celo de que hablo y ruego á cuantas han cooperado en mi empresa, que vean aquí la expresión de mi profunda gratitud.»

«Me sería agradable detallar ahora la parte desempeñada por cada una de las personas que se prestaron al trabajo; pero veríame precisado á enumeración individual, y si en ella omitiera algún nombre, podría creerse que no he apreciado su concurso como en realidad lo aprecio. El índice alfabético de los pintores, que transcribo uniendo á los nombres la lista de los dibujos, suplirá cuanto pudiera decir; pero debo, sin embargo, apartarme de esta regla, al mencionar ciertos servicios sin lugar apropiado en la lista de los dibujos. Así, aun cuando el nombre de Mad. Lavith no se encuentra en ella, lo supliré diciendo que, por su consejo, he intentado, en primer término, hacer copiar la colección entera, á lo cual contribuyó ella poderosamente, ya buscando colaboradores, ya trazando muchos bocetos. Aunque el nombre de Mad. Reverdin no aparece gran cosa en la misma lista, ha tenido parte importante en la empresa, porque hizo ejecutar á los alumnos de la escuela que con

tanto éxito dirige, casi todos los calcos y contornos, que abreviaron el trabajo de los coloristas, y ha vigilado esta operación con solicitud digna de todo mi reconocimiento. En fin, aunque el nombre de Mr. Almeras no figura en el índice, sino por cierto número de dibujos, este número no dá idea completa de los servicios prestados á la colección, á la cual ha contribuido distribuyendo modelos á todos sus discípulos, y dirigiendo las copias con exquisito celo.»

«Aunque lo he dicho todo, no podría terminar esta noticia sin recordar el verdadero talento y ardor infatigable con que diversas personas se consagraron al trabajo, tales son principalmente: Mrs. Almeras, Jopfer, Anspach, Coindet, Soret, Heyland, Verre, J. De Candolle y el joven Deville; Mesds. Tollon, Eynard, Vaucher, Almeras, Saint-Ours, Odier (3). Mlles. Rath, Salles, Veirassaz, Vindisth, Decarro, Fabri, Clinitt, Covelle, Revilliod, Colladon, Pictet (5), Martín, (3) Beaulacre, Amat, Ployard, Galadin, Vully, Mallet, Bouvier, y bastantes más, entre las cuales no olvidaré á Mlle. Empart, que á la edad de setenta y seis años quiso tomar parte en la empresa, ni, en fin, á Mlle. Lullin y Mr. Vander Voestine, quienes poco después murieron en el esplendor de la vida, y de cuyos servicios podemos hablar libremente, cuando ya lo ha hecho la posteridad. También algunos extranjeros, tales como Mad. Mostyn, unieron sus esfuerzos á los esfuerzos de los nacionales, y algunos anónimos, cuyos trabajos poseemos, sin haber podido, en circunstancia alguna, manifestarles nuestro reconocimiento» (\*).

«Todas las obras, colocadas por orden metódico, en los trece volúmenes, cuya introducción es la presente, se conservarán como regalo precioso del favor público, y muestra del caracter peculiar de nuestro país, y tomaré las medidas necesarias á fin de que semejante obra, después de mi muerte, no salga nunca de Ginebra, y pueda servir constantemente para la enseñanza de la Botánica y aliento del espíritu público.»

---

(\*) Una de las señoras que prestaron su concurso á Mr. De Candolle, ha sido Mlle. Zeigler, próxima pariente de mi amigo queridísimo Mr. Zeigler, de Ginebra.



# 24.<sup>a</sup> CONFERENCIA

---

## T E M A

Alcalá Galiano.—El periodo constitucional de 1820 á 1823.  
—Causas de la caída del sistema constitucional.— La emigración española hasta 1833.

### ORADOR

DON LEOPOLDO ALAS

---

#### I.

*Señoras y Señores:*

Aunque parezca egoismo comenzar hablando de mi humilde personalidad, así me lo exige el instinto de mi propia defensa.

Ha dicho un escritor castellano, el malogrado Selgas (aunque no estoy seguro de que no lo hayan dicho otros antes), que era el ridículo el arma que más temía el hombre moderno. Yo, que soy hombre moderno también, temo mucho el ridículo, y no se por qué se me antoja ver en mi situación presente algo que puede hacer reír.

Vengo, señores, de una de las provincias del Norte: para llegar á dar esta conferencia he tenido que atravesar el puerto de Pajares, he tenido que sufrir mucho frío, exponerme á verdaderos peligros, cuales son los que ofrece el tránsito en ferrocarril por aquellos túne-

les y sobre aquellos viaductos. Y antojábaseme á mí, cuando venía entre la nieve padeciendo los rigores del clima y otra clase de molestias creadas por los hombres, parecíame tal situación algo semejante á la del héroe de una novela francesa recientemente publicada, que habreis leído muchos de vosotros: *Tartarin sobre los Alpes*, es el héroe de la vanidad que va á exponerse á peligros serios, que va á atravesar ventisqueros, que va á subir á la Jung frau, el Rigi, el Montblanch, para hacer ondear en sus cumbres la bandera del *Club de los Alpines*. Pues yo, señores, ¿no me parezco en algo á este Quijote de la Provenza? Vengo atravesando nieve y sufriendo los inconvenientes de un viaje para dar una conferencia de provinciano ante vosotros que sois los atenienses de España; y como esto es algo ridículo y me presento á vuestros ojos como otro caballero de la triste figura, me atrevo á deciros, aunque haya en esto algo de ingratitud para con el digno presidente del Ateneo, me atrevo á deciros, en puridad, que he venido también..... á algunos asuntos particulares. (*Risas*).

Señores, yo no he conocido al mónstruo. Me refiero á Alcalá Galiano. (*Risas*). Sabeis todos que huyendo Esquines de Demóstenes, cuando daba ya lejos de Atenas lecciones de oratoria, á los discípulos que se entusiasmaban al oírle describir el modo de hablar de su vencedor, les decía todavía asustado: ¡Ah! ¡Pues si hubiéseis oído al mónstruo! Pues yo no le he oído; vengo á hablaros de un ilustre orador á quien habreis conocido muchos de vosotros y al cual yo no he conocido: mi situación, por consiguiente, es por este lado bastante anómala. Además, en esta misma cátedra y en esta misma série de conferencias han ocupado recientemente vuestra atención ilustres socios del Ateneo, á los cuales, por un concepto ó por otro, daba gran prestigio la autoridad que tienen. Hace pocos días hablaba desde este sitio un ilustre general, el Sr. Gómez Arce; ha-

blaba poco antes otro ilustre general, el Sr. Marqués de San Román, y antes que éste y ocupándose de materia muy análoga á la que á mí me ocupa, hablaba desde aquí el que yo me atreveré á llamar Nestor de la política española. Todos recordareis cómo pintaba Homero á Nestor; Nestor se presenta á dirimir las contiendas de Agamenón y de Aquiles, y les dice: soy el rey de Pilos, he visto pasar dos generaciones y vivo ahora con la tercera que soy vosotros; y si vosotros sois héroes, si sois valientes y ostentais hazañas dignas de ser contadas, más valientes, más prudentes que vosotros fueron aquellos héroes á quien yo ví combatir en la guerra contra Tebas.

Pues bien, el Sr. D. Andrés Borrego es el Nestor de la política española; el Sr. Borrego que me ha precedido en este sitio y ha tratado materia análoga y que se dá la mano con la mía, representa la generación coetánea del hombre á quien debo biografiar, él ha visto al mónstruo y ha presenciado sus hazañas, y le ha visto en la edad de la juventud, en los momentos de su mayor inspiración, en toda la plenitud de su grandeza, en la época de mayor abnegación de su espíritu liberal. ¿Cómo yo me atrevo á hablar después de un hombre como este? Tendré que fundarme para ello en lo que dice un escritor español que cita D. Marcelino Menéndez Pelayo en su discurso sobre el arte de la historia. Dice este ilustre escritor que acaso conviene que el historiador no haya conocido á la persona cuya historia va á contar, y acaso conviene esta especie de nebulosidad y de perspectiva que presenta la fantasía cuando tiene que suplir al conocimiento directo de la persona.

Y otra cosa dice este mismo escritor que también conviene que yo traiga á cuento, y es que esa idea de la imparcialidad absoluta, esa idea de la fría impassibilidad del historiador es acaso falsa, y yo tal creo; y ya

que el asunto que voy á tratar es de pura historia, conviene que os entere del modo que tengo de entenderla para que no os llameis á engaño. No es la historia obra de estadística, ni es una matrona sin entrañas que vé pasar los siglos y presencia las desgracias de los hombres indiferente; ni es tampoco una estatua de marmol para la cual sean iguales el vicio y la virtud, el crimen y el egoísmo. Cabe, sí, la pasión en la historia; y apasionados han sido los más grandes historiadores; mas, ¿cómo cabe la pasión en la historia? No en el sentido de parcialidad, no en el sentido de preferir un partido *á priori*, no en el sentido de preferir una teoría porque sí, sino en el sentido de preferir lo bueno á lo malo, de enamorarse de lo bello y de lo verdadero. En este concepto cuanta más pasión se tenga tanto mejor. Pasión tuvieron Tucídides, Xenofonte, Maquiavelo, todos los grandes historiadores, Tácito sobre todo. Y aún conviene recargar las tintas cuando se trata de maltratar á los que lo merecen, de hundirlos en el polvo del olvido, ó lo que es peor, en el abismo de la maldición eterna. En este sentido, yo lo confieso, he de apasionarme por el personaje que he de presentar á vuestra atención esta noche. He de procurar encontrar en las entrañas de mi héroe lo que en él haya de humano y procurar ver al hombre antes que al político, y no atender para conocer á Alcalá Galiano á lo que dicen las frías páginas de un *Diario de Sesiones* y á lo que dicen las no menos frías de las pocas y no muy buenas historias que tenemos de estos tiempos.

Yo he de procurar, pues, penetrar en las entrañas del hombre y para esto he de atenerme á los consejos de D. Marcelino Menéndez Pelayo en el discurso antes citado, he de atenerme á lo que enseña éste que aunque es mi condiscípulo puede ser mi maestro y á lo que enseña la práctica de la historia en el siglo XIX. He de seguir la tendencia de la historia de los Momm-

sen, de los Jering y tantos otros, es decir, la tendencia de la historia sentida, de la historia revelada, para poder comprenderla y penetrarla, como obra artística que es puramente; porque si esto no se hace, no es más que un frío eco; lo que se entiende por imparcialidad, no es sino superficialidad: pensais tener un cuadro y no teneis más que un proyecto, pensais tener un paisaje y no teneis más que un plano; mientras que entrando en lo que hay de humano en los actores de la historia encontráis el primer móvil, la verdadera razón de todo, la explicación de las cosas, lo mismo para lo malo que para lo bueno.

Mas no se entienda por esto que he de faltar á lo que se propone el programa que con gran acierto nos ha ofrecido el Ateneo. En él se indica que han de ser estas conferencias, no puramente biográficas, sino biográficas al modo de que se estudie una época determinada á partir desde un personaje que la informe, como se dice modernamente, ó mejor dicho, que la dé vida, que haya influído en ella de manera decisiva, ó por lo menos culminante. Y esto es lo que me propongo hacer. Voy á examinar la época que se llama constitucional del 20 al 23, la de los célebres *mal llamados tres años*, y habré de empezar por la influencia que tuvo en ella el personaje objeto de mi conferencia, Alcalá Galiano; mas para esto necesito estudiar al personaje mismo, y confieso que en esta parte he de poner todo el calor natural, porque es la que más me seduce, porque me ofrece alguna novedad relativa. Lo demás, esparcido está por los libros, y poca cosa sería lo que yo pudiera añadir á sus atractivos.

Mas no vayamos á hacer aquí lo que en algunos retratos de hombres célebres se representa; y yo recuerdo en este instante uno del ilustre inglés Pitt, en que se le pinta tomando toda la escena, llegando hasta el cielo, mientras por debajo de sus piernas se ve un coche con

cuatro caballos y lacayos. No es así como debe estudiarse una época. Yo no quiero achicar el paisaje y empequeñecer la historia de España en ese tiempo, por agrandar el personaje.

No quiero que sean colosales los personajes, pero tampoco que estén en un rincón del cuadro, quiero la historia como es, y en ella el hombre de tamaño natural, representando en épocas determinadas más de lo que puede aparecer por la fría historia oficial y por la fría historia pragmática.

De modo que ya puedo fijar el programa de esta conferencia, y como ante todo deseo pintar á breves rasgos al hombre, he de hablaros de Alcalá Galiano; pero ciñéndome al programa, tendré que limitar el cuadro deteniéndome en aquel tiempo en que mi héroe, huyendo de los furores del absolutismo español, va á vivir á Inglaterra y después á Francia. No tengo para qué hablar del Alcalá Galiano que vuelve á España en tiempo de Cristina é influye en la política de la manera que sabeis todos; y debeis fijaros en esta observación porque si hubiera alguien que estuviese apasionado en contra del personaje y deseara ver en Alcalá Galiano al moderado, al hombre que no siguió en la edad madura los ímpetus de su juventud, yo le advertiría que no es de este del que voy á tratar, sino del Alcalá Galiano, del Alcalá Galiano que influye con mucha fuerza, con más de la que se cree generalmente, en la historia de España del 20 al 23; y en este sentido y con esta limitación, no vacilo en decir que se trata de una figura eminente, y creo que pensó bien el que señaló para este periodo de la historia de España á Alcalá Galiano como tipo culminante, como tipo principal, porque si en la apariencia no es el primer hombre de aquel tiempo, ni con mucho, si lo es en el fondo, si lo es en la parte esotérica, sí lo es en lo que afectá á las entrañas de la vida de nuestra nación.

Dice Hegel en su famosa *Estética* que entre cuantos tipos puede crear la fantasía para ser dechados de belleza, hay dos superiores á todos; más grande que el que representa el poder absoluto y dominador, es el que representa la oposición vigorosa, la fuerza de la negación, y á este efecto cita como tipos de los más grandes de la historia y de la epopeya, al hijo de Peleo, Aquiles, y á *Mio Cid*. En verdad que Aquiles frente á Agamenon y Mio Cid frente á Alfonso VI, representan los héroes más famosos y mejores de la épica. ¿Quién puede negar que la Iliada y el romancero con Aquiles y el Cid son las más grandes creaciones de la fantasía humana?

Ser el que manda, ser el que domina, ser el que tiene de su parte todos los elementos, todas las influencias reales, puede ser grande, y lo es; pero es mucho más grande, ser el que está debajo y el que ha de ponerse encima mediante el propio esfuerzo; y así Aquiles que tiene que tascar el freno y retirarse á sus tiendas á esperar el tiempo de su venganza, es más grande que Agamenon imponiéndose brutalmente; como Mio Cid desafiando la cólera de Alfonso VI, es más grande que este monarca con su cetro y con su poder.

Pues bien, reduciendo las cosas, cambiándolas y vistiéndolas con traje moderno para sintetizar la situación y la época que ha de abrazar esta conferencia, algo parecido puede verse entre Alcalá Galiano y Fernando VII. ¿Qué representa Alcalá Galiano? Os suplico de nuevo que os fijéis únicamente en los primeros tiempos de su historia. Alcalá Galiano representa todo lo nuevo, representa el huracán de la revolución introducido como un torbellino en un cerebro, representa toda la vida moderna concentrada en un personaje, representa las ideas que la España de entonces no podía comprender, trabajando en un solo hombre. Y enfrente de él, ¿qué representa Fernando VII el Deseado? Ya lo sabeis. Era el

ídolo de España, era amado de todos los españoles; no había hecho nada bueno y había hecho bastante malo, y cuando entra en España todos le adoran, y antes de entrar le adoran también, y aún después de cometer los grandes crímenes que cometió, todavía le adoran. ¿Qué es Fernando VII? Yo me lo figuro como uno de esos ídolos japoneses que están en cuclillas en sus templos; pero éste tiene una facultad especial, la de morder y cohabitar, y no se puede decir que no tiene entrañas porque entonces no se explicarían sus reales voluptuosidades. Ya están enfrente el uno del otro, y os los presento de esta manera para procurar dramatizar en lo posible la historia que tengo que referir. Mas para esto no será necesario que haga la historia de Fernando VII, sino que me refiera á la de Alcalá Galiano, y habeis de perdonarme si hay cierta desproporción en mi discurso y si prefiero todo lo que sean elementos internos, todo lo que tenga relación con su vida particular, puesto que la parte exterior, la parte política es más conocida y podré hacer á ella referencia en la suposición de que la recordais todos.

Por raro accidente, mal digo raro, puesto que la amabilidad en las personas bien nacidas no es cosa rara, yo me encuentro respecto de este punto en mejores condiciones que aquellas en que me encontraba hace dos días. Conocía yo respecto de la vida de Alcalá Galiano lo que conoceis todos; había procurado indagar y recoger noticias de los que le habían conocido y tratado; había acudido á todos los medios á que generalmente se acude para adquirir los documentos que se necesitan, y había comenzado por hablar á un prócer asturiano retirado hace tiempo de la política activa, y que en su tiempo fué amigo y compañero de nuestro héroe, el señor López Grado. Es el Sr. López Grado un anciano que no ve y apenas oye, pero que tiene fácil palabra, feliz memoria, y se complace en recordar y poner á la vista

como brillante kaleidóscopo el cuadro de sus recuerdos. Yo acudí á esta especie de respetable Sibila; le hice hablar, contar sus impresiones, y mucho aprendí de sus labios sobre el modo de ser de Alcalá Galiano.

Después vine á Madrid, y la primera persona á quien consulté sobre el tema de esta conferencia, fué á un ilustre orador, el que mejor que nadie puede sentir lo que era Alcalá Galiano, á D. Emilio Castelar; y el señor Castelar me contó la primera impresión que sintió cuando oyó hablar á Alcalá Galiano. Era entonces modestísimo estudiante, y asistía á las cátedras del Ateneo, penetrando por la puerta estrecha, por aquella oscura escalera que todos recordais.

—Yo había oído, me dijo el Sr. Castelar, á los más ilustres oradores; sabía ya lo que era la oratoria moderna, conocía sus artificios y de todo aquello me sentía yo mismo capaz; pero al oír á Alcalá Galiano, al sentir aquella elocuencia subyugadora, al contemplar aquella obra admirable en que nadie podía darse cuenta de los andamios que á su construcción sirvieran, al admirar aquella ardiente inspiración, verdaderamente me sentí deslumbrado, y me sentí temblar como tiembla el hombre de vocación cuando se encuentra frente á frente con el maestro.

Esta fué la impresión religiosa, por decirlo así, que sintió Castelar, y la que han sentido otras muchas personas. Pero de esto no podía yo hablar por lo ya dicho. ¿Qué, pues, podía yo traer aquí de nuevo? ¿Repetiría lo que dicen las historias que este punto han tratado? Fuera inútil, porque demasiado lo sabeis. Podía valerme tal vez de un libro que recordareis, titulado *Recuerdos de un anciano*, libro profundo, al que no se le achaca otro defecto que el de ser un tanto difuso, y en lo que yo no estoy conforme; yo soy amigo de los pormenores, porque en ellos entiendo que está la esencia de las cosas, la explicación de la ley á que obedecen. Pero, cier-

tamente, todo esto no bastaba; y hace dos días, por la amabilidad de otro D. Antonio Alcalá Galiano, hijo de nuestro biografiado, tuve en mis manos el primer tomo de las *Memorias* (\*) del ilustre orador; y en veinticuatro horas de verdadera fiebre devoré aquellas páginas, me empapé en el espíritu de aquel hombre; y yo, que había empezado á estudiarle casi con frialdad, que había procurado noticias por diferentes conductos, y á pesar de ello no había logrado penetrar al hombre, después de aquella rápida lectura de sus *Memorias*, creí haber visto con claridad algo del personaje. Y confieso, señores, que el personaje me asombró; por eso le he comparado como habeis oído, por eso creo que representa toda la historia de la revolución española en su tiempo, la protesta enérgica y valiente y reflexiva, del que hoy es dominado y mañana ha de ser vencedor, contra la autoridad y la fuerza del que manda. Esto es para mí Alcalá Galiano, y paso ya á registrar su historia, que conoceréis muchos de vosotros mejor que yo.

Alcalá Galiano nació en Cádiz, que parece patria de oradores. De Cádiz es el ilustre presidente del Ateneo (\*\*): cerca de allí nació también el ilustre Castelar y el mismo origen tuvieron otros muchos que son honra de la tribuna. Nació el 22 de Junio de 1789, es decir, ocho días después de aquel gloriosísimo del cual decía Berenger:

*Un beau soleil a fêté ce grand jour.*

Vino, pues, al mundo ocho días después de la toma de la Bastilla. No deja él de señalar esta coincidencia, y dice con alguna superstición que pareció influir en los destinos de su vida; por más que á renglón seguido añade con la frialdad que le es característica: «Verdad

---

(\*) Cuando el conferenciante hablaba de las *Memorias*, no eran todavía conocidas del público.

(\*\*) El Sr. Moret.

es que en ese día habrán nacido muchos hombres que hayan sido muy pacíficos y que para nada influyeran en la revolución.» Pero es lo cierto, señores, que si algún hombre representa en España el espíritu revolucionario de los vencedores de la Bastilla, es sin duda ninguna Alcalá Galiano. Otros muchos sirvieron á la revolución con las armas en la mano, pero nadie con la tenacidad del propósito y con la eficacia del esfuerzo de Alcalá Galiano.

No desdeña él su ilustre abolengo, porque reconoce que en estos tiempos democráticos todavía vale algo haber nacido de quienes mucho valían. Y en efecto, se puede ser muy demócrata y preferir haber tenido padres de valor y de mérito. Pues bien, Alcalá Galiano en estas Memorias hace remontar su abolengo hasta el siglo XII y lo encuentra en los Guillén de Alcalá. En el siglo XVI se enlaza ya el apellido Alcalá con los Galianos y en D.<sup>a</sup> Mencía, rica-hembra de Córdoba, se funda el mayorazgo, cuya primera obligación es llevar este apellido, ya compuesto de Alcalá-Galiano.

Después se entretiene en contarnos la historia de sus abuelos, y muy especialmente la de sus padres y la de sus tíos: que todo ello es importante porque en el modo de ser de los tíos, y del padre de Alcalá Galiano, hay grande influencia para la vida de nuestro héroe. El padre, D. Dionisio, es un ilustre brigadier de Marina, que murió en la batalla de Trafalgar mandando el *Bahama* y fué un hombre muy notable. Era astrónomo: había hecho importantes descubrimientos en esta ciencia difícilísima: había formado parte de la expedición de Malespina para dar la vuelta al mundo, aunque no lo consiguió porque le llamaron sus deberes á diferentes puntos; y en fin, figuró dignamente en multitud de empresas nobles y provechosas para la patria.

También se complace en hacer la biografía de sus tíos, alguno de los cuales era hombre muy versado

en todos los estudios modernos, muy penetrado del espíritu del siglo y poseedor de una buena biblioteca, donde Alcalá Galiano desde que era niño pudo encontrar el germen de la idea moderna, que más que nadie había de cultivar infiltrándola en los fundamentos de la sociedad española. En aquella biblioteca pudo desde sus primeros años leer las obras de Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Diderot y todos los que representaban la idea revolucionaria del siglo xviii.

Recordando lo que dice respecto de sus primeros años no puede menos de reconocerse que era un prodigio de precocidad. Cuantos le conocían le miraban como una maravilla, y más que nadie le admiraban su madre y sus tías, una de las cuales hubo de acompañarle después en la emigración. A los cuatro años hacía versos, representaba maravillosamente, sabía de memoria muchas cosas que quizás no sepan hoy algunos periodistas. (*Risas*). Su precocidad se anunciaba por multitud de caminos, y cosa extraña, se notaba en él el mismo fenómeno que después se ha notado en el orador más notable de nuestros tiempos. Cuando tenía todavía muy pocos años asistía á unas funciones de iglesia que celebraban en sus juegos los niños de Cádiz; allí los unos decían misa, los otros cantaban y Alcalá Galiano era el predicador. Y cuenta él mismo, y será verdad, que enternecía á sus oyentes; es decir, señores, que ya desde entonces asomaba la vocación de orador, que cuando ha de ser grande y definitiva empieza casi siempre en la primera edad.

Lo mismo ha sucedido á D. Emilio Castelar, juntaba también á sus parientes y amigos y él era el predicador y el encargado de atraer los corazones á la piedad cristiana. Esta coincidencia de los dos grandes oradores me ha parecido digna de notarse.....

Yo, señores, con la falta de costumbre de esta clase de conferencias, no puedo medir el tiempo y estoy no-

tando que me detengo demasiado en estas menudencias, mas no pienso que es esto indiferente. Yo preferiría á dar una conferencia improvisada coger la pluma y deciros con ella lo que siento de este niño que ha de ser el hombre que se atreva á presentarse frente á la tiranía y que declare un día que está loco el representante de la monarquía. Yo quisiera ir sacando desde esta época la filiación fisiológica de Alcalá Galiano. Hay en él grandes contradicciones; parece por su físico que va á ser el hombre de la pura especulación; parece que no va á ser más que un literato; parece que se anuncia en él algo de lo que era un ilustre poeta, Leopardi, que biografió un sobrino de nuestro orador español. A los cinco años de nacer Antonio, vino su padre de América, encontró que no le agradaban mucho sus habilidades y esto disgustó á la madre. Yo preferiría—dijo el marino—que anduviese á palos con todos, á que supiera tantas cosas; y entonces el niño cogió un sable y se dispuso á romper un espejo.

Alcalá Galiano era un niño mimado y hasta pedante; hacía alarde de su ciencia, que era extraordinaria para su edad, todo anunciaba al hombre que había de vivir del cerebro, al hombre que no ha de penetrar en la acción humana, al hombre que ha de enterrarse en ese santuario en que únicamente existe la lógica de las ideas, porque en la lógica de las cosas se encuentra difícilmente la razón de las mismas. Parece que va á retirarse de la vida real, que no va á tropezar con los demás hombres, ni con las circunstancias, ni con las dificultades, y sin embargo, vamos á verle metido en el corazón de la revolución, vamos á verle siendo un revolucionario, no teórico, ni de los que se contentan con predicar, sino de los que entran de lleno en las revueltas y se exponen á tener que disfrazarse y huir, rodeados de mil peligros; y esto con tanto más mérito, cuanto que era débil, no cobarde, pero sí pusilánime, y en-

tiéndase la palabra en el recto sentido. Él dice de sí mismo: «Yo no levantaba peso alguno,» y ya vereis en qué ocasión especial se encontró, en que tuvo que sacar fuerzas de flaqueza. «Yo me encontraba desmañado; si quería aprender equitación, caíame del caballo; si quería aprender esgrima, no podía con las armas; si quería bailar, mis piés se negaban á hacer los trenzados que los bailes exigían. Yo no sabía hacer nada de mi cuerpo; si escribía, mi letra eran patas de mosca.» Había en él una especie de neurosis, esa terrible enfermedad en que se desparraman los sentidos; en que el tacto nada tiene que ver con la vista, en que el oído padece aberraciones, en que hay una dolorosa terrible división del yo. Todo esto sentía desde su niñez Alcalá Galiano, todo esto parecía que anunciaba al hombre que iba á ser una especie de pulpo, es decir, un cerebro que tiene tentáculos para coger las ideas, pero nada más; y, sin embargo, le vemos, no abandonar la literatura, pero sí por lo menos declararla para él cosa secundaria; y esto puede ser enseñanza para los modernos.

Existe hoy en Europa, sobre todo en las naciones más adelantadas, una tendencia que yo considero en parte nociva; la tendencia de los espíritus superiores, ó que se creen superiores (que no es lo mismo) á despreciar la política. En Francia hoy, especialmente, en Alemania hace mucho tiempo, y aún en España donde ya asoma este síntoma, parece como que es más espiritual en el buen sentido de la palabra, como que es más grande y más distinguido dejar la política para los espíritus prácticos; y hasta se dice con cierto desprecio, para los hombres poco nerviosos, que no se lastiman demasiado con el contacto de la fría realidad; parece como que hay esta tendencia á vivir en calidad de *dilletanti* en el mundo, dejando que los árdulos negocios los resuelvan los hombres de segundo orden. Esta tendencia que tiene algo de buena, tiene mucho de peligrosa,

no tanto aún en España, donde por desgracia ó por fortuna todavía son muchos los que aspiran á ser diputados. Pero existe la tendencia, y en el tiempo de Alcalá Caliano no existía. A este hombre que parecía nacido para vivir de la literatura y de la especulación, le vemos desde muy joven arrostrar toda clase de peligros y entrar con mucha fuerza en la vida activa. Esto es también un aspecto interesante de su historia. ¿Cuándo le encontramos (dejando yo mucha materia que nos llevaría muy lejos), cuándo le encontramos interviniendo principalmente? Cuando comienza aquel fervor de la revolución que se preparaba para introducirse en España; vémosle intervenir principalmente cuando después de las tentativas de Lacy, de Porlier y de otros ilustres mártires de nuestras libertades, en Cádiz comienzan á prepararse los primeros indicios de la insurrección de 1820.

Alcalá Galiano habíase hecho miembro de la masonería; había entrado en esta sociedad por un motivo muy sencillo que él mismo explica. Tuvo que viajar por Inglaterra y por Suecia, y antes de emprender estos viajes le dijeron en Cádiz que le convendría hacerse masón, porque todos los miembros de esta sociedad eran hermanos, y en todos los países se entendían y se auxiliaban. Esta es la causa de haber entrado en la masonería y no ninguna otra, puesto que él mismo lo declara en sus Memorias.

De vuelta de su viaje á Suecia, cuando iba destinado á la legación del Brasil, se detiene en Cádiz y entra á ser miembro muy importante de la conspiración. Y aquí tenemos que considerar cómo va á comenzar la revolución de 1820, con qué pequeños preparativos; como decía él mismo más tarde «se hizo la revolución en un soplo.» En efecto, el poder absoluto tan fuerte para dominar, era muy débil para defenderse y estaba desprevenido, y bastó la acción de cuatro ó cinco conspiradores

decididos para poder dominarlo y vencerlo. En este mismo sitio se ha explicado ya por persona competente, cómo se hizo aquella revolución, mas entiendo por lo que decía el programa, que entonces se trataba del influjo del elemento militar y yo tengo que hablaros del influjo del elemento civil en los mismos sucesos: de Alcalá Galiano.

Dividíanse las lógiás en varias clases: había una á la que pertenecían los ricos hacendados y comerciantes de Cádiz; había otra de la clase media y había otra de la clase baja. Pues estas diferentes lógiás, que no eran muy numerosas por cierto, fraguaron la revolución. Pertenecían á la masonería muchos de los oficiales del ejército que estaba en Cádiz esperando hora propicia para pasar á América, y el llamado *virus* revolucionario cundió mediante esos oficiales y se fraguó una conspiración en la que entraban el conde de La Bisbal, que mandaba en Cádiz, Sarfield y otros varios. Esta conspiración primera hubo de descubrirse por la traición de La Bisbal. Alcalá Galiano tuvo aviso de que estaban vendidas las tropas que esperaban en Jerez de la Frontera; él estaba encerrado en Cádiz; existía el cordón sanitario; era difícil salir de la ciudad, pero pudo conseguir avisar á sus amigos, merced á un primo suyo, D. Antonio Valera, que mandaba un buque correo que iba á salir de Cádiz, el cual le facilitó un bote y le mandó un emisario para avisar á los que iban á sublevarse de que estaba descubierto el movimiento. No llegó el aviso á tiempo y sucedió lo que todos sabeis, que se presentó el conde de La Bisbal, que se sujetó á las tropas y que la sublevación fracasó. Entonces tuvo que huir Alcalá Galiano y se fué á Algeciras y á Gibraltar, donde estuvo escondido mucho tiempo. Fué de los pocos que tuvieron espíritu suficiente para insistir; acompañábale Mendizábal y alguno que otro conspirador de segundo y tercer orden; pero la cabeza, el que

llevaba la idea era indudablemente Alcalá Galiano.

Vuelve á Cádiz y vuelve con el propósito de hacer la revolución, aquella revolución que consideraban todos fracasada; y es de observar cómo está en bien pequeños medios el resultado de las cosas, y cómo un hombre civil puede tener en un momento dado en su mano todos los elementos que constituyen la revolución. Nadie pensaba en una segunda tentativa, y sin embargo, Alcalá Galiano con su esfuerzo de espíritu, con la profundidad de su idea, con la convicción que tenía de que aquello era santo y bueno, continúa la intentona: va á ver á Istúriz que había intervenido en el primer movimiento y que ya estaba desanimado. Alcalá Galiano disfrazado con un gorro y unas antiparras, atraviesa en pleno día las plazas de Cádiz y se dirige á casa de Istúriz para que le facilite dinero.

Le recibió el que había de ser su mayor amigo con afabilidad, pero manifestando la creencia de que sus propósitos eran demasiado atrevidos y no podrían menos de fracasar. Insistía Alcalá Galiano, y por fin Istúriz puso á su disposición el poco dinero que tenía. Alcalá nos cuenta en sus Memorias los apuros por que pasó para trasladar á su domicilio aquellas talegas que apenas podían sostener sus débiles brazos. Disfrazado como estaba y cargado con el dinero, tuvo que atravesar la ciudad de Cádiz por los puntos de más concurrencia, como la plaza de San Antonio. En el camino sentía que sus fuerzas iban á agotarse, que iba á dejar caer los sacos; el dinero rodaría por el suelo, él sería descubierto y la revolución fracasaría.

Pero hace un esfuerzo supremo; busca una calleja extraviada, se mete en un portal, allí cae desvanecido, y se salva la revolución.

No fué este ciertamente el único peligro. Hacía falta estimular al ejército que había olvidado ya el primer impulso: había que organizar la insurrección; y Alcalá

Galiano disfrazado de correo sale de Cádiz, llega á los puntos donde estaban acantonados los diferentes cuerpos del ejército, se presenta en las logias masónicas, y hace renacer el espíritu revolucionario en la oficialidad. Después se dirige á Medina-Sidonia donde tenía á su segundo hijo Dionisio y á una tía que había vivido constantemente con su madre y que después le acompañó en la emigración, según ya he dicho. Da tristeza, pero una tristeza dulce, ver á este revolucionario, á este hombre dispuesto á llevar á sangre y fuego cuanto fuera necesario para reconquistar la libertad de la patria, entregado al amor de los suyos breves horas para volver confortado á la lucha, que es duelo á muerte.

Abandonando á Medina-Sidonia se encamina á Arcos, pero un emisario le sale al paso para avisarle de que si sigue será cogido. Recorre los pueblos de la comarca, acude á donde piensa que puede ponerse en relación con los cuerpos del ejército para fortalecer el espíritu revolucionario de los oficiales. Por fin, bajo su presidencia se celebra una reunión masónica en la que hace que se proponga al general Quiroga para jefe de la revolución.....

Pero veo, señores, que me voy extendiendo demasiado en estos pormenores, y que me sería imposible terminar hoy por lo mucho que queda por decir, y además porque las fuerzas me faltan y no me siento bien. Permitidme que aquí suspenda mi narración para continuarla y terminarla en otra conferencia.

## II

No creo que el propósito del inventor de estas conferencias pueda haber sido el de que, aquellas, que como la presente, tienen el carácter de lo que llaman algunos autores historia *pragmática*, á esto se reduzcan, y no entren en otros pormenores y no procuren penetrar la causa de las cosas y dar alguna lección al presente con lo que fué el pasado. Y entendiéndolo yo así, seguro de que las muy cultas personas que iniciaron estas conferencias tenían en su ánimo la idea de que no fueran una escueta narración de lo que todos sabeis, sino consideraciones que ayudasen á la reflexión, que produjesen algo de lo que llaman los ingleses sugestión, teniendo esto en cuenta, más bien que á fijarme en los hechos de la historia, en los hechos puramente externos, voy á atender á los internos; y esto el mismo tema lo reclama porque tiene un epígrafe que dice: *Causas de la caída del sistema constitucional*. Pero en vez de estudiarlas, como acaso el puro tecnicismo exigiría, unas tras de otras, irán como englobadas las materias y unas veces narraremos, otras sacaremos consecuencias, para llenar así el poco tiempo que pienso molestar vuestra atención.

Recordareis que el último día, empezaba á referirme á aquel leve soplo, según decía el mismo Alcalá Galiano, que produjo la revolución de 1820. La primera conside-

ración, el primer asunto que ha de servirnos para ir buscando las causas de la caída de lo que nacía en aquel instante, es el modo de nacer y es también el primer momento, la primera ocasión en que puede encontrarse una lección para el presente, porque no son tan diferentes como distantes la época que atravesamos y á la que me voy refiriendo. Progresa España como progresa gran parte del mundo, pero progresa poco á poco: y por lo que respecta á la enmienda de los vicios sociales, como no se atiende á ellos debidamente, puede decirse que no progresa casi nada. Permitidme este criterio que podrá ser poco simpático, pero yo no busco simpatías, sino decir las cosas con arreglo á mi conciencia y yo pienso que España ha progresado poco en virtudes sociales desde el año 1820 al 1885.

Leía el rey Fernando VII un opúsculo del romántico y muy reaccionario Chateaubriand cuando vinieron á sorprenderle con la noticia de que el conde de La Bisbal al ir á Ocaña, en vez de emplear su ejército en desbaratar lo que había hecho Riego en las Cabezas de San Juan, se había adherido al movimiento: el conde de La Bisbal solía pasarse de un bando á otro. Esto hizo despertar á Fernando VII, le hizo ver que la revolución iba triunfando; además en Aragón, en Cataluña, en Pamplona, en la Coruña y en otros puntos se había proclamado la Constitución y en Cádiz estaba á punto de proclamarse; y Fernando VII entonces dió aquellos decretos á que también aludí el día pasado. Pero esta revolución, ¿cómo se hizo? Fué sobornando á unos pocos militares, se hizo cuando, después de una intentona primera, había decaído en el ejército el espíritu revolucionario, por unos pocos hombres, un farmacéutico amigo de Alcalá Galiano, Alcalá Galiano, Mendizábal y pocos más, porque el mismo Istúriz se había retraído: y estos pocos hombres que apenas tenían mil duros de capital, son los que logran que no fracase la revolución.

Atendiendo á los comienzos de esta, vereis que no puede compararse con las revoluciones verdaderas que quieren los pueblos, que vienen por sí mismas, animadas por el espíritu de la sociedad, que nacen de aquello que llamaba Savigny las entrañas del pueblo. Si hubiera por casualidad, que no creo, entre vosotros algún espíritu superficial, tal vez creyera que era yo un reaccionario que pretendía apagar el espíritu liberal y maldecir de la obra de nuestros mayores. De ninguna manera. Si todavía puede decirse que la libertad no es planta indígena en España y que aquí no ha arraigado por completo, consiste precisamente en el modo como comenzó á desarrollarse. Nació, no del espíritu liberal español, sino de una sublevación militar que vino porque España no era ya absolutista, y no es lo mismo una cosa que otra. Acaso en el actual momento, la España que no es probablemente tan monárquica como muchos piensan, todavía no es republicana. Hay épocas tristes, épocas en la historia en que se deja un ideal sin tener otro con que reemplazarle, y tal vez esta crisis corresponda en nuestro tiempo á otras muchas materias que no son del dominio de la política.

Así nació la revolución, y aquí tenemos, por consiguiente una primera causa de que no prosperase y no durase más que desde Enero de 1820 hasta Octubre de 1823. Varios son los elementos á que tenemos que atender para ir viendo en qué consistió esa revolución y al mismo tiempo en qué consistió su decadencia. Los mismos elementos que nos han de hacer ver cómo vino la época constitucional del 20 al 23, nos irán mostrando también cómo se verificó la caída y por qué desapareció tan pronto ese sistema.

Muchos son los puntos que este estudio abraza y yo preferiría tratarlos con el espacio que requieren, bien en un libro, bien en una série de conferencias (por más que tales materias ni son de mi gusto ni responden á la

naturaleza de mis aficiones y superficiales estudios), pero no siendo esto posible, permitid que aquí se repita lo de las monteras de Sancho, que puesto que tenían que ser diez monteras, era forzoso que cada una no sirviera más que para un dedo de la mano.

Un factor de los más importantes era el elemento puramente nacional que, aunque ya maldecía de los rigores del absolutismo y ya no quería á Fernando VII, protestaba contra el elemento liberal y defendía la política tradicional llegando á preferir la misma tiranía que antes maldijera en silencio, en ódio al sistema nuevo. Además hay que recordar la Corte, hay que estudiar el elemento del absolutismo no en la opinión del pueblo español como algo que quedaba del derecho antiguo, sino el absolutismo como interés personal de la dinastía, como patrimonio de una raza, como algo que alguien desea con egoísmo.

Reparad aquí otra razón de la caída del sistema constitucional. Por un lado un derecho que es puramente abstracto, *la Constitución, la libertad* proclamadas por un pueblo que no sabía lo que era la libertad ni la Constitución, y que en rigor no quería nada de esto. Lo quería cierta parte ilustrada de la sociedad, y aun esta no siempre en atención al fondo del derecho, sino á la forma, á la apariencia; porque puede decirse que en España todavía el espíritu jurídico político no ha entrado como debía entrar; no es un interés *egoísta*, en el buen sentido de la palabra, aun no queremos las cosas del derecho político como queremos las propias. Ese afán, ese cariño que hay para los intereses particulares, ese ardor con que, por ejemplo, saben defender el colono, el labrador, el interés del derecho civil, con que saben disputar una herencia ó poner en tela de juicio los lindes de un predio, esa lucha por el derecho verdadero, ese afán por la realidad del derecho, no ha entrado en España, por lo que se refiere al derecho público, y tampoco ha entrado

en otros países parecidos al nuestro. Con razón dice Taine que el aldeano inglés debe en parte sus derechos políticos á sus buenos puños. No es haciendo una revolución cada muchos siglos, sino defendiendo el derecho con vigor todos los días, como la libertad se conquista.

Era, pues, este amor de los españoles á la libertad puramente abstracto; ¿y cómo se resolvía? Como nos lo pinta Pérez Galdós en uno de sus episodios nacionales, en una obra que, no por haber sido seguida de otras mejores, deja de ser excelente. Al lado de los caracteres heróicos representados en las célebres jornadas de Julio, había otros elementos cómicos, no en sentido depresivo, sino en el sentido de que siempre hay algo de cómico donde no hay proporción entre el ideal y los medios. España quería la libertad en abstracto, pero no quería, por ejemplo, conceder la libertad que más importa, que es la de conciencia. Era aquello un interés metafísico, era un interés de gente ilustrada, era algo como esas disputas graciosas que se tienen á la salida de un teatro sobre si la comedia es buena ó mala, disputas en que intervienen los que entienden y los que no entienden; era algo de lo que estudia Flaubert al hacer la historia novelesca de la revolución del año 1848 en Francia.

Pues este interés abstracto lo considero digno y grande, y sobre todo, creo que es preferible á vivir en puras tinieblas; pero ese elemento se encontraba frente á un interés real, el de Fernando VII, que quería el absolutismo con toda la fuerza con que puede quererlo el deseo; y la lucha era desigual. Además, yo creo que hay algo de imposible en esta noble aspiración de muchos, de juntar los elementos tradicionales de las monarquías puras, con los constitucionales sostenidos principalmente por el espíritu de la revolución francesa y cierta influencia de la política inglesa.

Todas aquellas escenas lamentables, y que no hay

para qué recordar aquí una por una, en que se da el triste espectáculo de ensayar la conciliación de la monarquía tradicional con la soberanía del pueblo, escenas que tenían un carácter tragi-cómico gracias á la brutal espontaneidad del populacho, á la astucia y malévola socarronería de Fernando y á las malas artes y torpezas y necedades de algunos palaciegos y no pocos revolucionarios; digo que aquellas escenas me recuerdan, y perdonad lo humilde del recuerdo, cierto sainete ó cosa así, que todos conoceréis, cuyo título es *Una casa de fieras*. Allí todos tienen mal genio y se aborrecen y desean devorarse, pero el interés común les obliga á disimular, como diría Hobbes, *plus habens metus quam amoris*, y á poner la paciencia á prueba. Un personaje le pega á otro con la badila en los nudillos, y éste sonríe y declara que aquello es muy de su gusto; pero al cabo, con voz estentórea, reclama otra badila. Las dos badilas se mueven algún tiempo á compás, como el juego armónico de los poderes; mas de pronto estalla la ira, se acaba el disimulo y las dos soberanías, es decir, las dos badilas, brillan en alto, amenazando romper sendos cráneos. Así Fernando VII y el pueblo español, especialmente el madrileño, en toda esta época, finjen respetarse, amarse, y de aquí asuetos, bullanga, el trabajo suspendido, el populacho en la calle, discursos en los balcones, frases dignas de una Arcadia civilizada; pero el rey, el rey que es el de los golpes en los nudillos, se cansa pronto y pide á las conspiraciones y á las cábalas la *otra badila*, esto es, la fuerza... Y por desgracia así sigue la historia que todavía no ha llegado al desenlace de este conflicto dramático que en la realidad es muchas veces más trágico que cómico.

Otro elemento interesante que entra por mucho en la explicación del periodo constitucional de 1820 á 23 son las sociedades patrióticas. Las sociedades patrióticas han dado mucho que decir á nuestros historiadores,

artistas y literatos, y sería muy fácil que yo incurriese en la más sosa vulgaridad si me empeñase en describir con tres ó cuatro toques de *color de época*, de ese que algunos Goyas manidos compran á vil precio en el Rastro, lo que eran dichas sociedades. No puedo, sin embargo, dispensarme de apuntar algunas observaciones, puramente prosáicas, porque en esto de descripciones hechas de viva voz yo no me fio ni de mí mismo ni de quien no sea un orador artista, de esos que tanto escasean.

Existió, como sabeis la sociedad de *Lorencini*, que celebraba sus reuniones en el café del mismo nombre, situado, según Mesonero Romanos, en el local que hoy corresponde á la esquina de la Puerta del Sol y de la calle de Espoz y Mina. En estas sociedades patrióticas se llegó á toda clase de excesos oratorios; hablaban en ellas la ignorancia, la pasión y la envidia, y cuando los congregados pensaban y decían que estaban ventilando los altos intereses del Estado y estaban salvando la patria, no hacían más que gritar y alborotar; pero que los salve á ellos la intención, porque era la primera vez que el pueblo podía entregarse á estos deliquios de patriotismo, la primera vez que tenía conciencia de sí mismo como pueblo que anhela ser libre á la moderna, y no debe extrañarnos que allí hubiera excesos, que pocas veces pasaban de ridículos. ¿Cuando no los ha habido?

Mayores fueron todavía los de la reunión patriótica establecida en el café de San Sebastián; allí hablaban gentes más bajas y más ignorantes todavía: allí subieron de punto las orgías de la palabra; y ocasión hubo en que un orador tablajero se levantó á decir que quería acabar con el «absolutismo ambulante» y otra porción de ridiculeces por el estilo.

Pero, señores, ¿quién no ha presenciado en nuestros tiempos de progreso y de ilustración algo de esto? Yo

recuerdo, por ejemplo, que en mi pueblo había por el año 68 sociedades patrióticas de este mismo género; y cada cual de nosotros puede formarse idea de lo que sucedía en la época de 1820 al 23 recordando lo que tan recientemente ha presenciado. Ahora, como entonces, se buscaba por medios extraordinarios la salvación de la patria por unas cuantas personas, quizá muy honradas, muy liberales y muy dispuestas á defender hasta con su sangre las descabelladas soluciones que proponían. El prurito en nuestra época parece que ha sido la abolición de todo, hasta de la religión y de la familia. Se quería abolir, y yo no puedo menos de aplaudirlo, la esclavitud: otros clamaban contra la pena de muerte; muchos pedían la abolición de impuestos sobre consumos y de las quintas, y no faltaba quien sin haber visto más agua junta que la de la jofaina de su cuarto, exigiera la abolición de las matrículas de mar. Maestro de escuela hubo que se levantó á pedir la abolición del pretérito pluscuamperfecto porque decía él que no podía haber nada más perfecto que el perfecto mismo. ¡Cuántas veces los liberales habremos estado pidiendo la abolición del pretérito pluscuamperfecto! (*Risas.*)

Más importante que la de Lorenzini era la sociedad llamada de *La Fontana*, y tampoco respecto de ella he de entrar en descripciones pintorescas, primero porque mi preciosa palabra no se presta á ello y después porque sería ocioso; hechas están por verdaderos maestros en el decir, y vosotros que las conocéis no tendríais la paciencia de oírlas si yo tuviera la pretensión de repetir las; así es que no diré más que cuatro palabras.

Estaba este café de *La Fontana* en la Carrera de San Jerónimo, y constaba de dos departamentos principales; en uno se colocaba el público, y en otro los socios, que llegaron á establecer allí una verdadera tribuna. A nosotros los de la nueva generación, nos parece que siempre hubo tribuna en España, y no es cierto; la pri-

mera se puso en San Fernando, y era una especie de púlpito. También la de *La Fontana* tenía esta forma. Y, por cierto, que algunas tribunas-púlpitos establecidas en provincias sirvieron para que desde ellas hablasen los clérigos, no siempre de buena gana, como sucedió en Córdoba, donde á presencia de Alcalá Galiano, que lo cuenta, hicieron subir á semejante cátedra á un canónigo muy respetable, pero muy absolutista, para leer la Constitución de 1812, y entusiasmar con ella desde aquel púlpito á una sociedad patriótica.

*La Fontana de Oro*, según muchos dicen, funcionaba desdeantes que llegase á ella Alcalá Galiano. Dicen, pero no es verdad, que cuando ya se habían distinguido allí oradores como Gorostiza y como Adam, hermanos, pues eran dos, se presentó un día Alcalá Galiano, que venía de San Fernando, y á todos los asombró, en tales términos, que desde entonces no quedó en tal espacio más orador que nuestro tribuno; y añaden muchos escritores, que éste no hacía allí otra cosa que excitar las pasiones populares.

Empieza por no ser cierto que otros hablasen en *La Fontana* antes que Galiano, porque precisamente fué él quien la inauguró; y tampoco lo es que nuestro personaje fuera un desconocido, un recién llegado á Madrid. Alcalá Galiano había pasado aquí algunos años de su juventud, y en la Corte había formado parte de lo que hoy llamamos la *high life*; era, lo que ahora diríamos un *gomoso*, un *sietemesino*; se reunía con los jóvenes más distinguidos y hacía la misma vida que ellos, entregándose á las mismas ocupaciones ó diversiones y á los mismos vicios. Era, pues, muy conocido en la sociedad madrileña.

Resulta, como veis, que al estudiar el elemento constituido por las sociedades patrióticas, volvemos á encontrarnos con Alcalá Galiano, y bueno será que digamos algo de lo que era como hombre político

este personaje, protagonista de mi ligero estudio.

Ya he manifestado que á él se debió en gran parte la revolución de 1820, porque fué quien más trabajó para preparar el movimiento y para alentar á los que desfallecían. Fué, sin duda alguna, el espíritu si no el brazo de la revolución; y ¿cómo le encontramos en Madrid? ¿Acaso viene como triunfador? ¿Acaso penetra dos veces como penetró Riego en la Corte para causar más efecto? Nada de eso; viene con humilde empleo. Sabeis que había sido primero agregado de embajada, y después fué nombrado para la secretaría de la del Brasil, á donde no había ido por no abandonar la causa de la revolución. Sin más premio que continuar en su carrera, entró en Madrid como el último y más humilde oficial de la Secretaría de Estado. Esto, señores, también se presta á muchas consideraciones, y no á todas puedo renunciar.

Hoy parece inverosímil que el hombre que había movido esta gran palanca de la revolución de 1820 entrara en la capital como un empleado subalterno de la Administración. En estos tiempos en que por algunos servicios se pide un gobierno de provincia; por algunos artículos en la prensa un distrito electoral, por una apostasía una dirección general; en estos tiempos en que la juventud, aunque reconozcamos excepciones honrosas, piensa que todo se le debe dar por añadidura sin haber puesto nada de su parte; en estos tiempos en que son tan precoces las ambiciones, no hay el valor de distinguir la pretensión desapoderada de la ambición noble y legítima de servir al ideal y á la patria y hacer la carrera por sus pasos contados; hoy queremos escalar en un día los primeros puestos, aunque nos exponamos á perderlo también en un día todo.

No era así Alcalá Galiano. Manifiesta, es verdad, alguna impaciencia por la escasez de sus triunfos, un poco se queja al verse postergado, pero hace la salve-

dad, y con ella se consuela, de que no es él solo, y reconoce que los puestos primeros deben ocuparlos aquellos que los tenían conquistados en batallas anteriores, en las gloriosas jornadas de 1810 á 1812, como D. Agustín Argüelles. De suerte que sin pararse mucho tiempo á exhalar quejas por lo poco que tiene, viene á ganar lo que le falta, y viene á luchar, porque es hombre verdaderamente grande que sabe lo que lleva dentro y que puede exclamar como el *Vergonzoso en palacio*: No soy, seré; que sabe que las obras que más pronto se levantan no son las más firmes y las más admiradas, sino que es preciso trabajar mucho y bien desde los cimientos para edificar sobre ellos, y para que la cúpula sea grandiosa coronación de un sólido edificio. (*Muy bien, muy bien.*)

Alcalá Galiano llevaba dentro de sí todo su mérito. Se burlaba, se reía de las medianías que le rodeaban; llevaba consigo una grandeza, un prestigio de esos que no se adquieren con una credencial ni con un acta de diputado, el prestigio del ambiente que se nota cuando uno se acerca á un hombre grande. Era la idea de la revolución, y si esto el año 22 no tenía importancia en la esfera exterior de la política, la iba teniendo en el espíritu de Galiano verdaderamente grande por el talento siempre, y en esta época, además, por sus aspiraciones políticas.

Alcalá Galiano llega además á la revolución con grandes tempestades en el alma. Parecía que existía en él aquella armonía que recomiendan los retóricos para las poesías descriptivas, la armonía entre el espíritu y la naturaleza, de tal modo, que cuando el espíritu se siente borrascoso, debe estarlo la naturaleza también. Pues así estaba el espíritu de Alcalá Galiano y así estaba también la historia de su tiempo. Cuando se bamboleaba el poder absoluto y amenazaba ruina el trono de Fernando, en el hogar de Alcalá Galiano había habido tre-

mendas luchas que él mismo describe en sus Memorias. Había contraído matrimonio de una manera precipitada; había contraído matrimonio, y él así lo dice con elocuencia, para hacer lo que siempre hizo en su vida, que fué no faltar á su palabra. Arrepentido estaba del compromiso que había adquirido, pero se casó porque había prometido casarse, y muchas veces decía que esta obediencia á lo prometido le había causado mucho daño en su vida política. Fué desgraciado en su matrimonio, quedóse pronto solo y entonces se entregó á la disipación. Es de advertir que sus historiadores confunden época con época. Yo he leído hace pocos días que Alcalá Galiano asistía á las Cortes del 22 á pronunciar aquellos discursos magníficos y arrebatadores, privado casi de sentido, y según un escritor, animado por un espíritu alcohólico, y esto no es cierto. Alcalá Galiano en esta época no se entregaba á la embriaguez. En su juventud, en Cadiz, después de los desengaños de familia, es cierto que se abandonó á la vida destemplada, á la vida del perdido, como decimos vulgarmente, pero más adelante no, y menos en esta época en que fué un verdadero patriota.

Hay que penetrarse bien de esto: no hay que empeñarse en ver en Alcalá Galiano un espíritu frío y escéptico de toda la vida. Asistió á la revolución del 20 al 23 con entero amor y con verdadero cariño á la idea; y tampoco sus discursos fueron tan demagógicos como muchos dicen. Llevaban en sí el sentido íntimo de una cosa que ya he indicado, el sentido íntimo de que la revolución había de caer, de que no bastaba que se hubiese proclamado la Constitución, que el rey la hubiese jurado, y hubiese asistido á las Cortes, y hubiese hecho todos aquellos actos de sumisión. Alcalá Galiano comprendía que había un enemigo oculto, constante; comprendía lo que él tampoco dice con mucha claridad, pero que se adivina entre líneas en sus escritos y en mu-

chos de sus discursos, es decir, que no se profesaba á la monarquía el respeto que era preciso proclamar, puesto que en España no había un verdadero partido republicano. Él declara que no era republicano, y añade: mi tío era republicano teórico, pero en la práctica, y como empleado que estaba muy cerca del ministro de Hacienda, tenía que vivir como todos los demás. A Alcalá Galiano le sucede lo mismo. Estaba saturado del espíritu histórico según Gibbon, Hume y otros, se había llenado de la filosofía del siglo XVIII en Francia, había perdido el respeto al elemento tradicional de la monarquía, y como había contemplado la Corte de Carlos IV, yendo con su madre de la mano al palacio de Godoy, y había aprendido que allí se vendía todo y que la virtud de muchas damas venía al suelo ante las voluptuosidades de aquella Corte, y que la Corte misma vivía separada del pueblo y pasaba todas las temporadas en el Pardo, en el Escorial y en Aranjuez, pero no en Madrid, dándose el caso de que para trasladarse de un real sitio á otro llegaba la régia caravana á las puertas de la capital y huía de ella como si estuviera apesada; como Alcalá Galiano estaba por el medio ambiente en que vivía lleno de estas ideas y comprendía que no había verdadera conciliación, que no había verdadera armonía y cordialidad entre la monarquía y la democracia, es claro que con tibieza por lo menos al principio, y después con fortaleza, manifestaba tendencias, si no de derribar el trono, que esto nunca lo quiso, por lo menos, de no importarle mucho que lo derribasen y hasta de realizar actos que á eso conducían.

Esta es la política constante que observamos en Alcalá Galiano. Es un liberal radical, y en este sentido todo lo que sale de su espíritu lleva ese sello, pero no es un demagogo, no es un Danton, como se ha dicho; ni presencia matanzas, ni lleva á cabo ningún acto que le pueda convertir en demagogo.

Pero no podemos insistir más en esta materia porque, entre otras cosas, aún nos falta decir algo de las sociedades patrióticas. Influyeron éstas constantemente en la política en un sentido deletéreo, querían mandar en el Estado, eran verdaderos *clubs* contrarios á las costumbres nacionales, y por consiguiente, todo lo que de ellas salía era obra de la pasión y se manifestaba, no tan solo en el odio al enemigo, sino en lo que es también otra causa de la caída del sistema constitucional, en las divisiones intestinas. De esta manera aparece la sociedad de la *Cruz de Malta* en oposición á la de la *Fontana*, y la de los *Anilleros*, y la de los mismos *Carbonarios* italianos que se trasplanta en cierto modo á España; y estas sociedades se persiguen mutuamente y en vez de atender á combatir el absolutismo, lo que hacen es juntarse con él como en el año 20 para fraguar revoluciones, y en este pecado cayó el mismo Alcalá Galiano. Alcalá Galiano, y él lo confiesa, á fines del año 20 está de acuerdo con la Corte y los radicales para combatir al gobierno de D. Agustín Argüelles, pero después hubo conciliación como sabéis todos, y en ella Galiano salió ganando porque se hizo más liberal el gobierno, porque dió mayores franquicias, porque prometió algo, y entonces es cuando Alcalá admite la Intendencia de Córdoba y deja á Madrid.

Continúan las sociedades secretas excediéndose y dando lugar á escenas como las de la batalla de las Platerías y á otras como las que ocasionaron la sublevación de los guardias de Corps, pero Alcalá Galiano no presencia estos disturbios; y sin embargo, muchos de los historiadores dicen que él fué el que los promovió, siendo así que se encontraba en Córdoba.

Pero llegamos á otro elemento importante, que es el elemento de las Cortes. Las Cortes de 1820 á 23 registran caracteres distintos de los que habían distinguido á las Cortes del año 12. Predominaba en éstas el más grande

espíritu de entusiasmo, hacíanse discursos doctrinales, parecía como que se ponía cátedra de constitucionalismo, había acaso mayor buena fé, había acaso miras más levantadas. Las Cortes de 1820, aunque en ellas figuran en gran parte muchos elementos de los doceañistas, tienen otro aspecto. Hay en ellas ya algo de experiencia, los discursos suelen ser más breves, menos doctrinales, pero más políticos, la cuestión de mayoría y minoría obedece á las cábalas de entre bastidores y á lo que estudiaremos dentro de poco, es decir, á las intrigas de las sociedades secretas.

No asiste á estas primeras Cortes Alcalá Galiano y por consiguiente nosotros, que hemos de seguir hasta cierto punto principalmente á nuestro personaje, vamos á decir poco de ellas. Sin embargo, conviene indicar, porque es también materia que nos sirve para determinar en parte las causas de la caída del sistema constitucional, conviene indicar algunos de los asuntos que trataron tales Cortes. Entre otros muchos trataron de la desvinculación y de la célebre cuestión de monacales que, como sabéis todos, dió lugar á una de las cábalas del rey que se negaba á sancionar el decreto correspondiente y que por fin hubo de hacerlo merced á turbulencias y á imposiciones del pueblo. Dejemos á un lado, porque nos llevaría muy lejos, el tratar de la oportunidad de la desvinculación y sobre todo, del modo como se hizo: cuestión es esta económico-jurídica que nos llevaría muy lejos, repito, para la cual yo tampoco tengo competencia, y que aunque envuelve mucha importancia para el problema de la permanencia de la libertad en España, no es tan directa como la otra, la que se refiere á los monacales.

Por de pronto claro se vé que la desvinculación era un acto de justicia indudablemente, que facilitó la vida económica de España, pero por lo que se refería á la conservación de la libertad era un peligro, puesto que

era enajenarse la voluntad de muchas familias que veían su ruina y su descrédito en aquel sistema de desvinculación. Pero más importante, más grave es el punto que se refiere á la ley de monacales.

Ya hacía siglos que habían reclamado los procuradores contra el excesivo número de monasterios subsistentes en España, contra el abuso de las manos muertas y contra esto de los bienes mostrencos que iba matando como una especie de ataxia, todo el cuerpo social. Esto es cierto, y quien como yo es liberal, y más radical de lo que eran los liberales del año 20, no necesita hacer profesión de fé de estar conforme con la ley de monacales: pero aquí estudiamos la cuestión desde el punto de vista de las consecuencias y pudo ser consecuencia de esta manera de entender la política, la caída del sistema constitucional. ¿A qué atacaba la ley de monacales? ¿Qué se pretendía con esto de excluir tanta gente? ¿Qué se quería al pretender que pasaran bienes que muchos consideraban como sagrados, de la mano de los frailes al movimiento de la circulación económica? Prescindiendo de su importancia en este sentido, prescindiendo de la verdad, para mí innegable, de la necesidad de hacer la desamortización, es lo cierto que un país eminentemente católico como era España sin duda, un país que ofrecía ya tantos peligros de rebeldías contra la Constitución y contra la libertad por otros motivos, con la desamortización se veía atacado en lo que más quería, y por consiguiente esta ley era impolítica al menos en este concepto. Y es señores, que siempre se ha hecho esto en España, y aunque también en otros países se hace, en ninguno como en el nuestro se procura atacar, no la esencia de las cosas, sino su forma, aquello que debe durar más tiempo, es decir, lo exterior; y esto es contra naturaleza. ¿Qué observamos á orillas del mar? Restos de ciertos seres, de esos animales que tienen una envoltura

fuerte y resistente. Pero vamos á buscar dentro de esa envoltura y no hay nada, y vemos que lo último que queda es la cáscara ó la corteza, la tumba vacía, aquella caja en que Renan quería encerrar los dogmas; y esto es lo último que hay que atacar, la caja de los dogmas, la cáscara. En los montes vemos muchos árboles seculares están corroidos por dentro, pero les queda la corteza, les queda la hermosa apariencia. Pues en España se quería hacer lo contrario. ¿Qué sucedía en España? Que íbamos á la corteza, á lo exterior, que queríamos matar al cura lo primero, y no se debe matar á nadie, pero si acaso se debe ir al fondo, si en el fondo hay algo malo.

Hay esta contradicción en nuestras costumbres y esto es lo particular de España: por un lado profesión constante de fé, profesión de un catolicismo ó lo que sea, supongamos que sea otra religión, que eso no importa; profesión constante de fé, de amor, á un dogma determinado, y por otro lado ataques á aquello que constituye la forma de esa misma religión que se respeta. Yo no pretendo que se pueda resolver este problema fácilmente, pero es lo cierto que lo mismo en aquella época que en otras, en España no se procede como en otros países. En España no había entrado el libre pensamiento; no entró siquiera cuando lo permitieron las leyes, porque la costumbre lo rechazaba: no basta que haya libertad de pensar, cuando los que pueden pensar libremente no quieren pensar de esta manera y siguen pensando como han pensado antes.

Pues la ley de monacales atacaba indudablemente al clero, atacaba á la iglesia, no se puede negar, y la iglesia decía, y desde su punto de vista decía bien: es preferible que haya una iglesia docente bien organizada, rica y poderosa, á esa circulación de la riqueza de que habláis vosotros, puesto que esta es la riqueza material y la iglesia es la riqueza eterna. Con el Evangelio

en la mano y admitido este como palabra divina, infalible, la iglesia tenfa y tiene y tendrá siempre razón en este punto. De aquí la eterna cuestión de Gregorio VII, del sol y de la luna y de que la iglesia es el alma del Estado y mientras no se le niege á la iglesia que el alma del Estado sea la suya, y yo no digo que se le niegue, no se le puede negar que importa más conservar la iglesia que es el alma, que el Estado que es el cuerpo. Pues esto se hizo en España y esta fué una de las causas de haberse levantado el antiguo espíritu español contra la revolución. No es esto decir que yo no esté conforme con lo que se hizo; yo creo que más valía que hubiese caído entonces la Constitución y que hubiera pasado este primer período de ensayo y que después se volviera á la carga y que estas leyes quedaran como sedimento para ir formando el partido liberal y la realidad liberal, como en efecto sucedió, porque de aquí nació el gran espíritu progresivo con propio aliento, con propia savia. Pero por de pronto, como causa inmediata de la caída del sistema constitucional se puede presentar esta que es una de las más importantes.

Las Cortes no podemos estudiarlas nosotros por todos los conceptos que abarcan y todo lo que hicieron por la revolución con alguna influencia. Decíamos que había en ellas más divisiones que en las anteriores. ¿De qué nacían estas divisiones? Nacían principalmente de las luchas intestinas de las sociedades secretas.

Esto parece que nos arranca por un momento, y así es en efecto, de la historia de las Cortes, ó al menos de la breve reseña que hicimos de su espíritu, y por eso las dejaremos aquí por ahora, para tratar primero de las sociedades secretas que eran las que causaban estas luchas intestinas: pero cuando lleguemos al año 22, volveremos á reanudar el hilo por esta parte, al presentar las Cortes tal como eran y como procedieron para prepararse la caída del sistema constitucional y como

se portaron enfrente de la invasión; todo ello si el tiempo no apremia.

Señores: yo no tengo prevención de ningún género contra las sociedades secretas. Primeramente yo no estoy seguro de no estar rodeado en todas partes de masones, por ejemplo. Yo no lo soy, pero respeto al que lo sea; yo no participo ni de cariño ni de animadversión á estas sociedades, ni tampoco de esa displicencia, ya un poco vulgar, con que suelen mirarlas otros, ni menos del terror que suelen inspirar al vulgo. Pero sea de ello lo que quiera, aunque tengo respecto de ellas cierta antipatía por esto del secreto y por algunos de sus hechos, como por ejemplo, la persecución que hicieron padecer á cierto ilustre filósofo, de todas suertes soy completamente imparcial por lo que se refiere á estas fundaciones, tal vez reflejo de los *eranos* griegos y de los *collegia* romanos; pero en cuanto á la España de aquel tiempo, no cabe duda que causaron graves males al país y que fueron una de las principales causas de la ruina del sistema constitucional, puesto que fueron el principal motivo primero del poco prestigio, de la poca fuerza en el poder, de la falta de iniciativa de los hombres de Estado en aquel tiempo; y además, causa de las divisiones que van apareciendo ya en los mismos partidos constitucionales.

Es decir, causas de aquello que era la podredumbre interior, de aquello que no era influencia exterior, influencia del absolutismo y de las potencias extranjeras, enemigos que estaban acechando á la Constitución, sino causas de putrefacción del mismo sistema constitucional.

Tampoco hace falta referir la historia de estas sociedades, y mucho menos apremiando el tiempo y proponiéndome ser breve; pero sí se puede indicar que el gobierno supremo de esta institución, el gobierno de la masonería, era el verdadero gobierno en España; que

si tuvo poco influjo, por ejemplo, en el primer ministerio de Fernando VII, en el de Argüelles, de Pérez de Castro, etc., ya lo tuvo muy grande en los siguientes; sobre todo, en el gobierno compuesto exclusivamente de masones, de D. Evaristo San Miguel. Ya sabeis que los ministerios toman el nombre de la persona que más influye en ellos; porque entonces no había presidente del Consejo de Ministros.

Pues bien; aun en el primer ministerio constitucional, logró la sociedad masónica que pasasen á formar parte de él algunos de sus individuos más principales, y si bien D. Agustín Argüelles jamás lo tomó con calor, ni se dejó imponer como otros; algo, sin embargo, se dejó influir por esa sociedad; pero llegó un tiempo en que el gobierno no era más que una sucursal de la Junta suprema de la sociedad masónica, y en ésta, sí, ya figuraba Alcalá Galiano, y desde allí dictaba todas las medidas radicales que le parecían buenas para salvar la Constitución, muchas de las cuales llevan consigo esa falta de respeto al monarca, de que se quejan los escritores absolutistas. Es indudable, que lo mismo la plebe que los otros elementos no tuvieron con Fernando VII todos los miramientos que debieron tenerse, pero también es cierto que Fernando VII obraba siempre con insigne mala fé con el gobierno y con los liberales.

Y como si esto no fuera bastante, como si no fuera indigno que el gobierno de toda una nación tuviese que obedecer á un espíritu de pandillaje, que no por ocultarse con nombres más ó menos ceremoniosos dejaba de ser pandillaje, todavía tenemos otra causa: la división que nace dentro de estas mismas sociedades y dentro de sus diferentes tendencias. Y aquí vamos á ver dos causas, por un lado la causa directa de la caída del sistema constitucional, y por otro lado la prueba de un espíritu de abstracción y puramente formalista, á que me he referido antes.

Con efecto, un país que ha vivido bajo la férula del absolutismo tanto tiempo y que se dice hambriento de libertades, va, sin embargo, á desprenderse de aquellas que valen más que todas y que están hasta cierto punto garantidas aun en el sistema absolutista por la fuerza del libre arbitrio, de que nos habla Calderón; va á someter su albedrío á un poder extraño. Ya sabeis que todo el que entraba en estas sociedades perdía, hasta cierto punto, la libertad, y aun otras cosas más graves, como el criterio de la moralidad, puesto que se le obligaba á cometer ciertas acciones, no guiándose por el espíritu de su propia conciencia, sino por la conciencia colectiva, es decir, por aquello á que le ataba el juramento.

Pues esto indica lo que valía el espíritu liberal en el fondo, y cómo no estaba en las entrañas del pueblo, ni era reclamación social de un país que quiere y pide sería y decididamente su derecho.

Roma, que efectivamente fué el pueblo que ejercitó mejor sus derechos, el pueblo que los conquistó y supo ganárselos con su trabajo, no tuvo estas sociedades secretas: había reuniones en ciertas ocasiones para censurar el poder del tirano, pero no se sometían á una voluntad abstracta, porque los ciudadanos estaban sometidos al interés político. Entre nosotros no sucedía esto, entre nosotros, es decir, en la mayor parte de los liberales de entonces, esta abdicación formal, esta abdicación en un criterio ajeno, las más veces por desgracia desconocido, llevaba á compromisos extremos, sin iniciativa propia, sin iniciativa de la conciencia. Se entregaban mediante un juramento á una voluntad exterior y algunas veces misteriosa y criminal al fin y al cabo. Dígalo el compromiso que se quiso que contrajeran Galiano y tantos otros de reconocer la legitimidad de una sentencia de muerte contra Fernando VII.

Y para ver hasta qué punto el espíritu español con-

tinuaba siendo soñador en gran parte, examinemos brevemente lo que sucede con las sociedades que se crean por enemistad á la masónica, llamadas de los *Hijos de Padilla* ó comuneros. Sabeis que la sociedad de los comuneros se creó robándole un pensamiento á Gallardo, popular escritor, más célebre acaso de lo que merecía. Gallardo dice que á él le robaron el pensamiento de fundar una sociedad, á imitación de las masónicas. La idea era que en vez de traer ritos de países extranjeros, se basara la nueva hermandad en las antiguas instituciones de las comunidades de Castilla, siguiendo las costumbres de aquel tiempo. Así se hizo. Llamáronse hijos de Padilla ó comuneros, y se dividían, en vez de de lógias, en torres; y es de ver el ceremonial con que había de celebrarse la iniciación en estas sociedades. Yo, leyendo eso de que para entrar el iniciado había que manejar el rastrillo y el puente levadizo del castillo y hacer gran ruido de cadenas y dar voces de alerta y meter el neófito en cuadras oscuras para prestar juramento y repetir una y cien veces si se sometía á lo mandado, comparaba á estos iniciados catecúmenos que llegaban á uno de estos castillos, con nuestro inmortal D. Quijote cuando se acercaba á una venta; y en efecto, el español siempre se parece á D. Quijote, que está viendo constantemente castillos en lo que son ventas, y que como tales consideraba Sancho Panza. Porque es de saber que si los españoles llevan consigo á D. Quijote, también llevan á Sancho. Y si en tales castillos se entra sin miedo, como podemos entrar nosotros ahora, se verá que hay comunicaciones frecuentes entre unos y otros, sobre todo, de los castillos de las provincias al de la capital, y en esas comunicaciones no siempre se hablaba de acabar con la tiranía, sino que las reyertas de castillo á castillo eran por motivo de empleos, eran por motivo de ínsulas, es decir, que se notaba por una parte el idealismo falso en aquel modo de entender el

derecho y la libertad, pues tal libertad hacía cada ocho días levantarse, no en armas, sino *en* gritos, puede decirse, al pueblo madrileño; y aquel afán de ir á recabar de palacio lo que no podían recabar de sí mismos; aquel asueto de los españoles; aquel arrojar los instrumentos de trabajo para irse al motín, aquel espíritu de la baladronada, de la abstracción, del Quijotismo tenía por extraño complemento el espíritu de la conspiración por el pan de cada día, este espíritu de la empleomanía que comenzó entonces á ser sistemático y á tener sus fueros constitucionales en el turno más ó menos pacífico. ¿No estamos hoy viendo discutir á muchos partidos respetables y sérios, sobre materias abstractas, sobre materias que apenas cabría discutir en una academia sin sentir hasta náuseas; no los vemos discutir y hasta dividirse y subdividirse en fracciones por esta clase de materias que ni nombre tienen en buen castellano, y, sin embargo, no vemos que por lo que en realidad se dividen y subdividen es por el empleo y por el distrito? De manera que la España de ahora es la misma en este punto que la del año 23.

Daba todo ello ocasión á divisiones en los gobiernos á constantes luchas y fraccionamientos de fuerzas, que, por consiguiente, hacían flaquear al poder, que necesitaba defenderse contra aquel enemigo, contra el absolutismo, contra el espíritu de inercia de la Nación que realmente se convertía en espíritu de acción cuando se atacaba á una de aquellas ideas tradicionales, que efectivamente eran españolas rancias.

Hay que confesarlo, señores, porque se puede ser muy liberal sin dejar por eso de reconocer que la libertad en España estaba en mantillas. Lo que era profundamente nacional era la religión y la patria; y en la célebre epopeya de nuestra independencia fueron muchos los que defendieron la libertad, los que procuraban el renacimiento, según ellos, ó quizás el nacimiento de la

libertad, pero es indudable que la masa general del país por lo que peleaba era por la patria y por la religión. Esta había de ser otra causa de la caída del constitucionalismo; y observad que no por decir esto despreciamos á los liberales, antes bien los ensalzamos; porque si dentro del país estaban en minoría, tanto mayor es su mérito cuanto menor fuera su número, y á más tiene que tocarles en este reparto de gloria. Eran pocos los liberales verdaderos, los que estaban resueltos á todo por defender la causa del pueblo, y prueba de que eran pocos es que cayó el sistema proclamado en Cádiz.

Pero llegamos ya á la causa principal y directa de la caída del gobierno constitucional. Todas las enumeradas tan ligeramente contribuyeron á ella, pero el principal impulso tenía que venir de fuera y así sucedió. En Europa reinaban por aquel tiempo vientos de reacción. Había en Rusia un romanticismo diplomático, y se notaba el afán de dar un brillo místico al poder del Czar; Prusia se estaba reformando también con elementos de concentración despótica; en Francia imperaba la restauración y en Austria continuaban las tradiciones de absolutismo con que se quería sujetar no sólo á los nacionales sino á una gran parte de Italia. Realizábase la *Cuádruple alianza*, y uno de los primeros fines que se propone es someter á los españoles al sistema general de Europa. Estorbaba este pedazo de libertad, al menos aparente, que existía en España y querían no aislar el foco, sino destruirlo. En el Congreso de Verona es donde la cuestión se trata de un modo directo y allí se plantea resueltamente el problema de acabar con la libertad española.

Entre los espíritus notables, entre los hombres más importantes que llevaban esta trama, figura Chateaubriand. El Vizconde de Chateaubriand fué sin duda alguna el que más contribuyó á la invasión y á la pérdida de nuestra libertad; pero era siempre un espíritu ele-

vado y procuraba dar á este atentado cierto caracter de bondad, cierto sello de cristianismo que le hiciera simpático, no solo para los elementos invasores, sino para el mismo pueblo invadido; porque Chateaubriand tenía de España una idea que muchos compartían. No era para él un país que estuviese llamado á regenerarse y á seguir las corrientes de toda Europa, sino un pueblo petrificado que siempre debía permanecer como modelo de lo que era una nación en la Edad Media, y quería que quedase como ejemplar arqueológico que pudiera servir de recreo y de estudio á las modernas generaciones. Este afán de que nuestro progreso consiste en permanecer quietos le han tenido y le tienen aún muchas notabilidades extranjeras; así es que cuando nosotros en literatura queremos emanciparnos ó en religión queremos abrir cauce á las ideas modernas, nos dicen: No; á vosotros, españoles, os sienta mejor representar el antiguo régimen, el feudalismo y la Iglesia oscurantista, como fondo negro en que resaltan más vuestras costumbres y vuestra indumentaria por extremo pintorescas.

Tal era la idea de Chateaubriand y por eso, no recuerdo si en el *Génio del Cristianismo* ó en las *Memorias de ultra-tumba*, se compara á sí mismo con España y mostrándola cierto cariño, viene á decir: «Ni tú ni yo somos modernos; ambos hemos nacido para la soledad y para la tristeza, tú para vestir el sayal del mendicante, yo para vivir en el retiro, y juntos lloramos nuestras penas.» Este aspecto, condenable desde otros puntos de vista, pero poético y casi perdonable en este sentido, era el que adoptaba aquella invasión tratando de imponer su criterio al pueblo que por todas partes había impuesto el suyo en los pasados siglos.

En cuanto al personaje que representa el brazo de esta invasión parricida y toma el mando de las legiones extranjeras, no quiero juzgarle yo. Al Duque de Angu-

lema voy á dejar que le juzgue un compatriota suyo; porque esta invasión presenta caracteres bien distintos de los que tuviera la invasión napoleónica. Antes era un gran hombre luchando con un gran pueblo; ahora era un hombre tan pequeño como vais á ver, y un pueblo que le abría el paso y le dejaba llegar hasta el Trocadero sin oponer resistencia; es decir, antes lo sublime, ahora lo ridículo.

Flaubert en su último libro titulado *Bouvard y Pecuchet*, representa á dos pobres escribientes que se encuentran en un boulevard, que comienzan hablando de varios asuntos y poco á poco se van entendiendo hasta el punto que deciden vivir juntos y trabajar juntos.

En efecto, se dedican á multitud de oficios, unas veces son poetas, otras filósofos y llega un momento en que convienen en meterse á historiadores.

—«Y ¿qué escribiremos? pregunta el uno.

—»Biografías, contesta su compañero. ¿Le parece á Vd. que escribamos la historia del duque de Angulema?

—»¡Pero hombre, si era un imbécil!

—»¿Qué importa? Los personajes de segunda fila tienen á veces influencia enorme.»

Y en efecto empiezan á tomar apuntes que han de servir de armazón para la obra histórica.

«*Guerra de España*.—Desde que atraviesa los Pirineos (Angulema), la victoria sigue por do quiera al «nieto de Enrique IV. Toma el Trocadero, llega á las columnas de Hércules, aplasta las facciones, abraza á «Fernando y da la vuelta. Arcos de triunfo, flores que «le presentan las jóvenes, comidas en las prefecturas, «*Te Deum* en las catedrales. Los parisienses llegan al «summum de la embriaguez. En los teatros se cantan «alabanzas al héroe.

»El entusiasmo disminuye porque en 1827 en Cherbourg un baile organizado por suscripción, fracasa...

»Como es Gran Almirante inspecciona la flota que va á partir para Argel.

»1830. Marmont le manifiesta el estado de las cosas. »Se excita hasta el punto de herirse una mano con la »espada del general.—El rey le confía el mando de todas las fuerzas.

»Tropieza en el bosque de Boulogne con tropas de línea... y no encuentra una palabra que decirles.

»De Saint-Cloud vuela al Puente de Sèvres.

»Se sienta al pie de una encina, despliega un mapa, »medita, vuelve á montar á caballo, pasa por delante de »Saint-Cir y envía á los colegiales palabras de esperanza.

»Se embarca y está enfermo durante toda la travesía. Fin de su carrera.

»Hágase notar la influencia de los puentes en la vida »del héroe: se expone inútilmente en el puente del Inn; »toma el puente Saint-Sprit y el puente Lauriol; en Lion »le son funestos los dos puentes; y su fortuna espira »ante el puente de Sèvres.

»*Cuadro de sus virtudes.*—Inútil alabar su valor, al »cual unía una gran política, pues ya se sabe que ofreció á cada soldado 60 francos por abandonar al Emperador, y en España trató de corromper á fuerza de dinero á los constitucionales.

»Su reserva era tanta que accedió al matrimonio de »su padre con la reina de Etruria, á la formación de un »gabinete nuevo después de las ordenanzas, á la abdicación en Chambord... á todo lo que de él se quería.

»*Rasgos característicos.*—Una vez visitó un cuartel, »pidió un vaso de vino y lo bebió á la salud del rey.

»Cuando paseaba, para marcar el paso, solía repetirse á sí mismo: una, dos, una, dos, etc.

»Se conservan algunas frases célebres de este héroe.

»A un diputado de Burdeos: «Lo único que me consuela de no estar en Burdeos, es el estar entre vosotros.

»A los protestantes de Nimes: Yo soy buen católico, pero no olvidaré jamás que el más ilustre de mis antepasados fué protestante.

»Después de la abdicación de Carlos X: Puesto que no me necesitan, que se arreglen sin mí como puedan.

»Proclamas: He llegado. Soy el hijo de vuestros reyes: vosotros sois franceses!

»Orden del día en Bayona: ¡Soldados! ¡Acabo de llegar!»

Esteera, según el célebre Flaubert, el hombre que venía á invadir á España después de haberla invadido Napoleon. Y, sin embargo, lo que no consiguió aquel gran conquistador, lo consiguió el duque de Angulema. ¿A qué se debió esto? A que lo que se defendía antes era la patria, era amor de todos, mientras que lo que se defendía en estos tiempos era obra de un partido, del partido liberal. Y así se vé, por ejemplo, que llega Angulema á la misma Zaragoza, y Zaragoza le abre sus puertas; y empezaron á agregársele los diferentes ejércitos, y al fin pudo llegar al Trocadero, y pudo conquistar á Cádiz, y pudo conseguir la derrota de los liberales, y arrancar aquel decreto en que Fernando VII promete que ha de conservar parte de la libertad política, decreto que enseguida deroga; y ya sabeis que la libertad cae en aquel punto. Pero antes de contemplar estas tristezas, hay que recordar brevemente á Alcalá Galiano, y la famosa sesión en que se realiza aquel acto que muchos han calificado como indigno de un parlamento, y como indigno de un grande hombre. Me refiero al acto en que se declaró loco á Fernando VII, decisión, que como sabeis, no es única en la historia.

Mucho se critica por parte de los que no son partidarios de la libertad, que hubiese resistido el ministerio de San Miguel á la influencia extranjera. Se dice que era una locura hacer aquello, que no debía resistir, que debía someterse y entregar el poder, puesto que tan

formidables fuerzas se le venían encima. Sin embargo, esto no se hace, y creo que en aquellos momentos el partido liberal por lo menos, lo que debía hacer era luchar aunque supiese que luchaba á la desesperada; una cosa es que la fuerza de las circunstancias exigiese que España no pudiera resistir, y otra cosa es que si estaba comprometida en la obra de la libertad, luchara hasta el último momento; y así se explica que Alcalá Galiano que lo veía todo claro, fuera quien tomó la iniciativa en la resistencia, y consiguió, como sabeis todos, que se trasladasen las Cortes á Sevilla, habiendo entonces un movimiento de verdadero ardor patriótico por parte de los liberales. Como el de las jornadas célebres de Julio del año 22, era el de ahora un movimiento en que empezó á asomar el interés de la libertad en España, como verdadero, como nacional, como algo que arraiga ya en las entrañas de nuestro pueblo que es digno de tenerse en cuenta, y que va preparando la España futura, pero interés de los menos todavía.

Trasládanse á Sevilla gran parte de las fuerzas de milicianos nacionales; trasládanse las Cortes y se las vé esperando el resultado de aquella lucha inverosímil de un solo partido dividido y subdividido, contra todo el poder de la Europa. Esto era grande, aunque pudiera ser imprudente: la contestación que dió el ministerio San Miguel á las imposiciones y á las notas de Austria, Prusia, Rusia y Francia, las tres primeras sobre todo, verdaderamente irrespetuosas y provocativas, fué digna, y consta de ocho partes que no puedo repetir ahora por falta de tiempo, aunque me lo había propuesto; pero en todas ellas se vé resplandecer la verdad, la razón y la justicia y sobre todo la dignidad del pueblo español.

Y si yo he analizado de esta manera un poco fría el espíritu liberal de entonces, no es porque admire menos á los liberales de aquella época; lo que quiero hacer notar es que luchaban pocos contra muchos y que

la derrota era segura. ¿Cómo no ha de ser grande el espíritu de resistencia? ¿Y quién representaba en la lucha el de España la nueva, sino Alcalá Galiano, que es el verbo de aquellas Cortes? No fué diputado ni el 20 ni el 21, no lo fué hasta las Cortes del 22, y ya en las célebres sesiones de Febrero pronuncia aquellos magníficos discursos en que se mueve la opinión general, en que el corazón de todos late al unísono, en que hay abrazos y hay aquella efusión que ojalá pudiéramos tener nosotros ahora. Entonces era la resistencia noble, la resistencia digna avivada por la elocuencia, que se inspiraba en un verdadero patriotismo, porque no cabe negar que fuese patriotismo lo que no era patriotismo de todos los españoles; lo era en los liberales, que ellos creían encarnada en la causa de la libertad la idea de la patria.

Villacampa en Andalucía deja libre el paso de Despeñaperros y entonces se celebra la sesión del 11 de Julio. Yo ruego, yo recomiendo á los que tengan afán de estudiar estas cosas, que en vez de recurrir á las historias vulgares lean la misma sesión del 11 de Julio: allí puede decirse que aparece en su más alto momento la personalidad de Alcalá Galiano. Orador insigne y joven, hombre de gran iniciativa, de muchos recursos, idealista á la larga, práctico á la corta, antes liberal que dinástico, valiente en tales lances, hipotecando la vida por llevar adelante la audacia, noble condición en tal época, se nos presenta en esta ocasión con la grandeza de un héroe verdadero.

El rey se resistía á abandonar á Sevilla, las Cortes vivían azoradas, estaban esperado de un momento á otro la invasión, la prisión y tal vez la muerte, y, sin embargo, no podían moverse de allí mientras el rey no se moviera; y entonces Alcalá Galiano toma la iniciativa. Estaba enfermo, habíase retirado calenturiento. Las calenturas eran antiguas en él, las había padecido en

su niñez y además en Suecia, donde había estado á punto de morir. A pesar de sus luchas con la fiebre abandona el lecho llevando la calentura consigo; arrastrado por la inspiración, ganoso de servir á la patria á costa de su vida, se dirige á las Cortes. Tal vez dependió en parte del estado febril que le prestaba fuerza la violencia de la resolución de aquel día. Llegó á las Cortes, estaban ya pobladas las tribunas, como si se esperara una gran resolución, había gran efervescencia, se quería que el rey hiciese algo y no lo hacía, que el gobierno tomase la iniciativa, sobre todo, y si no que las Cortes obrasen por su cuenta. En una habitación separada de la sala de sesiones por un tábique que dejaba pasar el ruido, estaban reunidos los diputados. Todo se volvían pareceres, pero no había ninguna decisión, y los pareceres eran encontrados y no había nada que pudiese salvar la situación; y entonces se impone la palabra de Alcalá Galiano y su ingenio y energía encuentran una solución y la propone. D. Agustín Argüelles, á pesar de su prudencia, la aconseja como la única salvadora ó como la menos mala. Se abre la sesión pública, y después de interrogar Alcalá Galiano al Gobierno sobre la situación del ejército y sobre los medios con que cuenta para salvar el sistema constitucional, y á los mismos diputados, y después de contestar el ministro de la Guerra sin decir en suma nada, se reconoce cuán apurado es el trance; Alcalá Galiano propone que se nombre una Comisión que vaya á decir al rey que es necesario que abandone á Sevilla y se refugie en Cádiz, y añade que si el rey se resiste, entonces tendrán que tomar otra medida las Cortes. En efecto, se nombra la Comisión; esta Comisión la preside el célebre D. Cayetano Valdés, ilustre general monárquico, hombre que amaba al rey, pero que comprende que el patriotismo exige una medida extrema. Se presenta la Comisión á Fernando VII. Llevaba una hora de plazo y se la había dicho que si

después de pasada aquella hora el rey no contestaba se procedería á lo que se tenía convenido. En efecto, pasó el tiempo, las Cortes se declaran en sesión permanente, vuelve la Comisión, y D. Cayetano Valdés tiehe que declarar que el rey no ha accedido á su pretensión y que no quiere abandonar á Sevilla, y declara que cuando la Comisión insiste, el rey levántándose y friamente exclama: «He dicho.»

Y entonces se levantó Alcalá Galiano y pronunció el célebre discurso que traigo aquí copiado, pero que no quiero leer por la premura del tiempo, y dice en aquellos momentos solemnes esto en sustancia: «Si el rey no quiere abandonar á Sevilla; si las tropas enemigas están encima de nosotros; si es inminente la perdición del rey que va á caer en sus manos, y él no quiere evitarlo, las Cortes tienen que declarar que el rey ha perdido el uso de la razón, y proceder á lo que la Constitución previene para estos casos.»

Y en efecto, cumpliendo el precepto constitucional se declara temporalmente depuesto al rey Fernando, se nombra una regencia de la que fué presidente el mismo general Valdés y se obliga al rey á trasladarse de Sevilla á Cádiz.

En aquella noche Alcalá Galiano que fué el hombre de la solución, el único que tuvo una idea grande y salvadora, calenturiento todavía, abrumado por las fatigas de aquella sesión, que se declaró permanente mientras se preparaba el viaje del rey, se reclinó á descansar al pié del solio de las Cortes. Escena parecida ha pintado Hartzenbusch en *La jura en Santa Gadea*, cuando todos andan buscando al Cid, pero el Cid no parece y por fin le encuentran durmiendo á los piés del trono; es decir, guardando la soberanía de la patria sin monarca. En el tiempo del Cid la soberanía de la patria la representaba el trono, y en la época de Alcalá Galiano la soberanía de la patria se cifraba en las Cor-

tes; por eso, como el Cid, debía dormir al pié del solio.

Después, señores, viene la desbandada, que no hay para qué pintar, ni tampoco he de hablaros de los tiempos de la emigración, aunque en rigor el tema lo exige. Pero como quiero concluir, aun con menoscabo de la integridad del asunto que se me había señalado, solo diré que en esa emigración continuó manifestándose el mismo espíritu de división y de discordia que tan fatales resultados había dado en la época del triunfo.

Las divergencias entre los liberales que dieron origen á las fracciones que después se llamaron de moderados y radicales no permitieron nunca la realización de un plan combinado, y de nada sirvieron los sacrificios aislados, como el de Torrijos y sus compañeros; de nada sirvieron aquellas sublevaciones militares que acababan siempre por sangrientas ejecuciones. Así como se dice que el Sah de Persia lleva en sus sandalias el polvo de la patria cuando de ella sale, puede decirse que el español lleva á la emigración el polvo de todas las pequeñeces, de todas las rencillas de su país. Por esto no pudo triunfar el espíritu constitucional, y si después lo consiguió, no fué por la acción de los emigrados, sino por otras causas independientes de su esfuerzo y de su voluntad. Esto podrá parecer triste, pero es la verdad, y así lo dice el mismo Alcalá Galiano, y ojalá, por lo menos, sirva de lección el pasado al presente y al porvenir.

Volvieron al fin los emigrados; ¿pero cómo volvieron? Esto será materia de otras conferencias; yo quiero concluir la que á mí se me ha confiado, diciendo que volvieron aquellos hombres para empezar otra vez la misma pelea, los mismos inútiles sacrificios, inútiles y estériles las más veces, porque de una parte incurrieron en el mismo afán de las divisiones, y de otra admitieron un concepto de la soberanía nacional que no es ni puede ser el verdadero. Observad, señores, que no se

aspira aquí á la soberanía en las condiciones en que vino á encontrar la suya al rey Wamba, trabajando la tierra; nuestro pueblo no quiere ser rey como los reyes pastores, sino como los reyes holgazanes. Yo creo que si alguna vez hemos de conquistar la soberanía de veras ha de ser trabajando el derecho como heredad del espíritu, día por día, hora por hora, sacando la libertad del terruño, de ese terruño amado de la patria regado ya por tanta sangre y que aún deben regar muchos nobles y fecundos sudores. He dicho.

*(Repetidos y entusiastas aplausos).*

# 25.<sup>a</sup> CONFERENCIA

---

## T E M A

Mata y la Medicina legal.—Orfila y la Toxicología.—La ciencia médica y las teorías modernas ante los tribunales y la ley.

ORADOR

DON LUIS SIMARRO

---

*Señoras y Señores:*

Si, muchas veces, es difícil comenzar una conversación, más difícil es siempre comenzar un discurso; y de esta dificultad nace principalmente la costumbre de los exordios.

Yo, á pesar de ello, hubiera querido suprimir todo exordio para abreviar la conferencia, pues si bien es usual que el orador alegue su insuficiencia, las dificultades del tema y la cultura del auditorio, para solicitar su benevolencia como única salvación en el difícil trance en que se encuentra, y si bien todas estas consideraciones me son aplicables en este caso, porque mi cultura es insuficiente y grave el tema y el auditorio muy respetable y las circunstancias en que me encuentro muy difíciles, considero tales alegaciones como sobrentendidas, y no dudo, que, como de costumbre, vuestra benevolencia me será concedida.

Sin embargo, como sea preciso que los retratos biográficos objeto de esta conferencia se destaquen sobre un fondo histórico, me será permitido señalar algunos momentos importantes del proceso de la cultura científica en España, ya que el progreso de las ciencias médicas á que he de referirme en particular, está subordinado al progreso científico general.

Las consideraciones que sugiere la historia de nuestra cultura científica no son ciertamente halagadoras para nuestro amor propio nacional, y pudieran parecer acaso como contrarias al patriotismo, si este hubiera de entenderse á la manera que el personaje de una novela de Tourgeneff, que exclama: «En Rusia dos y dos son cuatro como en todas partes, pero con mucha más energía.» Es ciertamente laudable bajo el punto de vista sentimental, el empeño que ponen muchos de nuestros eruditos en afirmar y sostener que España nada tiene que envidiar á las otras naciones en punto á cultura científica; mas, bien mirado, mayor servicio se presta á la patria señalando los defectos de su carácter y las decadencias de su movimiento científico, que esforzándose en finjir glorias y cantar alabanzas que los hechos no justifican en modo alguno. Esto dejando aparte que el amor á la patria, como el amor filial, ni implica, ni requiere la perfección del objeto amado; y se debe querer, y se quiere en efecto, al padre pobre, viejo ó tullido, sin que por esto se desconozca su pobreza y su impotencia.

Hechas estas salvedades, á nadie parecerá antipatriótica la afirmación de que España siguió el movimiento general científico de Europa hasta el siglo xvi, mostrando en este tiempo tendencias verdaderamente progresivas, y que con motivo de la reforma religiosa y coincidiendo con ella, se produjo en nuestra patria un movimiento retrógrado, tanto más notable cuanto que se verificó simultáneamente con el movimiento de

avance que en todas las naciones cultas se produjo, por causas cuya investigación es ajena al propósito de esta conferencia.

Si se atiende solo al número de libros publicados, á sus títulos y á los años de su impresión, se halla, por lo que á la cultura médica se refiere, que en los siglos XVI, XVII y XVIII se produjo una abundante literatura médica, y en esto suelen fundarse ciertos bibliófilos y eruditos para negar la decadencia de la cultura científica en España. Pero si en vez de los títulos y milésimos se lee, pasando de la portada, los libros mismos, fácilmente se perciben las señales evidentes del retroceso. Basta para ello comparar por ejemplo las obras de Andrés Laguna, médico justamente famoso, que floreció antes de iniciarse nuestra decadencia, con los libros farragosos de sus sucesores, que no por ello han sido menos celebrados. En Andrés Laguna se halla un espíritu de todo punto moderno, traduce y comenta los libros de los antiguos; mas no se limita á un exégesis estéril, sino que vivifica sus comentarios con la observación directa de la naturaleza, y así declara en el prólogo de su traducción de *Dioscórides* que ha escrito este libro después de investigaciones y trabajos realizados en sus viajes, donde ha aprendido la composición de los medicamentos y la manera de recoger las plantas y los simples. Para Andrés Laguna tiene capital importancia la comparación del estado de la ciencia en los diferentes países, y contrastando con el estrecho exclusivismo de siglos posteriores en que se miraba como sospechoso todo lo extranjero, él se esfuerza en poner de relieve las ventajas que un médico puede obtener de sus viajes por países extraños, diciendo en el proemio del citado *Dioscórides*: «De lo dicho se colige cuan útil y necesaria sea la peregrinación generalmente á todos los hombres... Mas á ninguno sirve tanto peregrinar como al médico, dado que muy pocos de ellos son los

que peregrinan, pues les parece que bastan tres ó cuatro solecismos ó barbarismos que aprendieron en la universidad más vecina, con otras tantas recetas rancias para irse corriendo sangre á hacer continua y capital guerra á la patria, como perros que en bebiendo en el Nilo vuelven luego rabiando á morder á cuantos hombres encuentran. Estos, pues, son aquellos de los cuales blasfema Plinio, diciendo que aprenden á nuestra costa y matando, sin que haya ley que castigue tan perniciosa ignorancia. Y cierto sería un decreto muy útil y salubérrimo á la república, que ninguno salido reciente y fresco de los estudios pudiese medicar en el reino sin primero haberse ensayado seis ó siete años en tierras extranjeras ó de enemigos.»

Este sentido, amplio y comprensivo, esta libre crítica de los defectos y errores nacionales, que en Laguna y en otros de sus ilustres contemporáneos se manifiesta, contrasta tan vivamente con la mezquindad intelectual de sus sucesores, con la hinchada y pomposa afectación, signo de decadencia, que se revela en los dictados de *divino*, *Hipócrates hispano* y otros análogos que se prodigan entre sí los médicos del siglo xvii y xviii; contrasta tan vivamente, repito, aquella recomendación de completar la educación médica por los viajes á países extranjeros, con las resistencias que á las doctrinas venidas de todos los puntos de Europa se ha opuesto después y hasta los días presentes en España, que al lector, que hoy hojea nuestros libros viejos, le parecen más modernos los escritores del siglo xvi que los del xvii, del xviii y aún la mayor parte de nuestros contemporáneos del xix.

Es cierto que Laguna reflejaba el espíritu de universal comunidad de la ciencia que más tarde fué ahogado al formarse las nacionalidades modernas, y que él mismo nacido en Segovia, llegó á ser médico del Papa Julio III y de la ciudad de Nancy, á la manera que otro

hombre de ciencia de la misma época, Luis Vives, valenciano, fué profesor en Lovaina y en Oxford.

Y ya que he mentado á Luis Vives, me será lícito citar, pues conviene á mi propósito, que este gran filósofo, verdadera gloria de nuestra patria, que compartió con Erasmo el cetro intelectual de Europa, ha dado en sus cartas la explicación de nuestra decadencia científica á cuyo principio asistió con ánimo acongojado. Se halla en efecto entre las cartas de Vives á Erasmo una muy curiosa, en la que después del proceso intentado á Erasmo en Valladolid, donde Vives hizo cuanto estuvo de su parte para defenderle, le dice para escusar y explicar la ruptura de su correspondencia: «Pasamos tiempos muy difíciles en que ni hablar ni callar podemos, sin peligro. Han sido presos en España, Vergara, su hermano Tobar y algunos hombres muy doctos.»

Basta este testimonio, sin acudir á otros tan conocidos, que pareciera impertinente citarlos, para comprender el género de coacciones que desde esta época hubo de sufrir el pensamiento español y para explicarse de qué manera, al hacerse España el campeón de la intolerancia religiosa en Europa, ahogó en su seno la naciente cultura científica; pues por natural ley de las cosas, para oponerse al movimiento de las nuevas ideas, hubo de empezar por extirparlas en el interior y en su propia nación, y por la posición de combate que había adoptado, hubo de considerar la unidad de creencias como el principal elemento de su fuerza y resistir, para conservar esta unidad, no solo á toda ingerencia de ideas extranjeras, sino también al comercio intelectual que pudiera abrirles la puerta. Así se vió nuestra patria aislada, así sacrificó la variedad de las opiniones científicas en aras de una quimérica unidad que había de conducir necesariamente á la renuncia de todo pensamiento, así al lado de una ortodoxia religiosa se estableció una ortodoxia científica y las obras de Hipócrates y Galeno

en las ciencias médicas alcanzaron el mismo carácter de inviolable autoridad que la Biblia católicamente comentada, y así se vió acusar á los médicos de herejía, cuando se separaban de los textos consagrados por la imposición del Estado.

Si los Pirineos hubieran sido más altos ó infranqueables, si España de península se hubiera convertido en isla solitaria en medio del Océano, es seguro que nuestra degradación científica hubiera llegado al extremo; mas gracias á las corrientes europeas que con Felipe V y Carlos III pudieron penetrar en España, fué posible mantener entre nosotros un cierto nivel intelectual.

La historia científica de aquellos tiempos necesitaría para ser expuesta mayor espacio del que en una conferencia puede disponerse; mas ciñéndome á lo que se refiere á la cultura médica, mencionaré en este punto un interesante papel de Jovellanos, escrito en 1777, donde al informar como juez subdelegado del real protomedicato de Sevilla al primer protomédico D. José Amar, sobre el estado de la Sociedad médica de la ciudad y el estudio de la Medicina en su Universidad, refiere la curiosa historia de aquel instituto, que puede considerarse como resumen y compendio de la historia general de la Medicina Española. «La Sociedad, dice, debió su origen á una disputa suscitada en el año 1696, entre los médicos directores de esta Universidad y los revalidados que no eran de su gremio y claustro. Pretendían los primeros, presidir á los segundos en las juntas y actos prácticos, por la cualidad de doctores y sin respetar á la antigüedad. Los segundos insistían en que tocaba la presidencia al más antiguo sin consideración á otra cualidad.»

Esta cuestión de etiqueta representaba en realidad un episodio de la lucha entre doctores y cirujanos, que se inició en toda Europa al despuntar con el renacimiento el estudio de las ciencias naturales y al ope-

nerse á la autoridad de los textos sagrados de Hipócrates y Aristóteles, los resultados de las disecciones anatómicas, de los experimentos fisiológicos y de la observación de los enfermos.

Solía entonces suceder que el doctor en medicina profesor de anatomía, explicaba según Aristóteles, que los nervios nacían del corazón y abandonaba después la cátedra, para dar lugar á que el cirujano disector mostrase en el cadaver cómo los nervios procedían de la médula. Esta contradicción entre una ciencia clásica y ortodoxa y los resultados de la observación directa, vino á tomar cuerpo y representación personal en dos clases de médicos: los doctores, hábiles latinos, iniciados en la lectura de los libros clásicos, autorizados con títulos y diplomas, con derecho á usar borla en su birrete y sortijón de esmeralda en el pulgar; y los cirujanos ó barberos, romancistas, expertos en la disección, inclinados á la observación directa y que obtenían por todo título, una reválida ó simple permiso de ejercer la Medicina. De esta contienda universal en Europa, fué reflejo la disputa á que alude Jovellanos en su informe y que originó un pleito ante las cancellerías de la época que fallaron finalmente en favor de los cirujanos, en cuanto se refería al derecho de presidencia en las Juntas y actos prácticos, y que la posteridad ha fallado también en favor de los mismos, en cuanto se refiere al fondo de la cuestión. Los revalidados de Sevilla fundaron en 1697 una asociación tomando como patrono al Espíritu Santo, y empezaron desde este año á celebrar sus reuniones donde los socios daban cuenta de sus trabajos personales y se comunicaban las noticias que, respecto de los adelantos de la Medicina, habían podido adquirir: «Envidiosos sus enemigos de los progresos que hacía la Sociedad, empezaron á combatirla procurando poner en descrédito su doctrina espargírica ó medicina experimental, é inspirar desconfianza contra los que la pro-

fesaban. No contentos con zaherirla en sus conversaciones, la delataron al magistrado público. Culparon primero á los socios como infractores de las leyes, por haberse congregado y formado ordenanzas sin la debida autoridad real, y censuraron después su doctrina como contraria á la doctrina de Aristóteles, Galeno é Hipócrates, mandada observar en las Universidades del reino. Pasó este punto al examen del Supremo Consejo cuyo tribunal, con profunda ilustración, después de haber oido el informe del real protomedicato, consultó favorablemente al Sr. D. Carlos II. Entonces fué cuando emanó del trono la real cédula de aprobación de Mayo de 1700 que puso á los socios á cubierto de la ira de sus contrarios.»

A pesar de esta cédula real, declarando que los médicos tenían derecho á reunirse para estudiar la Medicina, gracia que en aquella época podía estimarse como señalado favor, la Sociedad médica de Sevilla tuvo una vida lánguida, hasta el reinado de Felipe V, en que respondiendo á las tendencias y esfuerzos de dicho rey para contener la decadencia científica de nuestra patria, D. José Cerví, médico de Cámara, se declaró protector de la Sociedad médica de Sevilla y consiguió que se la concedieran algunas alcabalas y rentas, creando al propio tiempo en su seno una cátedra de botánica y otra de anatomía. Pero muerto Cerví, faltó el apoyo oficial á la Sociedad, que decayó visiblemente hasta que Carlos III tomó empeño en regenerar la cultura española y así como fundó las Sociedades Económicas para este fin, protegió también las sociedades médicas existentes y provocó la formación de otras nuevas. En tiempo de Jovellanos se habían restablecido las disecciones anatómicas hasta entonces suspensas y se trataba de crear un jardín botánico.

Del mismo informe tomo el siguiente pasaje que dará una idea bastante clara del estado de la enseñanza

de la Medicina en el momento en que Jovellanos dá cuenta de las nuevas reformas introducidas en su tiempo, y que por referirse precisamente al estado de la cultura médica que hubo de recibir Orfila al comenzar sus estudios, leeré en este punto: «Ahora voy á dar á V. S. una breve idea del estado antiguo y presente del estudio de la Medicina en la real Universidad literaria. Este estudio corre hoy sobre un método más conveniente que el que se hacía pocos años ha, pues por real provisión de S. M. y señores del Consejo, dada en San Ildefonso á 22 de Agosto de 1769, se aprobó el nuevo plan de estudios para todas las universidades, en el cual, por lo respectivo al estudio de la Medicina, alterándose las antiguas asignaciones se señala para la enseñanza una senda más segura y más conforme á la ilustración de los presentes tiempos. Las cátedras que hoy mantiene la Universidad son las mismas que siempre tuvo, á saber; una de prima, una de vísperas, una de método y una de anatomía. Los catedráticos que las regentaban en lo antiguo, esto es, antes de la real provisión de 22 de Agosto de 1769, explicaban arbitrariamente á sus discípulos, las cuestiones de medicina que les parecían más convenientes, siguiendo cada uno en la elección, su gusto ó capricho: el Bravo y el Enriquez eran los autores... Este estudio que por Estatuto debía durar cuatro años, se hacía ordinariamente en tres, en el último de los cuales destinaba el catedrático los ocho días que siguen á la festividad de la Concepción, para explicar una cuestión á su arbitrio, y á esto se daba el nombre de cursete, y contándose por un año, servía para complemento de los cuatro señalados por el Estatuto; con ellos pasaba el profesor á recibir el grado de bachiller que se le confería también en virtud de un ejercicio de pura formalidad. Con este arbitrario estudio, el grado de bachiller y dos años de mala práctica acreditada con la calificación voluntaria de cualquier médico,

quedaba el profesor proporcionado para el examen previo á su revalidación, y si lograba la fortuna de obtener la aprobación, corría con libre facultad de hacer estragos por toda la Península... En el nuevo plan de enseñanza, se trató de reformar este inconveniente en su raíz, señalando para el estudio de la Medicina, un método más ilustrado y sistemático. Mandóse que en el primer año se enseñase á los estudiantes la anatomía, por el *Compendio*, de Lorenzo Heister; en el segundo y tercero los tratados *De morbis*, *De sanitate tuenda* y *De metodo medendi*, de Boerhaave con los *Siete libros de aforismos*, de Hipócrates, que cupieran en el curso, entresacadas y elegidas las materias por el catedrático, entendiéndose que se debía estudiar al mismo tiempo el *Comentario de Juan Gorther*, en el cuarto la *Materia medicinal*, por el libro de Boerhaave *De viribus medicamentorum*. Además de estos cuatro años, se establece un quinto curso llamado de pasantía, en el cual deben ocuparse los alumnos del quinto año en ayudar al catedrático, repasar á los otros cursantes y estudiar los principios químicos, con lo cual quedan proporcionados para recibir el grado de bachiller. Y prevengo que según el plan de que vamos hablando, no podrá pasar estudiante alguno de un curso á otro, sin haber sido antes examinado y aprobado en las materias que debió aprender en su año.»

De estas noticias sobre el plan antiguo y sobre las reformas que en tiempo de Jovellanos se introdujeron, y que por cierto consta que no pudieron aplicarse puntualmente, se deduce con suficiente claridad cual era el estado de la cultura médica, al finalizar en España el siglo xviii. Solo haré notar en este punto dos circunstancias, que de las noticias anteriores se desprenden y son: primera, con cuánta facilidad se obtenía el título de médico y la facultad de hacer estragos por toda la Península, como dice Jovellanos, en aquellos tiempos pon-

derados con tanto encomio por los que ahora hacen tanto escándalo de la libertad de enseñanza; y segunda, que cuando quiso reformarse la enseñanza de la Medicina, fué necesario recurrir á los libros de Boerhaave, de Heistre y otros extranjeros, por no encontrar sin duda en las obras de los autores españoles, textos adecuados al espíritu de la reforma que se deseaba realizar. Y debe tenerse en cuenta que este plan reformado, fué en efecto, como antes indiqué, letra muerta durante mucho tiempo, puesto que cuando Mateo Orfila comenzó en Valencia sus estudios de medicina, ni se hacían todavía disecciones en aquella Universidad, ni se explicaban en ella la física y la química modernas.

Bosquejado de este modo el fondo del cuadro, sobre que ha de destacarse la figura de Orfila, primero de los grandes médicos cuya biografía es asunto de mi conferencia, expondré ahora algunos datos biográficos que permitan formar concepto del desarrollo individual y de la formación del carácter del celebrado fundador de la Toxicología.

Mateo Buenaventura Orfila nació en Mahón el año 1787. Su padre era comerciante y pensaba dedicarle á la carrera de marino; mas antes de que llegara Orfila á la edad adecuada para embarcarse, estudió latín y filosofía con un franciscano, el padre Francisco, que así se llamaba, y sostuvo cuando tenía catorce años, en una de las iglesias de Mahón, cierta tésis sobre una de aquellas cuestiones quodlibéticas enrevesadas que entonces se usaban; esto fué lo que le dió la cultura patria. Un cura francés del Languedoc le enseñó el francés, y Orfila, que era hombre de gran flexibilidad de espíritu y talento de imitación, aprendió el francés de tal manera que toda su vida conservó el acento del maestro del Languedoc. Un sacerdote irlandés le enseñó el inglés y toda su vida habló Orfila el inglés con acento irlandés; el latín, la filosofía, ó lo que entonces se llamaba así, el francés y

el inglés, se lo enseñaron á Orfila los sacerdotes. La enseñanza libre le permitió aprender matemáticas con un marino retirado que le enseñó aritmética hasta los logaritmos, álgebra hasta las ecuaciones de primer grado y un poco de geometría. En este tiempo, se manifestó uno de los rasgos característicos del género de talento de Orfila, quien estudiando matemáticas descubrió que el mejor método para aprender era enseñar á otros, y buscó en efecto dos niños menores que él á quienes dar lecciones. Ocurrió también por entonces un incidente muy curioso que determinó su vocación para la música, en la cual había de ser después tan notable, y fué que habiéndole reñido su padre duramente una cierta tarde, el muchacho se acostó disgustado y se levantó tartamudo; y al día siguiente consultado un médico, Siger, que debía ser hombre muy sagaz segun la prescripción que luego diera, vió al muchacho y le recomendó que fuese al coro de la iglesia y aprendiese á cantar, con lo cual se le quitó la tartamudez y además aprendió la música y á desarrollar sus facultades de bajo cantante que llegaron luego á hacerle muy famoso. En este punto hizo conocimiento con un extranjero, del cual no se tienen más noticias sino que se llamaba Mr. Coot. Parece que este era de origen alemán y que llegó á Mahón sin que supiera nadie por qué; se estableció allí é hizo amistad con Orfila. Este Coot conocía el alemán, el inglés, el francés, el italiano y el español; sabía algo de matemáticas, de física, de historia natural; enseñó á Orfila todo lo que él sabía y fué quien decidió sus aficiones, pues Orfila bajo su dirección comenzó á enterarse del movimiento que entonces se producía en Europa en las ciencias naturales; y aunque tuvo que emplear cerca de un año en hacer un viaje para complacer á su padre, que quería dedicarle á la carrera de marino, al volver manifestó su decisión por la Medicina y se fué á Valencia donde llegó en 1806. En aquella Uni-

versidad estudió las asignaturas de física, química é historia natural. Por este tiempo, en Valencia, ciudad de la costa, en frecuentes relaciones por tanto con el extranjero, próxima á Barcelona que siempre ha vivido una vida más francesa que española, y siempre ha gozado de cierta cultura de que no participa por desgracia el interior de España, se produjo tal algarada sobre el estado de atraso de los estudios universitarios, que la Universidad creyó de su deber dar una muestra patente del estado de sus conocimientos, haciendo una especie de público certamen sobre las diversas materias que allí se enseñaban. A este acto concurrió Orfila, á la sazón estudiante de la misma Universidad, y enterado como estaba de los trabajos de Lavoissier y de Bertholet sobre la química naciente, expuso con notable talento tesis de química y de física tan modernas como ignoradas del claustro universitario; pues entonces se enseñaba en Valencia la química por Macquer, autor poco conocido y atrasado, cuyo libro era precisamente el texto oficial impuesto por el gobierno, porque sabido es que los gobiernos son los últimos que se enteran del estado de las ciencias.

Este Macquer, enseñaba según la antigua doctrina, que el agua y el aire eran elementos, y el empeño de Orfila consistió en probar con los trabajos de Priestley y Lavoissier que el aire y el agua se componían de oxígeno, de hidrógeno, de ázoe, etc., etc.; y su triunfo fué tan patente, que en un informe muy lisonjero, la Universidad decretó un *victor* en honor del estudiante como entonces era de uso, es decir, que se escribiese en las paredes de la Universidad «Mateo Orfila, victor.»

Mas al día siguiente le llamó el Inquisidor general y le dijo:—Tengo entendido que es Vd. un joven de muchísimo provechó, muy estudioso y muy aficionado á doctrinas nuevas, y me parece que ha dado Vd. á entender, aún cuando no lo ha dicho de un modo claro,

que de esos libros franceses sobre la Química y la Geología se puede deducir que la creación del mundo no ha sucedido precisamente en la forma y tiempo que expone nuestra santa madre la Iglesia.»

Orfila, que era perspicaz y además hombre muy flexible, le contestó lo mejor que pudo, diciendo que él no sabía nada de esas teorías, pero que de todas maneras él era un católico ferviente, hijo sumiso de la iglesia, y que estaba dispuesto á rectificar lo que fuera necesario. Entonces el Inquisidor general, dándole una palmadita en el hombro, le replicó;—«Está muy bien, váyase usted tranquilo y quede Vd. convencido de que la inquisición hoy en España no es ni tan bárbara ni tan suspicaz como las gentes quieren representarla.»

Debió quedar Orfila convencido del aserto del inquisidor y de su paternal solicitud en favor de la juventud estudiosa; pero ello es que se marchó inmediatamente de Valencia y fué á Barcelona, en donde por primera vez oyó explicar anatomía ante el cadáver y clínica junto á la cama del enfermo. Allí estudió un año con gran aprovechamiento, tanto, que habiendo decidido la Junta de Comercio de Barcelona, enviar comisionados al extranjero para estudiar la Química en lo relativo á las aplicaciones industriales, Orfila obtuvo en el concurso el segundo lugar, mientras alcanzaba el primero el Sr. Yañez, distinguido naturalista y padre del actual catedrático de Toxicología de la Universidad central. No quiso Yañez aceptar el cargo y entonces fué nombrado Orfila para estudiar Química en Madrid primero y después en París; pero el proyecto de venir á Madrid se reformó porque Mr. Proust hubo de dejar por entonces la cátedra de Madrid y Orfila partió directamente á París. Llegó en Junio de 1807, y como al poco tiempo comenzara la guerra entre Francia y España, la Junta de Comercio de Barcelona dejó de pagar á Orfila su pensión y dicen que éste se vió reducido en un mo-

mento dado á cantar por las calles para ganar su subsistencia. Aunque este incidente no está comprobado, es de todos modos cierto que recurrió al apoyo de un pariente suyo de Marsella, y con su ayuda pudo Orfila vencer las dificultades de situación tan embarazosa de la que salió por último, gracias á su perseverancia, á su talento, y más que todo al singular don de gentes que le adornaba. Era, en efecto, Orfila extraordinariamente simpático, muy agradable y su fisonomía predisponía á todo el mundo en su favor, lo mismo á sus discípulos y conocidos que á sus profesores; tenía una facilidad pasmosa para aprender y la gente se maravillaba de que siendo extranjero, en menos de un año llegase á poder exponer públicamente un curso de Química en la *rue du Bac*. Quiso la fortuna que atraídos por la fama del joven profesor, entrasen un día en este curso Fourcroy y Vauquelin, mas tan singular homenaje no desconcertó á Orfila, quien con mucha sangre fría, aunque vió entrar á los dos más grandes químicos de su época, solo suspendió la lección mientras se calmaban las manifestaciones de asombro y deferencia del auditorio, y continuó luego imperturbable la lección comenzada. Este aplomo, esta audacia, su don de gentes y el tacto y habilidad para la vida contribuyeron siempre poderosamente á los triunfos y éxitos de Orfila.

En este tiempo surgió un incidente curioso que revela el crédito y fama que ya entonces gozaba, y fué el caso que declarada la guerra entre España y Francia, tuvo que ir nuestro héroe á la Prefectura de Policía solicitando una cédula de seguridad para no ser perseguido como espía; el Prefecto empezó á preguntarle multitud de cosas, le pidió muchas explicaciones, como suelen hacer estos funcionarios en tales casos, y el resultado fué, como también suele en tales casos, que para ahorrarse quebraderos de cabeza el Prefecto le envió á la cárcel. Al día siguiente se presentó Vauquelin ves-

tido de académico con su espada y con sus palmas verdes y con todas sus condecoraciones reclamando á Orfila como su discípulo; respondió por él y lo llevó á su casa.

Después de este suceso comenzó Orfila su curso en la *rue Petit Jean*, donde explicaba Botánica, Química y Zoología, al mismo tiempo que hacía sus estudios, y precisamente en este curso inventó la Toxicología. Parece que hasta su tiempo la Toxicología era una ciencia teórica: se sabía, por ejemplo, que el arsénico daba tales ó cuales reacciones en el tubo de ensayo y se suponía que lo mismo debía suceder en el cuerpo humano ó en sus productos. Orfila explicaba de esta misma manera á sus alumnos; mas un día que trataba precisamente de las reacciones capaces de descubrir el arsénico en los alimentos, teniendo delante una taza de café se le ocurrió completar su explicación con un experimento, y vertiendo una solución arsenical en su café anunció á sus oyentes las reacciones que debían observarse en el líquido venenoso por virtud de los reactivos, con tan poca fortuna que el precipitado que anunció rojo, resultó azul. Pero este fracaso que tantas veces acontece á los profesores de Química inexpertos, sin otra consecuencia que cierto rubor del maestro y grande regocijo de los alumnos, determinó la invención de la Toxicología en manos de Orfila, pues éste, más de asombrado que de corrido, suspendió la lección y se retiró á su casa, donde pasó toda la noche pensando sobre aquel suceso, y diciéndose: las afirmaciones de los autores, son, sin duda, inexactas en cuanto se refieren á las reacciones del arsénico en los alimentos; pero es preciso descubrir la manera de encontrar un veneno en los alimentos, en el contenido del estómago, en las deyecciones, etc. A la mañana siguiente (y esto prueba la fecundidad de su talento) se levantó nuestro héroe con el plan completo de la Toxicología, y fué á

casa de un editor para venderle un libro que pensaba escribir sobre una ciencia todavía increada. Encontró en Mr. Crochard un librero animoso que le compró lo que había de pensar y escribir en el espacio de algunos años y se puso á trabajar en aquel famoso libro, cuya primera parte se publicó en 1813. El mérito de su tratado (lo diré ahora para evitar luego el repetirlo) estriba precisamente, de una parte, en haber probado que las reacciones de los venenos tal como se enseñaban en la Química debían suceder en los casos ordinarios, no son aplicables á aquellos en que están estos venenos mezclados con sustancias orgánicas: y de otra, en que allí se exponen por primera vez los principios de la Toxicología experimental. Guiándose Orfila por los trabajos de Magendie sobre la Fisiología, pensó que podría estudiarse la acción de los venenos en los animales, y para dar una idea de los trabajos y experimentos que en este sentido realizó, bastará decir que la segunda parte de la Toxicología representa la muerte de 800 perros, que fué necesario sacrificar para establecer los principios sobre que fundó su sistema.

Entre la primera y la última parte de su obra pasaron tres años y en este tiempo adquirió Orfila gran reputación como toxicólogo y como perseguidor de perros. Se refiere á este propósito un caso que puede dar idea de la fama y prestigio que gozaba nuestro compatriota en Paris. Dicen que á un cazador que salió una mañana con su perro se le extravió éste cerca de la barrera, le buscó por todas partes y viendo que no parecía pensó que se lo habían robado, y en este caso que lo hallaría en el laboratorio de Orfila. Allí se dirigió, y al entrar, viendo que su perro era, en efecto, víctima de un experimento, quiso lanzarse sobre Orfila; mas éste, comprendiendo el caso, cogió un frasco lavador de agua destilada y exclamó encarándose con el intruso: «si Vd. se mueve, es Vd. muerto.» La actitud del profe-

sor y su fama de toxicólogo habilísimo sobrecogieron al cazador, quien temiendo el mortal efecto del agua destilada se limitó á murmurar algunas excusas.

La última parte de la Toxicología fué para Orfila un grande triunfo. Esta vez no mandó la Universidad que se escribiese en las paredes «Mateo Orfila, victor,» ni el Inquisidor le llamó á su despacho; quien le llamó fué el gobierno francés para nombrarle médico honorario del rey Luis XVIII, y el gobierno español, que publicó en la *Gaceta* un decreto designándole como profesor de Química, al mismo tiempo que la empresa del teatro de la Opera de Paris, le ofrecía 25.000 francos si quería contratarse como bajo cantante. Orfila, enamorado de la ciencia, rehusó la propuesta de la empresa de la Opera; pero resuelto á volver á su país y á trabajar por la gloria de su patria, escribió al gobierno de Madrid proponiéndole ciertas reformas en la enseñanza de la Química y un plan completo por medio del cual en el plazo de diez años debía obtenerse el número suficiente de profesores de Química para todas las Universidades de España. Al gobierno le pareció la reforma muy complicada y muy cara, á pesar de que importaba menos que el sueldo de una infanta, y desechó la proposición de Orfila que se vió reducido á aceptar el puesto de médico honorario del rey Luis XVIII, en el año 1816.

También en esta época, queriendo cumplir un compromiso de conciencia, se dirigió Orfila á la Junta de Comercio de Barcelona, diciéndola que, si bien era verdad que no se le pagaba la pensión que se le había ofrecido al venir á estudiar á Francia en atención á las circunstancias de la guerra por que pasó la Nación, se consideraba obligado, sin embargo, si la Junta creía que pudiesen ser útiles sus servicios, á ir á Barcelona á explicar la Química aplicada á la industria. La Junta le contestó que tenía poco dinero, que no podía establecer aquella enseñanza y que le relevaba de su compromiso.

En vista de esto, decidió ya, Orfila naturalizarse en Francia como lo hizo el año 18, siendo nombrado profesor de Medicina legal el año 19; mas como fuera después ocupada esta cátedra por otro, pasó á desempeñar la de Química el año 23.

Cuando llegó la revolución de Julio de 1830, Orfila había llegado al apogeo de su gloria, de su reputación, de su fama y de su prestigio, y el gobierno de la revolución de 1830 tuvo gran empeño en protegerle. Su gloria y su poder, que fueron realmente extraordinarios, coincidieron con el período que se extiende de la revolución del año 30 á la del 48. Después de haber sido nombrado profesor de Química, fué nombrado decano de la Facultad de Medicina, miembro del Consejo de los hospitales, diputado del Consejo departamental del Sena, vocal del Consejo de Instrucción pública, comendador de la Legión de Honor; le concedieron cartas de gran naturaleza para poderle nombrar Par de Francia, le colmaron de honores y llegó un momento tal, en que fué el árbitro en Francia de todo lo que se hacía ó se podía hacer en Medicina. Es verdad que además de su talento de inventor, tenía Orfila el talento de profesor, y además del talento de profesor tenía el talento de un hombre de sociedad. Era de figura simpática, de fisonomía expresiva, hablaba con elegancia y con una facilidad prodigiosa, se captaba en las aulas las simpatías del auditorio, y en sociedad y en los salones era el más perfecto *gentleman*; se casó con la hija del artista Lebrun, que también cantaba maravillosamente, y por entonces se celebraron *soirées* en su casa, á las que solicitaban asistir los príncipes y embajadores extranjeros, y fué hombre que reunió todas las gracias y todos los talentos en una sola y misma persona.

Llegado á este punto, creo que se me permitirá apreciar someramente, porque el tiempo no permite otra cosa, la obra científica de Orfila. Fué el inventor de la

Toxicología y el perfeccionador de otras partes importantes de medicina legal, particularmente del tratado de las exhumaciones jurídicas, del cual yo quisiera decir á qué se refiere para dar al mismo tiempo idea de la fuerza de voluntad que se necesitaba para escribir este tratado.

En el tratado de exhumaciones era necesario resolver este problema: determinar por el estado de un cadáver el tiempo que había transcurrido desde su enterramiento al tiempo presente. Para ello fué preciso hacer muchos experimentos y estudiar día por día las modificaciones que presentaban los cadáveres puestos en tierra, en el agua y en diversos medios, y fué precisa también gran vocación por la ciencia para vencer la natural repugnancia de semejantes observaciones. Orfila llevó á cabo esta obra clásica que hoy todavía es el libro fundamental sobre esta materia y también perfeccionó otros ramos de medicina legal, particularmente el relativo á la asfixia por inmersión; pero sobre todo esto, el servicio máximo que prestó á la medicina legal, fué el poner el prestigio de su nombre, su prestigio personal, aquel dón de gentes que hacía que todo el mundo se acogiese á su parecer, al servicio de la ciencia. De su tiempo data la atención con que son escuchados algunas veces los médicos en los juicios y en los tribunales. Antes de Orfila no se hacía caso alguno del dictamen pericial; Orfila puso de relieve con singular fortuna el papel del médico ante los tribunales, y desde entonces la importancia de la medicina legal ha quedado firmemente establecida.

En estos tiempos del apogeo de la gloria de Orfila iban á aprender en su cátedra médicos de todos los países, excepto España; Inglaterra y Alemania enviaban gentes á seguir sus cursos, y también Italia; y digo que también Italia, porque en Italia se levantó una escuela de Toxicología que fué la única que se atrevió á comba-

tir á Orfila. En España se publicaron varias traducciones de las obras de Orfila; una en el año 18 en Madrid de Química médica, en cuya portada se dice que está traducida por el mismo autor, sin que yo haya podido comprobar la exactitud de tal afirmación. El tratado de medicina legal también fué traducido por este tiempo; pero realmente quien trajo á España el espíritu científico de Orfila fué D. Pedro Mata que le conoció en París durante su emigración en los años del 37 al 39. Y como Mata es otra persona de quien debo ocuparme, según el tema, hablaré después del modo cómo con D. Pedro Mata la ciencia creada por Orfila, ciencia que según el orden natural hubiera de haber nacido en España, y que por nuestro atraso, por las admoniciones del inquisidor de Valencia, por la parsimonia del gobierno de Fernando VII, que juzgó demasiado cara la ciencia de Orfila, vino á florecer en París.

Además de ser un sabio eminente, poseía Orfila gran talento administrativo y fué inteligente reformador de la enseñanza. Su decanato ha sido, tal vez, el más fecundo que ha conocido la Facultad de Medicina de París: él modificó el Hospital de la clínica, él creó la clínica de partos, él creó el Museo Dupuytren con los fondos que el mismo Dupuytren había legado para una sala de anatomía patológica, él estableció sobre todo, la obligación de que los alumnos de Medicina pasaran el *externat*, es decir, que asistiesen en los hospitales cierto tiempo, y además él fué quien introdujo en la Facultad de Medicina de París la severidad de los exámenes que ha hecho de aquella una escuela de primer orden.

Además de estas reformas en la enseñanza dependientes directamente de su decanato, intervino como consejero de Instrucción pública en la reforma del plan de estudios de la enseñanza de la Medicina y tendió á establecer en todas las universidades y colegios de Francia las reformas que había realizado en París, dan-

do en los liceos un carácter más científico á la enseñanza, adelantándose así á las necesidades de los tiempos modernos. Como miembro del Consejo de Administración de los hospitales, duplicó el número de médicos que en los hospitales había, y creó además una sociedad de socorros mútuos entre ellos. En este momento su influencia era decisiva. Luis Felipe le colmaba de favores, y puede decirse que no había médico en Francia que fuese nombrado para cargo alguno sin el beneplácito de Orfila.

Con el apogeo de su gloria llegó para Orfila una época de contradicciones y amarguras por que no había pasado en el principio de su carrera, cual suele suceder á las personas que á trabajos científicos se dedican. Tal vez las mismas cualidades intelectuales y morales que le habían llevado á ganarse la simpatía y el aplauso general, desde los primeros momentos de su vida científica, fueran causa de que su personalidad comenzase á ser discutida en aquel punto en que la de los demás ordinariamente se considera definitivamente juzgada. La flexibilidad de carácter que le había conducido á través de las dificultades del principio de su carrera le llevó después á ceder á imposiciones de los poderosos y á intervenir en el malhadado asunto de la duquesa de Berry, cuyo estado de embarazo hubo de reconocer, por encargo del gobierno de Luis Felipe, y en circunstancias tales, que se atrajo la animadversión pública. También contribuyó á este efecto el viaje que hizo á España por aquella época, el cual, aunque aparentemente tenía un objeto científico, fué generalmente interpretado como una misión secreta, cuyo objeto era enterar al gobierno francés de la posible fecundidad de la reina Doña Isabel II, para que dicho informe pudiese servir de guía á las negociaciones entonces entabladas para el matrimonio del duque de Montpensier con la reina de España. Y se asegura que las noticias de Orfila

determinaron al gobierno de Luis Felipe á decidir el casamiento del duque de Montpensier con la hermana de Doña Isabel II, toda vez que los informes de Orfila que en este caso no justificaron su sagacidad, inducían á suponer que Doña Isabel II hubiera de ser estéril.

Esta intervención de Orfila en asuntos políticos, intervención en que por cierto no hubo de representar el papel más honroso, quebrantó su crédito, y desde entonces se observó que muchos de los descontentos de su gestión como decano de la Facultad de Medicina, y consejero de Instrucción pública, se atrevieron á levantar su voz contra él, hallando oyentes propicios en los adversarios políticos del gobierno de Luis Felipe. Se promovió por entonces contra Orfila una gran cruzada, y si bien le defendieron con entusiasmo sus discípulos, muchos de los cuales eran ya ilustres profesores como Becard, Chomel, Rostán, Berard, etc., no consiguieron tales defensas satisfacer la opinión pública y fué empresa fácil para los enemigos de Orfila, al sobrevenir la revolución del 48, hacerle desposeer del decanato de la Facultad, del cargo de consejero de Instrucción pública y de otros puestos importantes, dejándole reducido á mero profesor.

Con la desgracia adquirió nuevos bríos nuestro héroe y concentrando todo su esfuerzo en las lecciones de la Facultad, supo atraer tal concurrencia á su cátedra y merecer tantos aplausos, que parecía comenzar para él una nueva gloriosa carrera.

Por otra parte, quiso Orfila tomar una venganza noble de sus enemigos, que muchas veces le tacharon de interesado y avaro, y anunció un día en plena Academia de Medicina, que legaba por su testamento 125.000 francos á la Facultad de Paris, para establecer un museo, y premios para los adelantos científicos. Prodújose con esto una viva reacción en el espíritu público y se

levantó tan gran entusiasmo en favor de Orfila, que de todas partes de la Francia llegaron comisiones portadoras de plácemes y coronas, como desagravio de la reciente persecución que había sufrido. En los periódicos de la época se refleja este general movimiento de la opinión, y en uno de ellos hallamos reseñada una conversación de Orfila con Sabandi, á la sazón ministro de Instrucción pública, en la que aquel explica los motivos de su generosa decisión: «La razón por que he hecho esto, dice, es bien sencilla; he amado siempre la juventud y la ciencia, he trabajado cuanto he podido por ésta y he hecho trabajar á aquélla cuanto me ha sido posible, y quiero con este legado dejar á la juventud francesa trabajo preparado para doscientos años.»

Mientras Orfila se ocupaba en disponer los pormenores de su legado, un día lluvioso y frío al salir de su cátedra, se sintió indispuerto, y trasladado á su casa, se pudo reconocer que había sido atacado de pulmonía, de cuyo mal murió poco después el día 11 de Marzo de 1853. La autopsia que, según su expresa voluntad, fué practicada por sus discípulos, demostró una hepaticización gris de ambos pulmones.

Como la muerte de Orfila sobrevino precisamente poco tiempo después de hacer público su legado á la Facultad, y cuando todavía vibraba en la conciencia pública el entusiasmo que su donativo había producido, y como por otra parte en aquellos primeros años del imperio de Napoleon III se había tendido á representar á Orfila como víctima ilustre de la revolución del 48, la nación y el gobierno rivalizaron en extremos públicos de duelo oficial y de simpatía. Concurrieron á sus funerales, que fueron dignos de un príncipe, todas las corporaciones científicas de Francia y los representantes de muchas extranjeras. Se pronunciaron sobre su tumba pomposos panegricos, y los periódicos comentaron con sentidas frases el lamentable suceso.

Las manifestaciones poderosas de la opinión pública con motivo de la muerte de Orfila, si bien realizadas por las circunstancias en que se produjo, no dejan por ello de justificarse plenamente, al considerar que Orfila hizo nacer en Francia una nueva ciencia, la Toxicología, perfeccionó otras partes importantes de la medicina legal, acreció el prestigio de los médicos ante los tribunales, y, sobre todo, ideó y planteó la reforma de la enseñanza que ha elevado á tan grande altura la moderna escuela de París, y que ha merecido ser considerada como modelo, que más ó menos tardíamente han copiado todas las naciones de Europa, incluso España, á la que por natural ley de las cosas parecía destinada la iniciativa de este movimiento científico, si Orfila hubiera permanecido entre nosotros, y entre nosotros hubiera conseguido hacer prevalecer sus ideas. Mas esta posibilidad abstracta, á primera vista tan conforme al orden de la naturaleza, pierde verosimilitud, si se considera que las obras del génio exigen siempre la colaboración del medio en que se desarrollan, y parecerá fundado admitir que Orfila no hubiese encontrado en su época en España un medio adecuado, al contemplar la lucha que muchos años más tarde hubo de sostener D. Pedro Mata, para implantar aquí aquellas ideas de Orfila, que el ejemplo de Francia y la aceptación general de Europa habían justificado tan plenamente, que como cosa juzgada debieran aceptarse sin resistencia ni protesta.

D. Pedro Mata, otro de los médicos legistas de que he de ocuparme en esta conferencia, representa en efecto, y no en manera alguna en lo que pueda haber de depresivo en esta representación, una como traducción española de las principales ideas de Orfila que por su intermedio volvieron en cierto modo á su patria original, á la manera que la traducción del *Gil Blas de Santillana* hecha por el P. Isla, nos ha devuelto si no un texto primitivamente español, por lo menos las pinturas y

descripciones de una novela propiamente española.

D. Pedro Mata nació en Reus el año 1813. Su padre era médico y autor de un folleto famoso, en su tiempo, sobre el no-contagio de la fiebre amarilla, que el Dr. Mata se ha complacido en citar después muchas veces; aunque solo la piedad filial pueda justificar sus alabanzas.

Estudió Mata filosofía en el seminario de Tarragona con Cost y Borrás, filósofo muy reaccionario, lo que no impidió que Mata fuera extremadamente revolucionario, y prueba la poca influencia que en los discípulos suelen tener los maestros.

En el mismo colegio fué Mata condiscípulo del futuro general Prim, y allí nació entre ellos una amistad, que no había de extinguirse sino con la vida y que fué motivo más tarde de la intervención que Mata tuvo en la política. De esta intervención no he de tratar en modo alguno, por considerarla ajena al carácter de esta conferencia, pero me permitiré en este punto señalar el hecho como ejemplo de las desgraciadas circunstancias que en nuestro país obligan á todo el mundo á ocuparse de política, aun á aquellos que podrían prestar mayores servicios á la patria en otras esferas, como es la ciencia en el caso presente.

Dejaré también de lado las producciones poéticas de D. Pedro Mata, como he pasado por alto la capacidad música de Orfila; y ciñéndome á la vida científica de Mata, recordaré que pasó á estudiar Medicina en Barcelona; y en esta ciudad, al mismo tiempo que llamaba sobre sí la atención en las aulas, hacía sonar su nombre entre los exaltados, formando en el batallón de «la blusa,» que parece era la prefiguración del de «los amapolos» que más tarde hubo de florecer en Madrid, precisamente cuando Mata era su gobernador. Terminó este sus estudios en 1836, siendo elegido por entonces concejal de Barcelona, cargo que no ejerció mucho tiempo,

pues á consecuencia de un motín hubo de emigrar en 1837, pasando primero á Montpellier y luego á Paris.

Este viaje involuntario determinó su vocación científica. En Paris siguió catorce cursos de varios profesores notables, entre ellos del mismo Orfila y de Devergie, que había empezado ya sus famosas lecciones prácticas en la *Morgue*, sobre asuntos de medicina legal. Volvió Mata á España á la caída de Cristina y fué nombrado alcalde de Barcelona y diputado á Cortes, figurando en la fracción de Olózaga y Caballero; mas como que no me incumbe reseñar las peripecias de su vida política, saltaré desde luego al punto en que siendo Caballero ministro de la Gobernación, de cuyo ministerio dependía entonces la instrucción pública, Mata fué nombrado oficial de este negociado y hubo de preparar el plan de enseñanza de Medicina que se estableció con el nombre de Facultad de ciencias médicas, en 1843. En esta reforma intentó trasportar á nuestra legislación las reformas que Orfila había establecido en Francia y entre ellas se contaba principalmente la creación de una cátedra de medicina legal, cátedra que vino á ser ocupada el año 1844 por el mismo Mata, quien publicó entonces una especie de programa ó índice de la asignatura que llamó *Vade mecum* y fué el gérmen de su futuro tratado de *Medicina legal*.

En 1855 el ministro Pidal respetó á Mata en su cátedra, y le trató con tal consideración, si merecida por la ciencia, no usada de ordinario en España para con los adversarios políticos, que Mata agradecido dedicó á Pidal y Caballero el nuevo tratado de *Medicina legal*, y si bien el libro fué corregido y aumentado en sucesivas ediciones, siempre ha conservado á su frente aquella sentida dedicatoria. La enseñanza de Mata, que se halla perfectamente resumida en su *Curso de Medicina legal*, ofrece, comparada con la de Orfila, caracteres que muestran bien la influencia del medio. Mata, por más

que representase las mismas tendencias y se propusiera continuar á Orfila en sus trabajos analíticos, se encontraba en un medio tan distinto, que hubo de obligarle á seguir diferente camino. Orfila había echado los cimientos de la Toxicología, haciendo experimentos en tanto número como lo prueban los 800 perros sacrificados para la segunda parte de su obra; Mata no pudo hacer experimentos y de todo su tratado la única parte en que pudo imprimir su caracter personal fué la Toxicología general, donde fácilmente tenían cabida los lugares comunes científicos, y donde pudo demostrar su clarísimo ingenio y su habilidad dialéctica. Otra parte importante de la obra de Mata tenía por objeto concordar el estado de la medicina legal creada por Orfila con los códigos españoles; y en esta parte la obra de D. Pedro Mata es verdaderamente fundamental, única en España y hasta hoy no reemplazada.

Intentó Mata, conociendo que el defecto capital de la obra era su caracter meramente literario, y por lo tanto poco conforme con la didáctica experimental moderna, intentó, repito, establecer en España una institución análoga á la *Morgue* de Paris para dar en ella lecciones prácticas de medicina legal, estudiada sobre el cadaver y con demostraciones técnicas; mas tropezó con un pequeño inconveniente, una de las *llamadas cosas de España*, y fué que los cadáveres depositados en las dependencias del hospital pasaban allí seis ú ocho dias, antes de que se pudiera conseguir del juez el permiso para acometer el estudio de ellos. Por tal modo que venía á resultar completamente inútil toda investigación; y Mata no tuvo más remedio que resignarse contra su convicción y su deseo á explicar medicina legal retóricamente. Era el profesor, sin duda, de una capacidad superior á la del medio en que se movía, y habiendo desplegado una grande y perseverante actividad, no pudo, sin embargo, por deficiencia del medio, apoyar su

exposición en demostraciones de verdadero carácter científico y experimental. Por esto precisamente aun aquella parte en que su obra ha logrado mayor resonancia y merece más elogios por la sagaz intención que revela, la relativa á la responsabilidad criminal y la que se refiere á la capacidad civil de los enajenados, no constituye en realidad más que un atrevido esbozo. Penetrado del asunto y teniendo clara idea del fin que se proponía, no pudo Mata dar demostración alguna concreta y precisa de los principios que sobre aquella materia asentó, principios y fundamentos que revalidados después por una adecuada investigación científica, han servido de base á los estudios de Lombroso en Italia, que hoy son la gloria de la moderna escuela penal italiana. Esto mostrará cuán difícil es á un hombre sobreponerse al medio, y como las mejores aspiraciones, cuando falta manera de realizarlas, quedan completamente estériles.

Aparte de sus trabajos sobre medicina legal, propiamente dicha, se ocupó Mata con gran empeño y en diversas circunstancias, en determinar con claridad la posición propia de los médicos en las cuestiones médico-legales con brillantes y retóricas demostraciones, según el gusto de la época; se esforzó en hacer comprender á sus contemporáneos que estas cuestiones no son, como pretenden las gentes, de sentido común, sino de ciencia, que es necesariamente algo superior al saber vulgar y que no basta, por tanto, tener sentido común para resolver las cuestiones de Medicina, como no bastaría tampoco para decidir cuestiones matemáticas, ó de filología hebráica. Las lecciones de Mata en su cátedra, las múltiples ediciones de su tratado, los repetidos discursos en que principal ó incidentalmente trató este tema y los innumerables trabajos de los que le han seguido y continuado la misma empresa, no han sido suficientes para que muchas gentes, que se debieran su-

poner ilustradas, atendiendo á los títulos universitarios que las decoran, dejen de sostener en nuestros tiempos que el mejor medio de resolver en determinadas materias consiste cabalmente en no estudiarlas, que tanto vale la pretensión de que ciertas cuestiones médico-legales, referentes en particular á la locura, no deben someterse á la competencia de los alienistas, sino ser juzgadas más bien según el vulgar saber y entender. Además de los trabajos propios de la rama de la ciencia, á cuya enseñanza estaba dedicado Mata, fervoroso propagador de las nuevas doctrinas médicas y habilísimo polemista, inició y sostuvo gloriosas campañas, tales como aquella que tuvo origen y principio en su discurso de recepción en la Real Academia de Medicina, discurso sobre *Hipócrates y las escuelas hipocráticas*, que señala verdaderamente una época en la historia de la Medicina española contemporánea.

Cualquiera que lea hoy día el famoso discurso de Mata sufrirá, sin duda, gran desencanto; en vez de las ideas atrevidas esperadas, solo hallará conceptos vulgares; en lugar de afirmaciones demoledoras y revolucionarias, principios de sano y llano sentido común. Tal vez descubra que el autor guarda cierto respeto supersticioso al anciano de Cos, como entonces era moda decir, tal vez estime que si alguna censura merece el disertante debe proceder ésta de los representantes de la ciencia moderna. Mas este efecto es tan solo el resultado de los progresos de nuestro tiempo, en que han llegado á vulgarizarse las novedades que espantaban en tiempo de Mata. Es preciso oír á un médico viejo pintar el escándalo que semejante discurso produjo, para comprender bien toda la importancia que realmente tuvo en su época. Mata había dicho cosas que eran sabidas desde tiempo inmemorial; repitió lo que habían sostenido, por ejemplo, Ovidio y Descartes: que los antiguos no son los representantes de la experiencia científica, como

los viejos lo son de la experiencia de la vida por haber nacido antes, sino que los verdaderos viejos en la ciencia somos los modernos que, habiendo nacido después sumamos á toda la experiencia pasada la presente. Hipócrates no podía saber, hace mil novecientos años, lo que hoy sabe un médico cualquiera.

Sobre estas verdades de Pero Grullo se levantó gran polémica, que solo se puede comprender representándose el prestigio que entonces gozaba todavía el famoso médico griego, prestigio debido en gran parte á los hábitos intelectuales de la época y en parte también á la superstición de lo impreso. Habreis oído á todos los que han viajado por Filipinas que el igorroto de las montañas cuando baja al llano se tiene por muy favorecido cuando se le da un pedazo de papel impreso y lo pone sobre su cabeza y lo venera como si fuese un amuleto. Esta adoración del salvaje debe tener sin duda origen en la observación de la religiosidad con que los europeos de por allá contemplan las órdenes escritas de las autoridades superiores. Algo parecido ha sucedido y sucede en Europa con la influencia casi maravillosa de lo escrito; particularmente en la Edad Media la veneración del libro alcanzó á los límites del fetichismo, y Aristóteles, Hipócrates y la Biblia se lefan con tal respeto que excluía toda crítica por irreverente.

Nadie se había preocupado de si Hipócrates era uno solo ó varios autores; nadie había reparado en la diferencia de dialectos con que sus obras están escritas, y en las contradicciones que entre unos tratados y otros se observan. Hoy se vé patentemente, libres los ánimos de esa preocupación y destruido el prestigio, hoy se comprende que las obras llamadas de Hipócrates, no pueden ser todas del mismo autor, y que probablemente debieron constituir la biblioteca, no los escritos del médico de aquel nombre. Es decir, que durante mucho tiempo se discurrió á la manera del que penetrando en

la biblioteca de un médico moderno, y sin reparar que unas obras están escritas en español, otras en francés, algunas en inglés, etc., las tuviera por obras del poseedor y dijese: estas son las obras de Fulano de Tal. Muchos siglos habían pasado sin que las de Hipócrates fueran conocidas más que en el texto latino, y no se pudo reparar, por tanto, en la diferencia de dialectos del original griego; de suerte que sobre la veneración supersticiosa del texto traducido, se añadía la ignorancia de lo que verdaderamente había dicho Hipócrates en el original.

Luego los partidarios de las diversas doctrinas médicas se empeñaron en hacerle decir á Hipócrates todo lo que ellos pensaban, y este ha sido el tema de los comentarios é interpretaciones cuyo fárrago excede cien veces en volumen al texto primitivo, añadiéndose de este modo un nuevo manantial al de la primitiva confusión.

Examinadas las cosas en sí mismas, y como lo hizo Mata en su famoso discurso, es evidente que la doctrina de Hipócrates representa la experiencia, muy sana por cierto, pero inferior á la que hoy poseemos, de gentes que habían observado muchos enfermos y habían anotado en libros sus observaciones hechas con buen sentido en muchos casos, pero de un modo tan superficial y burdo como los podría hacer hoy un enfermero, no un médico. Hay, por ejemplo, un aforismo famoso de Hipócrates, que dice: «Del esputo de sangre al esputo de pus, del esputo de pus á la consunción, y de la consunción á la muerte.» Pues bien; en este aforismo, ó mejor dicho, en estos dos aforismos, se describe la marcha clínica de la tísis, y no hay nada que pueda causar maravilla. Por pocos tísicos que hubiera visto el autor de los aforismos, tenía que haber observado precisamente que después de escupir sangre se escupe pus, y que luego viene la consunción, y por últi-

mo la muerte. Y si la superstición no hubiera cegado á los médicos, jamás se hubiera elevado á la categoría de principio lo que es solo exposición generalizada de muchas observaciones, siquiera el hecho no sea absolutamente constante.

Para dar idea del modo con que se interpretaba el texto hipocrático, recordaré que en un informe emitido por el celebrado D. Andrés Piquer sobre la locura del rey Fernando VI, que era hipocondriaco, al llegar al diagnóstico se dice: «La hipocondría puede residir en los hipocondrios, en el bazo ó en la cabeza, pero la hipocondría del rey debe residir en la cabeza, porque dice Hipócrates que la parte que suda es la parte enferma, y al rey le sudó la cabeza el 26 de Agosto del año pasado.» En este ejemplo se ve cómo una afirmación arbitraria de Hipócrates, daba lugar á una aplicación disparatada por parte de un médico famoso en su tiempo y que en realidad mostró verdadera capacidad en alguno de sus libros, el de las fiebres en particular.

Uno de los puntos discutidos por D. Pedro Mata y sus adversarios en la polémica sobre Hipócrates, ofrece un curioso ejemplo de la manera como solía interpretarse el libro sagrado por los hipocráticos. Decía Hipócrates que «como los síntomas son modificaciones fugaces y pasajeras, difíciles de apreciar, no es posible llegar á su exacta medida, y que debe dejarse por tanto á la apreciación y á la práctica del médico el estimar su gravedad, —á lo cual añadía— que era conveniente que los médicos se ejercitaran y adquirieran práctica para reconocer los síntomas.» De esto se ha venido á deducir que no deben emplearse instrumentos en Medicina para apreciar el calor, el pulso ú otro síntoma cualquiera, sin considerar que cuando Hipócrates se expresaba así no había instrumentos destinados á este objeto; y si hoy viviera no pensaría lo mismo á la vista de los termómetros que permiten determinar, por ejemplo, el calor

mejor que la mano, porque esta, según la haya tenido el médico en el bolsillo ó al aire libre, encuentra más fría ó más caliente la piel del enfermo.

D. Pedro Mata, con gran habilidad y fortuna (aunque se deba conocer que tenía una oratoria agresiva que justificó en la forma las violencias de sus contrarios), D. Pedro Mata, repito, puso de manifiesto, por primera vez en España, los absurdos á que conducía la superstición hipocrática que era entonces la doctrina tradicional y veneranda de todos los médicos; y si bien en el primer momento se produjo gran algarada y toda la España médica y, por decirlo así, científica, se levantó contra él y se pronunciaron en su contra discursos que más tarde se hubieron de coleccionar en tomos, repletos de santa indignación, y no hubo excomunión ni anatema que no se fulminase en su daño, es el hecho que, aunque los hipocráticos proclamaron su victoria y dejaron sentado que Hipócrates era el máximo médico del mundo y que Mata no sabía lo que se decía, desde entonces no se ha vuelto á hablar en España de Hipócrates.

En la polémica sobre Hipócrates, defendió Mata la Medicina científica moderna contra la tradicional superstición rutinaria; mas revolviéndose luego contra los que á título de innovación y de progreso quisieran presentar la Homeopatía como expresión de una nueva y más racional Medicina, pronunció en el Ateneo una serie de notables lecciones que también ocasionaron ruidosas disputas. Con gran penetración puso de manifiesto Mata, que el espíritu y las tendencias de la Medicina moderna á constituirse como verdadera ciencia de observación y de experiencia, era de todo punto contrario á la creación de sistemas médicos, procedieran estos de la tradición clásica ó naciesen de la arbitraria inventiva de los modernos; y que, si bien del día nacida, la homeopatía no debía considerarse como la más reciente novedad, sino como la última vejez.

Los sistemas médicos que reinaban antiguamente, es decir, hace treinta años (pues la Medicina científica no ha llegado á predominar sino después del descrédito de los últimos sistemas de Brown y de Broussais), los sistemas médicos, repito, eran (como los sistemas filosóficos, más conocidos de mis oyentes, aunque también tienden á desaparecer en nuestros días) vastas concepciones más ó menos, pero siempre arbitrarias que con la pretensión de reunir y sistematizar los conocimientos, reducían á fórmulas generales los datos de la observación médica mediante la introducción de uno ó más principios abstractos sentados *a priori*, y procedían luego por vía deductiva á aplicar dichas fórmulas á la enseñanza dogmática y á la práctica misma en el lecho del enfermo.

Los principios fundamentales de tales sistemas, que eran por tanto la clave de toda explicación teórica y el criterio de las aplicaciones prácticas, si bien ostentaban la pretensión de ser universales y absolutos, solían hallarlos sus autores, ya en la consideración unilateral y abstracta de una serie de hechos importantes ó de un solo hecho mirado como trascendente y significativo, ya en una frase ó pasaje de los autores antiguos más venerados. Así recibían dichos sistemas denominaciones alusivas al principio sobre que se constituía por procedimientos escolásticos la máquina de sus doctrinas, y se llamaba *humorismo* al sistema que suponía nacieran todas las enfermedades de la perversión de los líquidos del organismo, y clasificaba éstos en cuatro categorías principales: la sangre, la pituita, la bilis y la atrabilis, correspondientes á cuatro calidades naturales, lo caliente, lo frío, lo húmedo y lo seco, que hacían juego á su vez con los cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire y el fuego; con lo que se obtenían gran número de combinaciones de palabras y conceptos que si no aclaraban gran cosa el conocimiento de las enfer-

medades, entretenían las disputas de las escuelas. El *solidismo* era el sistema contrario al *humorismo*, y forma con él pareja en la historia de la Medicina. A ellos y á otros que no es del caso citar, sucedieron en tiempos relativamente modernos, otros sistemas fundados, ya que no en los resultados, en las esperanzas que hicieron concebir los primeros pasos de la Fisiología y la Anatomía patológica; tales fueron el sistema de la irritación de Brown y el de la inflamación de Broussais, del que aún quedan vestigios en las ideas populares sobre las enfermedades; pues alimentándose las teorías oscuras del pueblo con las explicaciones que oyen á los médicos, puede hoy día comprobarse que en Madrid predominó el sistema Browniano y su variante el de Rasori, por el hecho general de que las gentes, al ser preguntadas sobre su padecimiento, contestan invariablemente que tienen irritación; mientras que en Valencia, donde prevaleció el Broussismo es inflamación lo que dicen tener los enfermos en circunstancias análogas.

Si estas sumarias explicaciones han logrado representar con claridad á mi auditorio lo que eran los antiguos sistemas, que hoy sólo se encuentran como fósiles en las capas de libros viejos, será fácil ahora comprender la actitud de Mata frente á la homeopatía, retóño tardío de los antiguos sistemas, si bien limitado, principalmente, á la terapéutica ó arte de los remedios y modo de aplicarlos; pues aunque en los escritos de Hahnemann se plantea un sistema completo, la doctrina patológica más accesible á la crítica y de menor interés para la práctica, fué pronto abandonada por los discípulos que se redujeron á la aplicación del método terapéutico.

Se funda este en dos principios, ya que así hay que llamarlos, pues por ellos principia la exposición de la doctrina. Es el primero, que la virtud curativa de los medicamentos depende precisamente y en cada caso

de su propiedad de producir efectos semejantes á los de la enfermedad á que se aplica. *Similia similibus curantur*. El segundo principio se refiere á la farmacodinamia, y establece que obrando los medicamentos no por sus propiedades físicas y acciones químicas, sino por cierta fuerza inexplicada, independiente de la materia, las dosis, la cantidad, no tiene importancia alguna, y pueden por tanto, administrarse los remedios en tal grado de dilución, que sean imperceptibles. Es más, Hahnemann añade que el medicamento á cada división ó dilución, adquiere un nuevo grado de potencia por el frotamiento ó sacudida que se le imprime. No corresponde al objeto de esta conferencia criticar la llamada doctrina homeopática, y las indicaciones que anteceden solo tienden á hacer comprender el trabajo titánico que emprendió Mata, en sus lecciones, al someter el absurdo á una crítica racional. Es preciso leer el texto mismo de Mata, para formarse una idea adecuada de la penetración con que adelantándose á su época, opone á las suposiciones arbitrarias de los homeópatas los principios de la Medicina científica; de la habilidad con que pone de relieve los absurdos del sistema, disipando las nebulosidades fraseológicas de sus defensores; del espíritu filosófico con que muestra la generación del error en los sistemas médicos, por el mismo proceso de evolución de la Medicina.

Ya ha pasado tanto tiempo desde que se apagaron los ecos de las disputas sobre Hipócrates y la homeopatía, que la generación médica presente, que no ha oído hablar de aquellos sucesos, no puede comprender toda la importancia de la obra de Mata; su crítica desembarazó el terreno sobre que ahora pensamos que se pueda levantar algún día, cuando los españoles nos decidamos á trabajar, la fábrica de la Medicina española, que hoy vive de prestado, alimentándose tan solo con la lectura de obras extranjeras.

Contemplando este terreno raso piensa con tristeza el espectador que nada se ha hecho, sin reparar que este mismo vacío es el resultado de grandes esfuerzos y trabajos en que Mata tuvo parte principalísima. El momento y las circunstancias le obligaron á un trabajo de resultados aparentemente negativos, y aunque en sus obras se encuentran los gérmenes de doctrinas que luego hemos visto alzarse con verdadero carácter científico en otros puntos de Europa (me refirió particularmente á la *razón en sus estados intermedios*, tema de conferencias dadas en este mismo Ateneo), es el hecho que al dejar su cátedra en 1872 D. Pedro Mata, la mayor y mejor parte de la energía de su espíritu se había consumido en trabajo interior para vencer la inercia y los rozamientos de mecanismos sociales enmohecidos por largo reposo, en destruir doctrinas tradicionales que embarazaban el progreso científico, en ahogar innovaciones arbitrarias que amenazaban extraviarlo y en defenderse de los ataques violentos muchas veces, algunas personales é insidiosos, como los de un famoso folleto que tachaba su obra de Medicina legal de antidogmática, herética y perniciosa, y dió ocasión á que la condenara un Obispo, que por cierto no la había leído, según se desprende del prólogo que á la última edición de su libro añadió Mata, prólogo que revela las grandes amarguras de su vida de combate.

Murió D. Pedro Mata en 1877 y salvo su tratado de Medicina legal que es hoy todavía el mejor que poseemos en España, ya no se lee ninguno de sus libros; los de polémica porque ya terminaron las discusiones á que se referían; los de doctrina, porque producidos en un medio inferior carecen de interés comparados con las obras extranjeras análogas. ¡Que esta es la última desdicha de los hombres de ciencia de España, después de gastar la mayor parte de su vida en trabajo negativo, si algo positivo producen, como no engrana con la cultura

nacional que no existe, ni con la extranjera que se desarrolla por sí misma é independiente de nosotros, caen pronto en el olvido!

Llegado al término de esta conferencia, hubiera querido establecer un paralelo entre las dos ilustres personas cuya historia ha sido objeto de mi disertación, para poner así de relieve los rasgos más salientes de cada personalidad; y, lo que más importa, determinar con precisión sus respectivos papeles en la ciencia y en el proceso de la cultura patria. Mas, por razón de brevedad, parecerá ahora más oportuno dejar tales comparaciones á la consideración del auditorio, que podrá de este modo averiguar por qué razones y causas, dos hombres inteligentes, catalán uno, balear el otro, y ambos, por tanto, de la misma raza, dirigido Orfila en sus primeros estudios por frailes, y educado Mata en un seminario, y habiendo los dos cursado medicina en la misma universidad de Barcelona, y venido ambos á cultivar el mismo género de estudios, la medicina legal, han podido llegar á tan diferentes efectos; pues mientras Orfila ha inventado en Paris una ciencia nueva, Mata apenas ha conseguido implantarla, ya constituida, en Madrid; y en tanto que Orfila ha visto sus esfuerzos innovadores coronados por el éxito, y su éxito premiado con honores oficiales y consideración pública, Mata, empeñado en combates, sin duda más rudos y en todo caso más desiguales, ha obtenido tan solo resultados negativos, mereciendo, por todo galardón, la animadversión de la mayoría de sus contemporáneos y el rápido olvido de sus sucesores.

Orfila, extranjero en Francia, llegó á ser considerado como una gloria francesa; por el contrario, Mata en España, vino á ser, de cierto modo, extranjero en su patria; la influencia del medio, favorable al primero, adverso al segundo, determinó destinos tan diferentes de individualidades que aparecen tan semejantes. Esta do-

minadora influencia del medio, por tan clara manera demostrada en las biografías de Orfila y de Mata, debe sugerirnos á los españoles amargas reflexiones sobre lo pasado, mas no sombría desesperación respecto del porvenir; pues precisamente el medio científico, literario, político, y, en una palabra, el medio social, que por tan incontrastable influjo condiciona y limita la acción externa de la persona en cierto momento dado, es al propio tiempo modificado por cada una de las acciones individuales que en el medio se integran; y, en último análisis, nosotros hacemos el medio. Cada uno de nosotros no puede ser, por voluntad propia, un Orfila ó un Mata; pero cada uno de nosotros puede, laborando sin descanso en la propia cultura, elevar el medio científico de España, para que un nuevo Orfila no tenga que ir al extranjero á fundar la ciencia futura, para que un nuevo Mata no halle en su patria obstáculos insuperables para propagar la ciencia constituida. He dicho.

FIN DEL TOMO II

## ÍNDICE POR MATERIAS

---

	Página
Olózaga.—Orígen, ideas y vicisitudes del partido progresista.—El Parlamento desde 1840 hasta 1866. . . . .	5
Jovellanos.—La propiedad territorial y el cultivo en 1800.—El plan de la Ley Agraria.—La desamortización.—El porvenir y las necesidades de la agricultura española. . . . .	37
Las clases obreras: su situación en el régimen antiguo y en el moderno.—El partido obrero: su programa: su influencia en el orden político y en el social. . . . .	69
D. Alberto Lista.—La educación de la juventud.—El antiguo sistema.—Las nuevas ideas.—El régimen actual. . . . .	97
Isidoro Máiquez, Cárlos Latorre, Julián Romea.—La escena española desde principios del siglo.—La declamación en la tragedia, en el drama histórico y en la comedia de costumbres. . . . .	125
La música española al comenzar el siglo xix: su desarrollo y trasformaciones.—La educación musical.—Influencia del italianismo. . . . .	157
D. Lucio del Valle.—El arte del ingeniero y el cultivo de las matemáticas en España. . . . .	189
Rodríguez y Villanueva.—La arquitectura y las artes decorativas al principiar el siglo xix.—El monumento y la casa.—Trasformación de las ideas artísticas: el arte oriental y su influencia en Europa. . . .	217

ÍNDICE POR MATERIAS

Páginas

El Doctor Fourquet.—La ciencia médica y sus propagadores en España.—Gimbernat, Argumosa, Asuero.—La medicina bajo su aspecto social.—La higiene pública y privada.....	253
Fernán-Caballero y la novela en su tiempo.....	297
Clemente (D. Simón Rojas).—Historia, progresos y estado actual de las ciencias naturales en España.—Rodríguez González.—Historia y estado actual de las ciencias físicas.....	325 y 405
Alcalá Galiano.—El periodo constitucional de 1820 á 1823.—Causas de la caída del sistema constitucional.—La emigración española hasta 1833.....	469
Mata y la medicina legal.—Orfila y la Toxicología.—La ciencia médica y las teorías modernas ante los tribunales y la ley.....	521

# ÍNDICE DE AUTORES

POR

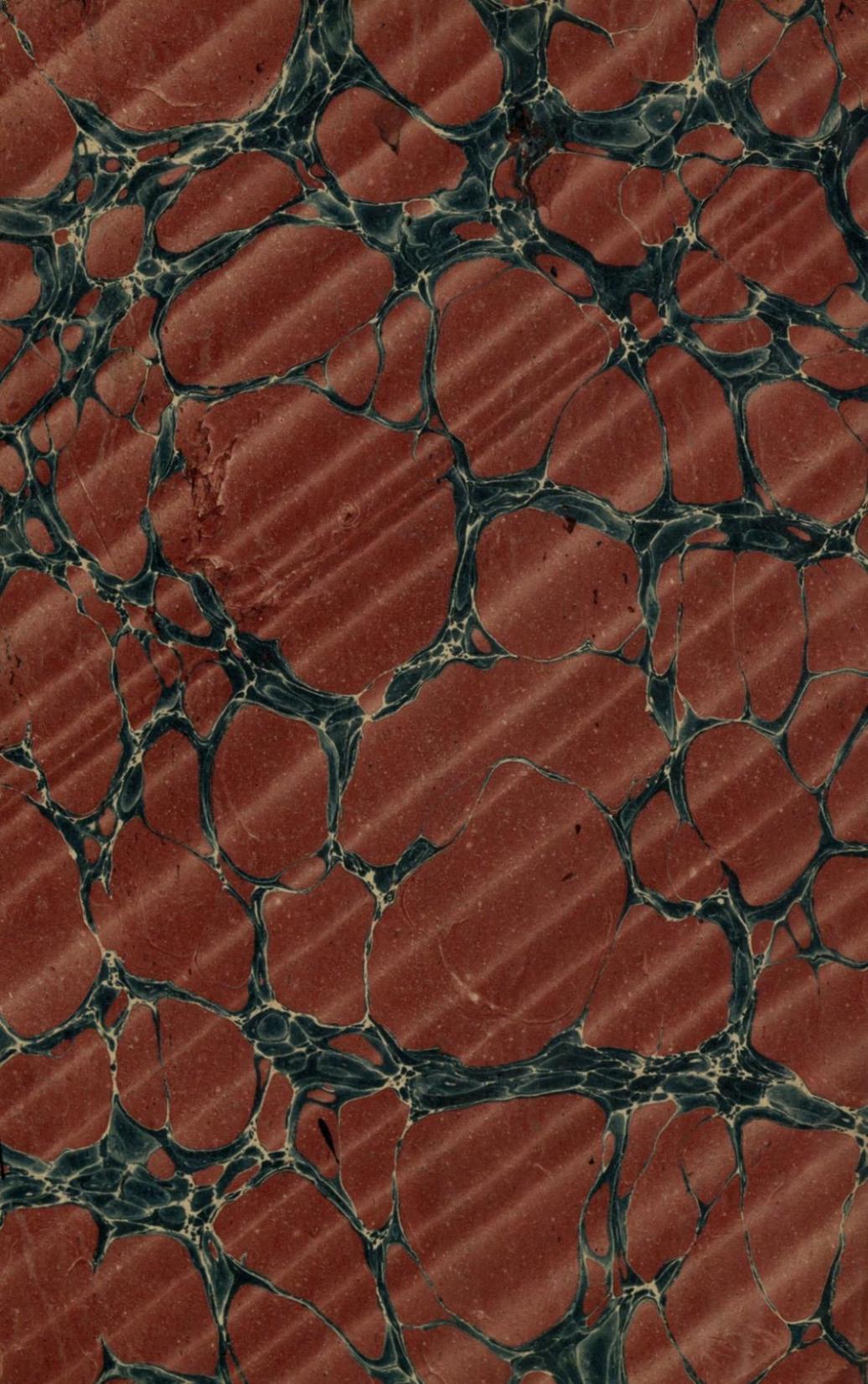
ORDEN ALFABÉTICO DE APELLIDOS

---

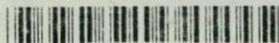
	<u>Páginas</u>
Alas (D. Leopoldo).....	469
Arrieta (D. Emilio).....	157
Azcárate (D. Gumersindo de).....	5
Benot (D. Eduardo).....	97
Echegaray (D. Eduardo).....	189
Figuroa (Marqués de).....	297
Mélida (D. Arturo de).....	217
Pedregal (D. Manuel).....	69
Rodríguez Mourelo (D. José).....	325 y 405
San Martín (D. Alejandro).....	253
Silvela (D. Francisco).....	37
Simarro (D. Luis).....	521
Vico (D. Antonio).....	125







FUNDACION UNIVERSITARIA SAN PABLO CEU



7076122

